JUAN PEDRO COSANO

EL ABOGADO DE ROJOS



Índice

Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

   



Sinopsis

Eduardo Peña, abogado, aún joven, vive con su madre en un Madrid devastado que se prepara para el fin de la guerra. Su ánimo, acorde con el de los tiempos oscila entre la incertidumbre y el deseo de recuperar algo parecido a la normalidad. Piensa que la paz pondrá fin a los que considera los años más terribles de su vida. No puede estar más equivocado.

Cuando Madrid cae, todo cambiará: Eduardo presenciará los desafueros de los vencedores y la humillación de los vencidos, el hambre, la miseria y todo el rosario de brutalidades que acompañan a la posguerra. Un día, ante la estupefacción de su madre, decide emprender el único acto de valentía de su vida: tratar de defender a un vecino al que se han llevado detenido.

Eduardo acabará en la cárcel por haber formado parte del ejército rojo. Parece el final de la partida y, sin embargo, allí recibirá la oferta más insólita para recuperar la libertad. ¿El precio? Formar parte de la maquinaria de venganza y represión en la que se ha convertido el sistema judicial.

El abogado de rojos

Juan Pedro Cosano



A todos aquellos que, de uno y otro lado,
dieron su vida por España.

Los muertos son los únicos que ven el final de la guerra.

PLATÓN

Libro primero

Charo

1

«Pues ya hemos pasao»

Si no fuese porque estaba convencido de que ni el día ni el momento se prestaban a risas, y porque yo tampoco era muy dado a ellas, habría estallado en una carcajada que hubiese llamado la atención de más de uno. Contemplé de nuevo, con una sensación que era tanto de incredulidad y de asombro como de comprensión de la naturaleza humana, la cara enrojecida de Aurelio Roldán, su brazo diestro alzado, extendidos y muy juntos los dedos de su mano, hacia abajo la palma encallecida, los músculos del cuello hinchados como sogas, el rictus enfebrecido, los gruesos labios, agrietados por el tabaco, abriéndose y cerrándose rítmicamente en ese grito atronador:

—¡Franco, Franco, Franco! ¡Viva Franco! ¡Viva Franco! ¡Viva el libertador de Madrid! ¡Arriba España! ¡Arriba España!

Aurelio Roldán era un camarero sesentón que trabajaba en el café Barceló, entre las calles Montera y Alcalá, cerca de la farmacia Company, en cuyos aposentos más recónditos, se decía, ofrecían sus encantos por un puñado de pesetas señoritas en las que el hambre había vencido a la vergüenza. Lo conocía de las pocas veces en que había visitado aquel establecimiento con Roberto Calero. Desde julio del treinta y seis hasta el día de hoy, miércoles 28 de marzo de 1939, a Aurelio Roldán, mientras servía cafés y vermús, ponches y anisetes, chocolate a la taza con churros, bartolillos y napolitanas de crema, que allí sí que las había, lo más suave que se le había oído decir del general Franco era «enano cabrón». Y eso si estaba de buenas. Y, sin embargo, ahí estaba ahora, cerca de Recoletos, en ese día en que, tras años de asedio, Madrid había caído, dando vivas como un loco, intentando escapar

de la sombra de un chopo decrépito para que todos pudieran observar su fervor patriótico, su comunión inquebrantable con los vencedores, el brazo derecho enhiesto, el izquierdo agitando al aire su vieja gorra de paño gris y la cara congestionada de tanto grito:

—¡Viva Franco! ¡Viva Franco! ¡Franco, Franco, Franco…!

Y no era el único: decenas, cientos, miles de madrileños, hombres, mujeres y niños, habían salido a la calle para recibir entusiásticamente a las tropas nacionales. Y miles también de banderas rojigualdas flameaban en los balcones de la capital, contrastando enormemente su presencia multicolor con tanta fachada ennegrecida, con tanta pared medio derruida, con tanto hueco del bocado hambriento de las bombas, con tanto quebranto, en los muros y en las almas, y tanta devastación. Y con tanto silencio fúnebre como había habido en la ciudad en las horas precedentes.

Regresaba de hacer unas gestiones bancarias cerca de Recoletos, en la sucursal del Hispano en Alcalá, 70 —frustradas, pues en la sucursal no había Dios que entrase, de tanta gente como se agolpaba enarbolando prisas y cartillas escuálidas—, cuando la algarabía llamó mi atención. Me acerqué al paseo, conjeturando lo que ocurría, pues ya se había extendido por Madrid la noticia de que el coronel Prada, que había sucedido a Casado al frente de las ruinas del ejército rojo, había entregado la plaza en las trincheras de Ciudad Universitaria y que los generales Menéndez y Escobar aguardaban en sus puestos a la espera de la rendición incondicional. Y allí estaban, las tropas de Franco, entrando triunfalmente en la capital de España.

—¡¿No decían que no íbamos a pasar?! ¡Pues ya hemos *pasao!*

Me dije para mí que, después de todo lo que habíamos sufrido en Madrid durante la guerra, ese entusiasmo era comprensible. Habían sido muchos meses, años, de guerra. Muchos meses, muchos años, de vigilias temiendo el estruendo de los morteros o los escupitajos flamígeros de los aviones alemanes. Muchos meses, muchos años, de comer a base de arroz, lentejas y alfalfa primero; y de cardos borriqueros, mondas de naranjas y tortillas sin huevo después. Muchos meses, muchos años de racionamiento, alpargatas

y monos azules. Muchos años de terrores, de *sacas*, de miedos murmurados, de milicianos descampados, fusilamientos al alba y de checas. De colas en los comedores colectivos, ruidos de cañones y ametralladoras. De incertidumbres, de miedos, de privaciones, de sacos terreros y barricadas.

Muchos años, sí.

Demasiados.

Y por eso era comprensible ese entusiasmo. Esas ganas de dejarlo todo atrás y comenzar de nuevo. No había de qué extrañarse, pues, por más que, pese a todo, me costase compartir la alegría. Me habría encantado poder sumarme a las aclamaciones, compartir aquel regocijo desbordado, unirme al frenesí, ser uno más de esa multitud que vitoreaba, pero la verdad era que, simple y llanamente, no me salía de dentro. En mi corazón, en esos instantes de éxtasis colectivo, no palpitaba la dicha, sino una sensación indefinible, híbrida de alivio, de dudas y prevenciones. Porque, pese a que conservaba la esperanza de que todo lo malo que habíamos vivido en Madrid los últimos tres años por fin se acabara, también barruntaba en qué podía desembocar toda aquella exaltación. Temía que, como tantas veces había sucedido en la historia del hombre, el frenesí fuera el germen de los desafueros. Y de desafueros ya estábamos los madrileños —yo, al menos— bien servidos.

Tampoco pude evitar sentir algo de lástima por el camarero Roldán, por ese hombrecillo que lanzaba vivas a Franco mientras hacía ondear al viento su gorra de paño.

Mientras pensaba en eso, oí que los gritos y los vivas se redoblaban. Que resonaban con singular bullicio. «¡¿No decían que no íbamos a pasar?! ¡Pues ya hemos *pasao!* ¡Franco, Franco, Franco!».

Aparté la vista del camarero Roldán y volví a fijarla en la calzada. Advertí que detrás de los camiones Henschel y Lancia repletos de soldados franquistas que contemplaban Madrid —¡el inalcanzable, inabordable, inconquistable Madrid, ya hemos *pasao!* — con expresiones mezcla de aturdimiento y júbilo, aún tiznados sus rostros, vendados algunos, sucios todos, enarbolando carabinas

Berthier, fusiles Máuser, devolviendo saludos y sonrisas, avanzaba un carro rápido Mercier. Todavía mostraba restos de camuflaje y emplastos de barro, y por su torreta asomaban los rostros de dos soldados nacionales. Uno de ellos era muy joven, soldado raso posiblemente, y en su cara trasminaban la felicidad y el alivio. El otro era mayor, un tipo curtido, cuartelero, y contemplaba a las gentes con una mirada nublada y hosca en la que habitaban, y ocupando el mismo espacio, la curiosidad, el recelo y el desprecio. Una sonrisa desconfiada apareció en sus labios hendidos, de los que pendía un cigarrillo de liar, cuando un par de jovenzuelas se acercó al blindado para ofrecerles un ramillete de flores y una pequeña bandera rojigualda y para lanzarles risas y besos que el soldado joven aceptó con avidez, «¡Qué valiente eres!, ¿cómo te llamas?, ¡eres el orgullo de España!». En el rostro del otro, el de mayor edad, «A saber qué habéis hecho, putillas, durante estos años en Madrid, igual colaborar con los rojos, si no follároslos, y ahora mirad qué felices estáis, qué contentas, qué fácil es la victoria, subirse al carro del vencedor», tremolaba aquella sonrisa tan diminuta y endeble como altanera y despectiva.

Me sentí extraño en medio de tanta algazara. Algo ajeno a todo y bastante desconcertado, incapaz de compartir la euforia. Como siempre en mi vida, era, de nuevo, más espectador que actor. No me consideraba un hombre de izquierdas. Tampoco de derechas, aunque me había criado al lado de mi madre, profundamente católica. En las primeras elecciones en que pude ejercer mi derecho al voto, recién cumplidos los veintitrés años, las de junio del treinta y uno, voté a los liberales de Alcalá Zamora, cuyos resultados fueron bastante pobres. En las siguientes, las de noviembre del treinta y tres, elegí la papeleta de los radicales de Lerroux, que alcanzó el Gobierno con la CEDA. Y en las últimas, las de febrero del treinta y seis, decepcionado con los escándalos de corrupción de los radicales, voté por el Frente Popular, atraído principalmente por la figura de Azaña, cuya personalidad templada e intelectual cautivó a muchos que, como yo, pensábamos que únicamente hombres como él podrían dar a España la estabilidad que necesitaba. Luego, su actitud durante la guerra y su abandono

de Madrid me convencieron de que, como alguien había dicho, la política es el arte de servirse uno mismo haciendo creer al resto que se sirve a los demás, y me desencanté de todo y de todos. Ahora, prácticamente finalizada la guerra, solamente anhelaba la paz, el restablecimiento de la ley como abogado que era, la reconciliación.

Aunque en el fondo de mi corazón dudaba de que fuera a ser eso lo que sucediese. Por más que lo deseara. Con toda mi alma.

Recordé entonces lo que había visto esa mañana, cuando caminaba hacia el café Pombo, en la calle Carretas, en la esquina del callejón de San Ricardo: al mismo tiempo que se auspiciaba el final de la guerra, comenzaba un nuevo, inmenso drama. Desde que volví del frente, cada día acudía al Pombo en busca de su café, que, aunque era ya más achicoria que café, seguía siendo uno de los mejores de Madrid. Allí solía verme a diario con Roberto Calero, compañero de estudios y colega de profesión, mi íntimo amigo o, mejor dicho, mi único amigo posiblemente. Roberto trabajaba en un bufete de la calle de Alcalá y con él compartía una amistad estrecha desde que ambos teníamos memoria. Los últimos acontecimientos bélicos, que auguraban un fin inminente de la guerra, habían sido la comidilla del desayuno con Roberto. La noticia de que ayer, martes, 27 de marzo, el coronel Prada, enviado del Consejo Nacional de Defensa de la estertórea República, se había entrevistado en Ciudad Universitaria con el coronel Losas, al mando de la decimosexta división del I Cuerpo de Ejército de Franco, y que ambos habían acordado la rendición republicana, había corrido como la pólvora. Como una moneda cuesta abajo. Y al mismo tiempo que miles de soldados de la República cogían el metro hasta Cuatro Caminos para desde allí refugiarse en sus casas o cruzar a Vallecas para comenzar el largo exilio hacia el Levante, y que otros soldados republicanos confraternizaban con los nacionales en las trincheras o en tierra de nadie, otros muchos madrileños iniciaban un nuevo calvario: huir de Madrid, dejando atrás sus casas, sus trabajos, su pasado, sus recuerdos, sus ilusiones, en busca de una nueva vida, si es que acaso la había para ellos, que posiblemente no; escapar del miedo

a la muerte y de la venganza que conjeturaban de los vencedores. Cada cual lo hacía como podía: en carros tirados por burros o mulos, amontonados en la caja de las carretas sus enseres, sillas, bultos, ropas de cama, barreños de cinc, muebles desvencijados, los objetos queridos, y encima de ellos los niños, los pequeños de la casa, o los ancianos a los que sus piernas ya no sostenían; o en viejos y destartalados Ford T o en arruinadas camionetas Hispano-Suiza los pocos que disponían de vehículos motorizados, incautados la mayor parte; y a pie la gran mayoría, con sacos al hombro y maletas de cartón o hatillos hechos con sábanas.

Pude ver, desde los ventanales del Pombo, los restos que había dejado en la calle esa caravana trágica, agónica. Hollándolos, otros corrían hacia el Prado a recibir eufóricos a las tropas triunfantes.

«Unos ríen, otros lloran. Unos huyen, otros aclaman. Así es la vida. Nunca hay paz para todos. Y ojalá sea en verdad la paz lo que nos va a llegar». Eso pensé entonces, aquella mañana durante mi desayuno en el Pombo, y ese mismo pensamiento me asaltó de nuevo mientras contemplaba la entrada de las tropas de Franco en Madrid. Y me repetí para mí: «Ojalá todo esto nos traiga la paz». Lo que, irresoluto como siempre he sido, dudaba de veras.

Absorto en el recuerdo, sentí que me empujaban desde atrás. Di un paso al lado para evitar trastabillar y tropezar con un arriate y reparé entonces en que un grupo de muchachas, todas muy jóvenes, radiantes, irrumpían en la calzada dando vivas a Franco y al ejército victorioso. Dos de ellas, una morena de notable hermosura con un vestido claro con la falda a media pantorrilla y un pañuelo rojinegro al cuello, y otra algo mayor, también morena, alta y un pelín desgarbada, portaban un cartelón con una efigie de Franco diestramente dibujada.

—Disculpa, camarada —se excusó la primera, que ensanchó su sonrisa, pizpireta, rozándose conmigo, cuando ambos nos miramos.

—No te preocupes, no pasa nada —le dije, sonriendo a mi vez.

—Un gran día, ¿verdad? ¡Por fin!

—Sí, claro. Por fin.

—¿En serio? Pues no se te ve muy contento, hombre.

—Bueno, sí, claro… —«Si supiera que esto va a suponer de verdad el fin del terror y de la violencia, tendría motivos para estarlo, pero la verdad es que no lo sé», estuve a punto de decirle. Pero pudo más la prudencia. Porque, ante todo, eso soy yo: prudente, sensato, juicioso. Timorato, me decía cuando me enfadaba conmigo mismo, lo cual hacía más veces de las que estaba dispuesto a confesar. O cobarde, cuando el enfado alcanzaba proporciones sísmicas—. Ojalá acabe ya todo y haya motivos para la alegría, sí —fue lo que dije.

—Huy, ¿filósofo?

—Uf, no, qué va. Abogado.

—Vaya, abogado. Y con lo mono que eres, camarada… Seguro que tienes una sonrisa preciosa. ¿Por qué no sonríes más, hombre?

Y lo hice de nuevo, ligera, inconscientemente, movido por la ingenuidad de la muchacha.

—¿Lo ves? Así estás mucho más guapo. Oye, después de comer, en Cibeles, se va a celebrar una misa de acción de gracias por la victoria del Caudillo. Si vas por allí, igual te veo.

—Sí, claro, ¿por qué no? —dije, aunque la verdad era que no tenía la mínima intención de acudir. No era yo mucho de misas, que dijéramos. Toda la fe que en el sorteo divino había correspondido a mi familia se la había incautado mi madre. Y además no me sentía parte de todo aquello, era así de simple. Y lo curioso era que tampoco me sentía cerca del bando derrotado. Así era yo, un árbol plantado en tierra de nadie. «Un pajarraco pasmado en medio del averío, sin saber de qué comedero picar, eso eres, Edu, joder», me había dicho no hacía mucho Roberto Calero.

—¿Cómo te llamas, a todo esto?

—Eduardo.

—Eduardo, qué bonito. ¿Y qué más?

—Peña, Eduardo Peña.

—Pues bien, Eduardo Peña. A ver si es verdad que te veo luego. Adiós, camarada.

«Camarada». Al igual que los milicianos de la República. Cuánta verdad es —me dije para mí— que los extremos se tocan. Que todo es confusión y caos. Que lo que antes fue, ahora es el opuesto.

—Adiós, adiós.

Observé cómo el grupo de muchachas, portando el retrato del general vencedor, retomaba sus vivas y aclamaciones. Una de ellas, una pelirroja de grandes pechos, se subió al pescante de una camioneta y estampó un sonoro beso en los labios de un soldado, que intentó abrazarla y acariciarle los senos bamboleantes. La pelirroja, deshecha en risas, se zafó del abrazo y regresó adonde sus amigas la vitoreaban. Un poco más allá, una pandilla de rapazuelos emprendió una veloz carrera hacia la Gran Vía.

—¿Adónde vais, tabardillos? —les preguntó a gritos una mujer avejentada que llevaba de la mano a una niña macilenta que había estado a punto de ser atropellada por la horda de los chiquillos.

—¡A Lavapiés! —respondió el que iba más rezagado—. ¡Dicen que a la plaza Tirso de Molina han llegado camiones que están repartiendo paquetes con comida! ¡Pan, alubias, galletas, latas de carne y no sé cuántas cosas más! ¡Dicen que es la releche!

—¡Por Dios y por los santos del cielo! ¡Comida, por todos los santos! ¡Vamos, vamos, Amparito! —exclamó la mujer, arrebolada la tez, tirando de la mano de la niña descarnada, «¿Adónde vamos, abuela, por qué corremos?», que comenzó a gimotear, y partiendo a trompicones en pos del grupo de rapazuelos—. ¡Comida, niña, comida! ¡Harina, dulces, y no sé qué más! ¿No lo has oído? ¡Corre, corre, vida mía! ¡Deja de llorar y corre, corre, corazón, que se acaba!

Cerré los ojos, turbado. Aquella escena me recordó el inmenso sufrimiento de Madrid, los largos meses de miseria y hambre. Luego, cuando los abrí, sentí sobre mí la mirada huraña de un hombre que se hallaba a escasos metros y que hasta ese momento se había significado por el tono estentóreo de sus vivas a Franco, por la tensión de su brazo alzado, por sus gritos de «rojos al paredón», por sus insultos a la República agonizante. Era, la que

clavaba en mí, una mirada cáustica, arisca y acusadora. Como si en silencio me regañara mi mutismo, mi contemplación silenciosa de la entrada en Madrid del ejército victorioso. «¿Por qué estás ahí tan quieto, tan tieso, es que no te importa que hayamos ganado, es que te jode acaso, es que eres un bolchevique que se ha quitado el mono y la boina?», parecían decirme sus ojos llameantes.

Le sostuve la mirada durante un momento. No me salía de las entrañas unirme al frenesí, alzar la mano, saludar a quienes a lomos de camiones y tanques entraban en la ciudad. No me salía. Lo que el alma me pedía no era júbilo, tampoco venganza como ese hombre huraño que la demandaba a gritos, sino paz. Una paz que fuera el camino ancho y común hacia el futuro. Habían sido tantos años de guerra. Era tan necesaria la paz. Y, a pesar de la rendición del ejército republicano, no estaba seguro de que la paz fuese a llegar de inmediato. Porque la paz no era solamente que los cañones dejasen de atronar, o los fusiles de disparar, o los aviones de bombardear. La paz era algo más. Mucho más. Todos conocíamos las noticias, que los diarios republicanos aventaban cada día, sobre lo que había pasado en otras ciudades ocupadas. Y aunque solo fuera verdad la mitad de lo que decían, era para preocuparse, para dudar de que todo el horror fuese a acabar con la victoria de Franco. Sabía que la guerra dejaba cicatrices rebosantes de pus que podían hacer imposible la convivencia. Estaba al corriente de que muchos, como ese soldado curtido, cuartelero, a quien había visto asomando por la torreta del carro rápido, volverían del frente llenos de odio, y que el odio era como la mecha de un cartucho de dinamita que, una vez encendida, corría hasta consumirlo todo en un éxtasis incendiario. Así que no, no me salían de dentro ni el júbilo ni el alborozo. No iba a fingir un entusiasmo que no me salía del alma. Miré al hombre de gesto adusto que me observaba ceñudo. Me limité a llevarme la mano al sombrero a modo de cortesía y a darme la vuelta para alejarme de allí. Me costó arrancar, me dolía el muslo como si me lo estuvieran punzando con un hierro al rojo. Sentí como si tuviera en carne viva la cicatriz de la pierna herida.

Me marché medio cojeando. Pensé en Charo, y me pregunté

cómo le afectaría esa paz plagada de odio. Y en Roberto, que trabajaba en un bufete afín a la República. Y en ella, en aquella miliciana que había llenado muchos de los meses transcurridos en Madrid durante la guerra… «¿Qué habrá sido de ti, Clara?», me pregunté. Y un punzón de hielo me escarbó el alma.

Desde que la conocí, un día de octubre del treinta y siete, jamás había dejado de pensar en ella, en Clara. Siempre había sido un recuerdo recurrente. Pero ahora, en esos instantes, resonando en mis oídos el júbilo de la victoria de quienes habían sido sus mortales enemigos, el recuerdo era como un clavo que con cada grito más se adentraba en mi cabeza. ¿Por qué esa persistencia ahora en ese recuerdo de hacía tanto tiempo? ¿Por qué traer ahora, precisamente ahora, a la memoria la imagen de Clara, aquella oscura miliciana de mono azul y pistolón al cinto? Tal vez porque sabía que la suerte de la República iba a ser la suerte de ella. Una suerte dramática, fatal. O tal vez por otra razón en la que no quería ni pensar.

Que la echaba de menos.

Que la seguía echando de menos.

A pesar de todo.

Me dije que mi vida estaba marcada por mi relación con las mujeres. Que cada hito de mi vida tenía un nombre de mujer.

Primero había sido Marisa, en los primeros años de ejercicio de la abogacía, mi novia de siempre, hasta que la perdí, hasta que la guerra la alejó de mí y me la arrebató.

Clara, luego. No sabía su nombre de verdad, pero yo la llamaba así, Clara. Aunque era todo lo contrario. Oscura, bravía, tempestuosa, un trueno de hembra bajo su mono azul, misteriosa e insondable. Hasta que igualmente la perdí, pues dejó de aparecer por el bufete de la noche a la mañana.

Ahora era Charo, Charo Velarde, la mujer que ocupaba mi vida. Charo, maestra en la Escuela Hogar Maestro Ripoll, inteligente, sensata, con tanto dolor albergado en sus adentros.

Todas me habían elegido a mí por razones que ni siquiera podía imaginarme. Pensé en aquella frase que alguien, no me acordaba quién, dijo alguna vez: que la mujer escoge

habitualmente al hombre que jamás la escogería a ella.

Abandoné Recoletos en dirección a la Puerta del Sol. Hacia la calle del Arenal. Vivía allí, en esa calle, con mi madre, a unos pasos de la iglesia de San Ginés, convertida en cuartel republicano.

Los gritos de la gente parecieron corear mi marcha:

—¡¿No decían que no íbamos a pasar?! ¡Pues ya hemos *pasao!* ¡Franco, Franco, Franco!

2

«Pero ¿la guerra no había terminado?»

Los días que siguieron a la entrada de las tropas de Franco en Madrid fueron extraños, llenos de incertidumbre. Fueron días de expectativas, como de vísperas, como si todo el mundo aguardase lo que iba a ocurrir, aunque nadie conocía exactamente qué.

Después de la entrada del ejército triunfante de Franco, el coronel Losas, desde las trincheras de Ciudad Universitaria, había promulgado un bando en el que aseguraba que a partir de ahora iba a llegar para todos los madrileños, para todos los españoles, «la justicia, la organización y el orden que nuestro generalísimo sabe imponer en todos los momentos». Y el coronel Ríos Capapé, jefe de la decimoctava división del Ejército del Centro, desde los micrófonos de Unión Radio, había pedido «serenidad en todo el pueblo de Madrid». Desde las páginas de *ABC*, ya en manos de las nuevas autoridades, junto a una necrológica por sus periodistas muertos a manos de los marxistas, se anunciaba la detención en el hotel Palace del asesino del general López Ochoa, caído en julio del treinta y seis; se participaba que en todas las tahonas de Madrid se servirían doscientos gramos de pan gratis para cada madrileño; se comunicaba la orden de la autoridad militar de que todos los milicianos rojos debían entregar sus armas en los destacamentos del ejército nacional y se notificaban las gravísimas sanciones que se impondrían a quienes la contravinieran. Y, como si nada hubiera ocurrido, como si nada ocurriese, se avisaba de que en el teatro Ideal se representarían, a las cinco de la tarde, los espectáculos *La cruz del matrimonio* («gran suceso») y *La Pinturera* («éxito

clamoroso»). Y que en el cine Panorama se proyectaría *El Sombrero de copa*, con Fred Astaire y Ginger Rogers, y *Un breve instante*, con Carole Lombard, en el San Carlos.

En cambio, al mismo tiempo que en muchos hogares de Madrid se colgaban banderas rojigualdas, de la Falange y del Requeté y se descorchaba la vieja botella de brandy de Jerez o de cava catalán que se había atesorado aguardando ese momento, en otros muchos la vida se consumía en el miedo, en esas otras casas donde las viejas alfombras y las vigas de los techos apenas podían contener las turbias vaharadas de terror que brotaban de los sótanos o de las buhardillas donde se escondían quienes temían una venganza brutal, incontrolada.

La vida de una misma ciudad bifurcándose en dos direcciones contrapuestas: una que conducía a la luz; otra que llevaba directamente a las sombras.

Y en medio de esa encrucijada, quienes solo deseaban la paz.

Y ahí estaba yo.

La guerra, para mí, a pesar de todos sus horrores, había transcurrido con cierta calma, si es que este sustantivo se podía aplicar a lo que fue Madrid, y nuestras vidas, la vida de los madrileños, en esos terribles tres años de contienda. Había sufrido el miedo de los bombardeos, de las sirenas nocturnas, de los encuentros esporádicos con milicianos desalmados, había experimentado el temor de las purgas, de las continuas sospechas, del recelo hacia todo y hacia todos que se había extendido por la ciudad como una capa de nubarrones negros; había sufrido la escasez y el frío por la falta de combustible, había sentido escalofríos cuando me enteraba de la ejecución de alguien conocido a manos de los piquetes, había temblado cuando la radio o los periódicos nos contaban lo que estaba ocurriendo en las zonas ocupadas, las horribles represalias de los sublevados. Pero, más allá de eso, mi vida, durante ese tiempo, fue pacífica, sosegada, apenas aderezada por los encuentros tempestuosos con Clara, la miliciana. Hasta mi estancia en el frente, cuando fui destinado a servir en la 37.ª Brigada Mixta del ejército republicano, había sido tranquila. Mi madre y yo sufrimos la guerra, sí, pero, dentro de lo

que cabe, la habíamos sufrido en un ámbito soportable.

Ahora, sin embargo, ahora que la paz parecía haber llegado, cuando todo el horror debería tocar a su fin, lo que pensaba era que todo lo malo de la guerra podía quedarse adherido a nuestras vidas como zurrapa de café. Fue un pensamiento súbito que me brotó mientras me afeitaba.

Anhelaba la paz, la ansiaba hasta dolorosamente, pero no estaba nada seguro de que fuera la paz lo que iba a instalarse en Madrid.

Y mi madre, con la sabiduría de las madres, también lo vio venir. Estaba esperándome en la puerta del cuarto de baño, aguardando que acabara de afeitarme. Era la mañana del día 29 de marzo de ese año treinta y nueve, el día después de la entrada de las tropas de Franco en Madrid; una mañana en la que, por encima de los cláxones de los autos y las furgonetas desde los que se proclamaban el triunfo y la euforia, había como un manto de silencio entelerido. Se acercó a mí, tomando de mis manos la toalla con que había limpiado los últimos restos de jabón.

—Escúchame, Eduardo, hijo, tienes que hacerme un favor: hoy no salgas, ¿me oyes? —me aconsejó o, mejor dicho, me rogó —. Escúchame, tengo… tengo miedo, no me fío nada de lo que pueda pasar hoy en las calles, Eduardo.

—No va a pasar nada, madre. Tan solo voy a tomarme mi café de cada día en el Pombo y a comprar la prensa —repuse yo, queriendo ahuyentar, por más que acaso las compartiera, esas prevenciones de ella—. Con Roberto, como a diario. Hay que seguir viviendo, madre. Y regreso enseguida. Tengo trabajo en el bufete —le mentí, pues si algo no había allí era trabajo. Sí sombras y recuerdos tal vez dolorosos.

—¿Qué se te ha perdido a ti hoy en el Pombo, por Dios, hijo? En un día como hoy… Y tampoco sé si será bueno que te vean tan a menudo con Roberto, con la fama de republicano y socialista que tiene ese bufete donde trabaja. ¿Sabes qué? ¿Por qué no te quedas y te preparo yo el desayuno? Hay pan de ayer en la talega y un culín de aceite en la despensa. Café no hay, desde hace meses no lo hay, pero te puede valer un vaso de leche, ¿no? Hazme caso y no

salgas, hijo, por favor, ¿vale? Desayuna hoy aquí. Que a saber lo que puede pasar ahí fuera.

—Ya todo se acabó, madre, ¿no te das cuenta? —aduje, sin excesiva convicción. Solo pretendía calmar sus temores como si, haciéndolo, pudiera atenuar los míos propios. Me acerqué al balcón, desde el que se contemplaba la calle del Arenal y un trozo de la Puerta del Sol. Eran poco más de las ocho de la mañana. Entreabrí los visillos y observé la calle, casi desierta. El tranvía, luciendo en la parte superior de sus vagones la publicidad de Calzados Miranda, discurría ruidosa, achacosamente. Un cartero realizaba su habitual recorrido, una mujer de mediana edad, enlutada, casi colgando la bata negra de su cuerpecillo enteco y con la mirada clavada en las losetas, regresaba a su casa arrastrando un viejo carro de la compra por cuya solapa sobresalía un manojo de apios. Dos porteros de los edificios de enfrente fumaban y hablaban en uno de los portales—. Está todo tranquilo, mira si quieres.

—Hazle caso a tu madre, aunque sea por una vez en tu vida, Eduardo, hijo. —Ahora, la voz de mi madre, la cara sonrosada por el jabón, rodete canoso, estrujando en sus manos la toalla húmeda, vestido negro y una rebeca de lana de color gris oscuro echada sobre los hombros, era severa. Y también su gesto, a pesar de que sus carnes rollizas apenas invitaban a la severidad—. Óyeme cuando te digo que nada ha acabado y que lo peor puede estar por venir. Y que más sabe el diablo por viejo que por diablo. Las guerras nunca acaban, hijo. Y cuando lo hacen, es para que los hombres puedan tomar aire hasta enfangarse en una nueva guerra. No te olvides de lo que te digo.

—Veo que te has levantado hoy en plan metafísico, madre. Pero parece que te olvidas de que ni tú ni yo tenemos nada que temer.

Ella me miró muy fijamente y meneó la cabeza con incredulidad.

—Parece mentira que hayas cumplido treinta y un años y que sigas siendo tan ingenuo como cuando tenías doce. Y eso por no hablar de que sigues soltero, con lo guapo que eres. Con lo que me

gustaría a mí tener un nieto… Escúchame, hijo, escúchame bien: a lo que de verdad hay que temer es a lo que no se conoce. Y ni tú ni yo conocemos las intenciones de los militares que entraron ayer en la ciudad ni lo que vaya a suceder hoy en Madrid. Así que te lo pido de nuevo, te lo suplico —insistió, dejando caer la toalla al suelo y tomándome de las manos—: no salgas, Eduardo, por lo que más quieras. Hazme caso y no salgas.

Le hice caso al fin y no salí a la calle en ese jueves 29 de marzo. Desayuné el pan duro en casa y permanecí toda la mañana, hasta la hora del almuerzo, recluido en el bufete de la planta baja del edificio, sin apenas nada que hacer, salvo escuchar la radio. Desde las ondas de Radio Nacional, entre machaconas marchas militares y la contumaz proclamación de las nuevas consignas, se animaba a los madrileños a adecentar fachadas, a baldear las casapuertas, a reparar balazos, a dar un limpiado de cara a Madrid. Se nos exhortaba a ayudar a los soldados nacionales a retirar los proyectiles abandonados por los rojos, a limpiar de escarolas y lechugas el arenal de la plaza de toros de Las Ventas, convertido en huerta comunitaria por los marxistas. Se informaba del glorioso viaje del Caudillo a Córdoba, donde «había sido recibido por bellas señoritas ataviadas a la andaluza». Se nos invitaba a acudir a una misa en sufragio por las almas de los presos de la cárcel Modelo. Y se anunciaba a los soldados que en mayo tendría lugar el pago de haberes del mes de la fecha en la Pagaduría militar del número 65 de la calle de Alcalá. Como si nada hubiese ocurrido.

Al día siguiente sí salí. Todas esas noticias habían tenido un efecto tranquilizador en mi ánimo. Hice oídos sordos a las nuevas súplicas de mi madre —«Pero ¿qué quieres, madre, que me enclaustre entre estas cuatro paredes como una monja?»—, y poco antes de las nueve de la mañana ya estaba en la calle. Caminé despacio hacia Carretas, hacia el Pombo, como cada día, en mi diario paseo. Salvando la ausencia de Roberto Calero, que esa mañana no apareció por el café, todo parecía estar igual: la vieja mantequería de la esquina con su escaparate casi vacío, la fachada de San Ginés embadurnada con los viejos lemas de los derrotados, la mayoría ya a medio borrar; los porteros que con sus mangas de

riego baldeaban las aceras, el hermoso edificio del hotel París en la Puerta del Sol, la fábrica de abanicos, sombrillas y paraguas De Diego, y el Antiguo Café y Botillería de Pombo, con sus grandes espejos con el polvo de los años adherido al cristal, sus bronces barrocos y sus mesitas verdes ante las cuales gente tan insigne como Gómez de la Serna, Bergamín, Bacarisse, Abril o Borrás habían compartido tertulias, cafés, puros, chocolates y bolados de canónigos. Pero a pesar de que todo parecía seguir igual, fui enseguida consciente de que nada era igual. Y no solo por los furgones atestados de falangistas que recorrían las calles celebrando la victoria, ni por las jóvenes de la Sección Femenina que paseaban ufanas con sus faldas y camisas azules y sus boinas rojas, ni por el camión de Auxilio Social que, aparcado en plena Puerta del Sol, repartía patatas, leche condensada y paquetes de arroz, ni por los militares de graduación que de vez en cuando detenían sus paseos y, como si quisieran olvidar los horrores de la guerra, jugueteaban con niños harapientos a quienes regalaban galletas Digesta y Crakers, las delicias que la fábrica Artiach elaboraba en Bilbao mientras en Madrid se comía, y cuando se podía, pan negro. No, no era solo por eso. Era por algo más. Por las miradas aterrorizadas de algunos. Por los pasos furtivos de otros. Por esa manera de los de más allá de caminar pegados a las paredes como si quisieran ser engullidos por las sombras. Por las ausencias: la frutería del callejón de San Ricardo estaba cerrada; su dueño, militante anarquista, habría huido o sabría Dios qué había sido de él. La florista que llevaba más de veinte años con sus cubos repletos de flores en la plaza Pontejos hoy no estaba. La taberna La Casa de las Torrijas, en la calle Paz, donde los guardias de asalto solían reunirse a compartir chatos de vino tinto y boquerones en vinagre, estaba clausurada. Y por las otras presencias: observé a guardias civiles ostentando el escudo de la Falange sobre sus verdes uniformes, como queriendo dejar bien clara su adhesión al nuevo régimen; vi curas, ¡curas en Madrid!, pasear por las calles, luciendo sus sotanas y sus gorros de tres picos; monjas que, como salidas de la nada, entornados los ojos como si la luz las molestara después de años de encierro, caminaban con pasos dubitativos y

con sus enormes tocas. ¡Y oí repicar campanas! ¿Cuánto tiempo hacía que no sonaban, llamando a misa, las campanas de las iglesias de Madrid?

Sí, todo parecía seguir igual.

Y, sin embargo, estaba todo tan diferente.

Antes de ir a desayunar, como era mi costumbre, me acerqué a la Gran Vía, al quiosco donde habitualmente compraba la prensa del día. Y sentí un alivio absurdo al cerciorarme de que seguía allí y de que, detrás del pequeño mostrador atestado de fruslerías, envuelto en las sombras tupidas, seguía Adolfo, el quiosquero, su calva brillante, sus ojos oscurísimos, sus grandes patillas, el cigarro de liar colgando de sus labios.

—Buenos días, Adolfo —lo saludé mientras me acercaba al tenderete.

—Ah, es usted, don Eduardo. Buenos días.

—¿Ocurre algo, Adolfo?

Porque su voz había brotado de sus labios tan enclenque como el humo del cigarrillo medio apagado. Tardó el hombre en responder, el tiempo que duró la mirada escrutadora que primero me dedicó y luego, apenas asomándose por detrás del mostrador, giró a diestra y siniestra.

—No, nada —repuso, cuando se aseguró de que nadie lo oía y de que la expresión de ese cliente de a diario, cuyo nombre y oficio conocía a fuerza de intercambiar saludos y comentarios banales, era la de siempre—. Todo va bien. ¿Qué podría ocurrir?

Examiné los periódicos que, sujetos en cordeles por palillos de tender la ropa, se exhibían en dos paneles de madera situados a ambos lados del quiosco.

—*El Liberal* —pregunté, extrañado—, ¿no lo vendes hoy?

El quiosquero tardó de nuevo unos segundos en responder. Pronto me di cuenta de que desconfiaba. De que pensaba que no había que fiarse de nadie, ni siquiera de mí, a quien conocía desde hacía años. Sentí una tristeza que me empapó como si fuera sudor, pero pensé enseguida que ese buen hombre llevaba razón. No había que fiarse. A pesar de todo. Ni de mí ni de nadie. No eran tiempos de confianza. La confianza es la madre del desastre,

parecía decir su mirada oscura. Era otro signo de que nada seguía igual.

—No se publica desde antier, don Eduardo —explicó el hombre—. Ha sido incautado por… por los nuevos gobernantes —añadió, midiendo al milímetro sus palabras.

—Ah, no lo sabía. ¿Y entonces…? —Y dejé la pregunta en el aire, escrutando de nuevo, indeciso, los paneles con los periódicos y revistas.

No había ni rastro de *El Liberal* en las otrora abigarradas maderas. Y sentí como si me hubiesen robado mi rutina diaria, parte de mis costumbres, de mis hábitos. Tampoco, por supuesto, había rastro de *Solidaridad Obrera*. Ni de *El Socialista*, ni de *Mundo Obrero*. Ni de *Claridad* ni de *Fragua Social*. Tampoco estaban allí las revistas que durante tanto tiempo habían llenado de colores esos paneles sin pintar: *Estampa, Crónica, El Mono Azul, El Altavoz del Frente*… Y sentí un repeluco de nostalgia, una nostalgia imprudente, cuando recordé mis tiempos en las trincheras y la vieja imprenta instalada sobre un camión militar de fabricación rusa. Y quizá, aunque entonces no fui del todo consciente, algo de miedo, pues un escalofrío me recorrió la espina dorsal. Por un instante me pregunté si el reflujo de la marea de los vencedores no me alcanzaría a mí, que había servido en el ejército rojo, que era abogado —profesión sospechosa para unos y otros desde la noche de los tiempos—, que había tenido en el pasado clientes izquierdistas… Pero alejé de inmediato el recelo: era absurdo, ningún mal había hecho, yo no tenía nada que temer…

—¿Y entonces…? —repetí, dejando de nuevo la pregunta colgada de cintas invisibles.

—Tiene usted ahí el *ABC* de Madrid —me señaló el quiosquero—. El nuevo *ABC*. Y se dice que las rotativas de *El Liberal* servirán para dar vida a un nuevo periódico, que se llamará *Madrid*, por lo que nos han dicho. También tiene usted ahí el *Informaciones*, que ha vuelto a publicarse. Al igual que el *Arriba*. También está ahí el *Amanecer* y esos otros que ve usted. Y se dice que el *Ya* volverá pronto a imprimirse. En fin… También tengo —señaló ahora el panel de su derecha, en el que más asomaba la

madera que las páginas impresas— algunos números atrasados de *La Ametralladora*, que me llegaron ayer mismo. Una revista de humor, creo. Y de otra que se llama *Vértice*, no sé de qué va, y… y poco más. Ya ve. Es lo que hay.

—Me llevaré el *ABC*, Adolfo.

—Pues cójalo usted mismo, si no es molestia. Son quince céntimos, don Eduardo.

—Vaya, diez céntimos menos que antes.

—Pues sí, pero —dijo el vendedor, señalando mi cartera, que había sacado del bolsillo interior de la chaqueta— igual dentro de nada ese dinero, la moneda republicana, no vale ni para comprar un caramelo.

Asentí en silencio y rebusqué en mi monedero hasta encontrar tres perras chicas, con las que pagué al quiosquero el periódico y, tras despedirme de él, me alejé ojeando la portada del diario. La ocupaban por entero, sobre un fondo inmaculadamente blanco y escritas en letra caligráfica, las frases «Franco, Franco, Franco», «Arriba España» y «Viva España». Y abajo, la firma, también manuscrita, del director del medio, Juan Ignacio Luca de Tena, con la fecha del día y la leyenda «III Año Triunfal». Leí después las páginas interiores, que daban cuenta de que «el glorioso ejército de Franco alcanzó ayer el derrumbamiento casi absoluto de la zona roja, ocupando entre muchas otras las ciudades de Guadalajara, Cuenca, Albacete, Jaén y Ciudad Real»; de que «los prisioneros y presentados exceden de cien mil» y de que «el cuartel general del ejército rojo en Extremadura ha sido ocupado». Ojeé con curiosidad un suelto titulado «De Madrid al cielo» y, al cabo, cuando concluí la lectura, no pude por menos que decirme que la vida era tan cambiante como el humor de un loco. Hacía unos días, ese mismo periódico, el *ABC* de Madrid, llamaba a la resistencia y se proclamaba diario republicano de izquierdas. Hoy aclamaba las gestas del bando contrario. Así era la vida, pensé, tan tornadiza como un mal viento. Enrollé el periódico, me lo coloqué bajo el brazo y continué caminando, en dirección a la calle Carretas y al café Pombo. Cuando andaba por Montera de regreso a la Puerta del Sol, pensando que no había ninguna de las fulanas que solían

pulular cada día por esa calle incluso a horas tan tempranas, me apercibí de que un vehículo bajaba la calle a gran velocidad. Sobresaltado, me pegué a la pared para evitar el atropello y observé cómo el vehículo, haciendo chirriar los frenos con estrépito, se detenía ante una casa situada a poca distancia de las ruinas de la iglesia de San Luis Obispo. Era un Fiat Balilla de color negro del que descendieron cinco hombres vestidos con pantalones grises y camisas azules. Desenfundaron pistolas Astra 300 cuyo metal azulado refulgió en la claridad de la mañana, que ya había ganado a la estrechez de la calle. Cuatro de los hombres de camisa azul se introdujeron en el portal mientras el quinto, el más joven de ellos, permaneció en la casapuerta, haciendo ademanes nerviosos a los viandantes para que nos apartáramos. Crucé de acera y me alejé calle de la Montera abajo. Sin embargo, al llegar a la esquina con la Puerta del Sol, me detuve, más curioso que atemorizado. Los cuatro falangistas que se habían introducido en el portal no tardaron ni tres minutos en regresar. Llevaban entre ellos, a empellones y aturdidos por los gritos de sus captores, a dos hombres, uno de ellos apenas un chaval, padre e hijo posiblemente, a quienes, también a empellones, introdujeron en el Balilla. Mientras el auto se alejaba a toda mecha, apretujados en un espacio imposible sus siete ocupantes, se hizo en la Montera, de habitual tan bulliciosa, un silencio sepulcral, como si nadie quisiera haber sido testigo de lo acontecido.

Pocos minutos después, viví otra escena similar en la esquina opuesta de la Puerta del Sol, en su confluencia con Alcalá. Y otra en la calle Correo. Otra más en la misma calle Carretas, junto al Pombo. Y cuando volvía de tomar mi café y mi rebanada de pan con un aceite que me supo amargo como las tueras después de que Jacinto, el camarero que solía atenderme, me contara entre susurros que seis de los parroquianos habituales de la botillería habían sido detenidos y estaban desaparecidos, vi un camión en cuya caja descubierta se agolpaban hombres y mujeres, algunas caras tumefactas, sangre en los cabellos, ojos de pánico, labios trémulos, miradas desencajadas. Y vi satisfacción y odio en quienes, apretados en la cabina del camión, sonreían con fiereza.

Me acordé de la escena que había vivido aquel día en que conocí a Clara. Fue poco después de que el piquete de milicianos me detuviera, cuando nuestro encuentro fue interrumpido por la llegada de la brigada de guardias de asalto de paisano que perseguían a quienes reputaban espías, quintacolumnistas.

Y me dije que nada había cambiado.

«Pero, por el amor de Dios, ¿la guerra no había terminado?».

Y entonces percibí, con mayor intensidad que nunca, los mordiscos del miedo. Los experimenté como si fueran un ciempiés que recorriese mis tripas con pasos lentos y glaciales. Reviví en un segundo cada uno de mis días en Madrid durante la guerra: ¿qué había hecho que pudiera resultar equívoco o problemático a ojos de los vencedores?, ¿qué pleitos había llevado?, ¿qué había dicho en los escritos presentados en los juzgados?, ¿era delito no haberse negado a servir en el ejército rojo cuando fui reclutado?… Y recordé también mis tiempos en las trincheras, en las tranquilas trincheras del norte de Madrid que ocupaba la 37.ª Brigada Mixta del ejército republicano, mi labor en el semanario del batallón, mi licenciamiento tras el accidente y las heridas, mis eventuales servicios en la Inspección General de Tribunales Militares del Ministerio de Defensa de la República.

¿Debía tener miedo? ¿Tenía algo que temer?

Recordé las palabras que ayer mismo, ayer por la mañana, le había dicho a mi madre, intentando tranquilizarla: «Ni tú ni yo tenemos nada que temer».

Ojalá fuera verdad.

Sentí que la pierna herida me dolía como si me la estuvieran mordiendo con dientes afiladísimos.

Yo siempre había estado al margen, era el signo de mi vida. No había militado nunca en ningún partido político ni había estado afiliado a sindicato alguno, solo al Colegio de abogados de Madrid. No había participado en actividades políticas, no me había significado ni para bien ni para mal de ningún modo. Había estado con Clara, sí, una miliciana anarquista, pero… ¿quién lo podía saber? Y en el ejército rojo había hecho lo que me habían ordenado y había dejado de hacerlo cuando tuve que dejar de hacerlo. Yo no

era sino uno más de la inmensa, extraordinaria mayoría de españoles que no habían querido la guerra y que ahora anhelaban la paz.

Pero una paz de verdad, una paz sin más sangre, sin venganza. Una paz llena de perdón. Una paz que fuera el germen de la reconciliación.

Pese a ello, recordando aquellas palabras ingenuas —«Ni tú ni yo tenemos nada que temer»—, pensé con un escalofrío que tal vez, cuando las pronuncié, cuando se las dije a mi madre, me estaba equivocando.

Con esa ingenuidad tremenda que mi madre me atribuía.

Caminé con la cabeza gacha, buscando las sombras pese a que, en Madrid, la mañana invitaba a contemplar la luz, limpia y radiante bajo un cielo hermosísimo, azul, resplandeciente.

Un cielo vestido de purísima y oro.

* * *

La tarde se me hizo eterna como el llanto de un niño chico. Almorcé con desgana, resignado al potaje de lentejas —las célebres «píldoras del doctor Negrín», que además estaban sosas, pues la sal era un bien escaso en esos días—, a la tortilla francesa y a la cháchara aprensiva de mi madre. Luego, intenté dar una cabezada en el sillón orejero del cuarto de estar con la radio puesta, pero ya fuera por la machaconería de las marchas militares, ya fuera por mi estado de ánimo, no pude conciliar el sueño. A las cuatro bajé al bufete, donde me encontré con la soledad pulverulenta que desde hacía meses venía siendo mi compañera en la mayor parte de las tardes.

Puse la radio, resonaron las marchas militares, la apagué con un gesto brusco e intenté enfrascarme en los pocos expedientes que había sobre la mesa. Todos eran de asuntos antiguos, acabados algunos, enfangados en el lodazal en que se había convertido la justicia republicana los más. Apenas si tenía asuntos vivos. Los dejé a un lado y clavé la vista en mi sombrero, que descansaba en un rincón de la mesa. Era viejo, de fieltro azul oscuro, tipo Fedora,

que había heredado de mi abuelo, y no solamente por eso le profesaba un cariño nostálgico. Había borrado de mi mente que ese mismo sombrero había pertenecido también a mi padre, que cuando se marchó, cuando nos abandonó a mi madre y a mí, quedó olvidado, nunca sabría si adrede, sobre una silla del cuarto de estar. Meneé la cabeza para espantar esos recuerdos. De mi padre no quería tener nada, ni siquiera un gramo de memoria.

Regresé la vista a los expedientes polvorientos y abrí uno al azar. Era el del desahucio de doña Agustina Pozo, la viuda de la calle Bordadores. Y el recuerdo de ella, de Clara, volvió a asaltarme, con más fuerza si cabía. Cerré el legajo. Clavé la vista de nuevo en el sombrero.

Y el recuerdo de Clara se intensificó.

Así que me dejé llevar y permití que ese recuerdo que me había asaltado de forma importuna me envolviese como una bruma cálida.

Fue, lo recordaba a la perfección, un día del mes de octubre de 1937.

El día 26 del mes, martes.

Año y medio hacía ahora de aquel encuentro, chispa más, chispa menos.

Y lo recordaba como si hubiese sido ayer.

Era un día lluvioso y gris, de cielos encapotados y un airecillo que arañaba las carnes con uñas gélidas.

Era por la mañana, venía de desayunar en el Pombo…

3

«Todos los facciosos lleváis un pañuelo blanco»

Octubre de 1937, un año y cinco meses antes de la toma de Madrid

Era un día lluvioso y gris, de cielos encapotados y un airecillo que arañaba las carnes con uñas gélidas.

Era por la mañana, iba tocado como siempre con ese sombrero que levantaba miradas ora irritadas ora curiosas, pues casi nadie usaba sombrero en Madrid en esos días. Venía de desayunar en el Pombo con Roberto Calero y regresaba a la calle del Arenal. Vivía en un segundo piso, un segundo derecha, pues ni comunistas ni anarquistas habían encontrado un adverbio con el que sustituir a ese que evocaba, según ellos, fascismos y autocracias. Y en una habitación de la planta baja tenía mi bufete, pequeño y modesto, en el que despachaba mis asuntos. El estudio estaba justo al lado de la sombría y exigua vivienda de José Parera, el portero del edificio, un buen hombre que, por unas pocas pesetas al mes, me introducía las visitas y me recogía los recados cuando yo no estaba.

Transitaba por la Gran Vía embebido en el periódico que leía a diario: *El Liberal*. Era, de entre todos los que se publicaban en Madrid en esos tiempos, cuando la guerra bullía como una olla al fuego, con el que más cómodo me sentía. O tal vez, mejor dicho, el único con el que me sentía medianamente cómodo. El *ABC* de Madrid, tras la incautación de sus rotativas por parte del Gobierno después del golpe del treinta y seis, no era más que un pasquín en

manos del Ministerio de Propaganda; únicamente lo compraba cuando publicaba los edictos judiciales y las requisitorias, a ver si repasando el listado de demandados o procesados en paradero desconocido que cada semana publicaba el *ABC* podía negociarme de vez en cuando unos honorarios que cada día me hacían más falta. Los otros diarios y semanarios —*Claridad, Ahora, Solidaridad Obrera, Mundo Obrero*…— únicamente eran los órganos oficiales de expresión de los diferentes partidos y sindicatos. Y *El Heraldo de Madrid* me parecía en exceso sensacionalista. *El Liberal*, en cambio, incluso después del exilio a Francia de sus propietarios, los hermanos Busquets —que huyeron allende los Pirineos cuando fueron amenazados de muerte por la FAI—, era una amalgama plural de opiniones y puntos de vista, con un tono sobrio e intelectual, muy de mi agrado. Mi madre, cada vez que me recriminaba mis largos silencios de la mesa, decía que esos dos calificativos me venían como anillo al dedo. Sobrio e intelectual. Y a mí, la verdad sea dicha, me gustaban. Aunque siempre tenían coletilla, una coletilla que yo mismo tejía e hilvanaba. Sobrio e intelectual, sí, tal vez, pero también irresoluto y pusilánime, me decía para mí mismo cuando mi madre me recordaba las virtudes esas, que en sus labios no lo eran tanto, con que me calificaba. Sobrio e intelectual.

Ese día de octubre del treinta y siete, en el Pombo, con mi amigo y colega Roberto Calero, mientras tomaba mi diario desayuno de café y pan con aceite, o un bollo con nata cuando lo había, que no era siempre ni mucho menos, con la escasez que se padecía en Madrid, con la de hambre que se pasaba, la conversación había girado sobre las noticias que traía en portada *El Liberal*: la reunión del Comité Internacional de No Intervención, el derribo de dos trimotores italianos en la costa catalana y, sobre todo, el decreto del Gobierno francés por el que se expulsaba de su territorio a todos los españoles que tuviesen entre dieciocho y cuarenta y ocho años y careciesen de permiso de residencia.

—La República se queda cada vez más sola, Edu —había sentenciado Calero entre bocado y bocado a una napolitana de aspecto bastante rancio, las migas de cuyo hojaldre moteaban su

camisa celeste—. Más sola que la una, joder. Y como no nos queda más que Rusia, tenemos que aguantar a los cabrones estos de los comunistas, que están ya por todos lados como las moscas, haciéndose los dueños de todo, que a ver adónde carajo nos llevan.

En aquellos instantes, después de desayunar y de despedirme de Calero, y mientras me acercaba a la Casa del Libro, la gran librería de la editorial Espasa-Calpe, leía con una media sonrisa en los labios la sección especial de anuncios por palabras de *El Liberal*. Una media sonrisa que nacía de la extravagancia de algunos de esos anuncios: «Compro enceradora Electrolux ocasión». «Señora compraría abrigo piel legítima a particular, discreción». «Partos. Florinda, hija médico. Consulta reservada. Gratis médico especialista». Casi solté una carcajada al leer este último clasificado: la comadrona cobraba y, a cambio, ponía gratis al médico ginecólogo. Me iba diciendo que ni la guerra podía con el ingenio de los madrileños cuando un sexto sentido me hizo detenerme con brusquedad. Ante mí, parados en medio de la acera hasta casi ocuparla por completo, había tres milicianos. Eran dos hombres y una mujer, los tres con monos azules, pistolón al cinto y gorra y pañuelo con los colores anarquistas. Un piquete de los muchos que aterrorizaban Madrid y todos los territorios de la República. Los dos hombres, ambos con la sombra en el rostro de la barba cerrada, de pelo canoso el de mayor edad, sesentón casi, y cetrino el otro, que no cumpliría ya los cuarenta, me contemplaban hoscos, alambicándome. La mujer, en cuyos ojos oscuros la ironía brillaba como una lágrima, estaría en torno a los treinta, un año arriba o abajo. A pesar de su aspecto algo masculino, con las botas y el mono que ocultaba en parte sus formas, era guapa. Tenía esa belleza sazonada de las mujeres que están a gusto con su edad y con lo que el paso del tiempo ha dibujado en ellas.

Al verlos delante de mí, sentí que las piernas comenzaban a cosquillearme, augurando un tembleque incómodo. No me acostumbraba a esos desagradables encuentros. Me afirmé sobre mis viejos zapatos Segarra para controlar el temor y me maldije por mi endémica falta de coraje. Sabía que, ante piquetes como el que estaba plantado ante mí, tan mala era la altanería como el

acobardamiento. Una y otro solían desatar las iras de individuos como esos que usaban el poder que las circunstancias les habían dado en función exclusivamente de la temperatura de su cólera. Lo mejor era aparentar una indiferencia respetuosa, ni medrosa ni envanecida. Respiré con fuerza, volví a maldecir interiormente mi poquedad y me dispuse a enfrentar lo que viniese.

—Salud, camarada.

Fue el más viejo de los milicianos, el canoso, su mano diestra apoyada en la culata de la Star 1919 de cañón largo y la siniestra en la cartuchera que portaba en bandolera, quien me saludó, plantado ante mí, desafiante, muy abiertas las piernas encorvadas y con el ceño prodigando peligros.

—Buenos días.

Devolví el saludo con laconismo y con cierto tono de hartazgo, una levísima hartura rebelde. «Otra vez. Otra puñetera vez». ¿Cuántas veces, desde que la guerra comenzara, me habían parado ya por la calle hombres como ese? Ya no me quedaban dedos de la mano ni ganas para contarlas. Aguardé a escuchar el requerimiento acostumbrado.

—Papeles.

Extraje del bolsillo interior de mi chaqueta la cartera, y de ella, la cédula de identidad, que entregué al anarquista. Este fingió examinarla y después se la pasó a su compañero. Era evidente que no sabía leer. El segundo miliciano, el más joven, frunciendo los ojos, leyó con cierta dificultad los datos consignados en el manoseado papel: nombre, dirección, año y lugar de nacimiento, profesión. Mientras tanto, el canoso, como si la constatación de su incapacidad para leer la cédula hubiese avinagrado aún más su estado de ánimo, endureció el gesto de sus ojillos ponzoñosos.

—¿Adónde coño te crees que vas con eso? —Y soltó la mano izquierda de la cartuchera para señalar un punto indefinido por encima de mi cabeza.

—¿Con qué? —pregunté, aunque ya sabía a qué se refería. Era la misma escena de siempre.

—El sombrero. Eso que llevas en la mollera es de facciosos.

De nuevo el dichoso sombrero. Ya había renunciado a llevar

corbata para no llamar la atención. Pero sabía que, en esos tiempos en que la uniformidad era signo de afección, el sombrero la llamaba de igual manera. Si no más. Sin embargo, por un inusual sentimiento de insubordinación que mal casaba con mi carácter, me resistía a desprenderme de él. Aunque ni yo mismo sabía el porqué. Tal vez porque había sido de mi abuelo. O, más posiblemente, porque mi padre lo había abandonado cuando se marchó y era como si lucirlo fuese una forma de poner en evidencia su cobardía. Además, ¿qué daño podía causar un viejo sombrero? ¿Por qué se empeñaban comunistas y anarquistas en asimilar sombrero y fascismo? Contraje los músculos de la pantorrilla para evitar que el tacón del zapato repiqueteara sobre el pavimento y un dolor punzante volvió a aguijonearme el muslo derecho herido. Cavilé durante un instante si aludir a los famosos sombreros de Azaña, de Largo Caballero, de Companys… Incluso recordaba una foto de Manuel Azaña con sombrero de copa. Decidí que no merecía la pena. En una ocasión lo había hecho y casi me gano un culatazo. Y no me sobraban arrestos para asumir de nuevo el riesgo.

—Lo siento. Es un recuerdo de mi abuelo. Y abriga. Hace frío.

—Las gorras proletarias y las boinas abrigan igual de bien, camarada. Y distinguen al obrero del faccioso burgués.

—Lo tendré en cuenta. Y ahora, si no quieren otra cosa…

—Sombrero y, además —añadió señalando el diario—, ese periodicucho. —Por lo que se veía, el viejo miliciano, aunque no supiera leer, sabía distinguir un periódico de otro.

—*El Liberal* es un diario republicano —aduje, algo timorato—, discúlpenme, pero yo no le veo nada malo.

—¿Abogado? —preguntó el miliciano más joven, que acababa de leer la cédula y se la tendía ahora a su compañera, que no había abierto la boca y que la examinaba con singular intensidad, como si intentase memorizar algún dato—. ¿Eres abogado?

—Sí.

—Tienes veintinueve años, naciste en el ocho. ¿Qué haces que no estás en el frente?

«Eso mismo podría preguntarte yo, camarada. Si tuviera valor

para hacerlo, claro».

—¿O es que los abogados —continuó sardónico el cenetista— conocéis triquiñuelas hasta para escaquearos de servir con las armas al pueblo y a la República? Así que dime: ¿por qué no estás en el frente?

—Lo estuve.

—¿Dónde?

—Fui reclutado en febrero de este mismo año, cuando mi quinta, la del veintinueve, fue llamada a filas. Serví en la 37.ª Brigada Mixta hasta hace un par de meses. En el frente de la sierra norte de Madrid.

—¿Reclutado en febrero de este mismo año? ¿Y qué haces que no estás con ellos? Se dice que la 37.ª va a ser destinada muy pronto al frente de Teruel. Se necesitan allí todos los hombres disponibles.

—Fui herido el pasado agosto. Estuve hospitalizado hasta bien entrado septiembre y fui declarado inútil para el combate. —Mi voz quería sonar monótona, pero no pude evitar que me brotara un punto trémula. Aunque era la enésima vez que recitaba la misma historia—. Estoy aquí desde entonces. Trabajo en mi oficio y, cuando se me llama, hago lo que me mandan en la Inspección General de Tribunales Militares del Ministerio de Defensa. Esa es mi forma de servir a la República. No tengo otra. Lo siento, de verdad. Lo de ser herido no fue idea mía.

Cambié el peso de una pierna a otra para que se notara mi cojera, cada día más imperceptible. Contemplé los rostros de los tres milicianos. Había rictus huraños en los de los dos hombres. El de la mujer lucía un ademán inescrutable. Juraría que se estaba divirtiendo más de lo que era normal en encuentros como ese. Había bajo sus pestañas, negras y largas como pistilos de hibisco, una expresión de malicia, recónditamente risueña. Advertí que me contemplaba intensamente, era como si yo le recordara a alguien, o eso quise creer. Y sí, era guapa. Muy guapa.

—Tu cartilla militar —me exigió el miliciano moreno.

Volví a llevarme la mano al bolsillo de la chaqueta y saqué el documento que me pedían. Agregué *motu proprio* el salvoconducto

que las autoridades militares republicanas me habían expedido con el licenciamiento.

—Estuve a punto de perder la pierna derecha —expliqué, exagerando algo, o bastante, mejor dicho, mientras el miliciano leía los documentos—, y fui herido en la espalda. —Me cuidé muy mucho de explicar que mis heridas habían sido causadas no en las trincheras, sino en una mala carretera madrileña llena de baches, en un accidente de tráfico, cuando me disponía a disfrutar de mi primer permiso después de varios meses en el frente—. Estuve veintiún días ingresado en el hospital de Carabanchel primero y, luego, en el Primer Hospital Militar. Tuvieron que extirparme además el riñón izquierdo y fui declarado inútil para el servicio.

—Conozco compañeros —adujo el miliciano de mayor edad— que perdieron un riñón o un huevo y siguen peleando como leones contra los fascistas.

—Yo no.

La impertinencia hizo que el fuego de la ira incendiara los ojos del miliciano. Yo mismo me asusté de mi insolencia. Estuve seguro durante un instante de que el cenetista se iba a llevar la mano al pistolón para golpearme con la culata o, peor aún, dispararme a bocajarro. No sería yo ni el primero ni el último en morir de mala manera en un control rutinario como ese. Los zapatos comenzaron a repiquetear sobre las losas de la acera de puro miedo. Se oyó en ese preciso momento, sin embargo, un estrépito al otro lado de la calle, las estridencias de los neumáticos de dos autos que frenaron rechinando, gritos y el resonar de pasos corriendo a toda velocidad sobre el acerado.

—¿Qué coño pasa allí? —preguntó la miliciana. Era la primera vez que hablaba, lo hacía despacio y, a pesar de lo desabrido de su pregunta, su voz era suave, envolvente, en un llamativo contraste con su aspecto fiero.

—Parecen policías, Nicolás, aunque no llevan uniforme —aseguró el miliciano más joven, dirigiéndose al de mayor edad—. ¡Eh, ahí, ahí! ¡Mirad! ¡Mirad esos cabrones que salen corriendo! ¡Facciosos, seguro, coño! ¡Quintacolumnistas! ¡Hijos de puta! ¡Intentan escapar de los guardias de asalto! ¡Vamos, corred!

¡Vamos a por ellos!

Los dos cenetistas echaron a correr, adentrándose en la calzada sin prestar atención al tráfico, y a punto estuvieron de ser atropellados por un tranvía que transitaba por la Gran Vía en esos instantes. La mujer, una vez que el tranvía se hubo detenido, se introdujo también en la calzada en pos de sus camaradas. Antes de hacerlo, no obstante, giró la cabeza, me contempló con descaro, pareció sopesar una decisión que la hacía dudar y finalmente esbozó una sonrisa brevísima y salió corriendo hacia el tumulto de la otra acera.

Ocho hombres vestidos de paisano se habían apeado de los autos, dos Hispano-Suiza de 1931, que habían estacionado de cualquier modo a apenas unas decenas de metros de donde yo había sido requerido por el piquete. Casi al mismo tiempo, dos hombres que salían de un edificio colindante con el Teatro Popular habían echado a correr cuando advirtieron la tumultuosa llegada de lo que supuse, por las palabras del miliciano, que era una brigada de la Guardia de Asalto de paisano. El tráfico se detuvo por la escandalera, los gritos de unos y otros, las imprecaciones, las intimaciones a voces de los policías a los prófugos para que se detuvieran, los rebuznos de los asnos cargados con serones, espantados por la vocería, los juramentos y blasfemias de los cenetistas, el alarido destemplado de uno de los guardias al tropezar con un puesto de castañas tempranas que había en una esquina, el fragor del fogarín al caer al suelo, los quejidos del guardia caído y lastimado…

Los fugitivos, después de una veloz carrera, giraron a la derecha en la confluencia con la calle Romanos, al igual que poco después sus perseguidores, distanciados ambos grupos por no más de diez o quince metros.

Poco a poco, el eco de los gritos y las exhortaciones se fue perdiendo en la distancia.

Y entonces, como si nada hubiese ocurrido, todo volvió a la normalidad. La Gran Vía recuperó su ritmo habitual en pocos segundos, el tiempo que tardó el tranvía en ponerse en marcha, los coches en arrancar de nuevo, los burros en apaciguarse, la gente en

regresar a sus quehaceres. Y Madrid volvió a ser Madrid. Una ciudad sitiada, sí, pero también viva, sufriendo la guerra, deseosa de regresar a la normalidad que sentía tan lejana. Mujeres con vestidos negros y zapatos sin tacón, hombres con boina y alpargatas, las colas del racionamiento, doscientos gramos de alubias, un cuarto de kilo de pan, cien gramos de bacalao, la bolsita con las «pastillas del doctor Negrín», las bocas del metro manchadas por el pánico a las sirenas nocturnas, como si el pánico fuese humo que tiznara sus paredes, los sacos terreros rodeando, al fondo, a la Cibeles en la plaza de la Linda Tapada, niños voceando periódicos, «¡*El Socialista, El Socialista*, el ejército del pueblo causa graves daños a la aviación fascista cerca de Zaragoza, capturados dos tanques enemigos en los alrededores de Gijón!», la tentadora penumbra de los vestíbulos de los hostales y pensiones, los carteles multicolores que elevaban, o eso pretendían, la moral de los madrileños, los «No pasarán», «El pueblo en lucha», «¡A las barricadas!», «España por la República» y, junto a ellos, «Anís El Mono», «Cervezas Damm», los agujeros de bala en los muros quejumbrosos, el humo lejano de las fábricas, las octavillas anunciando la exposición de estampas de Francisco Mateos y esculturas de Yepes, los runrunes de las radios tras las ventanas y cierros, un cartel avisando de la actuación de Pompoff y Thedy en el Teatro Popular, otro de Carmelita Ruiz en *Morena Clara,* los corresponsales de guerra dirigiéndose a uno de sus habituales cónclaves en el hotel Gran Vía… Madrid que, pese a la guerra, pese a todo, se resistía a dejar de seguir siendo Madrid.

Cuando la calma regresó, cuando conseguí controlar el temblor que la escena me había provocado, di gracias por haber salido indemne del encuentro, recogí mis papeles, que los milicianos habían dejado tirados sobre la acera, y reemprendí el camino hacia la calle del Arenal.

* * *

Ocurrió esa misma tarde, una tarde típica de octubre, también, como la mañana, gris, húmeda y ventosa.

Me hallaba en el bufete, atendiendo a una cliente, una viuda llamada Agustina Pozo, amiga de mi madre. Eran tiempos malos para los abogados. Peores aún para quienes, como yo, nos dedicábamos a los pleitos civiles y mercantiles. La guerra había provocado que el Gobierno de la República perdiera el control de la Administración de Justicia. Los tribunales revolucionarios y los comités populares habían proliferado como los jaramagos en los campos. Para combatir el desorden de los piquetes y grupos armados que pretendían administrar una justicia creada por ellos mismos y a su medida, el Gobierno republicano había promulgado varios decretos por los que se instituían los Tribunales Especiales de Espionaje y Alta Traición, los Tribunales Especiales de Guardia, el Tribunal Popular de Responsabilidades Civiles, los Jurados de Urgencia, los Jurados de Guardia… Ya había perdido la cuenta de cuántos órganos de nuevo cuño más. La justicia civil ordinaria, la de los juzgados de primera instancia y los juzgados municipales, languidecía mientras tanto abandonada de todos. A las purgas de jueces, magistrados, fiscales y funcionarios se había unido la ingenua convicción de los gobernantes republicanos de que esos juzgados no necesitaban de más medios humanos ni materiales puesto que la *nueva sociedad* que la República había traído a España, de mayor fraternidad y menores conflictos según su cándido parecer, y el agotamiento económico producido por la guerra, iban a suponer una disminución drástica de los pleitos civiles y mercantiles. Pura ingenuidad, una simplicidad completa. Pues nada de eso había ocurrido. Y así funcionaba la justicia ordinaria, sin recursos, depauperada, consumida. Tanto, que adentrarse en sus vericuetos era arrojarse a un charco de desesperación.

Agustina Pozo, setentona, la cara arrugada como la cáscara de una nuez, cabello casi azul de tan blanco y voz y expresión que derramaban bondad, era la viuda de Federico Velasco, un oficial de Telégrafos que había muerto tres días antes de la abdicación del último rey Alfonso. Lo que en su viuda era bondad, en Velasco había sido cicatería según decían todas las lenguas del barrio. A fuerza de mal comer, de mal vivir, de escatimar y de llevar una

vida tan plana como el horizonte de La Mancha, había conseguido ahorrar lo suficiente para, allá por finales de los años veinte, cuando el precio de la vivienda en Madrid había caído en picado, comprar el modesto pisito en el que hasta entonces vivía de alquiler, un tercero en un edificio de la calle de Bordadores, y aún sus ahorros le dieron para comprar otro piso, más pequeño, en el mismo rellano. Para con sus rentas asegurarse la vejez. En el mayor de los pisos continuó viviendo el matrimonio; el más pequeño lo habían comprado con inquilinos dentro: una pareja con tres hijos pequeños; ella, ama de casa; él, carabinero. Cuando la guerra estalló, el hombre fue destinado a la 3.ª Brigada Mixta de Carabineros, que había sido creada en el Alcázar de San Juan y estaba al mando del comandante Galán. Hasta principios de diciembre del treinta y seis, la viuda Pozo había recibido puntualmente de la esposa del militar, cada fin de mes, la renta pactada de setenta y seis pesetas, pero una mañana de mediados de ese mes, cuando fue a llevarle un poco de leche condensada para los niños, advirtió que la mujer y sus hijos habían desaparecido, y con ellos sus ropas y enseres, todas sus cosas. Nunca más volvió a saber de ellos. Las comadres del barrio murmuraban que el carabinero había desertado de su brigada poco después de la batalla de Pozuelo y que se había pasado a las tropas franquistas, y que su mujer había hecho lo propio, llevando consigo a sus hijos menores de edad, logrando escabullirse por el frente de Ciudad Universitaria. La viuda Pozo tuvo entonces que buscar, y a toda prisa, pues su sustento dependía en buena medida de la renta que obtuviera por el pisito, nuevos inquilinos, y los primeros que llamaron a su puerta fueron una pareja de mediana edad de Navalcarnero que tenía una niña pequeña y que se había refugiado en Madrid después de que su pueblo fuese tomado en octubre por los sublevados. Él era impresor y halló trabajo en las rotativas de *Mundo Obrero*, el periódico del Partido Comunista, al que estaba afiliado; ella, por su parte, había sido en Navalcarnero una destacada dirigente de la AMA, la Agrupación de Mujeres Antifascistas, y enseguida encontró empleo en Madrid como cobradora en el metro. A la viuda Pozo no acabaron de gustarle ni

las formas ni las miradas cargadas de odio de la pareja, pero ¿qué podía hacer? Así que les alquiló el pisito por sesenta y dos pesetas mensuales que pronto, en cuanto entraron en vigor las nuevas disposiciones de los republicanos sobre las rentas de los arrendamientos, se convirtieron en poco más de cincuenta. Eso fue en diciembre, y en marzo del treinta y siete ya le debían tres meses de renta. Cuando fue a reclamar el pago, en vez de duros y pesetas lo que recibió fueron amenazas de denuncia por facciosa y por propietaria de dos bienes inmuebles, como si haberse llevado una vida de privaciones para ahorrar lo suficiente para comprar un piso fuese un delito. «Es usted una asquerosa *terrateniente*», contaba que le espetaron aquellos dos individuos de Navalcarnero.

—Y no solo no me pagan ni una miserable perra gorda, Eduardo —me decía en esos instantes la viuda lastimeramente—, sino que cada vez que nos cruzamos en las escaleras se chuflan de mí, de una pobre anciana viuda, ¿será posible?, y no paran de decirme que el día menos pensado me mandan a un piquete, porque dicen que soy una fascista y una espía del enemigo. ¡Yo, a mi edad, espía, ¿te lo puedes creer?!

—Los tiempos, doña Tina, los tiempos que corren, que no son buenos para nadie.

—A mí me lo vas a decir, hijo, a mí me lo vas a decir. Pero cuéntame, Eduardo, ¿cómo va nuestra demanda? ¿Has podido enterarte de algo nuevo?

Agustina Pozo visitaba el bufete cada semana. La conversación que manteníamos era en esencia la misma. Las quejas de la viuda, sus lamentaciones por su escasez y el muro inaccesible en que se había convertido la justicia ordinaria. Y mis mismas explicaciones, que más eran excusas que otra cosa, y las mismas palabras en las que no podía esconder mi impotencia.

—Nada, lo siento, de verdad. Estuve el viernes en el juzgado y nadie sabía nada. No hay fecha para el juicio, no hay requerimientos ni citaciones, no hay proveídos, no hay nada, doña Tina. Y me duelen los dedos de redactar escritos que tampoco sirven para agilizar su proceso. Me siento impotente, se lo aseguro. De verdad que no sabe usted cuánto lo lamento. Además, es mi

obligación recordarle una vez más que, aunque se celebre el juicio y obtengamos sentencia de desahucio, eso no quiere decir que podamos echar a sus inquilinos. Ya sabe usted, porque se lo he dicho decenas de veces, doña Tina, que las nuevas leyes de la República prohíben el desahucio por impago. Lo máximo que podríamos conseguir es una subida del veinticinco por ciento de la renta.

—¡Pero, Eduardo, si no me pagan ahora, ¿cómo haré que me paguen después ese aumento del que me hablas?! ¡Todo esto es una locura, por Dios! ¡Necesito ese dinero para vivir!

La viuda Pozo era uno de los pocos clientes que me quedaban en el despacho. La nómina de mi clientela nunca había sido particularmente extensa. Había heredado los clientes de mi abuelo al morir este, la mayoría modestos empresarios y comerciantes a los que llevaba los papeles, los asesoraba en sus negocios y les redactaba contratos y demandas de pequeña envergadura, y esa cartera me había dado para desenvolverme con cierta comodidad. La complementaba con cuestiones arrendaticias, pleitos civiles de menor y, muy raras veces, de mayor cuantía, separaciones, divorcios, asuntos mercantiles de todo tipo, alguna quiebra que otra… Y disfrutaba con lo que hacía, pues era un enamorado de mi profesión. Los ingresos del bufete y los giros que mi padre huido mandaba puntualmente cada mes hacían que mi madre y yo viviéramos sin agobios excesivos para los tiempos que corrían e incluso que hubiera podido ahorrar unos cientos de duros. Pero, desde que la guerra comenzara, rara era la semana en que esa lista de clientes no sufría una o dos bajas: unos habían huido de Madrid, otros habían cerrado sus empresas y negocios, otros habían sido reclutados y nada sabía de ellos, y los más no tenían dineros para abogados. «Y hablando de dineros, con el saldo de mi cartilla en el Hispano, o me entran nuevos clientes o de aquí a nada me veo vendiendo mis pertenencias, trabajando de alpargatero, mendigando en la calle o viviendo de los ahorros de mi madre», me dije para mí mientras escuchaba las lamentaciones de doña Tina. Me pregunté cuál sería la reacción de la viuda si le recordaba que me debía la provisión de fondos —treinta y cinco miserables

pesetas— que le había pedido al comenzar el pleito, y que ya llevaba suplidas más de veinte. Y en esas dudas estaba cuando advertí que la puerta del bufete se abría inopinadamente. Levanté la mirada, más sorprendido que alarmado.

Y entonces la vi.

Me quedé estupefacto.

Recortada entre las jambas de la puerta, levemente iluminada por la claridad titilante del zaguán, estaba la miliciana.

Oscura.

Peligrosa.

El cabello negro se le deshilachaba en hebras de luz bajo la gorra, esclarecido por el color dorado de la tarde que penetraba a través de la puerta abierta y del ventanal que daba a la calle del Arenal. En sus labios se hospedaba la misma sonrisa descarada que había lucido por la mañana. Y en sus ojos, la misma mirada en la que se amancebaban la provocación y la displicencia.

Una punzada de dolor me aguijoneó la pierna mala.

Me quedé sin saber ni qué hacer ni qué decir.

Y ella tampoco dijo nada, se limitó a permanecer allí, parada bajo el dintel de la puerta.

Agustina Pozo, la viuda, compuso un ademán despavorido cuando advirtió la presencia de la recién llegada con su pistolón y sus cartucheras. Como si fuera una enviada temible de sus inquilinos morosos. Después, nos contempló por turno a ambos, también sin saber qué decir.

—Doña Tina —le aconsejé, tras unos segundos de silencio—, será mejor que continuemos nuestra conversación mañana o pasado, si no le molesta.

—No… Claro que no… Por supuesto, lo que tú digas, hijo.

Se levantó con el esfuerzo de sus muchos años, asió su bastón y, a pasitos cortos y dificultosos y con la mirada gacha, se acercó a la puerta y aguardó a que la miliciana le hiciera un hueco para poder abandonar el despacho. Cuando lo hubo hecho, rodeándola como si fuera un boquete, aquella cerró la puerta con el pie, desdeñosamente.

—Pues… Buenas tardes —saludé, sin nada mejor que decir.

La mujer no respondió. Ensanchó la sonrisa y sus dientes blancos asomaron entre sus labios carnosos.

—¿Qué ocurre ahora? —me atreví a preguntar—. ¿Puedo saber qué es lo que quieres?

La mujer continuó sin responder. Frunció imperceptiblemente los ojos al oír el tuteo. Dio un par de pasos, se adentró en el despacho, pasó un dedo por los lomos polvorientos de las tres docenas de Aranzadi que se alineaban en un anaquel, curioseó los demás libros de derecho que había en el estante y contempló luego los dos únicos cuadros que colgaban de la pared de su derecha: una fotografía de mi madre cuando era muy joven, por cuyos bordes la humedad y el tiempo habían teñido de color sepia el papel, y mi título de Derecho.

—«El Gobierno de la República Española —recitó la miliciana, leyendo el pergamino en voz baja—, y en su nombre el ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, considerando que, conforme a las disposiciones y circunstancias prevenidas en la actual legislación, don Eduardo Peña Velázquez, natural de Madrid, provincia de Madrid, de edad veintitrés, ha hecho constar su suficiencia en la Universidad de Madrid, expido el presente título de licenciado en Derecho que autoriza al mencionado a ejercer, con arreglo a las leyes y reglamentos vigentes, la profesión de abogado. Dado en Madrid, a 21 de noviembre de 1931».

Se giró y me enfrentó. Yo permanecía sentado, sin saber qué hacer. En sus ojos seguía titilando una sonrisa de burla.

—Vaya —agregó después—, un título republicano. Quién lo iba a decir.

—¿Y por qué? No sé qué tiene de extraño.

—Porque eres un faccioso.

Suspiré, con tanto miedo como hartazgo, si es que la convivencia entre ambas emociones era posible. No preveía nada bueno de esa visita.

—Yo no soy…

—Y llevaba tiempo —interrumpió mi protesta la miliciana, con una sonrisa que ahora era provocativa— queriendo tirarme a un faccioso.

Creo que mi cara se demudó. No lo sé con certeza, pero sí sé que abrí mucho los ojos, aturdido, sin entender lo que ocurría. Las palabras de la miliciana, aunque pronunciadas en voz no en exceso alta, continuaban rebotando contra los muebles y los libros de derecho componiendo un eco atronador. «Esto no puede estar pasando, esto no es verdad, cierro los ojos y la aparición se esfuma, es un sueño, una pesadilla, seguro». Pero no, allí estaba, sonriente, subversiva.

—No quiero problemas —dije, sin asimilar por completo las desconcertantes palabras de la mujer.

—¿Y de verdad crees que yo soy un problema?

No dijo más. Se acercó a mí y, al verla aproximarse, me levanté de la silla, inseguro. Ella rodeó la mesa, puso sus manos sobre cada uno de mis brazos y, sin darme tiempo a reacción alguna, me besó en la boca con fiereza.

En ese primer instante, ganado por la sorpresa, atónito, apoyé con escasa fuerza las manos sobre los hombros de ella, como queriendo alejarla. Pero de forma tan nimia que fue un gesto vano. Los sentí, a esos hombros, bajo la tela basta del mono azul, redondeados por una musculatura perfectamente definida. Y como si ese contacto clareara mis sentidos, fui consciente entonces de la vehemencia de la boca de la mujer, de cómo su lengua intentaba separarme los labios y penetrar en ellos, intrusa y húmeda. De su olor, que era como el del interior de los autos, de piel y gasóleo. Y de la protuberancia de sus pechos, que se aplastaban contra mi camisa blanca.

Tuve entonces tiempo, en medio del caos de la sorpresa, para recordar que siempre, desde muy joven, había tenido un razonable éxito con las mujeres, aunque no sabía muy bien por qué. Era bien parecido, no lo niego, desde pequeño me lo decían las amigas de mi madre —«Pero qué guapo que eres, chaval, qué lindo el niño, ¿eh, Carmen?»—, no había en mis facciones nada que las afeara, pero tampoco había nada que las hiciera destacar sobremanera, o al menos eso pensaba yo. Era delgado, estaba en buena forma física, pero no era ningún Clark Gable ni ningún Gary Cooper. Ni mucho menos. Roberto Calero me decía que yo despertaba en las

mujeres su instinto de protección, que era como un gatito desvalido que necesitara ser acariciado y abrazado, y que eso las volvía locas. Tuve que cesar en la reflexión porque sentí que la lengua de la miliciana intentaba enredarse con la mía. Y entonces la sorpresa dejó paso al fuego y me ganó enteramente.

Me dejé llevar.

Posiblemente, tampoco tenía otra opción, pensé después, ese día, y al siguiente, y al otro. Porque, desde entonces, aquella mujer se instaló en mi cabeza como una vena que cada día me palpitara con mayor fuerza. Sí recuerdo que en ese instante pensé que todo aquello iba a acabar mal. Pero, incapaz de hacer otra cosa, simplemente me dejé llevar. Por un instante el recuerdo de Marisa se plantó en mi mente, como una señal de tráfico. Pero se difuminó enseguida.

Abrí los labios y permití que la lengua de ella penetrara por completo en mi boca. Quise acariciarle los pechos, pero ella no me lo permitió y apartó mis manos con un ademán brusco de sus brazos. Lo demás ocurrió con rapidez sideral. Con tanta rapidez y conmoción que pensé que era otro quien ocupaba mi lugar y que yo presenciaba desde las alturas la asombrosa escena, como si fuese una mosca sobre la bombilla o una araña correteando por el techo. La miliciana dio un paso atrás y desanudó el lazo de nuestros labios y nuestras lenguas. Con dedos hábiles me destrabó el cinturón y me hizo un gesto con la cabeza para que yo continuara. Luego, respirando agitadamente, urgentes sus movimientos, se desanudó el mono, se lo bajó, se quitó la ropa interior y quedó desnuda de cintura para abajo. El torso le quedó cubierto por un astroso jersey negro y una vieja camiseta blanca. Apartó de un manotazo los pocos papeles que se amontonaban sobre la mesa y se sentó sobre el tapete, abiertas las piernas. Su sexo se me ofrecía como un racimo en las cepas de septiembre recién regado por un rocío pertinaz. Incendiado, la penetré con ímpetu y con urgencia, y arremetí como si en ello me fuera la vida. Hasta que, uno o dos minutos después, ella cerró las piernas, puso ambas manos sobre mi pecho y me obligó a parar. La miré a los ojos y vi en ellos algo parecido a la contrariedad.

—Así no —dijo la mujer, que continuaba respirando descompasadamente—. Así no. Estoy incómoda. Quiero sentirte más. Espera.

Se bajó de la mesa, se dio la vuelta y me ofreció sus nalgas blancas y tersas. Intenté amasarlas, pero ella me lo impidió con un contoneo irritado.

—Venga —me urgió—. Fóllame así.

Todo terminó en el tiempo que tarda el llanto en empapar la cara. O el que tarda la piel en enrojecerse bajo el sol de agosto. Con un quejido bronco mío en la última arremetida y un grito agudo de ella cuando el clímax la hizo derrumbarse del todo sobre la mesa.

—Dame tu pañuelo —me exigió ella, jadeante, después, aún tendida boca abajo.

Tomé aire, aguardé a que la respiración se me estabilizara, me acerqué al pantalón, que estaba derramado sobre el suelo de linóleo como un charco negro, y extraje de uno de sus bolsillos un pañuelo blanco doblado con pulcritud. Se lo tendí.

—Todos los facciosos lleváis un pañuelo blanco —dijo ella, mientras se limpiaba. Y levantó los ojos y había en ellos una carcajada luminosa—. Y eso ¿por qué?

—Ya te he dicho que no soy un faccioso, ¿cuántas veces habré de repetírtelo? Además, yo…

—¿Estás casado? —me atajó ella.

—No.

—¿Novia?

—¿Es que te importa, acaso?

—Entonces, es que tienes novia, ¿verdad?

—No.

Yo había dudado durante una fracción de segundo únicamente. Me había acordado de nuevo de Marisa, pero enseguida, otra vez, había ahuyentado el recuerdo, «Hace tanto tiempo que no está, ¿qué habrá sido de ella?, maldita guerra». Pero lo suficiente para que la mujer se apercibiera de esa fugaz vacilación.

—¿Qué fue de ella? —me preguntó.

—Nada. No tengo novia, eso es todo.

—Pues muy bien.

Me lanzó el pañuelo húmedo, que así con dificultad, aunque luego lo dejé caer al suelo. Nos vestimos ambos en silencio y con premura. Mientras me abrochaba el cinturón, vi cómo la miliciana se dirigía hacia la puerta, dispuesta a marcharse.

—Pero… ¿ya te vas?

Ella no respondió. Giró la cara, sonrió e hizo ademán de continuar caminando hacia la puerta.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté.

—¿Qué más te da?

—Algún nombre has de tener.

—Ahora, el nombre de todos nosotros es guerra. —Y se rio, con cierta tristeza—. ¿Te parece bien?

—De alguna forma habré de llamarte…

—Bah… Llámame como te plazca.

—¿Volverás?

—La guerra nunca acaba, abogado.

Y la carcajada luminosa y muda que antes había visto en sus ojos se derramó en un sonido dulce, hechicero.

—Para ser un fascista —dijo ella, mientras se iba—, no follas nada pero que nada mal.

Y se marchó.

El estrépito de la puerta al cerrarse sonó en mis oídos como el de las olas al estrellarse contra la escollera en un día de tempestad.

* * *

Esos encuentros fugaces e incendiarios se repitieron durante los días y los meses siguientes.

La miliciana volvió a mi despacho el viernes de esa misma semana. Y el lunes de la siguiente, y el jueves. Siempre en días laborables y a horas parecidas de la tarde. Apenas hablábamos, lo imprescindible para que esos encuentros no fuesen nada más que pura lujuria, aunque yo sospechaba que para ella eran solo eso. Para mí, sin embargo, eran algo más. Al principio, era únicamente

el ardor de la carne, las ansias de ese placer violento y exquisito. Pero, poco a poco, sin que supiera decir ni cómo ni cuándo se produjo la transformación, comenzaron a ser algo más. Contaba las horas que restaban para verla, o para cuando yo preveía que podría verla. Cada vez más, pensaba en ella, soñaba con ella, me imaginaba algo más con ella. Aunque no sabía nada de ella y aunque me asustaba todo cuanto ella representaba. Pero el alma humana, me decía, era tan indomeñable como el relámpago. Había en aquella mujer, al mismo tiempo que una fiereza sórdida, un aire de desamparo que llegó a traspasarme, un lustre de debilidad que de vez en cuando emergía entre aquella dureza, como si bajo su apariencia agresiva latiese un dolor antiguo y profundo. Ese lustre de orfandad, de desvalimiento, solía aparecer en sus ojos cuando, después del sexo, se fumaba un cigarro junto al ventanal, entreviendo la calle por la ranura mínima de las cortinas. Desaparecían entonces su fiereza, su bravuconería, su aire altanero, y solo quedaba el de una niña desamparada. La miliciana no me dijo nunca su nombre, pese a que yo se lo preguntaba insistentemente. Acabé por llamarla Clara.

—¿Clara? Y ese nombre, ¿por qué?, dime.

—Porque eres misteriosa, y hay más misterio en la claridad que en las sombras. Así que, ya que te niegas a decirme tu nombre verdadero, yo te llamaré Clara.

—Con que me sigas follando como me follas, llámame como te salga de los huevos, aunque ese nombrecito no me gusta, te lo advierto. También suena a faccioso.

Y la llamaba así, Clara, aunque sabía que ese nombre, que trasminaba fulgor y luminosidad y que tan poco le gustó, «No me llames Clara, no lo soy, ya te lo he dicho», era todo lo contrario a ella, que era pura oscuridad, que representaba todo lo que yo aborrecía: la intemperancia, el sectarismo, el terror que ensombrecía Madrid como la rama inmensa de un árbol igualmente inmenso y pútrido que apulgaraba las cosas buenas de la República. Ella me llamaba «mi pequeño fascista».

—Y si soy un fascista, ¿por qué no me detienes y me llevas a una de vuestras checas? —le había preguntado un día, molesto.

—Porque no eres peligroso. Y porque follas como los ángeles, corazón.

Y así vivía, pendiente de las llegadas de ella. Ella, que era, al mismo tiempo que una sombra azarosa y perturbadora, un fuego que solo hundiéndome en su carne podía apagar.

Poco a poco, ya bien entrado el año treinta y ocho, las visitas de Clara a mi bufete se fueron espaciando: una vez a la semana, tres veces al mes, dos veces, una vez cada mes. Hasta que, en agosto de ese año treinta y ocho, la miliciana dejó de buenas a primeras de acudir a esas citas furtivas e imprevisibles. Y lo hizo después de un último encuentro extraño, un encuentro en el que su desamparo fue más palpable que nunca, un encuentro lleno de palabras con doble sentido, «Nunca me olvidarás, ¿verdad, mi pequeño fascista?, aunque jamás volvieras a verme, ¿no es así?, nunca me olvidarás, júramelo», y después de una sesión de sexo más fiera, más ardiente, más vehemente que ninguna otra de las muchas que habíamos vivido.

Su ausencia me dejó al principio un hondón de angustia en el alma. A pesar de que en el fondo de mi corazón sospechaba —o más bien me temía— que yo para ella no significaba nada, apenas un desahogo, un reto, tal vez el gusto de acercarse a lo prohibido, una miliciana liada con un *faccioso*, se me encogió el corazón cuando fui consciente de que su ausencia iba a ser para siempre. La echaba de menos, añoraba su fuerza, su entrega bravía y fiera, su misterio, el tiempo junto a ella. El placer que me daba. Y tanto o más que ese placer, su presencia en mi vida. Cuando acabó el verano y llegó el otoño y la miliciana no regresaba, pensé en buscarla en los locales de la CNT, en preguntar por ella a los milicianos que cada día rondaban a cientos por Madrid, en acercarme a las barricadas, en averiguar su paradero por comités populares y asambleas libertarias.

No lo hice, sin embargo.

Por miedo y porque a mi vida ya había llegado Charo Velarde. Pero sobre todo por miedo, ese miedo que era el hilo conductor de mi existencia. Aunque ni Charo Velarde consiguió que olvidara del todo a Clara, la miliciana morena de pestañas

largas como pistilos de hibisco.

Y, lentamente, esa ausencia se fue tornando hábito, hasta que al fin y a la postre su figura, sus ojos, su voz, su cuerpo, su sexo, se convirtieron tan solo en un recuerdo almibarado.

Almibarado y recurrente.

Nunca llegué a saber su nombre auténtico.

Nunca llegué a saber dónde vivía.

Nunca llegué a saber quién era realmente.

Hasta mucho tiempo después.

Y tampoco nunca pude imaginarme hasta qué punto esa mujer, esa miliciana sin nombre, esa encarnación de la guerra a quien llamaba Clara porque en la claridad hay más misterio que en las sombras, iba a marcar el rumbo azaroso de mi vida.

¿Cómo iba a poder imaginármelo?

Ni en un millón de años.

Como tampoco, ni en ese millón de años, habría podido imaginarme en qué se iba a convertir esa vida mía.

4

«¿Tú sabes algo de la hipotenusa?»

Los días siguientes a la entrada de las tropas de Franco en Madrid transcurrieron por similares derroteros. Cada mañana, muy temprano, salía a desayunar al Pombo, como si quisiera aferrarme a mi costumbre, como no queriendo admitir que la vida había dado un vuelco, como si no quisiera reconocer mi otredad. Seguían proliferando por las calles las redadas callejeras, continuaba viendo el tránsito continuo de camiones cargados con presos y detenidos, raro era el día en que no advertía una ausencia —una librería clausurada, una tienda cerrada…—; el domingo 1 de abril, el locutor Fernando Fernández de Córdoba leía en las ondas de Radio Nacional el último parte de guerra, que declaraba oficialmente finalizada la contienda con la total rendición del ejército rojo. La victoria se celebró con un espectacular y multitudinario desfile por las calles de Madrid: ciento quince unidades de infantería, doscientas baterías de artillería, ciento cincuenta carros de combate, tres mil coches y camiones, miles de soldados de todas las armas… Franco, acompañado del general Saliquet, había entrado a las ocho de la mañana en las calles madrileñas recibiendo las aclamaciones de la multitud. Asistí desde muy lejos al desfile, hasta que la marea de falangistas, requetés portando grandes crucifijos, voluntarios portugueses, tropas coloniales, alemanes de la Legión Cóndor y legionarios italianos me hizo sentirme extraño, ajeno a todo aquello. «Madrid, tumba del comunismo», escribía un columnista en el *ABC* del día 2 de abril. Se promulgaban normas para la reanudación del trabajo. Se instaba a los rojos prófugos a presentarse en los campos de concentración. Se afirmaba que «mientras los servicios se van

normalizando rápidamente, la población madrileña recibe la constante y diligente solicitud del Auxilio Social en un alarde de organización sorprendente». Se promulgó en la Gaceta una orden disponiendo que por las Corporaciones Locales se hiciera constar en sus documentos, a continuación de la fecha de los mismos, la expresión «Año de la Victoria». Un suelto en el *ABC* del miércoles 4 de abril anunciaba que «Empieza la paz». Simultáneamente, desde Radio Nacional se pregonaba que la paz exigía sangre: «¡Españoles, alerta! La paz no es un reposo cómodo y cobarde frente a la historia. La sangre de los que cayeron por la patria no consiente el olvido, la esterilidad ni la traición». «¿Qué paz era aquella, que reclamaba venganza?», me preguntaba, con desvalimiento. En los diarios, la exhibición de los crímenes rojos se hacía al tiempo que las familias de los mártires ocupaban las casas y los negocios de huidos o detenidos. Las cosas buenas que se estaban llevando a cabo, y no eran pocas —el día 1 de abril, «Día de la Victoria», se habían repartido ochocientas sesenta mil raciones de comida en la ciudad, de las que doscientas mil habían sido de comida caliente; se aseguraba que se iba a dictar una ley que sancionaría el acaparamiento de mercancías y la elevación abusiva de precios; se había restaurado un cierto orden en las calles; se trabajaba en una oficina técnica encargada de diseñar el nuevo Madrid de la posguerra a través de un plan de ordenación; se iniciaba la reconstrucción de edificios bombardeados, se anunciaba la excavación de los cimientos de nuevas viviendas…—, quedaban empañadas por las consecuencias terribles del afán represor. La Comisión Central Administradora de Bienes Incautados era como un animal prehistórico de fauces insaciables: las sanciones a sospechosos y desafectos, que pretendían adaptarse a la capacidad de los «culpables», oscilaban entre cincuenta pesetas y la pérdida de todos los bienes, que era por supuesto la pena más habitual. Las denuncias y delaciones se habían convertido en la forma más sencilla de resolver tensiones políticas o sociales o económicas y de pagar rencores acumulados durante muchos años. Todos desconfiaban de todos. Todos desconfiábamos de todos. El mercado negro de trigo o de aceite estaba adquiriendo mayor importancia

que el propio mercado oficial. La censura se empeñaba en dejar en pañales a la republicana, que tampoco había sido poca, sino muy mojigata, y se estaba extendiendo a todos los ámbitos de la vida y las costumbres. Una concepción sumamente pacata y puritana de la moralidad se vigilaba en cines, cafés y teatros. Los vestidos no debían ser ceñidos ni señalar las formas del cuerpo, los escotes no podían ser pronunciados, no estaba permitido usar transparencias, las muchachas estaban obligadas a usar medias a partir de los doce años… Se celebraban tantas misas como funerales. Se llenaban iglesias y cementerios.

Era presa de un profundo desconcierto. Todo aquello que estaba ocurriendo me desazonaba. Mi esperanza, mi lejana esperanza de que el desorden de la República fuese enmendado por los nuevos gobernantes por medio de la justicia y la reconciliación se desmoronaba como un castillo de arena. Me sentía solo y desubicado. Intuía que en España únicamente iba a haber lugar a partir de ahora para los adeptos, pero yo me sentía incapaz de alzar el brazo y vociferar vivas y gritar consignas. Podía ser (de hecho, era consciente de que lo era, y mucho) blando y timorato, pero no hipócrita. «No se puede ser y no ser algo al mismo tiempo y bajo el mismo aspecto», lo había dicho Aristóteles hacía muchísimos siglos, pero era como si me lo dijeran al oído cada día. Por primera vez en mi vida, me sentía forastero en Madrid. Excepción hecha de mis paseos hasta el Pombo cada mañana, cada vez salía menos a la calle. Pasaba las mañanas y las tardes en el despacho, aguardando clientes que no llegaban, o que lo hacían con cuentagotas y para asuntos intrascendentes. La certeza de que lo que se avecinaba no era la paz, sino el desquite y los ajustes de cuentas, me llenaba de zozobra. Intentaba distraerme pasando horas y más horas, todas muertas, baldías, en el bufete, revisando expedientes, abriendo y cerrando legajos, leyendo antiguos escritos. El jueves día 5 de abril no pude más. A eso de las seis de la tarde, harto de revisar carpetas y de cerciorarme de que no tenía ni demandas que redactar, ni providencias que recurrir, ni autos que despachar, ni requerimientos que cumplimentar, ni clientes a quien recibir, abandoné el bufete y, aunque no era el día en que

acostumbraba a hacerlo, me dirigí a la cercana calle de Don Pedro.

A casa de ella.

De Charo.

La única mujer que aún ocupaba mi vida.

Clara, la miliciana, ya no estaba. Raro era el día en que no pensaba en ella, en que no me interrogaba por su suerte y su destino. ¿Seguiría con vida o habría sucumbido en una de las batallas desesperadas del ejército de la República? Y si había sobrevivido a la guerra, si estaba en Madrid, ¿cuál iba a ser su suerte en este tiempo de odio, de una paz que no acababa de aposentarse en España?

Marisa no era más que un recuerdo hermoso pero evanescente. La echaba de menos, la seguía añorando, pero ella había huido de Madrid al principio de la guerra y no había recibido ni una sola carta suya, no sabía nada de su paradero, si estaba viva o no, si se había casado, si me había expulsado para siempre de su vida. Tampoco el fin del conflicto me había traído noticias de ella. Había preguntado y no había obtenido respuestas. Roberto Calero había indagado entre antiguas amistades y tampoco las logró. Hasta me había acercado al portal del bloque donde había vivido en Claudio Coello, pero allí no había el mínimo rastro de Marisa ni de su familia, nadie sabía de ellos. «Pues supongo que estarán en Burgos, ¿no cree usted?», me dijo una vecina. Di por hecho que no había regresado a Madrid. Di por hecho que se había olvidado de mí. Di por hecho que la había perdido.

Estaba mi madre, sí. Pero las madres no son mujeres, son eso, madres.

Solo estaba ella.

Solo me quedaba ella.

Charo.

Y allí, solo, en el bufete, asediado por los recuerdos, temeroso de lo que estaba pasando, asustado por lo que intuía que podría pasar en los días venideros, me estaba asfixiando.

El sábado anterior no había podido ir a verla, pues su hijo no estaría ese día con sus abuelos, y la echaba de menos. No sabía cómo iba a ser recibido, pero no me importó.

Necesitaba verla.

Huir de la soledad.

Regresar a algo seguro, a algo cierto, en ese tiempo lleno de incertezas.

Aspiré aire con denuedo cuando crucé la casapuerta del edificio, como si saliera de un largo encierro. La brisa vespertina me vino bien y me ayudó a que la zozobra se me atenuara un punto.

En esa calle de Don Pedro, cerca de lo que hasta hacía solo unos días había sido el Círculo Socialista Latina-Inclusa, desde el que tantos hombres habían partido hacia el frente de la sierra madrileña en los primeros días de la guerra, vivía Charo Velarde.

* * *

Charo Velarde era maestra de primaria en la Escuela Hogar Maestro Ripoll de la calle O'Donnell, el antiguo colegio de la Paz de la Diputación. Era viuda, su marido se había suicidado años atrás por motivos que jamás conocí, pues ella nunca me los había revelado y era siempre remisa a hablar sobre el asunto. Más que remisa: todo lo relacionado con su marido era territorio prohibido. Cualquier intento de saber algo más sobre lo sucedido con su esposo terminaba con un ramalazo de ira capaz de poner fin al instante más ameno. Tenía treinta y ocho años, aunque su piel y su cuerpo eran los de una mujer diez años más joven; y unos ojos de una profundidad tal que, cuando menos, podrían ser calificados de inquisitivos. Había sin embargo en ellos algo que los empañaba, como un remoto poso de tristeza, la vaharada proveniente de un lugar inaccesible donde habitaba la pena. Tenía un hijo, del que únicamente sabía que se llamaba Antón, que estudiaba en el colegio donde su madre enseñaba y que era pubescente. Pero nunca lo había visto en los casi ocho meses que llevaba frecuentando la casa —siempre los sábados, solo los sábados—, y Charo también era reacia a hablar de su hijo. Y, sobre todo, era hermosa, terriblemente hermosa, e inteligente, despiadadamente inteligente. Despiadadamente inteligente porque utilizaba su

inteligencia para escrutarse sin misericordia a sí misma, a los demás y a la vida.

La había conocido una tarde de finales de julio del treinta y ocho. Hacía un calor húmedo que espantaba, lo recordaba perfectamente. José Parera, el portero, había tamborileado con sus callosos nudillos, de la forma blanda y rítmica en que solía, sobre la madera de la puerta del bufete, y asomado luego su cabeza blonda y medio calva, perlada de gotitas de sudor, por el hueco de la puerta entreabierta.

—Don Eduardo, ¿está usted solo? ¿Se puede?

—Sí, claro, José, pase, pase, adelante. ¿Qué se le ofrece?

—Tiene usted visita, don Eduardo.

—¿Visita? —me extrañé. Y me apercibí de que en los labios del portero bailaba una sonrisilla zumbona—. No esperaba a nadie esta tarde. Con estos calores…

—Pues hablando de calores… —intensificó la risa el hombrecillo, adentrándose en el despacho y cerrando a sus espaldas—. Le viene a usted un incendio, don Eduardo.

—Pero ¿qué dice, José? —inquirí, con cierta alarma. Temí que se refiriera a Clara, la miliciana, pero a esta, después de tantos meses apareciendo varios días en semana por el bufete, ya la conocía el portero, aunque jamás me había preguntado por ella, se limitaba a mirarme de vez en cuando con ojos pícaros, y no había por tanto motivos para la sorpresa—. No le sigo…

—Una mujer. Y qué mujer. Pregunta por usted. Bueno, por usted no, sino por el abogado. No tiene cita. —Y bajando la voz una octava—: Una hembra de armas tomar, don Eduardo, diga usted que sí. Dice que se llama Rosario Velarde y que necesita consejo legal. Le digo que pase, ¿no?

Vestía un traje modesto y entallado de rayón azul marino. El cabello, brillante, abundante y ondulado hasta los hombros, lo llevaba descubierto. Los brazos, bronceados, los lucía al aire, y su piel tostada contrastaba con la del escote, más pálida. Saludó con un ademán de la cabeza al portero, que la miraba sin poder ocultar su admiración, y aguardó a que se marchara. Luego derramó su mirada oscura y penetrante por el humilde despacho: la mesa con

la madera arañada, los dos confidentes de aspecto endeble y respaldo de rejilla, los viejos libros, el título de Derecho. Y ya después, al final del escrutinio, fijó la vista en mí.

—Buenas tardes. ¿Es usted el abogado? —preguntó. Y creí ver que el polvo de los libros se levantaba con esa voz clara y categórica y que al alzarse llenaba la penumbra del bufete de minúsculas partículas doradas.

—Sí, yo soy —dije, levantándome torpemente—. Buenas tardes. ¿Qué desea?

—No tenía hora, no sé si es buen momento…

—Por supuesto que sí.

—Ah, bien, gracias. Entonces, ¿puedo…? —preguntó la mujer, señalando uno de los confidentes.

—Por supuesto, qué torpe, disculpe.

Ella se sentó, dejó el pequeño bolso sobre la tapa de la mesa y se cuidó de que la orilla de su vestido tapara por completo sus rodillas.

—Eduardo Peña, para servirle.

Ella estrechó la mano que le tendía. Su tacto era húmedo por el calor, pero agradable, muy agradable.

—Yo soy Charo.

—Pues usted dirá, señora. Necesita consejo legal, según me ha comentado José.

—¿José?

—Sí, José, el portero de la casa. Este es un bufete modesto, y ya ve que no tengo secretaria. Él se ocupa de las visitas cuando es menester. Es el hombre que la ha acompañado al entrar.

—Ah, sí, claro… —Volvió a derramar la vista por el bufete, la regresó a mí luego—. Pues… la verdad es que no sé por dónde empezar.

—Pues por su nombre completo, si le parece —sugerí, ya más calmado, más dueño de la situación, con un amago de sonrisa.

Ella me dijo su nombre —Rosario Velarde Sánchez, «aunque todos me llaman Charo»—, que anoté en una cuartilla junto con sus señas, y la razón de su visita al bufete. Era un asunto que se me antojó nimio, intrascendente, aunque sabía por experiencia que

muchos asuntos que para los letrados eran triviales, para los clientes eran montañas imposibles de escalar: viuda desde antes de la guerra, vivía de alquiler desde hacía años en la vivienda que ocupaba en la calle de Don Pedro, un primero de renta antigua por el que pagaba una ridiculez, y más después de que el Gobierno de la República, tras el pronunciamiento militar, decretara una disminución lineal del treinta y cinco por ciento en la renta de todos los inmuebles alquilados, con independencia de que los arrendamientos fueran de renta antigua o nueva. La mujer me manifestó que estaba preocupada porque hacía varios meses que su casero no acudía a cobrarle la renta, y temía que fuera un ardid del propietario para desahuciarla por no pagar el alquiler. Le expliqué que el Gobierno republicano había prohibido el desahucio de los inquilinos por impago, incluso si mediaba sentencia judicial (lo mismo, recordé con un deje de añoranza, que le había explicado a doña Tina Pozo el día en que la miliciana apareció por primera vez por el bufete; hice un rápido cálculo mental y me dije que hacía más de dos semanas que no la veía, que Clara no aparecía por el despacho), añadiendo que ella, además, como viuda que era, tenía derecho a una exención total o parcial en el pago de la renta, pues así se había dispuesto para combatientes, viudas y huérfanos. Todo lo cual había supuesto, aunque eso no se lo dije, la huida masiva de propietarios y administradores por temor a la violencia y a perder lo que tenían, la vida incluida.

Después de que nos acostáramos por vez primera, a las dos semanas y media de esa entrevista y luego de tres visitas más al bufete y una cita en la Cervecería Alemana de la plaza de Santa Ana, donde unos brigadistas teutones —¡también había brigadistas alemanes!, ¡allí, en Alemania, por lo que se veía, no todos eran nazis!—, que bebían cerveza como si se fuera a acabar la cebada o el mundo y que gritaban como hunos de Atila, apenas si nos permitieron entablar una conversación medianamente hilada, y de ver una película americana en «El palacio de las pipas», como se conocía al cine Doré de la calle Santa Isabel, ella me confesó que había acudido a mi despacho no movida realmente por una necesidad profesional, sino porque quería verme, conocerme. Me

vinieron a la mente las palabras que tantas veces me repetía Roberto Calero: «Pero ¿qué les das, chico? Con esa cara de tonto que tienes…».

—Te había visto en varias ocasiones por la calle —me reconoció Charo Velarde esa tarde de principios de agosto en la penumbra de una habitación de una discreta pensión de la calle Cedaceros, apoyado su codo en la almohada, turgentes sus pechos desnudos, a los que apenas afeaban unas pequeñas estrías que rodeaban los pezones, el ombligo descollando como un garbanzo junto a la sábana que cubría sus piernas—, tan serio, tan formal, tan compuesto, y levantaste mi curiosidad. La primera vez fue por el sombrero. —Sonrió y me hizo una carantoña cuando puse cara de desconcierto—. Fue hará unos tres meses más o menos, cuando aún hacía frío. Y me dije: «Vaya, un hombre con sombrero, este tiene que ser un valiente. O un fascista temerario». ¿Cuál de las dos cosas eres, abogado? —Sonrió con esa dulzura que en algunas ocasiones se le derramaba por los ojos—. Después me dije, cuando te vi de nuevo, que eras el único hombre de Madrid que aparentaba calma. De entre todas cuantas caminaban ese día por la calle, la de Alcalá creo recordar que era, y eran cientos, eras la única persona que, sin llevar cartuchera ni pistola, parecía andar tranquilo. Y me propuse conocerte, ya ves.

No le dije que no solía ir tranquilo, sino alerta, y que no era un valiente, sino todo lo contrario. Tampoco le dije que, en muchas ocasiones, la calma que, por lo visto, aparentaba era puro entumecimiento. Desde entonces nos veíamos los sábados por la tarde. Solamente los sábados por la tarde. En casa de ella. Aprovechando las ausencias de su hijo, que los sábados solía merendar con sus abuelos. Yo llegaba a la calle de Don Pedro pocos minutos después de las cuatro. Tomábamos café, si tenía, que era casi nunca, o achicoria, que era casi siempre, y unas galletas de canela —«Pero sin canela, ¿sabes?, qué le vamos a hacer»— que la propia Charo Velarde horneaba; después, una copa de coñac yo y una palomita ella. Conversábamos luego sobre todo cuanto se nos ocurría, sobre el día a día de Madrid, sobre cine, sobre las nuevas normas educativas del Gobierno republicano,

sobre literatura —a ella le gustaban los relatos de viaje y la poesía de Rosalía de Castro; a mí, la filosofía, los dramas de Shakespeare y las novelas de Pérez Galdós, de quienes había leído todo cuanto había caído en mis manos—, sobre el estado de los orfanatos madrileños, sobre la situación de la justicia, sobre asuntos del bufete, sobre teatros y restaurantes, sobre cualquier cosa que se nos ocurriera. Solo había tres asuntos tabúes: la muerte de su marido, su hijo y… la guerra. «Si ya la sufrimos, ¿para qué vamos a hablar de ella?», me dijo en una ocasión cuando pretendí llevar la conversación, un día de octubre del treinta y ocho, al derrumbe de las tropas republicanas en la sierra de Cavalls y a la ofensiva de Franco en el frente del Ebro. «Ni tú ni yo vamos a arreglar nada hablando de la guerra —había añadido, asomando ahora a sus ojos aquella tristeza que antes solo era un poso en el fondo—. La guerra seguirá y siempre habrá guerras mientras que las ideas de los hombres sigan siendo más importantes que los hombres mismos».

Y después, cuando el coñac y el anís y las miradas y las insinuaciones nos inflamaban, nos íbamos a la cama.

El sexo entre nosotros era tan cómodo como apasionado. Ella tenía esa edad en que las mujeres piensan que la decadencia está a la vuelta de la esquina, y con más brío y pasión se entregaba, como si temiese que los años pudieran acabar con el deseo. Y yo encontraba en ella el afecto, la sabiduría, la inteligencia, el cariño que Clara, la miliciana sin nombre, que únicamente me entregaba placer y sudor y cuya ausencia definitiva ya intuía próxima cuando conocí a Charo Velarde, no quería, o tal vez no podía, darme de ninguna manera.

En esos tiempos de aviones surcando los cielos de Madrid descargando muerte, de listas de caídos en los periódicos, de represalias y de terrores milicianos, mi relación con esa mujer madura me proporcionaba paz, una paz que en otros ámbitos de la vida se me antojaba imposible.

* * *

—¿Qué haces aquí?

—Necesitaba verte.

—Estás loco, Eduardo. Es jueves…

El relumbre de sorpresa y de incipiente enfado que brilló en los ojos de Charo Velarde cuando me vio plantado ante los umbrales de su piso, se amortiguó cuando observó las sombras que poblaban mis ojos. Por su expresión, intuí que había en ellos un desamparo que la conmovió. Se difuminó el enfado y solo quedó la sorpresa. El poso de tristeza de sus ojos parecía estar hoy más a flor de piel que nunca.

—Antón está aquí —añadió ella, como queriendo excusar la frialdad de su recibimiento.

—Sí, lo sé, sé que no es sábado, Charo. Pero… tienes que disculparme…, la verdad es que necesitaba verte. ¿Puedo pasar?… Por favor.

Ella cerró los ojos durante una fracción de segundo. Los abrió luego, me contempló y debió de verme desvalido, pues sonrió con cierto esfuerzo. Asintió.

—Sí, bueno, claro…, pasa, pasa. —Se hizo a un lado para permitirme entrar en el piso y cerró la puerta a mis espaldas—. La verdad es que no sé por qué me ha puesto nerviosa que aparecieras por aquí hoy: si no hubieras venido tú, yo habría ido a verte. No habría podido esperar al sábado. Ha ocurrido algo y…

—Mamá, ¿quién es?

Un rapazuelo despeinado, con pantalones cortos y una costra seca en la rodilla izquierda, apareció a la carrera en el pequeño vestíbulo de la vivienda. Frenó en seco al verme.

—Antón —respondió su madre—, ¿qué modos son esos?

—¿Quién eres? —preguntó el niño, haciendo caso omiso de la amonestación de Charo Velarde.

—Antón, compórtate. Este señor es don Eduardo Peña. Él es… él es nuestro abogado.

El jovencito me miró con gesto entre sorprendido y huraño. No tendría más de diez u once años.

—¿Tú eres abogado? —preguntó—. ¿*Nuestro* abogado?

—Sí.

—¿Y sabes algo de la hipotenusa?

—¿Cómo?

—En la escuela, que estamos estudiando una cosa rara, y no consigo enterarme de qué es la hipotenusa. ¿Tú puedes ayudarme? Mamá dice que viene en los libros y que no pregunte, pero yo no consigo saber qué es eso. ¿Sabes lo que es la hipotenusa?

Tuve que ahogar una carcajada. Fui a responder, pero Charo Velarde intervino:

—Vamos, Antón —dijo, poniendo ambas manos sobre los hombros de su hijo—. Ya está bien. Vamos a tu cuarto. Tienes deberes, ¿verdad?

—Pero tú me prometiste que me ayudarías y no me haces caso. Eres maestra, ¿no?

—En cuanto atienda a nuestro invitado. Y ahora vamos, no discutas. Regreso enseguida —me indicó, con una sonrisa tímida, o avergonzada, en la cara—. Toma asiento ahí, por favor. Venga, Antón.

Tomé asiento en el butacón donde siempre lo hacía, en el saloncito de la vivienda. Me entretuve entrelazando los dedos en el paño de ganchillo que recubría los brazos de la butaca y contemplando la habitación que tan familiar me era. Me dije una vez más que aquella era la casa de una mujer soltera: no había ni el más mínimo rastro de que alguna vez Charo Velarde hubiese tenido marido: ni una foto, ni un detalle masculino, ni un recuerdo que pudiera oler, aunque fuese remotamente, a hombre. Como si su moradora hubiese usado todas sus habilidades para desterrar de aquel piso toda reminiscencia varonil.

—Ya está —dijo, cuando retornó al salón. Se sentó enfrente de mí y suspiró como si regresase de arduas faenas—. Antón ya está en su cuarto, pero no confío en que en el momento menos pensado no se presente aquí con cualquier excusa. La hipotenusa o cualquier otra. Es un niño curioso.

—Sí, lo entiendo, Charo, y lo siento, de verdad, pero yo… Sé que no debería haber venido. Que no es sábado y que mi presencia aquí traspasa los límites de nuestro acuerdo. Sabes que jamás lo he hecho. Pero de verdad que necesitaba…, no sé…, verte, hablar con alguien. Creo que me estoy viniendo abajo. Con todo lo que ha

pasado, con todo lo que está pasando…

—Lo sé, todo esto es tan… no sé cómo explicarlo. Es tan raro, tan difícil. Pero dime. Cuéntame qué te pasa.

—Pues… Que estoy mal, Charo. Por… Por todo. Por lo que está pasando. Por lo que puede pasar. Hace días que en los periódicos solo leo sobre consejos de guerra y detenciones, a pesar de que hace nada y menos que Franco entró en Madrid. La radio no habla más que de persecuciones y de pesquisas, hasta en el extranjero, dicen. Raro es el día en que no veo en la calle a falangistas o a la brigadilla practicando un arresto, se habla de que se están cometiendo atrocidades, siento que la pesadilla que hemos vivido en Madrid en estos años no ha acabado ni mucho menos, y… me sentía mal. Y solo, Charo. Necesitaba hablar con alguien. El sábado pasado no pude verte. —Levanté las palmas, con desánimo—. Y por eso he venido. —Hice una pausa, queriendo provocar el comentario de ella, pero ella permaneció en silencio. Intenté sonreír—. ¿Lo ves? Ha sido verte y ya me encuentro algo mejor. Estaba que me costaba respirar.

—Tal vez no sea yo muy buena compañía hoy, Eduardo.

—No puedo entender nada de lo que está pasando —proseguí, sin reparar en la advertencia de Charo Velarde.

Ella se limitó a asentir con la cabeza, y en sus ojos se movieron las lágrimas como el líquido dentro de una botella que se agita. Empañando, como el líquido el cristal, el interior de sus párpados. Yo no me apercibí de ese brillo de agua y continué hablando, embebido en mis propios pensamientos.

—Por un instante pensé que con el final de la guerra se iba a acabar todo, Charo. La violencia, las muertes, las detenciones… Todo eso que vivimos con la República, con los milicianos. Pero mucho me temo que no vaya a ser así, y que esto que estamos viviendo en Madrid en estos días no sea sino el principio. Y que todo empeore. No lo sé, de verdad. Puedo entender las celebraciones de estos primeros días; más aún, es lo lógico, lo que esperaba. Pero, una vez acabase la fiesta, creí que ellos, los vencedores, los perdedores, todos, nos íbamos a dedicar a recomponer Madrid, a recomponer España, a restaurar la paz, a

sanar heridas… Y en estos días, en cambio, no veo más que revancha y violencia. Estoy desorientado, estoy hecho un lío. Siempre pensé que la paz, cuando llegara, comenzaría con la reconciliación, con la concordia. Pero, por lo que se ve, la paz solo nos va a traer más calamidades. Y ya tuvimos bastante terror en Madrid en estos tres años. La paz debiera ser otra cosa.

Callé, como extenuado. Ella continuó sin decir nada. Se limitó a clavar sus ojos de inmensas profundidades en mis ojos castaños. Luego meneó la cabeza, y su cabello oscuro hizo ondear el aire calmo de la vivienda. Se levantó después, se acercó a una cómoda, donde estaba su bolso. Lo asió, regresó a la butaca, abrió el bolso y sacó de él un par de folios doblados que, sin decir palabra, me tendió.

—¿Qué es esto? —pregunté, cogiendo los papeles que me ofrecía.

—Léelo.

Desplegué los folios y leí con atención. A mitad de la lectura, levanté la mirada. Había en ella tanta alarma como incredulidad.

—Sigue —me instó ella.

—Esto… esto es un disparate —dije, cuando hube acabado de leer. Solté los papeles, que cayeron sobre mi regazo como una hoja caduca en el otoño—. ¿Tú…? No puede ser.

—Yo no. Todos. Prácticamente todos los compañeros del colegio. Todos vamos a ser depurados. Ese que tienes es el pliego de cargos que se ha formulado contra mí.

—¡Pero esto es… esto es…! ¡Qué despropósito, por el amor de Dios! ¡Pero si no ha habido tiempo ni de…! ¿Cómo han podido? —Volví a coger los folios y leí de nuevo, ahora en voz alta—: «Comisión Depuradora del Magisterio de Madrid. Pliego de cargos formulados en el expediente de depuración que se sigue a doña Rosario Velarde Sánchez, maestra de Madrid, Ayuntamiento de Madrid, destinada en el colegio de la Paz, antes nombrado por los marxistas Escuela Hogar Maestro Ripoll, y al que, con arreglo al artículo 3 de la Orden de la Presidencia de la Junta Técnica del Estado de 10 de noviembre de 1936, habrá de contestar en el improrrogable plazo de tres días, y devolviéndolo a esta comisión.

Cargo primero: que en las elecciones de 1936 asistió como interventora a favor de don Leandro Pérez Urría, médico, elegido diputado por Izquierda Republicana…» —Levanté la vista del papel, perplejo, y pregunté—: ¿Es esto cierto, Charo?

—Por supuesto que no, Eduardo, ni siquiera sé quién es ese dichoso médico. Jamás había oído hablar de él y nunca participé en las elecciones ni como interventora ni como nada. Estuve en una mesa cuando me tocó y santas pascuas. Nunca me he metido en política.

—¿Y entonces?

—No lo sé. Todo debe de ser producto de un error, o de las prisas. Hace poco más de una semana que entraron en Madrid y apenas han tenido tiempo de estudiar cada caso, supongo. Y se equivocan. Como te acabo de decir, sí estuve en un colegio el día de las elecciones de hace tres años, pero porque me tocó estar en la mesa y no porque fuera representando a ningún candidato. Deduzco que es algo que se podrá acreditar, ¿no?

—Bueno…, sí —respondí tras un instante de vacilación—, supongo que sí, no creo que sea muy difícil, espero.

Continué leyendo.

—«Cargo segundo: se ha manifestado reiteradamente, tanto en las clases como en el claustro, como ferviente seguidora del krausismo». —Levanté la mirada, confuso—. ¿Qué caraj…? —Y ahogué el exabrupto que pugnaba por desbordarse en mis labios—. ¿Qué demonios es el krausismo?

—Nada malo.

—Suena fatal.

—No lo sé, a mí no. Y ya te digo que es algo inocuo, que no tiene nada que ver con la política.

—Pero ¿qué es exactamente?

—En esencia, lo que esa teoría filosófica, porque no es otra cosa, propugna es la libertad de cátedra, para que me entiendas. También intenta acercar al alumno a la naturaleza y a las fuentes del conocimiento. No va contra la religión ni pretende ser una corriente política, te aseguro que no. Es algo hermoso, de verdad. No hay nada malo en ello.

Volví a mirarla fijamente, como intentando impregnarme de sus palabras. Seguí leyendo después.

—«Cargo tercero: está afiliada a la Unión General de Trabajadores, a su Federación de Enseñanza, y suele frecuentar la compañía de otros sindicalistas como ella».

Alcé de nuevo la vista, en una muda pregunta.

—Eso es verdad —reconoció—. Lo de la afiliación, lo otro no. La compañía que más frecuento es la de mi hijo. Después, la tuya. —Intentó sonreír, pero apenas si lo logró—. Y tú no eres sindicalista, ¿verdad?

—Nunca me lo habías dicho. Lo de la UGT. Que estuvieras afiliada.

—Es un carné nada más, Eduardo. Todos los maestros de Madrid, la gran mayoría al menos, tuvimos que afiliarnos a un sindicato u otro en estos últimos años. Era algo prácticamente obligatorio. Si no estabas en la UGT o en la CNT, eras un bicho raro en el claustro. Y no sabías si podían ir contra ti por no afiliarte. Me dijeron que debía afiliarme y lo hice. Y me olvidé desde entonces, y creo que eso fue en el treinta y seis, después de que la guerra comenzase. Fíjate si ha pasado tiempo. Jamás he pagado una cuota, nunca he ejercido como sindicalista ni he pisado la sede de la UGT ni he ido a reunión o mitin alguno. ¿Qué querías que hiciera? —Cerró los ojos y suspiró—. ¿Conoces esa orden de la que habla ese papel? Esa Orden de la Presidencia del treinta y seis.

—Algo he leído, pero poco. Recuerdo que, en *El Liberal*, hace unos años, venía un artículo sobre ella, criticando lo que se estaba haciendo en las zonas ocupadas por Franco. Creo que lo que se pretende es acabar con la política en los colegios y con los docentes con ideologías izquierdistas. Pero estoy seguro de que en la biblioteca o en las revistas jurídicas que tengo en el despacho puedo buscar más información sobre esa orden.

—¿Qué me puede pasar?

Meneé la cabeza, chasqué la lengua y evité la mirada de ella.

—No lo sé, Charo. Hasta que no estudie el asunto, no lo sé. Pero ya sabes lo que significa la palabra «depurar». Y algo he oído de lo que ha estado pasando en las zonas ocupadas durante la

guerra, como te he dicho. Ha habido constantes procesos de depuración de funcionarios. Leí hace tiempo acerca de un decreto promulgado en Burgos que establecía que los funcionarios públicos y los de empresas subvencionadas por el Estado, la provincia o el municipio o concesionarias de servicios públicos, podrían ser corregidos, suspendidos o destituidos de los cargos que desempeñasen cuando lo aconsejasen sus actuaciones antipatrióticas o contrarias al Movimiento Nacional.

—Si me quitan mi trabajo de maestra… No sé qué haría… Por Dios… ¿Qué sería de mí, Eduardo? Y de Antón… —Pugnaba por no derrumbarse—. Tienes que ayudarme.

Mis atávicas prevenciones, mis miedos, mi cobardía, me anudaron la garganta en ese instante. Pero fue por una fracción de segundo únicamente. «Soy abogado», me dije. «¿Para qué coño quiero si no el título de Derecho?», me pregunté en silencio, irritado por mi pusilanimidad. Mi trabajo era defender a clientes en problemas y nadie podría ver mal alguno en que un abogado ayudara profesionalmente a una maestra inmersa en un proceso de depuración.

—Ni se te ocurra dudarlo —aseguré, categórico—. Por supuesto que te ayudaré. Hoy es jueves, y el plazo para formular alegaciones de descargo es de tres días. No contamos el domingo, que es inhábil. Vence, por tanto, el lunes. Dedicaré el fin de semana a redactar el escrito. Pero va a hacer falta algo más que buenos argumentos, Charo. Vamos a tener que buscar la forma de probar que en las elecciones del treinta y seis fuiste designada para estar en una mesa electoral y que no actuaste como interventora de ningún candidato. Vamos a necesitar personas que te avalen, gente afecta al nuevo régimen, personas que no tengan tacha que hablen bien de ti. ¿Las tenemos? ¿Se te ocurre alguien?… Bueno, ya pensaremos quiénes… Y voy a necesitar también saber algo más de ti y de tu vida, Charo. Tenemos poco tiempo y hay que aprovecharlo al máximo. Así que comencemos ahora mismo. ¿Se te ocurre alguien que pueda testificar que tú no fuiste interventora en ningún proceso electoral? Y, por favor, explícame con detalle qué es eso del…, ¿cómo se llamaba?…, sí, vaya…, el krausismo.

* * *

Permanecí buena parte del fin de semana encerrado en el bufete mientras Madrid intentaba hacerse a la nueva situación. Yo, por mi parte, volví a sentirme abogado después de mucho tiempo.

El sábado por la noche, casi de madrugada, tuve casi listo, a falta únicamente de los últimos retoques, el pliego de descargo de Charo Velarde. Nueve folios y medio escritos en mi Hispano-Olivetti de cinta desgastada y que escribía torcidas las letras g y d. Respondí al primer cargo —el haber participado como interventora a favor del médico don Leandro Pérez Urría, diputado electo por Izquierda Republicana en las elecciones de 1936—, negándolo de plano y remitiéndome a unas actas electorales cuya existencia desconocía; pero lo hice, creo, con tal seguridad y aplomo que hasta el más intransigente miembro de la Comisión de Depuración del profesorado de Madrid tendría dificultades para combatir mi aserto. En cuanto al segundo cargo, el referido al krausismo, negué que Charo fuera seguidora de esta doctrina y añadí que, aunque lo fuera, era una corriente filosófica inofensiva. Ella me había facilitado el mismo jueves en su casa un cuadernillo que hablaba del dichoso krausismo, y me había valido de él para desarrollar mi alegato, en el que hice especial hincapié, aprovechando el clima de redoblado fervor religioso que recorría el país como una ola de calor, en que el krausismo defendía la existencia de Dios y condenaba el ateísmo.

Y en lo que hacía al tercer cargo… Ahí la cosa era ya más peliaguda. No podía negar la afiliación de Charo a la UGT, pues las autoridades dispondrían con toda seguridad de las listas censales de afiliados a sindicatos y partidos políticos. Después de mucho darle vueltas a la cabeza, decidí no negar el hecho, sino defender las motivaciones. Y escribí que la afiliación de la maestra al sindicato socialista había sido después de iniciada la guerra, que se había visto obligada a adscribirse para no perder su puesto de trabajo y que concurría la circunstancia eximente, o al menos la atenuante, de estado de necesidad.

Medianamente satisfecho con el pliego de descargo, aunque

sin saber muy bien cómo Charo se tomaría esa última alegación, cogí un décimo folio, lo introduje en el rodillo de la Hispano-Olivetti y escribí: «Los abajo firmantes avalan a la maestra doña Rosario Velarde Sánchez, manifiestan conocerla y aseguran que es persona honesta y de orden, de principios rectos y buena cristiana y adicta al Movimiento Nacional». Firmé a continuación, y al día siguiente hice que firmaran mi madre, doña Tina, Benito el inquilino del cuarto piso del edificio de enfrente, de quien se decía que había sido quintacolumnista y que me debía un par de favores, y todo el que se puso a mi alcance.

El domingo a media tarde me dirigí de nuevo a la calle de Don Pedro con mi pliego de descargo en una carpetilla marrón. Estaba allí Antón, su hijo, que no se sorprendió de mi presencia ni me interrogó acerca de la hipotenusa. Nos dejó solos en un santiamén.

—¿Y tengo que firmar esto, Eduardo? —me preguntó Charo cuando hubo leído mis alegaciones.

—Si quieres conservar tu puesto de maestra, sí. Y no solo firmarlo tú, sino hacer que rubriquen el último folio todos cuantos conozcas y que puedan avalarte.

—«Persona religiosa… adicta al Movimiento Nacional…» —leyó, con retintín—. Pero, Eduardo, si no voy a misa desde que me casé, y de eso hace ya casi catorce años. Y no me gusta nada lo que estoy viendo y oyendo en Madrid: lo que se cuenta que pasa en las cárceles, en el cementerio, las detenciones indiscriminadas, esos hombres de camisa azul e insoportable arrogancia… ¿Qué van a pensar mis compañeros de mí?

—Lo que debe importarte no es lo que piensen tus compañeros, sino lo que le pase a Antón. Y a ti. Necesitas traer un sueldo a esta casa y evitar que tu hijo quede marcado para siempre. Eso es lo que debe importarte, y no lo que los demás piensen. Además, te garantizo que la mayor parte de tus colegas va a presentar papeles como estos, afirmando ser falangistas, requetés, carlistas o, si se tercia, hijos putativos de Franco. Así que no seas mojigata y deja de preocuparte.

Charo Velarde firmó.

Cuando la resolución de la Comisión de Depuración le fue notificada, yo no estaba libre para compartirla con ella.

5

¡Un juzgado especial de porteros!

Durante ese fin de semana en que estuve encerrado en el bufete preparando el pliego de descargo de Charo Velarde, apenas si fui consciente de lo que ocurría en el exterior. En ese exterior donde poco a poco se iba conformando una nueva realidad. Cientos, miles de madrileños que habían huido durante la guerra regresaban paulatinamente a sus hogares. Franco, en cama con gripe, recibía las bendiciones del papa de Roma, el duodécimo Pío. Se hacía recuento de víctimas y rara era la familia que no lloraba una ausencia. Las paredes de los edificios y las tapias de los solares se llenaban de carteles con el símbolo del nuevo régimen, y el águila de San Juan, el yugo y las flechas y la cruz de San Andrés apenas si dejaban espacio para que la cal o la piedra asomaran entre los muros. Las mujeres sacaban de los viejos baúles mantillas, peinetas, tejas, rosarios y breviarios, cuidadosamente ocultos en los tiempos de la República. Y en voz baja en las calles, y con gran estrépito desde los micrófonos de Radio Nacional, ya convertida en emisora única, se hablaba de detenciones de rojos, de apresamientos de milicianos y de ajusticiamientos de criminales bolcheviques.

Cuando el lunes por la noche, muy tarde, ya presentado ante la Comisión de Depuración el pliego de descargo de Charo, subí al piso, mi madre todavía me esperaba para la cena. A pesar de que, cuando a media tarde había bajado al despacho para preguntarme cuándo acabaría, le había dicho que no me aguardase para cenar.

—Deberías estar dormida, madre. ¿Sabes la hora que es?

—Sí, claro que lo sé, Eduardo, hijo, pero quería verte. No quería dormir sin hacerlo, y además ya no estoy acostumbrada a

cenar sola. Ve a la mesa, que enseguida voy. Te gustan las croquetas frías, ¿verdad? Están estupendas, son del puchero de ayer. Y la ensalada tiene que estar riquísima, con el tiempo que lleva la vinagreta en la lechuga y los tomates. Venga, venga, que debes de estar desmayado. Y no me preguntes cómo he encontrado pepinillos y pollo, que seguro que no quieres saberlo. ¿Qué tienes entre manos, Eduardo, que te ha tenido tan ocupado estos días?

Hacía mucho tiempo que había perdido las esperanzas de que mi madre dejara de tratarme como a un niño. Y sabía que me trataba así no solo porque yo era lo único que tenía en el mundo más allá de un par de amigas y sus propios recuerdos, sino porque también era como si pensase que, tratándome de esa manera, podía protegerme del paso del tiempo, que era una manera de protegerse a sí misma, por más que ambos supiéramos que el tiempo era visitante de puntualidad exquisita.

—Un pliego de descargo, relacionado con el papel que firmaste el domingo, ¿recuerdas? —le expliqué luego, durante la tardía cena, cuando me repitió la pregunta acerca de qué me había tenido ocupado el fin de semana y ese mismo lunes hasta bien tarde—. Se ha creado una comisión en Madrid para depurar a los maestros y han presentado pliego de cargos contra una maestra, una cliente nueva.

—¿Depurar a los maestros?

—Así es. Supongo que no quieren que nadie con ideas izquierdistas pueda tener trato con los niños.

—¿Y tu cliente tiene ideas izquierdistas?

—Bueno, pues… no, más bien no.

—Y ¿entonces…? ¿Por qué quieren depurarla?

—Pues… porque lo hacen con todos, o eso tengo entendido. En estos tiempos, primero se dispara y después se pregunta, como bien sabes. Al parecer, todos los maestros tienen que pasar por ese proceso de depuración, y nada me extrañaría que lo mismo ocurriese con otros gremios.

Contraje los hombros para alejar de mí el repeluco que experimenté cuando pronuncié esa última frase.

—¿También con los abogados?

—¡Espero que no!

—¿Quién es esa cliente? No me dijiste nada cuando me pediste que firmara.

—No la conoces.

—Vale, pero ¿cómo se llama?

—Velarde… Charo Velarde.

—¿Charo Velarde?… Me suena… ¿No es esa una viuda, joven todavía, que vive por aquí cerca, en la calle de Don Pedro, creo?

—Puede ser. No sé dónde vive.

—Pero, si es así, esa no es una cliente nueva, ¿no?

—¿Se puede saber por qué preguntas tanto? —salté. Advertía en los ojos de mi madre un brillo de malicia.

—Te lo digo porque un día, hace ya algún tiempo, la vi salir del bufete, y luego le pregunté a José, el portero, y me dijo que era cliente tuya y que era la segunda o tercera vez que venía.

Fui a levantarme de la mesa, algo molesto: con mi madre, por querer entrometerse en mi vida, y con José, por su indiscreción, pero su voz detuvo mi gesto.

—Pero… ¿adónde vas? —me preguntó—. ¿No te acabas las croquetas? ¿Y la ensalada?

—Se me ha quitado el hambre.

—Está bien, está bien… Qué tonta soy, Eduardo… Perdóname, sé que pregunto demasiado, quién soy yo para meterme en tus cosas, pero… entiéndeme, es que me llevo todo el día aquí sola, apenas si salgo, únicamente un ratito para la compra del día, ya sabes que en estos tiempos… No te me enfades, hijo mío. —Se puso de pie y se me acercó. Me estrechó entre sus brazos, me dejé hacer, me besó en la cabeza y me acarició el pelo. Luego, deshizo el abrazo, me tomó de las manos y noté la tensión en ellas—. Una última cosa, Eduardo.

—¿Otra más?

—Ese… pliego de descargo…, se llama así, ¿no?… Y el papel que firmé. Verás, quiero decir que… No nos traerá problemas, ¿verdad? Especialmente a ti…

—No —contesté secamente. En la mirada pícara que hacía unos momentos había brillado en los ojos de mi madre, ahora

llenos de turbación, había advertido que sabía, o al menos sospechaba, lo mío con Charo, y esa constatación me había llevado a una incomodidad cercana al enfado. Fui consciente de que, a pesar del mucho cariño, faltaba confianza entre nosotros. «Los padres son eso, padres, y no amigos», había leído alguna vez. Se me vino a la mente entonces el recuerdo de mi padre, pero, una vez más, lo deseché enseguida.

—Lo que no quiero es que te pongas en peligro, hijo. A Bartolo, el hijo de Rufina —añadió mi madre, ajena a mi contrariedad—, lo han detenido esta mañana. ¿Te acuerdas de Rufina? La que estaba casada con Paco, el cartero. Que vive cerca de Relatores, ¿caes ahora? Pues, por lo visto, esta mañana se lo han llevado, eso se comentaba en la frutería.

—Lo siento, pero… —me estremecí— yo qué sé, algo habrá hecho.

—Pues servir en el ejército de la República, como tú. No sé qué otra cosa habrá podido hacer, no sé que estuviera metido en política ni nada, el pobre muchacho. Aunque cualquiera sabe. Y estoy que no vivo con todo eso. ¿Te imaginas que a ti…?

—Por Dios, madre, no digas disparates… Por responder al llamamiento de la quinta de cada cual no van a meter en la cárcel a nadie. No habría cárceles bastantes ni aunque cercaran los cotos de caza.

—Pues vete tú a saber. Tal como están las cosas… Y si ahora, además, vas y te pones a defender a rojos e izquierdistas… Como esa mujer, esa Charo Velarde. Si la han acusado, por algo será, ¿no? Es lo que tú mismo acabas de decir de ese chico, de Bartolo, el de Rufina: algo habrá hecho.

—Esa mujer no ha hecho nada malo, madre, por favor. Fíjate si no hay motivos para la acusación, que te he pedido que firmaras dando fe de su honradez y decencia.

—¿Eso he hecho? Ay, Eduardo, por Dios, pero si no la -conozco…

—Pero yo sí. Y ahora, madre, de verdad que estoy que no puedo. —Me levanté de la mesa—. Si me disculpas…

—Ay, que se me olvidaba. Esta tarde, cuando vino a recoger

la basura, me preguntó por ti José, el portero. Le dije que estabas en el bufete, que debías de tener trabajo, y me dijo que lo sabía y que no quería molestarte, pero que si mañana martes le podrías dedicar unos minutitos.

—¿Y por qué no me lo ha preguntado directamente a mí?

—Pues no lo sé, Eduardo, no seas tan suspicaz.

—¿Qué le ocurre?

—Pues no me lo dijo y yo tampoco caí en preguntarle.

—Bien, vale. Mañana haré por verlo. Y ahora… —me acerqué y le di un beso en el cabello canoso—, que tengas buenas noches, madre.

—Oye, Eduardo, hijo…

—¿Sí?

—Verás. Había pensado que, como ya Franco ha tomado Madrid y ya no existe peligro para todos aquellos que en su día tuvieron que esconderse o huir, me preguntaba que…, pues que… a lo mejor…

—A lo mejor ¿qué, madre?

—Pues, verás… Es por… Marisa… Sí, Marisa… Que digo yo que a lo mejor ha vuelto, ¿no? Perdóname que me entrometa, pero es que… en fin… ¿Has sabido… has sabido algo de ella?

Suspiré con cansancio. Meneé la cabeza con una resignación mecida por columpios de amargura.

—No, nada. Absolutamente nada, ¿te vale así? —Y recapacitando, más suave—: No he sabido nada. Hace años que no sé nada. He preguntado y no he tenido respuestas. No ha regresado a Madrid, por lo que sé. Eso es todo. Y ya sabes que no me gusta hablar de eso. Y ahora sí, buenas noches, madre.

Ya en mi alcoba, inquieto, estuve un buen rato pensando en Marisa, en cómo nos conocimos, en cómo nos amamos, en sus últimas cartas desde la embajada del Perú, en cómo, a pesar de todo, la echaba de menos. Rememoré cada una de las palabras de aquella escueta nota que recibí la noche del 20 de julio del treinta y seis. Para entonces, todos teníamos claro que la sublevación había fracasado en Madrid y que todo se iba a descontrolar. Que el poder iba a quedar en la capital en manos de milicianos y

exaltados. Que las consecuencias iban a ser temibles. Que lo que venía era el caos. «Querido Eduardo: mi padre teme por su vida después de las últimas noticias que se han producido y ahora mismo salimos para la embajada del Perú, allí nos han dicho que nos pueden refugiar. Te escribiré. Te quiero». Hasta finales del treinta y seis, recibía cartas regulares de ella desde la embajada peruana. Notas breves, pero que, al menos, servían para que sintiera que ella estaba ahí, todavía formando parte del horizonte de mi existencia. «La vida aquí es insoportable, por aburrida, Eduardo. Discuto con mi padre cada día y mi madre no deja de llorar. ¿Cuándo acabará todo esto? Te echo de menos». Y yo las contestaba, enviando mis misivas a la legación a nombre de un agregado comercial. «Yo también. La guerra lo invade todo como una enfermedad pestilente. Ojalá todo esto acabe pronto y pueda abrazarte de nuevo». Pero cada vez eran menos las cosas que podíamos contarnos y decirnos. Y en diciembre de ese año treinta y seis, ese correo subrepticio cesó. Mi última carta a Marisa fue contestada con unas letras breves de un secretario de la embajada del Perú: «La persona a quien usted escribe ya no está aquí». Corrieron rumores por Madrid de que policías y milicianos se disponían a asaltar algunas embajadas, que las sentencias de muerte no serían pocas, incluso sin juicio, o sobre todo sin juicio, y que el resto de asilados que fueran apresados sería condenado a trabajos forzados en batallones disciplinarios, por lo que desde las legaciones se aconsejó a quienes allí se refugiaban que intentaran escapar de Madrid como fuese. De hecho, se habían producido episodios insólitos, como el que acaeció en la residencia oficial del embajador del Japón —donde se encontraban cobijados notables aristócratas, comisarios de policía, estudiantes de la Falange y curas—, cuando una caterva de milicianos desmandados decidieron asaltarla; el embajador japonés desplegó la bandera imperial sobre el suelo de la entrada y amenazó, pistola en mano, a los asaltantes con pegarle un balazo a quien se atreviera a pisar la enseña de su nación, lo que desconcertó a los milicianos, que decidieron retirarse. Las embajadas, pues, habían dejado de ser lugares seguros para quienes temían el terror rojo. Y el padre de

Marisa, agricultor terrateniente, tenía razones más que sobradas para sentir ese miedo: había sido un dirigente destacado de uno de los partidos agrarios cercanos a la CEDA, la Confederación Española de Derechas Autónomas, y tenía claro que con él no se iba a hacer una excepción y que sería condenado a muerte en caso de ser capturado; de hecho, varios de los líderes de la CEDA, como Federico Salmón o Dimas de Madariaga, habían sido asesinados por milicianos anarquistas y comunistas durante los primeros días de la guerra.

Me pregunté por qué no habrían regresado, ella y su familia, a Madrid después de la victoria de su bando. Ni siquiera me atreví a pensar que no hubiese sobrevivido. Me la imaginé en Burgos, del brazo de un oficial de Franco, o de un falangista, y tuve que cerrar los ojos para espantar la imagen. Aunque me dije al cabo que la prefería así, con otro, que muerta. Me asomé al balcón: Madrid, inmóvil, silenciosa como un túmulo, dormía en la oscuridad de la noche, envuelta en las sombras del toque de queda.

* * *

—Pues dígame usted, José.

José Parera, el portero del edificio, no mostraba hoy su habitual desparpajo. Su rostro, por lo normal socarrón y vivaracho, estaba macilento, como si la preocupación hubiera enjalbegado la piel rubicunda de su cara. Introdujo la mano en el bolsillo superior de su camisa y extrajo unos papeles apresuradamente doblados. Me los entregó y pude advertir que un lustre de desasosiego relumbraba en los ojillos del hombre.

—Ayer por la mañana recibí esto, don Eduardo.

—¿Qué es? —pregunté, asiendo los folios y desdoblándolos. Aun sin saber qué eran, una sensación de *déjà vu* me erizó los vellos de los brazos. ¿También iban a depurar a los porteros?

—Mírelo usted. Pero ya le adelanto que, o mucho me equivoco, o nada bueno.

El documento estaba impreso en letras grandes y mayúsculas, con el membrete de la Auditoría de Guerra en la parte superior

izquierda, y debajo, escrito a máquina, la leyenda «juzgado especial de porteros». Abrí mucho los ojos y meneé la cabeza; por un momento pensé que el mundo se estaba volviendo loco. «¿Juzgado especial de porteros? —me pregunté, atónito—. En mi vida había oído nada igual. Por lo que se ve, estos van a inventarse tantos nuevos juzgados como los republicanos». Meneé de nuevo la cabeza con cierta turbación. En el centro del primer folio, titulándolo, se podía leer en grandes mayúsculas la palabra «Cuestionario». A continuación, un espacio reservado para que el destinatario del impreso hiciera constar su nombre, apellidos, edad y domicilio, debiendo hacer un juramento «por Dios y por su honor» de que todas las declaraciones eran «conformes a la verdad». Luego, nueve preguntas y, al final de cada una de ellas, unas líneas de puntos suspensivos para consignar las respuestas.

—¿Qué demonios es esto…? ¿Qué pretenden? —imprequé cuando hube leído por encima las primeras cuestiones. Sin embargo, intenté ocultar mi enfado cuando me apercibí de que el portero empalidecía.

—¿Qué ocurre, don Eduardo? ¿Debo preocuparme todavía más de lo que ya lo estoy?

—No, no. Bueno, creo que no, que no debe preocuparse. Supongo que solo son unas preguntas rutinarias, o espero que lo sean, para tener a todo el mundo controlado. Y parece que han creído que los porteros son las personas mejor informadas de todo lo que pasa en sus edificios. —Levanté la mirada e intenté componer un gesto de calma, queriendo tranquilizar a Parera, aunque la preocupación enseguida me enmustió la mueca; me había dado cuenta de inmediato de qué se pretendía con esos papeles: infiltrar ojos y oídos hasta en la intimidad de las casas y continuar la represión llevándola hasta los últimos rincones de Madrid, hasta la santidad de los hogares. Y valiéndose ahora de los porteros, a los que, con su fama de cotillas, presumían muy bien informados de todo—. Cosas de la guerra —dije, aparentando un sosiego que no sentía en absoluto—. O, mejor dicho, de la paz. No creo que esto vaya especialmente contra usted, José. Pero déjeme que acabe de leer, por favor.

En la primera pregunta se demandaba al portero que hiciese constar los nombres y apellidos de todos los moradores del edificio, así como hechos relevantes sobre los mismos: su comportamiento durante el conflicto, sus ideas, sus costumbres religiosas. En la segunda se le instaba para que dijera desde qué fecha ejercía como portero en el inmueble. En la tercera se le preguntaba si a partir del 18 de julio de 1936 se habían producido en el edificio detenciones, asesinatos u otros delitos; debiendo expresar, en caso afirmativo, la fecha de los hechos, un breve relato de los mismos y los nombres de los autores y las víctimas. En la cuarta se le pedía que estableciese cuál había sido la actitud durante la guerra de los sirvientes de las casas, si los había. En la quinta se le requería para que manifestase si el declarante, o cualquier otro vecino del edificio, había estado afiliado a algún partido del Frente Popular. En la sexta, para que detallase su actuación personal durante «el dominio marxista» y la de los habitantes del inmueble. En la séptima, se le conminaba para que dijese si había formado parte de algún tribunal o milicia republicanos. En la octava se le pedía el nombre de dos personas que lo pudieran avalar. Y en la novena se le preguntaba si tenía algo más que añadir. Finalmente, al pie de la última página había una advertencia: «La presente declaración habrá de extenderse y entregarse en la secretaría del juzgado en el plazo máximo de siete días desde su recepción, incurriendo en el supuesto contrario en las penas señaladas para el delito de rebelión en el Código de Justicia Militar». En el caso de José Parera, el juzgado competente era el número 6, adscrito al distrito de la Latina.

Permanecí unos segundos en silencio cuando acabé la lectura, reflexionando. Luego, levanté la mirada.

—¿Y qué es lo que desea usted de mí, José?

—Pues… había pensado en contratarle, don Eduardo. Tengo algunas pesetillas guardadas y algo le podré pagar. Si es que usted está de acuerdo, claro…

—¿Contratarme? ¿Para qué?

—Pues… para que me rellene esos papeles, ¿para qué iba a ser? Sé leer y escribir, aunque no muy bien, la verdad, y no estoy

nada seguro de poder responder yo solo a esas preguntas sin meter la pata, don Eduardo. Y ya le digo, algún dinerillo le podré aviar.

—No se preocupe, José, hombre. Le rellenaré esos documentos con mucho gusto y no será necesario que me pague ni un real. Pero necesitaré su ayuda, claro. Hay cosas que no podré responder por mí mismo.

—Por supuesto, por supuesto, lo entiendo. ¿Y cuándo podrá hacerlo?

—Pues mañana mismo, a cualquier hora de la mañana, si le viene bien. No creo que tardemos más de media hora o tres cuartos en rellenar esto. Así que, si le parece bien, a eso de las doce o la una se pasa usted por aquí y…

Fui a ponerme en pie para dar por terminada la visita. Sin embargo, la voz compungida del portero cuando volvió a hablar hizo que detuviera el gesto, permaneciese sentado y fijara la mirada en el rostro cariacontecido, sustituida la ansiedad de antes por una pesadumbre que empalideció aún más la piel de su cara, de José Parera.

—También don Armando Peñalosa, el del primero izquierda —expuso el portero, bajando instintivamente la voz—, y doña Almudena, la del cuarto, han recibido papeles como estos, don Eduardo.

Fruncí los párpados, sorprendido.

—¿Iguales requerimientos?

—Sí. O parecidos.

—¿Solo ellos, José? Se lo digo porque en casa no hemos recibido nada.

—Sí, solamente ellos. Un requerimiento para don Armando y otro para doña Almudena. Para nadie más. Me los entregaron ayer junto con el mío.

Armando Peñalosa era un cincuentón adusto y arisco que, si podía, negaba a sus vecinos hasta el saludo de cortesía cuando se encontraban en la casapuerta o se cruzaban en las escaleras. Estaba casado con una mujercita diminuta llamada Remedios, que apenas salía del piso salvo para hacer la compra, y tenían tres hijos, dos varones y una hembra, de entre quince y veinte años

aproximadamente, que habían heredado de sus padres el carácter huraño los primeros y el apocamiento materno la segunda. Peñalosa trabajaba en una fábrica del extrarradio que había sido militarizada con la guerra, y siempre supuse que debía de ser un trabajador extremadamente cualificado puesto que, hasta donde sabía, no había sido molestado por las milicias pese a que todos en el vecindario sabíamos que era persona de ideas muy cercanas a los militares sublevados. Almudena Alcántara, la vecina del cuarto derecha, era una solterona a punto de entrar en la sesentena, a la que una gran verruga peluda en el moflete afeaba unos rasgos que en otras circunstancias le habrían permitido casamiento y descendencia. Yo la tenía por una mujer amable, de misa diaria antes de la guerra, charlatana, chismosa pero inofensiva, que no se había significado por ser de un bando ni de otro y que jamás se había metido con nadie.

—¿Sabe usted, José —le pregunté al portero—, si en los papeles que les han entregado a don Armando y a doña Almudena figuran preguntas como estas? —Y golpeé con la uña del índice los folios recibidos por Parera.

—Apenas si me dio tiempo a echar un vistazo al de don Armando, y supongo que el de doña Almudena sería igual.

—¿Y qué pudo leer, José?

—Pues preguntas parecidas a las que me hacen a mí, casi las mismas, vamos. Pero eran una menos, solo ocho. Aunque se insistía mucho en si se habían cometido barbaridades, delitos quiero decir, en el edificio en los últimos tres años. Y también vi que querían que se hiciera constar una breve reseña de cómo se había portado cada uno de los inquilinos del bloque durante la guerra. Y no sé, don Eduardo, conociendo a don Armando como lo conocemos… No sé… Me preocupa lo que ese hombre pueda contar. Aunque la verdad es que en este edificio no ha ocurrido nada malo durante la guerra. Vamos a ver, que no ha habido ni detenciones ni robos ni crímenes ni nada de eso, quiero decir. Y todos quienes aquí viven son personas buenas y honradas, creo yo.

No podía explicarme el tino de los militares de Franco. A no ser que dispusieran de un servicio de información con tentáculos

enormes, mayores de los que nadie, ni el peor pensado, pudiera suponer, era algo inexplicable. En aquel bloque de la calle Arenal vivíamos diez familias, aproximadamente unas treinta y pico personas. ¿Cómo habían conseguido las nuevas autoridades dar a la primera, solo unos días después de la caída de la capital en sus manos, con alguien a quien sabíamos tan afín y tan predispuesto a la delación y la colaboración como Armando Peñalosa? ¿Cómo era posible tanta puntería? A no ser, cavilé, que Peñalosa ya estuviese colaborando con los militares desde antes de la toma de Madrid y ya tuvieran conocimiento previo de esa predisposición. Todo era posible, pero…

—… ¿no cree usted, don Eduardo?

—Perdóneme, José, no le estaba escuchando, estaba pensando en estos papeles. ¿Qué me decía?

—No, verá usted, le estaba diciendo que esta mañana hemos hablado varios de los porteros de la calle, y decía uno que Franco piensa, no sé por qué puñetera razón, que los porteros o somos marxistas redomados, en cuyo caso hemos de ser purgados de inmediato, o estamos al tanto de todo lo que ocurre en los edificios en los que servimos y que no vamos a tener reparos en desnudar a cualquier santo por quien se nos pregunte. Y en lo que a mí respecta, ya se lo adelanto, solo voy a decir bendiciones de usted y de los restantes vecinos de la casa. Pero, en lo que respecta a don Armando, eso ya es harina de otro costal. A saber lo que puede escribir en esos papeles ese hombre… No se me quita de la cabeza, por ejemplo, que Antolín, el marido de Inés, la del quinto, nunca se preocupó de ocultar su militancia en el Partido Comunista. ¿Recuerda usted cuando repartía papeletas entre el vecindario en las últimas elecciones? Aunque todo en él es… ¿cómo se dice?… ¿utopía?… eso, utopía… y creo que sería incapaz de pisotear a una hormiga. Y sus hijos estaban en las juventudes de ese mismo partido, por lo que sé. Por su parte, Ventura, el del segundo, presumía de ser socialista y creo que hasta ostentaba algún cargo en el partido. Y su bar era famoso porque solían reunirse en él los del PSOE, como supongo conoce. Y a saber qué puede pasarles si a don Armando le da por hacer constar esas cosas en los papeles. En

cambio, doña Almudena es buena persona, incapaz de hablar mal de nadie, por cotilla que sea, pero ya le digo que con don Armando no las tengo todas conmigo, sabe Dios que no. Y había pensado que tal vez usted pudiera…

Y se detuvo, con un rictus que pretendía ser una sonrisa colgando de la comisura de los labios como un pitillo.

—Yo ¿qué, José?

—Que tal vez usted pudiera hablar con don Armando.

Estuve a punto de espetar un «no» rotundo y arisco. Tenía muy presente la conversación con mi madre de la noche previa, sus temores a que el régimen triunfante colgase la etiqueta de subversivo a todo aquel que osara levantar la voz a favor de quienes de una forma u otra se habían significado a favor de la República. Era muy consciente, además, de lo que estaba pasando en Madrid y en toda España. Esa misma mañana había podido leer que todos los funcionarios de los cuerpos dependientes del Ministerio de Justicia iban a ser depurados, y no sabía cuándo nos llegaría el turno a los abogados, o si nos llegaría, y creía que con Charo Velarde ya había cubierto mi cuota de señalados a quienes defender. También había podido leer en el *ABC* un edicto de la Auditoría Militar de Guerra en el que se afirmaba que: «El Caudillo de España, Franco, os trae con la patria y el pan, la justicia. Justicia serena, pero firme, que en el orden penal sabrá imponer a cada cual la sanción que haya merecido, sin que nada ni nadie pueda evitarlo». Sabía, pues, que era el momento de la discreción y la prudencia. Que eran territorios en los que siempre me había movido divinamente. Advertí, sin embargo, la súplica en los ojos de José Parera, súplica que no era solo por sí mismo, sino por todos aquellos con quienes había convivido y de cuya honradez y decencia antes me había hablado. Súplica que era, más que por sí mismo, por Antolín, el de Inés, que se había ufanado antaño de su militancia comunista y republicana; por Ventura, mi vecino de rellano en el segundo izquierda, en quien en tantas ocasiones había visto el emblema del PSOE luciendo en su solapa. Y por tantos como ellos en quienes la única culpa había sido manifestar una idea. Y sentí que la duda me escarbaba las entrañas y me erizaba

los vellos de la piel.

—No sé, José. Apenas conozco a ese hombre, a Peñalosa, a pesar del tiempo que hace que vive aquí, ya sabe usted que es una persona nada dada a las relaciones de vecindad —me excusé, dubitativo, presa de sentimientos encontrados: los que la prudencia me dictaba y los que mi corazón de abogado había esculpido a fuego en el centro de mi cabeza—. No estoy nada seguro de que se digne a escucharme. Y, de todas maneras, tampoco sabría qué decirle.

—Usted es abogado, y sabe expresarse y convencer a los demás. Sé que don Armando es un hombre difícil, pero ya sabe lo que dice el refrán: «Abogado en el concejo hace de lo blanco negro». —Pareció arrepentirse de su proverbio y se puso en pie—. Discúlpeme, soy un majadero. Yo siempre con mis tontos refranes. Lo que quiero decirle es que usted sabe usar los argumentos y el sentido común. Y quizá podría hacerle ver a don Armando que debería ser compasivo en sus escritos. Y lo que podría pasar si no lo es. Eso es lo que había pensado, don Eduardo. No se me acobarde y hágalo. Inténtelo al menos, se lo ruego. Por el bien de todos.

6

«A las diez tenemos que estar en San Ginés»

La imprudencia suele ser la precursora de la calamidad. Lo había dicho un antiguo romano, esas palabras u otras parecidas. Apiano creo que fue. Y en ellas iba pensando mientras bajaba las escaleras aquella mañana.

Estuve toda la noche dándole vueltas a lo que me había dicho José Parera, aquello de que el abogado sabe usar las palabras justas y el sentido común. Me dije, cuando rememoraba esas palabras, que lo que no sería de sentido común era ir a ver a Armando Peñalosa, llamar la atención en esos días en que no había mejor virtud que la discreción. Pero también recordé lo que un día me había dicho mi abuelo, en quien me miraba para tantas cosas: «La abogacía es una ardua fatiga puesta al servicio de las causas justas, y la justicia descansa en la ley. Pero no olvides, Eduardo, que la más importante de las leyes es la que nos urge a buscar la paz».

Buscar la paz… Impedir que sobre unos vecinos decentes y honrados cayera el hacha inmisericorde de la venganza, llamar a la concordia a quienes estaban destinados a vivir juntos, en comunidad… Las palabras del portero retumbaban en mis sienes como martillos: «Y a saber qué puede pasarles a Antolín y a Ventura si a don Armando le da por hacer constar esas cosas en los papeles…».

En contra de lo que mi congénita flaqueza de ánimo me demandaba, resolví ir a ver a mi vecino Peñalosa. Lo haría el domingo, día en que —supuse— podría hallar sin problemas a mi

vecino en su casa a primera hora. Aunque sabiendo que era imprudente interponerse entre un hombre y la certeza de su verdad.

El resto de la semana discurrió sin incidentes reseñables. Me entró un par de clientes nuevos. El primero fue una viuda de la calle de Segovia, aún joven y con un hijo, llamada Anselma Escalada, cuyo esposo, alférez provisional, había muerto en el frente del Ebro, que me consultó acerca de si tenía derecho a alguna prestación del Estado; no tenía ni idea, pero le dije que lo estudiaría y, poco después, di con el Decreto número 92 de 2 de diciembre de 1936, promulgado por Franco en el Boletín Oficial del Estado que editaba en Burgos, que preveía resolver «la situación económica de las familias de los generales, jefes, oficiales, suboficiales, clases y soldados de las armas y Cuerpos del Ejército, así como de los pertenecientes a sus distintos Cuerpos de la Armada y a los Institutos de la Guardia Civil, Carabineros y Cuerpo de Seguridad, que habiendo cooperado en distintas esferas, desde su iniciación, al triunfo del Movimiento Nacional, hubieren muerto en acción de guerra o de resultas de la misma, o por actos violentos realizados por los elementos rebeldes»; le preparé los papeles y le cobré treinta y cinco pesetas que me vinieron muy bien; nunca supe si cobró la pensión a que tenía derecho, dados los acontecimientos que se sucedieron. El segundo cliente que vino en esos días al bufete fue un matrimonio de la cercana calle del Correo, con un asunto de herencia del padre de ella, fallecido en Marmolejo, un pueblito de Jaén, unos meses antes; les pedí la documentación necesaria; quedaron en regresar cuando les llegara desde tierras jiennenses, pero ya jamás volví a saber de ellos. También por lo que sucedió en los días venideros.

El domingo, el día señalado para mi visita a Peñalosa, mientras me afeitaba a primera hora de la mañana, había estado ensayando las palabras que le diría, lo que le pediría, los argumentos que le ofrecería para que fuera prudente y cabal. Pero, luego, mientras bajaba las escaleras, la determinación que antes experimenté se me fue escurriendo como agua entre las manos y a punto estuve de deshacer lo andado. Me reconcomía la sensación,

casi la certeza, de que el que estaba dando era un paso equivocado. De que en esta época de agitación e incertidumbre no era aconsejable levantar la cabeza más de lo debido, que no era bueno ni aconsejable significarse, hacer que tu nombre sonara, que se te identificara. Que el anonimato era el mejor refugio posible. Pero las palabras que José Parera me había dicho el día anterior —«No se me acobarde»— repicaban en mis adentros como el granizo que en la madrugada de ese domingo había caído sobre el asfalto de Madrid. Había estado la mitad de la noche dándoles vueltas. Y poco a poco me fue ganando la convicción de que el portero llevaba razón: de que no era tiempo de acobardarse ni de agachar la cabeza, de que no era tiempo de silencios ni de indolencia, de desinterés, de actitudes pasivas. De que tal vez no fuera el tiempo de hacerse el héroe (algo para lo que yo no estaba hecho, ni por asomo, nunca lo había sido y estaba seguro de que jamás lo sería), pero que quizá sí lo fuera para ayudar en la búsqueda de la paz. Una paz verdadera en la que el perdón y la misericordia pudieran cubrir con un manto de clemencia los horrores de la guerra. Una paz genuina, blanca como un bálsamo que sirviera para cerrar las heridas supurantes. ¡La paz…! Creía conocer el alma humana y sabía que había conductas a las que ni la clemencia ni el perdón iban de ninguna manera a alcanzar. Y lo entendía. Había vivido los días del terror impuesto por quienes, al amparo de la ingenuidad de los dirigentes republicanos y del colapso del sistema, habían pretendido el caos y la aniquilación de todos aquellos a quienes identificaban con su propio sufrimiento pasado e incluso de todos aquellos a quienes identificaban como enemigos y opresores por el simple hecho de sostener un ideario opuesto o por haber nacido en el seno de una familia determinada. Había vivido los días de la depuración (¡El mismo término que ahora se usaba para purgar a maestros como Charo y a funcionarios, como si nada hubiese cambiado!) de todos aquellos a quienes consideraban fascistas, había oído hablar de los disparos en los sótanos de las checas, de las *sacas* a los cementerios y de los fusilamientos en los patios de las cárceles. Había visto, aunque desde lejos, desde muy lejos, las quemas de iglesias, conventos y beaterios, y todavía tenía en las

fosas nasales el olor de la carne humana carbonizada. Había sabido del asesinato de curas, de violaciones de monjas, de profanaciones de cadáveres de unos y otras. Había sido testigo de cómo se hacía lo mismo que se reprochaba al enemigo. Había sentido escalofríos cuando me contaron la manera, tan malvada como ingeniosa, con que los milicianos descubrían a los curas que se habían disfrazado de seglares para huir de las represalias y las matanzas: cuando sospechaban de uno, aguardaban para abordarlo a que estuviera sentado, en un café, en un banco, en el tranvía, en cualquier sitio, ¿qué más les daba?, había impunidad absoluta, ni Negrín podía con ellos, y entonces arrojaban a su regazo cualquier cosa, un periódico enrollado, un caramelo, un bolígrafo, una gorra; el cura, acostumbrado a años y años de sotana, en vez de cerrar las piernas para recoger el objeto arrojado, las abría, para que el chisme en cuestión reposase calmamente en la sotana que ya no llevaba; y de ahí al descampado, a las burlas, a las palizas, al tiro en la nuca, adiós muy buenas, un cura menos, un cabrón menos, que la religión es el opio del pueblo, dijo el tío Carlos. Había conocido las incautaciones violentas de bienes y la privación de derechos de quienes unos cuantos desalmados consideraban, sin pruebas y sin juicio, reaccionarios y cómplices de los alzados en armas contra el pueblo. El pueblo, ese concepto ambiguo que englobaba a unos y excluía a otros, sin que nadie supiera con certeza la razón de ciencia de tal criterio. Había vivido las represalias indiscriminadas después de cada bombardeo sobre Madrid. Los cadáveres destripados, los niños muertos, las mujeres muertas exigían venganza. Había habido tanto horror, tanto espanto… Sí, era consciente de que los vencedores no iban a olvidar esas atrocidades, y de que no las iban a perdonar tampoco. Porque palabras como el perdón, la compasión, la misericordia se oxidaban durante la guerra. Pero ¿por qué hacerlos extensivos a quienes ninguna violencia utilizaron durante el conflicto? ¿Por qué hacer caer el peso del desquite sobre quienes no hicieron sino profesar una creencia política, seguir un ideal, una doctrina, una forma de pensar? Sobre quienes no mataron jamás a nadie. ¿Por qué criminalizar las ideas? ¿Por qué convertir en delincuentes y

apestados a quienes pensaban de forma distinta a aquellos que habían ganado la guerra? Como Charo Velarde, cuyo único pecado había sido ser seguidora del krausismo, fuera esto lo que fuere, ya casi se me había olvidado lo que era, y militar en un sindicato como casi todos los que quedaron en zona republicana. No, la paz no podía ser el lienzo donde se estamparan con sangre las cruentas, feroces pinceladas de la venganza. La paz tenía que ser otra cosa. La paz tenía que ser una estructura que descansara sobre los sólidos maineles de la reconciliación, de la generosidad y de la indulgencia. De la compasión, por Dios. El puente a través del cual atravesar el río embravecido y hediondo de las miserias humanas. «No puede haber paz en la injusticia —musité entre dientes, mientras bajaba las escaleras hacia el piso de los Peñalosa, sin apercibirme de que estaba hablando solo—. Ni debería haber injusticia en la paz».

Cuando me di cuenta, había alcanzado el descansillo del primer piso del bloque. Aunque únicamente había bajado dos tramos de escaleras, me sentí de pronto desfallecido. Me acerqué con paso indeciso y vacilante a la puerta de la vivienda de Armando Peñalosa, alcé el brazo para pulsar el timbre que había a la derecha del portón de entrada, fui a llamar, tragué saliva para evitar la sequedad de la boca, arrimé el dedo al pulsador y… di un paso atrás y dejé caer el brazo a un costado, debilitado y flácido, como si me pesara un quintal. Un pensamiento intempestivo me asaltó de súbito: siempre había estado convencido de que el hombre construía su vida, la cimentaba, antes de los treinta años. Era antes de esa edad cuando se escogía profesión, cuando se elegía novia, cuando se decidía a contraer matrimonio, cuando resolvía tener hijos. Cuando se encauzaba la existencia. Y el resto del tiempo, los restantes años de vida, solo eran un mirador desde el cual observar y soportar las consecuencias de aquellas decisiones. Y, sin embargo, ahí estaba yo, Eduardo Peña Velázquez, asustado ante una puerta cerrada, treinta y un años, soltero, sin hijos, sin casi nada. Solo tenía mi profesión y, aunque la adoraba, ni siquiera la había elegido yo: mi padre, que había huido de casa cuando yo tenía once años —por razones que mi madre juraba

desconocer y cuyo contacto se limitaba al giro mensual de unos cientos de pesetas que puntualmente remitía, aunque sin indicación de señas—, había sido abogado, y también mi abuelo, y el padre y el abuelo de mi abuelo, y así hasta sabía Dios cuándo. Mi tío Juan de Dios, que también era abogado en Toledo y de quien no sabía nada desde hacía meses, bromeaba diciendo que un Peña había estado al lado de Alfonso X mientras el Rey Sabio dictaba sus *Partidas*. El hecho de estudiar Derecho y ejercer luego la profesión era, por tanto, lo que se esperaba de mí: ser un continuador de la costumbre familiar. Pero, aparte de eso, en mis treinta y un años, que eran posiblemente la mitad de mi vida, no había decidido nada, todo me había venido impuesto: la tibieza de la clase media, el amor acaparador de mi madre, la soltería, después de que Marisa…, no, prefería no pensar ahora en ella… Ni siquiera había elegido el sexo con Clara, o como se llamara la miliciana —«¿Qué habrá sido de ti, estarás viva?, hay días en que te echo de menos como si me hubiesen amputado esta pierna mía herida»—, ni con Charo Velarde; en ambos casos habían sido ellas quienes habían dado el primer paso. Abogado, sí, treinta y un años, sí, pero… ¿qué más?… Casi nada más, tuve que reconocerme, con el corazón en un puño.

Y ahora…

Sin saber muy bien por qué, tenía el barrunto, o más bien la seguridad, de que era ahora, en este preciso instante, dando el paso que me disponía a dar, «Buenos días, Armando, vengo a hablarle del cuestionario que ha recibido», cuando iba a adoptar una decisión que podía marcar el resto de mi tiempo, de mi vida: llamar al timbre de la casa de Armando Peñalosa, sondearlo acerca de sus intenciones en relación con las preguntas que le habían hecho llegar, abogar por que nada dijera acerca de Antolín Pérez, el del quinto izquierda, de su militancia comunista y republicana, ni de Ventura León, su vecino de planta, de sus ideas socialistas, ni de nadie. Convencerlo de que la paz no era un sumidero, sino un cauce, el principio de algo mejor. Intuí que me disponía a dar un paso crucial en mi vida, y de consecuencias imprevisibles.

Volvieron mis miedos de siempre. Estuve de nuevo a punto de

arrepentirme, de girarme, de recorrer ahora en sentido inverso los dos tramos de escaleras; de refugiarme otra vez en la oscuridad de mi casa, o de mi despacho, con mis pleitos, mis escasos pleitos, mi soledad y mis libros. Oí, no obstante, en las profundidades de mi cerebro, las palabras de José Parera: «No se me acobarde».

Y pulsé el timbre del primero izquierda, la vivienda de Armando Peñalosa.

* * *

—¿Quién es?

Fue una voz femenina, amortiguada, prevenida, la que me respondió desde detrás de la puerta cerrada. No supe distinguir si era la voz de Remedios, la esposa, o la de su hija adolescente, no sabía su nombre. Reparé en que no recordaba haber oído jamás la voz de la una ni de la otra.

—Hola, buenos días —saludé a través de la puerta clausurada, intentando que mi voz sonase animada y cordial—. Soy Eduardo Peña, su vecino del segundo. Venía a ver si Armando me podía dedicar unos minutos.

Silencio. Unos susurros apenas audibles, pasos apresurados y, después, de nuevo el silencio. Cuando estaba a punto de pulsar otra vez el timbre, oí pasos que se acercaban, un relámpago de luz en la mirilla que se corría y la puerta se abrió apenas un palmo. Por el hueco apareció el rostro de Armando Peñalosa. Su acostumbrado gesto adusto estaba hoy acentuado por el ceño que, de tan fruncido, unía sus cejas hirsutas en una sola línea negra teñida de hebras canosas. Me habló a través de ese mínimo hueco.

—¿Qué desea usted? —Había impaciencia y desconfianza en su voz, que arañaba como una lija.

—Únicamente hablar un momento con usted, no le entretendré mucho, se lo aseguro. Buenos días.

—¿Sabe usted qué día es? ¿Y qué hora?

Contemplé mi reloj de pulsera, un Cyma con caja chapada en oro y correa de cuero negro que mi madre me había comprado en la joyería de los Grassy, la Unión Relojera Suiza de la Gran Vía. Me

lo había regalado cuando acabé mis estudios de Derecho. Sus agujas doradas marcaban las nueve y diez de la mañana. Una hora en absoluto inconveniente, a mi parecer.

—Usted disculpe —me excusé, pese a todo—. Sé que es domingo. Pero creí que no sería mala hora.

—A las diez tenemos que estar en San Ginés —repuso Peñalosa—. Para la misa. Será la primera que se celebre en esa iglesia desde hace muchos años. Pese a que aún esté destrozada por lo que los rojos le hicieron. ¿Qué quiere usted?

—Como le he dicho, serán solo unos minutos. ¿Puedo pasar?

—No —dijo el hombre, estrechando aún más el hueco de la puerta—. Lo que tenga que decirme me lo puede decir desde aquí. Además, ya me figuro para qué viene.

—Vaya, no me diga.

—Pues sí. Se lo digo.

—Pues si es tan amable de aclarármelo, así podemos ahorrarnos los preámbulos.

—No, es usted quien quiere hablar conmigo. Así que dígame. Y venga, dese prisa.

Moví imperceptiblemente la cabeza y cambié el peso del cuerpo de un pie a otro. Todavía me molestaba la pierna herida cuando permanecía más de unos minutos estante, y hoy, pese a que únicamente había bajado dos tramos de escaleras, el dolor se había agudizado. Aspiré aire y me pasé la lengua por los labios. Seguía sintiéndome la boca seca como piedra pómez.

—Bien —comencé—. Si así lo desea… Quería hablarle de ese cuestionario que ha recibido usted de las autoridades militares.

—No.

—No ¿qué?

—Que no le conviene, y que será mejor que se vaya.

—Hablar no le puede hacer daño a nadie.

—Todo lo contrario. Hablar de lo que usted pretende sí que puede ser muy dañino. Para usted también. O para usted sobre todo.

—Insisto. Hablar nunca es malo, se lo aseguro. Y de verdad que serán solamente unos minutos.

Armando Peñalosa no dijo nada ahora, continuó mirándome fijamente. Había pensado más de una vez que había miradas que tenían texturas. La de este hombre, me dije, tiene la trama de una aljofifa seca y áspera. Intenté espantar, sin mucho éxito, el miedo que la velada amenaza de Peñalosa me había imbuido. Pero seguí adelante.

—En ese… en ese cuestionario —proseguí, intentando no tartamudear y sostener la mirada desabrida de mi vecino— se le pide, según he sabido, que se pronuncie sobre los inquilinos del edificio, sobre sus ideas, sobre su militancia en los últimos años…

—De usted no tengo nada que decir, Peña. Ni de su señora madre —argumentó Peñalosa, interrumpiéndome—. Por ahora. Es decir, si esta conversación acaba aquí y tenemos la fiesta en paz.

—No es de mí de quien venía a hablarle.

—Me lo figuraba. ¿Y entonces?

—Como usted bien sabe, Armando —y el hombre compuso un gesto de fastidio al advertir que lo llamaba por su nombre de pila, sin ningún tratamiento. Al mismo tiempo, entreabrió un poco más la puerta y pude ver que vestía un pijama de franela celeste, de color hospitalario. Con toda seguridad, lo único hospitalario que había en él y en su casa—, bien, no es fácil decir lo que tengo que decirle aquí, de pie, con la puerta medio cerrada… En fin… Le decía que han sido, estos últimos años, tiempos difíciles, tiempos durante los que ha sido complicado para muchos mantenerse al margen, pues no mostrar cercanía con la causa republicana podía interpretarse como oposición. Las decisiones no eran libres, en muchos casos. Y ya sabe usted lo que eso, no alinearse con el régimen, podía significar.

—No, no lo sé.

—Hombre, lo sabe usted perfectamente.

—¿Quiere hacerme creer que todos los rojos afiliados a un partido o un sindicato marxista lo fueron obligados?

—No, claro que no. Muchos sí, pero todos no, evidentemente. Lo que quiero hacerle ver es que…

—¿Qué es lo que quiere hacerme ver, Peña? —volvió a interrumpirme Peñalosa, alzando la voz. Ahora, el brillo adusto de

sus ojos se había tornado cólera, inflamada cólera. Soltó el canto de la puerta y esta se abrió unos centímetros más. Pude ver entonces que la chaqueta del pijama del hombre, desabrochado su último botón, dejaba al aire un rectángulo de barriga peluda y el elástico del pantalón. Más allá, tras un quicio, creí advertir una presencia fugaz, una bata de boatiné de color beis con desvaídas flores azules, unos ojos suspicaces y asustados, unos bigudíes rosas sobre un cabello entrecano, que de inmediato desapareció de mi vista. Peñalosa también debió de advertirla, o fue mi mirada la que lo puso sobre aviso, pues se giró y, tras comprobar que no había nadie a sus espaldas, volvió a asir el canto de la puerta y a entrecerrarla hasta convertir el hueco en una ranura estrecha a través de la cual solo se veían su frente ceñuda, sus mejillas mal rasuradas, sus ojos inquisitivos—. ¿Qué es lo que quiere hacerme ver? —repitió—. ¿Que si sé lo que ha sido la guerra? ¿Que si sé quiénes son las víctimas y quiénes los verdugos? ¡Pues claro que lo sé, señor mío! ¡Qué me va a contar usted a mí!

Peñalosa hizo una pausa durante la cual pareció calibrarme.

—Le voy a contar una cosa —se decidió finalmente—, preste atención, por si le sirve de algo. Al menos, para comprenderme mejor. Mi hermano Romualdo fue asesinado por los bolcheviques en el treinta y seis, ajusticiado sin juicio de un tiro en la nuca y enterrado en cal viva en el cementerio. Mire usted si sé bien lo que ha sido la guerra. ¿Qué viene a pedirme usted? ¿Que olvide a mi hermano? ¿Que olvide quiénes lo mataron? ¿Que olvide las lágrimas de mi cuñada y de mis sobrinos? ¡Mi cuñada, que tuvo que ver cómo arrastraban a su marido por toda la calle Calatrava! Vivía en Ciudad Real, y jamás le había hecho daño a nadie. Dejó mujer y cuatro hijos pequeños. ¿Y sabe usted cuál fue su delito? ¿Lo sabe usted? ¿No? Pues yo se lo voy a decir.

Hizo otra pausa, se pasó la mano libre por las hundidas mejillas y aspiró ruidosamente una bocanada de aire. Percibí un sonido como de murmullos detrás de la otra puerta del descansillo. También oí el runrún de una conversación apagada en uno de los cuartos del piso de Peñalosa.

Abrió la puerta casi por completo y lo pude ver de cuerpo

entero. Dejó de agarrar su canto y cruzó los brazos sobre el pecho. Vi que temblaban.

—Trabajaba, mi hermano, en la fábrica de corchos de Ciudad Real, donde todos nacimos —continuó su relato, un punto sosegada la voz, que ahora sonaba untada de una emoción que contrastaba con la expresión de sus ojos fijos en mí—. Fue al lado de esa maldita fábrica donde todo comenzó, ¿sabe usted? Fue allí donde, en julio del treinta y seis, sendos grupos de falangistas y comunistas se enfrentaron a tiros, los unos apoyando el alzamiento de los militares, los otros defendiendo la República. La mayor parte de los trabajadores de la fábrica se escondió entre las máquinas y las pilas de cortezas de alcornoque recién cosechadas, intentando protegerse de las balas que silbaban como moscas de fuego. Cuando el tiroteo acabó, casi todos los falangistas, y varios de los comunistas, yacían en el suelo, muertos o moribundos, en la calle o entre los montones de planchas de corcho y las calderas. Mi hermano y los demás obreros se atrevieron a salir de sus escondites cuando el silbido de las balas cesó, aterrorizados, prestos a huir la mayoría. Él y otro más, sin embargo, vieron que uno de los falangistas, apenas un muchacho, se agitaba convulsamente en el suelo, sangrando a chorros. Fueron a acercarse y, cuando ambos iban a agacharse para socorrer al chico agonizante, o para reconfortarlo al menos, sendos culatazos, en los riñones a mi hermano y en el hombro al otro obrero, los apartaron de allí. Pudieron irse entre gritos histéricos de los milicianos y pensaron que todo terminaba en ese momento. La fábrica cerró ese día y el siguiente. Pero en la noche del segundo día, un grupo de milicianos se presentó en casa de Romualdo. Vivía muy cerca de la fábrica, al final de la calle Elisa Cendreros, allí en Ciudad Real. Lo sacaron de la cama y se lo llevaron. Quien mandaba el pelotón era un individuo del pueblo, un tal Eladio Quintanares, que había estado con nosotros desde los tiempos de la escuela. El típico matón del colegio, un broncas hijo de puta que abusaba de todos aprovechando que era alto como una veleta. Pero un día Romualdo, cuando estábamos todos jugando en el paseo Alarcos, observó cómo el cabrón de Eladio estaba dándole una paliza a uno

de los chicos de segundo. Salió en su defensa y le rompió la nariz a Quintanares. Y ese episodio infantil desencadenó una enemistad mortal que se tradujo en varios incidentes que acabaron con peleas y reyertas. Pues bien, ese malnacido, ese bravucón pendenciero y ruin, ese hijo de puta de Quintanares, decidió consumar su venganza y desquitarse de los antiguos agravios en ese día de julio del treinta y seis. ¡Casi treinta años después de una simple pelea infantil! Esa noche que le digo, acompañado de un piquete comunista, lo sacó de la cama, se lo llevó a punta de pistola, no le importaron los lloros y súplicas de su mujer y de sus hijos, se lo llevó, hijo de puta, mal rayo lo parta, y nunca más supimos de Romualdo. Por un capataz de la fábrica de corcho, ya en el treinta y siete, su mujer pudo conocer que Eladio le había pegado un tiro en la nuca a Romualdo, acusándolo de colaborar con los falangistas, y que fue enterrado en una fosa común en el cementerio. Todavía guardo la carta donde mi cuñada me contaba todo lo que había pasado. ¿La quiere usted leer? —La voz se le iba apagando como un pabilo enano—. Así que no me venga usted con sentimentalismos y buenas palabras, si es para eso para lo que viene a mi casa. Yo sí sé bien lo que cada uno ha sido y ha hecho, como también sé por lo que cada cual deberá responder. ¿Algo más, Peña?

Volvió a asir el canto de la puerta y volvió a entrecerrarla. Ya solo veía de nuevo parte de su rostro.

No encontré palabras al momento. Había esperado encontrarme con un Armando Peñalosa intemperante e irascible, pero no con un hombre tan herido como ese. Sentí que mi discurso tan cuidadosamente preparado durante la noche anterior se deshacía como la miga del pan mal horneado.

—Ni siquiera me ha dejado usted explicarme, Armando —fue lo que atiné a decir. Peñalosa no replicó. Aguardó en silencio a que yo respondiera a su interrogación—. Comprendo su dolor —continué, y enseguida me lamenté por la escasa convicción que transmitían mis palabras. De lo rutinarias que sonaron. Pestañeé, como si humedeciendo mis ojos pudiera insuflarme energía—. Todos lo hemos pasado mal durante la guerra, quien más y quien

menos tiene la casa llena de ausencias. —Volví a acordarme de Marisa y de nuevo pestañeé para repeler el recuerdo. Y de mi padre, pero esa ausencia no estuvo motivada por la guerra. Me di cuenta entonces de que mi interlocutor apretaba los labios, dispuesto a la réplica destemplada. ¡Cómo me dolía la pierna en esos instantes!—. Sí, lo sé, lo sé, Armando —intenté amansar la protesta, intenté apaciguar el pálpito del muslo herido, que se me avivaba, o eso pensaba yo, cada vez que mi ánimo se tensaba—. Puedo imaginarme su dolor, puedo… Bueno, no, en realidad no puedo. Es difícil imaginarse un dolor así. Pero sí puedo comprenderlo, se lo aseguro, o al menos lo intento. Y lo único que puedo decirle es que ese dolor no va a ser menor por hacer recaer su ira en personas inocentes. Habrá gente que tenga que responder de sus actos, por sus crímenes, porque lo que pasó con su hermano fue un crimen abominable, de acuerdo, pero ¿hacer responder a personas buenas únicamente porque piensan de forma distinta? La gente ha de responder por sus hechos, no por sus ideas. ¿Cree que va a encontrar consuelo en el castigo de inocentes, Armando? ¿No cree usted que eso no va a aliviar su dolor, sino que en realidad va a aumentarlo?

—Se equivoca usted —replicó Peñalosa instantáneamente, moviendo la cabeza. Una sonrisa amargada y mínima escaramuzó sobre sus labios resecos—. No hay inocentes. En estos años no ha habido inocentes. Quien ha cultivado y expandido una idea en base a la cual se ha torturado y se ha matado es responsable de las consecuencias de esa idea. En ese caso, el silencio no es inocencia, sino cobardía y complicidad.

—¡Por el amor de Dios, Armando! —me escandalicé. «Lo único que no es inocente es el crimen (estuve a punto de gritar), y ni siquiera todos los crímenes hacen perder la inocencia». Me dije que tenía que calmarme, sabía que no iba a conseguir nada exaltándome—. Discúlpeme, pero eso que usted dice es un disparate. Un carné no es un arma, una idea no es una bala. Usted no puede…

—Me aburre usted —me atajó el hombre sin miramientos— y su cháchara de abogado. Dígame de una vez a qué ha venido y

déjenos en paz. Ya le he dicho que tengo prisa. Tenemos que estar en San Ginés a las diez.

—Está bien —me resigné, exhausto—. Tiene usted que rellenar el cuestionario que ha recibido, es su obligación y lo entiendo. Lo que he venido a pedirle es que sea prudente, que muestre clemencia, que sea humano. —No estaba seguro de si Peñalosa sabía de la militancia de Antolín Pérez y Ventura León, posiblemente sí, pero por si acaso preferí generalizar y no dar nombres: solo faltaba que yo ayudase a poner apellidos a la inquina de ese hombre—. Algunos de nuestros vecinos pueden tener problemas si se revelan determinados datos sobre ellos. Sobre sus ideas, sobre su pertenencia a una organización u otra. Ya sabe usted lo que está pasando en Madrid, lo que está pasando en muchos lugares de España: se está encarcelando a hombres y mujeres simplemente por razón de su ideario. No le estoy hablando, Armando, de criminales, de gente con las manos manchadas de sangre, no, en absoluto. Le estoy hablando de gente como usted y como yo, de gente buena que tal vez piense de una forma distinta a usted, o incluso, tal vez, de forma distinta a mí. Pero eso no es un delito. De verdad que no. —Sonreí con cansancio —. Eso es lo que venía a pedirle. Discreción, prudencia, o misericordia si quiere. Piense en las mujeres y en los hijos de esos hombres. ¿Cree que a su hermano le gustaría que pasaran por algo similar a él? Le ruego encarecidamente que medite mis palabras.

Armando Peñalosa me escrutó durante unos instantes y, cuando habló, había en sus palabras un tono extraño, mezcla de desdén y regocijo.

—Es usted un miserable, Peña.

Me quedé atónito. Esperaba argumentos, razones, la refutación de mis planteamientos, pero no ese insulto.

—No creo que sea la forma más correcta de… —comencé a exponer, queriendo aparentar una calma que no sentía, pero fui inmediatamente interrumpido por Peñalosa.

—Porque hay que ser miserable para usar la muerte de mi hermano para defender a rojos y canallas. Voy a ser consecuente con mis ideas, abogado, y con mi conciencia. Y no sé a usted, pero

a mí la conciencia me exige la verdad. Y sepa además que ya presenté el cuestionario ayer. Esta conversación se ha terminado.

Estrelló la puerta con violencia contra las jambas, mas, como quiera que no encajó a la primera en los dinteles y rebotó en un par o tres de ocasiones hasta ajustarse y quedar cerrada, el estrépito de madera chocando contra madera, bum, bum, bum…, me recordó el tableteo de una ametralladora. Di un paso atrás, como si temiese que pudiesen desprenderse astillas o esquirlas que me hirieran como metralla, y permanecí durante unos segundos quieto, desconcertado. Cuando el eco del golpetazo cesó en un último crujido y oí el chasquido del cerrojo que aseguraba la puerta, me di media vuelta y me dispuse a enfrentar los dos tramos de escaleras que habrían de conducirme al bufete. Aunque fuera domingo, necesitaba estar solo en la quietud de mi despacho. Intenté alejar la marea de miedo que las palabras de Peñalosa habían lanzado sobre mí, recé para que a ese hombre no le hubiese dado por hablar de mí en el cuestionario, me alegré, egoísta, miserablemente, de que lo hubiese cumplimentado antes de nuestra conversación.

Cuando llegué a la planta baja, todavía aturdido por el desenlace de la conversación con mi vecino, me introduje en el bufete y me asomé al ventanal que daba a la calle del Arenal. Para tomar aire, para despejarme después del mal rato. No eran las nueve y media de la mañana y la calle estaba llena, se oían conversaciones animadas, se escuchaban los sones del acordeón de un músico callejero. Aunque estaba nublado y la mañana era húmeda, parecía que Madrid quería recuperar su antigua pujanza. Un rayo de sol confundido pareció querer componer un extravagante oxímoron junto a una nube espesa y cárdena, hasta que fue rápidamente engullido por un manto gris oscuro que entintó el cielo con trazos certeros, hurtándole sus anteriores colores plateados, blanquecinos, como de peltre.

En mí no había pujanza ninguna. Solo aflicción y arrepentimiento.

Quise volver el tiempo atrás, haberme negado a la petición del portero, no haber bajado a visitar a Armando Peñalosa. Me

arrepentía con todas mis fuerzas de lo que había hecho, había sido un insensato, un imprudente, me había puesto en evidencia, en riesgo. Y no sabía qué consecuencias me iba a deparar todo aquello.

Pero…

«No se me acobarde usted».

Palabras, solo palabras.

La vida era más fácil siendo un cobarde.

7

Un centelleo oscuro de decepción

Todo comenzó a desencadenarse el día 17 de abril de ese año de 1939.

Era martes.

Dos días después de mi conversación con Peñalosa.

No hacía ni tres semanas desde que las tropas de Franco habían entrado en Madrid y menos desde su victoria definitiva después de haberse hecho con el control de la práctica totalidad del territorio nacional.

Tiempo escaso, pero, por supuesto, más que de sobra para poner del revés una vida humana.

Para trastocarla por completo.

Seguía el mal tiempo sobre Madrid, la mañana era entoldada y plomiza. Como si los vientos que llegaban de Europa, que auguraban desdicha y desolación —todos dábamos por hecho que Hitler, luego de ocupar Checoslovaquia, se preparaba para invadir Polonia, y después de eso nadie era capaz de predecir hasta dónde iba a llegar la tragedia—, anubarraran todos los horizontes del mundo, hasta ensombrecerlos, hasta vestirlos de negro por completo.

Se había cumplido por fin el sueño de los vencedores: ocupar Madrid. La «ciudad traidora», la ciudad anhelada, la ciudad que estaba destinada a convertirse en el símbolo de la «nueva España». Nunca una ciudad había sido tan idealizada, tan soñada, tan deseada, como si fuera una moderna Jerusalén. Y esa ansiedad, que había llegado a ser poco menos que mística, paulatinamente se iba

convirtiendo, como yo había barruntado y temido, en aquello en lo que suelen convertirse casi todos los misticismos: un éxtasis purificador. Un furor catártico que desaguaba en leyes, edictos, reglamentos y normas con las que, aunque tal vez no fuera su fin primordial, se iba consolidando una realidad: la conformación de dos tipos de españoles: los buenos y los malos, los blancos y los rojos, los del orden y los del desorden, los decentes y los criminales. Hasta los anuncios publicitarios expresaban esa idea. El de Philips Ibérica, después de felicitar a Franco por su victoria, deseaba la hermandad a todos los *buenos* españoles.

Todo, sí, comenzó a desencadenarse ese día 17 de abril de ese año de 1939.

Solo dos días después de mi visita a Armando Peñalosa.

Era martes.

Y fue un día extraño.

* * *

Regresaba al bufete a media mañana, después de haber salido de mi casa casi con el alba. Me había levantado poco después de las seis, harto de dar vueltas en la cama sin poder conciliar el sueño. Luego de asearme y de estar un rato mirando las musarañas hasta que la impaciencia me pudo, me había marchado de casa. Había deambulado sin rumbo por las calles casi desiertas antes de dirigirme al Pombo. Me proponía desayunar allí, como cada día, con Roberto, y después tenía previsto llevar a cabo unas gestiones en los juzgados civiles. Estaba deseoso de conocer las intenciones de los nuevos gobernantes con respecto a la Administración de Justicia y me proponía curiosear entre colegas y empleados a ver si entre unos y otros conseguía satisfacer mi curiosidad. Y mi necesidad, pues si se activaban las dos docenas y pico de pleitos que tenía paralizados, tal vez pudiera aparejarme unos honorarios que tanta falta me hacían. Quería saber si de una vez por todas se iban a reorganizar los juzgados y a normalizar su funcionamiento, porque hasta ahora, a pesar de las buenas promesas de regulación de las que machaconamente hablaban la prensa y la radio cada día,

todo seguía igual, si no peor, en la justicia: la profusión de normas, la escasez de medios y las purgas de funcionarios hacían que los juzgados siguiesen tan empantanados como en tiempos de la República. Además, varios juzgados militares permanentes habían ocupado las sedes de los juzgados de primera instancia de la calle del General Castaños, lo que redoblaba el caos. Todo estaba patas arriba.

Roberto Calero había aparecido por el café más tarde de lo acostumbrado. En cuanto lo hizo, me di cuenta de que llegaba preocupado, taciturno, con un rictus de contrariedad en el gesto. Y era extraño, porque solía ser el optimismo personificado. Polos opuestos que nos complementábamos, mientras en mí predominaba el escepticismo y la propensión al desánimo, en Calero todo solía ser entusiasmo y jovialidad. «Lo que no sé, Edu, es cómo, con lo tristón y patoso que eres, te llevas a las tías tan de calle como te las llevas, macho», me dijo un día Calero en la facultad. «Porque para eso te tengo a ti, amigo mío, para que las atraigas con tus ocurrencias, hasta que se cansan de verte babear y ya todo es muy fácil», había bromeado yo entonces. Y mi amigo se había reído a carcajadas. Siempre había sido así, alegre, optimista. Era inusual, pues, verlo llegar tan abatido.

—No tengo yo hoy sitio para más malas noticias, Roberto —lo avisé en cuanto tomó asiento frente a mí en la pequeña mesa del rincón en penumbras del café—. Acabo de leer los periódicos y tengo ya el zurrón lleno de malas nuevas para año y medio por lo menos. Y eso tirando por lo bajo. Así que contrólate, Calero.

Y es que era así. Mientras esperaba, mojando una magdalena reseca en el sucedáneo de café que me habían servido, me había dado tiempo a hojear la prensa que el establecimiento ponía a disposición de los clientes y se me había sobrecogido el ánimo con la lectura: junto a nuevas que tenían un cierto matiz de esperanza (el desescombro de Madrid, la demolición de los parapetos, el restablecimiento del servicio de gas, la reapertura de empresas clausuradas, el anuncio de una inminente vuelta a la normalidad del abastecimiento, se aseguraba la venta libre de pan, que los plátanos y las naranjas volverían a los puestos de los mercados y

que tres días a la semana podría comprarse carne y pescado fresco), había otras noticias que me turbaron el ánimo: algunos militares, en sus soflamas, decían que la fosa preparada para el fascismo iba a ser llenada hasta los topes de rojos, bolcheviques y anarquistas; se hablaba de la necesidad de destruir a los enemigos de la civilización; se informaba de que ya habían sido capturados en la ciudad veinte mil milicianos rojos que habían sido trasladados a campos de concentración y que se buscaba a otros tantos; se decretaba que únicamente se reconocerían sus derechos sobre inmuebles y automóviles a aquellas personas que fuesen propietarias de los mismos con anterioridad al 18 de julio de 1936 y pudiesen demostrarlo; y se responsabilizaba de los horrores acaecidos en Madrid no solo a los milicianos marxistas, a los «individuos de aspecto patibulario, de anchas quijadas y barbas espesas cuyos puntos les azuleaban hasta los pómulos», sino también a «los estúpidos blancos», a «los señoritingos de barrio, achulados y estilosos en el traje, con ideales redentores mamados en los periódicos izquierdistas». Aunque con esa descripción no me daba por supuesto por aludido —yo era un simple abogado oscuro de clase media, sin ideas de redención y sin refinada o estilosa indumentaria, acostumbrado como estaba a trajes de tonos apagados y ropas aburridas, y sin una pizca de jactancia—, había experimentado una escalofriante sensación de que a partir de ahora nadie estaba a salvo. Para colmo, la prensa notificaba que todos los saldos de cuentas corrientes o libretas de ahorro abiertas después del 18 de julio de 1936 quedaban congelados hasta nueva orden; y que de las aperturadas con anterioridad a esa fecha, solamente se podría disponer del saldo que arrojasen ese día 18 de julio del año de la sublevación. Como si todo el dinero ganado después de ese día fuera sucio, estuviese contaminado. Lo cual significaba que no podría disponer de los pocos cientos de pesetas que guardaba en el Hispano. Si acaso, de cien o ciento y pico todo lo más, había elucubrado. De ahí que, sentado en el café, aún descompuesto por lo que todo eso significaba, no tuviera el ánimo para más fatalidades. Y de ahí la advertencia que, más o menos en serio, le había hecho a mi amigo Roberto.

—Oye, Edu —soltó Calero en cuanto Jacinto, el camarero, le hubo traído la taza de chocolate y unos buñuelos de viento que se enfriaron sobre el elegante platito de loza verde del Pombo. Yo odiaba ese diminutivo, Edu, pero, después de muchas tentativas, algunas de ellas realmente ásperas, ya había renunciado a que Calero dejara de usarlo—, ¿tú piensas mucho en la muerte?

—Pero ¿de qué tonterías me hablas, Roberto? ¿A qué viene hablar ahora de la muerte? Ya te he dicho que no tengo hoy el día para chorradas. ¿Te has enterado de lo de las cuentas bancarias?

—No, no, en serio, respóndeme. ¿Piensas con frecuencia en la muerte?

—¿Es esto necesario? ¿De verdad?

—Por favor.

—Uf… —rezongué, después de menear la cabeza, como resignándome a responder a esa pregunta que no sabía dónde nos iba a conducir—. Pues… no sé, Roberto… Como todo el mundo, supongo. Durante los bombardeos, a todas horas, claro. Y en estos días, cuando estoy contento, sobre todo. Es lo que suele pasar: que los malos pensamientos vienen cuando más bien se está. Aunque, la verdad sea dicha, tampoco hay ocasión de estar demasiado contento últimamente, con la que está cayendo. Así que ya ves.

—A eso iba, verás. —Calero bajó el tono de voz y miró a derecha e izquierda. Allí no había más que los parroquianos de siempre, los que no habían huido o habían sido detenidos, nadie extraño. Se tranquilizó un punto—. En estos días he estado leyendo de nuevo a Marcel Proust, ahora que puedo. Porque lo van a prohibir de aquí a nada, quiero decir. Van a prohibir todo lo que suene a cultura, a filosofía, a…

—Si no me equivoco, Proust tenía poco de izquierdista, ¿no? —observé, también con idéntico tono apagado de la voz, contagiado por Calero—. No sé por qué lo iban a tener que prohibir.

—Bueno, pero era maricón, y ya sabes lo que piensan estos de los maricones. Lo prohíben seguro, acuérdate de lo que te digo. Pero es igual, no me distraigas. He estado leyéndolo de nuevo. ¿Y recuerdas lo que Proust decía? Nadie es capaz de pronosticar su

muerte y, sin embargo, a pesar de saber que no podemos situarla en el tiempo, cuando pensamos en ella la vemos siempre como algo brumoso y lejano. Como algo que va a tardar mucho en llegar. Fíjate qué contradicción. Porque, si no sabemos cuándo va a llegar, ¿por qué nos empeñamos en imaginarla distante y no a la vuelta de la esquina? —Sorbió el chocolate y se limpió después el cerco negro de los labios con la servilleta de tela—. Hasta que de pronto, fíjate, esa lejanía se convierte en inmediatez, en algo muy cercano.

Se detuvo, reflexivo.

—¿Y adónde quieres ir a parar? —inquirí, pues no lograba seguirlo en sus vericuetos.

—Pues que eso es lo que me pasa ahora, Edu, joder, que es que tampoco tú me entiendes. Que no te enteras de nada, macho. Que, pese a que solo tengo treinta años, últimamente veo a la muerte como algo que está ahí, al alcance de la mano, algo que puede llegar en cualquier momento, mañana, pasado, a saber cuándo, pero pronto, muy pronto. Ya no es la cosa lejana y distante de antes. ¡Ahora la veo ahí mismo! Es lo que decía Proust, joder.

—La vida es corta, ya lo sé, pero no te veo yo a ti para morirte mañana, Roberto.

—Vale, morir no sé, igual exagero, pero que me destrozan la vida, tenlo por seguro. —Apuró el café haciendo un ruido desagradable al sorberlo—. Verás. Ayer tarde, don Antonio nos reunió a todos los compañeros en el despacho. —Don Antonio del Pino era el titular del bufete donde Calero trabajaba, un estudio jurídico especializado en asuntos penales y laborales y con mucha nombradía en Madrid. Del Pino era, además, miembro de la junta de gobierno del Colegio de abogados—. Y agárrate: ha llegado al colegio una orden de Domínguez Arévalo, el ministro de Justicia de Franco, decretando que se abra expediente a todos los abogados colegiados, lo que se va a llevar a cabo de aquí a unos meses, en cuanto el colegio se reorganice. ¡No se gana una guerra para esto, coño!

Calero dejó que yo asimilara la noticia, lo que hice a duras, durísimas penas, y luego me explicó que, al igual que se había hecho en todas las ciudades que habían ido ocupando durante la

guerra, esos expedientes tenían como objeto confirmar la lealtad de todos los abogados madrileños al nuevo régimen; aquellos que no superaran la criba causarían baja en el colegio, no podrían a partir de entonces ejercer su profesión y podrían verse sometidos a proceso.

«Otra calamidad no, por Dios», pensé, aunque intenté disimular el abatimiento que la noticia me provocaba.

—Y ya sabes lo que es el bufete donde trabajo —continuó Calero—. Don Antonio era íntimo de Casares Quiroga, ha colaborado activamente con el Gobierno de la República, ha estado en varias comisiones de codificación y, aunque no podría jurarlo, hasta creo que es masón. Él ya da por seguro que va a ser objeto de represalias. Y nos ha querido advertir a quienes trabajamos con él, para que podamos tomar las medidas que creamos oportunas.

«Lo que faltaba, expedientes colegiales y purgas de abogados; aunque, en honor a la verdad, tampoco tengo por qué extrañarme: sabía que esto iba a llegar», pensé. Sin embargo, pese a que me sentía tan preocupado como Calero, intenté dar a mis palabras la mayor convicción posible. Por más trabajo que me costara, porque ni yo estaba seguro, ni mucho menos, de lo que me disponía a decir.

—Oye, de verdad que lamento esa noticia, Roberto —le indiqué, intentando dar a mi voz una inflexión de ánimo—, pero no creo que sea para ponerse así. No sé si don Antonio del Pino es responsable de algo que pueda ser considerado delictivo a la luz de las nuevas normas que se están dictando, que lo dudo, pero lo que tengo claro es que vosotros, los miembros de su bufete, no tenéis por qué responder ni de sus amistades ni de sus obras. Y tampoco tenemos por qué preocuparnos por esos expedientes, que, además, seguro que tardan en llegar, porque el colegio ahora mismo es un caos. Serán un mero trámite para clarificar las cosas o para actualizar las listas de colegiados, y ya está. Por otro lado, Roberto, yo creo que lo que ahora se quiere es imponer orden, y el orden lleva implícita la medida, la sensatez. Es decir, que es lógico que ahora quieran imponer la autoridad y la disciplina, ver cómo se comportó cada cual en el pasado y esas cosas, que son inevitables,

supongo, pero todo, espero, lo harán con prudencia y con mesura. Y según vayan pasando los días, todo se irá normalizando y las aguas irán poco a poco volviendo a su cauce. Hazme caso.

«Ojalá sea verdad lo que digo —reflexioné—. Y que los excesos de hoy mañana se conviertan en cordura y moderación». Pero ni yo mismo me creía mis palabras.

—Joder… No lo tengo nada claro, Edu, de verdad que no —discutió Calero, escéptico. Su rostro mofletudo, habitualmente sonrosado por la buena alimentación incluso en esos tiempos de escaseces, se veía hoy mortecino. Y su cabello, negro, espeso y grasoso, siempre inmaculadamente peinado con raya casi en el medio, aparecía desordenado, de tantas veces como se había pasado nerviosamente las manos por la cabeza—. Se están cometiendo barbaridades, se están haciendo cosas atroces en nombre de la paz, Edu —prosiguió—, y los abogados no vamos a ser menos ni vamos a quedar al margen. Todo lo contrario: ya sabes que para los policías y los militares somos como el diablo. Nuestra profesión no es un salvoconducto, ni mucho menos. Olvídate. Más que un salvoconducto, es una excusa para cebarse con nosotros. Los abogados siempre somos sospechosos; de lo que sea, pero sospechosos. Y ya sabes, además, aquello de dime a qué árbol te arrimas y te diré quién eres. O algo así, ¿no? —Hizo trizas la colilla que fumaba en el cenicero y, sin solución de continuidad, sacó otro cigarrillo de su paquete de Ideales, lo apretó y pasó la lengua sobre el papel para evitar que el cigarro se deshiciera, y lo encendió. Dio una larga calada y siguió hablando mientras el humo escapaba de su boca a borbotones—. Se cuenta que en Barcelona ya se han celebrado no sé cuántos consejos de guerra y que ya han sido fusilados cientos de personas. O miles, no sé. Y más de un abogado entre ellos. Lo cierto es que estoy que no vivo. ¿Qué quieres que te diga? No es para ponerte peor de lo que ya puedas estar, pero me siento fatal. Y no paro de pensar que en este mismo instante hay alguien que está escribiendo mi necrológica. Hasta me he planteado huir del país, pero no sé cómo coño hacerlo. Y no tengo un duro, además.

Puse una mano sobre el antebrazo de mi amigo.

—No te pongas trágico, Roberto, anda —intenté alentarlo—, que no te pega nada.

—¿Que no me ponga trágico? ¡Claro, hombre, es como para no ponerse trágico! ¡Porque, además de esas desgracias que se nos avecinan, ahora, con la guerra terminada y con el puritanismo que nos va a traer esta gente, a ver quién coño folla en Madrid!

Ambos sonreímos, aunque con cierta tristeza. Fue la única sonrisa que apareció en mis labios ese día.

—Baja la voz —dije, intentando que la sonrisa no se me deshilachara—, que nos van a oír, capullo.

Pese a esa última broma, la conversación con Roberto Calero me había encapotado aún más el día. Después del desayuno, me había acercado a mi sucursal del Hispano, que estaba no muy lejos del Pombo, y un empleado con manguitos y cara de hurón me confirmó mis temores y lo que la prensa anunciaba: únicamente podía disponer de ciento noventa y seis de las ochocientas setenta y siete pesetas que era el saldo de mi cuenta corriente, dado que esa cantidad, menos de cuarenta duros, era el disponible el 18 de julio de 1936. Abandoné la sucursal malhumorado, preguntándome cómo demonios iba a pagar los próximos meses el alquiler del bufete, la cuota del Colegio de abogados, lo que abonaba cada mes en la sastrería Novales, donde compraba a dita, y mis restantes gastos —la luz del despacho, el gas, la papelería, las suscripciones a revistas jurídicas, las perras gordas con que regalaba de vez en cuando a José Parera…— con esos miserables dineros, menos de cuarenta duros disponibles en el banco. Caminé enfurruñado hasta los juzgados, donde me topé con más malas noticias, pues la justicia seguía igual de embarrada y de empantanados los asuntos. Era imposible hablar con un funcionario, aterrados todos por los expedientes de depuración. Y había militares por todos lados. Y cuando, a la vuelta, llegué a la puerta del edificio de la calle del Arenal, me encontré con que un grupo de curiosos se agolpaba frente a la casapuerta.

«Reunión de pastores…», me vino a la cabeza el viejo refrán, haciendo revolotear con más fuerza los malos agüeros que me perseguían desde hacía ya días y que se habían intensificado tras la

charla con Roberto Calero y las gestiones en el Hispano y en los juzgados.

Me abrí paso como pude entre el grupo de personas que tapaban la visión del portal del edificio. Mientras avanzaba, pude escuchar conversaciones apenas musitadas, «Pobre hombre, a saber qué le pasa ahora, tendríamos que organizarnos para ayudar a su mujer y a sus hijos», «Pues ¿sabéis lo que os digo?, que lo tenía bien merecido, por rojo», «Pero, por Dios, Manolo, ¿cómo puedes decir eso?», que me hicieron intuir lo que había sucedido y que me sobrecogieron. Y cuando conseguí atisbar el interior del zaguán, me encontré con que José Parera, el portero, se hallaba sentado en una silla de enea a las puertas de su vivienda, rodeado de su mujer y de cinco o seis personas, algunas vecinas del inmueble, y dos porteros de los edificios colindantes. Respiraba con dificultad, como si le costara inhalar el aire. Tenía un pañuelo empapado en las manos y el rostro ceniciento.

Me acerqué a él. Esperé para hablar a que la mujer de Parera, una sesentona grisácea que en ese momento ofrecía a su marido un vaso de agua, cesara en su retahíla de lamentos.

—José, ¿qué ha pasado? —pregunté a Parera, temiendo su respuesta—. ¿Qué le ocurre?

—Ah, don Eduardo, es usted. —La voz del portero era tan frágil como su aspecto—. Estoy bien, no se apure.

—Sí, ya, me alegro, pero ¿qué le ha ocurrido?

—A mí, poco: un vahído, pero ya estoy bien. En cambio, a ese pobre hombre…

—¿A quién se refiere usted?

—Pues que ya han venido, don Eduardo. Que ya han venido. —Y meneó la cabeza con pesadumbre, con impotencia—. No pensé que fuera a ser tan pronto, pero sí, ya han venido.

—Han venido… ¿Quiénes, José?

—¡La policía! Los de la brigadilla.

—¿Qué buscaban? —pregunté, aunque me lo imaginaba: la purga ya había llegado a mi casa de la calle del Arenal.

—No me lo dijeron, tampoco me pidieron ningún dato cuando llegaron. Entraron por las bravas, empuñando pistolas y todo.

Sabían muy bien adónde dirigirse, a qué pisos ir. Insistí en preguntarles y me apartaron de un empujón. Me cuesta respirar desde entonces. Más por el susto que por otra cosa. Este corazón mío… Pero se me pasará, no se preocupe. —Y se dirigió a su mujer, que le acercaba de nuevo el vaso de agua—: Te he dicho que se me pasará, Dolores, no quiero más agua, que tanta agua es mala. —Y volvió a dirigirse a mí—: Se lo han llevado, don Eduardo. A rastras, al pobre. Y a ver quién es el siguiente. Suerte que Ventura no estaba en la casa esta mañana, que ya se había ido al bar cuando vinieron. Pero el pobre Antolín…

—¿Qué le ha pasado a Antolín, José?

Antolín Pérez, me refirió Parera, había sido detenido a primera hora de la mañana cuando se disponía a acudir, como cada martes, al puesto que atendía vendiendo libros en la cuesta de Moyano, como complemento de su librería de la calle Mayor, de la que se decía que era la más roja de Madrid. Cuatro policías de la brigada política se lo habían llevado a empellones, esposado y a punta de pistola en un coche negro. Nadie sabía adónde lo habían conducido. Y todos sospechaban que después habrían ido a buscar a Ventura León, que tenía un bar restaurante en la calle de San Alberto y que por eso salía cada día de su casa antes del alba, a prepararlo todo con sus empleados para los desayunos de la clientela. La policía había irrumpido en su casa, pero no había podido hallarlo allí. Nadie, sin embargo, se jugaba un duro por su suerte y todos daban por hecho que ya estaría detenido.

—¿Se sabe de qué se les acusa? —pregunté.

—No, no han dicho nada, pero ya nos lo podemos suponer…

—Ya. ¿Mi madre no está por aquí? —inquirí, mirando a mi alrededor. Me extrañaba que no estuviera entre sus convecinos en ese momento.

—Estuvo hasta hace un rato. Subió a ver a Inés y a prepararles algo de comer, nos dijo. Y a todo esto, ya se puede usted imaginar de dónde viene la cosa, ¿verdad? Don Armando…

—Ya.

—Ha tenido algo que ver, seguro… Ese cuestionario…

—Puede ser. Me lo figuro, pero no lo sé, José, no lo sé…

—¿Podrá usted hacer algo por ellos, don Eduardo?

Tuve que refrenarme para no dar un paso atrás con brusquedad. Un «¿Yo?» de sorpresa estuvo a punto de escapárseme de los labios. Sentí unos deseos tremendos de marcharme a la carrera de allí, y a punto estuve de hacerlo sin responder al portero. Me contuve cuando vi que las personas que rodeaban a Parera me contemplaban con expectación.

—Yo… Me temo que no, José. Ya sabe usted que no llevo asuntos penales, no sé nada de ese tipo de juicios, no sería de gran ayuda, lo siento.

—Pero bueno, siendo abogado, algo sabrá, ¿verdad?

—Creo que mi intervención sería más dañina que beneficiosa, se lo aseguro —me excusé, irritado. Ese hombre, por buena persona que fuera, no tenía derecho a involucrarme de esa manera —. No sé nada de temas penales, ya le digo. Como bien sabe, lo mío es el derecho civil. Tal vez podría aconsejarles, recomendarles a un colega penalista si me lo piden, pero nada más. De verdad que no puedo hacer otra cosa.

—Suba usted por lo menos a ver a Inés, a la mujer de Antolín, está hecha polvo la pobrecita. Igual su señora madre todavía está allí. Pobre Inés… Lloraba y parecía que se le iba a ir el alma en el llanto. Tal vez le pueda dar usted algún consejo. Y algo de consuelo. Lola, la mujer de Ventura, ha ido al bar a ver si puede enterarse de qué ha pasado con su marido, pero Inés está arriba, hecha una magdalena.

Me costó tragar saliva para poder hablar.

—Sí, claro… Sí… —logré bisbisear, incómodo—. Bueno…, no sé…, tal vez después, ya veré… Y ahora, si me disculpan…

Me refugié en el despacho como si fuese una trinchera. Intenté escapar de los pensamientos que me trastornaban buscando algo que hacer. Incapaz de abrir ningún expediente, me embebí, por hacer algo, en el estudio de las nuevas normas y leyes de Burgos dictadas desde 1936 por los vencedores, a las que tendría que acomodar mi actuación profesional en el futuro. Pero la concentración me duró lo que la carcajada de una madre abadesa. Me llevé ambas manos a las sienes y después guarecí la cabeza

entre los brazos, presa de una emoción que era mezcla de tribulación y de vergüenza. Me sentía como si me hubiese pasado por encima el tren expreso y ni siquiera sabía por qué me sentía así. Nada de lo que había sucedido era culpa mía. Yo no era responsable de nada ni había tenido nada que ver en las desgracias de mis vecinos. No estaba en mi mano decidir sobre la detención de Antolín Pérez, ni en la de Ventura León, a quien todavía no habían detenido, por lo que sabía, pero cuyo apresamiento todos daban por hecho, en cuanto la brigadilla se personara en el bar que regentaba, si es que no lo había hecho ya. Yo no era responsable de su suerte ni de la de todos los que estaban siendo represaliados. No estaba en mi mano ni evitar esas detenciones ni remediarlas. No era el abogado de los detenidos, jamás lo había sido, mis relaciones habían sido exclusivamente de vecindad. Además, jamás había intervenido en un juicio penal, lo mío eran los juicios verbales, los declarativos, los interdictos, los temas de jurisdicción voluntaria, alguna quiebra que otra, los desahucios, los divorcios… Entonces, ¿por qué me sentía así, descorazonado, extenuado, hecho polvo? La respuesta a esa pregunta fue surgiendo desde el núcleo de mi conciencia como un gas pernicioso y de una manera sorprendente. Casi sin darme cuenta de que lo hacía, había vuelto a refunfuñar que el dichoso portero José Parera debería meterse en sus propios asuntos y dejarme en paz de una vez por todas, y fue entonces cuando me di de bruces con el motivo de mi malestar, de mi amargura. El portero me había enfrentado, de una forma tal vez inocente pero brutal, con una verdad que no podía soslayar. Yo era abogado. Yo sabía de leyes, de procesos y de derechos, aunque no fuera especialista en derecho penal. Yo podía ayudar a la familia de Antolín Pérez, de Ventura León. Podía ofrecerles mi ayuda legal, mi consuelo, consejo, esperanzas. Y fue al apercibirme de esa verdad insoslayable cuando me topé con otra realidad aún más ineluctable y más demoledora: los riesgos de hacerlo, el peligro de dar la cara por unos presos marxistas, las consecuencias que me podría acarrear el revelarme como abogado de unos rojos.

Con todo eso colisioné.

Y con el miedo.

Un miedo terrible.

Y con la cobardía.

Más terrible aún.

De nuevo.

Durante la guerra, aunque mi brigada había estado en un frente tranquilo y apenas si había entrado en combate, había aprendido de primera mano que todo hombre lleva en el alma un héroe y un cobarde. Había visto a individuos jactanciosos y fanfarrones, bizarros y perdonavidas, que se pasaban las noches calmas junto al fuego presumiendo de sus proezas, orinarse encima al oír por primera vez las explosiones de los morteros retumbando a unos centenares de metros de donde nos hallábamos. Y también había visto a hombrecillos escuchimizados y blandengues, cuya timidez les impedía mirar a los ojos a nadie, ignorar las balas de los fusiles enemigos que silbaban a nuestro alrededor como si fueran libélulas inofensivas.

Me dije, desolado, que la valentía, el coraje son algo que no se podía ni simular ni mucho menos procurar: era algo que se tenía o no se tenía, y no había que darle más vueltas.

Y yo no los tenía. Ni la valentía ni el coraje necesarios para subir a casa de Inés, la mujer de Antolín, o a la de Lola, la de Ventura, y, como buen vecino que era, además de abogado, brindarles mi asesoramiento, encaminar sus pesquisas, procurarles al menos consuelo, ofrecerles esperanza. Y después de eso, irme al cuartelillo, o a la comisaría, o al juzgado, o al cuartel, o adonde diablos estuvieran esos buenos hombres y gritar a quien quisiera oírme que ni Ventura ni Antolín habían causado daño a nadie durante los tres espantosos años de guerra, que yo mismo podía dar fe de ello, que tenían mujer e hijos, que eran españoles tan decentes como los que tuvieron la suerte de vivir en uno de los territorios que enseguida cayeron en manos de los generales sublevados. Y que, por Dios bendito, pensar no era delinquir.

Dar la cara por ellos.

Que es lo que cualquier abogado haría.

Pero no.

No lo iba a hacer.

No podía hacerlo.

El miedo.

El maldito miedo.

Una cosa era ir a hablar con Armando Peñalosa —y aún me arrepentía de haberlo hecho— para intentar convencerlo de que fuera mesurado y generoso en sus respuestas al cuestionario que le habían requerido, y otra muy diferente enfrentarme a policías o militares. ¿Qué iba a ser de mí si lo hacía? Sabía perfectamente la respuesta a esa pregunta: convertirme en un apestado, cuando no en un recluso más. ¿Y qué iba a ser entonces de mi madre? ¿Qué iba a ser de mi vida, de la vida de ambos? ¿Es que acaso es de cobarde ser capaz de aquilatar los riesgos, de prever lo que va a pasar y evitarlo? ¿No habría que llamar a eso más bien prudencia y sabiduría?

Me tapé los oídos con las manos como si así pudiera evitar que el eco de la voz de mi abuelo retumbase en mi cráneo: «El abogado, Eduardo, es como la esponja: limpia la suciedad del cliente y se la queda. Después, a enjuagarse y a volver a empezar. Y no hay otra, hijo mío».

Pero ahora, si daba ese paso que sabía no iba a dar, no habría posibilidades de volver a empezar. Entonces la suciedad se quedaría impregnada entre la textura porosa de la esponja para siempre, como una costra infecta que más temprano que tarde incubaría virus venenosos y acabaría con todo rastro de vida.

No.

No iba a hacerlo.

No podía.

Era un cobarde.

¿Y qué?

* * *

Aquel día, el almuerzo en mi casa fue tan sombrío como un oficio de tinieblas. Subí cuando mi madre todavía andaba entre fogones, preparando la comida, tarde, pues había pasado buena parte de la mañana consolando a las vecinas. Mientras ella acababa de cocinar

y después, mientras servía los platos, tuve que escuchar primero las nuevas domésticas, con las que supe que intentaba animarme, pues me vio abatido y triste: «Hoy he comprado en el mercado unas alcachofas que tienen una pinta estupenda, ¡alcachofas!, ¿te lo puedes creer?, con el tiempo que hacía que no las veíamos; ah, y, por cierto, después me he pasado un buen rato planchando tus corbatas, hijo, porque supongo que ya volverás a ponerte corbata, ¿verdad?». Y luego sus lamentaciones por los sucesos de la mañana en el edificio: «Esas cosas no deberían pasar, Eduardo, ¿verdad que no? Y no sabes la pena que me da de Ventura, el pobre, que seguro que ya está preso. Antolín no me cae tan bien, la verdad sea dicha, porque, ya sabes, a mí los comunistas… Pero Ventura… ¡Por Dios bendito, si ese hombre es un cacho de pan! Ay, Eduardo, hijo mío, no sabes la pena que me da de su mujer y de sus hijos. La pequeña no tiene ni un año, pobrecita, y ya sin padre. Y a saber en qué acaba todo esto». Mi madre cesó en sus letanías cuando advirtió mi gesto de disgusto, y creo que se percató entonces de que esa seriedad y esa circunspección mías no obedecían exclusivamente a la detención de los vecinos. Me miró, como sin atreverse a preguntarme qué me pasaba. Aunque no dijo una palabra mientras me contemplaba con ademán indeciso, pude saber perfectamente lo que estaba pensando: «Ay, este hijo mío, tan indescifrable como el crucigrama de *La Dama y la Vida Ilustrada*», la revista que ella solía leer cuando era joven, como si al ser una de sus lectoras pudiera hacer realidad sus sueños de niña y convertirse en una de las alto-burguesas y aristócratas que solían leer ese tipo de publicaciones. La conocía bien. Mejor de lo que ella me conocía a mí. Durante unos segundos, la casa se quedó en un silencio embarazoso.

Luego, toda la comida, hasta la compota, me supo amarga como el jugo de la hierba santa. La cháchara de mi madre me aguijoneaba en la frente como una migraña. Ella, con toda su buena intención, viendo cómo mi estado de ánimo se oscurecía por momentos y sin atreverse a preguntarme por los motivos, intentaba alentarme durante el almuerzo con una conversación trivial que me distrajera. Pero, antes incluso del postre, se apagó impotente

como el fuego bajo el temporal, consciente de que ese parloteo suyo, más que animarme, me desazonaba cada vez más. En un momento determinado, cuando renunció al palique y hubo desistido de intentar confortar mi desaliento, solo se oía en el pequeño comedor el tintineo de los cubiertos chocando contra la loza de los platos y la voz del locutor de Radio Nacional. Con el tono exaltado propio de las fechas y los acontecimientos, desgranaba las noticias destacadas de los últimos días, machaconamente repetidas: el reconocimiento del Gobierno de Franco por parte de Estados Unidos, Canadá y Costa Rica; el restablecimiento de la normalidad ferroviaria, con la llegada de trenes a la estación del Norte y la salida del rápido Madrid-Sevilla; el anuncio del estreno del film *La liberación de Madrid* en todos los cines españoles; y como noticia de última hora, la invasión de Albania por parte de Italia, la muerte del héroe de la aviación nacional Joaquín García Morato, cuyo 3-51 se había estrellado días atrás mientras realizaba un vuelo de exhibición en el aeródromo de Griñón…

Ring, ring, ring…

El timbre de la vivienda sonó mientras la voz ahora fúnebre del locutor desmenuzaba las hazañas del héroe fallecido. Nos miramos, alarmados, como si la llegada de alguien al piso solamente pudiese suponer un desastre, noticias infaustas.

—¿Esperas a alguien, hijo?

—No, yo no, claro que no, ¿y tú?

—No, ¿a quién iba a esperar yo? Y no es la hora de que sea José a por la basura.

—Pues no sé…

—No será la brigadilla, ¿no? Tú no has hecho nada malo, ¿verdad, Eduardo?

—Por supuesto que no, madre —protesté; y fui a levantarme —. Yo abro.

—No, no, qué va, no te muevas de ahí, ni se te ocurra —repuso ella, aquietando mi gesto—. Acábate la compota y yo voy a ver quién es. Enseguida vuelvo y recojo.

Observé salir del comedor a mi madre. La vi mayor, más

cansada, andando con dificultad, a pasitos cortos, rezongando, y me dije que los últimos años habían caído sobre ella con la virulencia de la que solo el tiempo inclemente es capaz.

Inquieto por quién fuera esa visita a deshoras en pleno momento del almuerzo, y temiendo que fuese quien yo barruntaba —no la brigadilla, por supuesto, yo no había cometido ningún delito, ayudar a Charo y a José Parera, o bajar a hablar con Armando Peñalosa, no lo era, eso me dije, algo asustado de todos modos—, me dediqué a hurgar en la compota, acuchillando los pequeños trozos de manzana con una tozudez nerviosa. Levanté la mirada con desasosiego cuando oí la voz de mi madre.

—Eduardo.

No la había oído llegar, estaba plantada en la entrada del comedor. Junto a ella estaba Lola, la mujer de Ventura León. Como había conjeturado y temido. Tenía a su hija recién nacida en brazos, que parecía dormir. Vestía una falda gruesa —seguía haciendo frío en ese abril loco de Madrid, sobre todo por las mañanas—, una blusa de color claro indefinido y una rebeca azulona. Y en sus ojos enrojecidos se estrangulaba una mirada que no pude diagnosticar con precisión: no supe decir si era de súplica o de rendición. O de ambas cosas a la vez. Pero sí supe que esa mirada traía a mi casa, y a mi vida, problemas, complicaciones.

Lo supe perfectamente. De esa forma en que se saben las cosas que no se quieren saber.

El gesto de contrariedad que había aparecido en mis ojos cuando vi a la mujer de Ventura junto a mi madre se convirtió instantáneamente en una mueca de resignación. Desde que, siendo un adolescente imberbe, leí *Las mil y una noches* y me impregné de la moraleja de aquella historia sobre el comerciante de Bagdad y la cita en Samarra, creía firmemente en el destino. Y sin que pudiera decir por qué si alguien me lo hubiese preguntado, fui consciente en ese preciso instante de que ahí, plantado frente a mí, con su bebé que gimoteaba en sueños y los ojos anegados en lágrimas, estaba mi destino. Pero no iba a rendirme sin lucha. Rendirme ante lo que sabía la catástrofe no era, por supuesto, una opción.

—Buenas tardes, Lola.

—Buenas tardes, señor Peña.

—Ay, Lola, hija, por Dios —terció mi madre, poniendo una mano sobre el brazo de la visitante—. Déjate de señor Peña, anda. No llames a mi hijo de esa forma, con tanta ceremonia, con lo joven que es. Y además somos vecinos y nos conocemos de toda la vida, mujer.

—Perdone que venga a molestarles a estas horas. Estaban ustedes comiendo…

—Ca, Lola, ya habíamos acabado…

Me puse en pie. Percibí que las piernas me temblaban, que la herida del muslo volvía a dolerme, y gané tiempo asiendo la servilleta de la mesa y demorándome en limpiarme la boca. Di un paso adelante y sentí un dolor agudo, como si tuviera en carne viva la cicatriz del muslo derecho.

—No se preocupe, Lola. Y dígame, ¿qué se le ofrece? ¿En qué podemos ayudarla? —le pregunté, sin poder evitar que el tono de mi voz reflejara mi disgusto.

—Pero siéntate, Lola, siéntate —intervino mi madre—, que la niña tiene que pesar, con lo hermosa que está. Ahí, en el sofá, estarás bien. Venga, vamos, vamos, Lola.

—No, no, no se preocupe, de verdad, doña Carmen. Será un momento nada más, estoy bien así.

—Insisto, Lola. Y déjate también de doña Carmen, caramba. Carmen a secas y que no se diga. Venga. ¿Cómo te vas a quedar de pie, mujer? —La acompañó al sofá y la ayudó a sentarse. El bebé se despertó en ese momento, estiró sus bracitos, gimoteó un poco y movió la cabeza. Su madre lo arrulló en silencio hasta que volvió a dormirse—. ¿Te apetece tomar algo, Lola? ¿Un vaso de leche quizá? El café ni te lo ofrezco, es horroroso lo que me dieron ayer en la tienda de Agapito. Pero la leche es fresca y está buenísima. Y hoy no se le ha ido la mano con el agua al lechero.

—No, nada, Carmen, de verdad. Bastante incordio les causo con venir a estas horas. De verdad que no, no se moleste.

—Pues venga —dijo, tomando asiento junto a la mujer en el sofá y haciéndome gestos para que hiciese lo propio en el butacón de enfrente—. ¿Qué se te ofrece, Lola? ¿Has sabido algo de

Ventura? ¿Sabes dónde está? ¿Qué ha sido de él?

La mujer negó con la cabeza, fue a hablar, pero las palabras se le desparramaron por la boca sin llegar a pronunciar sonido. Luego, se dejó ganar por un llanto sordo.

—Por Dios, Lola, mujer, no llores —intentó consolarla mi madre—, que ya verás como todo se arregla. Cuéntanos qué sabes, anda.

—Fui esta mañana a la calle San Alberto, al bar de Ventura, a nuestro bar —explicó la mujer una vez que pudo controlar las lágrimas—, después de que la policía viniera a casa. Y mi marido no estaba. Arturo, el encargado, me contó que varios guardias se presentaron allí cuando más gente había, a la hora del desayuno, que preguntaron por Ventura, que estaba en el almacén, y que lo detuvieron allí mismo. Se lo llevaron esposado, hasta con el mandil puesto, y no dijeron más. Ni siquiera adónde se lo llevaban. Por lo visto, lo acusan de rebelión o de algo así, no sé muy bien. Eso le dijeron a Encarna, la mujer del encargado, que es una hembra brava, no se anda con chiquitas y le da igual ocho que ochenta, y se atrevió a preguntar. Y estoy en un sinvivir desde entonces, y sin saber qué hacer. Tampoco sé qué voy a decirles a los niños mayores cuando esta noche pregunten por su padre.

Dejó sus palabras colgadas en el aire, como una veleta que señalase la dirección de un viento malo. Porque, para mí, esas palabras, mejor que ningún ruego, suponían un llamamiento apremiante, una súplica desesperada. Volví a decirme que el instinto de conservación no era cobardía, sino inteligencia. Y aunque lo fuera, ¿qué podía hacer yo? Nada, por el amor de Dios, nada. Y permanecí en silencio. Fue mi madre quien interrumpió el incómodo mutismo. Giró con dificultad el cuello y me enfrentó.

—Eduardo.

En esa sola palabra había un emplazamiento, una decisión inquebrantable. Mi madre, la que siempre velaba por mi seguridad, la que me instaba a mantenerme al margen, la que me había regañado por defender a Charo Velarde en el expediente de depuración, la que me obligaba a permanecer en la seguridad de la sombra, ahora parecía requerirme para que diese un paso adelante.

O al menos así tañó en mis oídos abrumados esa sola palabra, «Eduardo». ¿Qué había cambiado en mi madre para esa súbita transformación?, me pregunté. Había pasado de querer protegerme a toda costa a ponerme a los pies de los tanques, como quien dijera. ¿Es que no se daba cuenta de lo que estaba haciendo? ¿O es que era malo defender a una maestra depurada y conveniente asesorar a un vecino socialista? La miré fijamente y ella me sostuvo la mirada con firmeza. «Hay veces en que la conciencia pesa más que la seguridad», quise leer en sus ojos algo líquidos. «Ojalá yo la tuviera, tu conciencia, mamá», me dije para mí.

—No puedo hacer nada, madre —me oí decir, con la voz en un hilo, apartando la mirada de los ojos de ella—. Sabes que nuestro bufete jamás llevó asuntos penales. Ni yo ni padre ni el abuelo ni nadie. Posiblemente solo conseguiría empeorar más la situación. —Y dirigí la mirada ahora a la visitante, que me contemplaba consternada—. De verdad que yo no soy la persona indicada, Lola. Puedo recomendarle el nombre de algún colega que trabaje este tipo de asuntos, si lo desea y si no conoce usted a ningún otro abogado. Pero de verdad que yo no puedo hacer nada por ustedes.

El bebé, como si protestara por mi negativa, se despertó repentinamente y comenzó a llorar esmorecido. Los arrullos de su madre simplemente consiguieron avivar su llanto.

—Tiene hambre —explicó Lola—. La niña… Si no les importa…

Y se abrió varios botones de la blusa, se recogió uno de los lados de la rebeca sobre el hombro, se echó a un lado una de las copas del sostén, sacó brevemente un pecho blanco y repleto, surcado de venas rollizas del color de las nubes bajas, se lo cubrió luego en parte con la rebeca y acercó el grueso pezón a la boquita de la niña y le dio de mamar.

Sentí que todos los vellos de mi cuerpo se erizaban, como si una mano sedosa lo estuviese acariciando. Jamás había sido testigo de un momento tan turbador y, al mismo tiempo, de tan extraordinaria ternura. Pudoroso, aparté la vista de madre e hija y, sin saber dónde posarla, la fijé en mi madre, que estaba prendada

con la escena. Observé que sonreía y que los ojos se le llenaban de un brillo acuoso, emocionado y nostálgico.

—No conozco a ningún otro abogado, Eduardo —continuó su explicación Lola. Hizo, al mismo tiempo que hablaba, un gesto fugaz de dolor, como si la boquita del bebé, aún desdentada, le hiciera daño en el pezón al aprisionárselo—. Todos los abogados que había en el partido o murieron en la guerra o han sido detenidos o han huido. Y, de cualquier forma, tampoco tenemos dinero para pagar abogados.

—Eduardo no os cobraría, por supuesto —anunció mi madre, mirándome de reojo—. Faltaría más. Lo que no sé es si…

Y dejó la frase inacabada. Traspasó mis ojos con la mirada de sus ojos oscuros y arrugados, esos ojos tan parecidos a los míos, y ahora no pude, o no quise, descifrar el sentido de esa mirada. Tanto podía ser de excusa como de incitación o como de desafío. Quise pensar que era de lo primero, y eso me animó a persistir en mi negativa. Me puse en pie al mismo tiempo que hablaba.

—No puedo ayudarla, Lola, y créame que lo siento. No sabría ni por dónde empezar en un asunto como este. Le aseguro que sería más un estorbo que una ayuda. Le reitero mi ofrecimiento de colaborar con usted en buscar abogado si lo necesitan. Y ahora, discúlpeme, tengo trabajo, he de bajar al despacho, he de irme. Después te veo, madre.

Y entonces lo vi con claridad.

El significado de la mirada de mi madre.

El que antes no había estado seguro de poder interpretar. O el que no había querido interpretar.

No había sido, en absoluto, para animarme a la excusa.

Había sido, sin duda, de desafío, de incitación, de empujarme a aceptar la defensa de ese hombre, de nuestro vecino.

Lo vi con claridad cuando volví a mirarla.

Porque, al momento, y aunque solo por unos instantes, ese relumbre anterior de reto, de emplazamiento, se había convertido en un centelleo oscuro de decepción.

8

«¿Te mandan de Capitanía, muchacho?»

Solo en mi despacho, casi a oscuras, corridas las cortinas que abrigaban el ventanal que daba a la calle, apagado el flexo de sobremesa, aquella mirada de desencanto de mi madre, que aún tenía agazapada detrás de las pestañas y que no había forma de ahuyentar, me encogía el corazón. Lo último que habría querido en esta vida era decepcionarla y, sin embargo, ahí estaba, sabiendo que lo había hecho. Me interrogaba acerca de qué estaría pensando ella de su hijo en esos momentos. Me acordé de mi padre, del dolor que nos había infligido con su abandono, y me dije que no era mejor que él. Me planteaba qué pensaría de mí Clara, la miliciana, si pudiera verme así, amilanado, pávido. Ella, que tan brava era. Una vez más, intempestivamente, me sobresaltó la preocupación por su suerte. «Clara, ¿qué habrá sido de ti? ¿Y por qué me importa tanto lo que tú pudieras pensar si me vieses ahora?». Y lo peor era que me sentía sin fuerzas para revertir esa situación, para dar un paso adelante, para perder el miedo.

Rememoré una tarde en que Clara, después de haber hecho el amor —o lo que aquello fuera para ella, nunca llegué a saberlo— y mientras fumaba uno de sus cigarrillos —de la fábrica CAT de Vic, apestosos, liados con tabaco argelino—, se me quedó mirando un rato largo. Como no pronunciara palabra, le pedí que me dijera qué le ocurría, en qué pensaba. Me preguntó entonces: «¿Qué harías si supieras que mañana me han matado de un tiro, o de un bombazo? ¿Qué harías tú sin mí, mi pequeño fascista?». No supe qué responderle, pues ni yo mismo sabía con certeza cuál habría

sido mi reacción. Aunque la verdad era que la intuía, pero no quise desnudar mi corazón ante ella, que nunca había desnudado el suyo para mí. «¿No tienes miedo?», inquirí, en lugar de contestar su pregunta. «¿Miedo yo?», me interrogó a su vez. «Para sentir miedo hay que tener algo que perder, y yo ya lo perdí todo», me dijo. Y ya no hubo forma de sacarle una palabra más.

Recordando aquella afirmación de Clara, me pregunté, en la oscuridad atribulada del bufete, en ese silencio aciago, si yo tenía tanto que perder. O *algo* que perder. Algo de verdad importante que justificara mi talante timorato. Hice cuentas y una vez más advertí que no tenía casi nada en la vida: mi madre, mi oficio, un par de amigos, si acaso. Y Charo. ¿A qué, pues, ese miedo mío? ¿A qué, pues, ese tan grande miedo mío?

Percibí dentro de mí la angustia como algo material, palpable. Podía hasta masticarla. Me avinagraba la saliva e impedía que el aire me llegara con normalidad a los pulmones.

Me pregunté qué hacía en el mundo y, sin pretenderlo, el film de mi vida comenzó a proyectarse en una pantalla blanquísima que, movida no sabía por qué manos, se había desenrollado en el proscenio de mi mente, conmoviéndome, azorándome. Mientras esos imaginarios fotogramas desfilaban con una lentitud insoportable, como si los proyectara un aparato averiado, yo permanecía inmóvil, con los ojos muy abiertos, sin pestañear apenas, únicamente cuando la sequedad de la córnea me resultaba dolorosa. Todo fue desfilando con una parsimonia estremecedora en esa pantalla imaginaria: mi infancia, la pérdida de mi padre, los días del instituto, de la facultad, el día en que juré la profesión de abogado, el día en que conocí a Marisa y el día en que la perdí, las carnes montaraces de Clara, el día en que fui reclutado, mi vida en las trincheras, las tardes tórridas de sábado —siempre los sábados, solo los sábados— con Charo Velarde…

Y mi incapacidad para sentirme parte de la vida que habitaba.

No fue la primera vez que lo pensé, pero sí fue la vez en que lo hice con mayor clarividencia: había sido la ausencia de mi padre desde muy pequeño lo que había marcado mi personalidad. Esa ausencia que al mismo tiempo era presencia. Una presencia

nebulosa y velada, casi pérfida, pero presencia al fin y al cabo. Porque la imagen de mi padre vivo, pero lejos, muy lejos, no sabía si en kilómetros, suponía que sí, pero desde luego sí en espíritu, estaba siempre junto a mí, como mi propia sombra. Me dije que, si mi padre hubiera muerto, después del dolor vendría la aceptación de su muerte, y después el recuerdo, que con el tiempo se difuminaría como un gajo de nube. Y más con la edad tan temprana en que lo perdí. Pero saber que mi padre vivía, que lo haría lejos, tal vez con otros hijos, ser consciente de que había renunciado voluntariamente a mí y que con el giro mensual de un puñado de pesetas que le pasaba a mi madre pretendía compensar el alejamiento y lavar su conciencia si es que la tenía, había hecho de mí lo que era: alguien tibio, en conducta y en ideas; alguien frío, incapaz de comprometerme salvo conmigo mismo, y eso con mucho esfuerzo; alguien desapegado, criado bajo las faldas protectoras de mi madre, sin una consciencia real de qué era la vida. Alguien que únicamente había heredado de mi padre una cosa: la cobardía.

Sí, por mucho que me pesara.

La cobardía.

Que era la plasmación más certera del egoísmo.

Porque mi padre, pese a todo, pese a su carácter animoso, audaz, tan diferente al mío, también había sido un cobarde.

Me levanté, alterado. Me acerqué al ventanal y descorrí de un manotazo las cortinas. La luz de la tarde, que se había templado inesperadamente, inundó el despacho, devorando las sombras. Un rayo del sol tenue quedó enredado en la escribanía de bronce y dibujó en el aire denso un haz repleto de minúsculas doraduras.

Mi imagen quedó reflejada en el cristal de la ventana y contemplé mi figura difuminada en el vidrio sucio. Saqué del cajón de la mesa un retrato de mi padre, enmarcado, un retrato que jamás había colgado ni mostrado, pero que me resistía a tirar a la basura. Era el día de su boda, tendría en esa fotografía más o menos la misma edad que yo ahora, y aprecié el parecido entre ambos: el cabello liso, castaño oscuro y abundante, las cejas perfectamente esculpidas en una onda suave, la línea de la boca, la

piel pálida, los pómulos altos, la nariz recta. Los ojos no, mis ojos eran los de mi madre. Apenas si tenía recuerdos de él, exclusivamente un par de ellos que no había conseguido borrar de mi mente con el trapo del odio, como había hecho con el resto. El primero era de la verbena de San Cayetano; tuvo que ser allá por 1915 o 1916, cuando yo tenía siete u ocho años. Era un día de agosto inusualmente fresco, con un cielo plomizo impropio del estío. Habíamos acudido a Lavapiés, a la calle Embajadores, donde se alzaba el templo del santo, para presenciar la procesión, las calles engalanadas con guirnaldas de papel y los balcones del barrio colmados de flores, banderolas y mantones de Manila. Cuando el trono de San Cayetano se acercaba a nuestra altura, me desasí de la mano de mi madre e intenté acercarme para atrapar una de las flores que lo adornaban y que los acólitos lanzaban al público. Mi madre me había dicho que daban buena suerte y que harían que, cuando fuera mayor, tuviera un trabajo provechoso. En ese instante, un chaval algo mayor que yo, cuando estaba a su altura, avanzó la pierna y me hizo la zancadilla. Caí al suelo como un fardo y allí me quedé, a mis siete u ocho años, llorando y con la rodilla rasguñada y raspado el canto de la mano. Un coro de carcajadas infantiles acompañó mi llanto. Era un grupo de rapaces astrosos y con ganas de jarana. Mi madre hizo ademán de acercarse para ayudarme, para levantarme del suelo y consolarme, pero la mano poderosa de mi padre la detuvo. Ella lo miró y se encontró con su mirada demoledora clavada en mí. «Deja de llorar y haz lo que tengas que hacer», me dijo, la voz dura como el yunque. Yo seguí llorando hasta que, al fin, logré ponerme en pie sin ayuda y refugiarme entre las piernas de mi madre. «Vámonos», ordenó mi padre. «Gregorio —se interpuso ella—, ha sido una tontería, una cosa de niños, la fiesta no ha hecho más que empezar, mira, el chico ya ha dejado de llorar, mira, mira… ¿Por qué no seguimos y luego…?». La voz de él, su mirada de acero fija en mí, la interrumpió. «Vámonos, he dicho». Hasta la parada del tranvía, él caminó a grandes zancadas delante de nosotros, que a duras penas podíamos seguir sus pasos. Y me dolía la rodilla rasguñada. Cuando nos montamos en el vehículo, estuvo todo el rato mirando

por la ventanilla, sin decir palabra. «¿Qué he hecho mal, mamá, qué he hecho?», recuerdo que le pregunté, en un susurro lacrimoso. «Nada, hijo, nada, por Dios. Tu padre, que no se da cuenta de que, si todo fuese ojo por ojo, el mundo se quedaría ciego».

El segundo recuerdo que conservo de mi padre es de la noche previa a su abandono, a su huida. Jamás olvidaré la fecha: un viernes día 15 de octubre de 1920. Dos días después de mi santo. Cenábamos los tres en casa, una de aquellas cenas silenciosas de los últimos tiempos en las que el único sonido eran la radio y el entrechocar de las cucharas contra la loza del plato de sopa. La voz del locutor desgranaba las noticias del día: «Las tropas españolas entran en Chefchaouen, la ciudad santa y misteriosa», «Se celebra en Madrid el congreso de la Unión Postal Universal», «Otro atentado terrorista en La Coruña»… Me di cuenta, cada vez que levantaba la vista, de que mi padre tenía la suya fija en mis ojos, con una expresión que no supe descifrar entonces y que aún ahora me cuesta desentrañar. Creo que en una ocasión intentó sonreírme, pero sin mucho éxito. Cuando mi madre se levantó para retirar los platos de sopa y traernos el segundo, y luego de que abandonara el cuarto, oí que mi padre carraspeaba, lo contemplé, vi que tragaba saliva, que se mojaba los labios con un sorbo de agua, que se los limpiaba muy levemente con la servilleta después. «Eduardo, yo… no quiero que pienses que… Has de saber…». Y dejó ahí la frase. «¿Qué, padre?», lo animé a seguir. En la ingenuidad de mis pocos años, supe, por la expresión de su cara, por el tono de su voz, que era algo importante lo que intentaba decirme. Pero en ese instante mi madre regresó y mi padre calló. Me quedé sin saber lo que iba a contarme. A la mañana siguiente, bajó al bufete y ya nunca más volvimos a verlo.

Aparté la vista con brusquedad de la foto de mi padre, que había estado contemplando mientras rememoraba esos dos episodios. Me pregunté por enésima vez por qué la conservaba y no la tiraba a la basura como se hace con las cosas estropeadas, y una vez más no tuve respuesta para esa pregunta. Nada podía hacer con ese parecido físico, no podía evitarlo, cambiarlo,

deshacerme de él, pero era lo único que aceptaba tener de mi padre. Odiaba la herencia que me había dejado: su cobardía, porque eso había sido, un cobarde, a pesar de la valentía que me exigía en aquel primer episodio de las fiestas de San Cayetano. ¿Cómo escapar de ese espíritu pusilánime que, más allá del aspecto físico, había constituido mi única herencia?

Se me vino de nuevo a la cabeza, como un mazazo, la mirada de mi madre, esa mirada de decepción, de desencanto. También me anegó la mente la imagen de Lola, la mujer de Ventura, dando de mamar a su hija. Sus lágrimas, su ternura, su dolor. Y también recordé la presencia mensual del cartero entregando el giro de mi padre huido, ausente. Fui consciente de mi actitud ante la realidad de España: desapegada, indiferente; mi carácter apático y displicente; mi apartamiento de todo cuanto conllevara riesgo, viviendo siempre en un territorio escéptico.

Mis ansias de paz, pero mi nulo esfuerzo por conseguirla.

Mi vida.

Estaba cansado, harto.

Harto de sortear a la vida, de pasar siempre de largo.

No supe cómo lo hice, cómo alcancé esa resolución. Sí supe que no fue un proceso racional, sino algo intuitivo, irreflexivo, maquinal. Como un chorro de agua caliente que escapara de las profundidades de la tierra horadando la superficie sin que nadie hubiese excavado.

No supe cómo lo hice.

Pero lo hice.

Adopté una decisión que sabía que me iba a pesar como si la mano de Dios me cayese encima.

No sabía cómo iba a controlar el temblor de mi voz, no sabía cómo iba a domeñar mi miedo, no sabía cómo iba a someter mis temores, no sabía cómo iba a afrontar las consecuencias si las había, y daba por hecho que las habría, no sabía nada, solo sabía que me adentraba en una oscuridad inhóspita.

No sabía qué tiempo iba a tardar en arrepentirme de lo que iba a hacer. Si es que no estaba ya arrepentido.

Pero iba a hacerlo.

«Mírame ahora, Clara, voy a hacerlo, siéntete orgullosa de mí».

«No soy igual que mi padre».

Salí del despacho a la tarde calmosa de Madrid, que todavía sesteaba. A lo lejos, un afilador de cuchillos se anunciaba con el tañido de su chiflo de madera de boj. A través de una ventana insomne de la calle del Arenal, un *pick-up* lanzaba al aire estático los sones estentóreos de la *Marcha de Oriamendi*.

* * *

—¿Qué quiere usted?

Después de pasar casi dos horas vagando por comisarías y juzgados preguntando por el detenido Ventura León sin que nadie pudiera darme razón de su paradero, «Soy Eduardo Peña, soy su abogado, exijo saber dónde está y que se me permita verlo», «Pues va a tener que seguir usted buscando, machote, porque aquí no tenemos ni idea de quién es ese tal Ventura», y arrepintiéndome a cada momento, como había previsto, de la decisión tomada, pero perseverando en ella, había encaminado finalmente mis pasos hasta el juzgado militar permanente número 22, que se ubicaba en el número 3 de la plaza Mayor, cerca de la antigua Casa de la Carnicería. Uno de los pocos policías tratables con quien había podido hablar en la comisaría del distrito Centro, que estaba en la calle Pontejos —la mayoría eran hoscos y se les advertía enfurruñados, como si las exigencias del trabajo los sobrepasara— y que se había avenido a escucharme con cierto interés, me había sugerido que preguntara allí, en ese juzgado militar de la plaza Mayor, porque «allí es donde se llevan los expedientes de los detenidos en el distrito». Y eso había hecho. Había anunciado mi visita al cabo de guardia en el edificio y se me había permitido acceder a una de las salas, repletas de hombres de uniforme, mapas, anaqueles con carpetas llenas de documentos y mesas atestadas de expedientes y coronadas con máquinas de escribir Olympia. Y un terrible olor a sudor y humo de tabaco.

Quien así me había saludado, sin un buenas tardes siquiera,

de esa forma impaciente y brusca, «¿Qué quiere usted?», era un individuo cuarentón, orondo, de pelo ralo, grueso mostacho que le cubría todo el labio superior, embutido en un uniforme al menos dos tallas más pequeñas que la suya, en cuyos hombros lucían el emblema con la alabarda y el haz de lictores entre hojas de roble y las tres estrellas de seis puntas que lo identificaban como capitán auditor del Cuerpo Jurídico Militar del Ejército de Tierra. Se encontraba de pie junto a una mesa en la que un teniente mecanografiaba un documento que el capitán parecía haber estado revisando en el momento en que fue interrumpido por mi presencia en la habitación. Pese a la destemplanza de su recibimiento, creí detectar en ese capitán un carácter irónico, con propensión a la chanza.

—Hola, buenas tardes —saludé de nuevo; había anunciado mi llegada con idénticas palabras sin que nadie en aquella sala se dignase responderme. Muchos ni siquiera habían levantado la cabeza de los expedientes y legajos que tenían entre manos. Se respiraban prisas y exceso de trabajo en aquel lugar. Me acerqué tímidamente hasta quedar a unos pasos de mi interlocutor—. Mi nombre es Eduardo Peña, capitán. Soy abogado.

—Vaya. ¿Abogado?

—Eso es.

—¿Te mandan de Capitanía, muchacho? —preguntó el capitán, repentinamente interesado—. ¿Eres la respuesta a nuestras plegarias?

—¿Cómo dice usted?

—Pues he hablado claro, coño. Que si te manda alguien, hombre. Que estamos que no damos abasto y hemos pedido abogados de refuerzo que no nos acaban de llegar. Así que dime: ¿te manda alguien? ¿Eres del cuerpo? Y si lo eres, ¿por qué carajo no llevas el uniforme, hombre de Dios?

Permanecí en silencio, confundido, sin comprender de primeras el sentido de las palabras del capitán.

—¿Se te ha comido la lengua el gato? —preguntó, cáustico, este.

—No, mi capitán, no, claro que no… Yo…

—Pero bueno. Los del Tribunal Territorial cada día nos los mandan más lerdos, ¿no crees, Palomares?

El teniente que se hallaba sentado junto al capitán, que había dejado de teclear su Olympia y asistía con ademán absorto a la conversación, asintió.

—Sí, mi…, mi ca… capitán —respondió el teniente, trabucándose.

—Así que venga, dime de una puta vez, chaval, ¿qué quieres? Si no te mandan los del Tribunal Territorial, ¿qué te trae por aquí? Si algo no tenemos, es tiempo que perder.

—Soy abogado, mi capitán.

—¡Eso ya lo has dicho, coño!

—Vengo a asistir a un preso. Me han dicho que está a disposición de este juzgado. Ventura León. Se llama Ventura León. Fue detenido esta mañana. Yo soy su abogado.

Ahora sí, las teclas de las máquinas de escribir cesaron en sus repiqueteos monótonos y todos los militares presentes en la sala abandonaron sus quehaceres y fijaron su atención en mí. Unos, con gesto de sorpresa. Otros, con ademán de burla y al borde de la carcajada.

—Así que eres el abogado de… ¿de quién? —me preguntó el capitán auditor, mordaz, componiendo un gesto serio que se le desbarataba con cada palabra—. ¿Cómo has dicho que se llama? El preso.

—Ventura León.

—Eso. Ventura León.

—Sí.

—¿Y dices que vienes a defenderlo?

—Sí, mi capitán.

El capitán introdujo el labio inferior bajo el mostacho, muy serio el ademán. Aunque algo, tal vez un fruncimiento de la piel junto a la nariz, una palpitación apenas perceptible, denotaba que estaba aguantando la risa. Simuló reflexionar, asintió brevemente con la cabeza y, al cabo, estalló en una estruendosa risotada que fue coreada por los restantes militares que se hallaban en la sala. Mi cohibimiento estuvo en un tris de convertirse en humillación. Y

en algo de ira, sorprendentemente. «¿De qué coño se ríen estos?».

—Vamos a ver, muchacho —dijo el capitán, después de levantar la palma de la mano para acallar las risas y conteniendo las suyas propias—. Tú no estás muy puesto en estas lides, ¿verdad que no? Vamos, que no tienes ni puñetera idea.

Sentí que la pierna herida comenzaba una vez más a palpitarme, como en cada momento de tensión o de nerviosismo. Apreté las manos sobre los muslos para evitar que también me temblaran y tragué saliva antes de hablar. Tuve que contener un «ay» lastimero cuando mis manos rozaron la cicatriz de la pierna derecha, que parecía que se me descosía y supuraba en momentos como ese.

—Yo… soy abogado —insistí, luchando por sujetar la voz—. Mi nombre es Eduardo Peña Velázquez. Soy el abogado de Ventura León, es mi vecino y…

—Bueno, bueno, bueno… —me interrumpió el capitán, sardónico—. Vamos a ver. —Se dirigió al teniente entonces, plantando una mano sobre su hombro—. Palomares, venga: artículo 145 del Código de Justicia Militar.

El teniente —veintipocos años, pelo pajizo, tez pálida mordisqueada por el acné, ojos claros y gesto asustadizo— se puso en pie como movido por un resorte.

—¡A sus ór… órdenes, mi capitán!

Y luego recitó con voz que, a pesar de su ocasional tartamudeo, era marcial:

—¡Artículo 145 del Código de Justicia Militar! ¡El nombramiento de defensor recaerá ne… necesariamente en oficial de las armas, institutos o cuerpos auxiliares del ejército, para las causas que se instruyan en los ejércitos en ca… campaña y plazas o fortalezas sitiadas o bloqueadas, y para las que en cualquier tiempo se sigan por los delitos de traición, espionaje, re… rebelión, conspiración para la rebelión, sedición, negligencia y debilidad en actos del servicio, abandono del mismo, indisciplina, insulto a superiores, desobediencia y todos los que tengan carácter militar! ¡En los demás casos podrá re… recaer en abogado con estudio abierto y que esté autorizado para ejercer la… la profesión en la

localidad en que haya de celebrarse el consejo de guerra!

—Descansa, Palomares.

El teniente volvió a tomar asiento. Su rostro, antes blanquecino, estaba congestionado tras la parrafada.

—Como ves, chaval, el teniente Palomares —aseveró el capitán—, aquí donde lo ves, es todo un portento. Se sabe la ley al dedillo.

Yo había escuchado el recitado perplejo, sin saber qué decir ni cómo reaccionar. Tenía la vista fija en los labios del teniente de pelo pajizo, que acabó su declamación y, recuperado el aliento, bajó la mirada, se sentó de nuevo y simuló enfrascarse en sus legajos, incómodo. Me di cuenta —creo que nadie más lo hizo— de que, mientras los demás empleados del juzgado militar contemplaban la escena expectantes, aguardando la chanza que, estaban seguros, brotaría de los labios de su capitán, uno de ellos, un individuo con el tallaje apenas suficiente para el ingreso en el ejército y distintivos de teniente, escuálido y de ojos intensos, clavaba la vista en mí para después apartarla y dedicarse a rebuscar en uno de los expedientes que atestaban su mesa. Me incomodó, me costó separar la vista de sus manejos, pero no le di mayor importancia entonces.

—¿Has entendido lo que Palomares nos ha recitado, chaval? —me preguntó el capitán, esbozando una sonrisa que le recogió el mostacho y puso al descubierto un premolar de oro.

—Yo… Sí, creo que sí.

—¿Y tú crees que ese tal…, cómo era…, Ventura no sé qué, por el que vienes a preguntarme y a hacerme perder un tiempo del que no dispongo, ha sido detenido por un delito de carácter militar? Porque si no fuera así, ya me dirás tú que carajo haría aquí su expediente.

—Pues… la verdad es que no lo sé.

—Ah, ¿no lo sabes?

—No, no lo sé. Nadie sabe por qué ha sido detenido. Se lo llevaron esta mañana sin explicaciones y sin detallar los cargos. Yo creía que…

—¿Qué es lo que creías, muchacho?

—Pues… que había sido detenido por sus ideas. Es decir, por haber estado afiliado a un partido político.

—Justo eso. —Se dirigió ahora a otro de los empleados judiciales, un soldado raso que ocupaba una mesa al fondo—. Tú, Cantizano, a ver, el expediente de ese individuo por el que nuestro amigo pregunta. ¿Ventura León era? ¿Está aquí?

—Sí, mi capitán.

El tal Cantizano debió de haber estado esperando la orden, pues, sin necesidad de escudriñar entre sus papeles, cogió una carpetilla de no excesivo grosor y se la tendió a su superior.

—Este es, mi capitán.

—A ver.

El capitán auditor hojeó con vistazos raudos el legajo, pasando dos o tres de sus páginas.

—Ventura León Sánchez —leyó—. Alias Venturita. Cuarenta y seis años. Casado, cuatro hijos. Dueño del bar-restaurante La Rosa Roja, en la calle de San Alberto. Hijo de Ventura y Juana. Sirvió desde julio del treinta y seis en el ejército rojo como miliciano voluntario del quinto regimiento, y en diciembre de ese año se enroló en la 66.ª Brigada Mixta, en su tercer batallón, al igual que otros ochocientos milicianos de la UGT. En mayo del treinta y siete dejó voluntariamente la brigada. —Cesó en la lectura, levantó la cabeza, ensanchó la sonrisa y me miró—: A eso lo llamamos nosotros desertar, ¿sabes, muchacho? —Siguió leyendo después—. Afiliado a la UGT y al Partido Socialista Obrero Español desde el año veintiuno, miembro del comité local del distrito Centro, miembro de la sociedad de camareros de la casa del pueblo y bla, bla, bla… —Acabó la lectura y frunció los labios. El mostacho se contrajo como una oruga inmensa—. ¿Qué te parece?

—Servir en el ejército de la República no es delito, creo —argumenté, haciendo un esfuerzo ímprobo para que mi voz sonara firme—. Se ha ofrecido garantía de vida y libertad a todos aquellos que, sin haber cometido crímenes comunes, no hayan contribuido al derramamiento de sangre.

El capitán auditor endureció ahora la voz.

—Así es, por la extraordinaria magnanimidad de nuestro

Generalísimo Franco, a quien Dios guarde muchos años.

—Entonces, no entiendo que…

—Pero sí es delito de auxilio a la rebelión, según el Código de Justicia Militar —concluyó el oficial, taxativo—, haber estado afiliado a cualquiera de los partidos integrantes del Frente Popular y haber participado activamente en sus fechorías.

—Aun así…

—Ese solo hecho —volvió a cortarme el capitán auditor, inflexible— es delito de auxilio a la rebelión que, como comprenderás, es un delito militar. Por tanto, su abogado ha de serlo también. Militar, quiero decir. Y tú no lo eres. ¿Lo vas cogiendo, chaval? En consecuencia, aquí no pintas una puñetera mierda. ¿Algo más?

Sabía que no debía hacerlo, cada una de las venas de mi cuerpo latía furiosamente ordenándome que me callara y me fuera, que me quitara de en medio cuando aún estaba a tiempo, pero entonces, ¿para qué había estudiado Derecho? ¿Para qué estaba en ese juzgado militar? ¿Para qué había ido allí? ¿Para huir, como mi padre?

Y hablé.

—Perdóneme, mi capitán, pero no creo que estar afiliado a un partido de izquierdas pueda ser considerado delito de auxilio a la rebelión. No sé mucho, casi nada, o nada tal vez, de la justicia militar, pero el sentido común me dice que la rebelión es alzarse en armas contra el Estado, incitar a la violencia, procurarla. Y profesar unas ideas no creo que lo sea. Yo…

Callé abruptamente cuando observé la mirada encendida del capitán auditor, que me penetraba hasta los intestinos. Sus ojos eran como dos trozos de picón en el brasero de su rostro, que se había inflamado. El miedo también se inflamó en el interior de mi cuerpo y amenazó con erupcionar violentamente.

—Vamos a ver, muchacho —dijo el militar, rígido como un trozo de alambre—. Varias cosas. La primera: no te creas más que nosotros porque no lo eres. Aquí también somos abogados como tú, lo que pasa es que en su día decidimos servir a la patria vistiendo el uniforme del Cuerpo Jurídico Militar. Así que no te pases,

cojones. No te hagas el listillo. ¿Me oyes? La segunda: este uniforme, lejos de hacerme sentir despiadado, lo que hace es que me sienta más compasivo cada día, pues veo tantos delincuentes como desgraciados, a tantos miserables como bandidos. Y aunque tuviese ganas de arruinarte la vida, y créeme que me están entrando unas ganas tremendas que no sé si voy a poder controlar si sigo viéndote ahí parado frente a mí como un pasmarote, lo que no tengo es tiempo. Y tercera: no me toques más los huevos si no quieres acabar entre rejas. Y ahora, más vale que te las pires, muchacho. ¿Me has entendido?

Tuve claro en ese instante que no eran momentos de más alegaciones. Que había hecho cuanto había podido y que mi ocurrencia de buscar a Ventura León y presentarme como su letrado había sido un desvarío. Que, en efecto, era momento de regresar a la calma de mi casa, de mi vida insulsa y de mi bufete. Ya había hecho lo que mi conciencia de abogado me había demandado y hasta ahí llegaba mi obligación. Había fracasado y punto. No se me podía pedir más. Busqué una forma de despedirme sin caer en el ridículo. Sin embargo, no tuve tiempo. Uno de los empleados del juzgado, el teniente de escasa estatura que antes, hacía tan solo unos momentos, me había contemplado con mirada fija y luego había rebuscado afanosamente entre sus papeles, dio un paso adelante. Llevaba una carpetilla amarillenta en sus manos.

—Mi capitán.

—¿Sí, teniente Poveda?

—Creo que debería usted ver esto.

Le tendió la carpetilla. Tendría casi dos centímetros de grosor. Parecía estar ocupada en su mayor parte por una publicación impresa. Parte de ella sobresalía por el borde superior de la carpeta y, a pesar de la distancia, creí reconocerla. Las piernas comenzaron a temblarme como el badajo de una campana tañida por un campanero histérico. La herida del muslo me volvió a palpitar. Mi mente comenzó a funcionar a toda velocidad, calibrando riesgos y consecuencias. Me dije que eso no podía constituir delito, que era algo inofensivo, intrascendente. Divertir a la tropa, aliviar las horas

de las trincheras, solazar a soldados que estaban a kilómetros de sus casas y expuestos al fuego enemigo… Por el amor de Dios. Eso no podía ser nada grave. Nadie con dos dedos de frente lo consideraría así.

Pero…

Observé al capitán auditor, que tenía en sus manos ahora unos folios que leía con interés y que después dejaba a un lado para extraer de la carpeta la publicación. Cerré los ojos hasta que oí la voz del militar. Aunque su tono era liviano y comedido, en mis oídos resonó como el disparo de un pelotón de fusilamiento.

—Vaya, vaya, vaya —dijo—. ¿Qué tenemos aquí? —Levantó la vista y me contempló con redoblado interés—. Quién lo iba a decir —murmuró.

Blandió el folleto, agitándolo en el aire como si fuera una banderola.

—¿Te suena, muchacho?

Todo en mi interior, hasta las tripas, se me revolvía cuando oía esa palabra, «muchacho», pero no tuve redaños para exigirle al oficial que dejara de usarla conmigo.

—Sí. Bueno, creo que sí.

—Bien, bien, bien.

Volvió a coger los folios que antes había examinado.

—Dijiste que tu nombre era Eduardo Peña, ¿verdad?

—Sí.

—¿Eduardo Peña Velázquez?

—Así es.

—¿Nacido en Madrid el día 20 de febrero de 1908?

—Sí.

—¿Hijo de Gervasio y de Carmen?

—Sí.

—¿Serviste en la 37.ª Brigada Mixta del ejército rojo, en concreto en su cuarto batallón?

—Sí.

—¿Alcanzaste el grado de teniente?

—Sí, bueno, pero fue solamente por…

—Bien. ¿Tienes algo que ver con esta… con esta mierda?

Y volvió a exhibir en alto el folleto que había extraído de la carpetilla amarillenta.

—Yo… Sí… Bueno, fue cuando…

—Bien, bien, bien —me interrumpió de nuevo sin contemplaciones—. Ya tendrás tiempo de alegar las tonterías que se te ocurran. —Se giró y se dirigió a los soldados y oficiales que contemplaban la escena con inusitado interés—. Es la primera vez desde que empezó la guerra que un requisitoriado se presenta voluntariamente ante nosotros, ¿qué os parece? Aunque la verdad es que cualquier día de estos, mañana o pasado a lo más tardar, la policía o los falangistas lo habrían traído esposado hasta aquí, sin lugar a dudas. —Volvió a dirigirse a mí. Sustituyó el tuteo por un ustedeo formal—. ¿Sabe usted lo que pone en este expediente?

—No… No lo sé. ¿Cómo lo voy a saber? Pero yo no he hecho nada malo, mi capitán. Yo…

—Eduardo Peña Velázquez, se le acusa de haber servido en el ejército rojo, de haber…

—¡Pero eso no es delito y…!

—¡No me interrumpa! —No continuó la lectura de cargos hasta que el silencio fue tan espeso como la gelatina. Mientras tanto, me miraba como el verdugo al reo—. Se le acusa de haber servido en el ejército rojo, de haber contribuido con su esfuerzo bélico a la destrucción de la patria y, desde su cargo militar, de haber propagado las ideas marxistas y bolcheviques y de haber dado asistencia al poder ilegítimo de la República. Se le acusa de haber injuriado al Generalísimo y al glorioso ejército español. Se le acusa de haberse adherido a la rebelión y, valiéndose del servicio oficial que desempeñaba, de haber propalado noticias y ejecutado actos que han contribuido a favorecerla. Ya el fiscal será en su día más preciso. —Se detuvo. Cuando retomó su discurso, el tono de su voz punzaba como una aguja—. Todo lo cual podría ser constitutivo del delito de rebelión militar tipificado en el artículo 237 del Código de Justicia Militar, castigado con la pena de muerte, o, subsidiariamente, del delito de adhesión a la rebelión militar tipificado en el artículo 238 del mismo texto legal, y castigado con pena que puede ir desde la reclusión perpetua hasta

la muerte. —Una última pausa. Hizo un gesto al soldado que le había traído la carpetilla, el tipo escuchimizado de ojos vehementes—. Desde este momento queda usted a cargo de la justicia militar de la patria. Teniente Poveda —ordenó—, aprese de inmediato a este hombre.

9

«¡Os vais a la guerra, camaradas!»

Febrero de 1937

Al comienzo de la Segunda República, el ministro de la Guerra, que entonces era Manuel Azaña, había intentado racionalizar el sistema de reclutamiento. Una vez estalló el conflicto, y a medida que las necesidades militares de la República lo exigían, se fue procediendo a la movilización de los reemplazos. Mi quinta, que era la de 1929 —cada quinta era la de la fecha en que los mozos cumplían veintiún años—, fue movilizada en el mes de febrero de 1937. Yo tenía entonces veintinueve años de edad recién cumplidos.

El día 20 de febrero de ese año, el día precisamente de mi cumpleaños, en mi casa de la calle del Arenal se recibió carta con el membrete del Ayuntamiento de Madrid. Eran los tiempos en que la guerra parecía entrar en una fase decisiva y los gobernantes del Frente Popular se afanaban por poner algo de orden en el caos en que se había convertido la República. A principios de enero, Franco había tomado Majadahonda y alcanzado la carretera de La Coruña. Pocos días después había bombardeado Valencia por vez primera y se había hecho con el control de Aravaca y Las Rozas. Las tropas nacionales ya estaban a las puertas de Madrid. A renglón seguido, habían ocupado el Cerro de los Ángeles y, ya en este mes de febrero de 1937, habían iniciado la ofensiva del Jarama con idea de estrangular la capital. La República necesitaba contraatacar y evitar el cerco de Madrid. Para ello era preciso

movilizar todas las fuerzas y, desde los periódicos, desde la radio, en los intermedios de los filmes en los cines, desde los carteles colocados en tapias y colgados en farolas y por medio de coches equipados con megáfonos, se instaba a los hombres en edad activa a enrolarse en el ejército rojo y se anunciaba la inmediata movilización de las quintas.

Era sábado después del almuerzo, durante el que habíamos celebrado modestamente mi cumpleaños. Un sábado en el que, en la madrugada, había helado en la ciudad. Sonó el timbre de la casa. Fue mi madre quien, desde la cocina, donde fregaba los platos con sus manos en las que cada vez se advertían más manchas pardas y más venas azulencas, me dijo, como siempre hacía, que no me levantara, que ella abriría la puerta, «Bastante tienes tú con ser el hombre de la casa e intentar sacar adelante el bufete, hijo, y además seguro que es el cartero, siempre llega a esta hora los sábados». Y hasta allí la vi ir, cruzando el pasillo a la altura del comedor y secándose las manos en un trapo húmedo. Después la oí conversar animadamente con el cartero, como cada sábado. Hasta que, de pronto, los murmullos de esa conversación cesaron de golpe, como si se despeñasen hasta una sima profundísima. Escuché luego el ruido de la puerta al cerrarse y los pasos de mi madre regresando al salón por el pasillo. Eran lentos, pesados, como si soportaran una gran carga.

Me apercibí de que algo malo pasaba en cuanto la vi regresar al salón. Traía la cara pálida y los ojos turbios. No pensé que pudiera ser algo que me afectara directamente, no caí en la cuenta de que lo lógico era que fuera el anuncio de mi reclutamiento a la luz de las noticias que la prensa había publicado y que habían corrido por todo Madrid. No supe por qué, pero la imagen borrosa de mi padre fue lo que se instaló en mi cabeza en ese instante en que mi madre venía a mi encuentro con un sobre entre las manos. Como si fuera posible que llegaran noticias de él. Caí en la cuenta entonces, con un sobresalto, de que podían ser noticias de Marisa, desaparecida de Madrid desde hacía meses. Ojalá fuesen noticias suyas, pensé, pues la echaba de menos cada día. En esos días, ni Clara, la miliciana, ni por supuesto Charo, habían llegado a mi

vida. Me levanté y salí a su encuentro.

—¿Qué ocurre, madre, qué pasa? ¿Qué es eso?

—Ha llegado esta carta —dijo, tendiéndomela.

—¿Y qué sucede? ¿De quién es? —Caí en la cuenta de que de mi padre no podía ser. Mi padre no mandaba cartas. Tan solo giros. Nada más. Por Dios, ¿serían al fin noticias de Marisa?

—Es para ti. Es del Ayuntamiento.

Respiré con cierta decepción. Tomé la carta de sus manos y la contemplé con detenimiento, como si pudiera ver a través del sobre y escrutar su contenido. Distinguí el escudo municipal y leí el nombre del departamento que la remitía.

—Vaya por Dios.

—¿Qué es, Eduardo?

—Creo que es lo que te temes, madre —dije luego, desazonado. No era de mi padre, tampoco de Marisa, pero barruntaba que mi vida iba a dar un giro drástico—. En fin. Parece que me llegó la vez. Y que ahora no hay quien me libre.

No hicieron falta más palabras. Ambos sabíamos que la recepción de esa misiva solo podía significar una cosa: el reclutamiento. La tan temida llamada a filas. La guerra, que hasta entonces no había traspasado los umbrales de aquel piso de la calle del Arenal, había llegado al fin a nuestra casa. Rasgué lentamente el sobre con cuidado de no dañar su contenido. Como si, de hacerlo, todo se pudiera empeorar. O como si deteriorar ese sobre pudiese ser delito. Cuando hube abierto la envoltura, comprobé que contenía una carta de papel extrañamente bueno, como verjurado, impropio de la penuria que se vivía. Lucía también el membrete municipal, cuartel de campo azur a la derecha con grifo de oro, el madroño y el oso empinado a la izquierda sobre campo de plata, las siete estrellas de oro con cinco puntas, la corona cívica. Todo muy fuera de lugar. La carta provenía de la Delegación de Quintas del municipio. Observé a mi madre que, de pie enfrente de mí, se frotaba esas manos suyas marchitas y salpicadas de pecas grandes y oscuras con nerviosismo. Se me vinieron a la mente palabras como desamparo y soledad. La vi frágil como nunca. Alcé unos centímetros la carta para leerla y lo

hice con una frialdad que a mí mismo me sorprendió:

> *De orden del ilustrísimo señor teniente de alcalde, presidente de quintas de este distrito Centro, se presentará usted sin falta ni excusa alguna en paseo Ramón y Cajal número 1 el día 25 del corriente mes de febrero a las 9 de la mañana para comparecer al juicio de revisiones ante la Junta de Clasificación y Revisión de la caja de reclutas número 1, como comprendido en el reemplazo que se expresa al margen; advirtiéndole que si deja de comparecer sin justificar la causa, será declarado prófugo, por disponerlo así la ley vigente.*

Cuando acabé de leerla, volví a doblar la carta y la regresé despaciosamente al sobre.

—¿Qué dice, Eduardo?

—Lo que te puedes figurar. Me llaman a filas, madre.

Ella cerró los ojos durante un brevísimo instante. Cuando los abrió al cabo de esos segundos, después de un momento de quietud durante el que me pareció que sintió un súbito desfallecimiento, e intentando rehacerse, se vino hacia mí y me abrazó. Murmuraba palabras que yo no podía distinguir. O tal vez solo fueran sollozos apenas sin sonido. Mientras me abrazaba, intenté ver más allá de ese momento, quise atisbar el futuro. Sentí un escalofrío de espanto al imaginarme con un fusil en las manos en una trinchera helada de Dios sabría dónde, las balas silbando sobre mi cabeza, los aviones alemanes escupiendo bombas, la sangre, el dolor… Y el bufete, que a duras penas resistía en el caos de la guerra, abandonado. Y mi madre… Me dije que, para soportar una vida dura, había que ser más duro que la vida. Y yo, me temía, no lo era en absoluto.

Luego, cuando deshizo el abrazo, mi madre me dijo:

—¿No se puede hacer nada, Eduardo, hijo mío? ¿No hay forma de evitar que… que te vayas?

—Me temo que no. Ya me escapé la otra vez, tuve suerte con el exceso de cupo, pero en esta ocasión no ha habido tanta fortuna, me temo. En estos momentos no sobra nadie para la guerra. Como te digo, creo que de esta no hay quien me libre.

—No sé… ¿No podrías alegar algo?… Tu profesión, que eres abogado, el Cuerpo Jurídico, una prórroga, algo.

—No hay nada que hacer, para qué engañarnos. Me ha llegado la hora, no hay que darle más vueltas. —Sonreí con pesimismo—. Y no querrás que no comparezca y me declaren prófugo.

—No, claro que no, hijo, pero… ¡Oh, por Dios, la guerra! ¡La maldita guerra! Si fueras hijo de viuda, a lo mejor podrías librarte.

Alejé de mí con un gesto de la cabeza el pensamiento que se me vino a la mente: «Hasta en esto mi padre se interpone en mi vida. Si hubiese muerto…». Pero tampoco habría querido estar en deuda con él, de ninguna manera.

—Sí, pero no lo soy. No eres viuda, y ya está. Y a lo mejor llevas razón y, cuando se enteren de que soy abogado, me destinan a un juzgado militar. Y figúrate qué suerte si además fuera aquí, en Madrid.

—Ay, ojalá, hijo, ojalá. Lástima que la iglesia de San Ginés esté cerrada, que, si no, me iría ahora mismo para allá a pedir por ti, con la devoción que le tenía yo al Cristo de la Redención.

Después, pensé en que me quedaban apenas cinco días para despedirme. De mi madre, de mis clientes, de Roberto Calero y… ¿de quién más? Mandaría una carta a las pocas decenas de clientes que todavía me quedaban comunicando mi reclutamiento y mi ausencia en los próximos meses, sabría Dios cuántos, para que pudieran proveer en consecuencia. ¿De quién más tendría que despedirme?… Pues… De nadie más. E intenté sonreír para ahuyentar la congoja. Marisa hacía ya meses que había desaparecido de mi vida, no sabía nada de ella, su ausencia era una herida que poco a poco cicatrizaba, aunque hubiese días en que sus bordes se abrían y supuraban un dolor persistente y sordo.

Más allá de mi madre, de Roberto Calero, de mis clientes, de un ramillete de conocidos a quienes no me atrevía a nombrar con la palabra amigo, estaba solo.

Pensé cómo sería la guerra. En cuán sucia, escabrosa, obscena sería. Me imaginé trincheras embarradas, cuerpos agonizantes, el chasquido de las balas, el estallido de las bombas, las hojas de las bayonetas desgarrando la carne, los aviones surcando los cielos y abriendo sus barrigas para desde ellas arrojar muerte y desolación.

Me estremecí.

Pensé en si volvería a ser abogado.

En si volvería a ver a mi madre.

En si volvería a ver Madrid.

* * *

A las nueve de la mañana del día 25 de febrero de 1937, jueves desapacible y gélido, la caja de reclutas número 1 del paseo Ramón y Cajal era un hormiguero humano. Ese mismo día habían sido convocados para el juicio de revisión los reemplazos de 1929 —el mío— y el de 1936. El primero estaba compuesto por mozos que estaban a punto de cumplir la treintena, habían hecho el servicio militar ordinario en su día y comparecían cargados de resignación y experiencia. El segundo, por jovenzuelos imberbes, recién ingresados en la veintena, la mayor parte de ellos asustados e inquietos como corderillos destetados.

Éramos cientos en esa caja de reclutas. Miles en todo Madrid. Cientos de miles en los territorios que Franco todavía no había ocupado. Algunos entusiasmados por combatir; la gran mayoría estábamos llenos de inquietud y miedo. «Sois la esperanza de la gloriosa República», nos había dicho, arengándonos, el oficial que nos había recibido. «Puta carne de cañón», había mascullado un mozo achaparrado de Chamberí que a la postre, después del reconocimiento médico, acabaría librándose por un soplo en el corazón que ni sabía que tenía.

Hasta bien entrada la mañana no me tocó el turno de ser llamado a una habitación fría cuyas paredes estaban forradas con armaritos metálicos blancos, corroída la laca sobre el aluminio. En sus anaqueles acristalados reposaban instrumental clínico y medicamentos diversos. También había allí una báscula de pie y una camilla donde me hicieron sentarme. Me ordenaron que me quitara la camisa y los pantalones y me quedara en ropa interior. Dos hombres de bata blanca y distintivos militares me auscultaron, palparon, inspeccionaron, pesaron y midieron a toda velocidad. Me hicieron preguntas sobre mi infancia, sobre antiguas enfermedades,

sobre padecimientos venéreos y sobre síntomas diversos que no presentaba. Por la tarde, después de un almuerzo compuesto por un bocadillo de mortadela y una manzana pasada, supe que había sido declarado apto, útil para el servicio de las armas. Superaba por mucho el metro y medio de estatura y los setenta y cinco centímetros de perímetro torácico, que eran el mínimo exigido (antes eran 1,57 y ochenta y cuatro centímetros respectivamente, ahora los requisitos eran más laxos), y estaba razonablemente sano: no era asmático ni sufría de crisis epilépticas ni de sífilis ni de retraso mental ni de artritis en las articulaciones. Se me entregó la cartilla militar, un petate, una manta, escudilla y cubiertos y quedé a disposición del CRIM número 1, el Centro de Reclutamiento, Instrucción y Movilización, que también se ubicaba en el paseo Ramón y Cajal y del que dependían varias cajas de reclutas.

Ocho oficiales y dos suboficiales auxiliados por tres soldados rasos, todos ellos dados de baja por heridas de guerra, estaban a cargo del CRIM. Era poco más que un lugar en el que se nos concentraba a los reclutas antes de enviarnos a las unidades operativas que nos correspondieran o que nos reclamaran. Estuve dieciséis días en el CRIM de Ramón y Cajal. Durante ese tiempo aprendí someramente los rudimentos de marchar, de desplegarnos en grupo, de cavar trincheras, de protegernos del gas, de un ataque aéreo o de la artillería, de armar y desarmar una pistola Astra 400, de engrasarla, de usar las granadas de tonelete, de manejar un fusil Máuser y de encajar en su boca la bayoneta. Todo eso más mal que bien. De vez en cuando los reclutas éramos llevados a un campo de tiro cercano donde se nos permitía efectuar cinco disparos de fusil a cada uno. Y luego se nos obligaba a recoger los casquillos de bala y a devolverlos para su reciclado. El resto del tiempo lo pasábamos leyendo la prensa que llegaba diariamente al centro, recibiendo lecciones de lectura y escritura aquellos que no sabían leer ni escribir, que no eran pocos; viendo el cine que se proyectaba sobre una de las paredes razonablemente blancas del comedor común con un proyector Kodascope modelo K de 16 milímetros; jugando a naipes u otros juegos de mesa y escuchando la radio a través de

cuyas ondas se difundían los partes de guerra, las conferencias y los actos que se celebraban en la España republicana, conciertos militares y los detalles de una vida civil y cotidiana que a los reclutas ya se nos antojaba lejana, casi perdida para siempre. Cada dos por tres éramos aleccionados por el comisario político del CRIM, un tipo gordezuelo de Vallecas llamado Fortunato, comunista, que, más que a propalar las ideas de Marx o Engels, dedicaba la mayor parte de sus arengas a convencer a los reclutas de que utilizáramos regularmente los cagaderos del centro o, en el peor de los casos, para que orináramos y defecáramos al aire libre.

—¡Es de traidores a la República y al ideal marxista cagarse y mearse en los pasillos y en los dormitorios, cachi en la puta! —repetía una vez y otra—. ¡Y es que sois unos guarros y tenéis esto que da pena! ¡Y estoy hasta los huevos de recordaros que tenéis que lavaros, cabrones! ¡Y de repetiros que entre el cerdo y el héroe media un abismo, joder!

Por ese motivo, los reclutas de la quinta del veintinueve, que éramos los más viejos, habíamos motejado al comisario político con el apodo de Lagarto, en alusión al jabón verde de tan extendido uso. Los mozos de la quinta del treinta y seis, más jóvenes y modernos, lo apodaban Fortunato Persil, por el famoso detergente.

La mañana del día 13 de marzo, sábado, uno de los suboficiales del CRIM, un sargento chusquero y manco llamado Bernabé Antúnez, se presentó en el dormitorio común a primerísima hora, casi de noche todavía.

—¡Reclutas del veintinueve, en planta! —ordenó—. ¡Cinco minutos para formar en el patio!

—¿Qué pasa, mi sargento? —protestó, legañoso, uno de los quintos de ese reemplazo—. ¿Qué hora es? ¿Ha ocurrido algo grave? ¿Ha caído Madrid? ¿O se ha muerto quizá el cabrón de Franco? Porque mire usted que despertarnos a estas horitas…

—¡Eso quisieras tú, hijoputa! ¡Cinco minutos y todos formados! ¡El que no esté en el patio dentro de cinco minutos y en orden de revista y con la ropa y los cordones de las botas abrochados como Dios manda, se va a buscar una buena! ¡Vamos,

cabrones!

—Pues yo creí que aquí no mandaba Dios, sino Marx, mi sargento.

—¡Déjate de coñas y no me toques los huevos, niño! ¿Tú de qué vas?, ¿de listillo, cabrón? Ya te daré yo a ti cuando te coja. Si es que no te cogen antes los de la 37, que todo puede pasar.

—¿Qué es la 37, mi sargento?

—La que te va a dar por culo, *joputa*.

Todos los mozos del reemplazo del veintinueve, sin saber lo que esas últimas palabras del sargento chusquero significaban, formamos en el patio del CRIM en esa mañana de marzo, los de mayor altura, yo entre ellos, en las primeras filas, y los de menor estatura en las filas posteriores, ordenados por nuestra talla. Cuando llevábamos casi media hora en posición de firmes y agarrotados por el frío matutino, apareció el comandante que dirigía el CRIM. Era un cincuentón insignificante, enclenque y bajito, un alfeñique siempre malhumorado que habría pasado desapercibido en cualquier lugar si no fuese por el parche negro que le cubría el ojo diestro. Venía acompañado de tres militares, un oficial y dos suboficiales, a los que yo jamás había visto por allí, por el CRIM.

—¡Descansen! —ordenó el comandante—. ¡Mozos que estén casados, un paso al frente!

Casi las tres cuartas partes de los quintos avanzaron un paso. A los que no lo hicimos se nos cayó el alma al suelo, pues todos sabíamos que para los casados se reservaban los mejores y más tranquilos destinos, mientras que los solteros solían ser enviados a los batallones del frente.

—¡Pueden regresar al barracón! —les indicó el tuerto a los que habían dado un paso adelante, y quedó aguardando a que esos mozos casados rompieran filas y regresaran al interior del CRIM. Cuando ya todos se hubieron ido, vociferó una orden a los que quedábamos, los mozos solteros, menos de una cincuentena—. ¡Fiiiiirmes, ar!

Las botas de los quintos resonaron sobre las losas del patio cuando nos cuadramos como un solo hombre. Únicamente algunos

despistados, que acabarían, de seguir así, en el pelotón de los torpes, rompieron la armonía de la maniobra. Los quince días de instrucción acelerada nos habían servido para algo a la mayoría. Si no para dominar el manejo de las armas, en el que todavía casi todos constituíamos un peligro para la integridad de quien se hallase a cien metros a la redonda, sí por lo menos para aprender a colocarnos en posición de firmes al mismo tiempo. Lo que no era poco. Los tres militares recién llegados que acompañaban al comandante del CRIM, todos ellos hombres de apariencia curtida y uniformes desgastados, con el polvo impregnando la urdimbre de la tela, avanzaron y comenzaron a inspeccionarnos uno a uno. De vez en cuando, el oficial, que lucía en la hombrera de la guerrera la divisa de alférez del Ejército de Tierra, señalaba a uno de los quintos. Cuando llegó a mi altura, me miró fijamente, apreció con detenimiento mi talla y mi aspecto, pensé que iba a obligarme a abrir la boca para examinarme los dientes como si fuese un tratante y yo un caballo en venta, y finalmente me señaló con un dedo puntiagudo.

—Este también —dijo al brigada que lo acompañaba.

Cuando el oficial y sus suboficiales finalizaron su inspección, regresaron adonde se hallaba el comandante tuerto.

—¡Los dieciséis mozos que han sido señalados por nuestro camarada el alférez Escamilla —gritó el jefe del CRIM—, un paso al frente, ar! ¡Fiiiiirmes, ar! ¡Habéis tenido el honor de haber sido elegidos para formar parte de la gloriosa 37.ª Brigada Mixta del ejército de la República! ¡Diez minutos para recoger vuestro petate y vuestras cosas y para despediros de vuestros compañeros! ¡Un camión os espera para llevaros al frente! ¡Os vais a la guerra, camaradas! ¡Enhorabuena!

* * *

El camión donde viajaba, junto con los otros quince reclutas elegidos por el alférez Escamilla en el CRIM número 1 para integrarnos en la 37.ª Brigada Mixta del ejército rojo, era viejo como el mundo. Íbamos los dieciséis en la caja del camión, que

estaba cubierta por un toldo que nos protegía de las inclemencias, sentados en las bancadas que se alineaban en los laterales. Teníamos que agarrar con fuerza los petates porque, de no hacerlo, las sacudidas del vehículo y los brincos que daba con cada bache que cogía los hacía rodar como bojas bajo la ventolera. Junto a nosotros, en la caja, viajaba uno de los suboficiales, un sargento que había acompañado al alférez en el Centro de Reclutamiento. Este, junto con el brigada y el chófer, viajaban en la cabina del camión. Cruzamos Madrid traqueteando y salimos de la ciudad por el puente de los Franceses, donde el sargento, tal vez para animarnos —pues muchos de los reclutas iban despavoridos y ya se veían con el cuerpo cosido a balazos o desmembrados por las bombas de los morteros fascistas o de los cazas de la Legión Cóndor—, nos espoleó a entonar la copla que se hizo célebre durante la batalla de Ciudad Universitaria: «Puente de los Franceses, mamita mía, nadie te pasa, porque los milicianos qué bien te guardan». Yo, para no ponerme en evidencia, aunque si de algo no tenía ganas era de cantar, tatareé la letra de la tonadilla, mal que bien, junto a los restantes quintos, hasta que el desánimo volvió a apoderarse de todos nosotros en cuanto salimos de Madrid por la carretera de Castilla con un rumbo que desconocíamos, pero del que no augurábamos nada bueno. Después circulamos, dando botes y tumbos, por carreteras sin asfaltar y caminos rurales durante casi tres horas. Vimos a lo lejos pueblos, aldeas y aldehuelas que no pude identificar hasta que, pasadas las doce de la mañana, el sargento nos anunció que estábamos llegando a nuestro destino. Percibía todo aquello como un mal sueño, hasta el miedo había dejado paso a un desconcierto primordial. ¿Qué hacía yo allí, montado en un camión polvoriento transitando por caminos más polvorientos aún? ¿Qué hacía yo, abogado, veintinueve años ya, caminando hacia una guerra que no había elegido? ¿Qué hacía yo en aquella vida que sentía que no era la mía? Una vida que se perdía entre mis divagaciones y las decisiones de otros. ¿Qué hacía yo allí, por Dios?

—¿Dónde estamos, mi sargento? —preguntó uno de los quintos, un mocetón talludo y cejijunto que hablaba con marcado

acento castizo—. ¿Qué es esto? Por aquí no se ve ni un garito ni *ná*.

Porque por allí solo se veía campo, matojos, rebollos, robles, arbustos y pajarracos.

—El último pueblo que visteis era Collado Mediano —explicó el sargento—. Y ahora ya estamos llegando al frente, en la sierra de Guadarrama. Y aquí nos quedaremos, ya veréis lo bien que lo vais a pasar. Y rezad por que de verdad nos quedemos aquí, que os aseguro que no es el peor sitio en que se pueda estar, como Paco que me llamo.

—¿Se puede saber por qué hemos sido elegidos nosotros, mi sargento? —preguntó otro de los reclutas, uno de dientes podridos que había viajado todo el tiempo a mi lado en la caja del camión y al que le olían los sobacos como si estuviéramos en agosto y el mozo volviera de haberse llevado tres días seguidos cogiendo remolachas sin parar y sin lavarse—. ¿Es que éramos los más guapos? ¿O a lo mejor los más valientes, mi sargento?

—O los más gilipollas —terció otro de los reclutas—. ¿Es que no te das cuenta de que, si han elegido solo a solteros, es porque a los casados los reservan para la retaguardia, pedazo de animal?

—Hacían falta dieciséis reclutas para completar la compañía y ya está —afirmó el sargento—. No erais ni los más fuertes ni los más guapos. El alférez tenía que elegir y eso hizo. No le deis más vueltas, muchachos. Os tocó y punto. Y ya sabéis: al que le toca, le toca. Pero os lo digo una vez más: no es el peor destino en el que podríais acabar. Si nos quedamos aquí, claro, pero lo dudo.

—Nos han elegido justo a dieciséis… ¿Quiere eso decir que ha habido dieciséis bajas en la brigada en los últimos días, mi sargento? —interrogó el castizo, nublada la faz por un rictus de preocupación.

El sargento pareció dudar en la respuesta.

—Dieciséis hijos de puta desertores —se decidió a responder al fin—. Pero once de ellos ya han sido detenidos y están en el convento de San Antón. Y si no lo han sido ya, serán fusilados al amanecer. Así que, si estáis rumiando hacer gilipolleces, os aconsejo que os lo penséis bien y no las hagáis. Aquí estaréis mejor

que con los fascistas o ante un pelotón de fusilamiento. Y ahora, chitón, que ya estamos cerca.

Poco después, a varios cientos de metros de altitud, llegamos a una explanada donde se situaba el primero de los varios vivacs de la 37.ª Brigada Mixta. Por lo que pudimos ver, era donde se ubicaban el hospital de campaña y las unidades de transmisiones e intendencia. El conductor del camión hizo sonar con estrépito la bocina al pasar junto al campamento, mas su sonoro saludo fue correspondido con miradas de indiferencia y algunos gestos exiguos de bienvenida. Arribamos luego, más arriba, a un segundo vivac, y allí el sargento dio órdenes para que tres de los quintos del CRIM descendieran del camión y se dirigieran al campamento, donde un suboficial se levantó de un fuego para recibirlos. Vimos dos vivacs más, donde otros mozos volvieron a recibir órdenes de bajar del vehículo y unirse a los acampados, hasta que el camión, ya con únicamente tres mozos a bordo, yo entre ellos, se detuvo cerca de una pequeña vaguada que conducía a un vallecito rodeado de alcores y cerros desde el que se oteaban las cumbres de la sierra. Descendimos del camión y fuimos a pie hasta el vallejo, cargados con nuestros petates.

—Reclutas —dijo entonces el sargento, risueño—, ¡os presento a la primera compañía del cuarto batallón de la 37.ª Brigada Mixta del ejército rojo triunfante! ¡Esta será vuestra casa durante los próximos meses, y ojalá que nos coja aquí la victoria y el fin de la guerra y no nos hagan trasladarnos al norte o a Extremadura! ¡Este será vuestro hogar! ¡O vuestra tumba, si es que a las cosas les dan por torcerse y nos vienen jodidas!

* * *

La brigada mixta, muy parecida a las columnas del ejército español que habían combatido en Marruecos, era la unidad táctica sobre la que pivotaba la organización del ejército republicano. Debía su nombre de mixta al hecho de que, además de los batallones de infantería, se le habían agregado caballería, morteros y artillería media, transmisiones, zapadores y otras tropas de inferior escalón

con el propósito de convertirla en una unidad independiente y autónoma. Cada brigada mixta, que sumaba unos tres mil o tres mil quinientos hombres según la disponibilidad de cada momento, estaba integrada por cuatro batallones de infantería, un grupo pequeño de artillería, una sección de morteros y un escuadrón de caballería, además de los servicios auxiliares de transmisiones, zapadores, intendencia y sanitarios. Cada batallón disponía de cuatro compañías de fusiles y una de ametralladoras, y estaba compuesto por aproximadamente seiscientos hombres con cuatrocientos cincuenta fusiles activos, nueve fusiles ametralladores y ocho ametralladoras. El grupo artillero disponía de dos baterías de cañones ligeros, habitualmente de 75 mm, morteros de 60 mm y una batería de obuses ligeros.

La 37.ª Brigada Mixta, que pertenecía a la cuarta división del VI Cuerpo de Ejército, había sido creada en el treinta y seis, en noviembre, en Albacete, y sus primeros miembros habían sido efectivos militares levantinos. Había combatido en Madrid, en el parque del Oeste y en Ciudad Universitaria, donde sufrió fuertes bajas. No había intervenido en la batalla del Jarama ni en la de Brunete, y ahora era lo que se denominaba una brigada estática, es decir, asignada a cubrir un territorio del frente y a conservarlo, en contraposición a las brigadas de choque y de primera línea, que eran las que libraban los más encarnizados combates. Por una vez en mi vida, al haber sido elegido por el alférez Escamilla para esta brigada, había tenido suerte, o eso pensé en los meses posteriores. Aunque se comentaba, y se temía, que en breve podía ser destinada al frente de Extremadura o, peor aún, al frente del Norte, la realidad era que en esos días la actividad de la 37.ª Brigada Mixta se limitaba a la vida en los vivacs y, cuando tocaba, en las trincheras, y a propinar pequeños golpes de mano o responder a los del enemigo.

Fui destinado a la primera compañía de fusileros del cuarto batallón de la 37.ª Brigada Mixta del ejército rojo. Era la que en ese momento acampaba en el vivac más cercano al frente y a los parapetos; un lugar bastante tranquilo, pues, pese a que las líneas enemigas estaban a unos pocos cientos de metros de las trincheras

republicanas, no había ataques ni contraataques, sino que ambos bandos se limitaban a incordiarse de vez en cuando con disparos aislados, ráfagas de ametralladoras y algún ocasional mortero, y a mantener sus líneas a la espera de ver cómo se desarrollaban los acontecimientos en la sierra de Madrid. Al poco de comenzar la guerra, las tropas de Franco habían ocupado el Alto del León, un paso de montaña que comunicaba Madrid con Segovia y que era fundamental para el avance hacia la capital. Sin embargo, la falta de municiones y efectivos había provocado que detuvieran su avance. Allí se habían parapetado aprovechando lo intrincado del terreno, construyendo trincheras y edificaciones donde resguardarse de las inclemencias del tiempo, especialmente duro en esas alturas. El ejército republicano había acudido al frente y logrado estabilizarlo, atrincherándose cerca del enemigo e impidiéndole avanzar. Y así continuaban las cosas por aquel entonces. Era lo que se llamaba un «frente dormido», aunque con constantes escaramuzas, aquel en el que había encontrado destino la 37.ª Brigada Mixta. Y yo con ella.

A pesar de que ya era marzo y se acercaba la primavera, hacía un frío que pelaba. Los árboles de fustes imponentes que flanqueaban el valle amarilleaban por los líquenes adheridos a sus cortezas. Aunque ya era prácticamente mediodía, la escarcha centelleaba con cristales de plata bajo el sol tímido sobre los arbustos de piornos, sobre los racimos de flores rojas de los alisos y sobre los enebros rastreros. El viento helado componía sinfonías espasmódicas con las ramas de los pinos albares y de las gruesas encinas. En la guerra, ahora que lo pienso, aprendí más de las cosas de la naturaleza que de las cosas del ejército.

El sargento que nos había conducido al vivac se dirigió a un cabo, habló con él en voz baja y volvió a subirse al camión, que arrancó de inmediato y, con un simple gesto del chófer con la mano a través de la ventanilla como despedida, regresó por donde había venido. El cabo se dirigió con paso cansino a nosotros, a los tres reclutas que habíamos descendido del vehículo, y nos contempló de arriba abajo.

—Bueno —dijo, con indiferencia después del escrutinio—,

para qué voy a poner pegas, de qué iba a servir. Es lo que hay. Seguidme.

No había muchos soldados en el vivac a esa hora. En uno de los extremos del campamento, cuatro o cinco con mandiles ante una cocina de campaña preparaban el almuerzo en grandes ollas que despedían un humo perezoso. Se oía a lo lejos el fluir suave de las aguas de un arroyo. Algunos soldados jugaban a naipes ante un fueguecillo, varios oficiales conversaban ante otro, había poca actividad en el vivac. Reinaba un silencio que permitía oír el vuelo majestuoso de los milanos negros y los halcones abejeros, el piado agudo de las grullas y los chirridos de los gallipatos. Entramos en uno de los barracones del vivaque siguiendo al cabo.

—Probaos esto, a ver qué tal os queda —nos indicó, facilitando a cada uno de nosotros una especie de cazadora de paño, pantalones, calcetines, un gorro y botas—. Y no se os ocurra quejaros, porque no hay nada mejor. Supongo que traéis vuestra escudilla y cubiertos, ¿no? Pues que sepáis que si perdéis o estropeáis lo que os doy, no va a haber recambio, ¿entendido, polluelos? —Volvió a derramar la vista sobre nosotros, los tres recién incorporados a la compañía: uno era un grandullón de manos enormes y piel curtida de tanto trabajar al aire libre, casi calvo a pesar de su juventud, que se llamaba Juan López; el segundo era un tipo más ancho que alto, de mirada desconfiada, llamado Bernardo Leiva, que hablaba con un extraño ceceo; el tercero era yo. El cabo detuvo su mirada en mí, en mi piel más bien pálida, mi cabello razonablemente bien peinado a pesar del viento y los traqueteos del camión, las uñas de mis manos limpias y recortadas. Meneó la cabeza con ademán de cansancio—: ¿Tú estás seguro de que vas a soportar esto, camarada? No te veo yo a ti muy puesto para esta vida de mierda. ¿Cómo te llamas?

—Peña. Eduardo Peña.

—¿Maestro, tal vez?

—No.

—Si fueras médico, sería la hostia.

—Tampoco, lo siento.

—Joder, con lo bien que nos vendría un médico. Para los

piojos y la gonorrea, claro, porque balazos hay pocos. ¿A qué te dedicas entonces?

—Soy abogado.

—Joder, abogado —se extrañó—. Eso sí que no lo necesitamos. ¿Y qué coño haces aquí? ¿Por qué no estás con los jurídicos o… o yo qué sé? Adonde quiera que vayáis los abogados en esta guerra.

Me limité a encogerme de hombros.

—Bueno, y a mí qué carajo me importa. Espero que no salgas corriendo como una liebre al primer día de trincheras —se resignó el cabo—. Y que no te mees patas abajo cuando oigas la explosión de un mortero. —Se palpó el pecho, buscando un paquete de tabaco medio vacío en uno de los bolsillos de su cazadora, extrajo un pitillo y, mientras lo encendía con el mechero de yesca, girándose para proteger la llama, habló de espaldas a nosotros—: Ahora, cuando regrese el sargento Corrales, os indicará vuestros barracones y os charlará sobre las armas y os dará una a cada uno. Cuidadito con ellas, ¿eh, polluelos? Que no quiero caer bajo el fuego amigo de un idiota. Mientras tanto, acomodaos donde podáis e id conociendo esto. Ea, zumbad, que ya he terminado con vosotros. Largo, vamos, vamos.

Los tres, cargados con nuestros petates y los bultos de ropa que nos habían entregado, nos quedamos sin saber qué hacer, plantados en medio del vivac.

—¡Eh, vosotros, veníos para acá! —nos indicó un soldado que lucía distintivo de cabo y se calentaba junto con otros a la lumbre de un fuego, jugando a cartas—. ¡Veníos para acá, camaradas, que se os van a congelar los huevos!

Nos acercamos al fuego sin dudarlo. Los tres estábamos helados. A mí, nada hecho a esas temperaturas serranas, me castañeteaban los dientes.

—Aunque antes de que os sentéis —nos aconsejó otro de ellos, con divisa de delegado político de compañía—, más vale que os cambiéis con lo que os han dado. Esa ropa que traéis no vale para el frío de estas alturas, camaradas. Ahí, en ese barracón, podéis cambiaros.

Hicimos lo que se nos decía. Nos dirigimos a un cobertizo precariamente construido con maderas y cañas donde se amontonaban pertrechos militares. Allí, sobre la ropa que vestíamos, nos enfundamos la cazadora de paño y cuero, el gorro tipo pasamontañas con unas orejeras que se desplegaban y ofrecían protección contra el crudo viento, unos pantalones de color tostado de lona gruesa y muy anchos a la altura de los muslos, y unas botas de cordones, cómodas y bien manufacturadas. No me quedaban del todo mal. Nos arrebujamos en el capote y salimos al exterior. En el momento en que lo hacíamos, oímos gritos, vimos que algunos de los oficiales que estaban ante el fuego se ponían en pie y observamos que por la boca del valle se dirigía al vivac un grupo numeroso de soldados que cargaban fusiles con las bayonetas listas y vociferaban. Eran más de cien y venían a la carrera. Nos quedamos petrificados, aterrados, sin saber qué hacer, si salir corriendo o regresar al barracón, seguros de que el enemigo se disponía a invadir el campamento.

—¡La hostia puta! —gritó a todo pulmón Bernardo Leiva, el recluta ceceante y ancho como un sofá—. ¡Que están aquí los facciosos, que están aquí! ¡Si acabamos de llegar, cago en Dios!

El exabrupto de Leiva fue saludado con un coro de carcajadas de los suboficiales y oficiales que habían permanecido sentados junto a los fuegos del vivac. Hasta los cocineros dejaron sus faenas en los fogones para reírse a mandíbula batiente, palmeándose los muslos.

—¡No os asustéis, mochuelos, que no son los fascistas! —nos indicó a gritos uno de los oficiales que se sentaban junto a uno de los fuegos, un capitán de poblada barba negra—. ¡Son el sargento Corrales y la tropa, que vuelven de su marcha diaria!

Poco a poco, me fui acostumbrando a la estancia en el vivac y a mi nueva vida como soldado. Fue, es verdad, un cambio drástico en mis hábitos y mis costumbres, pero no me cabía otra que hacerme a él. A lo que más me costó acostumbrarme fue al frío: era un frío seco que traspasaba la ropa y las carnes como el cuchillo la mantequilla. Frío que se convertía en alfileres hirientes cuando nevaba. Como si el invierno se negara a rendirse a la primavera y

se empleara con fiereza insólita en sus últimos estertores. Durante los primeros días, en cuanto me alejaba del fuego comenzaba a temblar de forma incontrolada y los dientes me castañeteaban como si se me fueran a caer. Y más de una broma tuve que soportar por consecuencia de esos temblores.

—Tiemblas como la putita con la que estuve el mes pasado cuando vio mi polla, Peña —me espetó al segundo o tercer día de mi llegada el cabo Almenilla, que estaba al frente de mi sección. Era un alicantino de Alcudia, lenguaraz y fanfarrón, muy moreno, muy bajo el nacimiento del pelo, casi en las cejas, que estaba en la 37.ª Brigada Mixta desde que fue creada.

Con el paso de los días, la piel se me fue endureciendo, o tal vez fue el cerebro, que dio órdenes a mis vísceras y a mis carnes para que se hicieran a ese frío lacerante. El sargento Corrales, un tipo simpático, chistoso y dicharachero, aunque implacable en la instrucción de los soldados, nos asignó, a Juan López, Bernardo Leiva y a mí, a un mismo barracón, poco más que un chozo de pastores con suelo de maderas mal ensambladas; los intersticios de las paredes y ventanas, que más eran aspilleras, estaban cubiertos de bostas de animales para que no calara el frío. Junto a nosotros dormían en el barracón, en finos jergones de paja, otros doce soldados. Con uno de ellos llegué a entablar algo parecido a la amistad. Era un alicatador de Guadalajara que ocupaba el jergón colindante con el mío. Se llamaba Gabino Carreño, era delgado como un palo, de pelos crespos pelirrojos, pecoso y con una sonrisa que parecía esculpida en sus labios, de tan perenne. Llevaba en la brigada desde prácticamente el principio de la guerra. Había participado en las batallas de parque del Oeste y de Ciudad Universitaria, había visto a muchos compañeros caer en esos enfrentamientos y, tal vez por eso o porque le viniera de fábrica, tenía un humor que hacía que contemplara la vida como si fuera un tren que siempre había que coger en marcha. Se decía anarquista, pero echaba pestes del comisario político de la compañía y de quienes pretendían hacer oídos sordos a la jerarquía militar.

—¿Qué coño hacen aquí tantos bolcheviques y tantos

comisarios, que no sirven para hacer puñetas y que se comen las mejores raciones, los mamonazos? —solía protestar—. Jefe, uno y ya está, joder, y con él a muerte. Porque si dos cabalgan en un mismo caballo, uno tiene que ir por cojones detrás, ¿no es verdad, Ardo?

Así solía llamarme Carreño, Ardo, con un tono cariñoso que impedía toda protesta por mi parte. De nada habría servido, además, pues era de los que no cejaban en sus manías. En la compañía, con no menos guasa, apodaban a Gabino Carreño con el mote de Cerillo: decían que servía para encender los *puros*. Y era porque mantenía un lucrativo negocio de venta a la tropa —y a más de un oficial— de postales y revistas pornográficas que nadie sabía de dónde y cómo obtenía. Pero eran de excelente calidad: escabrosos tarjetones magníficamente impresos con leyendas en francés, con fotografías y acuarelas que no dejaban nada a la imaginación, y revistas españolas como *Sexus, Sicalíptico* y otras nada bien vistas por el Gobierno de la República, bastante puritano en la materia. Y ganaba sus buenos dineros con el tinglado, ya que los soldados, que recibían diez pesetas al día como soldada —lo que no era moco de pavo, pues la del bando contrario era una cuarta parte—, no dudaban —o no dudábamos, para qué voy a negarlo— en gastarse unos cuantos duros al mes en las revistas y postales del Cerillo para ayudarse en sus placeres solitarios.

La vida en el vivac de la compañía, por aquello de estar en un frente estático, estaba perfectamente reglamentada. A las seis y media de la mañana, el corneta tocaba diana y la tropa disponía de media hora para vestirse y para el aseo, un suplicio de agua helada del arroyo cercano. De siete a siete y media, tablas de gimnasia al aire libre, que tonificaba los músculos, decía el sargento Corrales. A las siete y media, el desayuno: un vaso de café y un chusco de pan con aceite o margarina. Y a las ocho había que formar de nuevo para la instrucción diaria, que se basaba sobre todo en ejercicios en campo abierto, donde los soldados éramos aleccionados en la marcha, el despliegue o la ocupación y dominio del terreno. De vez en cuando se practicaba el manejo del arma, el fusil Mosin-

Nagant de fabricación rusa, los saludos y las formaciones. A la una menos cuarto del mediodía finalizaba la instrucción y se distribuía el pan, y a la una se servía el almuerzo, por lo habitual carne enlatada de la fábrica alicantina Las Palmas, que controlaba la CNT, o garbanzos, habichuelas o lentejas mal condimentados, regados con un vaso de vino, y muy de vez en cuando, pescado seco, chocolate y coñac. Hasta las tres y media de la tarde teníamos tiempo libre, que muchos aprovechábamos para calentarnos en los chozos y echar una cabezada. Otros preferían quedarse al calor del fuego riendo y comentando las viñetas que publicaba el boletín de la compañía, que se titulaba *Luchemos*, u oyendo la música que la radio emitía —*A las barricadas*, *La Internacional*, *La canción de París*, de Chevalier, las jotas, de Juan García…— o las poesías con que un soldado valenciano apellidado Rubí y que tenía alma de vate solía regalar a la compañía. Eran famosos los versos titulados «Vete con los rojos», «La muerte de Durruti» y «Franco el pirata». A las tres y media de la tarde comenzaba la Academia de Analfabetos para aquellos soldados que no sabían leer ni escribir y, para los restantes, sesiones de instrucción teórica, con las diarias filípicas del comisario político. De cinco y media de la tarde hasta las ocho menos cuarto de la noche, más instrucción práctica, y a las ocho y media se servía la cena, casi siempre arroz con pequeñas tajadas de carne de lata y el omnipresente chusco de pan, «y que no falte, mi sargento, que entonces sí que es cuando desertamos», decía cada noche, sistemático, el recluta Leiva. A las nueve, paseo nocturno de la tropa y academia de oficiales y sargentos para los mandos. A las diez y media se pasaba lista a la compañía, parte escrito a las once menos cuarto y, a las once, se distribuían imaginarias y novedades. Y luego, a dormir, aunque muchos de los soldados aprovechábamos esas horas de soledad nocturna para escribir cartas a nuestros seres queridos o para hojear las revistas pícaras del Cerillo, con las que, en la oscuridad del chozo, nos ayudábamos a conciliar el sueño, pues había días en que, de puro cansancio, nos era imposible dormir si no era con ese alivio solitario y efímero.

Durante el primer mes de mi estancia en el vivac, adelgacé

casi cinco kilos y comencé por primera vez en mi vida a sentir los músculos tensos bajo la ropa. También en esos días se puso de manifiesto una habilidad mía que me hizo popular en la compañía. Algo que yo ni había buscado ni quería, pero que ocurrió. Fue una noche, poco después de incorporarme a la brigada, a los quince días de mi llegada o así. El sábado anterior se había distribuido el correo entre la tropa y, cuando vi que no había nada para mí —no podía haberlo, pues nadie sabía que estaba en esos parajes perdidos de la sierra madrileña—, la sensación de abandono y soledad me traspasó como si fuera una gumía. Sensación de abandono y soledad que tanto contrastaba con la algarabía y regocijo de quienes recibían cartas de sus novias, «¡Mira, Carrión, mira y dime que no es guapa mi novia, y no como el espantajo ese que te escribe a ti con la letra torcida!», o paquetes de sus madres con salchichones, quesos y cigarrillos, «¡Y esta vez los censores solamente me han birlado cuatro cigarros, y no como la semana pasada, que se me llevaron un paquete entero y se me comieron la butifarra, los muy hijos de la grandísima puta!». Desde entonces, escribía cada noche cartas a mi madre, a Roberto Calero, incluso llegué a escribir cartas a Marisa, que luego escondía en el petate porque no tenía adónde enviarlas. Esa noche, mientras escribía una carta a Roberto Calero, levanté la cabeza, pensando cómo continuar la misiva, pues no quería ser trivial ni repetitivo. Observé entonces que Juan López maldecía por lo bajo, sentado con las piernas cruzadas en el jergón con un lápiz en la mano y un papel sobre el regazo. Era el grandullón de manos enormes y piel curtida y casi calvo a pesar de su juventud que había llegado conmigo desde el CRIM. En sus manos inmensas, el lápiz parecía un mondadientes.

—¿Qué te ocurre, Juan? —le pregunté, intrigado por sus farfullas.

—Hum… Nada, nada.

Y mordisqueó el lápiz, con los ojos clavados en el papel medio en blanco.

—Si te puedo ayudar con eso… —le ofrecí, señalando el papel con la barbilla.

—Hum… no, ya puedo yo solo.

Recordé el aguijón de soledad y abandono que experimenté cuando, unos días atrás, en el primer reparto del correo en el campamento desde mi llegada, no había carta alguna para mí, como tampoco la había habido para Juan López. Sentí una profunda lástima por ese hombretón que, lápiz en ristre, se afanaba ante el folio en el que, más que letras, había conseguido dibujar unos toscos garabatos.

—¿Sabes escribir? —le pregunté.

—Psss… —se limitó a responder López, levantando la mirada. A pesar de la escasa luz de la linterna con que se alumbraba, vi la vergüenza nadando en ella.

—Anda, dame, Juan. Dime a quién quieres escribir y lo que quieres decirle y yo lo hago por ti. Nadie tiene por qué enterarse. ¿De acuerdo?

«Y aunque se enteren —pensé, sin saber muy bien la razón de ese pensamiento, pero es que todo lo que fuese una novedad, allí podía suponer un peligro—, escribir una carta a otro no comporta ningún riesgo».

Me equivocaba.

* * *

Después de la carta que escribí para Juan López, vinieron muchas más. El maestro de la compañía, un alcarreño llamado Abel Mancebo, que era quien tenía a su cargo la Academia de Analfabetos, era un individuo desagradable y autoritario que no debía de haberse enterado de la consigna del Gobierno republicano, que había proclamado que «nuestro ejército, el ejército del pueblo, tiene que ser la universidad más accesible y popular, y tiene que llegar a aquellos compañeros que, venidos del campo, son analfabetos y no deben avergonzarse de esa condición». Mientras otros maestros de la brigada —los llamados milicianos de la cultura— se esforzaban por enseñar a leer y a escribir a quienes no tenían estos dones y por crear bibliotecas y hogares del soldado en el frente, el de la primera

compañía del cuarto batallón era un holgazán a quien no se le caía la cara de vergüenza cuando veía que muchos soldados que llevaban meses en la compañía asistiendo a su academia todavía firmaban el recibo de su soldada con la huella dactilar.

El maestro Mancebo no habría accedido ni bajo tortura a invertir horas de su tiempo libre en servir de escribano en su correspondencia a los analfabetos de la compañía. Prefería dedicarlo a las timbas, a las revistas pornográficas del Cerillo, a matarse a pajas y a palmear las espaldas a los oficiales y al comisario político. Su incuria hizo que muchos soldados y algún que otro suboficial, en cuanto se enteraron de mis habilidades con la escritura y de mi predisposición, acudieran a mí para que les ayudara en el correo a sus familias. «Tú escribes y lees mejor que el brigada Sarmiento», me decían, aludiendo a un suboficial de Cartagena que hacía unos días había enfermado de tisis y que hasta entonces había ayudado a los analfabetos a escribir y leer sus cartas. Me pasaba horas escribiendo y leyéndoles a mis compañeros, en voz baja, durante la noche, tras el reparto de imaginarias, las cartas que recibían desde sus pueblos. La primera que leí fue a un soldado llamado Lucas Sacristán, que la había recibido de sus padres. Seguramente no la habían escrito estos, sino alguien culto por su encargo, pero estaba llena de devoción. Me emocionaba cada vez que recordaba esas palabras que se me habían quedado grabadas en el alma, tal vez porque me traían a la mente mis propias ausencias:

> *Escribe siempre a tus padres. Es una alegría inmensa que nos das. Ya lo sabes, pero no te olvides. No nos interesan las acciones guerreras en campaña ni el sitio donde se desarrollan. Además, sabemos que no está permitido hablar de eso. Las batallas finales las ganaremos. Pero nos interesa mucho, hijo, tu salud, tu suerte y tu bienestar. Por eso queremos que nos escribas como hasta la presente. Cada carta tuya nos llena de vida y ánimo. Saber que estás vivo es nuestra mayor alegría. Tu madre y yo solo vivimos pensando en ti. Te mandan besos tus hermanas, y Ana quiere que te digamos que pondrá tu nombre al hijo que espera. Escríbenos. Sabemos que lo harás porque has sido, eres y serás el mejor de los hijos.*

Esa misma noche, conmovido por la ternura de los padres de

ese soldado medio analfabeto, escribí una carta de seis páginas a mi padre ausente, en la que vomité todo el rencor que llevaba acumulando durante tantos años. En la soledad de mi jergón, durante siete noches seguidas la leí una vez y otra, hasta casi aprendérmela de memoria.

> *No sé dónde te hallas ni qué es de ti, ni siquiera sé si vives. ¿Y sabes qué es lo mejor? Que no me importa si estás vivo o muerto. Que no me importa nada de ti. Si por mí fuera, devolvería cada mes esos duros asquerosos que nos giras y con los que pretenderás aminorar tu culpa. Algún día, cuando todo esto acabe, cuando pueda dedicarme en cuerpo y alma al bufete que también abandonaste, lo haré. Reniego de ti, maldigo tu nombre y tu memoria. ¿Cómo se puede abandonar a un hijo de once años, a tu único hijo, y seguir viviendo tal cual? Si por mí fuera, renunciaría también a tu apellido, si la ley me lo permitiera dejaría de ser hijo tuyo. No quiero nada de ti. Lo único que quería, lo único que un hijo le pide a su padre, es algo de su tiempo. Y tú solamente me has dado vacío y confusión…*

Finalmente, la arrojé al fuego. No quería que mi padre tuviese de mí ni siquiera mi rencor. Tampoco habría sabido adónde enviar esa carta.

Había veces en que me ruborizaba al leer algunas de las cosas que las mujeres o las novias de los soldados escribían, sin reparar en que su novio o marido tendría que recabar ayuda para leerlas. Y otras en que, a la hora de escribir, tenía que moderar los ardores de los soldados cuando se dirigían a sus mujeres. Uno de ellos, un tal Alfons Seguí, también valenciano, era especialmente fogoso, y más de una vez tuve que engañarlo asegurándole que escribía textualmente lo que decía, aunque en realidad apaciguaba sus expresiones, porque estaba seguro de que, de no hacerlo, la carta no pasaría la censura, tan pacata como la del otro bando. También ayudaba a los soldados a pedir permisos a la superioridad. Las normas del ejército de la República establecían que en una brigada mixta solo podía estar de permiso a la vez un máximo de ochenta hombres, más o menos un dos y medio por ciento de los efectivos. De ahí que las solicitudes de permiso fueran muchas y las concesiones pocas, lo que multiplicaba mi trabajo. Fue así, redactando peticiones de licencias, que conocí el ingenio de los

hombres a la hora de articular tretas para conseguir poder escaparse a casa, aunque fuera por unos pocos días. Especialmente jocoso fue el caso del soldado Bienvenido Ledesma, que cada semana me hacía escribir una instancia pidiendo permiso al comandante del batallón, «porque mi mujer se está acostando con el secretario del ayuntamiento del pueblo y tengo que ir a poner orden antes de que los cuernos me impidan subir al trolebús».

Así, en la rutina de la brigada estática, llegamos a abril, cuando entre las fisuras de las rocas y en los pedregales -comenzaban a asomar las consueldas y florecían los cerezos silvestres con cuyos frutos los médicos de la brigada preparaban laxantes y mermeladas los cocineros. Ya estaban los endrinos en flor, cuajados de flores blancas; correteaban por los roquedos y los matorrales los topillos y las garduñas y los melojares de la sierra se vestían de amarillo con las flores de la celidonia menor. Se escuchaban los cantos sonoros del cuco, recién llegado de África, y los gritos agudos de los vencejos atravesando los cielos.

Poco a poco, me iba haciendo a aquella vida: el ejercicio físico, el contacto permanente con la naturaleza, aquellas cartas que escribía y que me hacían sentir útil. ¿Y esto es la guerra?, me preguntaba casi a diario.

En una mañana especialmente hermosa, cuando nos disponíamos a hacer la instrucción, uno de los soldados espetó al sargento Corrales:

—¡Esto es bonito de cojones, mi sargento! ¡Si hasta cualquiera diría que la guerra ha terminado, carajo!

La guerra, sin embargo, lejos de finalizar, se recrudecía, aunque en la 37.ª Brigada Mixta, en su frente estático de la sierra madrileña, disfrutábamos en esos días de una pacífica primavera.

* * *

—¡Nos vamos a las trincheras, camaradas!

El comandante al mando de la compañía pronunció estas palabras poco después del toque de diana en una mañana de mediados de abril con el tono y el regocijo de quien se dispusiera a

convidar a tabaco y coñac a los soldados. Nosotros, legañosos y medio dormidos, recibimos la orden de manera dispar: los veteranos que ya conocían la vida en los parapetos agacharon la cabeza y suspiraron con resignación y cansancio; los novatos como yo abrimos mucho los ojos, sin saber si ilusionarnos por poder escapar a la monotonía del campamento o si echarnos a temblar por el miedo a lo desconocido. A las órdenes del sargento Corrales y de los cabos, se dispuso todo cuanto era necesario y, a media mañana, la compañía, salvo un pelotón que se quedó al cuidado del vivac, salió del vallejo en que nos hallábamos con rumbo al frente.

Durante más de una hora, cargados con petates y armamento, caminamos por senderos de cabras, por trochas, pedregales y roquedos, sorteando lagartos verdinegros, culebras, pendientes y riscos, «Mira esa víbora, Carrión, ¿ves lo larga que es?, ¡pues ni la mitad de mi polla, camarada!». A medida que caminábamos, más cerca se oían disparos ocasionales, «No te vayas a cagar, Crescencio, niño, que ya sabemos cómo huele tu mierda y su peste es capaz de llegar hasta los facciosos y descubrirnos», «Tu puta madre es la que se va a cagar, Cerillo, guarro». Fue entonces cuando los cabos transmitieron órdenes de que procuráramos no hacer ruido. Pensé en esos instantes que la guerra, que hasta ese momento, en la calma del vivac, no había sido más que un concepto abstracto del que nos sentíamos lejos y a salvo, se acercaba ahora como los nubarrones negros de la tormenta.

—Alto.

La voz del sargento Corrales, que para lo que acostumbraba era amortiguada, hizo que la compañía se detuviera en seco. Nos hallábamos en un claro al que, tal vez por la altura, parecía no haber llegado la primavera.

—Quiero a todos en silencio, ¿me oís? Al que haga ruido le descerrajo un tiro —indicó el sargento—. Acampamos aquí hasta nueva orden. Sacad las latas, no hagáis ruido con los platos y cubiertos, y a almorzar. Posiblemente después no tengáis tiempo.

—Mi sargento, no es ni la una. Y todavía no se ha repartido el chusco —protestó Leiva.

—Chitón, carajo, y a cumplir las órdenes sin rechistar.

Acampamos en el claro, intentando protegernos de la brisa fría que se enredaba entre las ramas de los robles melojos, los majuelos y las zarzamoras. Bebimos del agua de las cantimploras y abrimos las latas de carne con guisantes y zanahorias. Algunos, los más afortunados, los que habían recibido paquetes desde casa en los últimos días, devoraron los últimos caberos y rebañaron con las navajas las cortezas de los quesos. Cuando el sol estaba en lo más alto de un cielo hilvanado de nubes blancas, dejaron de oírse los disparos y los gritos ocasionales que llegaban desde los alrededores. Se hizo un silencio auspicioso en el claro y, cuando algunos soldados, tumbados junto a los arbustos, ya sesteaban, recibimos la orden de reanudar la marcha.

Advertimos el olor antes que su presencia. Era un hedor acre y pegajoso que se aferraba a las pituitarias como una garrapata. Después, los vimos. Desorganizados, con las miradas hundidas en el suelo roqueño, casi arrastrando los fusiles, la cuarta compañía del cuarto batallón de la 37.ª Brigada Mixta del ejército rojo abandonaba la zona de trincheras que delimitaban el frente y que hasta ese instante habían tenido que servir.

—Vaya mancha de piojosos —me comentó Juan López, que caminaba a mi lado.

—Pues ese aspecto vamos a tener todos de aquí a *ná* —indicó en voz baja un cabo veterano que había oído el comentario.

Pasaron a unos metros de nosotros sin saludar siquiera, exhaustos. Únicamente los oficiales y suboficiales de ambas compañías confidenciaron sobre nuevas y órdenes. Luego, cuando la hueste de desarrapados acabó de pasar y comenzó a deshacer el camino que antes la primera compañía habíamos hecho en sentido contrario rumbo a su vivac, tuvimos que acelerar el paso hasta que, solo unos minutos después, llegamos a los parapetos.

Era una zona de cárcavas y pequeñas barrancas donde se habían excavado las trincheras, delante de las cuales se abría una cuenca de un centenar de metros que era la tierra de nadie. Al otro lado de la cuenca seca estaban las tropas de Franco.

Una vez que la primera compañía hubo llegado, los últimos

hombres de la cuarta, que se habían quedado como retén, abandonaron la zona. El sargento Corrales nos hizo formar y nos explicó con pocas palabras y en voz baja lo que nos aguardaba en los días venideros:

—Aquí vamos a estar cosa de un mes —expuso—, chispa más o chispa menos. Hasta que otra compañía del batallón nos reemplace. Y va a ser duro de cojones, los que ya habéis estado lo sabéis. Y a los que sois nuevos, os digo: ahora es cuando debéis demostrar que tenéis los huevos bien puestos y que no sois unas putillas facciosas. Lo que hasta ahora habéis vivido es un juego de niños, la guerra comienza ahora, muchachos. Cinco primeras filas, un paso al frente, ¡ar! Vosotros haréis el primer turno. Los demás, a coger fuerzas para la noche. ¡Y agachad las cabezas cuando vayáis a las trincheras, que los fascistas tienen algunos tiradores con una puntería de puta madre!

Fue poco más de un mes el tiempo que estuvimos en aquellas trincheras de la sierra madrileña, pero fue un tiempo que jamás olvidaría. Cada día hacía turnos de doce horas, la mitad del día en las trincheras y la otra mitad en el campamento que se abría detrás de ellas, a resguardo de las balas del enemigo, que disparaba sin orden ni concierto con el único propósito de tenernos siempre en vilo. En las filas republicanas, como la munición no sobraba, las instrucciones eran que los soldados solo disparáramos si teníamos un blanco claro. No disparé ni un solo tiro durante el tiempo que estuve allí.

En las trincheras viví los momentos más duros de mi vida hasta entonces: dormía tumbado sobre paja esparcida en el suelo de los refugios y vivía agazapado en el hoyo entre el agua y el barro cuando llovía, y no llovió poco en esa primavera del treinta y siete, o entre el sudor y el polvo cuando el sol pegaba. Me acostumbré a las ratas correteando entre mis pies, al frío paralizante de las noches serranas, a los piojos y a la falta de higiene. Y hasta al hambre: comíamos día sí y otro también el rancho de lata, pues los camiones no podían llegar a las trincheras y dependíamos de los víveres que nos traían a lomos de mulas desde el vivac de la intendencia. Una vez por semana, para

levantar el ánimo, repartían coñac —que, decían, se rociaba con pólvora para apagar los apetitos sexuales— y cigarrillos tan finos como tallos de tagarnina, que yo, que no fumaba, trocaba por jabón y pasta de dientes. Pero también viví allí los momentos más hermosos: la llegada de la primera carta de mi madre, en la que, a lo largo de casi diez páginas, me hablaba de nuestra casa, de nuestro barrio, de los clientes que habían respondido a mi aviso de que había sido reclutado, de ella, de Madrid, de los vecinos, de los filmes que echaban en los cines, hasta de gente que no conocía. Era como si mi madre no hubiese querido acabar nunca de escribir esa carta, salpicada de palabras dulces. En la postdata me decía: «El otro día me encontré casualmente por la calle a Angelita, la íntima amiga de Marisa, ¿te acuerdas de ella? Le pregunté por Marisa, por sus padres, por sus hermanos, pero tampoco tenía noticias de ellos. Me ha prometido que, si consigue enterarse de algo, vendrá corriendo a contármelo». Allí, en las trincheras, después de una noche fría y húmeda yaciendo en el agujero, con la ropa empapada, fui feliz como pocas veces en mi vida al sentir sobre mi cara pringada de suciedad la caricia tibia y suave del sol del amanecer. Y cuando, algunas noches, se repartían entre los hombres café caliente y coñac. Y cuando llegaban los aljibes con agua y podía lavarme, aunque muy someramente. Y cuando veía las caras tiznadas de mis camaradas —Juan López, Crescencio Orozco, Severino Camarero, Julián Bermúdez, tantos…— aclararse por la alegría cuando, en la quietud de la noche, les leía las cartas de sus novias, de sus mujeres, de sus madres. Era en ese instante cuando más añoraba a Marisa. Fue entonces cuando, leyendo cómo la novia de un soldado le hablaba de sus ansias, de sus ganas de volver a verlo, rememoraba sus besos, sus caricias, su presencia. Sí. Pese a todo, curiosa, sorprendentemente, allí, en los parapetos, fui feliz como pocas veces en mi vida cuando me sentía parte de un grupo, de un hatajo de infelices, llenos ora de barro, ora de polvo, entre quienes, pese a todo, pese a todas sus miserias, lo que reinaba era la confraternización y la camaradería. Yo, que hasta entonces había estado tan solo.

—¿Tú crees, Ardo, que ganaremos esta guerra? —me

preguntó en susurros una noche el Cerillo durante una guardia en la trinchera.

—La guerra la ganamos cada día, Gabino —le respondí—, cuando conseguimos que llegue un amanecer nuevo sin que una bala nos haya atravesado la cabeza.

—No, hombre, no, te hablo de…, bueno, pues de la guerra, ya me entiendes. De la guerra de verdad. Tenemos que ganarla, ¿no? Porque si no, a saber qué podría pasar. Porque esos cabrones —dijo el Cerillo, señalando delante de él, a la oscuridad, a la tierra de nadie, a las trincheras franquistas— son… eso…, unos cabrones de tomo y lomo, ¿no es cierto?

—Puede que sí, Gabino. Y puede que no. Yo qué sé —me limité a responder, demasiado cansado y somnoliento para esas disquisiciones.

—¿Pues sabéis lo que yo os digo? —intervino Juan López, que, a pesar de ser analfabeto, no era tonto y solía tener opinión para todo—. Que a esos de ahí —y señaló con la barbilla la oscuridad— les duelen las balas como a nosotros, sus cadáveres apestan igual que los nuestros, se cagan y se mean como nosotros cuando oyen los aviones y los morteros. Eso es que lo que yo pienso, cojones. Un piojo es un piojo y una bomba es una bomba, aquí y allí. Y ahora, a ver si os calláis de una puta vez, que no me dejáis coger el sueño.

* * *

A mediados de mayo, poco más o menos conforme a lo previsto, la primera compañía fue sustituida por la segunda en el frente y pudimos regresar al vivac. Casi todos, en cuanto llegamos, corrimos a hacer dos cosas: bañarnos en el arroyo, donde chapoteamos durante horas, cantando y riendo, cortándonos el pelo los unos a los otros, despiojándonos, lavando la ropa interior; y leer la prensa, que no leía desde que había marchado a las trincheras. Y la leí con avidez, aunque fuera atrasada, porque el último reparto de la furgoneta de los periódicos y revistas había sido hacía cuatro días. Pude hacerme con un ejemplar del día 11

de mayo del *ABC* de Madrid, que era el órgano de Unión Republicana. Devoré los partes de guerra, las crónicas sobre «la bárbara crueldad en territorio faccioso», y me embebí en las noticias de Madrid, el regreso del alcalde, que ya no era Cayetano Redondo, sino Rafael Henche, desde Valencia; el heroísmo y abnegación de los madrileños en la defensa de nuestra ciudad; las obras que representaban en los teatros —*El niño de oro*, en el Alcázar, *Siete mujeres*, en Chueca…—, los filmes que proyectaban en los cines —*Dos fusileros sin bala*, en el Actualidades, *La traviesa molinera*, en el Bellas Artes…—; los anuncios por palabras —«Compro muebles, pisos, pensiones completas»…, ¿cómo era posible que el anunciante siguiera libre sin ser acusado de fascista y acaparador burgués?, me reí—. Y aunque la añoranza me punzara como una enorme jeringuilla, me sentí vivo, después de las terribles semanas transcurridas en las trincheras.

Volví a la rutina y a la relativa calma del vivac. A los potajes de garbanzos y habichuelas, que a la tropa nos supieron a gloria después de tanto rancho de lata. A las arengas del comisario. A los vasos de vino y a las partidas de naipes. A escribir y leer cartas a mis compañeros por las noches. Y a los inesperados y desconocidos placeres que la naturaleza me ofrecía: los cantos de las currucas carrasqueñas, las flores rosas de los erizos de la sierra, las carreras de las cicindelas, los escarabajos verdes que se atrevían a acercarse a los pucheros y corrían como liebres cuando se los espantaba; y en las mañanas aún frías, la belleza inenarrable de las mariposas isabelinas, que se cobijaban en los agujeros de los árboles de las inclemencias matutinas y que con el alba emprendían su vuelo multicolor.

La guerra, allí, en esas alturas de la sierra madrileña, era una guerra extraña. Extraña y tranquila.

Una mañana, cuando esperábamos el almuerzo, una moto con sidecar apareció por el vivac. Ya habían repartido los chuscos de pan y la tropa esperaba a que los cocineros sirvieran el puchero y el bacalao seco que habían anunciado para la comida. Los recién llegados en la moto se dirigieron adonde se reunían los oficiales y suboficiales de la compañía, y durante unos minutos

conferenciaron con el capitán. Este habló luego con sus subordinados y uno de ellos, un teniente llamado Zarzuela que era, de entre todos los oficiales, el que más compadreaba con los soldados, se levantó y señaló primero a la reunión donde se hallaba el maestro alcarreño Abel Mancebo y, luego, adonde me encontraba yo. No le di mayor importancia al gesto, no pensé que me señalaran a mí, sino a cualquiera que anduviera por los alrededores. El visitante, seguido por el comisario político de la compañía, se dirigió en primer lugar hacia Mancebo, con quien habló durante unos minutos. Después, vimos cómo el maestro de la compañía se dirigía a su barracón y regresaba llevando unos cuadernos en las manos, que exhibió ansioso al desconocido. Este los hojeó raudo mientras Mancebo, a quien desde donde nos hallábamos no podíamos oír, gesticulaba sin parar. Pasados unos breves instantes, el visitante devolvió bruscamente los cuadernos al maestro y se alejó sin despedirse, dejándolo en pie y con la palabra en la boca. Se dirigió, escoltado por el conductor de la moto y el comisario de la compañía, hasta el grupo donde me hallaba yo.

—¿El soldado Peña? —preguntó, sin dirigirse a nadie en particular—. ¿Eduardo Peña?

Era un hombre enteco de semblante austero. Vestía la guerrera con insignias de comisario político de batallón.

—A sus órdenes, señor —dije, levantándome.

—Ven conmigo.

—Sí, señor.

Nos apartamos unos pasos, él y yo solos, donde a los otros les fuera difícil escuchar lo que habláramos.

—¿Eres abogado?

—Sí, señor.

—¿Sabes escribir?

—Pues… claro —respondí, desconcertado. Era una pregunta absurda, ¿no? Si era abogado…

—Quiero decir si sabes escribir bien —aclaró el hombre.

—Pues… Creo que sí. Si se refiere a si lo hago correctamente y sin faltas de ortografía, sí.

—Me ha contado el teniente que sueles escribir las cartas de

los analfabetos. ¿Es así?

—Bueno… Pues… Sí.

No me gustaba nada el curso de la conversación. Mi máxima de no significarme, de no destacar, me decía que nada de lo que estaba pasando iba a ser bueno.

—Enséñame alguna.

—No.

—¿Cómo?

—Quiero decir… que no puedo.

—¿Por qué?

—Escribo las cartas que los camaradas me piden y luego se las entrego a los del servicio postal, cuando vienen por el vivac. No me quedo con copias, claro.

Ahora fue el turno del comisario de parecer desorientado.

—Ejem… —intervino el soldado Severino Camarero, que, por lo que se veía, había estado escuchando; se acercó a nosotros a pasitos cortos hasta comprobar que el comisario no le ordenaba que se quitase de en medio—. Yo tengo una de esas cartas. ¿Recuerdas, Peña?

—Si recuerda ¿qué? —interrogó el comisario—. Y tú ¿quién eres?

—Severino Camarero, soldado raso, de Móstoles, señor. Pues verá usted, señor. Mi madre, para que yo me convenciera de que recibía mis cartas, escribió la primera que me envió sobre el dorso del mismo papel que yo le había mandado. En la misma carta que aquí Eduardo… el soldado Peña había escrito. La tengo en mi petate.

—Ve a por ella.

Quedamos en silencio mientras Camarero iba y volvía del barracón. Yo recordaba perfectamente esa carta a la que el soldado había aludido. «Ayer domingo recibí carta tuya y no sabes lo contenta que me he puesto. Y para que veas que es verdad que la he recibido, te escribo esta en la tuya propia». Así, de esa manera tan original y curiosa, le escribía su madre al soldado Camarero. Cuando este regresó del cobertizo, llevaba consigo unos folios manoseados que entregó al comisario. Este los desplegó y leyó para

sí su contenido. Sin embargo, al llegar a determinado párrafo, leyó en voz alta:

—«Ya va a hacer casi un mes, madre, que no te veo, que no puedo abrazarte y que me acuesto sin el vaso de leche y las galletas que cada noche me traías a la cama. Aquí la vida es dura, hace frío, pero no estoy solo, los camaradas son gente buena y también los mandos, la comida es bastante y sé que pronto volveré a verte. Y cuando lo haga, tendrás ante ti a un soldado de la República dispuesto a entregar su vida por una causa justa. Cuando me fui de tu vera, era un niño, madre. Cuando regrese, verás a un hombre que ha luchado por el pueblo y por la libertad. Así que debes estar orgullosa y no quejarte ni llorar por mí».

Paró de leer y estuvo durante unos segundos sin decir nada. Luego, levantó la mirada acerada y la clavó en mí.

—¿Esto lo has escrito tú?

—Sí, señor. Bueno, en realidad era lo que el soldado Camarero quería que escribiera.

—¿Eres anarquista?

Sentí que un repeluco me trepaba por la columna vertebral.

—No, señor —respondí.

—¿Socialista?

—No, señor.

El comisario dudó si preguntar más o si no hacerlo. Pareció adoptar una resolución cuando apartó la mirada.

—Está bien —dijo.

—¿Puedo saber qué ocurre, señor?

—No.

Y sin más explicaciones, se dio la vuelta y se alejó. Se despidió de los oficiales, que habían contemplado la charla del comisario político de la brigada con expectación, montó en el sidecar, ordenó al conductor que se pusiera en marcha y se perdió valle abajo entre una espesa polvareda.

Me costó conciliar el sueño esa noche. Aunque no tenía razones ciertas para estar inquieto, lo estaba, y mucho. A través del teniente Zarzuela y del sargento Corrales había intentado saber las razones de la visita del comisario político y por qué había centrado

su atención en mí, pero ninguno de ellos pudo darme respuestas.

—Nada bueno, seguro, Ardo —me dijo el Cerillo cuando, en mitad de la noche, al levantarse para ir a las letrinas a orinar, me vio insomne y me preguntó el motivo—. La visita de ese comunista cabrón no puede traer nada bueno, no te olvides de lo que te dice tu amigo Gabino. ¿Quieres una revistita de las mías para que puedas desahogarte y coger el sueño, Ardo, amigo mío? Gratis, faltaría más. Pero eso sí, me la tienes que devolver y sin manchas, que si no después no la puedo vender toda guarreada.

La tarde siguiente, el motorista regresó, con el sidecar vacío en esta ocasión. Se dirigió al capitán, que habló a su vez con el sargento Corrales. Este, con sus andares peculiares, se acercó adonde yo me hallaba, estábamos a punto de formar para la instrucción vespertina.

—Peña, coge tu petate.

—¿Qué ocurre, mi sargento?

—Pues que te vas, camarada.

—¿Adónde, mi sargento?

—¡Y yo qué carajo sé! ¿O es que te crees que los mandamases consultan conmigo sus instrucciones? Aquí ya sabes lo que hay, muchacho, lo que pone en el cartelón aquel, ¿lo ves?: «Las órdenes ni se discuten ni se comentan; se cumplen». Así que, arreando, chaval, que después ya es tarde. ¿A qué estás esperando, cojones?

* * *

—Has sido elegido para coordinar el boletín del batallón, nuestra revista *Luchemos*. A partir de hoy, vivirás aquí, en el vivac de la intendencia. Tu misión será escribir artículos que eleven la moral de los soldados, quiero cosas como esa carta tuya que ayer leí, cosas que puedan entender sin dificultad los hombres y que les ayuden a soportar los rigores de la guerra. También será obligación tuya decidir qué escritos de la tropa pueden o no publicarse, corregir sus faltas de ortografía y diseñar el boletín. Cada semana recibirás textos que te llegarán desde el Comisariado General y desde el de la brigada. Estos son prioritarios y tienen que

publicarse siempre. ¿Preguntas?

«¿Preguntas? ¡Pues claro que sí!».

Tenía cientos, miles de preguntas que hacerle: ¿cómo se diseñaba un boletín? ¿Dónde se imprimía? ¿Cómo se hacía? ¿Cómo funcionaba una imprenta? ¿Por qué yo y no, por ejemplo, el maestro Mancebo? ¿Quién le iba a escribir a partir de ahora las cartas a Juan López, a Severino, a Crescencio, a Julián? ¿Quién iba a leerles las que recibieran de sus casas, de sus mujeres, de sus novias? ¿Significaba todo esto que ya no tenía que regresar a las trincheras?… Tantas cuestiones me borbotaban en los labios que no supe por dónde empezar. Cuando fui a abrir la boca, el comisario político, el mismo que había estado el día anterior en el vivac de la primera compañía, se me adelantó.

—Pues muy bien —dijo, cortante—. Desde hoy tienes grado y paga de teniente. —Señaló al hombre que se hallaba de pie y envarado junto a mí—. El cabo Mateo será tu asistente, te indicará dónde dormir y te informará de todo cuanto necesitas saber. Buenas tardes.

Me quedé con la boca abierta y con la vista clavada en la espalda del comisario político, que se alejaba hacia el puesto de mando del vivac de la intendencia, el primero que había visto a mi llegada, meses atrás, a la sierra madrileña.

—Mi teniente —oí que el cabo decía. Tardé unos instantes en comprender que se dirigía a mí—. Si me da su petate, yo puedo llevárselo. —Hizo ademán de cogerlo, pero instintivamente se lo impedí—. Como quiera. Sígame, por favor, mi teniente.

El cabo Mateo era un individuo espigado, de veinticinco o veintiséis años, de grandes entradas y la tez cetrina. Tenía un habla pausada, educada y culta. Cuando nuestra relación se hizo más estrecha, supe que era de Madrid, que vivía en la calle Columela, relativamente cerca de la calle del Arenal, que era hijo y nieto de impresores, que se había licenciado en periodismo por la Complutense, que había hecho las prácticas en la agencia Logos de la calle Alfonso XI —que ya no se llamaba así— y que, cuando el Gobierno de la República incautó la sede de la agencia después del golpe militar, había pasado a trabajar en el diario *Política*, de

Prensa Republicana, hasta que fue llamado a filas. Y que entonces, gracias a la intercesión de su padre, que era socialista, había sido destinado a la sección de intendencia de la 37.ª Brigada Mixta y a ayudar en la coordinación del boletín *Luchemos,* del cuarto batallón.

—El teniente Cepeda —me explicó una vez que me hubo enseñado mi jergón y mi estante en el barracón de los oficiales de intendencia—, que era quien hasta hace unos días dirigía el boletín del batallón, solía bajar todos los sábados al burdel de Puentes Viejas, del que se dice que es el mejor de la sierra y el que mejores y más limpias señoritas tiene. Pues, a pesar de eso, mi teniente, la semana pasada le diagnosticaron una sífilis de caballo, y desde entonces está el pobre hospitalizado en la unidad antivenérea de la Casa de Campo. Y hasta que el nuevo director de la revista, que aún está sin designar y al que hasta por lo menos julio o agosto no se le espera, no se incorpore a la compañía, necesitábamos de alguien que tomara las riendas. Y ese alguien es usted, mi teniente. Algo le habrán visto, ¿no? Se lo digo porque es un puesto importante y de confianza en el batallón. Y ahora, si le parece bien, le enseño la imprenta. ¿Me acompaña, señor?

—Sí, pero le adelanto que no sé nada de imprimir, jamás he manejado una imprenta.

—Por eso no se preocupe, camarada, que ya me encargo yo. Como le decía, vengo de familia de impresores, por eso estoy aquí. Como le ha dicho el comisario, su trabajo será escribir, publicar lo que nos venga dado desde arriba y decidir qué se publica y qué no de lo que nos venga desde abajo.

—¿Y cómo es que no le han nombrado a usted, cabo? Siendo impresor y estando ya aquí…

—Cualquiera sabe… El comisario es comunista y yo soy del PSOE. Y ya sabe usted… Las cosas, mi teniente.

Y se encogió de hombros y me invitó a seguirlo.

La imprenta, un enorme y moderno artefacto que utilizaba el método ófset de impresión, estaba instalada sobre la caja de un polvoriento camión ruso 3HC —marca que la tropa traducía jocosamente como «Tres Hermanos Comunistas»—, y estaba

servida por tres soldados impresores. El responsable último de la revista era el Comisariado Político de la brigada, cuyo visto bueno era imprescindible antes de que la imprenta escupiera los dos mil quinientos ejemplares que cada quincena se publicaban del boletín *Luchemos*. Su impacto era grande, pues no solo publicaba las órdenes del batallón y los partes de guerra, sino noticias cotidianas que ayudaban a los soldados a sentirse más cerca de sus casas y de sus ciudades, viñetas, dibujos y tiras cómicas que los hacían reír y hasta fotografías de actualidad, aunque de calidad escasa, para lo que se usaba la técnica del fotomontaje. Cuando la revista no llegaba a tiempo a las compañías, bien porque la imprenta se averiaba —lo que no era infrecuente, dado que los soldados que la servían no eran demasiado expertos— o bien porque el plácet del Comisariado se retrasaba, las quejas de los soldados eran tan intensas como cuando se lamentaban por el deficiente suministro de pan, de café, de coñac, de cigarrillos o de munición.

Desde ese día de mayo en que llegué a la unidad de intendencia hasta bien entrado agosto del treinta y siete, estuve coordinando la publicación del boletín *Luchemos*. Fueron solo cinco los ejemplares que se publicaron bajo mi mando, y en ellos apenas si pude dejar mi impronta, si es que la tenía. Pese a ello, marcarían mi vida para siempre. Únicamente publiqué tres artículos de elaboración propia: uno titulado «Confraternidad», en el que reflexionaba sobre la necesidad de la unión espiritual de los soldados como pilar del buen funcionamiento de las secciones, pelotones y compañías; otro sobre el mantenimiento de las armas, que escribí a raíz de que a un soldado le explotara en la cara su fusil por no haberlo engrasado debidamente. «El fusil, en el combate, es el mejor compañero. Tú sabes, soldado, cuánto le debes a él. Tú sabes, también, cuánto cuidado y limpieza necesita. Un soldado consciente, culto, disciplinado; un soldado que se precie de serlo, ha de esforzarse sobre todo por cumplir con su deber. Y la limpieza, cuidado y conservación del fusil es uno de los más elementales y necesarios deberes del soldado», había escrito. Y un tercero sobre la vida cotidiana del soldado que titulé «En la lucha». El resto del tiempo lo dedicaba a organizar la inserción en

las páginas del boletín de los partes de guerra, las órdenes del Alto Mando para el batallón y las compañías y la multitud de artículos, bandos y proclamas que me llegaban desde el Comisariado de la brigada. Estos abarcaban todos los temas imaginables, desde instrucciones a los jefes para evitar las deserciones de los soldados, que proliferaban cada día más («Hagan los jefes saber a todas las fuerzas a sus órdenes que se ejercerán represalias en grado extremo sobre las familias del primero que deserte después de esta fecha»), hasta la necesidad de usar el condón en las visitas de la tropa a las mujeres públicas que se arracimaban en las cercanías de los vivacs y a los prostíbulos de las ciudades y pueblos de los alrededores: «Nunca os hemos dicho que os abstengáis de cohabitar cuantas veces tengáis por conveniente. Pero tened en cuenta, camaradas, que absolutamente todas las mujeres que por más o menos pesetas venden un rato sus favores padecen alguna enfermedad en sus órganos genitales». Y por supuesto, propaganda política a raudales. Propaganda política en la que se denostaba, se insultaba, se humillaba a los enemigos y a sus mandos. No le di ninguna importancia. Incluía esos artículos burlescos e hirientes sin apenas leerlos, rutinariamente. Desde el otro lado se hacía lo mismo. Estábamos en guerra.

El lunes 23 de agosto de 1937 se incorporó a su puesto un teniente de carrera, barbilampiño y presuntuoso, que había sido designado por el Alto Mando para la coordinación del boletín *Luchemos*. Y el miércoles 25 me fue concedido un permiso de cinco días. El primero del que iba a poder disfrutar desde mi llegada. Esa misma tarde, partí en un camión hacia Madrid, junto con otro teniente, tres sargentos, once cabos y quince soldados que habían recibido similares licencias. Gracias a mi grado, viajaba junto con el otro oficial en la cabina del camión, un viejo Hispano-Suiza de los años veinte.

Tal vez fue eso lo que me salvó la vida.

La última imagen que recuerdo de la tarde de ese miércoles 25 de agosto de 1937, de calor asfixiante y una humedad que pegaba a la piel la tela de la camisa, fue la cara crispada del conductor del camión intentando sortear el mulo que había

aparecido intempestivamente en medio de la carretera. Quedaban apenas once kilómetros para llegar a Madrid. Los soldados, amontonados en la caja del camión, cantaban con grandes voces desentonadas la letra de *El paso del Ebro* («¡Ay, Carmela, ay, Carmela! / Y a las tropas invasoras / ¡Rumba la rumba la rum bam bam! /Buena paliza les dio…»). El teniente que viajaba junto a mí en la cabina contaba con todo detalle lo que le iba a hacer a su novia en cuanto la viera. Recuerdo también las ruedas del camión rechinando sobre el asfalto, las maldiciones del chófer, el cese abrupto de la tonada, los gritos de los soldados… Y el camión cayendo sin freno por un barranco poblado de encinares de ramas afiladas como lanzas.

Cuando abrí los ojos de nuevo, me hallaba en el Hospital Militar de Carabanchel, que, en esas fechas, puesto que sus instalaciones habían sido tomadas por las tropas franquistas, operaba en el edificio del hotel Palace, en pleno centro de Madrid. Un médico exhausto me informó de lo que había pasado con el camión en las afueras de Madrid, y me explicó que desde el lugar del accidente había sido trasladado a ese centro, que contaba con buenos quirófanos, dada la gravedad de mis heridas: había sufrido una fisura de fémur debido a una herida inciso contusa en el muslo y me había sido extirpado un riñón.

—Pero no se preocupe usted, que con un riñón se puede vivir perfectamente —me dijo el médico—. Peor suerte tuvieron casi todos los que viajaban en ese desdichado camión, teniente. Once de ellos murieron. Eso sí, necesitamos esta cama, lo siento. Mañana será usted trasladado al Primer Hospital Militar para su recuperación. Buena suerte.

Estuve ingresado hasta mediados de septiembre de 1937. Recibía cada día las visitas de mi madre, sin faltar ni uno. Me traía todo aquello de lo que ella se privaba —un trozo de pan blanco, una cuña de queso, un trozo de salchichón…—, y esos alimentos me ayudaron en mi recuperación. La comida del hospital no era muy diferente a la de los vivacs. Un día tórrido, un jueves, recibí el alta y el licenciamiento por incapacidad.

Cojeando, salí del hospital, me di de cara con un sol

abrasador, vi y olí Madrid, me llené los pulmones de Madrid, cogí el tranvía que me dejó en la Puerta del Sol y me dirigí a la calle del Arenal.

Un mozalbete de gorra calada, con un ramillete de periódicos bajo el brazo, voceaba:

—¡El ejército popular mantiene sus posiciones en Valsequillo! ¡Asesinatos de niños por los facciosos en Belchite! ¡Más de doscientas mujeres y niños tomados como rehenes por los fascistas! ¡El ejército popular mantiene sus posiciones en Valsequillo…!

Aunque me dolía todo el cuerpo y el muslo herido me quemaba, me alejé renqueando hacia mi casa, intentando escapar de aquellos gritos que me recordaban cosas de las que en ese momento no me quería acordar.

Está bien.

Estoy licenciado.

Vuelvo a ser abogado.

Solo abogado.

Voy a recuperar mi vida.

Eso pensé entonces.

Y también me equivocaba.

Libro segundo
Marisa

10

«No sé qué decirte, Eduardo»

La Prisión Provincial de Hombres número 1, que todos en Madrid conocían como la cárcel de Porlier, estaba situada en el número 58 de la calle General Díaz Porlier, en la manzana que formaba esa calle con las de Padilla, Torrijos y Lista. Ocupaba las instalaciones que antes habían sido el colegio Calasancio, curiosamente una escuela de niños ricos que al comienzo de la guerra había sido incautada por el Gobierno de la República y utilizada primero como albergue para niños abandonados y, a partir de agosto de 1936, como cárcel. A esa Prisión Provincial de Hombres número 1 fui trasladado después de ser detenido en el juzgado militar permanente número 22 y después de un largo peregrinaje. Una vez que el capitán auditor de ese juzgado militar, que había resultado llamarse Luciano Querol, hubo ordenado mi arresto mientras yo asistía a aquella escena sin creerme que estuviera sucediéndome a mí, fui conducido a las dependencias del SIPM, el Servicio de Información y Policía Militar, en el número 66 de la calle Núñez de Balboa. El SIPM, organismo en el que Franco había unificado todas las agencias de espionaje durante la guerra, seguía controlando las actividades de los líderes republicanos en el exilio una vez finalizada aquella, y tenía como misión perseguir a todo el que se opusiera al nuevo régimen. Había oído hablar de lo que ocurría en ese tenebroso lugar y creí que mis días acabarían ahí. Recuerdo que, en el caos que era mi cabeza en aquellos momentos, un pensamiento sobresalía por encima del batiburrillo de mi mente: toda la vida intentando mantenerme al margen, en las sombras calmas del anonimato, sin dar nunca un paso adelante, sin querer sobresalir, cómodo en la bruma intrascendente de mi vida

insignificante, para acabar de esa forma: preso y sabría Dios qué más por mor de la única vez en que decidí salir de mi voluntaria clandestinidad vital para dar un paso al frente y defender a quien, como Ventura León, en realidad apenas conocía y a quien nada debía. También recuerdo que allí, en el SIPM, rogué, protesté, supliqué. Pero de poco valieron mis continuas protestas y mis proclamas de inocencia; fueron contestadas o bien por un silencio atronador, o bien por las risas sardónicas de mis captores, o bien por una bofetada o un guantazo en la boca cuando mis quejas se convertían en demasiado persistentes. En esas dependencias estuve dos días durante los cuales fui interrogado continua y exhaustivamente por varios individuos que se turnaban para hacerme preguntas para las que yo no tenía respuestas. Me interrogaban una y otra vez acerca de gente de la que jamás había oído hablar y acerca de hechos y acciones que nunca había llegado a conocer.

—¿Qué nos puedes contar de Santiago Álvarez Gómez?

—¿De quién?

—Santiago Álvarez Gómez, no hagas que te lo repita de nuevo.

—¡No sé quién es! Jamás oí hablar de esa persona.

—Pues era el comisario político de la undécima división, estrecho colaborador de Líster.

—¡Les aseguro que no sé quién es!

—No me creo que, habiendo sido parte del Comisariado Político, nunca hayas oído hablar de Álvarez Gómez. ¿Nos tomas por tontos o qué?

—¡Pero es que yo jamás formé parte del Comisariado Político!

—¡Dinos dónde se esconde Álvarez Gómez!

—Les he dicho que no conozco a esa persona, Dios bendito…

Así estuve durante dos días, a pan y agua, y soportando preguntas cuyas respuestas ignoraba y gritos que no tenía modo de templar. De nada valían las explicaciones que intentaba hacerles llegar entre cuestión y cuestión, entre golpe y golpe: que yo no había sido en la 37.ª Brigada Mixta más que un recluta novato al que destinaron a coordinar durante unas semanas el boletín de la

unidad porque era de los pocos que sabía escribir sin faltas de ortografía y porque el teniente encargado hasta entonces había contraído una sífilis de caballo en un lupanar de Puentes Viejas. Que publicaba lo que me ordenaban publicar y que jamás escribí nada ofensivo. Que no se me podía culpar de lo que otros escribían. Que únicamente cumplía órdenes. Que me habrían fusilado de no cumplirlas. Que no conocía a los responsables políticos de la brigada y que jamás había estado más cerca de cien pasos de quienes componían su estado mayor. Que yo no era más que un mindundi, Dios mío. Un abogado de tercera que jamás había hecho daño a nadie y que nunca había militado en un partido político o en un sindicato. Solo en el Colegio de abogados. Que yo no era marxista, ni comunista ni anarquista ni socialista, y que ni siquiera me gustaba el fútbol.

—¿Es que no se dan cuenta ustedes, por Dios bendito? —les suplicaba, agotado, sediento, al borde del llanto cuando no sumido en él, con la voz ronca de la sed y de tanto ruego, sentado en una silla en un cuarto húmedo y lóbrego mientras la luz del flexo me cegaba—. ¡Mírenme! ¿Qué ven en mí? ¡Yo no soy nadie! ¡Nunca me gustó la política! ¡Me reclutaron con mi quinta y me destinaron a la sierra, con mi brigada! ¿Podía negarme, acaso? ¿Podía decir que no cuando me ordenaron que coordinara el puto boletín?… Se lo ruego… ¿De verdad creen que si supiera algo no se lo diría? Yo no soy nadie, por favor…

Al tercer día, después de muchos golpes y medio convencidos de que no podía darles indicios de aquellos a quienes perseguían, mis interrogadores me trasladaron a la Puerta del Sol, al número 2, donde se ubicaba el Servicio de Información de la Falange. Allí, hombres de camisas azules me interrogaron brevemente, me hicieron las mismas preguntas que los del SIPM, recibieron similares respuestas e idénticas súplicas, y enseguida perdieron el interés en mí, para alivio mío y para mi sorpresa. Nunca supe si fue porque en efecto creyeron que no sabía nada, y más después de haberme llevado dos días con sus noches en manos de los militares, o porque uno de los falangistas era Ildefonso Durán, un abogado madrileño con el que había compartido más de un juicio y que

jamás se había significado, más bien todo lo contrario, por sus ideas políticas derechistas. Durán había permanecido presente en todo momento en el interrogatorio, pero sin intervenir en él, en un segundo plano. Sin atender mis súplicas y mis peticiones de ayuda. Y con una mirada colgando de los ojos que yo no era capaz de descifrar. No sabía si había en ella astucia o compasión. Desde la Puerta del Sol me regresaron al juzgado militar permanente número 22, donde el juez militar, un coronel de barba cana y ademán ora bondadoso ora inflexible, me interrogó escuetamente, sobre todo acerca de mi labor con el boletín de la brigada, y decretó mi ingreso en prisión provisional. Allí, en esa brevísima comparecencia, ni se me informó de derecho alguno, ni hubo abogado que me representara y apenas si se me permitió hablar en mi defensa.

Ni en el juzgado militar, ni en el SIPM ni en la Falange me torturaron. Quitando los mamporros y bofetadas que me propinaron los matones del SIPM y algunos empujones y guantazos de los falangistas, que no me dejaron apenas señal, no fui objeto de mayores sevicias. No sé si es porque me creyeron, o porque se apiadaron de mí o porque me vieron tan endeble y vencido que supusieron que, de haber sabido algo, lo habría vomitado al primer minuto y que no merecía la pena gastar energías con alguien como yo. O porque sabían lo que me iba a pasar en la cárcel una vez llegara allí sin un mal brazo roto o una ceja hecha puré. No lo sé. Pero lo cierto es que no sufrí ninguno de los tormentos que, según supe después, otros presos de Porlier habían padecido tanto en Núñez de Balboa como en la Puerta del Sol. En mi caso, el daño, más que físico, fue moral. Durante esos días de luces cegadoras e incesantes preguntas, fui consciente de la herida incurable que se inflige a quien se le priva de todo: de libertad, de defensa, de esperanzas, de su autoestima; a quien se trata no como a un hombre, sino como a un animal, como a una presa; a quien se le cercena su dignidad y se le dinamita la propia concepción de su personalidad. Salí de aquellos lugares como si hubieran pasado, no tres días, sino tres años. Y, sobre todo, siendo otro. Estaba trastornado, aturdido, desorientado, me dolía el alma, era como si

todo le estuviera ocurriendo a otra persona y no a mí, sentía que la vida se me había despeñado por un barranco, solamente tenía ganas de acurrucarme en un rincón y llorar.

Cuando llegué a Porlier con mis pocas moraduras y sin heridas graves, eso, más que agradecerlo, lo lamenté enseguida. Y fue entonces cuando pensé que tal vez los del SIPM y los falangistas me habían dejado casi indemne a propósito, a mala leche. Allí, en prisión, la mayor parte de los que llegaban de los interrogatorios venían como eccehomos, con fracturas de huesos, ojos morados, cardenales por todo el cuerpo, las costras de sangre taponando las narices. Cuando me vieron llegar y observaron que, aunque sucio, despeinado y grasiento después de casi cuatro días sin haber podido enjuagarme ni la cara, venía sin una herida y sin un hematoma de gravedad en el rostro ni en el cuerpo a pesar de haber sido interrogado por el SIPM y la Falange —lo que en la cárcel se sabía enseguida—, los restantes prisioneros desconfiaron de inmediato de mí. Se había dado el caso de presos que eran en realidad chivatos de la policía y que recogían información con que acaparar pruebas para los sumarios en trámite. Al tercer día de estar en Porlier, un grupo de reclusos me acorraló en un rincón del patio mientras otros impedían la visión de los guardianes.

—¿Cómo te llamas?

—¿Yo? ¿Por qué?

—¡Responde, coño, cabrón! ¡Cuando yo pregunto, tú respondes!

—Eduardo Peña.

—Peña ¿y qué más? ¿O es que no tienes madre?

—Velázquez… Peña Velázquez.

—Grado.

—¿Grado?

—¡En el ejército rojo, cachi en Dios! ¿Es que eres tonto?

—Bueno… Pues… fui nombrado teniente al poco de ser reclutado. Ocurrió que…

—¿De qué se te acusa?

—Serví en el ejército de la República, en la 37.ª Brigada Mixta, y dirigí la revista del cuarto batallón. Creo que es por eso

que estoy aquí. Por las cosas que se publicaron en el boletín. Rebelión o auxilio a la rebelión, lo llaman.

—¿Cómo se llamaba esa revista?

—*Luchemos*.

—¿En qué fechas estuviste en la brigada y dónde?

—Desde marzo hasta finales de agosto del treinta y siete. Estuvimos en la sierra de Madrid. Fue en el frente, cerca de Collado Mediano. Apenas me dio tiempo a saber dónde estaba. Fui herido, me extirparon un riñón y fui dado de baja.

—Nombre del comandante de la brigada.

—Pues… no lo sé. ¿A qué viene todo esto? Te puedo hablar de los mandos de mi compañía y de quienes conocí cuando estuve en el vivac de la intendencia coordinando el boletín: el sargento Corrales, el teniente Zarzuela, el capitán Amorós, no sé, muchos más, pero el comandante…

—¿Cómo es que no sabes el nombre de quien mandaba tu brigada?

—¡No lo sé, ya te lo he dicho, joder! Jamás lo supe. Nunca me lo presentaron, todos le llamábamos «mi comandante», ¿te vale así?

—¿No te suena el nombre de Antonio Carrasco Escobar?

—No.

—Era el comandante de la 37.ª Brigada Mixta cuando tú estuviste, su mayor de milicias. ¿Y el de Argimiro Fernández Mayoral?

—Tampoco.

—¡Este tío no estuvo en la 37.ª Brigada, carajo! —exclamó uno de los presos, un individuo moreno y peludo que alguna vez fue gordo y cuyos mofletes ahora le colgaban como los de un perro pachón—. ¿Cómo, si no, es que no conoce al camarada Argimiro, que fue el comisario político de la brigada? ¡Este mamón es un topo!

Y me arreó un puñetazo que hizo que la nariz me sangrara como un cochino en manos del matarife. No lo vi venir y no pude hacer nada por protegerme. Caí al suelo, medio inconsciente, y allí recibí patadas que me abrieron heridas en la cara, en la cabeza y

en diversas partes del cuerpo. Y que hicieron que las cicatrices del muslo y la espalda a punto estuvieran de descoserse. No lo habría contado si no hubiera sido porque los guardianes se apercibieron de lo que sucedía, hicieron sonar sus silbatos y se acercaron a la carrera al lugar de la trifulca, dispersando a los presos.

—Eso, que se maten entre ellos, los muy hijoputas —recuerdo que oí, antes de perder el sentido por completo, a uno de los guardianes—, trabajo que nos ahorran los desgraciados estos.

Pasé tres días en la enfermería de la cárcel, hasta que medio me curaron las heridas, me repuse de la conmoción cerebral y conseguí tenerme en pie sin derrumbarme. Cuando los presos me vieron regresar al pabellón, se dijeron que, de ser un infiltrado, no habría vuelto al patio, que ya estaría fuera de Porlier después de la paliza, y comenzaron a mirarme de distinta manera. Poco a poco, mi carácter taciturno y mi falta de interés por comunicarme con los demás reclusos convencieron a los cabecillas del corredor de que no era ni un confidente del SIPM ni un policía encubierto.

La cárcel de Porlier constaba de seis galerías en las que, cuando yo ingresé, se hacinaban casi tres mil presos. Había multiplicado por diez su población reclusa en solo unas semanas. El entresuelo, al que llamaban «La Provisional», era el lugar en que se confinaba a los condenados a muerte. Corría el rumor de que entre los reclusos se hallaban republicanos relevantes como Julián Besteiro, Manuel Asarta Imaz y otros, pero yo jamás vi a ninguno de ellos. Ahora pienso que, probablemente, y salvo a Besteiro, que era un personaje célebre, a los demás tampoco los habría reconocido, aunque me los hubiese cruzado en el patio, tal era y había sido mi desinterés por la política y los políticos.

Si dura había sido la vida en las trincheras de la sierra, más dura, infinitamente más dura, era la vida carcelaria en esa prisión madrileña. Dormía en una celda con, según qué días, quince o veinte presos más, cuando el lugar no admitía más de ocho o diez, y eso con muchas estrechuras. Cada uno de nosotros disponía, para dormir, de un espacio de ancho similar al de dos ladrillos; las chinches y las pulgas se nos comían a dentelladas; llamaban café del desayuno a un vaso de agua templada donde habían hervido

algarrobas, que sabía a perros muertos; el rancho del mediodía era un cazo de acelgas con pescado, pero del pescado únicamente quedaban en la sopa las espinas, o un caldo hecho con las vainas de algunas legumbres y en el que, con suerte, se podían encontrar algunos rábanos y, si ocurría un milagro, un trozo de carne; la cena era un cucharón de arroz con calabaza o col, todo ello con un cabero de pan para todo el día. Cuando me lo daban, exiguo y casi mohoso, me acordaba de Bernardo Leiva y su amor al pan. De lo que decía en el vivac cuando nos entregaban el chusco diario: «Y que no falte, mi sargento, que entonces sí que es cuando desertamos».

Lloraba mucho.

No obstante, lo más desesperante no era ni la falta de espacio, ni de libertad, ni de higiene, ni el hambre. No, lo peor era el tiempo. No que pasara o dejara de pasar, porque eso me era indiferente. Lo peor era la cantidad de tiempo que tenía para pensar. Y cada campanada de ese tiempo vacío en Porlier era un aldabonazo de desesperación, de impotencia, de incomprensión. ¿Por qué estaba ahí, preso? ¿Qué mal había hecho yo? ¿Por qué me habían robado mi vida de esa manera? Sabía que todo lo valioso lo es porque se acaba, porque es finito, pues aquello que no acaba nunca, carece de valor. Por eso la vida era tan valiosa. Sin embargo, la mía, aunque no hubiera acabado, pues aún respiraba y sentía, era ahora tan huera y vacía que carecía de valor alguno. Supe entonces lo que era que una vida se derrumbara, hecha pedazos. Yo tenía antes una vida, aburrida, sí, blanda, tal vez, sin grandes expectativas, lineal, predecible. Únicamente los encuentros de los sábados con Charo Velarde rompían la monotonía, la mullida previsibilidad de mi existencia. ¡Pero era mía! Era mi vida. Era la que tenía y la que quería vivir: mis pleitos, mis clientes, mis pocos clientes, mi madre, la ausencia punzante de mi padre, Charo, el recuerdo de Marisa, los restallidos eléctricos que sentía en la piel cuando me acordaba de Clara, la miliciana, mi amigo Roberto Calero, mis desayunos en el Pombo, mis breves pero agradables conversaciones con Adolfo, el quiosquero, a media mañana o antes, las chanzas del portero Parera, las visitas puntuales cada semana

de doña Tina, los amaneceres, las pequeñas cosas que me hacían reír. Todo me lo habían arrebatado.

Todo.

Me maldecía una vez y otra, cuando me quedaban fuerzas para imprecar en silencio, por esa decisión mía de salir en defensa de Ventura León, por haber cedido a la ternura de su esposa Lola, por haberme conmovido de aquella manera cuando la vi dándole de mamar a su hija, por ir al juzgado militar a interesarme por su suerte, por traspasar la línea casi nunca recta que marcaba mi cómodo anonimato. ¿Y en qué me había convertido ahora? En nada, en nadie. En un número. En un despojo, olvidado de todos. Vivía completamente aislado del mundo, de lo que había más allá de los muros alambrados. En la prisión, la desconfianza con que al principio me miraban los demás internos se había convertido con el paso de los días en una indiferencia hostil, que mi propia actitud retraída y apesadumbrada incrementaba. Y del exterior no sabía nada: ni una carta, ni una visita, ni una noticia… Tan preocupado por mi suerte, o más, estaba por la de mi madre: ¿habrían pagado con ella mis delitos, si es que estos existían? ¿La habrían acusado de complicidad? ¿Estaría presa en Ventas, la cárcel de mujeres?… Hasta ahí llegaban mis desvaríos. ¿Y Charo? ¿Cómo habría acabado su expediente de depuración? ¿La habrían encarcelado también…? Había perdido incluso la cuenta de los días que llevaba confinado en Porlier. Sentí que el mundo había decidido marcharse de mi vida y olvidarse de mí. Allí, en prisión, solo, completamente solo, la voz, cuando me salía, cuando tenía que responder a la pregunta de un carcelero, o entonar las estrofas del *Cara al sol* por las mañanas, en el patio, militarmente formados todos los presos, o cuando recitaba las salmodias de la misa matutina de los domingos, me brotaba rasposa como un chelo desafinado. Caminaba por el patio con la mirada perdida, dando vueltas como una hoja en manos de un viento feroz. Me sentía el alma hecha jirones. Y pese a la debilidad por la falta de una alimentación adecuada, o tal vez por eso, mis sueños estaban colmados de pesadillas que por las mañanas no podía recordar, pero que me dejaban más debilitado, más exhausto todavía. Echaba de menos

mi casa, el ambiente cálido y pulverulento del bufete, mis libros de derecho, el contacto con mis clientes, a los que ya daba por perdidos para siempre, aunque esta palabra, siempre, se me representaba ahora como un presente lacerante y nada más. «Siempre» era, allí en Porlier, solo hoy, solo la reclusión, solo la falta de futuro, solo la cárcel. No había nada más.

Hasta veinte días después de mi ingreso en prisión no recibí la primera visita.

* * *

Pensé que mi hora había llegado cuando, en la mañana de un día de principios de mayo extrañamente nublado, pero tan bochornoso que había hecho que me levantara de mi jergón chorreando sudor, el carcelero me apremió a seguirlo por los corredores húmedos de Porlier. Había oído comentar a los presos que, de vez en cuando, se llevaban a alguien y ya no volvían a verlo, y se susurraba que en los sótanos de la prisión se estrangulaba a reclusos a quienes no interesaba someter a juicio. Yo no quería creerlo, a mi mente de abogado le eran inconcebibles cosas como esas, pero eso era lo que se susurraba en el patio y las galerías. También se decía que había días en que llegaban camiones a la cárcel, en los que montaban a determinados presos que luego eran llevados al cementerio del Este para ser fusilados. «¿Había llegado mi hora? ¿Sin juicio? Pero todo eso ocurría por la noche, ¿no era verdad?». Miré por uno de los ventanucos y me cercioré de que era de día, quedé casi deslumbrado con la claridad de la mañana. «Y ahora es de día, ¿no es cierto?».

—¿Adónde vamos?

Lo pregunté con mansedumbre, sin un ápice de rebeldía, siguiendo como podía los largos pasos del guardián, como si ya estuviese resignado a una muerte inmediata. A una muerte absurda e injusta, pero a la que, en mi desesperación, sentía inevitable, cuando no bienvenida. La cárcel da eso: resignación, la asunción de que lo peor no va a pasar, sino que está pasando. «¿Adónde vamos?». Lo pregunté con el mismo tono de voz que si le hubiese

preguntado la hora o qué día de la semana era.

—Es sábado —respondió el carcelero.

—Ah, es sábado —susurré desconcertado. «¿Es que acaso había preguntado por el día que era y ya no lo recordaba?». Me estaba volviendo loco, con toda certeza.

—Y tienes visita.

Me detuve en seco en medio de ese pasillo inhóspito. Visita, tenía visita. Mi madre. Mi madre, al fin. ¡Estaba libre! ¡A ella no le había sucedido nada malo! Pero… No quería que mi madre me viese así, sucio, hundido, desesperado, hecho un desecho humano.

—Necesito… necesito… un poco de agua… peinarme… No… no puede verme así…

—¿Y tal vez el señor también quiera un poco de champán? ¿O un solomillo de ternera? —guaseó el celador—. ¡Vamos ya, pedazo de imbécil, no te pares y sígueme si no quieres llevarte un culatazo!

Dócil, reanudé la marcha en pos del carcelero mientras intentaba con las manos recomponerme el cabello pringoso y alborotado y arreglarme la ropa —la misma que llevaba cuando visité el juzgado militar preguntando por Ventura León, excepto mi Fedora, que se habría quedado en cualquiera de los calabozos que había pisado, o Dios sabría dónde—, sucia y arrugada. Cuando llegamos al locutorio me señaló un lugar ante la reja que separaba a los presos de las visitas. Llevaba la mirada clavada en el suelo, avergonzado. Que mi madre me viera así era la peor de las torturas que podían infligirme. Cuando levanté la vista, no fue a mi madre a quien vi detrás de la reja.

* * *

Habría jurado que el tiempo, esos casi tres años que habían transcurrido desde que no la veía, no había pasado para ella. Estaba tal como la recordaba: hermosa, delgada, joven, elegante. Vestía un traje negro, sin talle, que contrastaba con su piel blanca y con su cabello rubio castamente peinado, sin sombrero. Sobre el vestido sin adornos, una rebeca de lana blanca. Aunque se había

arreglado con mucho recato, como para no llamar la atención, su presencia allí era como un diamante en el estiércol. Creo que la estuve mirando un largo rato, como incrédulo, sin decir nada, sin pestañear, hasta el punto de incomodarla. ¡Estaba viva! ¡Había sobrevivido a la guerra! Los ojos se me llenaron de lágrimas. Hubiera dado años de mi vida por poder abrazarla entonces, besarla, tocar su piel, hablarle sin que nadie nos oyera. Al cabo, tuve que bajar la mirada, avergonzado de nuevo, más que antes todavía, buscando un agujero por el que deslizarme y desaparecer. Fui consciente, como en ningún otro momento desde que estaba en Porlier, de mi deterioro, del estado de bajeza física y moral a que me habían conducido unas circunstancias tan incomprensibles como implacables. Experimenté un mareo.

—Eduardo.

Pese a la alegría que experimenté, y el alivio, el tremendo alivio, al tenerla delante de mí, al saber que había sobrevivido al horror de la guerra, deseé salir huyendo, lo habría hecho de haber podido, me planteé llamar al carcelero para que me sacara del locutorio. Que, después de tantos años, Marisa me viera así, sucio, los rastros de la paliza recibida de los otros presos poco después de llegar a Porlier aún visibles en mi cara, era tormento peor, mucho peor, que si fuese mi madre la que se hallara al otro lado de los barrotes. Sentí cómo las lágrimas se derramaban por mis mejillas mal rasuradas, suave, silenciosamente.

—Eduardo —repitió ella mi nombre.

Su voz, la voz de Marisa, la que había sido mi novia desde los primeros años de ejercicio del derecho, fue, a pesar de su suavidad y de su limpidez, como un alud de barro que me sepultara aún más en la ciénaga infame en que braceaba. «Eduardo». Era solamente mi nombre. Pero yo lo percibí como una humillación. Estaba, esa voz, llena de conmiseración, de piedad, de lástima. Me obligué a hablar. Era peor el silencio.

—Marisa.

Y la mía, mi voz, fue débil como un último suspiro. Su eco, en ese mugriento locutorio colectivo de la cárcel, me trajo recuerdos adormecidos, recuerdos que había mantenido bajo una capa de

olvido para que no despertaran. Recuerdos que situaba en otra vida, distinta a esta de Porlier. Al final, no sé muy bien por qué, volví a recordar cada una de las palabras de aquella escueta nota que recibí la noche del 20 de julio del treinta y seis. «Querido Eduardo: mi padre teme por su vida después de las últimas noticias que se han producido y ahora mismo salimos para la embajada del Perú, allí nos han dicho que nos pueden refugiar. Te escribiré. Te quiero».

Entonces, cuando recibí esa breve misiva, me había preguntado cómo se podían armonizar esas dos palabras que contenían proposiciones opuestas. «Te quiero» y «Me voy». Como si ambas pudieran conjugarse en una misma declinación imposible. «Porque si me quieres, no te irías, ¿no? Tú no eres responsable de los actos de tu padre, ¿verdad?». Preguntas que me hacía en silencio cuando la ira por su marcha, por su desaparición, por el desconcierto que me rodeaba, por todo lo que estaba pasando en España, en Madrid, hacía que mi sangre, siempre tan calmada, hirviera de vez en cuando. Fueron esas cuestiones y muchas otras, preguntas infinitas para las que no tenía respuestas, las que, junto a la ausencia, hicieron que los sentimientos que hasta entonces había albergado hacia ella se fueran enmarañando, por más que la seguía echando de menos. Y cuánto.

Y, pese a todo, pese a aquellas preguntas sin responder, pese a la distancia, pese a la ausencia y los sentimientos confusos, ahí estaba ella, Marisa. Y me di cuenta de que los sentimientos del principio, de cuando fuimos novios, estaban reviviendo.

Allí estaba ella. Eso era en verdad lo importante ahora.

Allí estaba.

Hermosa, joven, indemne.

En Porlier.

Donde yo estaba.

Preso.

—No sé qué decirte, Eduardo —empezó, con la voz a punto de quebrársele e intentando que la mirada de sus ojos claros no se desviara de mi rostro, marcado por las moraduras y los puntos de las heridas.

—¿Qué pasó —le pregunté a Marisa en ese lúgubre locutorio de Porlier; y lo hice absurdamente, sin preámbulos, a bocajarro, como si la pregunta me hubiese estado quemando en los labios durante todo el tiempo de su ausencia— en diciembre del treinta y seis, Marisa? Dejé de recibir cartas tuyas entonces. Nadie sabía nada de ti en la embajada del Perú. ¿Por qué? ¿Adónde fuisteis? ¿Qué ocurrió?

Ella intentó sonreír. Adelantó una mano, como queriendo tocarme, pero se topó con el hierro mohoso de la reja y con el gesto brusco de uno de los guardianes que vigilaban las comunicaciones.

—Eso no es lo importante ahora. Lo que importa eres tú, solo tú, Eduardo. Saber qué va a pasar contigo, cómo te puedo ayudar, cómo hacer que regreses a casa.

—Sí, sí, Marisa. Y te lo agradezco en el alma. Pero ahora necesito saber qué pasó.

Ella asintió, me miró, sonrió ligeramente, o lo intentó al menos, se mojó los labios con la punta de la lengua. Esa lengua que yo tan bien había conocido.

—Pudimos escapar. De noche. Fue el grupo de Antonio Bouthelier quien nos ayudó a salir de la embajada y a escapar de Madrid por Vallecas. No te quiero cansar con el detalle de la peripecia, Eduardo, pero fue horrible, no te lo puedes ni imaginar. —«Horrible es esto, Marisa, ¿no ves dónde estoy?, ¿no ves dónde me encuentro?, ¿no ves la reja que nos separa?, ¿no ves la suciedad de mi piel? Esto sí que es horrible, y no aquello, esa huida nocturna de la embajada del Perú». Meneé la cabeza, intentando callar esas palabras que me rebotaban en la cabeza. Ella se dio cuenta, tal vez malinterpretó mi gesto, y preguntó—: ¿Te ocurre algo, Eduardo? ¿Estás mal?

—No, nada, nada, sigue, por favor.

—Pues eso, que fue horrible, y menos mal que los hombres de Bouthelier, que es un santo, mostraron un arrojo increíble. Más de una vez creímos que todo acababa ahí y que nuestros cuerpos iban a ser encontrados a la mañana siguiente en una cuneta. Pero pudimos llegar a Alicante, y desde allí a Marsella, en una torpedera

argentina, *Tucumán* se llamaba. A mediados del treinta y siete pudimos pasar a Burgos desde Francia. Y allí, en Burgos, hemos estado hasta hace unos días. Hasta que papá ha podido organizar el regreso. Pero ya está bien de hablar de mí. Eduardo. Ahora eres tú lo único que importa.

Asentí sin decir nada. Se me vino a la mente la imagen de mi padre, los giros que nos llegaban a Madrid durante la guerra puntualmente cada mes, posiblemente desde una zona controlada por Franco. «¿Por qué no me escribiste desde Burgos, Marisa?».

—No había comunicación postal entre Burgos y Madrid —se adelantó ella a esa pregunta mía no formulada—, supongo que lo sabes. No podía escribirte. Pero ni por un momento he dejado de pensar en ti.

—Lo he pasado muy mal pensando que…, no sé…, que te podía haber sucedido algo horrible.

—Lo sé, Eduardo, lo sé, créeme. Yo también he estado terriblemente preocupada por ti.

—¿Cuándo has vuelto?

—Hace poco más de una semana, Eduardo. Fui a tu casa enseguida, pero tu madre no sabía nada de ti.

—¿Cómo has sabido que estaba aquí?

—Durán, el abogado, tu colega. Ahora es de la Falange. Él me lo dijo. Vino a casa antes de ayer y me lo comunicó. Que estabas aquí. He venido en cuanto he podido, tenía que conseguir el permiso para verte, únicamente dejan entrar a familiares de los… de los presos.

Le costó pronunciar esa palabra. Durante unos segundos pareció buscar desesperadamente otra que pudiera definir mi situación, mas no debió de hallarla. «Presos».

—Sí, lo sé —dije—. Durán estuvo presente en el interrogatorio que me hicieron en la sede de la Falange, en la Puerta del Sol. No sabía que fuera falangista.

—Ni yo.

En el pequeño espacio que ocupábamos en el locutorio, atestado de conversaciones a media voz entre los reclusos y sus visitantes, de llantos amortiguados, de promesas y palabras de

esperanza, se hizo un resquicio de silencio. Fue Marisa quien no pudo soportarlo.

—¿De qué se te acusa? —lo quebró—. Durán no quiso ser muy explícito cuando se lo pregunté.

Esbocé una sonrisa cansada, tristísima. Pese a todo, era la primera vez que sonreía, que yo recordara, desde que llegué a Porlier.

—De rebelión —expliqué, con esa sonrisa exhausta y mínima aún en los labios y encogiéndome de hombros—. O de auxilio a la rebelión. No sé, no entiendo mucho la jerga del derecho militar. No sé nada más, ni cuándo será el juicio, ni cuáles las penas. Nada. Fíjate, ni siquiera sé quién es mi abogado. Tiene que ser un militar, por lo que parece. Y lo nombran ellos.

—Pero, Eduardo, por Dios, ¿qué has hecho para que se te acuse de rebelión? Tú nunca… —«Tú nunca te has comprometido con nada», pareció que fuera a decir. Pero dejó la frase colgada de ese precipicio de silencio—. Tú nunca has hecho nada malo —fue lo que dijo al fin.

—Sí, lo sé. Pero ya ves.

Le conté mi llamada a filas, mi tiempo en el frente de la sierra de Madrid, en la 37.ª Brigada Mixta del ejército republicano. La vida en el vivac, en las trincheras. Las cartas que escribía para las familias de mis compañeros de tropa que no sabían leer ni escribir. Y mi designación para dirigir el boletín del cuarto batallón.

—Creo que es por eso que se me acusa. Esos boletines militares servían para comunicar a la tropa las órdenes del mando, los partes de guerra, para distraerlos en el frente, pero también contenían consignas, artículos ideológicos y ataques furibundos al otro bando. De eso me responsabilizan, supongo.

—Virgen Santa. Deberías haberte negado, Eduardo.

—¿Negarme? Marisa, por Dios… Cuando estás en el ejército —proseguí, con enorme cansancio—, y más en guerra, son pocas las cosas a las que puedes negarte. O ninguna, mejor dicho. Hay que obedecer a todo o acabas delante de un pelotón de fusilamiento. Y la verdad, tampoco pensé que encargarme de coordinar un boletín inofensivo fuera a constituir un delito de

rebelión militar. —Volví a exhibir la sonrisa derrengada, pero pensé en el aspecto de mis dientes y apreté los labios enseguida. «¿Desde cuándo no puedo lavarme los dientes? ¿Cómo los tendré? ¿Negros como los de aquel quinto de axilas fétidas?»—. Ya sabes que cuando en la vida hacemos algo, solo pensamos en las consecuencias inmediatas, no vemos más allá. En mi caso, en el caso de todos los soldados, lo que nos preocupaba era escapar del frío de las trincheras, vivir alejados del frente, en la comodidad del vivac de la intendencia, huir del peligro. Y no pensamos en lo que está más allá de donde podemos ver. Pero, en fin, ya de nada vale quejarse, Marisa.

—Tenemos que sacarte de aquí, eso es lo primero.

—¿Sacarme de aquí? Y ¿cómo, Marisa? Esto no es la embajada del Perú, ¿sabes?

—Sí, claro, lo sé, lo sé. —Y ahora fue ella quien intentó sonreír, mas la sonrisa también le nació rendida, desangelada—. Pero puedo hablar con papá, Eduardo. Él conoce a mucha gente, está bien situado, tiene mano con muchas personas importantes. Por mí lo hará.

«Por mí lo hará». Yo nunca había sido santo de la devoción de Jenaro Villamón, el padre de Marisa, un irascible individuo de rancio linaje y centenares de hectáreas de tierra y labrantíos en Ciudad Real y Jaén. Jamás me había aceptado como novio de su hija. Menos aún como yerno. Un abogado civilista y jovenzuelo de escaso apellido y menos posibles no era lo bastante bueno para su hija, la última descendiente de una familia cuyos orígenes se remontaban a Felipe V y aún más atrás. Pero: «Por mí lo hará».

—Gracias, Marisa, pero no quiero crearte problemas.

—No puedo soportar verte aquí.

Una lágrima se deslizó silenciosamente por sus mejillas y sus labios temblaron. Deseé de nuevo tocarla, acariciarla, ¿desde cuándo no sentía el tacto suave de su piel en las yemas de mis manos?, ¿desde cuándo no la besaba?, ¿desde cuándo no la tenía?, ¿desde cuándo…?

—¿Qué sabes de mi madre?

—¿No ha venido a verte?

—No. Le he escrito en tres ocasiones, pero no he tenido respuesta. No sé si le llegan mis cartas.

—Sabe que estás aquí, yo se lo dije el otro día, cuando Durán me comunicó tu paradero. Supongo que estará haciendo gestiones para poder visitarte. Hoy mismo iré a verla de nuevo, a ver cómo puedo ayudarla en esas gestiones, no te preocupes, yo me encargo. ¿Necesitas algo más, Eduardo? ¿Algo que te pueda traer? He visto que venía gente con paquetes. ¿Hay algo que pueda hacer por ti? Te puedo traer comida, ropa… Dime, Eduardo, lo que sea.

«¿Me puedes traer mi antigua vida, Marisa? ¿Me puedes devolver lo que me han arrebatado?».

Pero no pude responder, porque uno de los carceleros anunció que el tiempo de las visitas concluía.

—No voy a consentir que la guerra acabe con lo nuestro, Eduardo —me dijo Marisa, en voz baja, tragándose las lágrimas, ya en pie delante de mí, antes de marcharse—. Vamos a recuperar el tiempo que hemos perdido, te lo juro. Te quiero, volveré pronto. No te olvides de que me tienes, de que yo estaré fuera peleando por ti, y de que voy a hacer lo imposible por sacarte de aquí. Te quiero. Te quiero. Adiós, Eduardo, adiós.

—Adiós, Marisa. Yo también te quiero.

Luego, en las apreturas de mi celda de Porlier, reflexioné sobre esas últimas palabras. Pensé en Charo Velarde. Pensé en Clara, la miliciana. Pensé en las otras mujeres que habían pasado fugazmente por mi vida desde que Marisa se marchara. Y pensé en Marisa, en los años que habíamos pasado juntos, en los muchos momentos de alegría, en los muchos ratos de felicidad. Y me dije al cabo que, en muchas ocasiones, al igual que el amor hacía pasar el tiempo, el tiempo hacía pasar el amor. Pero, pese a todo, concluí que sí, que no le había mentido, que tal vez era verdad lo que le había dicho: que quizá la seguía queriendo. Y que el tiempo había hecho languidecer ese amor, pero que no lo había agostado por completo.

Puse en la balanza los recuerdos hermosos de Marisa y el peso de su ausencia, de su silencio desde Burgos, el tiempo transcurrido.

La romana se inclinó indudablemente hacia el platillo de las

cosas hermosas.

Teníamos que conseguir que la semilla de nuevo floreciera.

Y yo, si la vida me lo permitía, no iba a escatimar ni un gramo de esfuerzo para lograrlo.

Eso.

Si la vida me lo permitía.

11

«¿Son ciertos los hechos que se le imputan?»

—Verá usted, quiero que me entienda: el proceso de la justicia militar no tiene nada que ver con el civil, o con el proceso penal de la justicia ordinaria. Es algo completamente diferente, tiene sus propias normas y sus propias fases. ¿Desea que se lo explique?

Me encogí de hombros. Contemplé al muchacho que se sentaba frente a mí, ante unos papeles arrugados en el locutorio que en la cárcel de Porlier se habilitaba para jueces y abogados. Tenía aspecto de muchacho, aunque supuse que no tendría más de veinticinco o veintiséis años, cinco o seis menos que yo. Se daba uno cuenta enseguida de que nunca había conocido ni las trincheras ni las estrechuras de la prisión. No obstante, se le veía más suelto, con más desparpajo, ya ni siquiera tartamudeaba. No como cuando, algún tiempo atrás —ni siquiera sabía con exactitud cuánto tiempo había pasado desde aquello—, lo conocí en las dependencias del juzgado permanente número 22, trabucándose en cada frase. Quise pensar que la presencia del capitán Querol lo intimidaba y de ahí que se trabase cuando hablaba delante de él. Hoy estaba solo, en el locutorio de la cárcel, y ya no se trabucaba. Era el teniente Palomares, el mismo que, en el infausto día en que me había presentado en el juzgado militar para interesarme por la suerte de Ventura León, me había recitado de memoria varios artículos del Código de Justicia Militar. Salvo su desembarazo y su dicción fluida, todo en él seguía igual: su pelo pajizo, su tez pálida mordisqueada por el acné, sus ojos claros que parecían querer escaparse del ámbito de sus pestañas. Ahora era el defensor que los

militares me habían asignado. No era —pensé cuando lo supe— lo peor que me podía haber sucedido, alguien que se sabe de memoria la ley no puede ser un inepto, aunque dudaba mucho que el teniente pudiera hacer nada por mí en aquella farsa.

—Se lo explico entonces —continuó Palomares, que tomó por asentimiento mi encogimiento de hombros—. Verá usted…

Y se enfrascó en una larga disertación sobre los principios y normas que regían la justicia castrense, en la que había tres tipos de procedimientos, el ordinario, el sumarísimo y el sumarísimo de urgencia.

—A usted, como a la inmensa mayoría de quienes en estos días están siendo objeto de procesamiento, se le aplicará el procedimiento sumarísimo. Bueno, se le aplicará, no: se le está aplicando ya.

Explicó a renglón seguido y con todo detalle que ese procedimiento sumarísimo, una vez que se confeccionaba el atestado en virtud de denuncia o de oficio, tenía una primera fase de instrucción, que era secreta y que, en mi caso, ya estaba prácticamente concluida, por lo que había podido saber medio de extranjis.

—Su caso me preocupa particularmente —pareció excusarse.

—Gracias.

—Siendo abogado…

Asentí en silencio y con desinterés. Si algo no me sentía allí en Porlier, era abogado. Y, además, no confiaba ni tanto así en la justicia militar. Lo había dicho Platón y lo aprendíamos en la facultad, en Historia del Derecho: la peor clase de justicia es la justicia simulada. Y aunque desconocía los trámites y los pormenores de la justicia militar, todo en ella me sonaba a farsa, a simulación. Palomares me expuso a continuación que por parte de la Capitanía General ya se había designado hacía semanas al juez encargado de instruir mi causa, un coronel del Cuerpo Jurídico llamado José Manuel García-Quílez.

—¿Qué tal es ese juez? —pregunté, interesándome por primera vez en la prolija exposición del teniente Palomares.

—Habitualmente, los defensores no tenemos mucha relación

con los jueces que instruyen los procesos. No le puedo decir con certeza. Pero, por lo que se comenta en el juzgado, no ha sido usted en exceso desafortunado. Se dice que es un hombre inteligente, técnicamente preparado, cordial y benévolo.

—Está bien.

E hice un gesto de apatía. Ya no confiaba en nadie. No podía confiar en un sistema que me tenía preso en Porlier por el nimio hecho de haber coordinado el boletín de un batallón republicano durante la guerra. No en nadie que fuese parte de ese sistema. Salvo en Palomares, tal vez. Solo tal vez.

—Como le decía, ha sido el coronel García-Quílez quien se ha encargado de instruir el sumario: habrá tomado declaración a los testigos; habrá pedido informes de su conducta político-social al Ayuntamiento de Madrid, al párroco de su domicilio, al SII, el Servicio de Información e Investigación de la Falange, al SIPM, etcétera. Todos esos informes serán considerados pruebas documentales. Y luego…

—Un segundo, teniente —lo interrumpí—. ¿Por qué utiliza usted el futuro compuesto? «Habrá tomado… Habrá pedido…». ¿Me quiere decir que no conoce lo que se ha tramitado en el sumario? ¿Que no ha tenido acceso a él?

—Por supuesto que no. La fase sumarial es secreta, como ya creo haberle dicho antes.

Negué sin palabras, incrédulo.

—¿Me quiere usted dar a entender que no conoce las pruebas que se han acopiado contra mí?

—Claro que no. Como le digo, la defensa no tiene acceso al sumario.

Cerré los ojos y dejé caer la cabeza. La moví luego de derecha a izquierda, sin dar crédito a lo que oía. «No puede ser, esto es peor de lo que imaginaba —musité, abatido, descorazonado—, ¿en qué mundo vivimos? Estamos en el siglo XX, santo cielo, ¿cómo puede estar pasando esto?».

—Co… como le de… decía —prosiguió el teniente auditor; pareció que mi desaliento, visible en mis ademanes y mis palabras, había hecho mella en su confianza y le había hecho regresar el

tartamudeo. Pero fue solo un instante. Enseguida recuperó su anterior fluidez, aunque la voz le sonaba ahora menos segura—, una vez que todo eso se produce y la instrucción finaliza, el juez dicta auto de procesamiento y después le recibe declaración indagatoria. Y creo que eso se llevará a cabo en los próximos días.

—¿Me conducirán al juzgado? —pregunté, repentinamente esperanzado. Escapar del agujero infecto de Porlier, aunque solo fuese por unas horas, se me antojaba una aventura maravillosa.

—No, no, será el coronel García-Quílez quien venga aquí. Como le digo, y creo que no me equivoco, pues todo va muy rápido, eso será en los próximos días. Así que será mejor que el tiempo que nos resta de esta entrevista lo dediquemos a preparar esa declaración indagatoria suya.

—¿Estará usted presente en la declaración?

—No. —Suspiró y levantó la vista de sus papeles—. Lo dispone el artículo 378 del Código de Justicia Militar. —Y recitó de memoria—: «El defensor intervendrá en las actuaciones del plenario y deberá ser citado por el juez instructor para su asistencia a las mismas». ¿Lo ve usted? Únicamente puedo intervenir en la fase de plenario, pero no en la sumarial. Y tenga usted en cuenta, además, que nos hallamos ante un juicio sumarísimo, y que entonces rige el artículo 658. Que viene a decir —resumió, rehusando citar textualmente su contenido al observar mi gesto de hartura— que una vez que el fiscal plantee su acusación, me dejarán tres horas para leerme el sumario.

No podía ser cierto.

—¿Tres horas? —inquirí, escandalizado.

—Justo. Tres horas. Pero puedo venir a visitarlo cada vez que quiera, y en estas entrevistas podemos preparar su defensa. —Él mismo debió de sentirse incómodo por todo lo que me estaba contando, puesto que añadió enseguida—: Mire usted, Peña, sé que es usted abogado y que todo esto le sonará a chino. Un sumario secreto, una declaración sin abogado, que la defensa no conozca el sumario hasta pocos días antes del juicio, que solo disponga de tres horas para examinarlo… Lo sé. Todo esto es nuevo para usted. A mí también me costó acostumbrarme. Pero así son las cosas y

tenemos que jugar con las reglas que nos han dado. No nos queda otra, de verdad. El Código de Justicia Militar no lo hemos inventado nosotros. Está en vigor desde finales del siglo pasado.

—Ya. Pero es que nosotros estamos ahora en el segundo tercio del siglo XX, teniente.

—¿Desea que preparemos su declaración o no?

—Como usted quiera.

La verdad es que me daba igual. A la vista de lo que me había relatado, lo daba todo por perdido.

—¿Son ciertos los hechos que se le imputan?

—¿Qué hechos? Si no los sabe usted, ¿cómo quiere que los sepa yo?

—Póngamelo fácil, Peña, se lo ruego. Yo solo intento hacer mi trabajo lo mejor posible. Soy abogado, como usted, y me figuro por lo que está pasando. —Bajó la voz—. Y lo lamento de veras. Pero yo no estoy aquí por gusto, me encantaría estar ahora en mi tierra, en Salamanca, donde estudié y donde podría estar trabajando en el bufete de la familia. Pero la guerra nos ha cambiado la vida a todos y a mí me ha tocado estar aquí, destinado en Madrid y defenderlo a usted. Y quiero hacerlo de la mejor manera, dentro de las dificultades que todo defensor encuentra en un consejo de guerra. Ayúdeme, por favor. Se estará ayudando usted mismo.

Miré fijamente al teniente. Su cara pálida se había coloreado con la perorata. Palomares me sostuvo la mirada, algo ansioso, expectante. Contemplé su uniforme militar, sus insignias del Cuerpo Jurídico, y dudé.

—Mire usted —continuó Palomares, y bajó la voz una octava más, acercándose a la reja que nos separaba; debió de haberse apercibido de mi vacilación, de que no acababa de creer esas palabras de que estaba de mi lado—. De verdad que estoy de su parte. Puede confiar en mí. Sé que muchos de mis colegas creen que la defensa de los presos por delitos relacionados con la guerra es un trámite, hay quien piensa que ni siquiera deberían tener derecho a un juicio, que la mayoría debería ser fusilada sin más. Pero yo no soy de esos, créame. Yo soy, y no soy el único, de quienes consideran que todos tienen derecho a un juicio justo y no

a una simple pantomima. Pero no puedo hacer nada si usted no me ayuda.

Suspiré con cansancio.

—Yo ni siquiera debería estar aquí —dije.

—No lo sé, posiblemente no, pero el hecho es que está, y que si no se defiende, va a seguir estándolo, y a saber por cuánto tiempo.

Fruncí los ojos, bajé la cabeza y me di un tiempo para pensar. Al cabo concluí que no me quedaba más remedio que confiar en el defensor que se me había asignado, en ese teniente Palomares. Me dije que podría haber sido peor, que podría haberme tocado otro, uno de esos de los que había hablado, de esos que pensaban que los presos ni siquiera teníamos derecho a un juicio. Asentí.

—Está bien. ¿Qué quiere usted saber de mí?

—Todo. Para defenderlo, necesito saber todo.

Inseguro, pero rumiando que ese teniente joven y rubio que se sentaba ante mí constituía posiblemente mi única esperanza, comencé a desgranar con frases cortas mi vida de antes de la guerra, mi reclutamiento, mi estancia en el frente, mi nombramiento como coordinador del boletín *Luchemos*, mi breve ascenso a la tenencia militar, mi accidente con el camión que nos llevaba a Madrid con unos días de permiso, las heridas, las operaciones, las secuelas, mi licenciamiento, lo que había pasado en el edificio en el que vivía, mi decisión de interesarme por Ventura León. El dolor de la pierna herida se me acrecentó con todos aquellos recuerdos.

—Como ve, para mí la guerra duró solo unos meses. Lo demás ya lo sabe usted —concluí, derrengado.

—Necesito el nombre de personas que puedan declarar a su favor en el juicio —me solicitó el teniente Palomares—. Personas, lógicamente, que puedan hacer un buen papel ante el tribunal militar, ya me entiende.

Esas simples palabras me enfrentaron de nuevo al páramo de mi vida. Mi madre, que ya había venido dos veces a visitarme en Porlier y que se deshacía en lágrimas nada más verme encerrado. Charo Velarde, que no había venido a verme, no se lo habrían

permitido, seguramente. Y Marisa. Su padre, tan bien relacionado. Le di a Palomares sus nombres y la forma de ponerse en contacto con ellos. De Roberto Calero no hablé, para qué, con sus antecedentes.

—¿Alguien más?

—Nadie más.

—Bien. Pues esto es lo que tenemos y con esto es con lo que habremos de pelear. Volveré a visitarlo, en cuanto sepa algo más del sumario y del proceso. No desespere, por favor, confíe en mí.

—¿Cuándo conoceré las penas que se me solicitan, teniente?

—Pronto, en cualquier momento. Una vez que el juez instructor le reciba declaración indagatoria, se dictará auto de conclusión del sumario, tras lo cual las actuaciones pasarán al fiscal para que formule su escrito de acusación. Entonces sabremos las penas que se le piden y entonces podré conocer el contenido de la causa.

Cuando el teniente Palomares, con una sonrisa tímida y su vieja cartera llena de papeles en la mano, se despidió de mí, regresé a las entrañas de Porlier. Hacía en esos días un calor que pegaba la ropa al cuerpo. Por encima de los muros del patio, el sol, ambarino y rutilante, contemplaba impertérrito cómo la vida discurría tropezando las horas las unas con las otras.

* * *

En su segunda visita a la cárcel, en cuanto supo que podía hacerlo, mi madre, junto con su angustia y sus lamentos, me había traído ropa. Esa mañana vestía un pantalón gris de franela fina y una camisa blanca con las mangas arremangadas. En cuanto el juez militar me vio aparecer por el compartimento donde me aguardaba, me contempló con mal disimulado interés. Mi vestimenta pulcra, mi cabello bien peinado pese al sudor y mi aspecto aseado para lo que se estilaba en la cárcel debieron de concitar su atención. Apretó levemente los párpados, se acarició el mentón perfectamente rasurado y giró mínimamente la cabeza como si así me pudiera vislumbrar mejor. Se ajustó luego las gafas

de montura metálica sobre la nariz recta y algo afilada.

—¿Eduardo Peña?

—Sí.

—¿Peña Velázquez?

—Sí.

La voz del juez instructor, el coronel José Manuel García-Quílez, alto y en forma, elegantes gafas de montura dorada, pulsó grave y cadenciosa en el locutorio. Tenía el cabello espeso y canoso, aunque no tendría ni cincuenta años. Se decía que la guerra, con tantos muertos, había adelantado los ascensos.

—Siéntese, siéntese, hijo —me invitó, pues yo había permanecido de pie después de entrar en la estancia.

Miré con cierta desconfianza al coronel, que vestía un uniforme impoluto y se había quitado la gorra, que descansaba en la mesa, y fijé luego mi atención en el auxiliar que lo acompañaba, un hombre de mediana edad con galones de cabo que ya tenía dispuestos folios y plumas delante de sí. Me senté. Limpié con la palma de la mano invisibles motas de polvo de la superficie de la mesa.

—Gracias… —Iba a decir «señoría», mas no supe si ese tratamiento era adecuado para un juez militar—. ¿He de llamarlo señoría —pregunté— o coronel?

García-Quílez sonrió. Tenía gesto magnánimo. Sin embargo, si algo había aprendido en Porlier, era a no fiarme de nadie.

—Con coronel va bien. Y ahora, si le parece, comencemos. Para que aquí el cabo Escalante lo pueda hacer constar, díganos su nombre y apellidos, fecha de nacimiento, domicilio, profesión y estado civil, por favor.

Lo hice, y luego fui respondiendo a las preguntas introductorias que el coronel auditor me fue formulando con tono monótono. Tardó casi diez minutos en ir al grano. Me preguntó por mi reclutamiento en la 37.ª Brigada Mixta, por los nombres de los mandos, por las acciones de guerra en las que participé, por la zona del frente que cubrió mi batallón y por detalles que me parecieron triviales de mi tiempo en el ejército de la República. Al cabo, extrajo de su maletín unas hojas impresas dobladas, las

desdobló y me las exhibió. Era uno de los números del boletín *Luchemos*.

—¿Dirigió usted este pasquín?

—Únicamente durante un breve tiempo.

Leyó un párrafo de su primera página:

—«Este ha de ser el año de la victoria. Para que lo sea hay que redoblar nuestro esfuerzo, centuplicar nuestras energías, pensar tan solo en el triunfo, en acabar con las tropas facciosas, con cada uno de sus soldados, con cada uno de sus mandos, que fusilan a nuestros hombres, violan a nuestras mujeres y esclavizan a nuestros niños. Hemos de poner a contribución toda nuestra voluntad para vencer. La victoria se consigue con un ejército bien organizado y nuestro batallón ha de demostrar que es el primero en disciplina, en capacidad, en bravura y en lealtad antifascista. Cada soldado un número, no. Cada soldado, un hombre. Pero un hombre digno, fuerte, animoso, que cumpla con su deber, que confíe en quienes le mandan y que dé para la victoria su entusiasmo, sus ideas libertarias, sus convicciones, su cariño y su vida. Solo así podremos conseguir que este año sea el año de la victoria, de la gran victoria sobre el fascismo. ¡Muerte a los facciosos! ¡Muerte a Franco! ¡Vida a la República! ¡Salud, camaradas!».

Cuando finalizó la lectura, dobló cuidadosamente el boletín y volvió a guardarlo. Levantó la vista entonces.

—¿Escribió usted el texto que acabo de leerle?

—No.

—Nadie firma el…, digamos, artículo. Y si nadie lo firma, es que el director de la publicación se responsabiliza de él, ¿no?

—No lo sé. Yo no lo escribí. Ni siquiera recuerdo haberlo leído. Es todo lo que le puedo decir.

—Ya. Y si no lo escribió usted, ¿quién lo escribió?

—Tampoco lo sé.

—¿No lo sabe?

—No. Cada semana nos llegaban textos desde el Comisariado del batallón o desde el Comisariado General que teníamos que publicar. Eran las órdenes. No podía negarme.

Continuó formulándome preguntas y yo seguí contestando de la misma forma a cada una de ellas: «No lo sé». Leyó otros varios artículos de otros tantos boletines, en los que se contenían dicterios hacia Franco y hacia los soldados del ejército nacional. Ninguno los había escrito yo.

—Mire usted, hijo —dijo el coronel cuando se quedó sin preguntas que hacerme; se quitó las gafas y se masajeó el tabique de la nariz—, me ha dicho que es usted abogado, así que supongo que sabe a lo que se enfrenta. Por cosas como las que voy a verme obligado a imputarle, muchos han sido condenados a penas que ni siquiera querría usted saber. Frases como las que le he leído son consideradas por los tribunales como constitutivas de auxilio a la rebelión, en el mejor de los casos. Si no de algo peor. Así que, si sabe usted algo que pueda ofrecernos, o que sirva para hacer ver que está usted arrepentido y dispuesto a colaborar, le aseguro que le sería de gran ayuda.

Se quedó en silencio. Se colocó de nuevo las gafas y fijó sus ojos de miope en mí. Yo, que había escuchado al coronel con un estremecimiento, negué con la cabeza. Pensé qué decir y cómo decirlo. Tenía un nudo en la garganta y me costaba hablar.

—Óigame, mi coronel —dije finalmente—, no tengo alma de héroe. Si en verdad supiera algo de lo que usted me pregunta, no dude que se lo diría. Estuve apenas dos o tres meses encargándome de ese dichoso boletín del batallón, e hice lo que me ordenaron. Lo que escribí de mi cosecha fue algo inofensivo. Nada de lo que usted me ha leído lo escribí yo. Publiqué lo que me ordenaron publicar, y ya está. No soy político. No soy un revolucionario. No soy anarquista, ni marxista ni nada por el estilo. Soy una persona de orden. No auxilié ninguna rebelión. —«¿Cómo voy a auxiliar a ninguna rebelión —pensé—, si fueron ustedes precisamente quienes se rebelaron?». No expresé con palabras ese pensamiento, por supuesto—. Soy solo un abogado, coronel, y, como tal, conozco el valor de la legalidad, del orden y de las normas que rigen la convivencia. Jamás se me ocurriría violentarlas. Nunca milité en ningún partido político, ni de izquierdas ni de derechas, ni en ningún sindicato. Acudí a filas porque mi quinta fue llamada. Nada

más que eso. Lo que le he dicho es lo que sé, y no puedo decirle lo que no sé, lo que desconozco. Y estoy seguro de que no querrá usted oír de mis labios ni embustes ni fabulaciones. De verdad que lo ayudaría si pudiera, pero no puedo, lo lamento. De verdad.

Un silencio espeso se hizo en el locutorio. Apenas si se oyó durante unos instantes fugaces el rasguear de la pluma del cabo Escalante, que acababa de escribir lo que quisiera que estuviese escribiendo. El coronel García-Quílez frunció los labios y sonrió con cierta tristeza.

—Yo también lo siento. —Se levantó, aguardó a que yo firmase la declaración indagatoria, metió sus papeles en el maletín, se encasquetó la gorra, asió la cartera y me miró—. Que Dios le acompañe, muchacho.

12

Consejo de guerra en las Salesas

Tiempo después, recordaría los siguientes días como una de las épocas más frenéticas de mi vida, que, hasta entonces, lo había sido bien poco. Todo sucedió en apenas dos semanas, con una celeridad insólita para alguien como yo, acostumbrado a la parsimonia de la justicia civil. Unos días después de la declaración indagatoria, recibí la visita del teniente Palomares, que me preguntó cómo había ido mi entrevista con el juez instructor. Estaba nervioso, supuse que por la proximidad del juicio, aunque apenas si tartamudeaba. También contento, después de haber conocido el auto de imputación.

—No lo sé. Me limité a responder a lo que me preguntaron y a decir la verdad. Nada más.

—El coronel García-Quílez es un buen hombre —me explicó—, en su auto de conclusión del sumario ha excluido expresamente el delito de rebelión.

—¿Sí?

—Pues sí, y es una buena noticia. Además, no es algo frecuente, se lo adelanto. Casi todos los jueces instructores incluyen por norma el delito de rebelión militar en sus resoluciones, y que luego el tribunal decida. Algo ha debido ver el coronel en usted.

No pude compartir el contento de Palomares. Lo que corría por mis venas era terror líquido. La cercanía del juicio, su inmediatez, que a Palomares estimulaba, a mí me horripilaba.

En su siguiente visita, me comunicó, de una sola tacada y sin

preámbulos que, tras la conclusión del sumario por parte de García-Quílez, por la Auditoría de Guerra se había ordenado la continuación del procedimiento y la apertura de la fase de plenario. El fiscal, cargo para el que había sido designado un capitán auditor apellidado Jacinto Pavón, había presentado su escrito de acusación. Lo leyó, tartamudeando de vez en cuando:

—«El fiscal, ex… examinadas detenidamente estas actuaciones, resulta que el procesado, con motivo de su ser… servicio en la 37.ª Brigada Mixta del ejército rebelde, fue el encargado de propagar ideas anarquistas, comunistas y revolucionarias mediante el boletín *Luchemos* que quincenalmente se publicaba en el batallón rojo en el que servía. Con ese motivo, el acusado prestó asistencia al poder ilegítimo del ejército republicano y difundió ideas contrarias al glorioso Movimiento Nacional. Asimismo, el procesado ha prestado en todo instante su adhesión al Gobierno de la República y consideró lícitos sus poderes actuantes. En virtud de lo cual concluyo, por el Caudillo Francisco Franco: 1.º Que se ha cometido el delito de auxilio a la rebelión militar previsto y penado en el artículo 240 del Código de Justicia Militar. 2.° Que de dicho delito es autor el procesado Eduardo Peña Velázquez, teniente del ejército rojo. 3.° Que a su ejecución no han concurrido circunstancias agravantes ni atenuantes. 4.° Que debe condenarse al procesado Eduardo Peña Velázquez a la pena de reclusión temporal, por tiempo de doce años y un día, con las accesorias de privación de empleo y pérdida de grado, sin abono de la prisión pre… preventiva».

Cuando acabó de leer, me tendió el pliego, por si yo quería examinarlo por mí mismo. Negué con la cabeza. Me quedé mirando al teniente, que a su vez me contemplaba con un gesto impenetrable, aguardando mi reacción. Sus palabras retumbaban en mi cerebro una vez y otra: «… reclusión temporal por tiempo de doce años y un día…, reclusión temporal por tiempo de doce años y un día…». Ni siquiera era capaz de atisbar un horizonte tan lejano. «¿Cuántos meses son doce años? ¿Cuántas semanas? ¿Cuántos días?…». Fue un desconcierto total. Las esperanzas que el teniente Palomares me había trasladado se quedaron ahora en un

limbo inasequible. ¡Doce años!

—Así pues, esto es lo que tenemos. Sé que le será difícil compartir esto que le digo, pero la verdad es que puede usted considerarse afortunado, Eduardo —me aseguró el teniente Palomares. Creo que fue la primera vez que me llamó por mi nombre de pila.

—¿Afortunado? —Así los barrotes del locutorio con ambas manos, hasta que los nudillos se me blanquearon—. ¡Me piden doce años, teniente, por Dios!

—Afortunado, por supuesto —insistió el teniente auditor, al mismo tiempo que asentía con la cabeza; su flequillo rubiasco amenazó con desbocarse de su pulcro peinado—. A presos en las mismas circunstancias que usted se les ha considerado autores del delito de rebelión militar, y se les ha solicitado pena de muerte. Dele gracias al coronel García-Quílez. Además, sospecho que alguien ha debido de hablar en su favor. Y alguien influyente, sin duda. Pues solo le piden…

—¡¿«Solo», teniente?! —volví a interrumpirlo, y él a cabecear —. ¡Estamos hablando de doce años de mi vida!

—Sí, «solo», Peña. El artículo 180 del Código de Justicia Militar establece que la pena de reclusión puede ir de doce años y un día a veinte años. Por tanto, se le solicita la pena mínima. Es para estar contento.

—¡Para estar contento, por Dios! ¡Doce años!

—Que no tienen por qué ser doce, sépalo usted. Pueden entrar en juego circunstancias eximentes o atenuantes, que rebajarían, estas últimas, la pena a imponer.

—Vamos a ver, para que yo sepa a qué me enfrento. Si me piden doce años, ¿la pena a que me sentencien puede ser mayor? Es decir, ¿me puede condenar el tribunal a más tiempo de prisión que el que pide el fiscal? Y, por favor, dígamelo con palabras concisas. No hace falta que me recite usted ningún artículo de corrido, teniente.

—La pena de reclusión temporal —me explicó Palomares, algo turbado ahora—, como le he dicho, va desde doce años y un día a veinte años. Es la gradación que ha de tener en cuenta el

tribunal. La única, con independencia de lo que pida el fiscal. Dentro de ese margen, puede imponer la pena que tenga a bien. Pero no se preocupe usted, lucharemos por su absolución y, en cualquier caso, plantearemos circunstancias atenuantes, como acabo de adelantarle.

Cerré los ojos con desesperanza. Volví a abrirlos.

—¿Qué circunstancias atenuantes relaciona el Código de Justicia Militar?

—¿No confía usted en la absolución?

—¿Alguna vez le han absuelto a un defendido suyo?

—Bueno…, no. La verdad es que no.

—Respóndame entonces, se lo ruego.

—Bueno, en materia de agravantes y atenuantes, el Código Militar se remite al Código Penal ordinario. Y ahí, en sus artículos 8 y 9, podemos encontrar, por ejemplo, la circunstancia de obediencia debida, que puede ser incluso una eximente, o la de no haber tenido el reo intención de causar mal tan grave, etcétera. —Intentó sonreír tímidamente, se veía que yo le caía bien y estaba intentando por todos los medios apaciguarme e infundirme una chispa de tranquilidad y de esperanza—. Es decir, que tenemos varias posibilidades a las que acogernos.

—Está bien. Confiaré en usted —aunque en el tono de mis palabras no había ni pizca de confianza, y no por el teniente, que me parecía una buena persona, que estaba realmente implicado en mi defensa y que estaba siendo amistoso y tolerante conmigo, sino porque no creía en esa justicia en cuyos engranajes ahora me veía enredado—, no me queda otra. Le agradezco el interés que pone, teniente, de verdad.

—Es mi trabajo, Eduardo. —De nuevo mi nombre de pila y, por la forma en que me miró, comprendí que, aunque era una persona preparada y diligente, lo estaba siendo especialmente conmigo.

—Lo sé, pero gracias, de verdad —repetí. Y pregunté—: ¿Cuándo será el juicio?

—¿El consejo de guerra? En cualquier momento. Pasado mañana me han citado para examinar el sumario por el tiempo

legal. Las tres horas de que le hablé. Aunque después, en la práctica, suele ser más tiempo: casi una mañana entera, probablemente. Pero ahora debemos ver qué pruebas propondremos a su favor. Tenemos que pensar qué testigos podrán hablar bien de usted, ver cuándo puedo hablar con ellos, saber qué documentos podremos usar, qué hechos sobre los que incidir, a quién pedir informes. Vamos a ello, ¿le parece?

* * *

El consejo de guerra fue señalado para el día 28 de junio de 1939, miércoles. No llevaba para entonces ni dos meses en Porlier. Me enteré de su celebración ese mismo día, cuando un guardián, a primera hora de la mañana, me avisó de que me preparara para una conducción. Después, el teniente Palomares me informó de que él se había enterado la noche anterior y por eso no había podido cursarme aviso.

En Madrid actuaban en esos tiempos varios consejos de guerra permanentes, que celebraban tanto procesos sumarísimos como sumarísimos de urgencia. Juzgaban entre doscientas y trescientas personas diarias, contra más de la mitad de las cuales los fiscales solicitaban la más irreparable de las penas. A mí me correspondió el consejo de guerra permanente número 8, que celebraba sus sesiones en el palacio de las Salesas. Ni siquiera tuve un juicio para mí solo. Conmigo, en una misma vista, fueron juzgados otros veintidós presos de Porlier, entre ellos el comandante de artillería Ricardo Satrústegui y el coronel Sánchez del Hoyo. Especialmente sangrante era el caso de este último, que desmoronó las poquísimas esperanzas que albergaba de tener un juicio justo: Sánchez del Hoyo había estado destinado en el Estado Mayor del ejército en julio del treinta y seis; tras la sublevación, se mantuvo escondido hasta octubre, en que fue llamado al Ministerio de la Guerra y nombrado jefe del Servicio de Municionamiento del ejército republicano del Centro. Pese a que durante la vista su abogado, un teniente auditor nombrado Escudero, consiguió demostrar que había facilitado información a los servicios de inteligencia de

Franco sobre los suministros republicanos de municiones y que en enero del treinta y siete había provocado que los morteros de 50 mm que iban a ser enviados al frente de Guadalajara acabaran inutilizados, fue finalmente condenado a tres años de prisión por adhesión a la rebelión. «Las actividades clandestinas del acusado en beneficio del Movimiento Nacional no pueden ocultar la realidad de los dos años de servicio prestados en el ejército rojo», así rezaba en la sentencia que dos días después del juicio llegó a Porlier. Después de eso, ¿qué podía esperar yo?

El consejo de guerra comenzó a las diez de la mañana de ese miércoles canicular. A pesar de los altos techos de la sala donde se celebró la sesión, sudábamos los presos, sudaban los fiscales, sudaban los defensores, sudaba el público y sudaban los jueces. El sudor era lo único que unía a todos quienes nos hallábamos en la imponente sala. Estaba atestada de público, familiares y amigos de los acusados, sobre todo. Allí estaba mi madre, Roberto Calero, a quien me sorprendió ver, y libre, pues lo hacía preso o huido, ya que no me había visitado en la cárcel; estaba más delgado y peor vestido; y, en un rincón, Charo Velarde, más pálida de como la recordaba, pero igual de madura y hermosa. Marisa no estaba en la sala, entre el público. La vista comenzó cuando los tres jueces castrenses hicieron su entrada en la sala y ocuparon sus sillones en el alto y labrado estrado. Al ser proceso sumarísimo, solamente había tres jueces, presidente y dos vocales, en vez de los cinco de los procesos ordinarios. El secretario dio lectura a los cargos, trámite que duró más de una hora, pues se leyeron los de todos los acusados. Por parte del fiscal, y en lo que a mí atañía, no se llamó a testigo alguno: todas sus pruebas contra mí, salvo mi interrogatorio, que sí pidió, fueron documentales: mis declaraciones ante el SIPM y el juez instructor, los informes recabados de la parroquia de San Ginés, del Ayuntamiento de Madrid, del Colegio de abogados y de la policía, mi expediente militar y tres ejemplares del boletín *Luchemos*. En ninguno de esos documentos, excepción hecha de la revista, se hallaba dato que agravase de forma destacable mi situación. Más bien al contrario, pues el párroco de San Ginés había escrito de mí que «era un

hombre tímido, ordenado y pulcro que, aunque no había frecuentado la iglesia antes del glorioso alzamiento, estaba bautizado y confirmado, acudía a misa en las fiestas solemnes y había recibido una buena educación de su madre, doña Carmen Velázquez Serrano, ferviente católica y devota feligresa de la parroquia». Vi la mano, o las súplicas, de mi madre en ese informe parroquial. La miré mientras se daba lectura al testimonio y le agradecí en silencio lo que hacía por mí. Ella me dedicó una sonrisa llorosa.

—¿Ha escrito usted esto? —me preguntó el fiscal togado en mi interrogatorio. Exhibía en su mano diestra un ejemplar del boletín *Luchemos*. Previamente me había interrogado por mi vida antes de la guerra, por lo que había hecho durante ella, por mi llamada a filas con mi reemplazo, por todo cuanto se le ocurrió. Había respondido lo mejor que había podido. Y no lo debí de hacer del todo mal, pues Palomares me miraba con aprobación y de vez en cuando había sonreído y asentido con la cabeza.

—La mayor parte de lo que está escrito en esa revista, y en las demás que tiene usted sobre su mesa, señor fiscal —respondí, intentando mantener la compostura—, no lo he escrito yo, en absoluto. Durante los pocos meses que estuve en el batallón, apenas si escribí tres o cuatro artículos, y todos inofensivos, a mi entender.

—¿Reconoce haber dirigido entonces este libelo? —prosiguió, aún sosteniendo en la mano alzada la revista.

—Me ordenaron que lo hiciera. No podía negarme.

—¿Es usted consciente de que aquí —y volvió a menear la revista como si fuese un abanico— se contienen artículos que exhortaban a la guerra a los soldados rojos y a matar a los bravos soldados españoles?

—No escribí nada en ese sentido, señor.

—¿Y sabe que aquí —y volvió a enarbolar el pasquín— se contienen gravísimos insultos hacia el glorioso alzamiento nacional, hacia nuestro Caudillo, hacia el ejército invicto de Franco?

—Creo que solamente soy responsable de lo que escribí, no de

lo que otros escribieran.

—¡Pero usted accedió a insertar esos escritos injuriosos en esta… en esta… en esta revista!

—No podía negarme —e intentaba en mis respuestas mantener la dignidad y no suplicar ni derrumbarme—, me hubiesen fusilado, señor fiscal.

—¿Y es que es su vida más preciosa que la patria, que su honor y que la victoria sobre el comunismo?

No esperaba esa pregunta del fiscal togado. Durante unos segundos no supe qué responder.

—No tengo alma de héroe —dije al fin—. Lo siento.

El fiscal me arrojó un gesto de desprecio.

—No hay más preguntas.

Por parte del teniente auditor Palomares se propuso un único testigo.

—¿Quién es su testigo, teniente? —preguntó el presidente del tribunal, un teniente coronel togado.

—Doña María Luisa Villamón y Álvarez-Cuevas.

No por saber que comparecería como testigo, pues así me lo había dicho el teniente Palomares, que había descartado a mi madre —«No es capaz de decir dos palabras seguidas sin echarse a llorar, Peña», me había explicado—, dejé de sentir una fuerte emoción. Emoción que se multiplicó cuando vi a Marisa avanzar por la sala, repiqueteando sus zapatos de tacón sobre las losas de piedra, elegantemente vestida con un vestido azul entallado y sin apenas maquillaje. Y también ternura, agradecimiento y preocupación. Ternura y agradecimiento porque sabía lo mucho que a Marisa, siempre orgullosa, le iba a costar comparecer como testigo a favor de la defensa en esa sala repleta de presos y exponerse al escrutinio posiblemente despectivo de quienes, como el fiscal o los jueces castrenses, podrían ser sus iguales; y preocupación porque desconocía el daño que esa comparecencia podía causar a la propia Marisa y a nuestra relación. A ella, porque no sabía cómo su padre, irascible, arrogante, iba a reaccionar cuando se enterara del paso que su hija había dado. Y a nuestra relación, a lo que todavía existiera entre nosotros en las dramáticas

circunstancias que habíamos vivido y seguíamos viviendo, porque era consciente de que los gestos misericordiosos se convertían en muchas ocasiones en créditos que perseguían de por vida al deudor.

Dijo su nombre y señas con voz en la que yo, que tan bien la conocía, detecté al mismo tiempo vergüenza y fortaleza. Respondió a las preguntas del teniente auditor Palomares con seguridad y concisión. Habló de las virtudes del reo, de su carácter sereno, de su conducta intachable, de sus ideales católicos, de su decencia y de su honradez; y aseguró que si había dirigido un boletín bélico y republicano, era porque se había visto obligado a ello. Yo la oía y me costaba admitir que estuviese hablando de mí. No porque lo que estuviera diciendo no fuese verdad, sino porque me era imposible aceptar que todo aquello estuviese ocurriendo.

—No hay nadie más pacífico que Eduardo, señorías —afirmó cuando Palomares le preguntó si quería añadir algo más a lo que ya había dicho—. Si alguien no ha alentado la guerra y la rebelión, ha sido él, me pueden ustedes creer.

—Si mis informes no son erróneos, señorita Villamón —le preguntó educadamente el fiscal cuando llegó su turno—, usted y su distinguido padre, al igual que toda su familia, tuvieron que asilarse en la embajada del Perú cuando estalló la guerra.

—Así es.

—¿Temían ustedes por sus vidas?

—Mi padre se había significado políticamente y había recibido amenazas de muerte.

—Y, claro, sabiendo que los rojos habían asesinado en Madrid a miles de personas de orden, creyeron que esas amenazas podían convertirse en realidad, ¿es así?

—Sí.

—Por tanto, una vez que usted y su familia huyeron de Madrid, dejó de ver al acusado, ¿es cierto?

—Lo es.

—¿Mantuvieron correspondencia durante el tiempo en que estuvo usted en territorio nacional? En Burgos, si mal no recuerdo.

—No, no, no era posible, como entiendo sabe.

—¿Cuándo huyó usted de Madrid?

—Al principio de la guerra.

—¿Cuándo volvió a ver al acusado?

—Hará un mes y medio más o menos. En Porlier. Preso.

—Así pues, durante los últimos tres años aproximadamente no ha visto al acusado, ni ha sabido nada de él. ¿Es así?

—Así es.

—Por tanto, desconoce usted las motivaciones y hechos que llevaron al acusado a enrolarse en el ejército rojo y a propagar ideas subversivas desde el boletín *Luchemos*, ¿no es cierto?

—Bueno, pues…sí…, pero ya le he dicho que Eduardo…

—Gracias, señorita Villamón. Es suficiente.

Abandonó el estrado y, cuando pasó cerca de mí, me regaló una sonrisa que quiso que fuera animosa, pero que le brotó preocupada.

El fiscal, en su informe, fue contundente y severo. Oyéndolo, me ocurrió como cuando escuché el testimonio de Marisa: tuve la certeza de que se refería a otra persona distinta a mí.

—Sostengo que la conducta del acusado es de lo peor que se puede dar, ya que dicho individuo, además de ser oficial del ejército rojo, propagó la agitación, las malévolas ideas marxistas, los postulados del comunismo a través de una publicación mendaz y libertaria y en esa conducta suya se evidencia su peligrosidad. Destacó como elemento revolucionario y conductor de masas en contra de Dios y del ejército leal alzado en armas en defensa de la patria, la fraternidad y la justicia.

Leyó a continuación los títulos de algunos de los artículos publicados en el boletín *Luchemos* cuando yo lo coordinaba —«Luchamos por nuestra libertad y nuestra independencia», «La libertad española, garantía de la libertad mundial», «El ejército popular libertará a los oprimidos de la zona rebelde», «Franco, ese enano malévolo…»— y después algunos de sus párrafos más incendiarios. Concluyó sosteniendo la necesidad de una condena conforme a su escrito de acusación, haciendo hincapié de paso en su magnanimidad, pues solicitaba la pena mínima dado el poco tiempo que estuve enrolado en el ejército rojo.

El teniente Palomares comenzó su discurso final nervioso, pese a que todo indicaba que lo llevaba memorizado. Poco a poco se fue calmando, argumentó la procedencia de la absolución, la aplicabilidad de varias atenuantes y, finalmente, recurrió a una desconocida verborrea.

—Si suele ser de ordinario carga penosa la misión del defensor, es sencilla cuando se defiende a un inocente. Por feliz destino de la suerte, mi patrocinado tiene en su beneficio la propia situación en que le ha colocado el curso de los sucesos perseguidos, más elocuentes que cuanto yo expresara con alardes oratorios, reñidos con mi modesta aspiración. Todo ello se cifra en el cumplimiento estricto del deber, que es lo que ha hecho el procesado. Obedecer las órdenes que le dieron sus mandos, como la disciplina militar exige. Y aunque esos mandos no fueran legítimos, no le era exigible conducta diferente. —Hizo una pausa, augurando el final de su discurso—. La fe ciega que a todos nos inspiran los consejos de guerra me alienta en este momento, confiando en que mi patrocinado quedará libre de toda pena por razón de delito. En méritos de lo expuesto, concluyo pidiendo la libre absolución para el teniente Eduardo Peña Velázquez, y caso de admitirse como probado el hecho principal en que descansa el único cargo que puede hacérsele, se sirva el tribunal estimar como concurrentes las circunstancias eximentes o, en su defecto, atenuantes anteriormente enunciadas, llamando acerca de ellas la atención de la autoridad judicial para que disponga lo procedente, según lo prevenido en el artículo 173 del Código de Justicia Militar.

Cuando el teniente Palomares finalizó su alegato, en la sala, por encima del runrún que hacían los presos que aguardaban sus juicios, pude oír un llanto amortiguado. Giré la cabeza y observé a mi madre, que contenía el llanto con un pañuelo pegado a los labios. A su lado, Marisa le cogía la mano que tenía libre, intentando consolarla. Un poco detrás de ellas, Roberto Calero negaba irritado con la cabeza; cuando se encontraron nuestras miradas, me guiñó un ojo, pero no había en él la picardía de antes. Más allá, casi al fondo de la sala, Charo Velarde me contemplaba

con una expresión de lástima, no pude decir si por mí o por ella misma. O por ambos, quizá.

Yo, por mi parte, permanecí sentado en aquella sala sofocante, intentando no hundirme en la desesperanza, pero sabiendo al mismo tiempo que, en ocasiones como aquella, la esperanza es una gran mentira.

* * *

La sentencia me fue notificada en Porlier tres días después. Yo, que creía haber perdido toda capacidad de sorpresa en los últimos tiempos, me sorprendí. El tribunal militar me consideraba autor de un delito de auxilio a la rebelión, aunque apreciaba la circunstancia atenuante muy cualificada de obediencia debida. Me condenaba a un año y nueve meses de prisión correccional, sin abono del tiempo de prisión preventiva, con la accesoria de separación del servicio por el tiempo de la condena, quedando privado de honores y consideraciones, así como del sueldo que pudiera corresponderme por mi situación pasiva.

—Es un éxito sin precedentes, Eduardo —me aseguró el teniente Palomares, eufórico, cuando vino a verme a la cárcel. Pensé que, si no hubiese sido por los barrotes, me habría abrazado. Lo que en mí era sorpresa, en él era desbordada alegría—. ¡Un año y nueve meses por delito de auxilio a la rebelión! ¡Un éxito notable, se lo aseguro! Fíjese, fíjese, al comandante Satrústegui y al coronel Sánchez del Hoyo los han condenado a penas superiores, a pesar de sus servicios a la patria y al glorioso Movimiento Nacional. ¿A quién tiene usted ahí fuera —me preguntó con un gesto cómplice— que tanto le beneficia y tanto hace por usted?

—No sé de qué me habla, teniente.

—Está bien, no me lo cuente si no lo desea. Lo comprendo. Aunque, después de haber conocido a la señorita Villamón, puedo suponer de dónde vienen sus ayudas. En sus circunstancias, la discreción es la mayor virtud.

Aunque me costaba compartir la alegría de Palomares, pues al fin y al cabo estábamos hablando de casi dos años de mi vida

encerrado entre aquellos muros infestos, comiendo porquerías, privado de todo, le di las gracias por su dedicación y diligencia, por todo lo que había hecho por mí.

—¿Cuándo podré salir de aquí? —pregunté después.

—Nadie lo puede saber ahora mismo, amigo mío. Debe usted tener paciencia. Verá cómo el tiempo pasa más rápido de lo que se imagina.

—¿Me quedaré aquí, en Porlier, o me trasladarán?

—Tampoco le puedo responder a eso. Según el artículo 642 del Código de Justicia Militar —explicó, y lo hizo como si recitara de nuevo—, la pena de prisión militar correccional hasta tres años se ha de cumplir en un establecimiento exclusivamente militar, en el cual debe haber separación absoluta entre los oficiales y los individuos de las clases de tropa. Pero, claro, en estos tiempos turbulentos, las prisiones militares están llenas, no creo que lo trasladen a Alcalá de Henares ni a ningún otro lugar. Lo más probable es que se quede aquí. Total, para menos de dos años que le restan de condena, no creo que merezca la pena trasladarlo. Enhorabuena, Eduardo. De verdad que debe estar contento. ¿Hay algo más que pueda hacer por usted?

—Comuníquele a mi madre, por favor, la sentencia. E intente tranquilizarla, se lo ruego. Quiero que la conozca antes de que venga a verme y que lo haga por usted antes que por nadie.

—No se preocupe, que lo haré. Aunque seguro que su madre no tardará mucho en conocer la sentencia, mañana o pasado a lo más tardar.

—¿Y eso?

—Pues fácil: supongo que será publicada en *Redención*, el semanario oficial de prisiones. Todos los familiares de los presos lo leen. Es lo que suele hacerse, ¿sabe usted?

Cuando Palomares se marchó, solo, en el patio de Porlier, medité sobre sus palabras acerca de aquella ayuda exterior que él daba por hecha y a la que, a su juicio, se debía la benevolencia de la sentencia. Pensé en mi padre, recordé que había dado por hecho que se hallaba en zona nacional —aunque, si lo estaba, y dado que no había comunicación postal entre ambas zonas, ¿cómo le hacía

llegar los giros a mi madre?— y me pregunté si se debía a él el socorro. Al cabo, confuso, preferí pensar que debía el auxilio al padre de Marisa, a Jenaro Villamón. Entre dos males, se elige siempre el más llevadero.

13

«El mundo se nos va a hacer puñetas»

Mi madre y Marisa, que conocieron la sentencia por boca del teniente Palomares y que después confirmaron la información en el semanario *Redención*, se tomaron bien la condena. O al menos eso quisieron hacerme ver. Intentaron animarme, me dejaron claro con insistencia que todo podía haber resultado infinitamente peor —lo que no dejaba de ser verdad—, me aseguraron que pronto estaría fuera de allí, me exhortaron a que fuese fuerte, que tan solo en unos meses podríamos reunirnos más allá de los muros de la prisión. Y pronunciaron las mismas palabras que me había dicho el teniente auditor:

—Verás como el tiempo pasa más rápido de lo que te imaginas.

Y no iban desencaminadas. Ya el tiempo en Porlier no pasaba con la lentitud exasperante de las primeras semanas, de los primeros meses. Ya no veía pasar los días uno detrás de otro sin saber hasta cuándo se prolongaría esa sucesión ininterrumpida y uniforme. Ahora tenía un horizonte, había una fecha en lontananza: finales de marzo o principios de abril de 1941. En ese tiempo cumpliría condena y debería ser puesto en libertad.

Mi vida y mi cabeza, pues, mejoraron. Además, fui trasladado de galería y llevado a un pabellón donde la mayoría de los reclusos eran soldados republicanos ya sentenciados a penas de privación de libertad y no a muerte. Compartía celda *solamente* con siete reclusos más, y nos organizábamos entre nosotros para mantener un mínimo de intimidad y de higiene. De lo que nos traían del exterior intercambiábamos productos: una pastilla de jabón Richelet por una cajetilla de cigarrillos, una cuña de queso con

hongos por un frasquito de tónico Ferrero. La comida era algo mejor, no mucho, pero se repartían casi cien gramos de pan al día, de vez en cuando servían patatas guisadas y podía complementar la austera dieta de Porlier con los paquetes de comida que cada sábado me traía mi madre. Había una pequeña biblioteca, casi todos libros religiosos, algunos de historia, otros de Manuel Machado, Pemán y Foxá, los *Textos revolucionarios* de José Antonio Primo de Rivera… Trabé amistad con algunos de los presos con quienes compartía celda. Hablábamos de la pasada guerra, de la experiencia de cada cual en el ejército, de las noticias que nos llegaban desde el exterior sobre Madrid y sobre España: que si Franco se disponía a conceder una amnistía porque las prisiones estaban que iban a reventar, que si en verdad lo que se proponía era llevar a todos los presos a trabajos forzados y así acabar con la sobrepoblación reclusa, que si se iba a organizar un campeonato mancomunado de fútbol en el centro de España, que si se había dictado un decreto determinando la responsabilidad de los trabajadores en el conflicto, que si en Madrid había gente que vivía en los límites de la miseria, sin comida y sin vivienda, que si había habido una quema pública de libros en la universidad… Conversábamos sobre Europa, la invasión italiana de Albania, la tensión existente entre las democracias occidentales y Alemania; el brigada Espejo, un manchego circunspecto, mantenía que iba a desencadenarse otra guerra mundial, «y ese Adolfo Hitler va a conseguir que el mundo entero estalle en pedazos, joder». Y hablábamos de la guerra de España. De los cientos de miles de muertos. De los tremendos errores de la República. De los desmanes de los milicianos que habían, a ojos de muchos, justificado la sublevación y la revancha tan desmedida y atroz. El teniente Mascaró, un comunista mallorquín que había sido sentenciado a quince años de cárcel, y que aseguraba que era capaz de matar por un bocadillo de sobrasada y un trozo de queso de Mahón y que decía estar hasta los huevos del salchichón que le traía a la cárcel su novia madrileña, sostenía que no todo estaba perdido.

—Igual ese cabrón de Hitler —indicaba— hace que Francia e

Inglaterra abran de una puta vez los ojos y por fin se animen a echar a patadas a Franco de aquí. Que os lo digo yo: que todavía hay camaradas luchando en el monte, que me consta de buena tinta que se están reclutando brigadas en el sur de Francia y que la llama de la revolución no se ha apagado todavía.

Cada vez que lo oía, un capitán barbilampiño apellidado Moraleda, depresivo como una hoyanca, se tendía en el catre y se tapaba la cabeza con la mísera almohada, para que los demás no lo vieran llorar.

—Hay veces —le dije una vez al mallorquín— en que la esperanza es el peor de los tormentos, porque solo sirve para prolongar la agonía. Deberías dejar ya de construir castillos en el aire, Mascaró. Franco ha ganado la guerra y sanseacabó. No hay que darle más vueltas. Ni Chamberlain ni Daladier van a venir a sacarnos de Porlier, eso tenlo por seguro. Recemos para que la resaca de la guerra se pase lo antes posible y comencemos a vislumbrar el inicio de una paz auténtica. Todo lo demás no tiene sentido ninguno.

—La verdad, Peña, es que no sé qué carajo haces tú aquí —rezongó entonces Mascaró—. ¡Si tú tienes de rojo lo que yo de monjita mendicante, coño! ¿De verdad que combatiste en una brigada mixta?

Así transcurrió el verano del treinta y nueve, sofocante, abrasador. Tanto calor hizo en Porlier que en muchos de los presos aparecieron cuadros de confusión, no había forma de apagar la sed por más que bebiéramos, las enfermedades como el tifus y la sarna se extendían como una plaga, la ropa estaba permanentemente húmeda y conciliar el sueño era casi imposible. No obstante, cada vez que alguien perdía los nervios, desesperado por su suerte, siempre había quien le recordaba que su sentencia era de reclusión o prisión correccional y que había muchos otros militares republicanos que contaban las horas que les restaban para ser conducidos ante el pelotón de fusilamiento.

Llegó septiembre. El calor aflojó un poquito, pero llegaron las moscas, que no encontraron mejores huecos donde celebrar sus banquetes que en las llagas de muchos de los presos. Se supo que el

día 1 de ese mes, Hitler había invadido Polonia y que el inicio de la guerra era inminente. «¿No os lo decía yo? —repetía una vez y otra el brigada Espejo—. ¡El mundo se nos va a hacer puñetas, os lo dije! ¡A ver si explota de una puta vez y se lleva por delante a Franco y los muros de esta cárcel de mierda!». Y con septiembre también llegó la fecha que los reclusos de Porlier, sobre todo los veteranos, aguardaban durante todo el año: el día de la Virgen de la Merced, el 24 del mes. En esa festividad se permitía que los presos estuviéramos con nuestros familiares y visitantes sin rejas de por medio, podíamos vernos con ellos en el patio de la cárcel, besarnos, abrazarnos, hacernos fotos con un familiar. Muchos de ellos, los que eran de sitios lejanos y no recibían visitas de allegados debido a la distancia, aprovechaban el día para ser fotografiados con familiares de otros presos; luego, los visitantes enviaban las fotografías de los reclusos a sus padres, mujeres o novias, en prueba de vida y salud. Y pese a las penas y privaciones, salían sonriendo en esas fotos que el correo llevaría después a lugares apartados de Galicia, Andalucía, Extremadura o Cataluña. No era cuestión, pensaban esos presos mientras sonreían, de agravar la angustia de quienes hacía meses que no sabían nada de ellos.

En ese día de la Merced de 1939, pude abrazar por vez primera en casi seis meses a mi madre, y después de más de tres años a Marisa, que andaba por el patio de Porlier sin saber si estallar de gozo por poder abrazar y besar castamente a quien durante tanto tiempo había sido su novio, o si derretirse de espanto y asco al tener a tanta estampa mísera y sucia a su alrededor. Ni recuerdo de qué hablamos en esa hora de que dispusimos. Más que nada lo que hacíamos era tocarnos, rozarnos, sentir que ya no estaba tan solo. Experimentar otro calor humano. Después, esa noche, pensé largamente en ella. Recordé lo que habíamos sido y fui consciente de lo que ahora éramos. Ella, la hija de un terrateniente; yo, un preso rojo en Porlier. Me pregunté si la vida, esa vida esquizofrénica que nos había tocado vivir, nos iba a dar una segunda oportunidad. Recordé sus palabras durante el consejo de guerra, a lo que se había arriesgado por mí, y me planteé si yo

seguía siendo el mismo de antes, si sentía por Marisa lo que antes de esa guerra disparatada había sentido. Me dije que no, que yo no era en absoluto el mismo de antes, que el Eduardo Peña de hacía unos meses ya no existía, que ya no era el hombre desapegado que había sido, que ahora estaba colmado de cicatrices en el cuerpo y en el alma, que la vida me había vuelto del revés, que ahora sabía que la impasibilidad, la indiferencia, la tibieza son solamente abulia y cobardía, y que la vida jamás te permite pasar de largo. Pero también me dije que, a pesar de no ser ya el mismo, en el fondo de mi corazón la llama del amor aún ardía. Y que seguía sintiendo por ella algo que era mucho más que simple agradecimiento. Me vino entonces a la cabeza la imagen de Charo Velarde, y me di cuenta de que ella no había podido llenar el hueco enorme que la ausencia de Marisa había creado en mi vida. En Clara, la miliciana, preferí no pensar.

Y llegó octubre. Y con octubre, una noticia que iba a cambiar de modo drástico el rumbo de mi existencia. De nuevo. Era como si mi vida fuese una peonza con su cordel en manos de duendes caprichosos. Era el día segundo del mes, un lunes agrisado y melancólico. Fue durante el almuerzo, mientras los presos de la galería comíamos un plato de lentejas aguadas y algunos de ellos, los más recalcitrantes y condenados a largas penas, bromeaban sobre las «píldoras del doctor Negrín», que era como se conocía a las lentejas durante la época de los racionamientos republicanos. De pronto, un runrún extraño, un raro murmullo fue ganando el comedor como si ascendiera desde las entrañas pétreas de Porlier. Todos dejamos de comer, las cucharas dejaron de sonar sobre los platos metálicos, los presos nos hablábamos unos a otros en bisbiseos, acercando la boca a la oreja del compañero de banco, inquiriendo acerca de qué ocurría, del porqué de los murmullos que se habían apoderado del comedor. Asustados, porque nunca se esperaban allí buenas noticias. Y el rumor se fue extendiendo como la lava en la erupción.

—¿Qué coño pasa? —preguntó el teniente Mascaró, dejando caer su cuchara sobre el líquido amarronado de su plato.

—No sé, la gente no para de cuchichear, mira —respondió el

capitán Moraleda, que desmigajaba nervioso el trozo de pan que tenía entre las manos.

—Espejo, ¿qué es lo que están diciendo por ahí?

La marea del runrún llegó adonde yo me hallaba con mis compañeros de celda, almorzando el rancho mísero de Porlier. Fue el brigada Espejo, que se sentaba en la parte más alejada del banco, quien recibió la confidencia de su compañero de bancada, que a su vez la había recibido de quien se hallaba a su izquierda. Vimos cómo el rostro se le demudaba, cómo abría mucho la boca y cómo los labios comenzaban a temblarle.

—Pero ¿qué pasa, Espejo?

Tragó con dificultad las lentejas que acababa de llevarse al coleto.

—Se habla… se habla de una amnistía, o de un indulto, no sé —respondió el brigada, tembloroso, soltando con estrépito la cuchara en el plato—. Se rumorea que Franco promulgó un decreto el día 28 de septiembre, pero nadie conoce sus términos con exactitud. Pero todos dicen que se trata de eso, de la liberación de los presos. ¡Madre de Dios! ¿Será cierto?

Lo era, aunque con matices. En efecto, el Caudillo Francisco Franco había promulgado un decreto sobre beneficios penitenciarios el día 28 de septiembre de 1939. Lo había hecho para conmemorar los tres años de su ascenso al poder, el 1 de octubre de 1936. En ese decreto, se ordenaba la puesta en libertad condicional de los oficiales, suboficiales y soldados de tropa del ejército republicano que hubiesen sufrido condenas inferiores a los seis años y un día de prisión y que no tuviesen las manos manchadas de sangre.

«Yo no he pegado ni un tiro en toda la guerra —pensé, estupefacto y, por primera vez, esperanzado—. ¿Qué digo en la guerra?… ¡En toda mi vida!».

La euforia se desató en muchas celdas la noche en que los presos conocimos el contenido del decreto. En la nuestra, el capitán Moraleda, que había sido condenado a cuatro años de cárcel, llorando a mares, se puso a recoger sus cuatro y mugrientas cosas, como si fuese a ser liberado a la mañana siguiente. Otro de

los hipotéticos beneficiarios de la gracia, el comandante Padilla, un albaceteño recio como una encina, que había sido condenado a cinco años, retorcía la gorra entre los dedos con tanta fuerza que a punto estuvo de destrozarla. Yo permanecí sentado en el catre, sin saber si dejarme llevar por el alborozo o la desconfianza. El teniente Mascaró, cuya condena había sido de quince años y a quien, por tanto, no alcanzaban los beneficios penitenciarios concedidos por Franco, intentaba sonreír y animaba al alférez Baquero, que había sido condenado a siete años, y al sargento Cabanillas, cuya condena había sido de once años. Y felicitaba a quienes creía que iban a ser liberados y les encargaba que transmitiesen esperanzas en sus pueblos y ciudades sobre la pronta liberación, «porque —insistía, irredento— que nadie piense que esta mierda se va a quedar así, y ya veréis cómo los camaradas asaltan las prisiones de aquí a nada y nos ponen a todos en libertad y se restaura la República del pueblo, por todos mis muertos que sí».

El viernes, antes del día de visitas, el alcaide de Porlier echó un jarro de agua fría sobre nuestro ánimo. Durante el almuerzo —ese día tocaban puerros y berzas nadando en agua medio caliente con trozos de pellejo incomibles, lo recuerdo perfectamente— anunció la letra pequeña del decreto de Franco: la medida de gracia solo se aplicaría a aquellos que hubiesen sido oficiales, suboficiales o soldados de carrera antes del 18 de julio de 1936, y no a aquellos que hubiesen alcanzado el grado con posterioridad, durante la guerra. Además, el indulto únicamente alcanzaría a aquellos presos que, reuniendo la condición anterior, pudieran probar su lealtad a las ideas del glorioso Movimiento Nacional.

El sábado recibí la visita de mi madre.

—Ya lo sabes, ¿verdad? —le dije, angustiado, cuando vi su rostro más marchito, más pecas pardas en su cara y en sus manos, un brillo de desolación en la mirada y los labios columpiándose en el balancín de un llanto a duras penas contenido.

—Sí, Marisa me leyó la Gaceta el otro día. —Todavía llamaba *la Gaceta* a lo que ahora era el Boletín Oficial del Estado.

—Lo siento, qué le vamos a hacer.

—Pero ¿cómo te vas a disculpar tú? Soy yo quien lo siente, hijo. Eso de que solo puedan beneficiarse del indulto quienes fueran militares de carrera antes de la guerra y no quienes fueron nombrados oficiales después es algo injusto. Pero no desesperes, Eduardo, no desesperes. Ya estamos en octubre, fíjate, ya solo quedan un año y cuatro o cinco meses para que te pongan en libertad. Tienes que saber sobrellevarlo, hijo.

—¿Y Marisa?

—No, hoy no ha podido venir, pero me ha encargado que te diga que lo hará el sábado y que no se rinde, no sé qué querrá decir con eso.

Marisa, en efecto, fue a visitarme a prisión al sábado siguiente. Llegó radiante, su aspecto luminoso contrastaba poderosamente, como una perla en el albañal, en la roña sombría de Porlier. Una sonrisa que dejaba al descubierto sus dientes pequeños y blancos le iluminaba la cara.

—Tu nombre está incluido en los listados de la comisión que estudia la aplicación del decreto de septiembre del Generalísimo, Eduardo. Vas a ser liberado.

Y la sonrisa se amplió en su rostro mientras aguardaba a que yo asimilase la noticia.

No pude hacerlo, sin embargo.

—Yo no soy militar de carrera, Marisa. Eso que dices es imposible. Esa norma se limita a los soldados profesionales que lo fueran antes de que la contienda comenzara, en el treinta y seis. Y yo no soy ni una cosa ni la otra. Fui reclutado con mi quinta durante la guerra y nombrado teniente en el treinta y siete, y por unos meses nada más. Solo soy lo que soy: preso y abogado. Si es que lo sigo siendo…

—Pues, como abogado que eres, deberías saber —bajó la voz— que las leyes son como los perros, que solo ladran a los mendigos y no a los sombreros de copa. Y tú no eres un mendigo. Tú, ahí afuera, tienes a mucha gente que aboga por ti y que puede hacer que los perros se callen.

Fruncí los ojos. No estaba dispuesto a dejarme llevar por una esperanza absurda.

—No he conseguido entender ni una sola palabra de lo que me has dicho, Marisa.

Ella sonrió con más ganas.

—Papá.

—¿Cómo?

—Papá… —repitió, dejando en el aire ese vocablo.

—¿Tu padre?… —Y ella asintió con la cabeza—. Tu padre ¿qué?

—Ha pedido algunos favores, y ha hecho otros.

—¿Y también tuvo él algo que ver con mi sentencia?

—Uff… De todo eso hablaremos cuando estés fuera de aquí. Y créeme, Eduardo, ya falta muy poco.

—Pero si tu padre nunca me ha podido ver, Marisa.

—Pero yo soy su hija. Y esa es una discusión que ya resolvimos cuando acabó la guerra. Te quiero a ti, Eduardo, y no hay nada más que hablar. Y él ya se ha dado cuenta y sabe que no me va a hacer cambiar de opinión. Así que más le vale ayudarme. Bueno, ayudarte… Y lo ha hecho, o lo está a punto de hacer. Vas a ser liberado, amor mío.

—Pero… pero… ¿cómo puede ser?… ¿Cómo…?

—Ay, no lo sé, eso no se lo he preguntado, mi vida. Pero ya sabrá él aviarse. Que eres una persona de orden y que no eres ningún comunista ni ningún revolucionario está fuera de toda duda, así que cumples una de las condiciones del decreto. En cuanto a la otra, lo de ser soldado de carrera, fuiste teniente del ejército republicano, ¿no?

—Sí, por unas cuantas semanas nada más. Y durante la guerra, y no antes, como se requiere.

—Pero lo fuiste. Y cambiar una fecha en unos archivos debe de ser algo muy fácil para una persona como papá. O para los amigos de una persona como papá. Eso es lo que importa. De lo demás no debes preocuparte.

No dije ni una palabra de la conversación con Marisa a mis compañeros de celda, lógicamente. No era difícil imaginar cómo se tomarían la noticia y las consecuencias que su reacción podría tener para mí. Yo, por mi parte, aunque en el fondo de mi alma no

quería tener que deber nada al padre de Marisa, me alegré de su ayuda. Y ya no solo porque era mi esperanza para salir de allí, sino, sobre todo, porque sabiendo que el auxilio venía de Jenaro Villamón sabía al mismo tiempo que no había llegado de mi padre. Eso sí que no habría podido soportarlo.

Pasó octubre y, cada sábado, Marisa me pedía paciencia.

—Todo va como debe ir, pero ya sabes lo lentas que son las comisiones gubernamentales. No desesperes.

Llegó noviembre, y militares republicanos como el comandante de artillería Ricardo Satrústegui y el coronel Sánchez del Hoyo, que habían sufrido condenas inferiores a los seis años y un día de prisión, que no penaban delitos de sangre y cuya lealtad a la causa de Franco constaba en los propios resultandos de hechos probados de sus sentencias, fueron liberados. Quienes los vimos marchar por el patio rumbo a los portones de Porlier y a la libertad, experimentamos la sensación agridulce de la alegría aderezada con una cucharada de envidia y una pizca de decepción.

Llegó diciembre, y el alcaide de Porlier ordenó que en los muros de la cárcel se colgaran ramitos de abetos y se celebró un partido de fútbol entre dos equipos de presos en el patio de la prisión. Tuvo lugar el sorteo de la lotería de Navidad, y el gordo, de quince millones de pesetas, correspondió al número 13.093. Nadie en la prisión, por supuesto, jugaba un solo décimo. En Nochebuena, nos sirvieron en la cena un plato de bacalao a la vizcaína y dulces de boniato. El día 28, día de los Santos Inocentes, dieciocho militares republicanos más fueron liberados.

Y llegó enero. Y el día 3, dos después de un día de Año Nuevo tristísimo, depresivo, un guardián, después del desayuno, me llamó aparte.

—Recoge tus cosas —me ordenó.

—¿Cómo?

—Que recojas tus cosas te he dicho. ¿Eres sordo, o qué?

—¿Qué ocurre?

—Pues que te vas. ¿Te parece bien?

Y tanto que me lo parecía. Tardé lo que tarda un estornudo en reunir mis cuatro míseras pertenencias.

Afuera, en la calle, no me esperaba nadie. Nadie había sabido de mi liberación. Supuse que no habrían cursado aviso. La mañana era helada y había rastros de nieve sucia sobre las aceras. Los millares de gatos callejeros que los nuevos gobernantes habían traído a la ciudad desde Burgos, desde Salamanca, desde Valladolid, desde todas partes, en camiones que después tuvieron que desinfectar, para que acabasen con las enormes ratas que las basuras y la falta de higiene habían engordado en Madrid durante la guerra, correteaban por las calles buscando su pitanza. En Porlier había oído hablar de esos gatos, pues hubo presos que intentaron cazar algunos que habían osado saltar los muros y adentrarse en el patio, para llevárselos a la barriga, pero jamás pude imaginar que fueran tantos. Miles y miles, y no exagero.

Eché a caminar, llevando un hatillo al hombro. No tenía ni una perra gorda en los bolsillos y hube de hacer el camino andando. Tuve que ir sorteando charcos todo el tiempo, pues en los últimos días había diluviado. Tomé la calle Goya, cambié de acera, sintiéndome andrajoso, observé las largas filas de personas que se dirigían a un funeral en Beato Orozco, llegué luego a la calle de Alcalá y comencé a respirar aromas familiares. Caminaba con la mirada gacha. Sin querer mirar a nadie, y sabiendo que muchos me miraban por mi aspecto harapiento. Grupos de niños ya comenzaban a formar colas para coger las raciones de Auxilio Social; otros rondaban por los establecimientos militares esperando las sobras de los ranchos cuarteleros; los más, correteaban en el trasiego de patatas, el estraperlillo de pan blanco y la venta clandestina de tabaco picado que habían recuperado de las colillas que alfombraban las calles y las plazas. Era el tiempo del racionamiento de los alimentos, de la tarjeta del fumador, las calles estaban llenas de anuncios, llamativos cartelones en una peluquería informaban de la maravillosa invención del Solriza, el producto con el que las damas obtenían un asombroso rizado del cabello, «una ondulación permanente sin aparatos ni electricidad, a base de nuestros acreditados saquitos». En el escaparate de una perfumería leí acerca de la crema Numantina y las píldoras Circasianas, que aseguraban un busto perfecto.

Sí, aquello era Madrid.

¡Cuánto lo había echado de menos!

Había infinidad de cosas nuevas, como si hubiesen transcurrido años, y no meses, desde que yo no estaba, sitios y comercios que yo no conocía, pero sí, aquello era Madrid.

Llegué a la Puerta del Sol y comencé a temblar. Sentía que todos me miraban, «¿Quién será el tipo ese del hatillo?», «¿Otro mendigo en la Puerta del Sol?, ¡como si fuéramos pocos, Nazario!, ¡eh, tú, sí, tú, ni se te ocurra ponerte a pedir aquí, que este sitio es de Nazario y mío!». No hice caso de las voces admonitorias de los pedigüeños que me manoteaban, me alejé de ellos y me adentré en la plaza. Me acerqué al quiosco de la prensa y Adolfo, el quiosquero, no se acordó de mí, no reconoció en ese hombre demacrado, escuálido y macilento que se había parado ante el panel de los periódicos a aquel joven abogado que cada día le compraba *El Liberal*. Contemplé las portadas de los periódicos, vi el *Arriba*, el *ABC, El Alcázar*, el *Ya*, el *Madrid*, el *Informaciones*. Hojeé las noticias que publicaban en portada: el telegrama del Generalísimo al Führer felicitándole el año entrante, los fastos por el centenario de la Virgen del Pilar, los actos piadosos en memoria de los caídos, los avatares de la guerra europea en el mar del Norte, el triunfo a domicilio del equipo de fútbol de El Ferrol del Caudillo sobre el Avilés, el fallecimiento de Juan Bonafé, notabilísimo actor…

Continué caminando hacia la calle del Arenal. Allí, daba la sensación de que todo estaba como cuando lo había dejado y, sin embargo, nada me pareció igual. Los escaparates de los establecimientos, preparados para los Reyes, estaban repletos de una extraña muñeca, a la que los letreros llamaban Mariquita Pérez, de cartón piedra y ojos azules que valía noventa y cinco pesetas. ¡Noventa y cinco pesetas! ¡Si las peponas valían cinco! Pensamientos absurdos como ese me rondaban la cabeza a cada instante. Porque me parecía que en un tiempo escaso había extraviado un trozo grandísimo de mi vida.

Llegué al portal de mi casa. Me di de bruces con José Parera, el portero, que vestía una camisa azul con el escudo de la Falange.

Estaba faenando en esos momentos con un zocalillo de la escalera, que se había desprendido. Debió de advertir mi presencia, pues se giró, aunque yo no había abierto la boca. Cuando me vio plantado en la casapuerta, iluminado por la luz blanca de la mañana gélida, frunció los ojos, como si yo fuera un pordiosero y se aprestara a ahuyentarme. Dio un paso hacia mí, con el palustre que llevaba en la mano. Y entonces me reconoció. Se detuvo. Abrió muchos los ojos, que enseguida se le llenaron de agua.

—Don Eduardo —acertó a musitar.

Yo no pude decir nada. Tenía la voz cautiva en la garganta.

Parera repitió mi nombre varias veces, me abrazó, disimuló frunciendo las narices al advertir mi olor, pero volvió a abrazarme, me dio la bienvenida una vez y otra, se ofreció a acompañarme escaleras arriba, yo negué con la cabeza, miré sin quererlo su camisa azul.

—Ya ve usted —dijo el anciano, entendiendo mi mirada y encogiéndose de hombros—, las cosas que pasan.

Asentí con indolencia, logré esbozar una sonrisa nimia, contemplé la puerta del bufete, cerrada a cal y canto, pensé en entrar, descarté de inmediato la idea. Me dirigí a las escaleras y comencé a subir los peldaños. Las piernas me pesaban por la caminata y la falta de ejercicio.

Cuando llegué a la puerta de mi casa, rebusqué en los bolsillos de los pantalones tratando de dar con las llaves, hasta caer en la cuenta de que no las llevaba conmigo, no las tenía, se habían quedado en Porlier, al igual que mi reloj Cyma con caja chapada en oro y correa de cuero negro, el que mi madre me había comprado en la joyería de los Grassy, la Unión Relojera Suiza de la Gran Vía. Me lo habían quitado en la cárcel, nadie se había preocupado de devolverme mis efectos personales, al igual que las llaves y tantas otras cosas: la dignidad, mi escaso pundonor, la conciencia ciudadana. Algunas de esas cosas —el reloj, las llaves… — supe que nunca las iba a recuperar. Las otras…, el tiempo diría.

Repiqueteé con los nudillos sobre la madera de la puerta.

—Voy, voy…

Oí la voz de mi madre amortiguada tras la madera. Luego, sus

pasos acercándose. El pestillo descorrerse. La puerta crujiendo mientras trabajosamente se abría.

—¿Sí…? ¿Qué quiere us…?

Me reconoció después de una fracción de segundo de duda. Detrás de ese hombre exangüe, más exangüe incluso que cuando lo visitaba en Porlier, reconoció a su hijo. La voz de mi madre se quebró como una ramita en los dientes de un ogro. Y se quebraba cada vez que pronunciaba mi nombre.

—Eduardo… Eduardo… Eduardo…

Yo seguía teniendo la voz cautiva en la garganta. Miré más allá de mi madre. La vieja cómoda, el paragüero de la entrada, el aparador a lo lejos, las cortinas. Mi casa. Carraspeé para liberar la voz aprisionada.

—Soy yo, madre. He vuelto.

Y me eché a llorar.

14

Sexta planta del hotel Florida

—Tienes que dejar ya a un lado esa tristeza que tienes, Eduardo — me pidió Marisa, con sus manos sobre las mías, acariciando con sus pulgares mis palmas.

Estábamos sentados en una mesa de un rincón del café Pombo, era el primer día que salía a la calle después de mi liberación. Me había pasado casi un día y medio en la cama, descansando, recuperando fuerzas, dejándome mimar por mi madre; había comido hasta casi vaciar la despensa y me había frotado el cuerpo con jabón verde como si quisiera desprender de mi piel cada una de las células contaminadas en Porlier. No sería hasta meses después, sin embargo, cuando dejara de oler casi a todas horas el hedor acre, de humanidad y alcantarilla, de sudor y de mugre, de humedad y de miedo, de la prisión.

Había quedado con Marisa en la mañana del tercer día de mi liberación. En el Pombo, como si quisiera recuperar algo de mis rutinas arrebatadas, de la normalidad que me habían robado durante tanto tiempo. Ella, que enseguida, en cuanto estuvo conmigo un minuto, se dio cuenta de que rebosaba angustia por cada poro de mi cuerpo y que me hallaba al borde de un precipicio de profundidad desconocida, se mostró cercana, cariñosa, fue de nuevo la Marisa que yo recordaba de antes de la guerra, quiso distraerme apartándome de mis recuerdos de los últimos meses. Después de las primeras frases que intercambiamos y de que le hube contado los detalles de mi liberación, no permitió que junto a nosotros se sentara ni una fracción de segundo de silencio. Me preguntó por mi madre y me habló de lo feliz que estaría al tenerme de nuevo con ella. Me detalló cómo se hallaban sus padres

y hermanos. Me relató todo aquello que, por falta de tiempo o por no enfrentarme a la realidad exterior, no me había contado durante sus visitas a la prisión. Me refirió cómo había sido la vida en la embajada del Perú, la afabilidad del embajador, su huida a Alicante, el viaje en la torpedera argentina a Marsella y el tiempo que pasaron en Burgos durante la guerra. Que Jenarito y Juan Luis, sus dos hermanos, habían podido matricularse en la universidad y habían logrado evitar el reclutamiento, y que el menor, Francisco de Borja, Borjita, pudo entrar en el colegio de los concepcionistas del palacio de Angulo, allí, en la capital burgalesa. Ella había pasado la guerra trabajando como enfermera en el hospital de San José. «Y la verdad es que me aburría soberanamente en Burgos, porque allí, salvo ir al cine Avenida o a los bailes militares que se organizaban muy de vez en cuando, había muy poquito que hacer, Eduardo. ¡Allí solo había soldados y cárceles! Ni te puedes imaginar cuánto te echaba de menos».

Cesó en sus relatos cuando advirtió que, lejos de serenarme, no servían más que para aumentar mi angustia. Así era para mí, angustioso, el contraste entre aquella vida en Burgos y las penurias que pasamos en Madrid durante la guerra. Angustioso el advertir, al oír su relato, cómo me habían robado tantas cosas. Angustioso el no saber qué sería de mi vida. Angustiosa la dependencia que intuía de la suya. Me habían liberado, sí, pero lo que había salido de Porlier era un hombre malherido.

—Pero bueno, tenemos que dejar atrás todo eso, y no intentarlo, sino conseguirlo. Y lo haremos. Es el momento de empezar una vida nueva, Eduardo —aseveró ella, fijos sus ojos en los míos.

A mí me costaba centrar la mirada. Me sobresaltaba con cada ruido, me ponía en tensión cada vez que la puerta del café se abría, me asustaba con la voz chillona del encargado de la barra anunciando comandas, daba un respingo cada vez que alguien alzaba la voz. Casi nada me era familiar ahora en el Pombo, donde antes me había sentido como en casa. No veía apenas caras conocidas y las que reconocí me contemplaban como si yo ya no fuese uno de ellos; no estaba Jacinto, el camarero que siempre nos

atendía, «¿Dónde está Jacinto, Marisa?, ¿qué ha sido de él?, ¿por qué no está?», «Ay, Eduardo, y yo qué sé. Tienes que tranquilizarte, por Dios, volver a ser tú». Volver a ser yo, pero ¿quién me iba a devolver todo cuanto me habían quitado? ¿Quién iba a conseguir que el miedo, un miedo redoblado, se desprendiera de mí como células muertas? Creo que tenía más miedo ahora que cuando estaba en la cárcel. Temía ver aparecer en cualquier momento, entre las sombras de la botillería, a un guardián de Porlier pretendiendo regresarme a los muros de la prisión.

—Lo que ha pasado, pasado está —insistía Marisa, sin dejar de acariciarme la mano, de sonreírme—. Es el momento de olvidarlo, amor mío. Tenemos todo el tiempo del mundo por delante. Bastantes años nos ha robado ya la maldita guerra.

Continuó hablando, queriendo sosegarme, asegurándome que todas las cosas malas habían quedado atrás. Quería volver a tener a su lado a aquel joven a quien perdió en julio del treinta y seis, a aquel muchacho circunspecto, sí, serio y grave, sí, discreto y sobrio, sí, conservador y hasta aprensivo muchas veces, sí, pero también divertido cuando estaba feliz, conversador afable cuando estaba a gusto, culto y ameno, jovial cuando estaba tranquilo, testarudo en ocasiones, sutilmente irónico de vez en cuando. A ese hombre que le había hecho estar cómoda en el silencio por primera vez en su vida. A aquel hombre que le había enseñado que se puede querer sin palabras. A aquel hombre de quien se había enamorado cuando era poco más que una niña. Todo eso me dijo entonces.

Pero… ¿dónde estaba ese hombre?

—Marisa, hay algo que quiero preguntarte. No sé si es buen momento, pero… tengo que hacértela. Una pregunta. Te la hice en la cárcel, pero no quisiste responderme. ¿Tu padre tuvo algo que ver en mi condena? —la inquirí cuando ella guardó silencio durante unos breves segundos. Era una pregunta que me rondaba la cabeza desde que conocí por boca del teniente Palomares la sentencia del consejo de guerra. Y aunque intuía la respuesta, quería la confirmación de sus labios. Vi un gesto de incomprensión en ella—. Quiero decir… en que fuese tan… tan llevadera, me

refiero. Solo un año y nueve meses…

—Pues… ¿tiene importancia eso, Eduardo?

—Sí, Marisa, la tiene, y mucha. Verás, el teniente Palomares, mi defensor, me aseguró que era la primera vez que veía una condena de menos de dos años por delito de auxilio a la rebelión, y sin que en mi expediente constase hecho alguno que pudiera beneficiarme. —Y le conté lo sucedido con el comandante Satrústegui y el coronel Sánchez del Hoyo, que, pese a que habían colaborado con los quintacolumnistas durante la guerra, habían sufrido penas mayores que la mía—. Palomares estaba seguro de que alguien había intercedido a mi favor, y, salvo tu padre, no se me ocurre nadie más.

Porque, evidentemente, no quería ni pensar que mi padre hubiese tenido nada que ver.

Vi a Marisa insegura en ese instante. Como sin saber qué responder, como sin tener certeza de cómo me iba a tomar yo sus palabras. La relación entre ambos, entre su padre y yo, siempre había sido tensa. Para él, yo era muy poco para su única hija, el tesoro de su casa, la mayor de una familia de la alta burguesía madrileña para quien sus padres habían pergeñado un futuro de esplendor, bien distinto al de ser la esposa de un abogado de tercera. Antes de que ella me reconociera que en efecto su padre había intercedido por mí ante los militares, lo supe. Por sus ojos y su mirada. Y pensé que únicamente Dios conocería lo que le habría costado que su padre, para quien todo sometido a proceso era culpable y para quien todo aquel que hubiese servido en el ejército rojo era un comunista de la peor calaña, abogara por mí.

—Sí —admitió—. Yo se lo pedí, Eduardo. Habló con quien tenía que hablar y, por lo que se ve, su intercesión surtió efecto. Y yo le estoy muy agradecida y supongo que tú también. Ya te conté cuánto trabajó para que tu nombre figurase en la lista de indultados, a pesar de…, bueno, ya sabes.

—Por supuesto, sí, claro, pero… es curioso. Le estoy agradecido, por supuesto, pero… No sabía que tu padre tuviera tanta mano, Marisa —repuse, acaso con un deje sarcástico en la voz—. Cuando os fuisteis de Madrid, era un empresario relevante,

sí, con sus ideas, por supuesto, totalmente opuestas a las de la República, recuerdo que era un cargo importante en el Partido Agrario, pero no estaba, digamos, en la cúpula. Y sé, por lo que se decía en Porlier, que por un preso o abogaba un obispo como mínimo o las llevaba dadas. ¿Tanto han cambiado las cosas?

—Bueno, pues… —Y meneó su hermosa cabellera con cierta exasperación—. ¡Eduardo, por Dios! ¡Pues claro que tanto han cambiado las cosas! ¿Cómo puedes ni siquiera planteártelo? ¡Ha cambiado todo! Madrid, España, el mundo… ¡Todo! Lo único que no quiero que cambie es nuestra vida, no quiero que nosotros cambiemos.

—Ojalá eso fuera posible: no haber cambiado, ser los mismos que antes. Pero todo ha cambiado, por desgracia. Yo, sin ir más lejos, soy un exrecluso, ya ves… Pero no has acabado de responderme, Marisa.

—Bueno… Lo cierto es que, cuando llegamos a Burgos desde Francia, resultó que muchos de sus amigos de antes, otros empresarios como él, hombres de negocios, antiguos compañeros de estudios, gente influyente, ocupaban altos cargos del Gobierno. Y los siguen ocupando ahora, claro. Sé, por ejemplo, que papá es muy amigo de Alfonso Peña, el ministro de Obras Públicas… —Se detuvo—. Qué curioso… Se apellida igual que tú. No sois familia, ¿verdad?

La miré con tristeza y ella se arrepintió enseguida de su broma.

—Bueno, pues eso, que papá es muy amigo del ministro. Sé que se le adjudicaron algunos nuevos proyectos cuando estábamos en Burgos y supongo que ahora, ya de regreso en Madrid, la colaboración se habrá ido estrechando. Pero bueno…, yo no estoy muy al tanto de sus negocios, ¿sabes? Aunque voy a meterme en uno, luego te lo cuento, una tienda de textiles, ¿qué te parece?… El caso es que estás aquí, libre, que tu pesadilla, nuestra pesadilla, ha quedado atrás, y que tenemos toda la vida por delante, Eduardo. Eso es lo que nos debe importar, y nada más.

Sabía que Marisa llevaba razón, pero, sin embargo, no pude evitar sentirme incómodo. Había nociones, que la vida y mi

profesión me habían inculcado, que tenía tan arraigadas como el faro en la costa: la justicia, la igualdad, la rectitud de los jueces, su imparcialidad. Pero era verdad que la guerra lo había cambiado todo.

—Está bien —asentí—. Dale las gracias de mi parte, Marisa. A tu padre. Si intercedió por mí, no podré pagárselo jamás.

—Se las podrás dar tú personalmente, Eduardo. Quiere que vengas a casa a cenar un día, lo fijaremos de aquí a nada. Pero ahora —dijo, cogiendo su pequeño bolso de piel—, tengo algo para ti. Un regalo. —Dejó unas cuantas monedas sobre la mesa—. Venga, que nos vamos.

—¿Adónde?

—Ya lo verás.

Salimos del Pombo a la mañana madrileña, grisácea, hibernal. Madrid estaba más limpio, reinaba el orden, poco a poco se iba normalizando todo, pero había algo raro, un punto de tristeza tal vez. Los persistentes aguaceros de los últimos días que habían provocado el desbordamiento del Manzanares habían menguado un tanto; ese viernes 5 de enero caía una fina lluvia y corrimos cogidos de la mano resguardándonos del agua bajo las cornisas, protegida ella con su sombrerito cloche y una elegante gabardina entallada; yo, con un grueso abrigo y mi viejo sombrero Fedora, que no sé cómo estaba en mi casa a mi regreso. «¿Adónde vamos, Marisa?», le preguntaba cada dos por tres, pero solo obtenía la respuesta de su risa traviesa. Transitamos aprisa por la calle Carretas, cruzamos la Puerta del Sol y subimos por la calle del Carmen hasta llegar a la plaza de Callao. En las calles, en casas y balcones lucían adornos navideños que no se veían en Madrid desde hacía años: coronas de laurel, espumillones, bombillas de colores, belenes en los escaparates. Los dos porteros uniformados del café Fuyma vigilaban la entrada, para que los pedigüeños no irrumpieran en el café donde, se decía, convivían altos cargos franquistas y potentados del estraperlo. Frente a ellos, la Casa de la Prensa era un hervidero de personas que entraban llevando paquetes con regalos y juguetes que alegraran la noche de Reyes de los huérfanos y los niños pobres. Marisa se detuvo en la plaza y

miró a hurtadillas a derecha e izquierda, como un chaval preparándose para una travesura.

—¡Ahora! —me urgió—. ¡Ven! ¡Vamos, date prisa!

Se dirigió, conmigo de la mano, hacia la monumental fachada de mármol del hotel Florida, agujereada aquí y acullá por las huellas de los más de treinta proyectiles que, lanzados desde el cerro Garabitas, habían estallado contra ella durante la guerra y que todavía no habían sido reparadas.

Adiviné de inmediato sus intenciones, cuál iba a ser su regalo, y me detuve delante de la puerta del hotel. En mi vida ya no había certezas, acerca de nada ni de nadie. Ni acerca de mí mismo, siquiera. Pero… ¿cuántos años habían trascurrido desde que estuve por última vez con Marisa? ¿Cuántos meses desde que estuve con una mujer? Me acordé de Clara, la miliciana, y sentí un pujo de angustia. «¿Qué habría sido de ella?». Me acordé de Charo Velarde, y el pujo fue de arrepentimiento, como si la fuese a traicionar. «¿Por qué no se había puesto en contacto conmigo? ¿Por qué no había ido a visitarme a Porlier? Sí, estuvo en el juicio, pero…».

—Venga, vamos, Eduardo, ¿qué te pasa? ¡Vamos, hombre, que nos mojamos!

Me dejé llevar.

Entramos en el vestíbulo penumbroso, la fuente acristalada, un ir y venir de hombres y mujeres distinguidamente vestidos, los camareros portando bandejas con cafés, cruasanes, copitas de licor, un leve olor a cuero y a aceite de oliva, el arco desde el que se divisaba el comedor con las mesas vestidas de blanco y engalanadas con lujosas vajillas para el almuerzo, el bar poblado de jóvenes falangistas que bebían vermú y vino de Jerez, un gran reloj que marcaba las doce menos cinco de la mañana.

—Espérame aquí.

Me quedé de pie junto a una columna y vi cómo Marisa se acercaba a la recepción y hablaba con uno de los recepcionistas. La vi conversar con él, exhibir su cédula de identidad, sonreír al muchacho, escribir sobre un formulario y firmarlo luego. Cómo sacaba su monedero de perlas y extraía un billete doblado. Cómo se lo entregaba al empleado con los ojos gachos. Y cómo recibía

una llave metálica que colgaba de un cuadrado de latón y madera. Y cómo regresaba junto a mí, tan decidida y feliz como avergonzada. Un rubor infantil teñía su rostro y sus ojos brillaban como gemas.

—Vamos —me dijo, cogiéndome de la mano de nuevo. Y había en su voz una urgencia y un sofoco que la azoraba y la hacía temblar.

—¿Adónde, Marisa? —aunque bien que lo sabía. Lo que no sabía era cómo sentirme, si ilusionado o confuso. Estaban pasando demasiadas cosas en mi vida y demasiado aprisa. Sí experimenté un pujo de deseo.

—¿Eres tonto? —Y sonrió como una niña pícara y pudorosa al mismo tiempo—. No me lo pongas difícil, vamos. Tú sígueme.

Llegamos hasta el ascensor, aguardamos junto a un caballero que leía un periódico alemán y otras dos parejas, una muy seria, otra que no paraba de cuchichear. Cuando el artefacto se posó en la planta baja con unos crujidos metálicos, se abrieron sus refinadas puertas de madera y hierro y varias personas salieron de él. Entramos. El ascensorista nos dio los buenos días y nos sonrió.

—Sexta planta —dijo ella, cuando le tocó el turno. Y en sus mejillas el rubor se convirtió en encendido sonrojo. Aquel habitáculo claustrofóbico me trajo a la memoria recuerdos desagradables de Porlier. Marisa pareció darse cuenta, pues me apretó la mano con fuerza.

—Por supuesto, señorita.

Subimos en silencio, los sonidos de la planta baja se fueron poco a poco extinguiendo, solamente se oía el traqueteo del ascensor y el chasquido de las páginas del periódico cuando el alemán las pasaba. Se detuvo primero en la segunda planta, donde el hombre del diario se quedó. Después, en la cuarta, en la que se bajó una de las parejas. Cuando se abrieron de nuevo las puertas y el número seis se iluminó dentro del aparato, Marisa dio los buenos días, me cogió de nuevo de la mano, me arrastró fuera y salimos a un pasillo ancho y alfombrado.

—Es la 615 —dijo ella.

—Marisa —pregunté, como si le quisiera dar la oportunidad

de arrepentirse—, ¿qué estamos haciendo aquí?

—Pues recuperar parte de lo que la guerra nos quitó, Eduardo.

* * *

La habitación 615 del hotel Florida daba a la Gran Vía. Era limpia y amplia. La presidía una cama de matrimonio vestida con una colcha de color rosa oscuro. Desde la ventana se veían los tejados ocres manchados de hollín del Madrid antiguo. Hasta donde alcanzaba la vista se divisaba la ciudad acostada bajo la colina donde el hotel se alzaba, sus calles estrechas, las chimeneas ennegrecidas, las ruinas de las casas derrumbadas bajo los morteros y las bombas, las torres y cúpulas de las iglesias y conventos, los chapiteles de pizarra de los palacios, los coches que correteaban por las calles como hormigas laboriosas, grúas y andamios. Y allí estábamos nosotros, plantado el uno frente al otro, sin que ninguno se atreviese a mirar la cama que, a unos metros de donde nos contemplábamos, parecía burlarse de nuestra turbación y nuestra vergüenza.

Fue Marisa quien dio el primer paso: clavó sus ojos en mí con más intensidad, si es que eso era posible, se desprendió con un movimiento lento de su pequeño sombrero, dio un paso adelante y me quitó el Fedora. Luego, me besó en la boca. Fiera, desesperadamente, pegándose a mí hasta que el aire no fue capaz de pasar por entre medio de ambos.

Ese beso duró lo que el oxígeno en sus pulmones. Después nos separamos. Nos quedamos mirándonos.

—¿Estás segura, Marisa? —pregunté, tomándola de las manos.

—Lo estoy —asintió ella, ruborizada, y no solo por la falta de aire después del beso—. Claro que sí.

—No te merezco —dije, y la estreché entre mis brazos. La sensación claustrofóbica que el elevador había dejado en mí fue sustituida por un agradecimiento sin límites a aquella muchacha hermosa que, a pesar de todo lo sucedido, se me entregaba sin

condiciones, y por un deseo telúrico, primordial.

No era la primera vez que estábamos juntos, que hacíamos el amor, pero sí era la primera vez que lo hacíamos de esa manera, sin prisas, en una habitación luminosa, en una cama grande, entre sábanas que crujían de almidón y limpieza, no en la incomodidad del bufete o en la urgencia de una pensión por horas y de mala muerte. Fue la primera vez que pudimos contemplarnos hasta extasiarnos. Fue la primera vez que pude disfrutar de su desnudez sin mácula, de su cuerpo joven y pleno, su piel blanquísima, su cuello fino, enredarme entre su cabello oloroso y rubio y entre sus rizos pequeños.

La tarde nos sorprendió en la habitación, sudorosos y extenuados, muertos de hambre. Nos vestimos entre risas, era la primera vez que yo reía de verdad desde hacía muchos meses, ¡años!, salimos de la habitación, aguardamos el ascensor, no experimenté sensación alguna de claustrofobia en esta ocasión, vimos cómo el ascensorista, que era otro mozo diferente al de la mañana, nos sonreía con picardía. Por unos minutos, por unas horas, había recuperado algo de lo que antes había sido, creí que podría volver a ser como antes, recobrar mi vida hecha jirones. Fui yo quien devolvió la llave en la recepción y salimos a la tarde fría de Madrid. Ya había niños por la Gran Vía soñando con los Reyes, con Pinocho, el muñeco Pebete, la bruja Mazapán, los monigotes que, enhebrados en una cinta elástica, bailoteaban ridículamente en el aire; y las niñas fantaseando con la muñeca mecánica que sabía decir papá y mamá con sus labios de china, las Mariquitas Pérez, las Peponas para las más humildes, las casitas de campo de Núremberg con sus vaquitas, sus ovejuelas y sus cabrillas. Señoras encopetadas y con negras gasas se dirigían a la basílica de San Miguel a ganar el jubileo de las Cuarenta Horas. Hombres de toda condición corrían hasta la calle de Alcalá a ver si conseguían las últimas entradas para el partido de fútbol entre el Madrid y el Athletic Aviación Club que habría de disputarse el domingo. Era como si la Navidad hubiese arrinconado durante unos días los recuerdos de la guerra, la hambruna y las persecuciones. Entramos en un bar, el primero donde vimos una mesa libre, y, con la cocina

aún cerrada, comimos unos calamares a la romana fríos y correosos, insípidos, y unas patatas bravas que debían de ser al menos del año anterior. Mientras distraíamos el hambre, conversamos de insignificancias, de cosas de las que ni me acuerdo, palpitando en nuestras carnes los roces y las caricias de las horas pasadas en el hotel Florida. Le confesé que me daba pavor ir al bufete, no sabía qué iba a encontrarme allí, o peor todavía, era como si temiera encontrarme dentro de sus cuatro paredes un insecto inmenso y venenoso, y Marisa me habló de cómo se encontraron su piso en el barrio de Salamanca, cuando regresaron desde Burgos, después de que durante la guerra hubiese sido ocupado por las familias de dos cenetistas andaluces que, junto a sus camaradas de las milicias de la CNT que habían llegado desde Andalucía para ayudar a la resistencia de Madrid, se habían incautado del vecino monasterio de las monjas dominicas. Hasta que poco a poco, sin que supiera muy bien por qué, un vacío insondable, una apatía incomprensible, se fue apoderando de mí, me quedé sin nada de que hablar y la euforia que hasta instantes antes me había embriagado desapareció de forma enigmática. Marisa me preguntó qué me ocurría, no supe responderle.

—No te preocupes —me dijo—. Estas cosas pasan en las películas después del amor, ¿verdad?

Incapaces de encontrar un taxi libre, la acompañé en el tranvía hasta la calle Claudio Coello, donde vivía, cerca del Gobierno Civil, me resistí a subir a saludar a sus padres, «Aún no estoy preparado, Marisa», quedamos para vernos al día siguiente —«en Embassy, ¿te apetece, Eduardo?»— y luego, después de una despedida embarazosa que ni ella ni yo supimos muy bien a qué atribuir, regresé a pie, bajo una lluvia tenue, hasta la calle del Arenal. No paraba de preguntarme qué había pasado.

* * *

Ya estaba oscureciendo cuando llegué a casa. Subí directamente a mi piso sin pasar por el bufete. Era cierto lo que le había contado a Marisa: me daba pánico volver a mi mundo de leyes y pleitos, no

me veía capaz de introducirme de nuevo en ese ámbito al que los acontecimientos vividos habían hecho añicos como si fuera un cristal. ¿Cómo hablar de justicia cuando en su nombre se cometían los desafueros que había vivido en mis propias carnes? Besé a mi madre, que me abrazó como si todavía no se creyera que su hijo había regresado por fin desde Porlier. Ella debió de oler en mi ropa y en mi piel el perfume femenino, pues advertí que aspiraba con fuerza mientras me abrazaba y que luego observaba con una sonrisa apenas esquinada las manchas rosáceas en mi cuello, mas no dijo nada. Ocultó la sonrisa bajo un gesto ambiguo.

—¿Qué tal la tarde? ¿Cómo está Marisa?

—Bien, muy bien. Hemos comido fuera y después hemos paseado por el centro.

—Esa niña es un sol. Qué suerte tienes, hijo. Lo bien que se está portando contigo.

—Por supuesto que sí, claro que lo es.

—Y tú, hijo, ¿qué tal estás?

—Bien, bien, no te preocupes. Poquito a poco…

—He preparado sopa de fideos para cenar, ¿te apetece?

—No tengo mucha hambre, pero sí, te acompaño. Déjame que me quite esta ropa y me asee algo. Enseguida vuelvo.

Antes de salir de la habitación, me giré y percibí en mi madre un ramalazo de tristeza. Fue en sus ojos, que parecían haberse enturbiado. Era como si se estuviera diciendo que a su hijo, con quien la vida, a pesar de la traumática ausencia de su padre, no había sido hasta hacía bien poco en exceso cruel, sino más bien piadosa, le iba a costar superar lo que había sufrido en los últimos meses. Todos esos pensamientos pude adivinar en sus ojos con solo mirarlos una vez. Después la vi irse a la cocina a preparar la sopa.

Cenamos a eso de las nueve, mientras escuchábamos la radio, que desmenuzaba su diaria letanía en la que convivían la actualidad de la guerra europea, la propaganda del régimen y las noticias que eran desdichas para unos y venturas para otros: la visita del Caudillo a las obras de reconstrucción de las viviendas del barrio de Usera, «voladas con dinamita por las hordas rojas», la celebración del congreso extraordinario del SEU, la representación

del retablo *Nacimiento* en el Coliseum por la Juventud Femenina de Acción Católica, los combates aéreos sobre Aquisgrán, la situación crítica de «dos divisiones rusas frente a las heroicas tropas finlandesas», la detención de una enfermera comunista en el Hospital Provincial de Madrid, los partes de los diarios consejos de guerra en los juzgados militares…

—¿Te importa que quite la radio? —pregunté.

—No, claro que no. La verdad es que la voz de ese locutor me da ardores. ¿Qué tal están los fideos?

—Muy buenos. —Aunque la verdad era que estaban faltos de sal y algo aguados. Y sin apio ni un mal garbanzo ni nada que se le pareciera.

—He podido conseguir un poco de tocino y jarrete, ahora los traigo. De jarrete, muy poquito, porque en la carnicería estaba la cosa fatal, pero, por lo menos, para alimentarte servirá, que buena falta que te hará un buen trozo de carne. Acábate la sopa, hijo.

Continuamos cenando en silencio, salpicado únicamente por comentarios forzados y escuetos. Cuando, al llevarme una cucharada a la boca, contemplé a mi madre, sorprendí en su rostro un rictus como de dolor, de amargura.

—¿Te ocurre algo, madre?

—No, hijo, no, claro que no. —Pero la rapidez de su respuesta y el tono de su voz eran como si la hubiera cogido en falta—. ¿Qué me iba a ocurrir?

—No sé, he visto como si no te encontraras bien, como si te doliera algo.

—Anda ya, imaginaciones tuyas, ¿qué me iba a suceder a mí? Venga, come, come, que se te enfría el caldo.

Dejé la cuchara en el plato y la contemplé muy serio.

—Si te ocurriera algo, me lo dirías, ¿verdad?

—Por supuesto que sí, hijo, Eduardo, pero ya te digo que estoy perfectamente.

Pero en el timbre de su voz había más vacilación que certeza.

—Vale.

Me llevé de nuevo la cuchara a la boca, aunque no quedé convencido de la respuesta de mi madre. La miraba de vez en

cuando mientras ella comía, pringando la corteza del pan en el tocino, duro y correoso, más corteza que tocino, con apetito. Eso me tranquilizó. Los enfermos enseguida perdían el hambre.

—¿No te gusta el tocino? —me preguntó ella luego, cuando vio que lo desmenuzaba distraído con el tenedor, pero sin llevármelo a la boca.

—Es que no tengo mucha hambre, pero sí, está bueno.

—¿Quieres que te lo guarde para mañana, para el desayuno?

—Claro.

Me miró ella ahora fijamente.

—¿Te ha pasado algo esta tarde, Eduardo?

—No, no, claro que no. Es solo que estoy cansado, nada más. Estamos buenos los dos, con las preocupaciones.

—Hay naranjas, te voy a traer una. Tienen vitaminas, y si algo necesitas tú, es mucha vitamina.

Recogió los platos de la cena y regresó trayendo consigo dos naranjas escuálidas. Puso una delante de mí y comencé a mondarla, embebido en mis pensamientos.

—¿En qué estás pensando, Eduardo?

Me sobresalté como si hubiese estado sumido en un limbo lejanísimo. Un limbo en el que destellaba una mirada oscura de decepción, el llanto de una mujer sola, el recuerdo de un marido preso, una madre dando de mamar a su hijo… Pensamientos que me habían acompañado desde el primer día en Porlier.

—¿Qué?

—Te preguntaba que en qué estabas pensando.

—Ah, en nada, en nada.

—En nada es imposible pensar. Y yo sí quiero decirte una cosa.

—Tú dirás.

—Quiero que me perdones.

Fruncí las cejas, extrañado. ¿Qué podía tener yo que perdonarle a mi madre?

—¿Perdonarte? ¿Yo? ¿A ti? ¿Se puede saber a cuento de qué dices eso?

—Siento que soy responsable de muchas cosas de las que te

han pasado, hijo. Sí, de verdad, he de decírtelo. Siento que, si yo no hubiese recibido a Lola, la mujer de Ventura, aquel día, aquí en casa, si no le hubiera permitido hablar contigo, comprometerte… Cuando me hablaste de que ibas a defender a aquella maestra izquierdista, recuerdo que te lo desaconsejé. Y en cambio, con Lola, no sé qué me ocurrió… Si no hubiera dejado que nada de aquello pasara, tú, tal vez…

Y ahí dejó la frase, inconclusa. Esperé que levantara la mirada y clavé la mía en los ojos acuosos de mi madre.

—Te voy a decir una cosa, madre.

—Por supuesto, hijo, lo que tú quieras. Pero si me vas a preguntar por la salud, ya te he dicho que estoy perfectamente. Y en cuanto a lo que te acabo de comentar, no sé, no me hagas mucho caso, tenía que decírtelo, me siento algo estúpida…

Me acodé sobre la mesa, extendí las manos y así las de mi madre, huesudas y pecosas.

—Aquel día, el día en que vino a casa la mujer de Ventura León. El día en que me detuvieron. ¿Recuerdas?

—¿Cómo lo iba a olvidar, Eduardo? Te lo acabo de referir, y si yo…

—¿Recuerdas que la mujer me pidió ayuda y que yo al principio me negué?

—Sí, claro, lo recuerdo, lo recuerdo perfectamente. Ya te lo he dicho. Y era lógico, tú no eres experto en derecho penal, ella lo comprendió y…

—¿Sabes por qué cambié de idea luego? ¿Sabes por qué me fui a las comisarías, a los cuartelillos, a los juzgados en busca de Ventura León?

—Deberíamos dejar todo eso atrás, Eduardo. Ya te he pedido perdón. Lo que pasó, pasado está y ya nadie lo puede cambiar, aunque quisiera. No te conviene volver la vista atrás constantemente y…

—Lo vi en tus ojos, madre.

Levantó la mirada con asombro.

—¿Que lo viste en mis ojos? —repitió ella—. ¿Qué es lo que viste en mis ojos, Eduardo? ¿Qué es lo que quieres decir?

—Recuerdo aquella escena como si estuviera sucediendo ahora mismo —sonreí con tristeza—. Estaba aquí esa pobre mujer, con su hija recién nacida en brazos. Recuerdo hasta sus palabras: nos contó que su marido había sido detenido en su restaurante, que no tenía dinero… Y si vino aquí, a nuestra casa, fue en busca de ayuda. Y yo se la negué, le dije que no podía hacer nada por ella, que el derecho penal no era mi especialidad, que no sabía nada de la justicia militar. ¿Recuerdas? —Hice una pequeña pausa para tomar aire—. ¿Y sabes qué vi en tus ojos, madre? —No dejé que ella me respondiera; probablemente, tampoco habría podido, la veía alarmada, como sin creerse el dolor que advertía en mi voz—. Vi decepción. Decepción, madre. Desilusión. Desencanto. Una madre decepcionada con su hijo. Me fui. Bajé al bufete y allí sentí tu mirada clavada en el fondo de mi alma. Pensé en padre, y me dije que era tan cobarde como él. Y me dije también que no estaba dispuesto a serlo. Y que estaba harto de sortear a la vida, de pasar siempre de largo. Y me fui a buscar a Ventura León. Lo demás ya lo sabes.

El silencio pareció manteca, de tan espeso.

—Eduardo, hijo, yo… —intentó quebrarlo, pero fue su voz la que se quebró y no el silencio.

—Y no me arrepiento, de verdad que no. Ni te reprocho nada, válgame Dios. Más bien todo lo contrario. No me arrepiento de lo que hice ni de las consecuencias de lo que hice. En la cárcel me arrepentí una y mil veces, pero ya no. Ya no… ¿Y sabes qué es lo mejor? Que no guardo rencor. A nada. A nadie. Y menos que nadie a ti o a Lola, la mujer de Ventura. Te lo juro por Dios que no. Para ti solo guardo admiración y agradecimiento. Lo que he pasado ha sido horrible, pero he sabido que no soy un cobarde, y eso ha sido gracias a ti. El rencor únicamente sirve para que la vida se vuelva tan apestosa como un huevo podrido. Y no estoy dispuesto a vivir amargado. Es el momento de perdonar, de olvidar, madre, y ojalá todos en Madrid, en España, pensaran como yo. El futuro no se puede construir sobre los cimientos del odio. El mañana no se puede edificar sobre los agravios del pasado. Si algo aprendí en Porlier, es eso: que es preciso el perdón, el olvido. Solo los viles ni

perdonan ni olvidan. Y si a alguien no hay que perdonar nunca, es a uno mismo. Fíjate, madre. No me perdono haberte defraudado. Pero ¿sabes una cosa? El daño que me hicieron ya lo he perdonado y olvidado. Y jamás, madre, jamás volveré a defraudarte.

Me puse en pie, desfallecido, como si, con ese breve e improvisado discurso, se me hubiesen ido todas las fuerzas del cuerpo. Pero me sentí liberado: fue como si me hubiera quitado un tremendo peso de encima, como si hubiera conseguido arrancarme una espina clavada en lo más profundo de la garganta. Como si hablando de perdón y olvido pudiese conseguir que ambos se hicieran realidad. Besé el pelo cano de mi madre, que me contemplaba al borde del llanto, sin saber qué hacer ni qué decir. Olí el perfume de lavanda de la colonia que usaba y el regusto lejano del humo de la cocina. Luego, acaricié su mejilla ajada y salí del cuarto de estar con un buenas noches casi inaudible.

Ella se quedó sentada, incapaz de moverse, viendo cómo yo me alejaba, cansinos los pasos, encorvada la espalda. Supongo que estaría recordando aquellos momentos con Lola, la mujer de Ventura, que se estaría preguntando cómo fue aquella mirada de la que yo le había hablado, en la que había visto su decepción y su desencanto. Que estaría pensando en esas palabras mías: «Jamás, madre, jamás volveré a defraudarte».

Y rogué al cielo por que fueran verdad.

15

«¿Ha habido otra mujer en estos años, Eduardo?»

Aquel sábado, día 6 de enero, había sido declarado medio festivo por el nuevo Gobierno de España. A través de los gobernadores civiles se había ordenado que «el día de los Santos Reyes Magos, 6 de los corrientes, festivo a los efectos religiosos, estarán obligados los patronos a facilitar a sus obreros el cumplimiento de sus deberes devotos». Ello supuso que, aunque las fábricas y los comercios abrieran, fuera un sábado diferente, con mucha gente en las calles comprando regalos, los que podían comprar regalos, o acudiendo a las iglesias, que era una manera tan buena como cualquier otra de mostrar adhesión al régimen de Franco.

Había quedado con Marisa en Embassy a mediodía. Salí temprano de casa, desayuné en el Pombo, donde me reencontré después de tantos meses con Roberto Calero, que me propinó un abrazo que me dejó sin respiración. Y eso que Roberto había perdido por lo menos diez kilos desde la última vez que estuvimos sentados en esa mesa. «Las privaciones, macho, y este cuerpo mío, que no se sacia con cualquier cosita», me había explicado Calero con una risotada. También me dijo que durante todos esos meses había ido a la botillería cada vez que había podido, a la hora en que solíamos encontrarnos, pues no desesperanzaba de que el día menos pensado yo regresara por allí. «¡Y aquí estás, Edu, cojones, qué alegría, no me lo puedo creer!». Durante casi dos horas estuvimos intentando recuperar el tiempo contándonos la vida de cada uno en los últimos meses, «¡Casi un año de aquí a nada, Dios mío!, parece mentira, Roberto». Le relaté mi día a día en Porlier, el

indulto, el atolladero en que se había convertido mi vida y mi cabeza. Él me aseguró que había intentado visitarme en la cárcel, pero que no se lo habían permitido, y que raro era el día en que no se acercaba a la calle del Arenal a preguntar por mí, lo que yo ya sabía por mi madre; me contó que el abogado Del Pino había sido detenido y condenado a quince años, que se hallaba en la prisión de Yeserías, aunque se comentaba que iba a ser trasladado pronto dado su precario estado de salud; que el bufete de la calle de Alcalá había sido clausurado; que dos de los letrados y uno de los contables que allí trabajaban también habían sido procesados y encarcelados, pero que a él lo habían dejado en paz, «y es que ya no tienen ni juzgados ni auditores para meter en juicio a tanta gente, Edu, y menos a un tío tan guapo como yo», y que ahora trabajaba como administrativo en una gestoría, pues no había hallado empleo como abogado y no tenía medios para abrir su propio despacho.

—Además —me dijo—, la Falange se ha adueñado del Colegio de abogados y a saber a cuántos nos depuran y expulsan.

—Sí, recuerdo que hablamos de los expedientes de depuración poco antes de que me detuvieran. Ni lo recordaba. Entonces, Roberto, ¿aún no han comenzado con los expedientes en el colegio?

—No, pero, según dicen, están al caer.

Le hablé de Marisa, le dije que había vuelto a Madrid, Roberto me contó que había conseguido saludarla después del juicio y que algo sabía de su periplo, y que habíamos quedado a las doce en Embassy. «¡Cómo te lo montas, Edu! Embassy es el no va más en estos días —me aseguró. Y a renglón seguido, siempre chistoso—: ¿De verdad que no puedo ir con vosotros, macho? Unas copitas y unos canapés y os dejo en paz, te lo juro». Hicimos planes para compartir mi bufete en cuanto yo decidiera qué hacer con mi vida —es decir, si me decidía a retomar el oficio, lo que no tenía nada claro, tanta era mi decepción con la justicia imperante, aunque en el fondo de mí sabía que, de no ser abogado, nada había que me gustara ser— y a expensas de cómo se desarrollara el futuro. Volvimos a ser durante ese rato lo que antes éramos,

ingenuos y amigos. El tiempo pasó volando y, en cuanto en el reloj del Pombo sonaron las doce menos cuarto, me despedí de él con la promesa de vernos de nuevo el lunes para ir dándole forma a esos proyectos comunes. Nos despedimos con un abrazo del que nos costó desprendernos. Ya fuera del Pombo, me mezclé con el gentío que caminaba por las calles de Madrid. Llegué a Embassy a las doce en punto de ese sábado casi feriado. Era, en efecto, el lugar de moda en la capital, fundado por una inglesa en los primeros tiempos de la República. Había comenzado como salón de té y ahora servía también cócteles, dulces, pastas y aperitivos, productos todos ellos de gran calidad que habían hecho célebre el negocio. En cuanto vi el ambiente se me borró el ánimo jovial con que había llegado, después de haber estado con Roberto Calero. Vi enseguida que aquel no era mi sitio. El local, ubicado en la esquina de Castellana y Ayala, estaba lleno de gente vestida con elegancia, trajes cruzados de chaqueta de paños ingleses ellos, trajes de diseño y abrigos de pieles ellas. Una neblina azul del humo del tabaco caro encelajaba el interior del salón. Había muchos extranjeros, probablemente personal de las embajadas cercanas, alguna que otra camisa azul bajo trajes de telas caras e individuos con aspecto de altos funcionarios. Mi entrada en el local hizo que algún que otro ceño se frunciera. Era como si por mi aspecto sospecharan que estaba recién llegado de Porlier. O al menos eso imaginé. Me adentré en el gentío murmurando excusas, como si mi sola presencia allí fuera digna de una disculpa; oí conversaciones en alemán, inglés y francés, me cercioré de que Marisa no había llegado aún y, cuando vi un hueco libre, me acodé en la barra, donde un barman preparaba los famosos cócteles de champán. Pedí un café, soporté la mirada algo extrañada del camarero y aguardé a que me lo sirvieran. No me era ajeno el ambiente elegante del salón, pues, antes de la guerra, solía frecuentar con Marisa sitios como ese: la cafetería del Palace, Chicote, la Bobia, el Zahara… Entonces, al lado de Marisa, me había sentido, si no a gusto, sí al menos cómodo en esos lugares exclusivos y frecuentados por gente fina. Ahora, sin embargo, me sentía perdido, pez fuera del agua, intruso. Pensaba que todos me observaban con estupefacción

cuando no con desprecio, mi abrigo de tela gruesa, mi viejo Fedora, la corbata anodina, los cuellos desgastados de la camisa. Me acabé el café, servido en una taza minúscula, de dos buches rápidos, deseando que Marisa llegara y poder marcharnos de allí. Percibí la mezcla de aromas del salón, de colonias carísimas, de perfumes franceses, del tabaco de precio prohibitivo, nada que ver con el de la fábrica CAT que fumaba Clara —algún día, me dije, tenía que dejar de pensar en ella, y más en momentos como aquel, aunque no estaba nada cierto de poderlo conseguir— y estuve seguro de que todos allí podían percibir el hedor pútrido de la cárcel que yo sentía emanar de mi piel. Resistí como pude la tentación de irme, de correr afuera, de escapar. Marisa entró en el salón justo cuando iba a darme por vencido. Le hice una seña para indicarle mi presencia y observé cómo muchos de los jóvenes bien vestidos la admiraban sin disimulo. Venía preciosa: vestía un abrigo corto de pieles claras y, bajo el abrigo, un vestido verde oscuro con un escote pronunciado sobre el que descansaba un collar de perlas. Llevaba las piernas enfundadas en medias de seda de Lyon, y sobre el cabello rubio lucía un sombrero tipo casquete de terciopelo verde también. Lejos de sentirme halagado por la atención que concitaba entre los clientes de Embassy, me sentí molesto. Y no fue por esa admiración, por el embeleso que Marisa levantaba entre los hombres, sino porque fui consciente de lo distintos que éramos, de que había tantas cosas en ella que la distanciaban de mí.

—Perdona el retraso, Eduardo —se excusó, tras un rápido beso en la mejilla—. Pero es que el dominico que ha oficiado hoy la misa de diez en Santo Domingo el Real ha pronunciado una homilía interminable y apenas he tenido tiempo de retocarme después. ¿Llevas mucho tiempo esperando?

—No, no te preocupes, acabo de llegar.

—¿Ya has pedido?

—Sí, un café.

—Vaya, un café… ¿Y no había ninguna mesa libre?

—Como puedes ver, no. Esto está hasta los topes. Posiblemente es mejor que…

—Pues creo que aquella pareja de la mesa del fondo está pidiendo la cuenta. Vamos, que nadie se nos adelante. Estaba deseando venir a Embassy, pero contigo, claro. Vamos, vamos.

De nuevo me dejé llevar. Nos acercamos a la mesita situada junto al escaparate que daba al paseo de la Castellana, que durante la guerra se había llamado paseo de la Unión Proletaria y que ahora había sido rebautizado como del Generalísimo. Aguardamos a que la pareja, un matrimonio endomingado y de edad, abonara la cuenta y se levantara, y nos apresuramos a ocupar sus asientos. Dejé el Fedora sobre la mesa, otra cosa fuera de lugar en aquel local selecto. Esperamos a que el camarero despejara la mesita y regresara para tomar nota de nuestros pedidos.

—Yo tomaré el cóctel de champán —anunció Marisa—. Dicen que está riquísimo. ¿Te atreves, Eduardo?

—Mejor que no. Hace mucho que no bebo —dije, arrepintiéndome al instante. Todo lo que fuera recordar mi vida de los últimos meses no hacía sino ensanchar la brecha entre nosotros. Pensé en pedir otro café, pero desistí al recordar el ademán extrañado del barman—. Tomaré un vermú.

Cuando nos sirvieron las bebidas acompañadas de un platito de pastas saladas y probó la suya, Marisa se deshizo en elogios sobre lo bueno que estaba su cóctel de champán. Después intentó que la conversación fluyera animada, pero se encontraba cada dos por tres con mi circunspección, que por más que quisiera yo no podía evitar, y con el ruido del salón, que la obligaba a alzar la voz más de lo que deseaba. Yo me sentía fuera de lugar, incómodo, a disgusto en aquel sitio donde la vida parecía discurrir por cauces ajenos a la realidad de Madrid, a la escasez y las estrecheces de tantos, al hambre y el racionamiento, presentes incluso en esas fiestas navideñas. Me parecía inmoral estar allí entre vermús y cócteles de champán cuando mis compañeros de celda en Porlier estarían aguardando su ración de nabos aguados y cuando la mayoría de los madrileños comían a diario, y en el mejor de los casos, garbanzos, patatas, boniatos, pastas para sopas, bacalao y muy de tarde en tarde carne de membrillo y un chocolate terroso que causaba diarreas. La conversación se fue extinguiendo al

mismo ritmo que el cóctel de Marisa. Me sentí como cuando, después de pasar la tarde en el Florida, me ganó un vacío infinito e incomprensible.

—¿No pruebas el vermú?

—Es que aún tengo en la boca el sabor del café. —E hice un esfuerzo y tomé un sorbito del licor, más amargo de lo que recordaba.

—Pues yo tengo un hambre que me muero —afirmó ella, cogiendo una de las pastas del plato. Yo no las había tocado—. ¿Qué hora es, Eduardo?

Hice un gesto con el brazo para descubrir mi muñeca, hasta apercibirme de que estaba desnuda. No me acostumbraba a esa ausencia y me miraba el brazo cada vez que quería saber la hora. Busqué un reloj de pared, pero no logré avistar ninguno.

—Lo siento, no llevo reloj. —Estuve a punto de añadir: «Me lo robaron en Porlier». Pero para qué iba a recordar aquello. Qué más daba ya.

—Ya me había dado cuenta, tonto.

Sonrió con ternura, abrió su pequeño bolso y extrajo un paquete primorosamente envuelto en papel de regalo.

—Para ti.

—¿Qué es esto, Marisa?

—Un regalo. Para ti.

—¿Un regalo? ¿Y por qué?

—Pero, Eduardo, ¿en qué mundo vives? ¡Hoy es día de Reyes! Todo el mundo se hace regalos. Venga, ábrelo.

Lo hice, y dentro de un estuche de carey, sobre un lecho de terciopelo rojo, había un reloj de pulsera. Era un Omega con la caja chapada en oro y correa de piel. La miré, contemplé de nuevo el reloj y me quedé sin saber qué decir.

—Vamos, póntelo. ¿Te gusta?

—Sí, claro… claro. ¿Cómo no iba a gustarme? Por supuesto que sí. Es… es precioso. No sé qué decir…

—Entonces, ¿por qué tienes esa cara?

—No te he comprado nada, Marisa —reconocí, con una sensación que no era solo de vergüenza. Había otra cosa en ella

que no pude en ese instante distinguir. Me pregunté si podía ser rencor, pero no. No había razones para el rencor. Le había prometido a mi madre, además, que jamás volvería a sentir rencor por nada ni por nadie.

Ella intentó ocultar la decepción con una sonrisa, pero la decepción se le desbordó por los ojos, que no sonrieron en absoluto.

—Bueno, no importa —dijo al cabo—. Ya tendrás ocasión. Vamos, paga, debe de ser más de la una. Hora de irnos a almorzar. Discúlpame, vuelvo enseguida, será solamente un minuto.

Hice una seña al camarero y le pedí la cuenta. Aguardé a que me la trajeran mientras Marisa iba al baño. Abrí mucho los ojos, atónito, cuando el camarero dejó ante mí, en una bandeja plateada, la factura y leí su importe. Ni en los mejores tiempos de Chicote había visto una cuenta tan disparatada como esa. El café minúsculo que me habían servido valía cinco pesetas, lo mismo que un cuarto de kilo de café en el mercado; el maldito cóctel de champán, nueve pesetas, como dos kilos de azúcar; y el dichoso vermú, que además estaba amargo como ajenjo y que apenas si había probado, seis con cincuenta, con lo que habría podido comprar en un ultramarinos cualquiera casi tres kilos de garbanzos. Imprequé entre dientes mientras, bajo el escrutinio desconfiado del camarero, rebuscaba en mi cartera, de la que extraje el único billete de diez pesetas que tenía, y en mi monedero, donde conté monedas hasta reunir, entre perras gordas y perras chicas, las veinte pesetas con dos reales que importaba la cuenta. Pagué con lo justo y recibí un gracias sardónico del fámulo, que se alejó refunfuñando entre dientes.

—¿Vamos? —preguntó Marisa cuando regresó del aseo. Se había retocado el maquillaje, aplicado *rouge* en los labios y estaba más hermosa que nunca. Sentado frente a ella, que permanecía de pie, invitándome a salir del bar, me sentí advenedizo y menesteroso.

—¿Adónde? —pregunté. Permanecí sentado en la estrecha silla de Embassy. A duras penas podía contener la irritación.

—Es la hora del almuerzo, Eduardo. He reservado mesa en el grill del hotel Savoy.

—Siéntate, Marisa.

Ella observó mi rostro crispado, mi mirada anubarrada, los nudillos blancos de mis manos que rodeaban la copita de vermú como si quisieran romperla, mis labios pálidos.

—Pero ¿qué ocurre, Eduardo? —Y había un timbre de preocupación y desencanto en esas palabras pronunciadas en voz baja, para que nadie las pudiera oír.

—Siéntate.

Lo hizo con un suspiro de resignación. Supongo que no se había olvidado de los cambios de humor a que tan propenso había sido siempre. Era verdad que solían pasárseme enseguida y ella, además, sabía cómo hacer que se me pasaran con más celeridad todavía. Pero estos eran otros tiempos. Miré de reojo a la clientela del salón para cerciorarme de que nadie estaba pendiente de nosotros. Con excepción de dos jóvenes extranjeros que habían admirado la figura de Marisa cuando se sentaba y que de vez en cuando la contemplaban de reojo, todos allí iban a sus propios asuntos. Los cócteles, las cervezas de importación y las pastas de hojaldre salado corrían de mano en mano.

—Pues dime. Tenía mesa para la una y media, Eduardo, y es casi la una. Si queremos dar un paseo y llegar a tiempo, no debemos demorarnos mucho. Antes te encantaba el grill del Savoy.

—¿No te das cuenta? Ya nada es igual que antes, Marisa.

—Venga, Eduardo, hombre. No tiene por qué ser así. Ya hemos hablado de eso. Podemos recuperar nuestra vida, ser los mismos que éramos antes y…

—Yo antes era abogado y tenía…

—Lo sigues siendo, Eduardo.

—… tenía mi clientela, poca o mucha, pero me ganaba la vida. Ahora no sé ni qué soy, Marisa. Posiblemente no me queda ni un solo cliente. Bueno, posiblemente no, sino con toda seguridad. Ni un mísero cliente. —Suspiré, con cansancio en la voz—. Después de tanto tiempo sin poder atender el bufete, dime quién iba a esperar a mi regreso con sus pleitos pendientes. Nadie. Además, se dice que en el Colegio de abogados se ha abierto o se va a abrir un proceso de depuración y que van a expulsar a quienes

consideren desafectos al régimen. Eso me ha contado esta misma mañana Roberto Calero, lo viste durante el juicio, ¿te acuerdas? Te recuerdo que fui condenado por sedicioso y que pasé varios meses en Porlier. Fui indultado, por la mediación de tu padre y también posiblemente porque no hay cárceles en España para tantos presos, pero la mancha está ahí, y quizá no haya en el mundo jabón suficiente para limpiarla. Yo estoy dispuesto a seguir adelante, Marisa, de verdad que lo estoy. Se lo decía ayer a mi madre: estoy dispuesto a olvidar, a perdonar y a retomar mi vida. Pero esto —e hice un gesto con la mano, como queriendo abarcar con ella todo el salón de té, los jóvenes de trajes perfectamente cortados, las damas con vestidos lujosos, los camareros de blancas chaquetillas —, Embassy, esta gente, el Savoy, la taza ridícula de café a cinco pesetas… Todo esto no es ya mi vida, no es ya mi mundo, Marisa.

Ella no dijo nada. Su silencio fue más sonoro que el tono de voz que yo había utilizado para mi larga parrafada. Algunos clientes de Embassy, los más cercanos a la mesita que ocupábamos, nos miraban ahora de reojo; otros cuchicheaban y sonreían con cierto retintín. Marisa no fue capaz de decir nada: tenía los ojos llenos de lágrimas.

—¿Sabes cuánto dinero me queda en la cartera? —proseguí, indiferente a esas miradas desdeñosas, a esos cuchicheos y a esas sonrisas.

—Eduardo…

—Poco más de cuatro pesetas en perras gordas y perras chicas. Fíjate. Ese es todo mi capital. Y no te creas que en mi cuenta, que supongo que sigue bloqueada en el banco, tendré mucho más.

—Por Dios… Baja la voz, te lo ruego, nos están mirando.

Lo hice. No quería ser injusto con ella, ella no era la culpable de todo lo que me había ocurrido. Muy al contrario, ella era en buena parte responsable de mi liberación. Le sonreí con cierta tristeza.

—Así que, ¿piensas que podemos comer en el Savoy? ¿Que voy a poder pagar la cuenta de ese grill donde seguramente un filete cueste cinco veces más que el dinero que me queda en la

cartera? ¿Lo crees, Marisa?

Ella acercó su mano a través de la mesita y tomó la mía.

—Yo puedo pagarlo, Eduardo. Papá me ha puesto una asignación mensual muy generosa hasta que abra la tienda y comience a tener ingresos propios. Podemos ir, pasarlo bien, hablar y ver cómo te cambio el humor. Podemos…

—No, Marisa, no podemos.

—Pero yo quiero estar contigo, Eduardo —me aseguró, con una sonrisa temblorosa y apretando con fuerza mi mano.

—Y yo.

Lo dije, ese lacónico «Y yo», con un tono de voz donde palpitaba, muy a mi pesar, la inseguridad y la duda. Ella advirtió ese timbre de vacilación en mi voz y las lágrimas se espesaron en sus ojos. Y yo me sentí mezquino e injusto. Pues sabía que nada de lo que ocurría, de lo que había ocurrido, era culpa de ella. Y si estaba dispuesto, como manifestaba, al olvido y al perdón, ¿cómo podía ser cruel con quien tanto había demostrado amarme y con quien ninguna culpa tenía? Advertí que ya eran varias las personas que en Embassy habían fijado sus ojos en nosotros. Aunque las últimas palabras las habíamos cruzado en voz baja, nuestra postura rígida, o nuestros ademanes nerviosos, o la tensión de nuestros gestos, o los ojos llorosos de ella, debían de haber llamado la atención de la concurrencia. Me habría gustado, tal vez, ser de otra forma, poderme adaptar a ese ambiente distinguido de Embassy, olvidar de una vez por todas el olor hediondo de la cárcel, hacerme a esa vida que Marisa me ofrecía, beber cóctel de champán y degustar los canapés de salmón o el filete del Savoy sin pararme a pensar en los nabos aguados que estarían comiendo los presos de Porlier. Pero no podía. Simplemente, no podía. No habría sido yo de haberlo hecho.

—Vámonos —dije, poniéndome en pie—. Vámonos de aquí, Marisa.

* * *

Caminamos entre la multitud que se agolpaba en las aceras para

contemplar la cabalgata de los Reyes Magos que organizaba la Diputación Provincial. Logramos escabullirnos del gentío por las calles aledañas al Museo Arqueológico y fuimos andando despacio y en silencio por calles secundarias hasta que, en la Puerta del Sol, nos dimos de cara con el Antiguo Café de Levante. Había alegría en quienes llenaban las calles, pero yo no pude dejar de pensar en mis compañeros de celda en Porlier, y en quienes no tendrían una perra gorda para comprar un mísero mono acróbata para sus hijos como los que había visto en un escaparate de La Universal a dos reales la unidad, y en quienes aún vivirían escondidos en sótanos y altillos temiendo que la puerta del piso fuese aporreada por la brigadilla, o en quienes no tenían ya lágrimas para penar las ausencias. Sin decirnos nada, entramos en el café. Lo hicimos, tal vez, deseosos de refugiarnos en ese local que nos era familiar por haberlo frecuentado antes de la guerra y que a ninguno de los dos nos resultaba ahora inconveniente. Tuvimos que esperar casi diez minutos, pero al fin conseguimos una mesa en el salón de la planta baja. Dejamos los abrigos y tomamos asiento en un rincón del café. El ruido de las conversaciones de los comensales y parroquianos, que solo se acallaba cuando una bola de los billares de la planta alta caía sobre el mármol del suelo con un estruendo que recordaba al de las balas golpeando las paredes y que sobresaltaba a más de uno, acariciaba nuestro silencio. Las paredes del salón estaban pintadas de un color apagado, melancólico, que parecía querer hacer juego con nuestro estado de ánimo. Esperamos que el camarero nos tomara nota de la comanda, ella pidió un bistec a la plancha con ensalada y yo una ración de riñones, que eran la especialidad de la casa. Me habría dado igual cualquier otra cosa. Nos miramos sin saber qué decirnos cuando el camarero se fue con una sonrisa y una reverencia.

—Lo siento —dije. Más allá de un ocasional «mira» o un esporádico «cruza» o un «ten cuidado» cuando los coches pisaban los charcos de las calles y amenazaban con ponernos pingando, era la primera vez que hablaba desde que habíamos abandonado Embassy. La miré a los ojos, la vi decepcionada, y volví a decirme que estaba siendo injusto con ella. Ella no tenía culpa de ser la hija

de Jenaro Villamón, de haber nacido rica, de vivir en el barrio de Salamanca. De ser tan hermosa, de concitar las miradas de los hombres. De quererme. Ella no tenía culpa de que un día de hacía más de dos años un comisario de la 37.ª Brigada Mixta me hubiera ofrecido coordinar, durante tan solo unos meses, el boletín de la unidad. Ella no tenía culpa de nada. Alguien había dejado escrito que es muy difícil no ser injusto con lo que uno ama. Quise consolarme con ese pensamiento y un pujo de remordimiento se me anudó en la garganta—. Perdóname, Marisa —le dije al cabo—. Lo siento todo, de verdad. De corazón. Mi comportamiento de antes. Lo que ha pasado. Cómo soy. Todo. Perdóname, te lo ruego.

Ella me miró, como dándose tiempo a saber qué decir.

—Hay veces que no consigo entenderte, Eduardo —expuso. No había reproche en su voz, sino auténtica incomprensión únicamente—. Y créeme que lo intento. Comprendo por lo que has pasado, pero lo que ha pasado es ya precisamente eso, pasado. Deberías estar feliz de haber dejado todo atrás. De ser de nuevo libre. De haber recuperado tu vida. Nuestra vida. De tenerme otra vez, algo que me parece mentira, pues creí que te había perdido para siempre. Yo soy feliz por tenerte de nuevo, Eduardo.

Rumié esas palabras como si fueran hierba. Ser feliz. Dejarlo todo atrás. Sí, probablemente Marisa llevaba razón. Bueno, no, probablemente no: llevaba razón con toda seguridad. Pero ¿cómo escapar de esa sensación de malestar que me provocaban sus intentos de comportarse como si no hubiese pasado nada? ¿Cómo explicarle, sin herirla, la turbación que ella misma me producía? Era como si su sola presencia me recordase todo cuanto había perdido, la vida que me habían hurtado, lo extraño e intruso que me sentía en todos aquellos sitios que eran *sus sitios*. Pero, me dije de nuevo, pagar con ella mi pérdida era pura mezquindad. Le sonreí y le cogí la mano sobre el mantel blanco de la mesa.

—No sé qué me pasa, Marisa. Pero estoy seguro de que con el tiempo seré capaz de ser el de antes —le aseguré. Y yo mismo fui consciente de que, a pesar de mi sonrisa y de ese apretón de su mano, todo en mí dejaba entrever mi inseguridad—. Tal vez solo sea que necesite tiempo. Han pasado tantas cosas en los últimos

meses, el mundo ha cambiado tanto para mí…

—¿Es solo eso lo que te ocurre?

—Claro, pero estoy seguro de que…

—¿Ha habido otra mujer en estos años, Eduardo?

Ahora, su pregunta me cogió de improviso, pero, desde que por vez primera la viera sentada esperándome en el locutorio de Porlier, era la que estaba temiendo que me hiciese. Había meditado, en las largas noches de insomnio en la prisión, sobre la respuesta. Y había concluido que no podía mentirle. Que ella no se merecía que le mintiera. Y que tampoco yo me lo merecía.

—Creí que te había perdido para siempre —fue mi contestación. Que era un reconocimiento y al mismo tiempo una excusa.

Ella bajó la mirada y retiró la mano de las mías. Permaneció en silencio durante unos segundos.

—¿Quién es? ¿La amabas? —Habló sin mirarme.

—Marisa…

—No, no digas nada. —Tragó con fuerza, contuvo las lágrimas y la ira—. Mejor no digas nada. No quiero saber más —afirmó, y levantó la mirada—. Supongo que lo que hubiese, se habrá acabado ya.

—No he vuelto a ver a nadie desde que regresaste.

—¿De verdad?

—De verdad.

—Entonces, no quiero saber más. Me importa el futuro, no lo que ocurrió durante la guerra. La guerra ha sido un paréntesis que debemos olvidar. Yo te quiero, te sigo queriendo y eso es lo que importa. Sé que me has dicho la verdad.

Y se la había dicho. Pero una verdad a medias. Porque desconocía el paradero de Clara. Y porque ese día era el primer sábado desde mi liberación y desde esa misma mañana, recién levantado, al apercibirme del día que era, la imagen de Charo Velarde había llegado a mi memoria y había hecho que los pulsos se me agitaran. «En sábado, solo en sábado». ¿Estaría ella, en esos momentos, esperándome en su pisito de la calle de Don Pedro? La llegada de un camarero con las bebidas impidió que mis

pensamientos y la conversación continuasen por esos derroteros.

—¿Por qué no te pones el reloj? —me preguntó Marisa cuando el camarero se hubo ido, dejando en la mesa una copa de vino dulce para ella y una de vino tinto para mí.

—Sí, claro, por supuesto.

Saqué del bolsillo de la chaqueta el estuche de carey con el reloj, el lujoso Omega. Me subí unos centímetros las mangas de chaqueta y camisa y dejé al descubierto la muñeca. Me puse el reloj.

—Te queda precioso —afirmó ella—. Y no hace falta que me hagas ningún regalo, Eduardo. Solo te pido un deseo. ¿Me lo concederás?

—Sí, por supuesto que sí, si está en mi mano. Dime.

—El viernes que viene, papá organiza en casa una cena. Irán algunos amigos suyos, gente importante, personas a las que te interesaría conocer. Me ha pedido que te diga que estás invitado. Hace mucho que no te ve y dice que ya es hora de hablar contigo. De ti, de mí, de nosotros, de todo un poco… ¿Qué me dices?

Fruncí el ceño, sorprendido.

—Que no sé si esa es una buena idea, Marisa.

—¿Por qué? Tú mismo me has dicho hace un rato que no sabes cómo te van a ir las cosas, que no sabes si vas a poder seguir con el bufete, que no tienes clientes. Cualquier ayuda nos vendría bien.

—Esta mañana he estado hablando con Roberto, en el Pombo. Me dio recuerdos para ti, por cierto. Hemos comentado la posibilidad de que se venga al bufete, está trabajando ahora en una gestoría, tal vez entre los dos…

—Roberto Calero es un zángano, Eduardo, y bien que lo sabes. Y aunque no fuera así, ¿qué daño podría hacerte venir el viernes y escuchar lo que papá tenga que decirte?

Recordé los anteriores encuentros con Jenaro Villamón, el padre de Marisa. Muy pocos, únicamente dos o tres antes de la guerra. Pero todos habían sido embarazosos para ambos. Podría haber respondido la pregunta de Marisa con las palabras que se me vinieron a la cabeza en ese preciso instante: que de ir a esa cena

con su padre y Dios sabría quién más, todo podría acabar en más mal que bien; que su padre siempre había visto en mí únicamente a un abogado de mala muerte, sin beneficio y sin el suficiente abolengo para su hija, que corría el riesgo de convertirse en una desgraciada a mi lado; que opinaba de mí que era de ideas tibias, que no tenía el suficiente carácter; en suma, que no era hombre para su hija. Y que entonces, ¿a qué demonios ir para sufrir una vez más su desprecio y su sarcasmo? Pero me contuve y me lo pensé mejor.

—Ya sabes que tu padre y yo no congeniamos, Marisa. Y no sé, con lo que me ha pasado últimamente… Sí, sé lo que ha hecho por mí, pero no sé si eso cambia mucho las cosas. Si antes no era bueno para él, pues figúrate tú ahora.

—A papá también lo ha cambiado la guerra, Eduardo. Y para mejor. Si tú supieras lo que sufrió el tiempo que estuvimos refugiados en aquella embajada. Con todos sus negocios abandonados, perdidos. Sin saber nada de sus tierras al principio, teniendo que escuchar después que las fincas habían sido colectivizadas por la CNT, y si vieras cómo se las encontró cuando acabó la guerra: donde había vides y olivares no quedaban más que rastrojos. Yo sé bien cómo era mi padre, Eduardo, de verdad, qué me vas a contar a mí. No soy tonta, y lo sabes. Pero ya no es el mismo, de verdad que no. Está…, no sé…, más comprensivo, más humano, más tolerante. Compruébalo por ti mismo. ¿Qué trabajo te cuesta? Hazme feliz por una vez, te lo ruego. Dime que vendrás el viernes a cenar a casa.

No pude negarme. No me quedaban argumentos o, con los que me habrían podido quedar, iba a hacerle daño a Marisa. Y no quería hacerle más daño del que ya le había hecho. Le debía, además, a Jenaro Villamón un mínimo agradecimiento por cuanto había intercedido por mí, y las gracias, como los besos, se han de dar en persona. Llegaron el bistec y los riñones al jerez.

Mientras masticaba con desgana un trocito de carne, la miré, absorta en su bistec, y se me desbordó la ternura. Recordé cómo nos conocimos. Fue en una librería de viejo de la Carrera de San Jerónimo, poco después de las elecciones del treinta y uno. Yo

estaba buscando un libro de derecho descatalogado del que un colega abogado me había hablado de forma encomiástica. Ella entró en la librería, me confesaría meses después, porque, al verme tras la cristalera escudriñando entre las pilas de libros, tan serio y tan guapo, me había dicho, tuvo el impulso de entrar y acercarse a mí. «Quería ver cómo olías —me había contado entre risas—, no soporto a los hombres que huelen mal, y todo lo demás de ti me gustaba. Así que…». Fue ella, allí, en la oscuridad polvorienta de la librería de viejo, quien dio el primer paso: se rozó aposta conmigo, con mi hombro; en mi vida siempre eran otros quienes daban el primer paso. «Uy, disculpe, qué tonta, no miraba por dónde iba…». De toda ella, lo primero que me llamó la atención fue su sonrisa, una sonrisa sonora aunque no riera, una sonrisa que todo lo iluminaba, la sonrisa de quien disfruta de una vida perfecta y quiere que también sea perfecta la vida de los demás. Luego, su seguridad, a pesar de que ella solo tenía diecinueve años, veintitrés recién cumplidos tenía yo, acababa de romper con mi última novia, una antigua compañera de la facultad, moralista e izquierdosa, que escribía poemas sobre la muerte y el amor libre, pero que, después de follar conmigo, lloraba como una magdalena, de compunción y arrepentimiento, hasta que me harté de sus neuras, de sus lloros y, sobre todo, de sus poemas, que eran malísimos. Después de esa experiencia, la seguridad de Marisa me pareció un oasis en el desierto, ¿qué otra mujer se habría atrevido a acercarse a un tipo tan serio como yo? Para colmo, era guapa; no, guapa no, guapísima, rubia como un rayo de sol, alegre como otro, la piel como el nácar, ojos grandes y profundos en los que la risa siempre, entonces, bailaba contagiosa, un regalo del cielo. «¿Cómo ha podido una niña así fijarse en mí?», pensé después. Ella y nadie más que ella logró vencer la inicial renuencia de su padre, que no vio con demasiados buenos ojos ese noviazgo al principio. «¿Y sabes qué me ha dicho hoy, Eduardo? —me contó ella un día de invierno, radiante, eufórica—. Que, aunque aspiraba a algo mejor para mí, no pone problemas, que qué le va a hacer, que por lo menos eres abogado, y que, bueno, “mejor un abogado que un taxista o algo así, que, viniendo de ti, Marisa, hija mía, todo me lo

podría esperar”. ¿Te lo puedes creer, Eduardo? ¿Te puedes creer que haya dicho eso, que no ponga objeciones, que vea bien lo nuestro?».

En aquel tiempo, hasta que todo a nuestro alrededor explotó y ella huyó de Madrid con su familia, éramos felices. Éramos felices cuando nos mirábamos, cuando nos reíamos, esmaltados nuestros ojos por el brillo de un amor que solamente nos concernía a nosotros, un amor que tanto me había hecho cambiar, tan serio siempre, tan formal, tan sobrio, y entonces me reía por cualquier cosa. Fuimos felices cuando nos pasábamos horas y horas hablando, yo de mis pleitos, de las cosas que me ocurrían en los juzgados, de mis lecturas; ella, de su música, de sus novelas, de la ropa que se compraba, de la cara de Poncia, la criada de la casa, cuando nos veía besarnos en el descansillo del piso de ella en Claudio Coello; y también cuando el silencio nos envolvía como una nube de caramelo. Fuimos felices cuando nos amábamos, cómo olvidar aquel día de otoño en que Marisa se me entregó por primera vez, «Te quiero, te quiero, no me va a doler, ¿verdad, Eduardo?». Sí, éramos felices entonces, hasta el punto de que ninguno habría concebido la vida sin el otro. Pero llegó la guerra, la militancia en la CEDA del padre de Marisa, la embajada del Perú, Burgos, la ausencia, el paso del tiempo que desgasta hasta la roca más sólida, ese tiempo que es más poderoso que el fluir de un río durante siglos, y la vida se nos rompió en pedazos como la de tantos otros españoles. Y aquella felicidad únicamente fue un recuerdo, cada día más difuso, un canto rodando cuesta abajo hasta detenerse en la planicie de ese tiempo gris, el tiempo de después de la guerra, de después de Porlier, un tiempo en el que ya nada era igual.

Y allí estaba, tan hermosa como entonces, si no más, cortando cuidadosamente su bistec. Y volví, como aquellos primeros días, a preguntarme: «¿Cómo ha podido una niña así fijarse en mí?».

Y la había recuperado. Eso, y solo eso, debía ser lo importante.

Eso me dije.

Cuando acabamos de almorzar, volvía a llover. Me ofrecí a

acompañarla hasta su casa, pero ella rehusó. Yo ya estaba al lado de la mía y era un contradiós que me pusiera chorreando, adujo. Había un taxi allí mismo, a la puerta del café, un Citroën con su característica franja roja en los laterales y con su taxista vestido con su uniforme obligatorio, gorra y corbata negra, camisa azul y chaqueta, tan parecido al de la Falange. Y que ella tomaría ese taxi hasta Claudio Coello y volveríamos a vernos al día siguiente, domingo.

Nos despedimos en la Puerta del Sol con un beso.

La vi marcharse montada en el taxi.

Le dije adiós con la mano.

La lluvia arreció.

Ajeno al agua que jarreaba, un hombrecillo voceaba el estreno de *El genio alegre*. «¡Gran estreno el lunes en el Tívoli y en el San Carlos: ¡*El genio alegre*! ¡Con Antonio Vico! ¡*El genio alegre*! ¡Gran estreno!».

16

«¿Eso es lo que quieres para nosotros?»

Aguardé a que la lluvia amainara protegiéndome del agua bajo el toldo del Antiguo Café de Levante. Tardó al menos diez minutos en hacerlo, cuando los chuzos se convirtieron en una llovizna llevadera.

Eché a andar hacia la calle del Arenal, dándole vueltas a mi encuentro con Marisa. ¿Qué me ocurría? ¿Por qué me comportaba así? Sentía que había sido irrazonable con ella, que no le había demostrado ni el más mínimo agradecimiento por todo cuanto se preocupaba por mí, por lo que había hecho y estaba haciendo por mí, era consciente de que no había sabido corresponder a su cariño y me culpaba por ello. Recordé el día de ayer en el hotel Florida, y me dije que cuánto le habría costado exponerse como lo hizo, arriesgarse a que la vieran allí, en un sitio como aquel, frecuentado por falangistas y, con toda seguridad, por amigos de su familia, alquilando una habitación con un hombre, a las doce de la mañana. Ella, que tan pudorosa era para todo; ella, a la que tan poco le gustaba exponerse a la consideración ajena. Me decía que muchas veces la forma más grande de crueldad es la frialdad, la distancia con quien solo aspira a estar cerca de nosotros. Me prometí cambiar, al menos en lo relativo a ella, dejar de lado todo aquello que veía que nos distanciaba y fijarme solamente en lo que nos unía. Pero con los buenos propósitos coexisten otros sentimientos que los entorpecen, que los frustran, y, a medida que me acercaba al portal de mi casa, con más fuerza me rondaba por la cabeza una idea que intentaba alejar de todas las formas posibles

como si fuera un moscardón molesto. Únicamente me faltaba darle manotazos a esa idea para ahuyentarla, pues sabía los peligros, sabía que no debía llevarla a cabo. «No seas estúpido, Eduardo, no seas estúpido y deja las cosas como están, que bastante tienes como para meterte en más problemas», me iba diciendo. Sin embargo, cuando llegué a la calle del Arenal, me imaginé el resto de la tarde enclaustrado en el piso mirando las musarañas, u oyendo la radio, o hablando intrascendencias con mi madre, o intentando terminar la lectura de la novela *Grandes esperanzas*, de Dickens, que había quedado inacabada en mi mesilla de noche cuando fui detenido y cuya historia, descorazonadora, únicamente estaba consiguiendo avivarme la angustia. Nada de eso me atraía; muy al contrario, me secaba la boca de pura desazón. Así que pasé por delante de mi casapuerta y continué andando. Me justifiqué a mí mismo diciéndome que podría aprovechar el paseo para comprarle un regalo a Marisa en cualquiera de las tiendas que aún estaban abiertas en el centro, en La Única de la calle Montera, o en el San Dámaso de la calle del Carmen, un colgante, una pulserita, un pasador, cualquier fruslería, pero sabía que no era esa la idea que correteaba por mi cabeza. Poca cosa, además, podría haber comprado: apenas si me quedaban unas perras chicas después de pagar la cuenta a medias en el Levante. Soslayando las prevenciones que a cada momento me aconsejaban volver atrás, seguí adelante. Volvió a llover, mas no me importó, me limité a pegarme a las paredes y a apretar el paso. Era una lluvia fina pero persistente, que calaba. Llegué a la iglesia de San Ginés, torcí a la izquierda, tomé la calle Bordadores, sintiéndome ruin, miserable a cada instante. La llovizna revivió los charcos y mis pisadas mojadas, plas, plas, sonaban al mismo ritmo que mi corazón, acelerado, nervioso. Dejé atrás la calle Mayor, la plaza Mayor, continué luego por la Cava Baja y, cuando me di cuenta, ya estaba en la calle de Don Pedro.

Allí vivía Charo Velarde.

* * *

Se me quedó contemplando con un gesto ambiguo y una mirada que no supe descifrar. No habría sabido decir si era de alegría, de enojo, de resignación o de simple sorpresa. Quise pensar que era de esto último: que, de buenas a primeras, después de meses sin verme cara a cara, y únicamente de lejos durante el consejo de guerra, yo me presentara de esa manera repentina ante ella, en su casa, era motivo suficiente para justificar que me recibiera en silencio y con los ojos muy abiertos y fijos y que no se me arrojara a los brazos. Sí, eso quise pensar.

—Hola. Es sábado —bromeé, e intenté sonreír. Pero la mirada dura de ella me borró del rostro de inmediato la sonrisa y la hizo trizas.

—Tú…

—Sí, yo. Yo, Charo.

—Tú… ¿Qué haces aquí?

—Pues… no sé, la verdad. Quería verte. Solo eso.

—Eduardo… ¿Cuándo saliste? —preguntó Charo. Su voz era menos dura que su mirada. Había cierta dulzura en ella. Y tremolaba como un paño tendido al viento.

—¿Puedo pasar?

—Antón está aquí.

—Ya.

Unos interminables segundos de silencio.

—Pasa.

Y se hizo a un lado.

Estaba igual de hermosa. Madura, sugerente, tentadora. Tal vez, en el ramillete de las arrugas de las comisuras de sus párpados habían florecido algunas espigas más, pero eso no la afeaba, en absoluto, más bien lo contrario. Llevaba una madeja de lana en una mano, como si hubiese estado cosiendo o haciendo punto antes de esa interrupción inesperada.

—Mamá, ¿quién es?

«Esto ya ha pasado antes —pensé—. Esto ya lo he vivido con anterioridad». Y me acordé de la hipotenusa y, sin saber muy bien por qué, una pulsión de ternura me apretó el corazón.

El niño, que ya no lo era tanto, había asomado al pasillo

desde una de las habitaciones del piso. Solo habían pasado unos meses desde que lo viese por primera y única vez, cuando había aparecido de similar manera intempestiva días después de la entrada de las tropas de Franco en la ciudad, pero cómo había crecido. Lo recordaba como un rapazuelo despeinado, con pantalones cortos y una costra seca en la rodilla izquierda. Ahora era un casi adolescente de ademán serio, el acné incipiente punteando sus mejillas sobre las que crecía un pelillo hirsuto. Y su altura había aumentado al menos un palmo. ¿Tanto tiempo había transcurrido?, me pregunté. Pero no. Solo habían sido, en efecto, unos pocos meses. Lo que ocurría era que, en estos años, el tiempo no pasaba, sino que te atropellaba.

—Ah, es usted —me reconoció—. El abogado.

—Hola, Antón.

—Hola. ¿Cómo está? —Y se dirigió sin más a su madre, con un brillo que era como de admonición en los ojos, o eso creí—. Me voy a mi cuarto, ya me avisas para merendar. Adiós.

Ambos, Charo y yo, vimos al muchacho desaparecer por el pasillo oscuro. Nos quedamos solos de nuevo, en mitad de un instante de embarazo.

—Pasa, siéntate. Pero solo un momento.

—Si te molesta que haya venido, Charo, me voy.

—Pasa.

Pasamos al cuartito de estar que tan bien conocía, pero, a diferencia de las otras veces, no me ofreció tomar nada. Hoy no había la taza de achicoria y las galletas de canela que la propia Charo Velarde horneaba, ni la copa de coñac para mí ni la palomita de anís para ella. Ni el deseo a duras penas contenido. Hoy solo había tirantez entre nosotros. Y distancia, mucha distancia. Ella recogió despacio la labor de costura, la guardó en una bolsita de tela de la que sobresalían unas agujas largas y se sentó en el sofá. Yo tomé asiento en el butacón, como antes solía.

—¿Cómo estás? —le pregunté—. Se te ve muy bien.

—Bueno, tú sabes… Bien, más o menos. ¿Cuándo saliste?

—El martes. Hace cuatro días.

—Cuatro días…

—Sí, se me aplicó el indulto que Franco decretó a finales de septiembre pasado. Aunque han tardado lo suyo en liberarme desde entonces.

Y le conté los pormenores de mi liberación y de esa orden de Franco. Luego, de nuevo un silencio largo e inextricable. Como si no tuviéramos nada de que hablar, cuando había tanto que decirnos.

—Tú también has cambiado.

Dijo esa frase como si mis ojos hubiesen hablado de una mudanza en ella. Y no era así. Para mí, estaba igual que como la recordaba.

—Tú no, en cambio —repuse—. Sigues igual de hermosa.

—Eduardo… No es necesario que digas eso.

—Lo digo de verdad.

—Muy galante, vale.

—Oye, por cierto, nunca supe qué ocurrió con tu proceso de depuración, ni si mis alegaciones sirvieron para algo.

Un amago de sonrisa iluminó sus ojos oscuros y profundos.

—Sirvieron, claro que sirvieron. Así que está bien que hayas venido después de todo, aunque solo sea para que pueda darte las gracias.

—No sabes cuánto me alegro —reconocí, y era verdad: pocas noticias hay mejores, en la vida de un abogado, que la noticia de una victoria en un proceso o en un expediente—. ¿Cómo quedó todo? ¿Fuiste exculpada?

—No tanto, Eduardo. La resolución de la Comisión Depuradora del Magisterio de Madrid llegó cosa de un mes y medio después de tus alegaciones. Aunque se estimaba eso que decías del estado de necesidad, se me sancionaba con un mes de suspensión de empleo y sueldo y el traslado forzoso a un colegio de monjas del norte de la ciudad donde las sores me vigilan convenientemente. Decía la comisión en el papel que me remitieron que ellas me ayudarían a regresar a la buena senda. Y a olvidarme para siempre del krausismo. Y allí sigo. Así que, gracias.

—Bueno, no está mal —dije, incorporándome un poco en el butacón, como queriendo acortar el espacio que nos separaba; era

una buena noticia la resolución del expediente de su depuración, de todas formas, aunque no hubiese sido una victoria completa—. Pero he de decirte que no todo el mérito fue, ni mucho menos, de mi pliego de descargo: entiendo que el régimen, después de la experiencia en las zonas ocupadas al principio de la guerra, debía de ser consciente de que las avideces depuradoras podían acabar con el magisterio y dejar huérfanos de educación, además de en muchos casos de padres, a los niños españoles. Así que supongo que decidió tener manga ancha con los maestros menos sospechosos de veleidades marxistas y volcó todas sus iras en quienes se habían significado políticamente durante la República. Sea como fuere, es una gran noticia, Charo. No sabes cuánto me alegro por ti.

—Gracias. No sé si debo preguntarte por tus honorarios.

—Charo, por Dios… ¿Qué te ocurre?… Te veo… no sé… ¿Te molesta que haya venido?

—¿Cómo quieres que esté? —Y levantó entonces la mirada, que la había tenido prendida en las tiras bordadas del paño de la mesa camilla que nos separaba. Y me preguntó, ahora sí la voz tan dura como el brillo de sus ojos—: ¿Quién era?

—Quién era ¿quién?

—Lo sabes perfectamente.

—No, no lo sé. ¿A quién te refieres?

—Por Dios, Eduardo… —repitió—. La chica. La chica rubia. La que declaró en el juicio. La que tan bien habló de ti. Solamente le faltó hablar de… En fin. Oí lo que contó de ti. Y vi cómo te miraba.

—Ah, sí, ya.

—¿Quién era?

—Pues… Marisa.

—¿Era… es tu novia?

—Bueno… Era mi novia hasta el principio de la guerra. ¿Nunca te hablé de ella? —Ella negó con un movimiento de la cabeza—. Pues sí. Pero, poco después de que todo comenzara, a finales de julio del treinta y seis, se refugió en la embajada del Perú. Su padre temía que pudieran asesinarlo los milicianos. Y en

diciembre de ese año dejé de saber de ella. Hasta ahora. Bueno, hasta que vino a verme a Porlier. Pasó la guerra en Burgos. Volvió a Madrid cuando la guerra acabó y todo se estabilizó.

—Ya… —Y con la voz ronca, como si le costara formular la pregunta—: ¿Sigues con ella?

Dudé.

—Bueno… Sí… Creo que sí.

Ella cerró los ojos. Los abrió enseguida. Me miró. No había en ellos el dolor de la sorpresa, sino el de la constatación.

—Bueno es saberlo —dijo—. Me planteé escribirte, pero… ¿para qué?… Me di cuenta de todo en cuanto la vi y la oí. Así que dime: ¿a qué has venido, Eduardo?

Y volví a dudar.

—La verdad es que no lo sé.

Aunque sí que lo sabía. En el mar de inseguridades en que se había convertido mi vida desde que la guerra comenzara, Charo Velarde había sido un fanal, un asidero, algo sólido a lo que agarrarme. Durante el tiempo en que habíamos estado juntos —si es que a verse de forma clandestina cada tarde de sábado podía llamarse estar juntos—, menos de un año, desde julio del treinta y ocho hasta que me detuvieron en abril del treinta y nueve, ella había representado una de las pocas cosas hermosas en ese tiempo de guerra, una de las pocas cosas luminosas en ese tiempo de oscuridad. Y me resistía a perderla. Por más que supiera que ya la había perdido. Lo veía en la mirada de sus ojos profundísimos, que era una mezcla de acero y lágrima.

—Sí que lo sabes, Eduardo.

Asentí, con cierta aflicción.

—Fue hermoso, Charo. Muy hermoso. Y… no sé… —Dije esto aun siendo consciente de que no debería ni insinuarlo—: Tal vez pudiéramos vernos de vez en cuando.

—¿Los sábados por la tarde y a escondidas, Eduardo? ¿Cuando esa chica…, Marisa o como se llame, esté en la peluquería, o en la manicura, o tomando el té con sus amigas, porque se la ve de esas? ¿Eso es lo que quieres para nosotros? ¿De verdad que sí? ¿Eso es lo que quieres para mí? Eduardo… Parece

que no me conoces.

—A lo mejor es eso, Charo, que no te conozco.

—No digas tonterías… Conocer a alguien del todo es una quimera. Ni uno acaba de conocerse del todo a sí mismo por tarde que muera, por años que viva. Y lo que llamamos conocimiento de las personas no es sino intuición. Pero tú deberías conocerme lo suficiente para saber que eso que propones, eso de vernos a hurtadillas, es imposible.

—Imposible me parecía estar contigo, y ya ves…

—Fui yo quien te busqué, ¿recuerdas?

—Cómo lo iba a olvidar.

—Pero eso fue antes. Cuando… todo era diferente. Me entiendes, ¿verdad?

—Y entonces, Charo —pregunté después de unos segundos de silencio—, en aquel tiempo, ¿por qué te sentías a gusto con esas visitas mías los sábados? ¿Por qué se te veía tan feliz cuando íbamos al cine, o a tomar cervezas a la plaza de Santa Ana? ¿Te acuerdas de aquellos brigadistas alemanes? —Y ambos sonreímos nimiamente, con un rictus más doloroso que nostálgico—. ¿Por qué no me exigías… nos exigíamos más? ¿Por qué, Charo? ¿Por qué?

Ella movió suavemente la cabeza, como reprochándome mi ingenuidad.

—Porque era la guerra, Eduardo. Las bombas cayendo a nuestro alrededor, los disparos de fusiles cada noche, lo que se comentaba que estaba pasando por Madrid con los milicianos y todo eso de las checas, las *sacas* y las prisiones. Lo que se decía que iba a pasar cuando las tropas de Franco entrasen. La sensación de provisionalidad. El miedo. La convicción de que vivíamos de prestado. Era un mundo que se derrumbaba. Entonces todo era posible, y ¿sabes por qué? Porque ninguno sabía si iba a haber un mañana. Vivíamos en el hoy y después del hoy solo había temor e incertidumbre. —Suspiró—. Ahora… ahora todo ha cambiado. Cumplo treinta y nueve años en marzo, Eduardo. ¡Treinta y nueve años! Soy viuda, tengo un hijo, soy maestra, aunque siga en ese colegio perdido de las afueras repleto de monjas antipáticas. Y así todo está bien. Todo lo bien que puede estar. ¿Tú te figuras que se

supiera que me veo contigo a escondidas para…, en fin, para lo que ya sabes? ¿Te puedes imaginar lo que pasaría conmigo en estos tiempos de gazmoñería y puritanismo si eso se supiera? ¿Es que quieres defenderme en otro expediente de depuración? No me seas ingenuo, Eduardo, no me seas ingenuo.

De cuántas cosas había culpado yo a la guerra. Y, sin embargo, por lo que se veía, era la paz lo que iba a destruir lo que hubo entre ella y yo. Algo endeble y efímero, pero tan hermoso. Comprendí que Charo llevaba razón. Y me dije, con un nudo en la garganta, que ya podía presumir de que yo, Eduardo Peña Velázquez, era víctima no solo de la guerra, sino también de la paz.

Como tantos.

—Ahora tienes que irte. Antón ya no es un niño. Va a aparecer en cualquier momento.

Asentí. Me puse en pie. Miré a Charo. No quise preguntarle por qué no había ido a visitarme a Porlier: posiblemente habría sido porque no permitían más que las visitas de familiares, pero temía su respuesta. Tampoco me atreví a indagar si había alguien más en su vida. Derramé la vista por la habitación, pero, como antes, no había rastro de presencia masculina, no había ni una sola señal de que un hombre habitara esa casa, excepto Antón, que ya casi lo era. Supe que ni siquiera cabía un último beso en el hueco que se había abierto entre nosotros. Le acaricié suavemente la mejilla y ella bajó la cabeza para apretar mi mano con su cuello. Una lágrima se derramó por la piel de su cara y mojó el dorso de mis dedos.

Luego, después de una última mirada, prolongada, profunda, lastimada, me fui.

Bien.

Está bien, me dije, mientras salía a la lluvia y a la calle de Don Pedro.

Otra puerta más que se cerraba.

Tal vez fuera lo mejor.

Quizá todo estuviera bien así.

No tenía que haber ido a verla, me repetía.

Porque esa puerta no se había cerrado ahora, estaba ya

cerrada desde antes.

Aunque, cuando las puertas se van cerrando, el camino se va haciendo más sencillo, más recto, no hay que plantearse alternativas, no hay encrucijadas, solo hay que seguir adelante, intenté convencerme.

Seguir adelante.

Por más que esas puertas que se iban cerrando velaran también la luz que antes se había colado por ellas, esa luz que hasta entonces había iluminado el camino desde las puertas y las ventanas abiertas de par en par.

Seguir adelante.

17

«¡… hasta al mismísimo Alcalá Zamora!»

El lunes por la mañana, la tormenta seguía anclada sobre Madrid y el cielo era como una medusa enorme y bruna a través de cuya piel gelatinosa los rayos de la luz del sol a duras penas se filtraban.

En la botillería de la calle Carretas, muy temprano, sentado frente a Roberto Calero, un café igual de malo que el republicano y una tostada con margarina, me enfrenté cara a cara con mi futuro. Había huido de planteármelo durante el tiempo en que estuve en Porlier, porque allí lo que importaba era el hoy, no el mañana. Además, sentía que plantearme allí el porvenir era endurecer mi condena, pues ¿qué futuro podía esperarme?

—Bueno, Edu, dime, chico, ¿recuerdas lo que hablamos el otro día?, ¿piensas abrir de nuevo el bufete? —fue Roberto quien, con estas palabras, mientras masticaba ruidosamente el pan basto de su tostada pringada de margarina, me hizo encarar lo que venía, plantearme mi futuro profesional—. A mí me encantaría regresar de nuevo a la abogacía, a mis pleitos laborales, a mis asuntos penales, como cuando estaba con don Antonio del Pino. Echo de menos aquella vida, de verdad. Y estoy hasta los huevos de rellenar impresos y formularios en la gestoría, hasta los mismísimos huevos, Edu, joder. ¿No te has planteado que podríamos compartir el bufete? Tú y yo, Edu, juntos… Tú, con tus temas civiles, mercantiles. Yo, pleiteando en la Magistratura y defendiendo chorizos… ¡Podría ser un cañón! Bueno, claro, eso si no nos depuran.

—Un cañón, sí, pero sin balas y sin pólvora —repuse—.

Aunque no nos depuraran, lo que no tengo nada claro, no tenemos un solo cliente, Roberto. Ni medios para atraérnoslos, ni dinero que nos permita aguantar unos meses hasta que lleguen. Si es que llegan, claro. Te recuerdo que soy un expresidiario.

—Y un optimista de cojones, joder —protestó Calero—. Es que lo tuyo es de traca, macho. Estuviste en Porlier, bien, ¿y qué? Media España ha pasado por lo mismo, ¿no?, y tendrá que seguir trabajando, digo yo. Y tú, como no te dediques a la abogacía, no sé qué coño vas a hacer. No eres capaz de hacer la o con un canuto, Eduardito, hijo. Mañana martes tengo que salir a primera hora de la gestoría para hacer unas gestiones en Correos. ¿Qué te parece si me acerco a verte al bufete a eso de las diez y hablamos más tranquilamente?

Le dije que sí a Roberto. Escuchar nunca está de más y Calero, aunque era en muchas ocasiones un zascandil, en muchas otras era avezado y listo, además de buen abogado. A ver qué me planteaba.

Cuando entré en el bufete, la primera vez que lo hacía desde mi liberación, tuve que encender la lámpara del despacho a pesar de que era bien de mañana. La luz pajiza de la bombilla iluminó el polvo que flotaba en el ambiente. Me quedé parado en el umbral con la sensación agridulce que me había quedado en el cielo de la boca después de que Roberto me enfrentara con el futuro. Permanecí quieto junto a la puerta luego de pulsar el interruptor. Era como si me diera miedo entrar. La cerré muy lentamente a mis espaldas y contemplé con cierta ansiedad ese espacio que tan familiar me había sido y que ahora, no sabía muy bien por qué, me resultaba extraño, inhóspito. Pero, sin embargo, todo estaba igual, como si allí la vida se hubiese detenido en un momento determinado. Miré a derecha e izquierda como si algo desagradable, mortífero, pudiera emerger de los rincones polvorientos. Pero allí no había nada ni nadie, únicamente recuerdos y sombras.

Di un paso adelante, arrastrando con los pies, sin darme cuenta, la pila de cartas que había en el suelo, que habían rebosado en el buzón adosado a la parte interior de la puerta con una abertura al exterior. Me agaché y las fui recogiendo. Las llevé

conmigo hasta la mesa, las arrojé sobre el tapete, me senté en mi vieja silla. Desde allí contemplé la habitación, los confidentes frente a mí, el cuadro con mi título, empañado el cristal por el polvo, el retrato de mi madre, los Aranzadis, los códigos sobre la mesa, papeles que habían quedado allí sobre el escritorio hacía muchos meses y que ya amarilleaban, legajos con los bordes arqueados, mi pluma, el tintero, la escribanía de bronce, los recuerdos de Clara… Lo que había sido mi espacio, mi medio, el lugar donde me reunía con la soledad querida, tan necesaria en mi oficio, al que tanto había amado. Mi oficio de abogado, al que ahora percibía como algo casi irrecuperable a pesar de los ánimos de Calero.

Todo me resultaba adventicio.

Sentado en el sillón, bajo la luz penumbrosa de la lámpara, pensé en mí y en la vida a la que me enfrentaba, medité sobre el futuro. ¿Qué iba a hacer? Con la abogacía, con Marisa, conmigo mismo, con todo… Me sentía incapaz de volver a mi vida de antes, escuchar de nuevo las quejas de doña Tina (¿seguiría viva?, tenía que acordarme de preguntarle por ella a mi madre), enfangarme en el marasmo de los juzgados civiles y mercantiles, pasar las tardes redactando contratos o preparando demandas, llevando cuentas y rindiéndolas a quienes habían recuperado sus empresas o se las habían arrebatado a los vencidos. «Y aunque te veas —reflexioné—, no tienes ni un puto cliente, Eduardo», como le había dicho a Calero. «Está bien, pero, si no es a la abogacía, ¿a qué demonios me voy a dedicar?». Estuve un rato mirando las musarañas hasta convencerme de que Roberto llevaba razón: no había otra cosa que pudiera hacer por la simple razón de que no sabía hacer otra cosa. No era capaz ni de cambiar una bombilla sin riesgo de electrocutarme, ni de desatascar los manguitos del fregadero cada vez que se atoraban en una casa tan antigua como la nuestra, ni de clavar una alcayata para colgar un cuadro sin destrozarme el dedo gordo de un martillazo. «Tú no te preocupes, hijo, que no estás hecho para los trabajos manuales, y ya está», me consolaba mi madre. Podía, sí, tal vez, trabajar en una gestoría, como Roberto, pero ¿así quería pasar el resto de mi vida? ¿Entre pólizas e

instancias, metido hasta los ojos en el lodazal de la burocracia? O en un banco, si es que aceptaban en los bancos a expresidiarios como yo; pero ¿iba a ser capaz de vivir entre monedas y billetes, letras y pagarés, vistiendo manguitos, o de negar un reintegro a una ancianita como doña Tina que viniese a suplicar unas pesetas a pesar de tener el saldo a cero?

Me sentí tan solo y tan triste que habría pensado que estaba a punto de entrar en depresión si no fuera porque siempre había mantenido que las personas inteligentes jamás se deprimían. Y si algo sabía que yo era, aunque nunca fuese a reconocer en público esa percepción de mí mismo, era eso, inteligente. No listo, ni astuto —¿no fue sir Francis Bacon quien dijo que no hay mayor riesgo para un país que confundir a los astutos con los inteligentes?— ni intuitivo ni capaz. Pero sí inteligente, en el sentido de tener la capacidad de reconocer las propias limitaciones y adaptarse a ellas, pues en eso, y no en otra cosa, consiste la inteligencia. O, como había dicho Marcel Proust, el instinto dicta el deber y la inteligencia da los pretextos para eludirlo. Marcel Proust, ¿lo habría prohibido Franco, como Calero había augurado…?

Supe que estaba divagando. Contemplé el despacho a media luz, la mesa polvorienta, mi título de Derecho, la foto de mi madre. Repasé mi vida con la angustia de un condenado a muerte. «Un triste —concluí al cabo—. Eso es lo que eres, Eduardo, un triste. Y siempre lo has sido. Has perdido tu juventud y ni siquiera te has dado cuenta. Y aquí estás, con treinta y un años, casi treinta y dos, y hecho un lío. Pasaste los años anteriores a la guerra malgastando tu tiempo mejor sin comprometerte con nada ni con nadie, haciendo lo que te dijeron que debías hacer y ser: abogado, como tu abuelo, tu tío y tu padre, y el sursuncorda antes que ellos; la guerra, enlodado en el miedo y en la vida sombría del anonimato, escudándote en que intentabas proteger a tu madre cuando, en realidad, solo querías protegerte a ti mismo; y ahora que la guerra ha terminado, ¿qué?, ¿qué va a ser de ti?, ¿vas a tener los cojones de enfrentar a la vida y encararla como hiciste aquel día en que te fuiste a los cuartelillos a buscar a Ventura León?, ¿o vas a querer seguir pretendiendo pasar de la vida de largo y que la vida pase de

largo de ti? Porque hasta a Marisa la vas a perder si te comportas como ayer te comportaste o si vuelves a cometer el disparate de llegarte a la calle de Don Pedro a ver a Charo Velarde».

Meneé la cabeza, pero esos pensamientos seguían cayendo sobre mí como lluvia helada, como abejas enfurecidas.

«¿En qué te has convertido? Has querido ser durante toda tu vida un buen hombre, un hombre bueno. Pero no te das cuenta de que, aunque no se haga el mal, no se puede ser buena persona si no actúas conforme a los principios que llevas inculcados en el alma, conforme a los principios en los que crees».

Me tapé la cara con ambas manos. No con ganas de llorar. O no tanto con ganas de llorar. Sino con ira, con frustración, con sensación de naufragio. Y sin ser capaz de dar una respuesta que me convenciera a esa pregunta que se me antojaba existencial: ¿qué va a ser de ti? O a aquella otra: ¿vas a tener cojones de enfrentar la vida…?

Sí pude dar respuesta a la última pregunta. «¿En qué te has convertido?». «Al final, Eduardo, te has convertido en un perdedor».

Me esforcé por no gritar.

Por no llorar.

Cuando logré calmarme, busqué algo diferente en qué pensar, huir de esos pensamientos, algo que hacer.

La cita de Marcel Proust me había recordado de nuevo a Roberto Calero, a nuestra charla en el Pombo y al proyecto que me había propuesto de compartir bufete. Medio convencido de que no me quedaba más opción que la de seguir ejerciendo como abogado, y ahuyentando de la mente temores perversos sobre depuraciones y sobre prohibiciones de que quienes habíamos sido presos pudiéramos ejercer la abogacía, intenté animarme pensando en cómo distribuir el espacio de esa habitación de manera que pudieran caber dos mesas, una para Roberto y otra para mí. Tal vez, en aquel rincón, y con un biombo para que cada cual tuviera cierta privacidad con sus clientes… Calero podría dedicarse a los temas laborales y penales y yo seguir con los civiles y mercantiles… Tendríamos que ingresar al menos ochocientas

pesetas mensuales entre los dos para cubrir gastos y procurarnos un sustento mínimamente digno… ¿Podría yo rescatar parte de mi clientela? ¿Podría Roberto recuperar algunos de los antiguos clientes del bufete de don Antonio del Pino?… Pero no se me iba de la cabeza la impresión de ser ajeno a todo aquello. De que lo que había sido mi hábitat era ahora un lugar extraño.

Y así transcurrió ese primer día en el bufete. Incapaz de hacer otra cosa, ni siquiera de abrir una maldita carta, convencido de que el correo solo me traería más malas noticias y nuevas desventuras, creo que conté, una a una, todas las musarañas que por allí pululaban.

* * *

El martes, sin nada mejor que hacer, me dije que no podía eludir más tiempo la tarea y comencé a abrir cartas para afrontar mi situación y para desprenderme de esa sensación de ajenidad que me impedía pensar con sensatez. Abrí por azar la primera que me llamó la atención: era una con el matasellos reciente, del Colegio de abogados de Madrid. Recordé las prevenciones que recién acababa de ahuyentar de la mente y lo que Roberto me había comentado acerca de los expedientes de depuración. Experimenté un escalofrío. La abrí con manos temblorosas. La desdoblé. Estaba fechada en 18 de diciembre de 1939 y era simplemente un saluda que anunciaba que a las once de la mañana del día 6 de enero de 1940 —el sábado pasado, pues— se celebraría en la sede colegial, en el salón de actos, una fiesta, a la que se me invitaba, que organizaba la junta de gobierno durante la cual «se repartirá un centenar de preciosos regalos a los niños huérfanos de abogados mártires de la gloriosa cruzada y se hará entrega de donativos en metálico a las viudas de los colegiados asesinados por los marxistas». Respiré con alivio, no se trataba de depuración ni nada por el estilo, era una simple circular rutinaria dando cuenta a los colegiados del acto solidario previsto, hice una bola con la carta y la arrojé a la papelera. Abrí las siguientes: facturas y más facturas. Una, de hacía apenas veinte días, era de la compañía eléctrica, la

Unión Eléctrica Madrileña, que me anunciaba el corte del suministro para finales de enero si no abonaba las dos facturas que tenía pendientes por importe conjunto de veintiocho pesetas. ¡Veintiocho pesetas! ¿Cómo era posible? ¡Si no había consumido ni un gramo de electricidad en los últimos meses, con el bufete cerrado a cal y canto como estaba! Otra era de la Telefónica, que me reclamaba veinticinco pesetas con cincuenta y ocho céntimos y me anunciaba el corte de la línea; descolgué el teléfono y comprobé que estaba muerto como Viriato. Otra más era de mi casero, que me reclamaba la renta de los últimos meses por el alquiler del bufete. «Pues va usted dado como inicie un desahucio», me dije para mí. Aunque tampoco sabía si las leyes al respecto habían cambiado, quise pensar que sí. El Colegio de abogados, pese a la anterior invitación, me demandaba las cuatro últimas cuotas, que habían sido devueltas por el banco. La sastrería donde antes de ser encarcelado pagaba a dita me reclamaba su deuda completa y me recordaba que era el quinto requerimiento que me enviaba y me amenazaba con acciones judiciales. Dejé a un lado todo lo que me parecieron facturas y busqué cartas del Banco Hispano. Encontré varias y elegí la de fecha más cercana, de principios de diciembre último. La abrí y hallé un extracto de mi cuenta corriente. Mis fondos habían sido liberados, pero la cuenta estaba a cero. Bueno, a cero no, había un saldo en descubierto de siete con cuarenta y dos. Dios mío. Estaba en la ruina. En la más abyecta y lamentable ruina.

Cerré los ojos y me recosté en la silla.

«Bueno —me dije, respirando hondo, intentando serenarme—, no hay que perder la calma. Más se perdió en Cuba. Me quedan algo así como setenta u ochenta pesetas en metálico en casa, y algo habrá que pueda vender mientras pongo en marcha de nuevo el bufete». Contemplé con pensamientos malévolos el Omega que Marisa me había regalado y me pregunté cuánto me darían por él en una casa de empeños, en el Monte de Piedad o en cualquier joyería de la plaza Mayor. Descarté la idea, ruin y miserable como tantas actitudes mías de los últimos días. Cavilé sobre pleitos pendientes, sobre minutas por cobrar, provisiones de fondos que

exigir, mas la lista era lamentablemente exigua, por no decir inexistente. Estaba a punto de ceder a la desesperación cuando oí que llamaban a la puerta. Miré el reloj: solo eran las nueve y cuarto de la mañana. No podía ser Roberto Calero, con quien había quedado a las diez. Y, además, Roberto no llegaría puntual ni al entierro de su santa madre. Me levanté y abrí.

Era José Parera, el portero.

Con su camisa azul.

—¡Don Eduardo! ¡Qué alegría! ¡Por fin le veo aquí de vuelta!… ¿Molesto? He visto la luz y me he dicho…

—Buenos días, José.

Observé el gesto de sincera alegría del portero y me temí que ese escueto y formal saludo mío no fuera justa correspondencia. José Parera era un hombre que me caía muy bien, era una buena persona, servicial y amable, cariñoso, pero si de algo no tenía ganas esa mañana era de soportar su locuacidad y sus parloteos. También era verdad que no me olvidaba de que había sido él quien me había hablado de los cuestionarios recibidos del juzgado especial de porteros y quien me había animado a hablar con Armando Peñalosa, y que tal vez ahí había comenzado todo. Pero sabía que tampoco era justo culpar a ese hombre de lo que me había sucedido. Algo debió de advertir Parera en mi actitud porque se disculpó de inmediato.

—No quería importunarle, don Eduardo. Sé que tendrá usted muchas cosas que hacer, después de tanto tiempo. Y que lo tendrá todo patas arriba y que habrá que organizarse, ya lo comprendo. Su madre de usted me contó lo que le ocurrió y no sabe cuánto lo sentí. Pero bueno, ya todo ha pasado, ¿no?, la noticia de su liberación ha corrido como la pólvora por el bloque. Se le ve mucho más recuperado que cuando el otro día lo vi llegar de… de…, bueno, ya sabe. Solo quería saludarle con mayor calma que ese día y desearle lo mejor. Decirle que me alegro mucho de que por fin esté de vuelta. Ah, y darle un par de recados. Y esto —se excusó, sacando del bolsillo trasero del pantalón un fajo de cartas atado con una gomilla gruesa—. Vi que ya no cabían en el buzón, que se caían al suelo por fuera y las recogí —dijo,

entregándome el fajo de correspondencia—. Y quería contarle algunos recados de clientes suyos, que vinieron por aquí y tuve yo que explicarles lo que pasaba, disculpe usted. Bueno, lo que pasaba no, porque lo que les dije era que usted iba a estar fuera un tiempo, a saber cuánto. Y nada más. Supongo que no le molesta, que no hice mal, ¿verdad?

—Qué va, José, qué va. De cualquier forma, en esta ciudad, y mire usted que es grande, todo se sabe enseguida. Así que no se preocupe. Deme usted esos recados, por favor.

Y extrayendo un papelito doblado del bolsillo de su camisa azul, se enfrascó en una retahíla de nombres y apellidos de unos pocos clientes que habían venido a verme durante mi *ausencia* —así llamó eufemísticamente José Parera a mi prisión—, la mayoría de los cuales había regresado anunciando que prescindían de mis servicios, pues no podían estar meses o semanas sin saber nada de su abogado.

—Y eso es todo, don Eduardo, lo siento. ¿Puedo hacer algo más por usted? Lo veo muy bien, ¿eh?

Dije que no, le agradecí cuanto había hecho, sobrellevé una última charlilla sobre los vecinos, «Don Armando Peñalosa aquí sigue, en fin… Ventura sigue preso, ¿sabe usted?, y de Antolín nunca más se supo, sus familias ya no viven aquí, los pobres, tuvieron que marcharse poco después de que usted…», y un par de buenos deseos de Parera. Conseguí despedirlo al fin y cerrar la puerta del despacho. Me acerqué a la mesa y regresé a mi silla. Dejé el mazo de cartas sobre el tapete y miré la hora. No eran ni las nueve y media, quedaban más de treinta minutos hasta que llegase Roberto Calero, y eso si era puntual, que lo dudaba. Saqué de uno de los cajones de la mesa el cartapacio de anillas donde anotaba el nombre y las señas de mis clientes, y me dije que era tan buen momento como cualquier otro para comenzar a escribirles una carta en la que de algún modo les justificara mi ausencia, como habría dicho Parera, les anunciara mi regreso y les ofreciera de nuevo mis servicios profesionales. No confiaba mucho en el resultado de esas misivas, pero una explicación era lo menos que se merecían mis clientes desatendidos. Y a eso me puse,

golpeteando sin pausa las teclas de la vieja máquina de escribir. Tardé casi media hora en redactar un texto que medio me satisficiera. Cada pulsación de las teclas de mi querida Hispano-Olivetti de cinta desgastada y que escribía torcidas las letras g y d componía un eco que me repetía lo inútil de ese intento, pero seguí adelante. Conté la verdad de mi condena, aunque la atribuí en su mayor medida a haber tenido que servir en el ejército republicano con mi quinta, lo que no era del todo incierto ni mucho menos; dejé constancia de mi voluntad de volcarme de nuevo en el ejercicio del derecho y expresé mi esperanza de que el destinatario de la carta volviera a depositar en mí su confianza para la llevanza de sus asuntos legales. El resto del trabajo sería, aunque aburrido, sencillo: solo era cuestión de copiar ese texto, cambiando nombre y dirección, aunque intentara personalizar con algún matiz circunstancial cada una de las misivas. Iba por la segunda de las cartas cuando unos nudillos repiquetearon sobre la madera de la puerta. Miré el reloj, vi que únicamente eran las diez y cuarto. ¡No podía ser verdad! ¡Llegaba con un cuarto de hora de retraso nada más! ¡Tanto no podía haber cambiado Roberto! Me levanté, me acerqué a la puerta, la abrí y, en efecto, allí estaba Calero, que entró en tromba en el despacho sin una cortesía siquiera. Se dejó caer con todo su peso, que no era poco a pesar de lo que había adelgazado, sobre la silla que había enfrente de la mía, que crujió lastimeramente. Tenía aspecto de no haber dormido bien, el cuello de la camisa desabrochado, la corbata descolgada y la chaqueta llena de arrugas. Y parecía llegar con un cabreo de mil demonios.

—Yo también te deseo un buen día, Roberto —me guaseé mientras tomaba asiento frente a él.

—Hombre, por lo menos te queda humor, después de todo —gruñó, cruzando las piernas—. A mí de lo que me quedan ganas es de irme al colegio y estrangular a Goicoechea.

—¿Goicoechea?

—Claro, el cabrón de Goicoechea. El nuevo decano del colegio, coño. Antonio Goicoechea Cosculluela. Un derechista que fue diputado con Renovación Española durante la República, monárquico y seguramente falangista también, qué sé yo. Ahora,

además de decano, es gobernador del Banco de España, manda huevos.

—¿Se puede saber de qué estás hablando?

—¡Que no debimos nombrar la bicha, joder!

—¿La bicha? Pero ¿de qué hablas, Roberto?

—Pero ¿tú eres tonto o qué? ¿De qué voy a estar hablando si no es del expediente? ¡Joder, joder y mil veces joder! ¡A la mierda nuestros planes! Me veo en la gestoría de puto oficinista el resto de mi vida, y eso si el gestor no me echa cuando se entere.

—Roberto, para un segundo, ¿quieres? ¿De qué demonios estás hablando?

—¡Pues de qué coño voy a estar hablando, Edu! ¡De los expedientes! ¿O es que a ti no te llegó ayer tarde la notificación?

—¿Qué expediente, Roberto?

—¡El expediente de depuración del Colegio de abogados, joder! ¡Que nos depuran, Edu, que nos depuran como si estuviéramos infestados, y que me temo que acabamos en la puta calle! —Se calló de pronto y se quedó contemplándome con los ojos muy abiertos. Frunció el ceño luego—. ¡No me digas que me ha llegado a mí y a ti no!

Tardé unos segundos en digerir las palabras de Calero. Expediente. Depuración. A mí sí. A ti no… Miré de reojo el saluda del colegio hecho una bola en la papelera y me dije que, si no me había llegado ya la notificación del expediente, nadie quitaba que me llegara mañana o pasado. Pero, elucubré, si la carta que me había llegado del Colegio de abogados era una invitación a una fiesta por el día de Reyes, que era antes de ayer como quien dice, no podía ser que invitaran a ese evento a quien iban a depurar. No tenía sentido. Sería macabro hacerlo. Aunque, claro, peores cosas se habían visto y se estaban viendo. También me estaban reclamando las cuotas colegiales impagadas. ¿Para qué me iban a reclamar las cuotas si me iban a depurar? Nada tenía sentido, o eso pensé. Le hice un gesto a Roberto, que me urgía a responderle, para que aguardara un segundo. Me giré en la silla y metí la mano en la papelera hasta recuperar el saluda del colegio. Lo desdoblé, lo alisé, volví a leerlo y comprobé que la fecha era del 18 de

diciembre de 1939. De hacía más o menos veinte días. Era la última que había recibido de la institución, la otra en la que me reclamaban cuotas debidas era de principios de diciembre. Y Roberto acababa de decir que la carta notificando la apertura del expediente le había llegado ayer lunes. Me sentí confuso: ¿por qué a mí no me había llegado esa notificación?

—¿Te llegó un saluda el mes pasado invitándote a una fiesta de Reyes en el colegio para el sábado pasado? —le pregunté a Calero.

—A mí no, ¿por qué? ¡Para fiestecitas está la cosa!… Pero… Espera un momento… ¿A ti sí?

No respondí, pensativo. Fue entonces cuando advertí en la mesa, a mi izquierda, el fajo de cartas que hacía cosa de una hora me había traído José Parera.

—Un segundo.

Le quité la gomilla al fajo, revisé las cartas una por una, más facturas, propaganda, carta del Hispano, otra de la sastrería, ninguna del Colegio de abogados.

—No —dije, extrañado.

—No ¿qué?

—Que no he recibido ninguna carta del colegio notificando ningún expediente, Roberto.

—¿Y cómo coño puede ser eso?

—Ni idea.

—No puede ser que me depuren a mí y a ti no, Edu. No es posible, cojones.

—No lo sé, igual recibo la carta mañana o el otro, quién sabe.

—Bueno, pues… ¿qué quieres que te diga? Es raro, joder. Y no es que no me alegre, pero… Que es raro, coño. Entre ayer tarde y esta mañana he hablado con los otros compañeros del bufete Del Pino, donde yo trabajaba antes de que lo cerraran, y todos, bueno, los que no están presos, han recibido notificaciones de sus expedientes de depuración. Y ellos a su vez habían hablado con otros colegas que se quedaron en Madrid durante la guerra, y también las habían recibido. Casi todos los colegiados que permanecimos en la ciudad hemos sido expedientados. ¿Cómo es

que tú no, Edu? Habiendo estado en la cárcel, además, y perdona que te lo diga así, tan crudo, pero…

—No lo sé. De verdad que no lo sé, Roberto.

Dije eso, pero, al mismo tiempo que lo decía, pensé en Marisa y en la larga mano de su padre y de los amigos de su padre. Y no supe si sentirme aliviado, agradecido o colérico. Intenté disimular delante de Roberto. ¿Para qué acrecentar su enfado? Y tampoco estaba seguro de que hubiese ocurrido lo que barruntaba. Por más que en un rincón de mi cerebro sí sabía lo que había acontecido.

—Ya te digo —insistí—, igual la recibo mañana, vete a saber. ¿Qué vamos a hacer, Roberto?

—Qué voy a hacer yo, dirás, ¿no? Porque tú por ahora te vas de rositas, cabrón. —Descruzó las piernas e hizo por sosegarse. Tampoco yo tenía culpa de que él hubiese sido expedientado, debió de pensar. Meneó la cabeza. Sacó de la chaqueta un paquete de cigarrillos, vi que ya no eran Ideales, sino de los de la cartilla de racionamiento. Lo encendió. Mientras lo hacía, reparé en su ropa, y la vi desgastada y vieja, todo en él hablaba de deslucimiento, de haber venido a menos. Inhaló el humo, lo exhaló y calló mientras contemplaba cómo subía hasta el techo. Habló después, meneando de nuevo la cabeza—. No lo sé, Edu, no lo sé. No sé qué voy a hacer. No tengo ni puta idea, la verdad. Me citan para el lunes que viene ante la comisión colegial de depuración, allí me dirán los trámites. Hasta ahora solo me han pedido que recopile la documentación que acredite mi adhesión al régimen. Y no sé qué mierda de documentación puedo presentar. ¿Qué quieren que lleve? ¿Un certificado de que Franco se me aparece por las noches? ¡Vaya puta mierda!

—No sabes cuánto lo siento, Roberto.

—¿Y sabes qué es lo peor? ¡Pues que están haciendo lo mismo que entonces reprochaban a los republicanos, a los marxistas!

—Sí, lo sé.

—¿Te acuerdas? Al principio de la guerra, la junta de gobierno del colegio, con la excusa de que había que vigilar la retaguardia, depuró y expulsó de sus listas a un montón de abogados a los que reputaba fascistas: a Gil Robles, a De la Cierva,

a Luca de Tena, a José Antonio Primo de Rivera, al actual decano Goicoechea, e incluso al cabrón de Lerroux. ¡Y hasta al mismísimo Alcalá Zamora!, ¿te lo puedes creer? ¡Depuraron por indeseable a Alcalá Zamora, los del Frente Popular! Y entonces se puso el grito en el cielo. ¡Y ahora vienen estos y hacen lo mismo! ¡Esto es de locos, Edu! ¡De locos! ¡Vaya puta mierda! ¡Qué asco de país! —Aplastó el cigarrillo casi entero en el cenicero—. Y este tabaco que dan en el racionamiento es otra puta mierda.

—Si te puedo ayudar en algo, no dudes en pedírmelo.

—Hombre, tampoco es que lo de ser amigo tuyo, que te has llevado no sé cuántos meses en Porlier por rojo, me vaya a ayudar mucho, digo yo. Pero, en fin, Edu, agradecido, que no se diga. No, en serio, hombre, no pongas esa cara, lo que quiero decir es que me tendré que buscar algo, una recomendación, no sé, ayuda de cualquier tipo, de gente adicta al régimen, de compañeros que sean de la Falange, si es que se dignan a mirarme siquiera, o de otros que tengan mano en las altas esferas, algo así. ¡Y yo qué carajo sé! Porque, ya te digo, no sé a quién coño voy a buscar yo.

—Marisa me dijo que había sido Ildefonso Durán quien la informó de mi detención. Te acuerdas de Ildefonso Durán, ¿verdad? Pues ahora está en la Falange. Tal vez podríamos hablar con él y…

—¡Ildefonso Durán! —me interrumpió Calero—. Otro cabrón con pintas. Si voy a verlo, es capaz de denunciarme. Le quité una novia en la facultad, ¿te acuerdas? Aquella niña pija de la calle de Hermosilla, la de las tetas gordas. Sí, hombre, la que después dejé porque no me permitía ni que le cogiera la mano, te lo conté, recuérdalo. En fin, como que no, que ni lo pienses. La verdad es que todo esto es lo que te comento, una puta mierda, Edu. Una puta mierda de las de verdad. En fin, me voy entonces. No tengo tiempo que perder —dijo, levantándose—. Creí que tú también habrías sido expedientado y que entre los dos podríamos pergeñar algo en común, pero, por lo que se ve, tú todavía tienes el culo virgen. A no ser, claro, que en Porlier… —Y soltó una carcajada, intentando rebajar su enfado y la tensión—. No, en serio. Si se me ocurre algo que puedas hacer por mí, te lo digo. Venga, suerte. Nos

vemos, Edu.

—Pero oye, Roberto, no te vayas así, hombre —dije, también poniéndome en pie y saliendo al encuentro de Calero—, quédate, veamos qué se nos ocurre, qué se puede hacer, cuatro ojos ven más que dos, yo…

—Tú ya has tenido bastante, Edu —me interrumpió; se acercó a mí, me abrazó, puso luego una mano sobre cada uno de mis hombros y me sonrió, algo mohíno—. Tú te has llevado preso casi un año, y ya has tenido suficiente ración de amarguras. Deja que mi cáliz me lo beba yo solito, cojones, y no te preocupes.

—Pero el proyecto común de que hablamos, Roberto…

—Otro día, ¿vale? Venga, cuídate.

Lo vi abandonar el despacho con los hombros caídos y me volvió a asaltar esa sensación ambivalente de cólera y alivio. Me sentí mal por haber permitido que Roberto se fuera así, de esa manera. Y por no haber recibido la notificación del expediente de depuración, como si fuese culpa mía. Pensé de nuevo en Marisa y en su padre. La indignación pudo sobre el alivio y el agradecimiento. Y me dije al cabo que, aunque en esta vida nada había peor que la ingratitud, también era verdad que el peso de los favores podía ser tan grande que acababa obligando a quien los recibía a caminar arrastrándose.

Y a eso, se lo había jurado a mi madre, bien sabía Dios que no estaba dispuesto.

18

«¿Y de qué has vivido desde entonces?»

Intenté mitigar la amargura que la visita de Roberto Calero me había provocado aporreando como un poseso la máquina de escribir. Cuando terminé de copiar las cartas a mis antiguos clientes era ya mediodía. No confiaba ni tanto así que me fueran a dar frutos, así que decidí dejarlas allí y salir por la tarde a comprar los sellos y depositarlas en Correos. Era ya la hora de almorzar y tenía hambre, pues esa mañana me había saltado mi habitual desayuno en el Pombo. A la vista de mi lamentable situación económica, que se iba a ver agravada por el desembolso que tendría que hacer en sellos, había que ahorrar de donde se pudiera, y el café mañanero y los churros o la tostada o el bollo eran prescindibles. Las pesetas que valían, en cambio, no lo eran. El caso era que, a esa hora del mediodía, casi las dos de la tarde ya, estaba famélico.

Subí a almorzar.

Mi madre me recibió con esa fingida alegría con que solía recibirme desde que regresara a casa tras ser liberado. Aquella mañana del día de mi liberación, en ese instante en que me vio aparecer por el piso cuando pensaba que aún seguía en Porlier, su alegría sí fue de verdad, desbordada, inmensa. Pero en los días posteriores, y aunque pretendía aparentar que nada pasaba y que todo seguía igual, su sonrisa cuando yo llegaba a casa, o cuando nos topábamos por el pasillo, era postiza, artificiosa. Parecía que se abatía por día que pasaba, y aunque yo le preguntaba una vez y otra si le ocurría algo, si se encontraba mal, si existía algún motivo

de preocupación —aparte de los muchos que nos afligían a todos—, ella me respondía con una negativa que quería ser animada y con un brusco cambio de conversación. Muchas veces, sobre todo cuando creía que yo no la miraba, sus ojos se anublaban por un velo de pena y sus labios temblaban como si los dientes le vibraran en las encías. Y cuando entonces le preguntaba, su respuesta era la misma: «Pero, ay, hijo, ¿qué me iba a pasar? Pues nada, tonto». «Vale, vale, madre, me lo creo, pero no te vayas a poner mala, por lo que más quieras, que en las boticas no hay de nada y los medicamentos que de verdad sirven se están vendiendo en Chicote de estraperlo por un potosí». Y que a ver qué iba a hacer yo entonces, con la miseria que tenía encima, grande y maciza como una viga.

Había alubias para comer. Estaban medio aguadas, pero disimulé y dije que estaban buenas. Pensé que a mi madre, probablemente, se le había olvidado echarles el suficiente aceite, o suficientes cebollas y esas otras cosas que se les echan a las alubias para darle enjundia al caldo. Cosas de la edad, que no perdonaba ni a mujeres tan vitales como había sido ella. Recordé los fideos también aguados y sosos del otro día, y algún que otro guiso en cuya cocción mi madre también parecía haberse olvidado de algún condimento. Y era extraño, porque siempre había sido una excelente cocinera. Pero claro, qué le vamos a hacer, la dichosa edad, que no perdona. Eso pensé.

—Este pan está durillo, ¿no? —indiqué, sin mucho tacto, cuando fui a partir un cabero para mojar la salsa.

—Sí, las cosas del racionamiento, hijo. Y todo lo que se vende de extranjis está carísimo. Pero se deja comer.

Después de acabada la guerra, el Gobierno de Franco, a pesar de las promesas de abundancia con que habían acribillado Madrid durante el conflicto, había impuesto el racionamiento dada la escasez de alimentos. Una orden ministerial de 14 de mayo de 1939 había restringido la adquisición de productos alimenticios y de primera necesidad, estableciendo, al igual que en los tiempos de la República, dos cartillas de racionamiento por familia, una para la carne y otra para el resto de los alimentos. El reparto, del que se

encargaba la Comisaría General de Abastecimientos y Transportes, la CGAT, o «La Cochina Gata», como los más chistosos la llamaban, era semanal y estaba compuesto por garbanzos, alubias, patatas, fideos, puré, boniatos, galletas, bacalao, aceite, azúcar, tocino y pan. En algunas ocasiones también se repartía carne, café, chocolate, membrillo, turrón o jamón, y muy pocas veces leche o huevos. Había quien decía que en Madrid las cosas estaban peor que en el resto de España, que el racionamiento era más duro, que el hambre era más grande, y que todo eso era la justa venganza para una ciudad que se había resistido tan tenazmente al «glorioso alzamiento», a la «santa cruzada», una ciudad traidora. Como si los nuevos gobernantes pensaran, mientras contemplaban las colas de desharrapados y mientras fumaban puros habanos y sorbían coñac francés: «Tomad ahora "No pasarán" y consignas por el estilo, madrileños cabrones». Entonces comenzó el estraperlo: quienes tenían acceso a determinados productos escasos, bien por influencias o bien por corrupción, munícipes, oficiales de alta graduación, excombatientes, mutilados, héroes de guerra, los acaparaban y los vendían en el mercado negro a precios desorbitados, y había muchos, muy cercanos al régimen la mayoría, que se estaban forrando con ese negocio inmoral. «Me ha contado hoy Ernestina, la del refino, que hay un militar, un tal alférez Jiménez, del cuartel de artillería, que reparte a sus soldados a manos llenas permisos de sábado a lunes, aunque no los hayan pedido, y que vende el rancho de esos días en la boca de metro de Alcalá. ¿Te lo puedes creer, Eduardo, hijo? Y mientras tanto, las estanterías de los ultramarinos llenas de telarañas». De todas formas, pensé, era raro que no hubiese en casa pan del día, porque sabía que el pan, aunque fuera de harina de maíz (o hasta de guijas y altramuces, según se rumoreaba), lo despachaban diariamente en las tahonas, al contrario que otros productos como el azúcar, la carne o el pescado fresco o los huevos o la leche, que solían escasear y se acababan casi de inmediato en tiendas y colmados. Y que las alubias estuvieran tan aguadas era cosa más de la cocina y de la cocinera que del racionamiento y el estraperlo.

—¿Cómo ha ido la mañana en el bufete, Eduardo?

—Pues tranquila, intentando organizarme y ver cómo puedo recuperar la clientela. Roberto Calero ha venido a verme.

—Hace tiempo que no lo veo. ¿Qué tal está?

—Mal. Le han notificado la apertura de un expediente de depuración en el Colegio de abogados y está hecho polvo. Y antes de que me lo preguntes, te lo digo: a mí no me han notificado nada.

—Pues menos mal. ¿Y eso?

—No lo sé. Aunque no descarto que sea cosa del padre de Marisa. Ese hombre está dispuesto a convertirse en mi ángel de la guarda, por lo que se ve.

—Lo dices como si te molestara.

—No me hagas caso, ya sabes cómo soy. Le estoy agradecido. Si es que en verdad tiene algo que ver en todo esto, que, aunque no lo sé con certeza, me huelo que sí, porque, si no, de otra forma es que no me lo explico… Por cierto, el viernes me han invitado a su casa a cenar.

—Irás, ¿verdad?

—Le he dicho a Marisa que sí.

—Haces bien, Eduardo. Esa chiquilla te quiere de verdad, y su familia está ahora bien situada y te puede ayudar en muchas cosas. No dejes pasar la ocasión, hazme caso.

—No necesito ayuda de nadie, me basto yo solo para salir adelante.

—Siempre necesitamos ayuda, hijo —aseveró, con una sonrisa encapotada—. Fíjate, si no, en lo del Colegio de abogados… Y, por cierto, ¿crees que podrás recuperar algunos de tus antiguos clientes? Ya te dije que la pobre Agustina murió a principios del año pasado, ¿verdad? La pobrecita mía no pudo ver cómo conseguías que le devolvieran su piso.

—No, no me lo habías contado. Lo siento, la pobre… Hoy he redactado algunas cartas a varios de mis antiguos clientes, a ver si hay suerte y alguno se anima a confiar de nuevo en mí. Luego las echaré al correo. Y espero que la haya, porque las cosas pintan bastos.

—¿Bastos? ¿Qué me quieres decir?

—Pues que no tengo una perra chica en el banco, eso quiero decir. Y tengo el despacho lleno de facturas y de reclamaciones. Al final, fíjate, vas a tener a un hijo moroso.

Sonreí con mi propia broma, que no lo era tanto, intentando quitarle hierro al asunto, pero a mi madre, lejos de compartirla, se le demudó el semblante. Los párpados se le abatieron, casi se le cayó la cuchara de las manos y pensé que se iba a echar a llorar. Pero antes de que yo pudiera decir nada, pareció reponerse, levantó la cabeza y me sonrió, aunque en esa sonrisa únicamente hubiese desolación. Murmuró un lúgubre: «No te preocupes, que Dios aprieta, pero no ahoga, hijo», y empuñó de nuevo la cuchara. Un silencio denso se hizo entre nosotros. Continuamos comiendo sin decir palabra.

—¿Qué hay de segundo? —pregunté, cuando di cuenta de las alubias. El triste potaje y el cabero de pan duro no me habían saciado el hambre con que había subido del bufete.

—Te puedo hacer una tortilla, si te apetece.

—Es igual, no quiero que te molestes, si queda algo de queso o de fiambre, con eso me avío.

—Qué molestia ni qué molestia, hombre. Además, el huevo te va a venir muy bien después de tanto tiempo sin comer como Dios manda. Te la hago en dos minutos. Espérame aquí, no tardo nada.

Aguardé al segundo plato picando migas del pan duro y pensando en Roberto Calero y en su expediente de depuración. Pensé también en Marisa y su padre. Me dije que, si era verdad que este último había movido los hilos para que el colegio no me depurase, debía estarle agradecido, por más que en el fondo de mi corazón, más que agradecimiento, sintiera algo extraño, como impotencia. Como si depender de las continuas intercesiones de terceros equivaliese a perder el control de mi propia existencia. Como si me estuvieran impidiendo vivir mi propia vida. Al fin, mientras jugueteaba con el vaso de agua, me dije de nuevo que estaba siendo injusto, que Marisa y su padre actuaban de buena fe, con buena intención. Que no tenía nada que reprocharles, sino justo todo lo contrario. Recordé aquella frase de Séneca: «El favor consiste no en lo que se hace o se da, sino en el ánimo con que se

da o se hace». Y estaba seguro de que Marisa y, ¿por qué no?, también su padre, solo deseaban lo mejor para mí. Aunque que Jenaro Villamón hiciera algo que no fuera en su propio beneficio… Siempre había pensado que era un paradigma del egoísmo, dispuesto a hacer el bien o el mal indistintamente, según cuál fuera su ganancia. Y, de cualquier forma, la ley no se construye a base de favores, sino a base de justicia. La llegada de mi madre con la tortilla me apartó de esas reflexiones que no sabía adónde me iban a conducir.

—Aquí tienes, hijo.

Contemplé con cierta sorpresa la tortilla, su aspecto desangelado, sequerona y mustia, y el apetito se me esfumó de inmediato. Me preocupé: indudablemente, mi madre estaba perdiendo facultades entre los fogones.

—Gracias. ¿Tú no tomas nada?

—No, no tengo mucha hambre —respondió ella, echando mano de una pequeña castaña que comenzó a pelar con dedos temblorosos.

—Te doy la mitad de la tortilla. Ya se me ha pasado algo el hambre. La compartimos, venga.

—No, hijo, de verdad que no, tómatela tú, que a ti te hace más falta, yo estoy bien.

Me la quedé mirando. Advertí el temblor de sus manos, su semblante ensimismado, sus ojos lacrimosos, sus labios que ahora parecían murmurar inaudiblemente. Dejé el tenedor sobre la mesa, alejé de mí unos centímetros el plato con la tortilla intacta. Debí de hacerlo con cierta brusquedad, pues ella levantó la mirada sin dejar de descamisar la castaña.

—¿Qué ocurre, Eduardo?

—Dímelo tú, madre.

—Ya te he dicho que…

—Si pasa algo, mamá —era raro que me dirigiera a ella con ese diminutivo que no usaba desde hacía años—, quiero saberlo.

—De verdad que no pasa nada, hijo.

Pero esto último lo dijo con un timbre de voz fatigado y bajando la mirada, que huía de la mía. Entonces, sin conocer a

ciencia cierta la razón —tal vez fuera porque recordé el rostro macilento de mi madre cuando le comenté como quien no quería la cosa que estaba en la ruina—, se me vino a la mente una sospecha. Me levanté y me dirigí hacia la cocina.

—¿Adónde vas?

No respondí. Oí la silla chirriar sobre las losas del comedor cuando mi madre se levantó con esfuerzo. La escuché caminar detrás de mí con pasos cansados y sin dejar de llamarme, de preguntarme qué me ocurría.

—Eduardo, ¿qué pasa? ¿Adónde vas, hijo?

Entré en la cocina, me dirigí primero al arcaico armario-nevera de la marca Oso que llevaba en la casa casi tanto tiempo como nosotros, y abrí su portezuela. Estaba prácticamente vacío. No había ni un solo huevo, el último debió de ser el de mi tortilla, ni fiambres, ni por supuesto carne o pescado, solo había dos zanahorias medianas de regular aspecto, unos nabos negruzcos, un tarro de jarabe para la tos que tenía que ser conservado en frío, un bote de mermelada casera medio vacío, otro de leche condensada, una botella de vino tinto peleón mediada, una cacerola con un resto de tomate frito y poco más. Miré a mi madre, que me devolvió la mirada con ambos puños sobre los labios, y abrí la despensa: los potes de cristal de las legumbres no contenían prácticamente nada, algunas lentejas, un puñado de garbanzos, algunas alubias, solamente restos; en la panera no había más que sobras de miga y corteza; el frasco del café, que no era café sino achicoria o a saber qué, algarrobas molidas a lo mejor, se transparentaba; solo quedaba un culito de aceite en el tarro, el paquete de sal pesaba lo que un suspiro y el azucarero únicamente contenía algunos granillos desperdigados y más amarillos que blancos. El aspecto de la despensa, que, en las pocas ocasiones en que la había abierto, la recordaba más o menos abundante, era hoy famélico.

Me giré. La miré.

—¿Qué está pasando, madre?

Ella bajó la vista y meneó la cabeza. Había desesperación en ese movimiento suyo. E impotencia. Y agotamiento. No dijo nada.

—¿Qué está pasando, madre? —insistí.

Se llevó las manos a la cara y, aunque no hizo ni un ruido, el temblor de sus hombros me dijo que estaba llorando. Fui hacia ella, la abracé, le acaricié el pelo canoso, percibí su cuerpo más escuálido y débil que como lo recordaba, me di cuenta de que el tiempo había caminado sobre mi madre con pisadas durísimas. Sin dejar de abrazarla, la conduje hacia el cuarto de estar, la senté en el butacón y me arrodillé junto a ella.

—¿Qué pasa, madre? —le pregunté de nuevo cuando ella dejó de llorar. Pero con mucha suavidad en la voz ahora—. Cuéntame qué pasa, te lo suplico. Si no me lo cuentas, no podré hacer nada, no podré ayudar como me corresponde. ¿No tenemos dinero?

Ella fue a responder, mas un sollozo se comió sus palabras y volvió a abandonarse al llanto. Las lágrimas empaparon su cara ajada y cuajada de arrugas. Pensé que parecía mucho mayor de lo que en realidad era, casi una anciana, y yo mismo tuve que hacer un esfuerzo supremo para contener las lágrimas. Le agarré con más fuerza las manos, ver a mi madre llorando de esa manera, con tanta tribulación y tanta impotencia, era de las cosas más duras que había vivido, y mira que había vivido cosas duras.

—Desde que terminó la guerra no me llegan los giros —acertó a decir cuando el llanto se lo permitió.

Me quedé inmóvil, contemplando a mi madre, estupefacto. Sin comprender del todo. O sin querer comprender del todo.

—Los giros de tu padre —aclaró ella.

Cuando pude asimilar la noticia, solté un exabrupto. «Hijo de puta». Luego, hice cuentas precipitadamente. La guerra acabó a finales de marzo o principios de abril. Hacía por tanto más de ocho meses que no se recibían los giros mensuales que mi padre mandaba regularmente desde que nos abandonara y que habían permitido que yo pudiera estudiar, que pagáramos el alquiler y que mi madre viviera más o menos holgadamente desde entonces. ¡Más de ocho meses!

—¿Me estás diciendo que tu marido —así me refería a mi padre cuando hablaba con ella de él, en las pocas veces que hablaba de él— no te manda dinero desde abril del treinta y

nueve?

—En realidad, desde finales de febrero. El giro de marzo nunca llegó.

—¿Y de qué has vivido desde entonces?

—Tenía algunas pesetas ahorradas. Se me acabaron como por octubre o noviembre. Y ya no me quedan joyas que empeñar. Bueno, ni joyas ni nada. Y en las tiendas apenas me fían ya. —Se limpió las lágrimas con las manos, respiró con fuerza y me miró, intentando una sonrisa minúscula—. Bueno, pero saldremos adelante, ¿verdad, Eduardo? Ya estás aquí y eso es lo que importa.

Estaba perplejo, indignado, confuso, rabioso. No comprendía nada. Mi padre, desde que se fuera hacía casi veinte años, no había fallado ni un solo mes en su giro mensual. Ese giro con el que debía de limpiar su conciencia, si es que la tenía. Al principio, de setenta y cinco pesetas; después, de ciento veinte y así sucesivamente. Hasta las trescientas y pico de pesetas que enviaba cada mes en el treinta y nueve. Y ahora, terminada la guerra, esos giros habían cesado sin previo aviso. ¿Qué diablos había ocurrido? ¿Qué demonios estaba pasando? ¿Ya había limpiado del todo su conciencia y decidido que ya estaba bien de pagar la vida de otros? ¿O es que había sucedido algo que le impedía girar cada mes ese dinero? ¿O es que estaba muerto?

Todo en mí fue entonces un puro caos.

—Sí, claro, madre, por supuesto que sí —intenté consolarla; ella me miraba reclamando ese consuelo—. Claro que sí… Todo se va a arreglar. Pondré de nuevo en marcha el bufete, recuperaré a mis clientes y podremos vivir con tranquilidad. Venga, no te preocupes… Saldremos adelante.

Esa noche, tendido en la cama, en una vigilia agitada, estuve reflexionando sobre lo acontecido. Y solo encontraba una explicación: mi padre no podía ser tan perverso como para dejar a mi madre, a la mujer que en alguna ocasión debió de haber amado, en la miseria, y precisamente en su vejez, cuando más lo necesitaba, eso no sería de ser humano, sino de alimaña, algo tenía que haber sucedido. Pero ¿qué? Reflexioné precipitadamente y, de pronto, fue emergiendo una idea en mi cabeza. Había dado por

supuesto que mi padre, desde que se ausentara, había vivido en una parte de España que durante la guerra había estado controlada por Franco. No sabía muy bien las razones de esa suposición, pero lo cierto era que había sido una convicción plena, una certeza absoluta. Un axioma, un apotegma. Apenas recordaba nada de mi padre, una estampa nebulosa, un perfil de formas desdibujadas en la calígine, un par de escenas vividas, y tampoco había querido que, cuando tuve edad para ello, mi madre me hablara de él. Ni siquiera había querido ver las fotos que mi madre atesoraba, únicamente había conservado en el bufete aquel retrato que guardaba en un cajón y que apenas si había mirado un par de veces en todos estos años. Sin embargo, me había compuesto una imagen que con el paso del tiempo se había asentado en mi cerebro como una verdad inmutable: me lo representaba con el aspecto que, suponía, yo mismo tendría dentro de treinta años, alto, moreno, delgado, aunque, a diferencia de mí, él sería una persona irascible, sucia, de ojos huidizos, atormentado por el peso del abandono de su mujer y de su hijo. Alguien viviendo como una bestezuela babeante al abrigo de los militares sublevados, comiendo sus sobras, riendo sus chistes, trabajando codo con codo con ellos. Así me lo imaginaba.

Ahora esa certeza se tambaleaba.

¿Sería posible que mi padre, en los últimos años, hubiera estado en zona republicana?

¿Por qué no?

Eso explicaba muchas cosas.

En primer lugar, que los propios giros llegaran. ¿Qué me había dicho Marisa acerca del correo? Que desde Burgos no existía comunicación postal con Madrid. Si los giros de mi padre llegaban con regularidad, era porque estaba en zona republicana. ¿Cómo podía no haber caído antes? ¿Tan ciego estaba? ¿O tan ciego había querido estar?

Y, en segundo lugar, el que esos giros se hubiesen interrumpido con el final de la guerra solo sería comprensible si mi padre, con la victoria de Franco, hubiera caído en desgracia. Que hubiese sido detenido o de cualquier otra forma hubiera perdido la

posibilidad de enviar cada mes ese dinero a su familia.

Y en ese caso, ¿por qué?

¿Qué había ocurrido?

¿O es que tal vez había muerto?

Y en tal caso, ¿debía alegrarme?

Esa noche apenas pude dormir.

19

Una cena en Claudio Coello

Mientras pulsaba el timbre del piso de Claudio Coello y golpeaba el paraguas contra el suelo del descansillo para que chorrease las últimas gotas de lluvia, me consolé pensando que esa cena en casa de Marisa era el último trago del cáliz amargo en que se había convertido aquella semana. Había comenzado con la noticia del expediente de depuración de Roberto Calero, prosiguió con la frustración que sentí al comprobar cómo mi madre continuaba sobreprotegiéndome, como si todavía fuera un niño, o como si no fuera capaz de enfrentar los problemas, ocultándome la noticia demoledora de que mi padre ya no enviaba sus giros mensuales; perduró al constatar la desesperada situación económica en que nos hallábamos, y culminó con la total ausencia de clientes en el bufete y el temor de no poder ganarme la vida de ahora en adelante. Al mismo tiempo, las elucubraciones acerca de mi padre no se me iban de la cabeza un solo instante: ¿por qué había cesado el flujo del dinero que puntualmente nos remitía?, ¿dónde se hallaría ahora?, ¿cómo habría transcurrido la guerra para él?, ¿en qué bando la habría vivido?… ¿Habría muerto?

Y ahora aquello… Esa dichosa cena que no me apetecía ni tanto así. Pese a todo, me había hecho el firme propósito de no decepcionar a Marisa. Le había dado muchas vueltas a lo que había ocurrido entre nosotros durante nuestros últimos encuentros —la tirantez, el temor de que cualquier palabra trivial pudiese herir al otro, la tensión…— y estaba dispuesto a poner todo de mi parte para que no se repitiera. A mostrar esa noche mi lado más encantador. Si es que lo tenía. Calero, con quien había desayunado en el Pombo por la mañana, y a pesar de lo deprimido que estaba

por su expediente de depuración, me había espetado, cuando le hube hablado de la cena en Claudio Coello y de mi determinación: «¡Pues claro que tienes un lado encantador, Edu, cojones! Verás cuando te vean las señoronas de los gerifaltes que acudirán al ágape. Se te comen a besos, seguro. ¡Si es que eres como un peluche de esos que fabrican en Muñecas Florido, joder! Tú lo único que tienes que hacer es exhibir tu carita de no haber roto un plato en la vida, que la verdad es que no lo has roto, macho, porque tú de romper y de agitar, poquito, ¿eh?; y tu sonrisita de niño bueno, y se te derriten al momento, seguro, Edu, lo que yo te diga. ¡Igual hasta te adoptan!».

Así pues, llegué a Claudio Coello con la firme intención de aprovechar aquella cena, que podía ser una ocasión propicia para, al menos, causar una buena impresión en la familia de Marisa y de sus invitados. Y a saber qué podría venir de ahí luego, tal vez unos buenos consejos o unas recomendaciones tan necesarias para que el bufete echara a andar de nuevo. También se lo debía a Marisa, que se había desvivido por mí y lo seguía haciendo; y ¿qué menos que comportarme ante los suyos y los amigos de su padre? Y también podría ser un buen momento para conocer de primera mano cómo se desenvolvían quienes, como Jenaro Villamón, eran afectos al nuevo régimen y los principales beneficiarios de sus prebendas. Con esos ánimos llegué a casa de Marisa, aunque el tiempo no acompañaba a mantenerlos. Estaban cayendo chuzos sobre Madrid, y llegaba con mi anticuada gabardina y el Fedora empapados.

El chirrido de la puerta maciza al abrirse me sacó de mis cogitaciones. Por el hueco de la puerta que se abría apareció la cara redonda, velluda, de ojos porcinos y una enorme verruga en la mejilla izquierda, justo junto al pliegue de la nariz, de Poncia —siempre había pensado que vaya nombre que le habían puesto a la mujer, como si no fuese bastante con lo feíta que era la pobre—, la criada de toda la vida de la familia Villamón. Una vez, hacía ya muchos años, una noche en que Marisa se había achispado en Chicote, me había confesado que su madre, antes de que ella naciera, había sorprendido a su padre manoseando a la primera criada que tuvieron, una bonita mozuela de Malasaña. La despidió

de inmediato y a partir de entonces se propuso buscar para el servicio a la más repulsiva de las mancebas que encontrara. Y ahí que dio con la pobre Poncia, que a fe mía que cumplía con todos los requisitos exigidos y más aún, y allí permanecía desde entonces. Incluso había seguido a la familia a la embajada del Perú y a su posterior periplo que los acabaría llevando a Burgos. A pesar de su fealdad, era una mujer de buen corazón y carácter afable que había sido nuestra cómplice en las primeras escaramuzas del noviazgo.

—¡Don Eduardo!

A punto estuve de dar un paso atrás, seguro de que la mujerona se me iba a echar encima. La fámula se contuvo, sin embargo, y se conformó con una sonrisa ancha que dejó al descubierto sus dientes, curiosamente blancos y perfectos, una anomalía en rostro tan desaliñado.

—¡Qué alegría verlo, por Dios bendito! ¡Después de tanto tiempo! ¡Pase, por favor, don Eduardo, pase! ¡Y deme ese sombrero y la gabardina, se lo ruego, que ya veré cómo se los seco! El paraguas déjelo ahí. —Y señaló un paragüero de madera de abigarrados relieves—. ¡Huy, cómo viene usted! ¿Tanto llueve?

—Buenas tardes, Poncia —saludé, quitándome sombrero y gabardina y depositando el paraguas mojado en el paragüero. La verdad es que me alegraba de verla y de saber que estaba bien, que había sobrevivido al horror—. ¿Qué tal estamos? Yo también me alegro mucho de verte. Y sí, están cayendo chuzos de punta.

—No me diga que ha venido usted andando.

—En tranvía. Me ha dejado en Santo Domingo y, a pesar de que está aquí al lado, ya ves cómo vengo, llueve que es un disparate.

—¡Huy, por Dios!

Marisa apareció por el vestíbulo en ese mismo instante. Preciosa, arrebatadora. Vestía un traje vaporoso en tonos florales, como si fuera a la ópera, o a una boda. Me besó en ambas mejillas, feliz y radiante. También su perfume era floral. Me dije de nuevo que era un tipo afortunado y se redoblaron mis buenos propósitos.

—Eduardo, qué alegría que estés aquí, no sabes cuánto

significa para mí. Gracias, Poncia. Ya está todo bien, puedes dejarnos. Yo me encargo. Vamos, Eduardo. Yo acabo de terminar de arreglarme, pero creo que ya han llegado todos. Deben de estar esperándonos.

Me condujo de la mano pasillo adelante, anchuroso y de techos altos, por esa casa por la que, al igual que había ocurrido en todo el barrio de Salamanca, donde apenas si cayeron morteros o bombas, parecía que no había pasado la guerra. Tuvo que darse cuenta de que los nervios me reconcomían, pues, antes de llegar a la puerta del salón, tras la cual se oían murmullos y risas, se detuvo, se giró para comprobar que la criada no nos observaba y, sin una palabra, se me acercó, me abrazó y me besó en los labios con fuerza. Cuando se retiró, en su cara brillaba una sonrisa maliciosa que no conseguía disimular que tenía los nervios a flor de piel.

—Todo irá bien, ya verás —dijo, mientras con un espejito se recomponía la pintura de labios. Y yo no habría podido decir si esas palabras eran para tranquilizarme a mí o para serenarse ella.

El salón del piso de Claudio Coello donde la familia Villamón vivía era grande como el de un palacete. Allí, en uno de sus ángulos, fumando y degustando una copa, estaba Jenaro Villamón, alto, erguido, la mirada dura, el pelo canoso perfectamente peinado, pequeño bigote al estilo Errol Flynn, tan de moda después del éxito arrollador de su *Robin de los bosques*, la piel bronceada de ojeos y monterías, enfundado en un impecable traje cruzado de lana gris marengo, camisa blanca impoluta y corbata azul oscura casi negra. Me dije que el tiempo había sido benévolo con él. Estaba casi como lo recordaba. Junto a él, otros tres individuos a quienes no conocía departían y saboreaban sus copas. Había temido encontrarme en el sarao con alguna camisa azul y con que esa cena fuese una encerrona para ganarme para su causa. Aunque no habría sabido decir si los falangistas se dedicaban a captar a expresidiarios para que engrosaran sus filas, que seguramente no. Pero me había equivocado, no había ni camisas azules ni uniformes: todos los presentes vestían chaquetas sobrias y bien cortadas con corbatas discretas. Sentada en el sofá del ángulo

opuesto estaba Luisa Álvarez-Cuevas, la madre de Marisa, mucho más joven que su marido, aristocrática, bella como su hija, distinguida, en una pose perfecta sosteniendo sobre sus rodillas una copita bellamente tallada con un líquido oscuro. También estaba casi igual que como la recordaba, tal vez algo más delgada que antes. Al verla me vino a la mente la imagen de mi madre y me dije que el tiempo no pasa igual para el todo el mundo. Charlaba animadamente con una mujer mayor que ella, con el pelo blanco casi azulado, oronda, de enormes pechos y de expresión complacida. Otras dos mujeres algo más jóvenes, aunque ya no cumplirían ni mucho menos los cuarenta, platicaban entre sí en voz baja, sentadas en sendos butacones. Una de ellas fumaba un pitillo en una larga boquilla dorada. Las conversaciones se detuvieron en cuanto advirtieron que Marisa y yo aparecíamos por el salón. Fue la madre de Marisa la primera en levantarse. Se dirigió hacia nosotros con una gran sonrisa de bienvenida y tendió ambos brazos hacia su hija, la tomó de las manos y la besó en la mejilla con delicadeza.

—Me encanta ese vestido, en cuanto lo vimos en Modas Thamar supe que estaba confeccionado para ti. Te sienta como un guante. Tienes que hacerte con ese modisto para tu tienda. Estás resplandeciente, Marisa.

—Ay, mamá…

Me encaró luego. Había en su rostro un lustre amable.

—Eduardo… Qué de tiempo. Y cuánto me alegra que estés aquí. Te veo muy bien. Sigues tan guapo como siempre. ¿Cómo estás? —Se giró hacia su marido, sin dar tiempo a que la correspondiese—. Jenaro, ¿quieres presentar a Eduardo a nuestros invitados, por favor?

El padre de Marisa me estrechó la mano y me palmeó brevemente el hombro, afable, algo condescendiente tal vez, a pesar de la mirada dura de sus ojos de granito.

—Ha pasado mucho tiempo, hijo. Pero, ya ves, todo parece que vuelve a la normalidad. Me alegro de verte, y espero que te ofrezcamos una velada agradable. Acompáñame.

Me abrió paso indicándome el camino y me llevó al centro del

salón, donde el resto de los invitados se había reunido, aguardando las presentaciones. Marisa se quedó atrás, junto a su madre. Se frotaba insistentemente los dedos índice y pulgar de la mano diestra, nerviosa.

—Amigos, os presento a Eduardo Peña Velázquez, abogado y, si Dios no lo impide —soltó una carcajada breve y artificiosa de fingida alegría—, mi futuro yerno. Eduardo —prosiguió, señalando al primero de los invitados, el que se hallaba más cerca—, te presento a mi querido amigo Leandro del Prado Casamitjana, subsecretario de Justicia y mano derecha de don Esteban. —Y cuando observó mi rostro perplejo, aclaró—: Don Esteban de Bilbao Eguía, nuestro insigne ministro de Justicia, te suena, ¿no? Claro que sí, hombre… Leandro, como te digo, es un querido amigo de esta casa. Y aquí su esposa, Marcelina. Lina para los amigos.

—Encantado —saludé, después de carraspear mínimamente para aclararme la voz—. Es un honor. Siento haber llegado tarde, pero, con la que está cayendo, los tranvías iban con retraso.

—No se preocupe usted.

Besé la mano de la mujer, cuarentona y de ademán vulnerable, y estreché la de Del Prado, que me correspondió con un apretón blando, breve y húmedo. Era un tipo anodino, de grandes entradas, gafas de montura dorada y nariz ganchuda. Solo la mirada intensa, oscura y férvida, destacaba en su rostro insípido.

—Y este caballero, Eduardo —anunció, señalando al segundo de los invitados—, es José Montes Garzón, ingeniero y, desde mañana, presidente del Consejo Superior de Industria por graciosa, y muy acertada, dicho sea de paso, designación del Generalísimo Franco. Aunque su nombramiento aún no es oficial. Aparecerá mañana o pasado en el BOE, ¿no, Pepe?, es algo que podemos dar por hecho. Su esposa, Úrsula.

Saludé al matrimonio; él, de mediana estatura y delgado, de rictus irónico, mirada hermética, bigote marcial y cutis pecoso; ella, bajita, pero de muy buenas hechuras, morena y guapa, que me contempló con interés y un brillo insinuante en sus ojos marrones; retuvo mi mano en la suya unos segundos más de lo que

se consideraba apropiado.

—A León ya lo conoces, ¿no, Eduardo?

—Creo que no tengo el gusto.

—Juraría que lo conocías, pero es igual. León Alonso Esparza, nuestro abogado. Desde que su padre murió hace ya algunos años, es León quien se encarga de los aspectos legales de mis negocios. No sé qué haría yo sin él, y más en estos tiempos. Su encantadora esposa, María Amelia.

María Amelia era la mujer mayor de grandes pechos que, cuando llegamos, charlaba por los codos con Luisa Álvarez-Cuevas. El abogado de Villamón, León Alonso, era un tipo bajito y gordo, sesentón, de piel grasosa, cabello tupido y negro, tal vez teñido, permanente sonrisa y con una cicatriz antigua que destacaba en su frente oleosa. Creí distinguir un diente de oro en su boca.

—¿Una copa de jerez? —me propuso Villamón.

—Gracias.

El propio Villamón me la sirvió de un frasco de cristal tallado del mueble bar.

—La cena estará lista enseguida —dijo Luisa Álvarez-Cuevas, llevando de nuevo a las damas al sofá—. Disfrutad de la copa mientras tanto, pero no bebáis más de la cuenta. Sobre todo tú, Jenaro, que después ya sabes que no dejas hablar a nadie.

Y se alejaron entre risitas.

Mi incorporación al grupo pareció crear una cierta incomodidad entre los hombres, que estuvieron unos segundos en silencio saboreando el jerez y como sin saber cómo retomar la conversación que habían mantenido hasta mi llegada. Fue Alonso, el abogado de Villamón, acostumbrado por lo que se veía a situaciones como aquella, quien relajó la tirantez preguntando al ingeniero Montes Garzón por sus planes como próximo presidente del Consejo Superior de Industria. El ingeniero, ufano y engreído, se extendió en una larga homilía sobre proyectos, creación de empresas y planes de desarrollo, sobre licitaciones y montantes de contratos, sobre los barrios y las ciudades que serían favorecidos y los que no, y respondió a las preguntas que sobre esas cuestiones se le formularon, más protocolariamente que otra cosa. Oyéndolos,

hubo un momento en que me sentí fuera de lugar y me apercibí de que las buenas intenciones con que había llegado a aquella casa comenzaban a resquebrajarse. ¿Cómo era posible que, en ese tiempo de penurias, aquellos hombres mostraran más interés por el beneficio económico de una obra que por la gente que la necesitaba? ¿Cómo era posible que se pudiera premiar, o castigar, a un barrio, a una ciudad, por según cómo la guerra se había desenvuelto en ellos? Luego, en un momento determinado, regresó el silencio y Montes quiso deshacerlo lanzándome una pregunta, al mismo tiempo que me inundaba con su mirada impenetrable:

—Y usted, joven, durante la guerra, ¿en qué zona estuvo?

—Aquí, en Madrid.

—Ah, en Madrid…

—Sí. Tuve esa suerte. O esa desgracia.

—Según cómo se mire.

—En efecto, según como se mire.

—¿Quintacolumnista?

—¿Yo? No, en absoluto. No se dio el caso.

—Ah… Entonces, ¿no colaboró usted con la resistencia contra los rojos durante la guerra? Como dice que permaneció usted en Madrid…

Fue Villamón quien acudió en mi ayuda. «Esto se va a convertir en una maldita costumbre», rumié. Era consciente de que la irritación crecía en mí por momentos.

—Eduardo, como os dije, es abogado. Tuvo la mala suerte de quedar retenido en Madrid después del glorioso alzamiento y le tocó servir en el ejército rojo. Con su quinta. Creo que os lo conté, pero fue antes de que Pepe llegara, creo. Ya os hablé de las terribles consecuencias que ello le acarreó. El proceso, la rehabilitación… En fin… Después te lo cuento a ti, Pepe, dejemos el tema ahora. Por suerte, todo se ha podido solucionar, gracias a Dios y, todo hay que decirlo, a don Esteban, el ministro, y a nuestro amigo Leandro, aquí presente. —Me rozó el codo fugazmente, como requiriendo mi atención—. Eduardo, debes saber que en esa… rehabilitación tuya tuvieron mucho que ver los buenos oficios, la mediación impagable, de Leandro del Prado.

Leandro no pudo resistirse, más que a mis ruegos —y esbozó una sonrisa cáustica—, a los de Luisa y Marisa. Lo que las mujeres no consigan… ¿No es verdad, amigos?

Contemplé a Del Prado, que a su vez me observaba con una mirada inescrutable. Había en ella un lejano resplandor fanático.

—Gracias, señor —acerté a decir, lo que fue correspondido por una inclinación de cabeza y una sonrisa indulgente del subsecretario de Justicia. Creo que fue la condescendencia de esa sonrisa, que solo ocultaba soberbia y desprecio, lo que en cierta forma acabó por sacarme de mis casillas. Y sin pensármelo, añadí, siendo consciente de que me alejaba definitivamente de los buenos propósitos con que había llegado a esa casa, y con un tono de voz en el que no palpitaba precisamente el agradecimiento—: Por curiosidad: ¿también ha sido usted quien ha evitado que mi nombre figurase entre las listas de depurados en el Colegio de abogados?

Del Prado compuso un gesto de incomprensión y alzó luego los hombros, mirando a Villamón.

—No sé de qué me habla.

—No, Eduardo —intervino este enseguida, después de un breve carraspeo incómodo—. Quien ha intervenido en tu favor en ese asunto ha sido León, tu colega, es vicesecretario del colegio. Te lo iba a comentar después. ¿Y por qué lo preguntabas?

—La cena está servida, don Jenaro, doña Luisa.

La llegada de Poncia, la criada, evitó mi respuesta. Sí observé que el padre de Marisa me miraba con gesto agrio y meneando imperceptiblemente la cabeza, con el mohín de quien mira al hijo pequeño de un conocido después de la gamberrada y se dice que el maldito crío es incorregible.

—¿Cómo va todo? —me preguntó Marisa en voz baja cuando se puso a mi lado y me tomó del brazo camino del comedor.

—No sabría decirte.

—Tú, resiste, Eduardo, amor mío. Todo terminará enseguida.

—Ya. Oye, ¿y tus hermanos? ¿No cenan con nosotros?

—No, papá no ha querido. Están estudiando.

—Ah, bien.

—La mujer de Alonso, la tal Úrsula, no ha parado de mirarte de reojo todo el rato. Ten cuidado con ella, es una lagarta.

—Creo que ves figuraciones.

—Tú hazme caso a mí.

—Ya he estado a punto de meter la pata hace un momento, me temo. Y acabo de llegar. No sé si esto ha sido una buena idea, Marisa. Aunque te prometo que haré todo lo posible por estar a tu altura durante la cena.

—Sé que lo harás, no me cabe ninguna duda.

El comedor, del tamaño más o menos de la mitad del salón, estaba presidido por una gran mesa de caoba de doce comensales preparada para diez, con vajilla de cristal fino y servilletas de hilo. Sobre la mesa colgaba una imponente araña de varios brazos que iluminaba toda la estancia. La madre de Marisa indicó a cada uno el lugar que le correspondía en la mesa, cuyas cabeceras ocupó el matrimonio anfitrión. Yo quedé entre Marisa y la esposa de Alonso, el abogado. Justo frente a mí se sentaba la mujer del ingeniero Montes, Úrsula, que conversaba entre risitas con el subsecretario de Justicia y no desaprovechaba ocasión para lanzarme miradas sugerentes y regalarme de vez en cuando con unas caídas de párpados que no pasaron desapercibidas para Marisa.

—¿No la ves? —me susurró, más divertida que molesta—. ¿Qué te dije? Es una lagartona que todavía se cree atractiva y no es más que un carcamal. Compadezco a su pobre marido.

—Pues yo no sé a quién compadecer —repuse, también entre susurros y sonriendo, intentando alejar de mí la irritación de los instantes precedentes—. Fíjate en el ingeniero, que no para de mirar a tu madre, y de qué manera.

—¡Eduardo! —rio, llevándose la mano a la boca para esconder la risa y la voz—. ¿Cómo se te ocurre?

Ni el racionamiento ni las escaseces habían llegado a la casa de los Villamón. La cena, que sirvieron Poncia y otra criada a quien no conocía y que era igual de poco agraciada que su compañera, fue… como esperaba: exquisita y refinada, con unos aperitivos de primera —canapés de salmón y queso, jamón serrano…—, un primer plato muy apropiado para la época y el frío

—una crema de verduras caliente con pollo— y un segundo plato de lenguado *à la meunière* que la verdad es que, comparado con los guisos aguados de mi madre, estaba para chuparse los dedos. Sentí un punto de contrición al pensar en ella e imaginármela cenando unas pocas zanahorias rancias. Pero hacía meses, ¡qué demonios meses, años!, que no disfrutaba de una comida como esa y la contrición se me fue enseguida. Si no tenía más remedio que estar allí cenando, iba a cenar de verdad. Pronto la conversación se centró en temas de actualidad: el hundimiento del crucero inglés *Exeter* cerca de Bahía Blanca, la reunión del Consejo Nacional Femenino de la Falange, que se reunía por esos días en Madrid —resultó que la tal Úrsula era un alto cargo de la Sección Femenina, ocupaba el puesto de asesora de María Ontiveros, regidora central del Servicio Exterior, según ella misma nos refirió—, la instrucción del Vaticano de que todos los países rompieran relaciones con los soviets, el temporal de lluvia que caía sobre la ciudad, los fastos que se estaban preparando para conmemorar el primer aniversario de la liberación de Cataluña, la prohibición de las fiestas de carnaval decretada ese mismo día y, cómo no, la guerra europea: el compromiso del rey Gustavo de Suecia de ayudar a Finlandia frente a los bolcheviques, las enormes bajas padecidas por el ejército ruso, la asunción del control de la industria bélica alemana por parte de Göring, el primer ataque de la Luftwaffe sobre Londres… Yo me limité sobre todo a escuchar, y creo que no metí la pata ni una sola vez durante la comida, y no me fue fácil, pues más de una vez, ante opiniones bien desquiciadas, bien frívolas, sobre la guerra que había asolado España y que ahora se extendía por Europa, estuve a punto de intervenir para contradecirlas, lo que sin duda me habría llevado a un puerto que no quería ni atisbar. Una vez más, supe contenerme.

Al término de la cena regresamos las cinco parejas al salón. Los hombres, a una esquina donde había un espacio compuesto por un sofá de cuero y dos butacones, al lado del mueble bar y junto a uno de los ventanales que daban a Claudio Coello; y las mujeres al sofá y las butacas del rincón opuesto. Con una copa de coñac en las manos, soportando el humo de los puros de tres de mis

contertulios, fingía que me interesaba en la conversación que el grupo mantenía, aunque la verdad era que me aburría soberanamente. Miraba disimuladamente el Omega cada dos por tres. En una ocasión, mientras pensaba en mis musarañas, sorprendí la mirada pétrea de Villamón, que parecía reprocharme mi apatía. Me excusé, dije que necesitaba ir al servicio y me levanté. Marisa enseguida vino a mi encuentro y me indicó dónde se encontraba el aseo.

—¿Cómo va todo? —me preguntó.

—Estoy a punto de morirme de aburrimiento. La última media hora o así la han pasado hablando del mercado del trigo y sobre no sé qué de unas acciones de la Unión Española de Explosivos. Creo que me voy a suicidar en el baño.

—Yo llevo casi el mismo tiempo —repuso Marisa con una risita— oyendo hablar del bautizo del cuarto hijo de los vizcondes de Perellós. Aguanta, que ya queda poco, y te prometo —añadió, pícara— que sabré recompensarte antes de que te vayas.

En el cuarto de baño vacié la vejiga, me lavé las manos, me enjuagué la cara y estuve un rato contemplándome en el espejo, preguntándome qué diablos se me había perdido allí oyendo parlotear de cosas que no me interesaban en absoluto a cuatro individuos que tampoco me interesaban ni tanto así mientras el mundo se derrumbaba a nuestro alrededor. Cuando, al rato, regresé al salón, advertí que la conversación de los hombres cesaba abruptamente con mi retorno. Supuse que Villamón le había estado relatando mis peripecias en Porlier y demás desgracias mías al ingeniero Montes, al tal Pepe. Durante unos segundos hubo un silencio embarazoso.

—Pues, como os decía —dijo al cabo el subsecretario de Justicia Leandro del Prado, haciendo el gesto de ajustarse las gafas en el puente de la nariz, que repetía incansablemente—, nada nos había preparado para lo que está sucediendo. La magnitud de la criminal revolución roja y las decenas de miles de individuos responsables de ella han creado situaciones que ni la legislación ni las instituciones existentes ni la mente preclara del Caudillo podían prever. Y, como os he explicado, estamos actuando para armonizar

los diferentes criterios basados en el más hondo espíritu patriótico. Nuevas leyes, decretos y medidas que darán solución a la situación creada.

—¿A qué se refiere usted en concreto, señor? —pregunté de pronto, por primera vez interesado en la conversación. Por lo que se veía, no habían estado hablando de mí—. Me he perdido algo, creo.

—Pues estaba explicando, cuando usted se ha ausentado para ir al servicio, y al hilo del comentario que, cuando hablábamos del mercado del trigo, el amigo Villamón hizo acerca de lo satisfecho que está con el trabajo del destacamento de prisioneros que trabaja su finca manchega, que…

—¿Quiere usted decir —lo interrumpí— que la finca del señor Villamón la trabajan presos de guerra?

—Claro. La suya y muchas otras. Lo mismo ocurre en muchas obras públicas, carreteras, puentes que estamos restaurando… Es necesario que también los presos rojos contribuyan a la reconstrucción del país. ¿Y qué mejor manera que con el sudor de sus frentes, por bolcheviques que sean? La tierra y el cemento no entienden de ideologías ni de si el sudor es rojo o azul, joven.

—Ya.

Miré a Jenaro Villamón, que me sostuvo la mirada, desafiante. Recordé de nuevo mis buenos propósitos y apreté los dientes.

—Pues lo que estaba explicando —continuó Del Prado— era que, a pesar de esos destacamentos de trabajos forzados, no damos abasto con las cárceles, que están hasta el límite de su capacidad si es que no lo sobrepasan ya, ni con los procesos judiciales, que tienen al cuerpo jurídico desbordado. Y que se están adoptando medidas dentro de la sensatez que nuestro Caudillo ha impuesto.

—¿Cuáles son esas medidas? —pregunté. «Contente, Eduardo (me dije). Haz caso a Goethe, que dejó escrito que en la contención está la sabiduría, o algo parecido. Sé tan gris y tan timorato como lo has sido siempre, no te vengas arriba ahora, precisamente ahora, hombre».

—Pues, por un lado, mañana mismo se anunciará en el

Boletín Oficial del Estado la convocatoria de concurso público para la provisión de mil plazas de oficiales de la Sección Técnica Auxiliar de Prisiones. Por otro lado, esta mañana el ministro del Ejército ha firmado una disposición anunciando la convocatoria de cuarenta plazas de tenientes auditores de tercera de la escala activa del Cuerpo Jurídico del Ejército, a la que podrán concurrir los oficiales provisionales, de complemento y asimilados de todas las Armas y Cuerpos del Ejército que hayan tomado parte en la guerra y que posean el título de doctor o licenciado en Derecho. Con ello pretendemos controlar la masificación de las cárceles y agilizar los procesos judiciales. Y finalmente, ya no se admitirán más denuncias anónimas, de forma tal que no se procederá a la -detención de nadie sin una denuncia o comparecencia escrita y ratificada ante la autoridad gubernativa o judicial. Como verá, no solo nos rige la cordura, sino también un alto sentido de la justicia. ¿No opina usted lo mismo?

Sabía que era el momento de una respuesta diplomática, un asentimiento fugaz y una sonrisa de inteligencia.

—Me parece muy bien lo de prohibir las denuncias anónimas. Pero, en cuanto al resto, lo que opino, señor —dije, en cambio—, es que no es el momento de más carceleros ni de más fiscales ni de más procesos, sino de dejar que las heridas cicatricen, de permitir que todos nos reconciliemos y que este país nuestro salga adelante con el esfuerzo de todos.

«¿Soy yo de verdad quien ha dicho esto? ¿Tanto me han cambiado en Porlier?».

Villamón, que en ese momento se llevaba a los labios su copa de coñac, a punto estuvo de atragantarse con el licor. Carraspeó para evitar el atoramiento y cerró los ojos, como rindiéndose ante mi insensatez, ante la tozudez de ese muchacho por el que, a pesar de sus consejos y admoniciones, su hija bebía los vientos. ¿Qué habrá visto una muchacha tan inteligente en este imbécil?, parecía decir su ademán.

—¿Piensa usted —me preguntó entonces Del Prado, frunciendo los párpados— que debemos dejar pasar las atrocidades que los rojos cometieron, los crímenes horribles que perpetraron?

—Lo que pienso, señor, es que la paz lo debe ser en toda su extensión y para todos, y no solo para algunos.

—Los muertos exigen venganza.

—Los muertos no exigen nada. Son otros quienes exigen en su nombre sin en verdad saber lo que esos muertos desearían. Los muertos solo duermen, y a quien duerme hay que dejarlo en silencio y en paz.

—Personas bienintencionadas como usted, joven, porque le supongo solo eso, bienintencionado, y no otra cosa, son las que posibilitaron, con su talante compasivo pero errado, que todo se precipitara.

—Lamento que piense eso.

—Y, además, está usted muy equivocado —argumentó el subsecretario, subiéndose de nuevo las gafas; había enojo en su voz —. Lo que este país necesita es rigor y disciplina, y no misericordia, que ya sabemos lo que pasa en España en cuanto los Gobiernos demuestran blandura. Recuerde usted sin ir más lejos cómo acabó el general Primo. Y olvidar lo que socialistas, comunistas y anarquistas perpetraron durante el terror rojo, o dejar pasar los ataques al espíritu nacional que a punto estuvieron de acabar con nuestra cultura y nuestra historia, sería demostrar una mansedumbre y una benignidad intolerables. Eso no serviría más que para animar a gentes de igual calaña, que todavía abundan entre nosotros, escondidas como comadrejas, a provocar nuevas revoluciones y nuevas intentonas bolcheviques. No confunda usted la bondad con la tolerancia irresponsable, no confunda usted la clemencia con cerrar los ojos ante la barbarie de los malhechores y los criminales. Y a eso, a ser tolerantes con lo malvado, no estamos dispuestos. Ni España puede permitírselo.

—Lo que España no se puede permitir, de verdad —repuse, sin darme tiempo a pensar en lo que estaba a punto de decir, pues de haberlo hecho, habría callado con toda certeza—, es más rencor, más odio, más venganza. El rigor, la mano dura, o como quiera llamarlo, se pudo comprender en las semanas posteriores al fin de la guerra, no se lo discuto, pero han transcurrido ya muchos meses desde que la guerra acabó. Vengándonos, solo conseguimos

ponernos a la altura de aquel a quien se castiga. Y obligar a la gente a vivir con miedo, miedo a ser encarcelado, a ser depurado, no es el mejor acicate para la convivencia. En cambio, perdonando, olvidando, construimos puentes para un futuro mejor.

—Bueno, ya está bien —intervino Villamón, exhibiendo las palmas de ambas manos, obsequioso, con una sonrisa en los labios, pero molesto, tajante, pálida la piel de la cara de puro esfuerzo por dominarse. No parecía dispuesto a consentir que la velada se le escapara de las manos—. No creo que discusiones como esta nos conduzcan a nada. Como antes decía Leandro, lo que España necesita es el trabajo de todos, dentro de un sistema de orden, de civismo y de legalidad. Y hablando de esfuerzos, Pepe —se dirigió al ingeniero Montes Garzón, el futuro presidente del Consejo de Industria—, ¿cómo va ese proyecto para la construcción de silos? Le decía el otro día a León que estaríamos muy interesados en participar en ese programa que nos parece sumamente necesario: hará posible la compra de trigo a los agricultores y su almacenamiento en locales ubicados en puntos estratégicos de las zonas productoras. En la empresa constructora que fundamos el año pasado, nosotros estaríamos muy dichosos de poder participar en ese programa, y…

Comprendí que los propósitos de Villamón con esa cena no eran, o no eran solamente, presentarme a sus amistades e introducirme poco a poco en su familia, como Marisa le habría rogado, sino que caminaban de la mano de sus ambiciones empresariales. Displicente, sin interés ninguno en esa conversación que me resultaba sórdida y codiciosa, me arrellané en el butacón, crucé las piernas, torcí el cuello sin disimulo y contemplé a Marisa, que atendía a lo que en esos instantes narraba la esposa del abogado Alonso con amplias gesticulaciones, algo sobre una boda reciente, según pude oír. La narración finalizó con una estruendosa carcajada de la oronda señora, que fue saludada con las risas y los palmoteos de sus oyentes. Marisa debió de apercibirse en ese - momento de que la estaba mirando, pues giró la cabeza y fijó la mirada en mí. Me hizo un guiño, frunció los labios como si me

besara y abrió luego los ojos en una muda pregunta. Encogí los hombros con disimulo y esbocé una sonrisa resignada. «Resisto», le quise decir con ese gesto. Centré luego la atención en mi copa de coñac y me dediqué a mecer el líquido aromoso y a observar cómo manchaba el cristal con olitas de color rojizo.

Al cabo, después de una charla interminable y tediosa, cuando ya era la medianoche pasada, el subsecretario Del Prado y el ingeniero Montes anunciaron que era hora de irse, pues al día siguiente los aguardaban importantes reuniones y actividades relacionadas con sus cargos.

Cuando el matrimonio Villamón regresó de despedir a sus invitados, me levanté y anuncié que también era hora de marcharme, que tenía trabajo mañana. Y era cierto: tenía que intentar recuperar mi bufete. O más bien, tenía el trabajo de buscar trabajo.

—Siéntate, Eduardo, por favor —me interrumpió Jenaro Villamón—. Hay algo que me gustaría hablar contigo. Serán solo unos minutos.

Y me hizo un gesto para que volviera a tomar asiento.

—De verdad, se lo agradezco, pero ha sido un día muy largo y…

—Solo unos minutos.

Miré a Marisa, que asintió, con una expresión de súplica. Tuve la certeza de que estaba al tanto de las intenciones de su padre. Fueran estas cuales fueran. Asentí.

—Está bien. Pero le hago ver que el último tranvía de Santo Domingo sale a la una y cinco. No me gustaría tener que volver a casa andando.

—No te preocupes. Lo cogerás. Y si no, te llevaremos.

Las tres parejas —los anfitriones, el abogado León Alonso y su esposa y Marisa y yo— tomamos asiento en el sofá y las butacas que antes habían ocupado las mujeres. Permanecimos en silencio mientras Poncia recogía nuestras copas y las llenaba de nuevo.

—Bien, Eduardo —comenzó Villamón, sentado en uno de los butacones frente a mí, ambas palmas de las manos unidas ahora ante el rostro, elegantemente cruzadas las piernas, levemente

alzados los perniles del pantalón para proteger la perfecta raya. Los ojos se le habían endurecido, si es que ello era posible; ahora eran puro pedernal—. No me voy a andar con circunloquios y voy a ir directamente al grano. No te voy a engañar. Durante los años que estuvimos en Burgos y cuando volvimos a Madrid, tenía grandes planes para mi hija. Creía que lo vuestro había quedado definitivamente atrás. Hay pocas como ella, en cuanto a hermosura e inteligencia, además de en cuanto a estatus, en esta ciudad y en este país, y estoy convencido de que habría conseguido el marido que se hubiese propuesto. —Contemplé de reojo a Marisa, que miraba a su padre ruborizada y con el gesto torcido—. Sin embargo, la obligación de los padres, en los días que vivimos, es respetar los deseos de sus hijos si no se les puede convencer de que deberían aspirar a metas más altas…

—Papá, por el amor de Dios.

—No me interrumpas, Marisa. —Se inclinó para asir su copa de coñac, dio un pequeño sorbo que saboreó largamente, volvió a dejarla sobre la mesa, a cruzar las piernas y a situar las palmas de sus manos ante el rostro, como si estuviese rezando, y continuó su discurso, clavados en mí sus ojos roqueños—. Como te decía, he de respetar los deseos de mi hija, aunque no sean los míos. No voy a entrar en determinados aspectos de lo que hoy has dicho ante mis invitados. Tampoco en consideraciones ni en opiniones personales: si Marisa ha optado por desoír mis consejos y te ha elegido, a mí solamente me resta bendecir su decisión y hacer todo lo que esté en mis manos para que no haya lugar al arrepentimiento, ni en ella por su decisión ni en mí por consentirla. Pero si bien no puedo interferir en sus deseos, sí me concierne todo lo que se refiera a su futuro, a su bienestar y a su felicidad. En base a ello te pregunto, y no quiero que divagues ni que te vayas por las ramas, sino que seas tan sincero como he sido yo: ¿cuáles son tus planes para ese futuro?

Estuve a punto de replicarle ariscamente, de decirle que estaba dando demasiadas cosas por supuestas, más de la cuenta posiblemente; que las decisiones se adoptaban conjuntamente y que a mí nadie me había preguntado nada acerca de ese futuro del

que había hablado. Pero miré de soslayo de nuevo a Marisa y observé que, junto al rubor, había una terrible ansiedad en ella, y supe que esa réplica podría dañarla. Y si algo no estaba en mis planes, era hacer daño a Marisa también hoy. Marisa, que era casi lo único bueno que me quedaba en la vida. «A ver si te enteras de una maldita vez, Peña», me dije.

—¿A qué se refiere? —fue lo que pregunté, aunque creía saber perfectamente de lo que hablaba Villamón.

—Voy a dejar al margen por ahora tus disparatadas ideas sobre la compasión, la reconciliación y todas esas pamplinas que tan alegremente has dicho antes. —Apagó con cierta violencia la colilla de su puro en el cenicero—. Que sepas que has estado a punto de colmar la paciencia de una persona tan serena y tan relevante como el subsecretario de Justicia. A lo que me refiero es a lo económico, a lo laboral, por supuesto. A tus planes de trabajo, tus proyectos en la abogacía, tus previsiones de ingresos. A todo eso. Saber si podrás hacer feliz a mi hija y darle la vida que merece. Y a la que está acostumbrada.

—¿No cree usted que eso es cosa de su hija y mía?

—¿Y no crees tú que es derecho de un padre saber lo que a su hija le aguarda?

Aparté la mirada de él, queriendo ganar tiempo, y me topé con la de Marisa, que me observaba descompuesta. Su madre me miraba con ojos alertas; si me hubiesen preguntado, no habría sabido decir qué respuesta esperaba de mí, o cuál deseaba. Observé luego al abogado Alonso, que me contemplaba entre interesado y divertido. Villamón aprovechó la pausa para levantarse de su butaca, se acercó al mueble bar, sacó un puro de la purera, cortó su cabeza con un cortapuros de plata y lo encendió con parsimonia. Regresó entre una nube de humo azul.

—Así que dime.

—Tengo mi bufete, soy abogado. Reconozco que no está en su mejor momento, pero sabré salir adelante.

—¿Eso qué significa?

—Pues eso, que no tiene por qué preocuparse.

—¿Tienes clientes? ¿Pleitos?

—En ello estoy.

—Esa no es respuesta.

—Mire usted, Jenaro, hace meses que no puedo ejercer la abogacía por las razones que usted perfectamente conoce. Pero eso ya quedó atrás, sabré recuperar mis clientes y empezar de nuevo.

—¿Qué edad tienes?

—Treinta y dos cumpliré en febrero.

—Un año para la edad de Cristo —dijo impertinentemente Alonso, que recibió una mirada fulminante de Villamón.

—¿Crees que tienes edad para empezar desde cero en tu oficio? —me preguntó sarcásticamente este—. ¿De verdad lo piensas?

—¿Por qué no? He escrito a mis antiguos clientes, ellos saben cómo trabajo, que soy serio y honrado, que llevo bien los asuntos y que cumplo. Alguno volverá, y después de esos vendrán más. Además, es lo que sé hacer.

—Estupideces.

—No creo que tenga usted derecho, por muy padre de Marisa que sea, a hablar de esa…

—Mira, hijo —me interrumpió Villamón—, lo que yo quiero es lo mejor para ti, porque eso será lo mejor para mi hija. Así que escucha lo que tengo que proponerte. —Hizo otra pausa. Nuevo sorbo a la copa de coñac, nueva chupada al puro, que se había apagado; sacó un mechero del bolsillo de su chaqueta y lo encendió. Exhaló el humo despacio—. Aunque mejor, León, explícaselo tú.

El abogado Alonso descruzó las piernas en el sofá donde había estado arrellanado, adelantó el cuerpo y apoyó los antebrazos en las rodillas.

—Verá usted, Peña —comenzó el letrado con su voz engolada —. Aquí el señor Villamón, además de gestionar sus fincas en Ciudad Real y Jaén, tiene otros muchos negocios. En Burgos, a los pocos meses de su llegada, y con gran visión empresarial, dicho sea de paso, creó una industria de confección de uniformes militares que hoy en día suministra sus artículos a las tres Armas. Además, es dueño de otra empresa que distribuye a cuarteles y prisiones

todo tipo de productos, desde alimentos a artículos de limpieza y demás. Como antes ha podido oír, el año pasado fundó una constructora que está participando de forma muy principal en los programas que el Caudillo ha impulsado para la reconstrucción de barrios y barriadas asolados por la guerra en Madrid y en toda España y, en cuanto se ponga en marcha el proyecto de la red nacional de silos, ahí estaremos nosotros, dispuestos a llevarnos la parte que nos corresponda. Y le puedo asegurar que estamos bien situados, como ha podido comprobar hoy. Todas estas industrias y empresas exigen una total dedicación y generan una gran cantidad de burocracia, requisitos, papeleo, compras de semillas, ventas de los productos, contratos con militares y prisiones, revisarlos, prepararlos, gestionarlos, seguirlos… Una continua atención legal, sin duda. Y en el departamento jurídico del conglomerado solo estamos yo, mi hijo, otros dos abogados y un par de jóvenes pasantes, que trabajan a caballo entre Burgos y Madrid. Necesitamos ayuda, nuevos empleados con formación jurídica.

Abrió las manos y meneó la cabeza, dando a entender que ya había dicho todo cuanto tenía que decir.

—¿Qué me dices? —interrogó Villamón.

—Qué le digo, ¿sobre qué?

—Sobre lo que acabas de oír.

—¿He de entender que me está ofreciendo un empleo en sus empresas?

—Ni más ni menos. En lo tuyo, por supuesto, como abogado. Y con una remuneración que ni en tus mejores sueños habrías imaginado. Setenta y cinco pesetas diarias. Y eso solo para empezar. Y, por supuesto, con todos los derechos económicos y sociales que el Generalísimo ha puesto en marcha con su Fuero del Trabajo.

Sentí que todas las miradas se concentraban en mí. La de Marisa estaba rebosante de ilusión, de expectativas. Vi una sonrisa en el rostro de su madre, y ahora sí supe ver que esperaba de mí un sí y un agradecimiento gozosos. No era eso, sin embargo, lo que yo sentía. Lo que latía en mí era un sentimiento irreflexivo de rechazo, de suspicacia. Como si me negara a que me organizaran la

vida. Era verdad, el sueldo que se me proponía era de fábula, más de dos mil pesetas al mes, más que suficiente para olvidarme para siempre de los problemas económicos. El trabajo que se me ofrecía era algo para lo que estaba preparado: contratos, asesoría mercantil… De todos modos, solo imaginarme trabajando para Jenaro Villamón hacía que se me secara la boca y que el desánimo palpitara en mí como una vena hinchada. Trabajar para alguien que sabes que en el fondo te desprecia y que únicamente lo hace por su hija… Y no solo eso. No me veía a mí mismo contratando la mísera ración que daban a los presos. No me veía a mí mismo organizando a batallones de prisioneros para que se partieran los lomos en las fincas de Villamón. No me veía a mí mismo adulando a políticos sin escrúpulos que se vendían al mejor postor. No me veía trabajando y conviviendo día a día y codo con codo con ese individuo altivo, soberbio. Sabía que, por mucha voluntad que pusiese, por mucho esfuerzo que hiciera, me iba a ser imposible convivir con ese hombre. Una cosa era plegarme a lo que fuera menester por tal de tener contenta a Marisa —tratarlo con respeto, asistir a cenas como esta…—, pero ¿trabajar para él?, ¿ser una rueda más de sus engranajes?, ¿pasar toda la vida a su lado? Eso solo nos iba a llevar al desastre. A una ruptura traumática que iba a llevarse por delante lo que quisiera que tuviese con Marisa, que ni de eso estaba seguro en esos instantes.

—¿Qué dices, Eduardo? —me preguntó ella, con un brillo de ilusión en los ojos y, al mismo tiempo, comida por la incertidumbre.

—No lo sé, la verdad.

—¿Qué es lo que no sabes? —inquirió Villamón, sorprendido, o más bien molesto, sujetando un arrebato—. Oferta mejor que esta no la vas a tener en tu puñetera vida.

—Papá…

—Necesito pensarlo, lo siento. Es un paso importante —me excusé—, supondría cerrar mi bufete, renunciar a otro proyecto con un colega a quien ya le he dado mi palabra. Déjeme que lo piense.

—Vaya, cerrar un bufete que no existe… —se burló Villamón.

—¿Quién es ese colega de quien hablas? —preguntó el abogado Alonso—. Tal vez podríamos…

—Eduardo —intervino por vez primera Luisa Álvarez-Cuevas, la madre de Marisa, interrumpiendo a León Alonso, conciliadora—, es una oferta muy generosa. Y no solo eso. Supondría convertirte desde ya en un miembro de nuestra familia y garantizar a Marisa un futuro adecuado. Hay trenes en la vida que no podemos dejar pasar.

—Necesito tiempo, discúlpenme.

—Pero…

—Lo siento, de verdad. Siento no poder darles una respuesta ahora mismo.

Me puse en pie. Quería marcharme de allí antes de que las presiones se me hicieran insoportables y antes de que, como tantas veces había hecho, cediera, capitulara.

—He de irme. El tranvía tampoco espera —dije.

—Tienes una semana para responderme —me apremió Villamón, levantándose a su vez—. Necesito atender mis negocios de la forma más adecuada posible. Y si no eres tú, será otro.

Asentí, dándome por enterado.

—Buenas noches. Y gracias por la cena. Hacía mucho que no comía tan bien.

Me despedí con una simple inclinación de cabeza, salí al pasillo, acompañado por Marisa, recibí mi gabardina y mi sombrero de manos de Poncia, recogí mi paraguas, me dispuse a marcharme.

—Te acompaño abajo, Eduardo —me dijo Marisa. No había enfado en ella, pero no podía evitar que un timbre de decepción le empañara la voz.

Bajamos en silencio en el ascensor. En la cabina, me cogió la mano y me la apretó.

Ya en el vestíbulo del edificio, me abrazó y me besó.

—Te querré, decidas lo que decidas —me aseguró. Y supe que lo decía de veras, y la admiré por ello. Una vez más me dije que no la merecía.

Salí a la noche, azotada por un frío esquimal. La lluvia se

había convertido en una cortina de copos blancos y redondos.

Nevaba en Madrid.

20

«Nos tenemos el uno al otro, Marisa»

La vida se deslizaba a mi alrededor completamente ajena a mis apuros, como si no ocurriera nada. El ministro de Exteriores, coronel Beigbeder, firmó un tratado de comercio con Bulgaria. A cincuenta familias madrileñas necesitadas se les entregaron las papeletas de propiedad provisional de sus nuevos hogares en la barriada de Comillas. Se prohibió el uso de insignias y uniforme al personal de la Marina de guerra desmovilizado. A pesar de la propaganda oficial, la tuberculosis seguía haciendo estragos y las calles estaban llenas de mendigos y niños famélicos. Y de ciegos vendiendo cupones de la ONCE, recién creada. Las colas en las tiendas y las pescaderías eran kilométricas. En medio de la sensación de provisionalidad, de fragilidad, de la vida de la mayor parte de los madrileños, el Ayuntamiento de Madrid publicó un bando regulando la circulación de vehículos y peatones. El juzgado gubernativo, que funcionaba en el Banco de España, anunció una segunda exposición de alhajas y objetos recuperados, para que sus legítimos propietarios a quienes los rojos habían despojado presentaran sus solicitudes de reivindicación.

La vida, que continuaba su discurrir impasible, ajena a todo.

El domingo acompañé a Marisa a misa en los dominicos. Ella me lo había pedido y yo había aceptado. Ni necesitaba la misa ni me molestaba acudir, así que no me costó trabajo complacerla. El miércoles asistimos a la fiesta de San Antón en la calle de Hortaleza, junto al colegio de los padres escolapios, recuperada después de muchos años sin celebrarse, y paseamos entre

caballerías y puestos de bebidas calientes y comida. No eran las fiestas de antaño, aquellas cuajadas de bulliciosa alegría, hilvanadas con mantones de Manila, con jinetes jacarandosos y manolas en los balcones; y no lo eran porque los recuerdos de la guerra aún estaban muy vívidos y porque en las calles olía a gasolina y no a las bestias de carga, de tiro y de montura que antes caracterizaban los festejos en honor del santo Antón. Pero lo pasamos bien a pesar de todo, presenciando la bendición de los panes, el desfile de las fuerzas montadas del grupo de Exploración número 1 en traje de gala, del Regimiento de Caballería, y picoteamos de la comida que se preparó al mediodía en el colegio. Un paréntesis en la frase larguísima de la tensión diaria. Fuimos a una librería, y allí recordamos cómo nos conocimos y allí Marisa compró la novela *El frente de los suspiros*, de Jaime de Salas, de la que todo el mundo hablaba maravillas. Y que, por supuesto, al contrario que muchas otras, había pasado sin problemas la censura, pues los libreros, desde la orden de 20 de mayo del Servicio Nacional de Propaganda del Ministerio de Gobernación, solo podían vender los productos de aquellos editores que tuvieran hoja de autorización. Asistimos otro día a la modesta inauguración —una copita de vino español y unas patatas fritas— de la nueva embajada del Perú, la que había acogido a la familia Villamón al principio de la guerra, que había trasladado su cancillería a la calle Monte Esquinza. Allí, Jenaro Villamón, con una mirada acerada desde la distancia, me interrogó sin palabras sobre mi decisión y sin palabras le dije que seguía meditándola. Nos vimos cada tarde de esa semana, paseábamos, contemplábamos la ciudad invernal, ahora bajo un sol pálido y frío. Ni una sola vez me preguntó Marisa qué iba a responder a la oferta de trabajo de su padre, ni siquiera me insinuó su conveniencia, sabía que no debía presionarme, por más que también supiera de mi necesidad, de los apuros económicos que estaba atravesando. No hacía falta que yo se los confesara. Los almuerzos en la calle, las cenas en cafés o restaurantes, el simple hecho de ir al cine o al teatro —echaban entonces en el Alkazar *La dama de las camelias*, con Greta Garbo y Robert Taylor, un film que Marisa estaba deseando ver— eran

placeres prohibitivos, pues ni yo tenía con qué pagarlos ni estaba dispuesto a consentir que los costeara ella.

Dejando a un lado esas horas que pasaba con Marisa, que eran plácidas, apacibles, distraídas, más o menos alegres, esquivando ambos las discusiones y los desencuentros, y aunque existía entre nosotros una tensión soterrada cuyos motivos ninguno de los dos se decidía a abordar, el resto de mi tiempo era un puro fracaso.

* * *

Durante esa semana visitaron el bufete cuatro antiguos clientes. Cuando José Parera, el portero, me anunció la primera visita, un repeluco de júbilo me erizó la piel. ¡Un cliente que regresaba! ¡Mis ruegos habían sido escuchados! ¡Podía lograrlo, podía ser posible! ¡No era un disparate pensar que podría recuperar mi despacho, mi profesión de abogado liberal, mis pleitos, mi clientela! ¡Mi libertad! ¡Mi independencia! ¡Lo importante era el primero, después vendrían los demás!

Fue el lunes 15 de enero cuando apareció esa primera visita por el despacho. A media mañana. Era un hombre llamado Rodolfo Piñero, un poco bizco, más bien alto, bien alimentado, trabajaba de encargado en una zapatería de la calle Goya, impaciente, de malas pulgas, lo recordaba perfectamente. Le había tramitado su divorcio a finales del treinta y seis, fue un procedimiento contencioso en el que las partes no pudimos alcanzar acuerdo; un asunto espinoso, con duros enfrentamientos procesales, donde cada uno de los cónyuges discutió como un diputado por cada bien que poseían en común, por el último de los céntimos, que tampoco eran muchos, por la custodia de los hijos, por los alimentos, por todo. Recordaba perfectamente la sentencia, en la que Piñero no salió del todo malparado, pues, aunque se le otorgaba a su esposa el uso de la vivienda y la custodia de los cuatro hijos del matrimonio, le fueron fijados un régimen de visitas generoso y unos alimentos asequibles, de poco más de ciento cincuenta pesetas al mes, ciento cincuenta y ocho con doce, creía recordar —aún conservaba mi buena memoria —, lo que equivalía a un poquito menos de la mitad de su salario.

Cuando el hombre entró en el bufete, lo primero que pensé fue que estaba más delgado y que venía enfadado como un toro ante el banderillero. Y que por qué sería. Mi alegría se me diluyó entonces un punto.

—Rodolfo, buenos días. Qué gusto verle. Pase, pase, y tome asiento. Está usted en su casa.

—Gracias. —Pero había en su voz un timbre de ofuscación, de rencor, de encono. Y urgencias. «Pues sí que viene cabreado el buen hombre», pensé. Y añadí para mi coleto, algo ingenuo, que mejor así, pues cuanto más grande el problema, más grandes los honorarios.

—¿Cómo le va todo?

—¿Cómo quiere que me vaya? Pero no tengo tiempo que perder, abogado —contestó Piñero, aún de pie.

—Hace usted muy bien. El tiempo es bien escaso. Pues usted dirá. Pero, por favor, insisto, tome asiento.

—No es necesario. Solo vengo a por el procedimiento.

—¿El procedimiento?

—Sí. El de divorcio. El que usted me llevó en el treinta y seis. Me lo ha pedido mi abogado para ver qué solución puede darle al problema. Aunque no sé cómo coño lo va a hacer, pues desde el año pasado ya no hay divorcio en este maldito país.

—¿Su abogado? ¿El problema? —Estaba estupefacto—. Creo que no le entiendo.

—¿Que no me entiende? Pero ¿en qué mundo vive usted?

Ahora era yo quien estaba comenzando a enfadarse. Me contuve, no obstante. De esa visita, me dije, y de cómo fuese, podían depender muchas cosas.

—Será mejor que se siente, Rodolfo. —El hombre lo hizo. A desgana—. Y ahora, cuénteme usted.

—Pues ¿qué quiere que le cuente? Esa dichosa ley que al parecer salió el miércoles pasado y que, según dice don Francisco, lo ha puesto todo bocarriba. Que lo que antes era firme y juzgado ya no lo es. O algo así.

—¿Ley? ¿Don Francisco? ¿De quién me habla?

—¡De mi abogado!

—¡Pero su abogado soy yo!

—¡Quia! ¡Que va a ser usted mi abogado! Mi abogado es don Francisco de Santiago. A usted vine a verle al menos seis veces hace ya algún tiempo, cuando la perra de mi mujer no me dejaba ver a la niña chica, y usted no estaba ni a la de tres, a saber por dónde andaba, nadie sabía dar razón de su paradero. Y entonces busqué a don Francisco de Santiago, que me lo solucionó todo en un periquete. Y lo que quiero son mis papeles. El procedimiento. ¡Todo!

Yo no entendía nada. Solo que mis ilusiones de rehacer mi despacho con ese primer cliente que regresaba se difuminaban como el algodón dulce en la saliva.

—Bueno, vamos a empezar desde el principio —propuse, intentando calmarme—. Dígame. ¿Por qué necesita su procedimiento completo? ¿De qué ley me habla?

—¿Y que me lo pregunte usted, que es abogado? Pues como le he dicho. Una ley que… estos… estos… —Rodolfo Piñero bizqueó y se interrumpió enseguida. A saber cómo respiraba ese abogaducho de tres al cuarto, debió de pensar. En estos tiempos no era conveniente ni apropiado para la salud y la libertad hablar mal de quienes tenían los poderes delante de según quién—. Quiero decir… que los señores del Gobierno han sacado una ley, el miércoles pasado creo, o eso me ha dicho mi abogado, don Francisco de Santiago, ya le he dicho su nombre, ¿verdad?, ¿lo conoce usted?, es bueno, ¿eh?, por la cual dicen más o menos que las sentencias dictadas durante la guerra ahora no valen un pimiento. Algo como que anulan todas las sentencias que se dictaron durante la guerra en Madrid y en todos los sitios gobernados por los republicanos. ¡Eso es lo que pasa! Y que parece ser que por tanto no estoy divorciado y que sigo casado con la lagarta de mi mujer. O algo parecido. ¿Le parece a usted poco problema, amigo?

Los otros antiguos tres clientes que en esa semana de enero llegaron al despacho lo hicieron por el mismo motivo. Únicamente pretendían recuperar sus papeles para que sus nuevos abogados los examinaran y vieran cómo les afectaba esa ley de la que yo no

había oído hablar desde que, al parecer, el miércoles día 10 de enero fue promulgada. Y es que, acuciado por mi ruina, ya no compraba la prensa, para ahorrarme los céntimos que costaba el periódico, y en Radio Nacional de España no habían dicho ni pío de esa disposición. O, al menos, yo no la había escuchado. Aunque la verdad era que atendía poco a la radio en aquellos días, harto de la propaganda que emitía y de las noticias azucaradas que no casaban con la realidad en la que la mayoría de los madrileños habitábamos.

Fui a la biblioteca y me sumergí en el BOE del miércoles 10 de ese mes de enero de 1940. Me costó dar con la dichosa ley, pero, en efecto, allí estaba. Escondida entre un maremágnum de leyes, decretos y órdenes (los presupuestos de los territorios españoles de Guinea, concesiones de medallas y de derechos pasivos, nombramientos de registradores, notarios, jueces, secretarios y fiscales de Audiencia, normas sobre importación de automóviles, ¡hasta el cese de un vigía de semáforos figuraba en el boletín!), en la página 216. Era un decreto de 30 de diciembre de 1939, que se publicaba más de diez días después, en el que se prescribía la invalidez de las actuaciones practicadas por funcionarios de justicia extraños al Movimiento Nacional durante la guerra. En su artículo primero se establecía que: «Se priva a todas las resoluciones de cualquiera clase que sean, en los órdenes civil, contencioso administrativo y penal, dictadas por funcionarios extraños al Movimiento Nacional, y a partir del 18 de julio de 1936, del carácter de firmes y, en su consecuencia, no producirán los efectos de la cosa juzgada ni la excepción que la protege». Y en su artículo segundo se determinaba que todas las sentencias firmes serían además susceptibles de recurso. Lo cual venía a suponer para Rodolfo Piñero que su esposa, o la perra de su mujer como él la llamaba, podía demandar la nulidad de la sentencia de divorcio. Y que, como ya no existía divorcio en España, iba a seguir casado con ella *in saecula saeculorum*. Todo lo cual, en último término, venía a suponer en la práctica cargarse de un plumazo el principio de seguridad jurídica, uno de los pilares del derecho que me habían enseñado en la facultad.

Abrumado, descorazonado, abandoné la biblioteca. Cabizbajo, vagabundeé por Madrid, preguntándome si me merecía la pena luchar por el bufete, sumergirme en un mundo jurídico que ya me era extraño. Cuando un rato después llegué a la calle del Arenal, seguía sin respuestas para esa pregunta.

* * *

Compré la *Hoja del Lunes* en el quiosco de la Puerta del Sol. Saludé alicaído a Adolfo, el quiosquero, y seguí el camino hojeando la prensa. Era consciente de que, por mucho que fuera en esos instantes mi desánimo con la justicia, tenía que estar al día de las novedades legislativas que tan profusamente se estaban produciendo en el país. Y si tenía que invertir algunos céntimos al día —quince venía a costar el periódico—, tendría que buscar de dónde sacarlos.

El almuerzo de aquel día fue tan taciturno como el de los anteriores. Unos garbanzos apenas despabilados con la grasa de un pequeño hueso de jamón y una conversación apagada.

—Esta mañana he escrito a tu tío —me comentó mi madre en los postres; había compunción en su voz—. Debería haberlo hecho mucho antes, pero no me decidía. He buscado sus señas y las he encontrado en una vieja postal.

—¿Al tío Juan de Dios?

—Sí. Le pregunto si ha tenido noticias de su hermano, tu padre. —Bajó los ojos—. No me riñas. Tenía que hacerlo. Sigue teniendo obligaciones para conmigo. Y para contigo también.

—A mí no me metas en eso, te lo ruego. Ya sabes cómo pienso. No quiero nada de él.

—¿Ni siquiera saber qué le ha podido ocurrir?

—No —aseguré, aunque no era verdad. Aún seguía preguntándome qué le había podido ocurrir a mi padre, el porqué del cese de sus giros, la razón de su nuevo abandono. Pero jamás iba a reconocérselo. No quería nada de él. Y fue entonces cuando me apercibí de que posiblemente, en ese momento de mi vida y para el sustento de mi madre y el mío propio, solo tenía dos

alternativas: mi padre o Jenaro Villamón, mi futuro suegro. Y no habría sabido decir cuál de ellas me resultaba peor.

Ambos nos contemplamos, unidas nuestras miradas por un hilo débil e invisible. Y ambos sabíamos que yo no decía la verdad. Tanto el odio como el amor exigen saber de la persona amada u odiada. Solo la indiferencia no lo exige. Y si algo no sentía por mi padre, era indiferencia.

Luego, en mi cuarto, hice lo que llevaba días demorando como quien retrasaba una operación quirúrgica: contar mis ahorros. Le había entregado veinte pesetas a mi madre el día en que me confesó que ya no le quedaba dinero, que había empeñado todo cuanto había podido y que ya no le restaba qué empeñar, para que pudiera ir a las tiendas, a la carnicería, a la panadería, a hacer la cola del racionamiento. Pero guardé el resto sin contar monedas y billetes. Ahora lo hice. Me quedaban ochenta y seis pesetas con cuarenta y dos céntimos. Además de unas pocas monedas republicanas que, aun sabiendo que su tenencia era delito —y castigado hasta con pena de muerte—, todos en Madrid manejaban porque solían ser aceptadas por los cobradores del tranvía con la aquiescencia de sus jefes y del Gobierno de Franco dada la escasez de moneda fragmentaria nacional.

Ochenta y seis pesetas con cuarenta y dos céntimos.

Ochenta y seis pesetas con cuarenta y dos céntimos para afrontar el resto de mi vida.

Lo que ganaría en poco más de un día si aceptaba el ofrecimiento del padre de Marisa.

Fue entonces cuando tuve la certeza de que no lo iba a aceptar.

* * *

—No voy a aceptar la oferta de trabajo de tu padre, Marisa.

Ella no dijo nada. Me miró largamente. Me soltó luego de la mano. Desvió la mirada y parpadeó una vez y otra, intentando sujetar las lágrimas. Paseábamos por el Parterre, por el Buen Retiro, rodeados de tanta gente que disfrutaba del sol tibio, como

andaluz, de ese mediodía de invierno. En sus ojos había un grito mudo: parecían decirme que aquel era sitio para besos y para caricias, y no para afirmaciones como esa, que podrían arruinar su futuro, nuestro futuro. Pero no dijo nada. Guardó un silencio dolorido. Yo, observándola de reojo, tuve entonces el convencimiento de que ella ya sabía que esa iba a ser mi respuesta, que la había intuido, aunque en el fondo mantenía un frágil rescoldo de esperanza de equivocarse. Pero también supe que el darse cuenta de que no se había equivocado en esa intuición suya no iba a evitar que mi decisión le supusiera un duro golpe.

—Vale. ¿Puedo saber por qué? —preguntó, después de unos segundos larguísimos.

«¿Puedo saber por qué?».

Esa era la pregunta.

«Ojalá yo supiera la respuesta, Marisa».

Porque, en efecto, esa misma era la pregunta que yo me había estado haciendo desde que alcancé la decisión de rechazar el ofrecimiento.

¿Por qué?

Y antes de esa, otra: ¿y por qué no aceptarlo?

Para responderme, o para intentar responderme, a esas cuestiones antagónicas solo se me venían a la cabeza proposiciones tan contundentes como incompatibles.

«Mucha gente trabaja y vive con un jefe odioso, y no le pasa nada, sigue viviendo más allá de las nueve o diez horas laborables diarias, hay vida más allá de un trabajo que se odia…».

«Pero ¿qué vida sería esa, de sometimiento continuo, de morderme la lengua cada día, de impostura?».

«Sí, vale, pero son setenta y pico de pesetas al día, más de dos mil pesetas al mes, algo así como veinticuatro mil pesetas al año, yo qué sé, una barbaridad, una fortuna, cuando un funcionario gana tres mil pesetas anuales…».

«Bien, lo que tú quieras, pero ver cada día a Jenaro Villamón, ser testigo de su jactancia, de su soberbia, compartir sus compadreos, ser cómplice de sus prevaricaciones, de sus cohechos, escatimar en la comida de los presos, ¿era algo que estaba

pagado?».

«Pero ten en cuenta que es el padre de Marisa, y que a ella le encantaría veros trabajar juntos. Y sentirse segura también, porque ¿acaso no es lógico que se asocie la seguridad con el dinero?».

«De acuerdo. Pero valora, no obstante, lo que te supone todo esto de renuncia: ya no serás abogado, serás un simple asalariado, ya no vivirás la magnífica, hermosa, incomparable incertidumbre del tiempo que media entre tu última palabra y la sentencia del juez…».

«Sí, sí. Lo que tú quieras. Todo eso es muy bonito, pero ¿no es bonito saber que cada fin de semana o de mes te va a llegar al banco una transferencia con la que vas a poder hacer frente a todas tus necesidades? ¡Y a las de tu madre, y que le den por saco a tu padre y sus giros mensuales interrumpidos, a saber Dios por qué!…».

«Llevas razón. De acuerdo. Pero después de la segunda o tercera transferencia, ¿no vas a sentir que es un precio demasiado barato por tu libertad?».

Un puro caos, mi cabeza.

En el fondo, sabía que, por debajo de todo aquello, había algo más: una necesidad de manifestar mi desacuerdo con todo lo que estábamos viviendo, el deseo de no resignarme, no sé… Inconformismo quizá, rebeldía, la que nunca había tenido.

Decidí cesar en esas disquisiciones. Sabía que no hay mayor rebeldía que buscar la felicidad, pero también era consciente de que la rebeldía sin razones era una actitud de imbéciles.

Al final, fue una sensación primigenia lo que me movió. Una sensación tan sensata y racional como telúrica y visceral. Porque también lo primitivo puede ser a la vez ambas cosas. Fue la sensación de humillación. De degradación, de agravio. El saber que lo que se me daba no se me daba por mí, por mi valía, por mis méritos, sino por estar al lado de quien estaba. No por ser Eduardo Peña Velázquez, sino por ser el novio de Marisa. Y eso tal vez lo podía haber aceptado el Eduardo Peña de antes de la guerra, el Eduardo Peña que no había querido involucrarse en la detención de Ventura León, en la congoja de su mujer Lola. El Eduardo Peña

que no había querido vislumbrar el brillo de decepción en los ojos de su madre cuando esquivó los requerimientos de esa mujer que daba el pecho a su hija. Ese Eduardo podía haber resistido a la humillación y a la vergüenza. Ese sí. Pero no el Eduardo que ahora, por primera vez, sentía la imperiosa necesidad de convertirse en alguien distinto. El Eduardo que estaba dispuesto a superar todos sus miedos ancestrales, ese desasosiego vital que hundía sus raíces profundas en la ausencia de su padre. El que, en cierta forma, aunque no fuese un acto especialmente heroico, había logrado dejar atrás sus prevenciones y husmear en cuartelillos y juzgados preguntando por el paradero de Ventura León. El Eduardo que había dado la cara por ese hombre de bien que nunca había hecho daño a nadie. El Eduardo que por ese portillo inopinado había escapado de la burbuja en la que vivía enclaustrado y ajeno a la realidad del mundo, espectador y no actor. El Eduardo de Porlier. Ese Eduardo, no.

—No puedo, Marisa, de verdad —le dije, mientras ella me contemplaba con incomprensión—. No me preguntes por qué, porque sería incapaz de explicártelo. —O tal vez, me dije, porque la explicación podría dañarte aún más que la simple negativa—. Pero no puedo aceptarlo. Quiero salir adelante por mí mismo. Quiero cambiar. Quiero que estés orgullosa de mí. Quiero crecer, ¿lo entiendes? Dejar de ser el hombre indiferente que fui, dejar de permitir que sea la vida la que me lleve por donde quiera. Quiero ser el conductor de mi propia vida. No puedo aceptar la oferta de tu padre, lo siento de veras. Estoy seguro de que, de hacerlo, sería peor para los dos, acabaría con lo que tenemos.

—¿Y qué tenemos, Eduardo?

—Nos tenemos el uno al otro, Marisa.

Qué trivial me sonó esa afirmación. Qué insignificante. Y qué superficial. Por más que puse en cada palabra toda la fuerza para que sonara a verdad. Porque quería que sonara a verdad. Porque quería que fuera verdad.

Marisa me miró, negó levísimamente con la cabeza, su pelo rubio nimbó con una luz clara la penumbra del café junto al Retiro en el que ahora nos hallábamos, y chasqueó los labios con una

lástima oscura y profunda.

—Pero si no eres capaz de hacer esto por mí —dijo, con la voz tristísima—, si no eres capaz de aceptar lo que mi padre te ofrece, a pesar de que tú y yo sabemos que es lo mejor para ti, que no tienes otra alternativa, si no eres capaz de huir del orgullo…, si no eres capaz de eso, Eduardo, yo debería preguntarme si de verdad te importo algo.

Sentí un cansancio infinito. Experimenté deseos de gritar: «¡Ya me has obligado a pronunciarme sobre algo, ese maldito trabajo que se me brinda, y sé que mi negativa puede trastocar mi vida aún más de lo que ya lo está, marcarla a fuego como a un becerro! ¡No me pidas más ahora, Marisa! ¡No me exijas más decisiones! ¿No ves que me estoy desmoronando? ¿Que la vida se me está resquebrajando como la cáscara de un huevo?». Pero también sabía que nada de lo que estaba ocurriendo era culpa de esa muchacha joven y hermosa que me miraba con tanto amor como incomprensión.

—No puedo aceptarlo —insistí—. Sé que tú y yo nos arrepentiríamos si lo hiciera. Créeme, de verdad. Confía en mí, Marisa. Y créeme también si te digo que te quiero.

Fue esa misma tarde del viernes, justo cuando se cumplía el plazo de una semana que me había concedido, cuando fui a ver a sus oficinas en Príncipe de Vergara a Jenaro Villamón. Apenas sin prolegómenos, le puse encima de la mesa la negativa a su oferta e intenté dulcificarla con pretextos que se me antojaron tan fútiles como insultantes para él.

—Se lo agradezco en el alma, Jenaro. Pero no voy a aceptar su oferta. Sé que es extremadamente generosa y que me solucionaría la vida, que nos solucionaría la vida, a su hija y a mí. Pero no puedo aceptarla. Quiero seguir adelante en el ejercicio de la abogacía tal como mi abuelo me enseñó. Quiero intentar recuperar el bufete familiar, sé que podré hacerlo, y sé que podré darle una vida digna a Marisa, la que ella se merece, ni más ni menos.

Y no recuerdo qué más vanas excusas le dije.

—Sabía que eras estúpido, Peña —me espetó después de una

breve pausa tras mis argumentos—. Un mindundi. Lo que no sabía es que además eras un inconsciente y un irresponsable. ¿Y sabes lo que te digo? Que no estoy dispuesto a que conviertas a mi hija en una desgraciada, en una indigente como tú, en una infeliz. Te juro por Dios que no voy a consentirlo. Así que ya lo sabes. Como Jenaro Villamón que me llamo, que no te vas a casar con Marisa. Y ahora, ¡largo de aquí!

21

«¿No ha pensado en hacerse procurador?»

Acabó enero. Y acabó más o menos bien porque el tío Juan de Dios mandó desde Toledo un giro de doscientas pesetas. También remitió una carta en la que comunicaba a mi madre que no sabía nada de su marido, y hermano, Gervasio, desde hacía muchísimo tiempo. Que no tenía ni idea de qué había sido de él. También le dijo, aunque con palabras azucaradas, que con el giro que nos enviaba daba por saldada la deuda de su parentesco político, si es que la había. O quizá la deuda moral por el abandono de mi padre. «Has de saber que tampoco está en Toledo la abogacía como para dispendios, Carmen, lo siento, de verdad, no sé si es mucho, pero es lo que puedo girarte, esas doscientas pesetas que te envío, y no puedo más, y que sepas que lo que hago lo hago a espaldas de tu cuñada Heliodora, que no sabe nada de ese dinero y que, si se enterara, me costaría un disgusto, porque mis tres hijos mayores no lo están pasando nada bien y he de ayudarles día sí y otro también, y el menor está en Salamanca desde hace seis años costándome un riñón cada mes y no acaba sus malditos estudios de Derecho ni queriendo. ¡Hazte cura, hijo!, le digo. Pero ni caso. Así que espero que todo os vaya bien a Eduardo y a ti, y dile a Eduardo que si le puedo mandar algún pleito, que no sé si podré, lo haré con mucho gusto, pero que otra cosa no puedo hacer, y que lo siento. ¿No ha pensado en hacerse procurador? Ahora, con tanto recurso como va a haber en el Supremo… En fin. Y ojalá me enterara de algo de ese malnacido de marido tuyo y hermano mío, de ese Gervasio Peña que ha llevado al barro a nuestro apellido por lo que hizo contigo y con tu hijo. Y si me entero, ten por seguro que te lo haré saber. Ojalá. Pues eso. Que lo siento. Un gran beso para ti y un abrazo

para Eduardo. Y mis mejores deseos para los dos. ¡Arriba España! ¡Viva Franco!».

Acabó enero de 1940. Volvió a nevar en Madrid, y el paseo del Generalísimo, la antigua Castellana, en el trecho entre el paseo del Cisne y los nuevos ministerios, que seguían en obras, se convirtió en una postal navideña. Hasta en Sevilla nevó, por increíble que pareciera. El hambre y la escasez seguían haciendo estragos y quienes no podían pagarse un filete de ternera o una pechuga de pollo o una raja de merluza, que éramos la inmensa mayoría, intentaban encontrar en el Depurativo Richelet la forma de darse vigor con sus mágicas y baratas propiedades. El Auxilio Social, desbordado, abrió nuevos comedores en Carabanchel, que fueron bendecidos por el párroco coadjutor don Salvador Cordero. Se detuvo en Valdepeñas, y fue un escándalo, a Juan Berrocal Cuéllar y a Francisco Martín Sánchez, en cuyo poder se encontraron numerosos billetes falsificados de la Lotería Nacional, con los que habían estafado a cientos de personas en toda Castilla. Chicuelo, Cagancho y Manolete hacían, pese al mal tiempo, maravillas estatuarias y revoleras con sus capotes y muletas en los arenales de las plazas de toros. El destructor inglés *Greenville,* «divino castigo a la Pérfida Albión», se hundió en el mar del Norte. Mientras, Adolfo Hitler ya dejaba ver sus propósitos genocidas estableciendo el gueto de Lodz, en Polonia. El Deportivo Español se colocó a la cabeza de la clasificación en la liga de fútbol, después de su magnífica victoria en Valencia. ¡Y a mediados de mes llegaron a Madrid desde Portugal trenes de ganado de cerda para el abastecimiento público! ¡Y la alegría se desbordó en las carnicerías de toda la ciudad cuando los matarifes comenzaron a despachar filetes de lomo, y solomillos, y agujas con hueso, y abanicos y morcillas, carrilladas, costillas, pancetas y tocinos! ¡Y qué poco duraron esos manjares en las carnicerías, que se desabastecieron enseguida y ya no hubo más trenes desde Portugal! Y otra vez el hambre y el racionamiento. Y la tuberculosis. Y los niños famélicos y los mendigos royendo los huesos de las basuras, mil veces hervidos antes en los pucheros.

Llegó febrero. Un febrero frío y extraño sin carnavales, sin

nada que desfogara los ánimos antes de la llegada de la adusta Cuaresma. Franco, junto con su esposa Carmencita Polo, visitó el Museo del Prado para contemplar sus grandiosas obras pictóricas y las reformas hechas gracias a su patronato. El doctor Muñoz ofrecía a los herniados su tratamiento infalible. Treinta y cuatro presos fueron fusilados en las cárceles madrileñas. Decenas, centenares, miles de consejos de guerra se celebraban cada día en todo el país. El Código de Justicia Militar era el libro más usado en España junto con la Biblia. El mariscal Pétain, embajador de Francia en España, visitó la cárcel de Alcalá de Henares, donde tantos presos redimían sus penas con el trabajo. Los rojos seguían cosechando fracasos en la guerra ruso-finlandesa, y en la Unión Soviética cundía el desaliento y la rebelión, eso decían los periódicos. En cambio, poco después, Rusia y Alemania firmaban un tratado sobre materias primas y productos industriales. ¿Quién dijo que en Madrid no existían motivos de júbilo? ¡Qué gran exhibición de las Juventudes de la Falange y de las JONS, con millares de flechas, pelayos, cadetes, margaritas y flechas azules realizando ejercicios gimnásticos en sus calles! Y, para colmo de la algarabía, la Santa Sede, dando una prueba más de su paternal predilección por el glorioso ejército español, vencedor de la cruzada contra el comunismo, prorrogó los privilegios de los militares españoles sobre abstinencia y ayuno.

Y llegó marzo. Y con él la primavera, florida, galana. El aire olía ya menos a gasolina y más a azahares y damas de noche. Pero el hambre seguía. Tal era el hambre que el obispo de Madrid-Alcalá dispensó del ayuno del viernes de Dolores a los fieles. Se anunció la construcción de cientos, miles de viviendas con alquileres increíbles, ¡veintidós pesetas al mes!, cocina, comedor, despensa, retrete y, dentro de él, la ducha. «¿Y dónde duermo, en la despensa, Manolita?». Se cumplió el décimo aniversario de la muerte del general Primo de Rivera, y en su memoria se celebraron exequias en toda España. Más de cuatrocientos mil finlandeses fueron evacuados de las zonas de guerra, de esa guerra que habían estado ganando, según se había clamado a los cuatro vientos en todos los periódicos del país, y cuyas tornas ahora parecían

volverse con la cesión de territorios fineses a la Unión Soviética. Las palmas y los olivos ondearon cual banderas en la Semana Santa; el ateísmo bolchevique había arrancado de Madrid esos símbolos piadosos con tremenda furia, y durante tres años nadie había podido verlos en la triste y doliente zona de los rojos. Ahora, por fin, tremolaban al viento como señal de victorias y triunfos y para que ahuyentasen los males del demonio y atrajesen los bienes de Dios.

Así era la vida que teníamos.

Pero seguía.

La vida seguía.

Y es que la vida era una sustancia compuesta entonces por tan solo dos elementos, dos materias, dos principios: uno era «seguir». El otro era «adelante».

Todo lo demás daba igual.

Seguir adelante.

Eso era la vida.

¿Qué otra cosa se podía hacer?

Dar un paso atrás era caer en la negrura del recuerdo. Dar un paso atrás era quedarse rezagado y para siempre. Anclado en todo aquello que se quería olvidar y no se podía olvidar.

Eso era la vida.

Seguir adelante.

* * *

Durante todo ese tiempo, viví. Simplemente viví. O me dejé llevar por la vida. Intenté seguir adelante. Sin desfallecer. Sin perder la esperanza. Mis planes de compartir despacho con Roberto Calero se frustraron porque él seguía inmerso en el proceso de su depuración en el Colegio de abogados, que se prolongaba día tras día, tantos eran los expedientes que había que resolver. Apenas si conseguí en esos meses unos pocos de clientes —un contrato sin muchas complicaciones y minuta escasa, la constitución de una sociedad mercantil…— que me dejaron unas magras ganancias, insuficientes para tapar mis deudas y atender a nuestras

necesidades. Mi madre estiraba cuanto podía las doscientas pesetas de mi tío Juan de Dios. Las ochenta y seis pesetas con cuarenta y dos céntimos de mis ahorros se desvanecían como la virtud de las mujeres que se veían obligadas a prostituirse en calles y garitos. Pese a ello, hice lo que debía y podía: seguir adelante. Y Marisa vivió, y también se dejó llevar por la vida. Por la vida a la que yo la abocaba, cada día más monótona, más tibia. Intentamos vivir. Y amarnos. Y cuando nos amábamos, lo hacíamos con una pasión que me recordaba mis tardes con Clara, la miliciana. Era una forma de amarnos en la que parecía que el placer de la carne era la única vía para escapar de la monotonía, de la grisura, que eran nombres que yo daba a lo que no quería que fuese desmoralización y angustia. Porque la vida se había convertido, para mí y para tantos, en una desesperación silenciosa, aunque no quisiera perder la esperanza, aunque no quisiera desfallecer. Tanta pasión había en nuestros encuentros que, cuando bajábamos al vestíbulo del hotel Florida, cuyo coste Marisa abonaba siempre, a eso no me negaba yo, en más de una ocasión fuimos saludados por las risitas sarcásticas y envidiosas de botones y ascensoristas, como si nuestros excesos amatorios hubiesen trascendido de puertas y tabiques.

Marisa, no obstante la decepción que mi negativa a aceptar la propuesta de trabajo de su padre le había supuesto, seguía entregada a mí en cuerpo y alma. Eso me decía, y yo no tenía más remedio que creerla, pues en el hotel Florida se me daba con una vehemencia que solo podía estar producida por el amor, que era más que pasión, más que deseo; y lo veía en su afán por ayudarme, en su abnegación, en sus ganas de agradarme en todo momento, soportando mis silencios cuando los había, que era con más frecuencia de lo que yo habría querido; sobrellevando mis estados de ánimo, cuando se arrastraban por el barro, acuciado por las circunstancias por las que mi vida transitaba, mi penuria económica, mi falta de futuro; y sosteniéndome cuando ese ánimo mío amenazaba con arañar el barro y soterrarse en profundidades incógnitas. Creo que se había resignado a quererme como era. No sé qué habría sido de mí sin ella en esos días. Cuando yo era hielo,

ella era fuego; cuando yo era silencio, ella era palabra; cuando yo era desconsuelo, era ella esperanza; cuando yo era apatía y desidia, ella era dinamismo y presteza. Más de una vez llegué a pensar, de nuevo, que no era digno de ella. Que Jenaro Villamón estaba en lo cierto. Que ella merecía alguien mejor que yo, con más decisión, con menos heridas, con más futuro, con más ganas de comerse la vida hasta atragantarse. Llegué a preguntarme si algunas de mis actitudes, el desdén con que de vez en cuando respondía a sus sugerencias, mi falta de entusiasmo más allá de los momentos del Florida, mis modos pasivos cuando estaba con ella, no eran sino una manera de decirle sin palabras que había vida, la vida de la que ella era merecedora, más allá de mí. Pero, si alguna vez intuyó la razón de esas conductas mías, la dejó de lado. Su amor, por lo que se veía, hacía oídos sordos a las razones.

Las ochenta y seis pesetas con cuarenta y dos céntimos de mis ahorros se acabaron. Las doscientas pesetas del giro del tío Juan de Dios se estaban agotando. Las ganancias del bufete eran insuficientes para pagar nuestros gastos. Pero bueno, no pasaba nada, no había motivo de preocupación, ¿no? ¿No se decía, desde las páginas de los periódicos, desde los micrófonos de Radio Nacional, que el país avanzaba, que habría trabajo para todos, que la prosperidad era flor que crecía en todos los campos españoles?

Pero no, claro que había motivos de preocupación. Claro que había hambre. Claro que había tuberculosis. Claro que había falta de trabajo. Claro que faltaba de todo.

Y claro que el bufete no funcionaba, claro que los clientes no aparecían, claro que no ganaba ni para pagar lo imprescindible. Claro que me negué a que Marisa me pagara honorarios por llevarle «los papeles» de su tienda de textiles, cuya inauguración cada día estaba más próxima. Así que me vi obligado a adoptar una de las decisiones más duras de mi vida: renunciar a la abogacía. A la abogacía como yo siempre la había entendido: libre, amurallada en la soledad de un bufete, palpitante, apasionante, llena de grandezas y miserias, tantas como el ser humano reúne en su propio ser.

Cuando le comuniqué mi decisión a Marisa, no se atrevió a

decirme nada. Pero en la luz empapada de sus ojos vi el ruego de que volviera a plantearme la posibilidad de aceptar el trabajo que su padre me había ofrecido. «Todavía estás a tiempo», parecía decirme su silencio. Pero no era verdad. No hay tiempo que no se acabe ni vida que no se extinga. Y mis razones para decir no a Jenaro Villamón seguían incólumes en los centros de mi cabeza y de mi corazón.

Me dediqué, pues, a buscar trabajo. Al principio, algo acorde con mis aptitudes. Después, algo cercano a mi especialidad. Al final, lo que fuera.

Pero apenas si había trabajo, al menos en España. El Frente de Trabajo Alemán había ofrecido a la Delegación Nacional de Sindicatos que los trabajadores españoles sustituyeran a los alemanes movilizados. El sueldo, más de cuatrocientas pesetas mensuales, había convencido a casi quince mil españolitos, que hicieron el petate y se fueron a trabajar a Alemania, dispuestos a vencer la barrera del idioma y el peligro de acudir a un país en guerra. Pero otros muchos no. «¿Qué hago yo en un país donde escupen cuando hablan? Yo me quedo en Madrid y que digo yo que Dios proveerá, ¿no?». Por mi parte, descarté enseguida esa posibilidad. No podía dejar sola a mi madre. Ni a Marisa. Tampoco perdía la esperanza de que mi suerte cambiara y pudiera seguir ejerciendo, de la forma que fuera, la profesión que amaba.

Me pateé las calles, visité bufetes, gestorías, despachos, empresas. «Tal vez, para el año próximo». «Un hombre como usted, con su capacidad, sería de gran valor en nuestra compañía, pero ahora no es posible. Tal vez pasado un tiempo…». «No deje de avisarnos si el año que viene sigue usted interesado en trabajar con nosotros. Ya para entonces la guerra en Europa habrá terminado, ¿no cree?, con la victoria del Führer, ¿verdad? Y entonces nos llegarán el bienestar y la holgura, por supuesto que sí».

Consulté los anuncios por palabras de la prensa. Presidiéndolos, un anuncio gubernamental:

> *El decreto de 16 de mayo de 1939 determina que las empresas y patronos están obligados a solicitar de las oficinas de colocación el personal que necesiten. Los patronos que figuran en esta sección, antes*

de insertar el anuncio, acudieron a dichas oficinas, donde no existen inscritos disponibles del oficio que interesan.

Me recordé acudir a esas oficinas de colocación para darme de alta en las listas de demandantes de empleo, por vergüenza que me diera. Seguí leyendo: «Deseo señorita inglesa, alemana, interna, para dos niñas mayores». «Para publicidad importante revista precísanse agentes especializados, buena presencia, inmejorables referencias». ¿A quién le podía pedir yo referencias? ¿A Jenaro Villamón? ¡Ca! «Corredores a comisión, introducidos ramo alimentación, para artículo fácil venta. Inútil ofrecerse sin muy buenas referencias». Vaya. «Representante, artículo fácil venta, precísanse toda España. Arte religioso». Me imaginé vendiendo rosarios o medallitas de la Virgen del Pilar, y no supe si reír o llorar. «Necesitamos agentes calendarios, artículos reclamo, lindas novedades». ¿Qué diablos sería un agente calendario? ¿O es que se trataba de vender almanaques?

Quería tomármelo a broma, pero no era para tomárselo a broma.

Todo aquello era ridículo. Y patético.

Plegué el periódico y lo abandoné en la silla del café adonde mi deambulación errática me había llevado aquella tarde, en la plaza del Carmen, junto al mercado en cuyas fachadas aún había vestigios de los bombardeos. Era un día claro de primavera y había aprovechado el buen clima para sentarme en un velador en la terraza y gastar algunas perras chicas en un agua con gas. Apoyé los codos en las rodillas y refugié la cabeza entre las manos, luchando por no ceder a la desesperación.

—¿Peña?

Levanté la cabeza con desgana. Frente a mí, un hombre joven a quien al principio no reconocí. A pesar de que lo había visto por última vez no hacía ni diez meses. Había en su rostro un rictus de cansancio que lo hacía distinto, más viejo, y había perdido pelo. El reconocimiento vino al mismo tiempo que la sorpresa: era la última persona con quien, pensaba, pudiera encontrarme casualmente por la calle.

—No me lo puedo creer… ¿Teniente Palomares?

Me puse en pie, sin saber muy bien qué hacer.

—¡Eduardo Peña! No le hacía a usted por aquí. Quiero decir… que no le hacía en libertad. ¿Cuándo salió usted? ¿Ya cumplió la condena? No es posible, ¿no?

—No, no… Se me aplicó el indulto de finales de septiembre. Me pusieron en libertad a principios de enero.

—¡Indultado! ¡Usted! ¡Pues no sabe cuánto me alegro! —Dejó su cartera en el suelo y se apresuró a estrechar mi mano con las dos suyas, en un apretón efusivo y amistoso—. Le veo muy bien, teniendo en cuenta que… En fin, ya me entiende… —Dudó un segundo y me preguntó a continuación—: ¿Me permite que me siente con usted? ¿Que lo invite a un café o a lo que usted prefiera tomar? Creo que el encuentro lo merece.

Contemplé el rostro cansado del teniente auditor, ahora algo más animado tras esa casualidad inesperada, su sonrisa afectuosa y, por debajo de su aspecto fatigado que lo envejecía, su mismo rostro de niño, su pelo pajizo más escaso, su tez pálida mordisqueada por el acné, sus ojos claros. No me apetecía nada recordar mi detención, aquellos momentos agónicos en el juzgado militar cuando fui a preguntar por mi vecino Ventura León, mis meses en Porlier, mi procesamiento, el consejo de guerra, que era lo que Palomares me traía a la memoria, pero advertí una alegría tan sincera en el teniente que no pude negarme a su ofrecimiento. Y la verdad es que también me dio alegría verlo. No podía olvidar lo que había hecho por mí, su dedicación, sus visitas a la cárcel, sus ánimos en todo momento. Lo menos que podía hacer era dedicarle esos minutos que me pedía y que también a mí me apetecían, pues, al mismo tiempo que eran una manera de recordarme tiempos pasados y oscuros, me ayudarían a escapar de ese presente no menos desesperante y oscuro.

—Por supuesto, teniente. Siéntese, se lo ruego.

Nos sentamos ambos. El mozo del café acudió enseguida y tomó nota de nuestros pedidos. Resultó que Palomares vivía en la calle Tetuán, cerca de la plaza del Carmen.

—Pero, dígame, ¿cómo es que fue puesto en libertad? Si no

estoy equivocado, aquel indulto, el de septiembre del treinta y nueve, solo se concedía a militares de carrera de probada adhesión al régimen. Usted no era militar de carrera, si mal no recuerdo. Y, no sé, teniendo en cuenta las circunstancias, me extraña que fuera aceptado por la comisión que vigilaba la concesión de ese indulto.

Y dejó el comentario en el aire mientras sorbía el café con leche que había pedido y que le habían servido de inmediato.

—Cuando a uno le otorgan una gracia —respondí, flemático—, se limita a aceptarla, teniente. No se pregunta por los merecimientos. Y más si esa gracia consiste en la libertad, en escapar de la prisión. No era momento para remilgos ni para preguntas. Salí, y eso es lo que importa.

—Por supuesto, por supuesto. Nada más lejos de mi intención que… Y, además, ¿sabe qué le digo? Pues que me alegro una barbaridad. Su caso, su sentencia, estuvo en mi memoria durante muchas semanas. Por el éxito que supuso, claro está. ¡Solo un año y nueve meses! Pero, sobre todo, porque siempre pensé que esa condena a prisión no era adecuada para un hombre como usted.

La confesión de Palomares me picó la curiosidad. Recordaba perfectamente la actuación del teniente auditor en mi proceso, la de veces que fue a visitarme a la prisión, su dedicación, su actuación en el consejo de guerra, su alegato final. Entonces había dado por supuesto que esa era la manera de ser de ese joven jurista, que se comportaba así con todos los presos a quienes le tocaba defender, que su actuación conmigo no había sido una excepción, sino la norma. Ahora, esas palabras del teniente hicieron que dudara. Era como si me hubiera dado a entender que mi caso había sido especial para él y eso hizo que la curiosidad por saber el motivo se me despertara.

—Y eso, ¿por qué, teniente? Si puede saberse.

—Pues… porque me pareció un desperdicio que alguien como usted se pasara esos años de la condena en la cárcel —aseguró, sonrojándose un tanto. Miró luego a derecha y a izquierda, como si lo que iba a decir no debiera ser escuchado por oídos inconvenientes—. Mire usted, Peña. No sé si ya se lo dije en Porlier, pero se lo repito. Soy muy consciente de que, en los tres

años terribles de guerra que este país y todos nosotros hemos soportado, cada cual ha estado marcado, en la mayoría de los casos, no por sus ideas, o por sus convicciones o por su militancia, sino simple y llanamente por el territorio. Si a mí, en vez de en Salamanca, la guerra me hubiese pillado, yo qué sé, en Madrid, o en Alcalá de Henares, o en Extremadura, o en Barcelona, a saber qué habría sido de mí y dónde estaría ahora. Y si a usted, en vez de en Madrid, le hubiese pillado en Burgos o en Valladolid, jamás habría pisado Porlier y a lo mejor hasta habría estado usted en mi lugar, defendiéndome a mí en vez de yo a usted. ¿Me entiende? Lo que quiero decirle es que no se debería condenar a un hombre por haber servido en el ejército perdedor y condecorar a otro por haberlo hecho en el que venció. A los hombres, y usted, como jurista que es, me comprenderá perfectamente, hay que juzgarlos por sus hechos, y no por las circunstancias que les tocó vivir y que les fueron impuestas. Pero claro, amigo mío, ni usted ni yo hacemos la ley. Y tampoco estas cosas se pueden decir en voz alta. ¿A qué se dedica ahora?

El cambio brusco en la conversación, con el que Palomares parecía querer poner punto y final a un tema que discurría por unos senderos que podían resultarle resbaladizos, me desconcertó.

—Bueno, tengo mi bufete y…

—¿Conserva usted clientes después de haber estado preso en Porlier? —me interrumpió el teniente, no supe si incrédulo o sorprendido.

—Algunos.

—¿Y no ha sido depurado?

—No. —Y creo que en esa negativa mía latía cierto apuro, cierta vergüenza.

—Ya. Bueno, pues… me alegro —dijo. Pareció darse cuenta de que ese no era un tema de mi agrado y no profundizó en las razones por las que yo me había librado del proceso de depuración colegial cuando la mayoría de nuestros colegas lo había sufrido. Apuró su café con leche y dejó la taza en la mesa—. Es hora de que me marche, mañana tengo seis consejos de guerra y aún tengo que preparar el alegato final de un par de ellos. Pero, antes de irme,

permítame que le diga una cosa, Eduardo. ¿Puedo llamarle Eduardo?

—Por supuesto.

Adelantó el cuerpo, puso ambos antebrazos en el velador que nos separaba y bajó la voz hasta el tono de las confidencias. Caí en la cuenta entonces de que seguía sin tartamudear.

—Mire usted. Soy joven, inexperto, vivo en un mundo de ilusos; eso dice el capitán Querol, ¿se acuerda usted de él?, pues aún sigue haciendo de las suyas en el juzgado militar número 22… Pues sí, sigue igual. Se mofa día sí y otro también de mí porque dice que me sé de memoria el Código de Justicia Militar y porque me preocupo por los presos. Porque para mí no son solamente un número en un expediente, sino personas, ante todo. Así que sí, que soy todo eso que el capitán dice. Pero tanto tiempo en el cuerpo me ha hecho conocer a la gente, aunque sea un poquito. Y en usted, en cuanto lo conocí aquel día en que llegó al juzgado preguntando por no me acuerdo quién, vi a alguien que también ama su profesión, alguien para quienes sus clientes, aunque sean presos rojos acusados de atrocidades, merecen que se les defienda, porque para eso estamos los abogados y porque eso es precisamente la justicia. Y créame si le digo que gente como usted no abunda en el Cuerpo Jurídico. —Hizo una pausa, como pensándose lo que iba a decir, y decidiéndose al fin—: Mire usted: no sé cómo le irá en verdad en su bufete, ojalá le vaya bien, pero me temo que no, se le ve en la cara, de irle bien no estaría aquí a estas horas, ¿no?… Y, además, es lógico, después de tantos meses sin poder ejercer, y con los tiempos que corren, ¿quién iba a confiar en un abogado que ha estado preso en Porlier por rojo? Pues bueno, respóndase usted mismo. Yo lo tengo claro, amigo mío: las tres pes, como se suele decir: parientes, putas y pobres. Y con los honorarios que dejan las tres pes no se vive. En cambio, en los juzgados militares estamos que no damos abasto, por más plazas que se convoquen y por más oposiciones que se anuncien. Hay un colapso que no se lo puede usted ni imaginar. Y un abogado como usted, a pesar de sus antecedentes, sería bienvenido, creo yo. No se están poniendo pegas a los candidatos que se nos

presentan, que además son cada vez menos. A todos se les acepta de inmediato, tanta es la necesidad, y eso a pesar de que muchos de ellos no valen ni para hacer puñetas. —Se puso en pie, me tendió la mano y me la estrechó—. Pues ya se lo he dicho. Si se decide, ya sabe dónde encontrarme. Me he alegrado muchísimo de verle, Eduardo. Buenas tardes tenga usted.

Me quedé tan pasmado que fui incapaz de reaccionar. Observé cómo se ponía la gorra, cómo echaba a andar algo ladeado por el peso de la abultada cartera que llevaba, cómo el teniente se marchaba, plaza del Carmen abajo, sus andares titubeantes de joven tímido. Estuve a punto de levantarme, correr detrás de él, alcanzarlo, asirlo de la manga, zarandearlo. Pero bueno, ¿ese hombre estaba loco? ¿Me había sugerido que me incorporara al servicio jurídico del ejército de Franco? ¿Se me figuraba a mí, que ya había padecido un consejo de guerra, que ya había sufrido a la justicia militar, formando parte de ella? ¡Por Dios! ¿Qué le pasaba al mundo, que parecía que había perdido la cabeza? Jenaro Villamón quería verme de asalariado suyo, dando forma legal a sus componendas. Y ahora venía ese muchacho, ese teniente Palomares, ofreciéndome sin tapujos que intentase entrar en el Cuerpo Jurídico Militar.

¡El Cuerpo Jurídico Militar!

¡Por Dios que sí, que todos se habían vuelto locos!

Sin embargo, no conseguí sacarme de la cabeza, ni en ese día ni en los días que siguieron, las palabras de Palomares.

Y a pesar de que a manotazos intentaba apagarla durante todo el tiempo, no pude evitar que creciera dentro de mí una llama de esperanza. Recordé aquel día en que fui de comisaría en comisaría, de cuartelillo en cuartelillo, en busca de Ventura León. Y recordé también cómo me sentí: aterrado, sí, pero más abogado que nunca.

Desde entonces, no había vuelto a experimentar sensación que ni por asomo se le acercara.

Y ahora, esas palabras del teniente Palomares, esa propuesta, mucho más honesta que la de Jenaro Villamón… Contribuir a que en España reinase de verdad la justicia… Volver a sentirme

abogado como lo fue mi abuelo… Contribuir a la reconciliación, a que las heridas terribles de la guerra de una vez cicatrizasen…

Pero no, claro.

¿Cómo iba a ser posible?

Era una locura.

Una absoluta locura.

Libro tercero

Génesis

22

«… preparar la hoguera donde asar a los rojos»

—Esta será tu mesa. El horario es de ocho de la mañana a las tres de la tarde, y más de una tarde también se trabaja, y más de dos también, así que no hagas muchos planes para por las tardes. Como puedes ver, nos comen los legajos, y cuantos más sacamos, más nos llegan. Supongo que sabrás tramitar un expediente, ¿verdad?

—Pues… supongo que sí.

—Ah, supones. ¿Y manejar una máquina de escribir?

—Sí.

—Y tendrás buena letra.

—Pues… también, sí.

Respondía con tremendo cansancio. Un abogado como yo teniendo que responder las preguntas de un mequetrefe como ese. Pero así estaba el mundo.

—Más te vale. Porque también más de un día y de dos vas a tener que escribir a mano. Las cintas de las máquinas no suelen llegarnos ni al día 20 de cada mes, se nos gastan enseguida, y que nos las sustituyan es una epopeya. Y es que, ya te digo, esto es de locos. Oye, ¿y es cierto que eres abogado? Bueno, la verdad es que no sé de qué me sorprendo, si dicen que hay juzgados en los que un simple soldado raso está sirviendo de secretario. En fin, lo que yo te diga, una maldita locura este mundo nuestro, vuelto del revés como un calcetín.

—Lo que usted diga, sargento.

No me sorprendió en absoluto que ese sargento barrigón, pinta de zascandil, grandes cejas negras hirsutas, ojos

ensombrecidos por unos arcos ciliares protuberantes, que respondía al nombre de Paco Valiente y que lucía sobre el labio superior un mostacho negro que parecía ser seña de identidad de los militares de Franco, tan corriente como el uniforme o la cartuchera, pensara igual que yo días antes acerca del mundo y su cordura. Porque no había duda de que el mundo se había vuelto loco.

Aunque de lo que en verdad me sorprendía era de estar allí, en aquel sitio, en aquel lugar, en aquel momento, y para lo que estaba.

Jamás, a pesar de mi talante, había creído en las supersticiones, las consideraba cosas de indocumentados, hablillas de viejas, patrañas que justificaban la falta de pundonor para escoger entre los caminos inescrutables que nos ofrece el destino. Sin embargo, cuando me llegó la carta, no pude dejar de pensar que las palabras del teniente Palomares habían sido en verdad un presagio. No de la forma en que él o yo lo hubiéramos interpretado, pero un presagio al fin y al cabo.

Fue pocos días después de ese encuentro casual en la plaza del Carmen, como si el agüero tuviera urgencia por materializarse. En concreto, y para más inri, fue un 28 de marzo de 1940, jueves, exactamente un año después de la entrada de las tropas de Franco en Madrid. Justo el día en que una muchedumbre se congregaba ante el palacio de Oriente para festejar la efeméride, enfervorizada, enardecida, cada cual queriendo gritar más fuerte que el de al lado, todos queriendo que su «¡Viva Franco!» sonara más alto y más claro que el de nadie, para —como decían los pasquines que se habían colgado días antes en farolas y adherido en las paredes— «rendir al invicto jefe del Estado el emocionado testimonio de su gratitud». Fue ese día en que las calles estaban llenas de retratos del Caudillo y de José Antonio, el Ausente, de cintas rojas y negras de la Falange, sonando el *Cara al sol* en cada esquina.

—Acaban de traer esto, Eduardo. José no está en la portería por lo que se ve y el hombre que lo traía, un empleado del Ayuntamiento según me ha dicho, ha subido a casa. —Mi madre apareció por el bufete a media mañana, cuando yo me distraía

mirando mis consabidas musarañas, elucubrando sobre un presente que se me presentaba tan negro como el futuro, y relamiéndome en mi propio desaliento, otra vez resonando el *Oriamendi* en un *pick-up* cercano con el sonido a todo trapo. Su voz, la voz de mi madre, me preocupó en cuanto la vi: estaba alterada, muy inquieta. Andaba arrastrando los pies, embutidos en unas babuchas de andar por casa. En su rostro, más avejentado, y en la tensión de su cuerpo, que incluso había perdido varios centímetros de talla y del que el vestido colgaba como la ropa raída del espantapájaros, se apreciaba un rictus de incredulidad. Miraba lo que llevaba en las manos como a una araña de veneno mineral, como habría dicho Shakespeare—. No puede ser verdad. Eduardo, no… Dime que no… no puede ser verdad…

—¿Qué ocurre? —Y me levanté de la silla como movido por un resorte, creí que mi madre iba a derrumbarse. Fue entonces cuando me apercibí de que lo que portaba en la mano temblorosa era un sobre amarillento. Lo reconocí enseguida, me recordó de inmediato a otro que había llegado a casa en mitad de la guerra y que me había enviado primero al CRIM de Ramón y Cajal y luego a la sierra de Madrid con una brigada mixta. Mi voz se contagió de la turbación que ella había traído al despacho como una nube negrísima en un cielo ya encapotado—. ¿Qué es eso? —Y señalé el sobre con la barbilla, pero sin extender las manos para cogerlo, como si también para mí fuera un bicho letal—. ¿Qué te han dicho que es?

—Lo acaba de traer, como te he dicho, un empleado del Ayuntamiento, que no ha querido explicarme más. Te lo he bajado enseguida. No puedo esperar. No lo he abierto, claro. Pero mira lo que pone. No puede ser verdad, hijo, Eduardo… Otra vez no…

Tomé finalmente el sobre de sus manos. Y al asirlo, acaricié esa mano colmada de pecas pardas y venas grisáceas. Leí el remite, el membrete inconfundible, las letras que bailaban ante mis ojos como hormigas enloquecidas. Y ahí estaba, como hacía ¿cuánto?… ¿Tres años? ¿Más?… Tuve por un instante la sensación de que esa escena ya la había vivido antes, de que todo se repetía, de que los fotogramas de la película habían vuelto atrás en un proyector

estropeado, y me quedé sin saber qué hacer. Al final lo que hice fue echarme a sudar, un sudor que no estaba provocado por el calor del día, que era cálido, sí, lucía un sol templado y agradable, pero no para justificar esos chorros de sudor que comenzaron a correrme por la frente, por las axilas, por el pecho. Y más en la penumbra del bufete, donde el sol apenas si lograba penetrar. Volví a leer de nuevo, sin dar pábulo a lo que leía.

«Delegación de Quintas. Ayuntamiento de Madrid».

Definitivamente, el mundo estaba enfermo, demente, para encerrarlo. Aunque, claro, ¿cómo se encierra al mundo? ¿En qué manicomio? ¿Qué frenopático habría capaz de albergar tanta locura, tanta enajenación? ¿Y a quién se pondría al frente si Dios, el loquero mayor del mundo, parecía haber desertado de sus obligaciones? Miré de nuevo el sobre. A lo mejor todo había sido una alucinación. Pero no. Ahí estaba. Ineluctable, siniestro.

«Delegación de Quintas. Ayuntamiento de Madrid».

—Pero… no puede ser… —persistió mi madre en su salmodia —, tú ya fuiste reclutado en el treinta y siete, serviste en el ejército, te hirieron, mira la pierna cómo la tienes, te quitaron un riñón, te declararon inútil luego, no te pueden llamar de nuevo, ¿verdad? Dime que no, Eduardo, dime que no.

Abrí el sobre sin miramientos, rasgándolo, sin preocuparme de que la rasgadura afectara a su contenido, frenético. Extraje una cuartilla de papel bueno doblada en dos, con apenas un párrafo escrito a máquina:

> *De orden del ilustrísimo señor teniente de alcalde, presidente de Quintas de este distrito Centro, se le hace saber que ha tenido usted el honor de ser elegido para pasar a formar parte del Cuerpo Jurídico del glorioso ejército español, dada su condición y oficio, y que deberá presentarse el lunes día 1 de abril del corriente año en el juzgado militar permanente número 5, sito en calle del General Castaños, número 1, de esta ciudad, donde ejercerá como cabo auxiliar de justicia con el sueldo y demás derechos inherentes al cargo. Advirtiéndole que si deja de comparecer sin justificar la causa o rechaza el empleo que se le ofrece sin razón legítima, será acreedor de los perjuicios que en derecho le correspondan.*

—¿Qué es, Eduardo? —preguntó mi madre, restregándose las

manos como si las tuviera llenas de una grasa resistente al jabón que tanto escaseaba en Madrid, los ojos negándose a parpadear hasta que no supiera el contenido de ese sobre que se le debió de antojar fatídico en cuanto el empleado municipal lo trajo a casa—. ¿Qué dice ese papel, hijo? ¿Qué dice? No será que… Dime que no es lo que pienso, por lo que más quieras, dímelo, dime que no, que no podría soportarlo. Dime que no es cierto.

Y suspiró, y pareció que en el suspiro se le iba cuarto y mitad del alma.

—Me enrolan en el Cuerpo Jurídico Militar —expliqué, anonadado, sin saber si reír o llorar—. Me nombran auxiliar de justicia en el juzgado militar permanente número 5, con grado de cabo.

Ella me miró con gesto de no haber comprendido muy bien mi explicación. De no saber si esas palabras eran un bálsamo o una condena. Suspendida la mirada, hecha un mar de dudas, un mar donde una ola la llevaba hasta la agonía y la otra, la siguiente, hasta la esperanza.

—¿Cabo? ¿Auxiliar de justicia? ¿Del Cuerpo Jurídico Militar? ¿Y eso qué significa? ¿Es malo o bueno?

—Pues… como una especie de secretario, pero de segunda clase, de segundo nivel, no sé, un ayudante de jueces, fiscales y defensores, algo así, supongo que será como en los juzgados ordinarios. Un funcionario.

—Sí, sí… Pero dime, eso ¿es malo o bueno?

—No lo sé, madre. ¡No lo sé! Lo que sé es que no lo he pedido.

—¿Y te puedes negar?

Dentro de mí, muy dentro, en unos recovecos profundos, borboteó la rebeldía, aunque fui consciente de que la efervescencia de sus burbujas no iba a ser bastante para hacerlas salir a la superficie. Lo que me pedía el corazón era negarme, mandar una carta al dichoso presidente de Quintas del distrito Centro o, mejor aún, plantarme ante él, en su despacho, y gritarle que me dejaran, él y todos, en paz, que se olvidaran de mí, que ya había sufrido bastante; que, por el simple hecho de servir con mi reemplazo y

tener que aceptar la orden de coordinar el boletín de mi batallón, había perdido la libertad y un tiempo precioso de mi vida en Porlier. Y, posiblemente, también mi oficio y mi futuro. Y que cómo podían pretender que yo fuera parte de la justicia que era la culpable de tanta pérdida. Recordé entonces lo que había experimentado cuando, una vez se fue el teniente Palomares plaza del Carmen abajo hacia su casa en Tetuán, rumié su propuesta, y cómo, por un breve instante, me había ilusionado en poder cambiar la justicia que, en vez de la paz, estaba implantando en España la venganza, volver a sentirme abogado, contribuir a la reconciliación… Pero ni siquiera era eso lo que me ofrecían, o lo que me ordenaban. Ni siquiera pretendían mis oficios de abogado. Me requerían como un simple ayudante, como un cabo auxiliar, un chupatintas que pasaría sus días en un juzgado militar reproduciendo requisitorias, copiando oficios o transcribiendo sentencias. Sí, todo en mí me gritaba que debía negarme.

—Te preguntaba si te puedes negar, Eduardo —insistió mi madre, repitiendo su pregunta.

—No lo sé —fue lo que respondí, sintiendo cómo aquellas burbujas de rebeldía hacían plof en mi interior sin ni siquiera alcanzar el esófago.

—Un sueldo habrá, ¿no?

—Supongo.

—Diez pesetas al día te pagaban cuando serviste en el ejército de la República, Eduardo. —Y pareció que su rostro había despuntado, que el color había vuelto a él. Yo no había montado en cólera al leer la circular, no había despotricado contra mi suerte, que era la suya propia, no había perdido los papeles. Había mantenido un ademán inescrutable. Eso significaba, debió de pensar ella, que lo que había leído no era tan malo, ¿no?—. Diez pesetas al día. Eso es más o menos casi trescientas pesetas al mes, hijo, duro arriba, duro abajo.

—Ya.

—Y… ¿qué vas a hacer?

—No tengo ni idea, madre. Lo único que sé es que tengo que estar en el juzgado el lunes próximo.

—¿El lunes? ¿Tan pronto?

—Sí.

—¿Te tengo que limpiar el uniforme?

—No lo sé, madre, de verdad que no lo sé, ¿qué quieres que te diga?, y tampoco sé si puedo dejar de ir, ahora mismo estoy hecho un lío, no puedo pensar con claridad. Y no querrás que vaya a un juzgado con el uniforme del ejército rojo… Y, por cierto, ¿cómo se te ha ocurrido guardar ese uniforme?… Todo esto es…, cielo santo…, no sé ni cómo llamarlo…, una locura. Han pasado tantas cosas en tan poco tiempo… No sé si tengo sitio en la cabeza para más noticias como esta.

—Pero bueno, por lo menos no te mandan otra vez a la mili —dijo mi madre, acercándoseme, tomándome las manos, intentando darme ánimos, como si me viera a punto de venirme abajo. No lo estaba, sin embargo. En mi cabeza, a pesar de la conmoción que experimentaba, seguía dándole vueltas a la pregunta de si podría haber algo bueno en todo aquello—. A Sierra Morena o por ahí, donde dicen que aún quedan guerrilleros. O maquis, como los llaman. Un juzgado es otra cosa, ¿no, hijo? Y si te dan un sueldo, pues mejor que mejor. Porque yo no quiero agobiarte, líbreme Dios, bien lo sabes, que yo vivo con cualquier cosa, y si me muero, ¿qué más da?, edad tengo, pero es que así no podemos seguir, Eduardo. Cada día me es más difícil buscar algo con que poner la mesa. Y yo ya no puedo hacer más, estoy tan vieja, y tan cansada, hijo.

Y se echó a llorar. La abracé, sin saber si lloraba de pena, de cansancio o simplemente de alivio.

La reacción de Marisa cuando ese sábado le di la noticia fue de resignación. Y me asustó que se estuviera acostumbrando a resignarse, ella, que tan vital, tan dinámica era, y tan optimista. Después de mi liberación y del reencuentro, se había mostrado feliz, dispuesta, más que a integrarse en mi vida, a reintegrarme a mí en la suya. Y había sido lógico, porque, entre ambas vidas, una, la de ella, la de la victoria, la de la prosperidad, la de la pujanza, y otra, la mía, la de la inseguridad, la del pasado escarbando con sus garras ponzoñosas el presente, la de los madrileños de la ciudad

sitiada, la de la privación, la de la carencia, la elección estaba clara. Cualquiera con dos dedos de frente habría saltado de alegría por poder formar parte de la vida de la familia Villamón. Yo, en cambio, para quien nada estaba claro en esos días, sino todo lo contrario, negro como un nubarrón, había opuesto mi tozudez a la ilusión de ella, mi terquedad a la promesa de esa vida mejor que Marisa representaba, mi voluntad de seguir con mi vida y no convertirme en un apéndice de la de ella, a la seguridad de Marisa, que tenía la certeza de saber lo que era bueno para nosotros y lo que no, que estaba convencida de que la vida que nos esperaba no podía discurrir por caminos inciertos. Pese a ello, había soportado con resignación mi negativa a trabajar para su padre, había intentado confortarme cuando fue testigo de cómo mis empeños por recuperar mi profesión, por reincorporarme a mi oficio y a mi antiguo mundo del derecho naufragaban, me siguió queriendo cuando todo en mí olía al aroma rancio del fracaso.

—¿Y tú qué piensas? —me preguntó.

Me limité a encogerme de hombros. Seguía sin responderme a aquella pregunta que navegaba por mi interior: ¿podría haber algo bueno en todo aquello?

—Me extrañaría mucho que te apeteciera trabajar para la justicia militar, ¿no? —prosiguió ella, con algo de sarcasmo resonando en el tono resignado de su voz—. No creo que sea mejor que trabajar en una de las empresas de mi padre, la verdad.

—Eso ya es un capítulo cerrado, Marisa.

—Así que vas a ir el lunes a ese juzgado militar…

—¿Qué otra cosa podría hacer?

—Hablaré con mi padre, si quieres —me propuso; y añadió de inmediato, ya sin rastro alguno de ironía en sus palabras —: Si no te molesta, claro. A lo mejor puede hacer algo, orientarte, ver qué puede pasar, saber si tienes elección. Conoce a mucha gente, como bien sabes, y si no estás cómodo con ese empleo, si piensas que no es lo tuyo…

Fui a negarme, a impedir que de nuevo mi suerte dependiera de los designios de Jenaro Villamón, pero no lo hice. La verdad es que ni siquiera sabía lo que quería. Aunque pensara que ese

empleo no estaba hecho para mí, lo cierto era que, disuelta definitivamente la burbuja de rebeldía que me borbotó en las entrañas cuando recibí la comunicación del departamento de quintas, no alcanzaba a discernir con certeza absoluta si ese ofrecimiento inesperado era plato o no de mi gusto. Por un lado, estaba la cara amarga de ese plato: servir a quienes me habían condenado, ser degradado a simple auxiliar de justicia, cuando yo era abogado, licenciado en Derecho; a cabo, cuando había sido teniente en el ejército republicano, aunque solo hubiese sido de chiripa y durante unos pocos meses; tener que soportar a gente como el capitán Querol o el teniente Poveda, aquel enano presuntuoso que me había delatado; vivir en un mundo que no era el mío, en el que me sentiría sin ninguna duda extraño. Y, por otro lado, estaba su cara más deseable: un sueldo al mes, no sabía de cuánto, pero cualquier funcionario subalterno ganaba como mínimo trescientas pesetas mensuales; un trabajo fijo, rescindir el arrendamiento del bufete, del que seguía debiendo varias mensualidades, tener un horario, una rutina, algo que hacer cada día, no pasarme horas y horas aguardando a clientes que no llegaban, rumiando desaliento; y, además, aun desde la modestia de ese puesto subalterno que se me ofertaba, tal vez, ¿por qué no?, un simple auxiliar tendría medios para echar manos y hacer favores, podría ayudar a gente como Antolín Pérez o Ventura León, que seguro que estaban cumpliendo condena en cualquier prisión madrileña o sabría Dios de qué pueblo perdido de España, o en un batallón de trabajo, o a gente como los presos que conocí en Porlier, la mayoría de los cuales no disponía, como yo dispuse, de un teniente auditor joven y con acné y que se sabía de memoria el Código de Justicia Militar y, sobre todo, que estaba lleno de buena voluntad y buenas intenciones, como el teniente Palomares, que se preocupara por su causa.

—Dice papá que no puede hacer nada —me comentó Marisa, cariacontecida, algo avergonzada, cuando nos vimos el domingo para ir a misa y pasear después; en cuanto la vi supe que había llorado—. Y yo no sé si es o no verdad, no sé si podría hacerlo, hablar con Leandro del Prado o con cualquiera de sus amigos del

Gobierno, conoce a generales, a coroneles, por sus negocios, no sé si es que no puede o que no quiere, pero es que está muy enfadado contigo, Eduardo, y yo también me he enfadado con él por no ayudarte, y me ha gritado y yo le he gritado a él.

—No te preocupes, mujer, no pasa nada —intenté consolarla. Le pasé el brazo por los hombros y ella se pegó a mí, buscando mi calor, mi consuelo. Para mi sorpresa, porque pensaba que yo no era de esos, me dije que era así como ella más me gustaba: necesitada de mi aliento, y no dominante; de mi amparo, y no imponiéndome rumbos—. Ya sabré arreglármelas, Marisa, tú déjame a mí, ¿vale?

—Papá me asegura —prosiguió ella— que ha telefoneado a un militar con quien mantiene amistad, un general o algo así, uno de los que se dedican a intendencia y con el que papá negocia en sus empresas. Y me dice que le ha aconsejado que ni se le ocurra entrometerse. Asegura que la cuestión es un asunto de Estado. Por lo visto, en noviembre del treinta y seis, cuando Franco pensaba que la conquista de Madrid era pan comido, se previó la creación de dieciséis juzgados instructores y ocho consejos de guerra, pero que las previsiones se han desbordado y no sé cuántos hay ahora en Madrid, el doble o el triple, y que aun así no dan abasto. Y que faltan jueces, abogados, fiscales, auxiliares, de todo… Y eso que poco después de finalizar la guerra se cursó orden a todos los oficiales de carrera de Madrid que hubieran ejercido en tribunales militares antes del alzamiento para que se presentaran ante las autoridades pertinentes para su reenganche. Y que ni así… Y que por eso se ha dictado esta orden llamando a filas obligatoriamente a abogados y jueces civiles, para que ayuden a los tribunales militares, que están desbordados. Eso es lo que me cuenta, Eduardo, y que no puede hacer nada, lo siento, ojalá pudiera contarte otra cosa distinta, pero qué va, no sabes lo mal que me siento por no poder ayudarte. Vamos, que…

—Ya te he dicho que no te preocupes, venga. Aunque, de todas formas, con lo que me cuentas me asalta una duda. Yo serví en el ejército de la República, Marisa, no creo que Franco quiera que sus juzgados estén servidos por oficiales del ejército

republicano.

—Eso mismo le dije yo a papá. Y, por lo visto, es que es eso, que también están reclutando forzosamente a abogados republicanos, y no quiero decir que tú lo seas, entiéndeme, yo siempre he pensado que a ti no te interesaba la política, solo la abogacía. Y que tú no eres ni republicano ni nada. En fin. El caso es que hasta me puso un ejemplo.

—¿Un ejemplo?

—Sí, porque lo que me decía era increíble. ¡Abogados que estuvieron en el ejército rojo sirviendo en los tribunales militares del ejército nacional, en el Cuerpo Jurídico Militar! ¿Te lo puedes creer? Pues me habló de…, a ver, de un tal López Masot, sí, creo que sí, que así se llamaba. Pues el caso es que este hombre, ese tal López Masot, según le contó como ejemplo el general con quien habló, era comandante del ejército republicano en el sector de El Escorial, y fue detenido al acabar la guerra, juzgado y condenado a un año de cárcel. Casi como tú, ¿lo ves? Pues, a pesar de eso, también ha sido reclutado para el Cuerpo Jurídico y ahora está sirviendo en un tribunal de Cuenca. ¡En Cuenca! A ti por lo menos no te han mandado a Cuenca, Eduardo, que ya sí que hubiera sido para morirse.

—¿En qué carajo estás pensando, si puede saberse? Aquí no tenemos tiempo para embobamientos, machote.

La voz del sargento barrigón me devolvió a la realidad. Frunció el ceño y sus ojos se ensombrecieron más que nunca bajo sus cejas enmarañadas y sobresalientes. Paseé la vista por la gran sala donde se amontonaban mesas y legajos. Altos techos, baldosas desgastadas, zocalillos endebles, cortinas raídas, la fragilidad precipitada y reciente. En ese espacio, recordé, había estado antes un juzgado de primera instancia. Ahora, en vez de togas y puñetas, había uniformes y pistoleras.

—En nada, no se preocupe. Y dígame, ¿cuál será mi trabajo aquí, en este juzgado?

El sargento dio una calada de su cigarrillo sin filtro, expulsó el humo haciendo circulitos temblorosos, buñuelos blanquecinos y efímeros que escalaron hasta la cúspide del techo para fundirse con

las molduras y la cal, y aplastó después la colilla en el cenicero.

—Fácil —respondió, sacando otro cigarro del paquete y encendiéndolo. El humo esta vez salió de su boca en una bocanada espesa, en una vaharada que me envolvió—. Y más para ti, que eres abogado, y que digo yo que algo sabrás de pleitos. Escribir a máquina o a mano cuando se tercie, redactar providencias, preparar autos, requisitorias, hacer lo que te manden, en definitiva. Oséase, preparar la hoguera donde asar a los rojos, ¿te queda claro?

Me tragué la respuesta que me asomó a los labios. Tuve que hacerlo para no gritarla. La mastiqué cuidadosamente hasta sentir que no era más que una pulpa salobre y espesa y después me la tragué. «La justicia se imparte, no se incendia, por Dios». Miré al sargento con una expresión en la que la que no pude evitar que apareciera algo parecido al asco. El sargento Valiente, que volvió a expeler una fumarada de humo que me llegó hasta la garganta, arañándola, se atragantó con una risa gorgoteante que desembocó en una tos flemática y pegajosa.

Me dije que no debía haber acudido esa mañana a ese juzgado militar, que debía haberme negado, justificar como fuera mi negativa, huir de ese mundo que, bien lo sabía, podía acabar con la poca autoestima que me quedaba.

Pero ahí estaba: cabo auxiliar de justicia en el juzgado militar permanente número 5 del número uno de la calle del General Castaños.

De nuevo, dejándome llevar.

—Y ahora, al trabajo, pajarito —me ordenó el sargento, cuando la tos amainó—. Pero antes te tienes que cambiar esa ropita de burgués izquierdoso que llevas. Ya verás, ya verás lo bien que te va a caer a ti el uniforme, como Paco Valiente que me llamo.

23

«¡Estos son sesos de fascista!»

Al igual que el perro dócil se acostumbra a las palizas del amo desalmado, me fui poco a poco acostumbrando a aquella rutina del juzgado militar. Proust, a quien tanto admiraba Roberto Calero, había dicho que la costumbre es una segunda naturaleza que destruye a la primera. En esos días, y aunque yo no era particularmente amigo del estilo de Proust, demasiado moroso y decadente para mi gusto, no pude dejar de reconocer que, cuando había dicho eso sobre la costumbre, llevaba más razón que un santo.

Esa rutina del juzgado militar se convirtió en una costumbre que estuvo a punto de destruir mi verdadera naturaleza. Fuera esta cual fuera, porque, en esos días de caos, ni de mi propia condición estaba seguro. De lo que sí estaba seguro era de que yo tenía poco que ver con lo que se vivía, con lo que pasaba y con las consecuencias de lo que se hacía en ese juzgado militar. Yo, que había mamado el derecho desde pequeño, que había sido educado en el respeto a la ley, concebida como la distinción entre lo justo y lo injusto, como había dejado dicho el gran Cicerón; nacida como la expresión de una norma moderada y alejada de todo exceso; pensada para procurar el bien común, me sentía un extraño en la vorágine de aquel juzgado donde todo giraba alrededor de unos procesos sumarísimos en los que la defensa del inculpado era una mera ficción, en los que la presunción de inocencia era una entelequia y en los que todo estaba dispuesto para la más severa de las condenas.

Llegaba a las ocho de la mañana a la calle del General Castaños, vestido con mi uniforme y mi gorra. «Pero qué reguapo

que estás, Eduardo, ay, que pareces un San Luis», me dijo mi madre cuando me vio de esa guisa por primera vez. «Por Dios, déjame en paz, no te burles de mí, que no estoy yo para bromas», le había espetado yo, malhumorado, entre otras cosas porque había comprobado que la orden de incorporación al juzgado era irrecurrible y de obligado cumplimiento. Seguía sin saber a esas alturas si mi alistamiento era algo bueno o malo, pero lo que sí sabía era que, una vez más, no se me permitía elegir.

—Pues no sé qué es peor, Edu, si aguantar a los cabrones de los militares o al hijo de puta de mi gestor, que me tiene frito —me dijo Calero cuando conoció la noticia de mi reclutamiento como auxiliar de justicia—. Al fin y al cabo, los militares tienen una fama de vagos que te cagas, así que no creo que te den mucha guerra e igual te llevas todo el día a la bartola, cabrón, que hasta para eso vas a tener suerte. Y trescientas macuquinas al mes, que no es moco de pavo, macho, que yo no las gano ni sisando el dinero para sellos en la gestoría. Oye, Edu, ¿tú no podrías hablar con tu suegro para que me enchufe a mí también? Total, yo, depurado, y tú, preso rojo recién liberado de Porlier, tampoco hay mucha diferencia, ¿no? O, mejor dicho, que con la que hay salgo yo ganando, ¿o no, machote?

—Eh, eh, un momento, Roberto, ¿por qué has dicho eso del padre de Marisa, que, por cierto, para que te enteres de una puñetera vez, no es mi suegro? ¿Es que acaso sabes tú algo que yo no sé? ¿Por qué hablas de enchufe? ¿Es que Villamón ha tenido algo que ver en esto?

—Edu, cojones, disculpa, yo había dado por hecho que…

—Pues no des por hecho lo que no sabes, ¿estamos?

—Lo que tú digas, pero ¿no podrías hablarles de mí a los militares? Con tal de salir de la gestoría soy capaz de lo que se tercie, hasta de ponerme esa mierda de gorra que llevas, que te cae como un pedo, Edu, cojones.

Lo que había dicho Calero no era verdad. Ni Villamón había tenido nada que ver en mi reclutamiento —así me lo juró y perjuró Marisa, y yo la creí— ni en el juzgado se estaba mano sobre mano. Todo lo contrario. Allí había trabajo para dar y para regalar y

apenas tiempo para fumar un cigarro los que lo hicieran, o para leer la prensa diaria los que no.

Ocupaba una mesa en el fondo de la sala, rebosante de expedientes, legajos, carpetas, papeles de calcos, lápices, plumas y mil cosas más. Tenía sobre ella una agenda de mesa, un libro de formularios —*Leyes penales militares*, de Rafael Díaz-Llanos Lecuona, recién salido de imprenta—, y una máquina de escribir con cuya tinta me manchaba los dedos cada día y me obligaba a gastar el jabón Lagarto que no teníamos intentando limpiarme las uñas de la mugre negra cada noche. A las diez y media paraba para desayunar un café y un bocadillo en una cantina de la misma calle que ofrecía precios especiales a los militares de los juzgados, y a las once regresaba de nuevo al tajo, hasta las tres de la tarde. Entre la hora de llegada y la de salida, y salvo esa pausa para el desayuno, el día era un no parar: a cada instante recibía documentos y órdenes, la mayoría de ellas de un comandante apellidado Salmerón, de carácter ácido como los pomelos, calvo y con bigote, que tenía una rodilla destrozada que lo traía a mal traer y un alza en el pie izquierdo de resultas de un accidente sufrido en una moto con sidecar. El comandante Salmerón era el secretario del juzgado y estaba encargado de extender y autorizar todas las actuaciones judiciales. Eso en teoría, porque en la práctica todas sus funciones las realizábamos los seis auxiliares de justicia que trabajábamos en el juzgado, que no parábamos un minuto: teníamos que abrir los sumarios, colocar las cubiertas a las causas, escribir en esa carátula, con letra clara y redonda, el nombre del acusado, el número del proceso, los nombres del juez y del fiscal, numerar correlativamente las hojas del procedimiento, excepto las que quedaban en blanco, que había que inutilizar con una larga raya cruzada en tinta azul; dividir los sumarios en rollos o piezas separadas cuando así lo exigiera el volumen de las actuaciones, pero sin interrumpir la foliación general; unir a la causa los documentos que se referían a los autos; escribir sin abreviaturas, encabezar todas las actuaciones y declaraciones con la fecha en que se practicaban, anotar al margen de las diligencias su objeto, nombre y apellidos del testigo o procesado y número de

orden de la declaración; si se desglosaba un documento, había que colocar un pliego en el sitio que antes ocupaba, expresando los datos necesarios para identificar el documento desglosado; practicar las notificaciones, citaciones y emplazamientos; hacer constar la entrega de los autos al defensor y una larga lista de tareas tediosas que no parecían acabarse nunca. Había miles y miles de expedientes y sumarios. Rara era la semana en que no tenía que acudir al juzgado dos o tres tardes para acabar trabajos pendientes, y cada día llegaba a casa extenuado. De cuerpo y de espíritu. Al tener que llevar a cabo todas estas tareas, tenía que leer denuncias, escritos de acusación, testimonios, escritos de defensa y, de vez en cuando, sentencias, cuando había que unir dictámenes de la superioridad confirmando o revocando las dictadas. A las pocas semanas de estar allí, ya tenía pánico de embrutecerme, de que todas las atrocidades de las que me veía obligado a impregnarme, de unos y de otros, de acusados y de acusadores, de rojos y de azules, de lo que unos habían hecho y de lo que otros ahora les hacían, me resbalasen por el alma como un aceite espeso que no dejara ni rastro de angustia en mi corazón. De que este se me convirtiera en pura piedra, en una roca maciza impermeable a las miserias humanas, a la caridad incluso, a la misericordia, al dolor y a los padecimientos ajenos. Me apercibí de ese riesgo cuando, insensible, como anestesiado, sin inmutarme, sin que la sangre me bullera en las venas, a los cuatro o cinco meses, sería por julio o agosto del cuarenta, de estar sirviendo en el juzgado militar permanente número 5, tuve que estar presente en la declaración de un testigo en la causa contra un miliciano cenetista apellidado Cardoso:

—Sí, sí, fue él, el llamado Cardoso —había depuesto el testigo, un hombrecillo llamado Martín Ramírez, domiciliado no muy lejos del juzgado, en Fuencarral—. Cardoso, el día 6 de julio de 1937, asesinó a mi primo llamado Tomás Revuelta, que vivía en la calle de San Mateo, cerca del Museo Romántico, por el simple hecho de que decía que había estado afiliado a Acción Católica. Lo mató a cuchilladas, yo hablé con tres personas que estaban cerca y lo vieron, y no contento Cardoso con eso, después de muerto mojó

pan en su masa encefálica desparramada diciendo: «¡Estos son sesos de fascista!». Y tuvo el estómago de tragarse el pan empapado en los sesos de mi pobre primo. Y después violó a su hija de catorce años llamada Adelina, que se quitó la vida en noviembre de ese mismo año.

O cuando tuve que asentar, y leer, también casi anestesiado, intentando no escandalizarme por la desmesura, por la injusticia de la resolución, una sentencia en una causa seguida por delito de rebelión militar contra un hombre y una mujer, matrimonio, llamado Pastor él y Margara ella, por una acusación que había vertido contra ellos un vecino del bloque de enfrente, en Vallecas: «… y en la calle donde él vivía tenían casi enfrente una vivienda los encausados, Pastor y Margara, de cuyos apellidos no se acuerda, o nunca los supo, aunque todos en el barrio los conocían como "los Locos", que nada más se asomaban a las ventanas ya estaban insultando y lanzando improperios de toda clase, contra Dios y contra Franco y contra su glorioso ejército. Refiere el deponente que estos mismos decían: "¡Vamos al frente!". Y volvían a los pocos días con objetos, seguramente de poco peso, pero de valor, escondidos en los bolsillos, probablemente robados a los cadáveres». La condena, la muerte en el paredón. La muerte, por robar unas baratijas, si es que en verdad las habían robado. Porque, salvo esa declaración, ninguna otra prueba había contra esos desdichados, contra esos dos locos, Pastor y Margara.

Tomé nota de todo, leí todo, sin soliviantarme, sin que el alma se me rompiera en pedazos, intentando que lo que escribía no traspasase la capa a punto de cuajarse de mi corazón; yo, que siempre hasta entonces había sido una persona sensible y proclive a hacer mías las penas de los demás. Eso es lo que provocaba esa justicia aterradora. Por lo que unos habían hecho. Por lo que otros hacían.

Y así un día y otro, una semana tras otra, un mes y otro mes. Conteniendo a duras penas la indignación, desazonado, sin hallar allí a nadie que compartiera mi congoja, sin tener a un solo amigo con quien congeniar, sin encontrar en ese juzgado militar, sino muy al contrario, a nadie que mostrara una mínima conmiseración

ante tanta desgracia y tanta injusticia. Y, muy a mi pesar, toda esa contención fue poco a poco endureciéndome el corazón como pan negro del mes pasado.

El juez instructor del juzgado militar permanente número 5 era un coronel auditor llamado Juan Santapola. Retraído, aparentemente tímido a pesar de sus galones, era exigente y puntilloso en el trabajo, perfeccionista. Enseguida se dio cuenta, según más tarde pude colegir, de mis aptitudes para el puesto. Los otros cinco auxiliares judiciales —dos soldados rasos, dos cabos y el sargento Valiente— carecían de formación jurídica, y en cuanto el coronel Santapola advirtió que yo, después de los primeros titubeos, conseguía hacerme sin excesiva dificultad con los pormenores de la tramitación de los procedimientos sumarísimos y sumarísimos de urgencia que se ventilaban en el juzgado, comenzó a depositar en mí su confianza. A ello se unía la circunstancia de que, mientras yo aparentaba permanecer distante, como sin dejarme salpicar por sus residuos hediondos, de los hechos que motivaban esos procedimientos, los demás parecían regodearse en las desgracias ajenas, en los detalles sanguinarios de conductas y actos, en el peso, tantas veces desmedido, de la maza de la justicia sobre los sometidos a proceso. Era habitual, en aquella sala de la calle General Castaños, número 1, entre el tableteo cacofónico de las máquinas de escribir, escuchar las carcajadas del sargento Valiente cuando le daba por leer en voz alta atestados especialmente crueles o el relato de hechos probados de sentencias encarnizadas. Carcajadas que siempre eran secundadas por las risotadas medio histéricas del cabo Antúnez, grande como un ropero, de proverbial torpor, que con sus manazas ya había hecho saltar varias teclas de las pobres máquinas Olympia que se ponían a nuestra disposición; y por las del soldado Verdú, de boca húmeda y rijosa, ojillos de sapo, de quien se decía manoseaba, y sabía Dios qué más cosas les hacía, a las presas que tenían la desgracia de ser conducidas a ese juzgado para cualquier diligencia.

—Y tú, ¿por qué coño no te ríes, Peña? —me espetó en una ocasión el sargento Valiente, desabrido y al mismo tiempo lagrimeando de pura risa después de palmotear efusivamente en la

espalda a un agente de policía adscrito al Tribunal de Responsabilidades Políticas de la calle Atocha, 89, que había relatado cómo un rojo detenido el día anterior, un panadero trotskista de Carabanchel, se había cagado y meado en el calabozo sin que los interrogadores le hubiesen puesto todavía la mano encima, «Y no sabéis cómo nos ha dejado el *joputa to* aquello, llenito de *meaos* y de mierda, y no os podéis ni figurar la carita de su señoría cuando vio el desavío, *pa* descojonarse, vamos»—. ¿No te hace gracia?

—Sí, mucha gracia, sargento. Una gracia horrorosa.

—¿Te estás burlando de mí, pollito? ¿Qué pasa contigo, chaval? ¿Tú de qué vas, Peña?

—De nada, sargento. Eso, que me he muerto de la risa, ya ve usted, y por eso me he quedado así.

Fuera por mis aptitudes o por mis actitudes, no habría sido capaz de decidirme por una u otra posibilidad, aunque me daba que era más por las segundas que por las primeras, pues había sorprendido en más de una ocasión un rictus de contrariedad en su boca al escuchar algunas de las lindezas de sus auxiliares, el juez Santapola siempre recurría a mí cuando el comandante Salmerón, el secretario judicial, se daba de baja por los dolores y las calenturas que sufría por consecuencia de su pierna mala, algo que sucedía con muchísima frecuencia. Y esa ayuda que asiduamente se me requería por parte del juez instructor no era solo para que pasara alguna resolución a máquina o para que me encargara de alguna diligencia judicial, sino para que lo acompañara en sus desplazamientos a las cárceles madrileñas cuando tenía que acudir a ellas para tomar declaración a los presos, para notificarles los autos de conclusión del sumario o para cualquier otro trámite.

La primera vez —fue a finales de julio del cuarenta, poco después de la conmemoración del primer aniversario del alzamiento, con más de diez mil miembros de la Central Nacional Sindicalista congregados para festejarlo en el paseo de Coches del Retiro— que ambos, en su auto oficial, salimos del juzgado para visitar una de las cárceles de Madrid, temí que nuestro destino fuese la arquitectura sombría e imponente de Porlier. Me asustó

reencontrarme con mis fantasmas, con los días más oscuros de mi vida. Esos temores se disiparon cuando observé que el coche tomaba el camino de Malasaña, y adiviné que nuestro destino era la cárcel que se había habilitado en el antiguo convento de las Comendadoras. Allí, entre sus muros ocres ennegrecidos que ya no olían a incienso, sino a mugre, sudor y enfermedad, y donde ya no se oían ni los laudes ni letanías de las monjas, sino lamentos y un silencio más estremecedor que esos lamentos, reseñé la declaración de seis presos, cinco acusados de rebelión y uno de auxilio a la rebelión. Uno de ellos —tardaría mucho, si es que lo conseguía, en olvidar su gesto ingenuo y esperanzado— adujo en su defensa que era obrero especializado, que se había convertido en la cárcel a la fe católica y que formaba parte del taller de arte religioso que se había puesto en marcha en las Comendadoras. Para poco le sirvió, huelga decirlo.

La segunda vez que acompañé al juez Santapola en sus visitas carcelarias fue a principios de agosto, un día de un calor espantoso. En esa ocasión nos desplazamos a la cárcel de Conde de Toreno, muy cerquita de la plaza de España; el primer preso que nos llevaron al locutorio era un asturiano de mirada ceñuda, gesto adusto, que desprendía hosquedad como si fuera el olor de su carne; mantuvo un silencio tenaz ante las preguntas del juez, negándose hasta a confirmar su nombre. «Como tú prefieras, hijo, yo no te puedo obligar, si lo quieres así, así será. Cabo, haga constar que el preso se niega a declarar, y que pase el siguiente».

La tercera vez que salimos me di cuenta de inmediato, por la dirección que tomó el coche, de que íbamos a Porlier. Recuerdo que, poco antes de llegar, en la penumbra del vehículo, cuando transitábamos por las calles del barrio de Salamanca, intactos sus edificios como si la guerra no hubiese pasado por allí, sentí sobre mí la mirada curiosa del juez Santapola. Lo miré a mi vez, pero el coronel escondió la mirada con una mueca inescrutable en su cara larga seccionada por un fino bigotito canoso. Allí, en Porlier, caminando por sus pasillos con la cabeza gacha, temí y a la vez deseé encontrarme con mis antiguos compañeros de encierro: el brigada Espejo, aquel manchego circunspecto; el teniente Mascaró,

el comunista mallorquín; el capitán Moraleda; aquellos presos que me golpearon en el patio porque sospechaban que era un infiltrado a los pocos días de mi llegada. «¿Qué habrá sido de ellos?», me preguntaba en silencio mientras aguardaba en el locutorio lúgubre de Porlier. «¿Seguís por aquí?, ¿cumplisteis condena?, ¿os alcanzó, como a mí, un indulto liberador?, ¿u os rendisteis a la enfermedad, al hambre, a la desesperación, y ahora yacéis en un cementerio desconocido, en una fosa común sin nombres y sin lápidas?». Pero no me topé con nadie a quien reconociera. Cuando terminamos las diligencias y las indagatorias y recorríamos de vuelta los corredores de Porlier, uno de los internos me pareció, desde lejos, el teniente Mascaró, el que aseguraba que era capaz de matar por un bocadillo de sobrasada y una cuña de queso de Mahón y que decía estar hasta los huevos del salchichón que le traía a la cárcel su novia madrileña. Pero no, no era. Aquel preso, aunque de contextura parecida, no tenía la mirada brava de aquel mallorquín indómito, era una mirada amilanada por tanto encierro, tanta condena y tanto padecimiento, aunque ¿cómo sería ahora la mirada del teniente Mascaró?, me pregunté; tal vez también arredrada y apocada, turbia por la rendición y el sometimiento, ni rastro en ella del coraje de antaño. A la salida de la cárcel, justo en el portón de acceso, el juez Santapola me preguntó:

—¿Es verdad lo que se dice…? —No me miraba al hablar, tenía sus ojos fijos en la claridad que nos esperaba, una claridad electrificada por el calor de agosto, timbre neutro en su voz cascada por los puros habanos que solía fumar—. Que estuvo usted aquí, preso…

—Es verdad, mi coronel —contesté, sin sorprenderme, porque, no sé exactamente la razón, esperaba desde hacía días esa pregunta del juez—. Fui condenado y estuve aquí varios meses.

—Ya.

Aguardé la siguiente pregunta —«¿Por qué fue usted condenado?, ¿a cuántos años?, ¿cómo lo lleva?, lo de haber estado preso aquí, digo, y regresar ahora como auxiliar de un juez»—, pero esa pregunta jamás llegó. Fui a hablar, incapaz de soportar ese silencio de Santapola, a explicarme, a justificarme, pero el juez,

al mismo tiempo que asía la manecilla de la puerta del Ford, adelantándose al chófer que descendía del vehículo para abrirle la portezuela, no me lo permitió.

—No es necesario que me cuente nada, cabo —dijo, y se introdujo en el coche—. Al juzgado, de vuelta —ordenó al chófer. Y me quedé sin poder explicarle lo que había ocurrido, lo que… Aunque ¿qué iba a contarle?… ¿Que mi condena fue injusta?, ¿que jamás fui republicano?, ¿que ahora era un fiel seguidor de Franco y un leal asistente de su justicia?, ¿y ver después en el espejo retrovisor del coche la mirada de decepción, de tremenda decepción de nuevo, de mi madre reflejada en mis propios ojos? ¿Y qué habría dicho Clara, la miliciana, si pudiera haber oído esas palabras? ¿Qué habría sido de ella? ¿Viviría? ¿O yacía ya su cuerpo, ese cuerpo creado para el placer y la vida, sin vida en un cementerio cualquiera?

Agradecí ese silencio del juez Santapola más, infinitamente más que la palabra de indulgencia que sus labios no habían articulado.

* * *

Así transcurrió 1940, sumido en esa rutina perniciosa que amenazaba con embrutecerme. Perniciosa y huera, pues no pude cumplir con ninguno de los propósitos con los que había justificado ante mí mismo mi aceptación sin protesta del giro que mi vida había dado: poder ayudar a quienes, como yo las había sufrido, padecían las iniquidades de un sistema de justicia militar en el que la absolución o la magnanimidad eran bienes tan infrecuentes como un besugo en las pescaderías de Madrid. Un auxiliar de justicia como yo, un simple cabo, de mala manera podía hacer apenas nada en favor de los presos a los que me veía obligado a interrogar en mis visitas carcelarias con el juez Santapola. Si acaso, suavizar unas palabras, una manifestación inoportuna, omitir alguna frase, pero poco más. Y más de una vez lo hice, siempre que no se tratara de crímenes de sangre: suprimía de una declaración afirmaciones del preso que sabía que, de constar por escrito, le

iban a perjudicar gravemente en su consejo de guerra; en otras ocasiones, escribía palabras de mi propia cosecha para dar sentido a declaraciones ambivalentes; en otras, clarificaba asertos intrascendentes que, a pesar de su nimiedad, podían ser malinterpretados, a lo que tan dados eran los fiscales auditores; y había veces en que, simplemente, transformaba afirmaciones jactanciosas en excusas más o menos llevaderas, como, por ejemplo, cuando, una vez, un preso de las Comendadoras sostuvo con arrogancia que: «Yo lo que hice fue servir en el ejército de España», refiriéndose al ejército rojo; en cambio, yo escribí: «Yo lo que hice fue servir en el ejército que me tocó por el lugar en que vivía». Y cosas como esas, que suponía pasarían desapercibidas, pero que, a lo mejor, podrían ayudar al encausado. Sin embargo, en absoluto me sentía satisfecho con tan poca cosa.

Al final, a pesar de todo ello, me había convertido, no podía negarlo, en un engranaje más, minúsculo pero eficiente, de la pesada maquinaria de la justicia de Franco.

—¿Cómo lo llevas, Eduardo? —me preguntó una tarde Marisa, cuando ya llevaba un buen tiempo sirviendo en el juzgado militar permanente número 5.

Era la primera vez que se interesaba por mi nuevo trabajo de esa forma directa. Hasta entonces, habíamos pasado, ambos, por los detalles de mi nuevo empleo como por un puente sobre arenas movedizas, de puntillas. Mi madre sí, mi madre me había preguntado enseguida, el primer día, en cuanto regresé de la calle del General Castaños, hecha un manojo de nervios, «¿Qué tal, hijo?, anda, cuéntame, que he estado todo el día en ascuas, ¿crees que podrás soportarlo?, tan malo no debe de ser, ¿no?»; «Bien, bien, no te preocupes; podré»; «¿Y sabes ya lo que te van a pagar? ¿Te han dicho algo del sueldo?». Mi madre sí, pero Marisa no. Ella sabía que esa nueva vida, sin ser mala, era para mí una losa cuyo peso no se iba a aliviar por hablar de ella.

—No he querido decirte nada hasta ahora, Eduardo, pero te veo triste.

Era una tarde de mayo cuando Marisa me hizo esa pregunta. Posiblemente la primera tarde que no había tenido que acudir al

juzgado militar, aunque no lo recuerdo con certeza. Sí recuerdo que volvíamos del cine de ver una película, una de Myrna Loy y Clark Gable, *Vuelo nocturno*, en el Astur Cinema, y que habíamos quedado sobrecogidos con las imágenes de la guerra en Bélgica en el noticiero, los carros tirados por mulos con familias encima acarreando sus pertenencias en busca de un lugar alejado de las bombas y de la muerte. Marisa contempló esas imágenes con ambos puños en los labios, como conteniendo el grito. A mí me recordaron a Madrid a finales de marzo del treinta y nueve. Luego habíamos ido a cenar al Lion d'Or, en la calle de Alcalá. Para entonces ya había cobrado mi primer sueldo, doscientas ochenta y cinco pesetas con el descuento por el uniforme. Poco a poco intentábamos recuperar nuestra vida y nuestra relación. Fue allí, delante de un plato de calamares a la romana, donde ella me hizo esa pregunta, «¿Cómo lo llevas, Eduardo?».

—No, no estoy triste. Es solo que me cuesta, todo es nuevo para mí, pero me voy acostumbrando. —No le quise contar, para qué, que lo malo era eso precisamente, acostumbrarme a lo que veía y leía, a las atrocidades que contenían los sumarios y las sentencias, que el corazón se impermeabilizara ante tanto horror, aun a costa de que sus paredes se convirtieran en cemento—. Supongo que más o menos bien.

—Uf, no sabes cómo me alegro. —Ella no había reparado en que yo había pronunciado esas palabras, ese «supongo que más o menos bien», con el tono de voz del enfermo que, después de un diagnóstico fatal, le cuenta al médico que será capaz de sobrellevarlo. Marisa hizo una pausa, me miró, pero enseguida bajó los ojos, se dedicó a cortar un calamar en trozos pequeños y simétricos—. Entonces, si todo va bien, ya tienes un sueldo, una ocupación fija —dijo después, con los ojos fijos en el plato, como si contara los trozos del calamar—, podríamos hacer planes…

—¿Planes?

—Pues… sí. Claro.

—¿Qué planes, Marisa?

—Pues… sobre nosotros, sobre el futuro, todo eso…

—No sé si consigo entenderte.

—¡Ay, Eduardo, hijo! —Levantó la mirada y la voz, y su timbre provocó que algunos parroquianos del café la observaran, alarmados. Eran los tiempos en que en los sitios públicos, bares, cafés, restaurantes, se hablaba en voz baja, nadie sabía quién podía escuchar lo que se decía, los policías del SIPM y los de la Brigada de Costumbres solían infiltrarse entre los clientes de esos establecimientos, y de otros también, teatros, cines, museos, para poner el oído a conversaciones sospechosas, a conciliábulos insidiosos, a todo lo que sonara subversivo o estuviese extramuros de la normalidad del régimen, y actuar en consecuencia—. Pero ¿es que me vas a obligar a que te lo pida yo, por Dios, Eduardo?

Entendí entonces la insinuación de Marisa. Posiblemente también la había entendido antes, pero, también posiblemente, necesitaba tiempo para pergeñar una respuesta, aunque en más de una ocasión también yo había pensado en eso, en planes, futuro, proyectos. Algo en mi interior, sin embargo, me impedía planteármelos con la serenidad suficiente, tal vez por miedo a la pregunta que seguiría a ese planteamiento: «¿Quería de verdad casarme con Marisa? ¿Quería compartir mi vida, toda mi vida, el resto de mi vida, ya en España no había divorcio, con ella? ¿Quería…?». Y ahora, ahí estaba, en el Lion d’Or, sin saber qué actitud adoptar ante la insinuación, más que explícita, de Marisa.

¿Qué me había pasado? ¿Qué nos había pasado? ¿Cómo la vida me podía haber cambiado tanto? ¿Cómo la vida nos podía haber cambiado tanto? ¡Pero si no hacía ni cuatro años habría saltado de alegría si Marisa me hubiera hablado de casarnos!

Mientras masticaba desganadamente buscando tiempo para dar una respuesta, recordé, como tantas veces hacía en los últimos meses, aquel primer día en que nos encontramos en una librería de viejo de la Carrera de San Jerónimo, poco después de las elecciones del treinta y uno. Y reviví en un segundo aquellos primeros años junto a ella como los más dichosos de mi vida. De esa vida que otros —la guerra, la paz, el recuerdo de los crímenes horrendos, la venganza de estos días…— estaban trastocando y volviendo del revés.

«¿Te quiero, Marisa?», me pregunté, mientras con un trago de

vino ayudaba a que el último trocito de calamar, que amagaba con enredarse en mi garganta, siguiese su camino hacia el estómago. Sí, la quería, la quería, claro que sí, tanto como para ser incapaz de dañarla, pero también de mentirle; tanto como para sentir un ramalazo de ternura cuando la miraba, tanto como para sentirla tan pegada a mí como la cal al muro, tanto como para, sí, ¿por qué no?, dar la vida por ella, y ¿no se decía que ese era el supremo acto de amor? Pero… ¿la amaba de esa forma única, total, como para querer que mi vida y la de ella fueran una? Esa era la pregunta que se me atragantaba en la boca como si fuera un pedacito de carne blanca de calamar. Y era que habían pasado tantas cosas, era que la guerra había dejado por el camino tantas cosas…

—Sabes que te quiero, Marisa —le dije, y no le mentí—, pero no sé si este es el momento…

—Cumplo veintiocho años el año que viene, Eduardo —dijo, en un tono muy bajo de voz, como si se avergonzara—. Todas mis amigas están ya comprometidas o casadas, ¿sabes?

—Sí, lo sé, lo sé, ten paciencia, por favor. Sabes que son unos momentos muy difíciles.

A partir de ahí, todas las palabras que dije, todas las excusas que, más torpes que lúcidas, deposité sobre la mesa, «No sé si este trabajo me va a durar mucho, de verdad, veo que me estoy embotando con las cosas que leo y escribo, que estoy como entumecido, y no sé si voy a poder aguantar, porque es que ni puedo evitar lo que pasa ni puedo ayudar a que no pase, no sé si me entiendes, igual el día menos pensado exploto y entonces estoy como hace un mes, sin nada, sin poder venir siquiera aquí contigo a tomarnos un vino y un plato de calamares, creo que deberíamos esperar algún tiempo, Marisa, ver qué pasa, ver cómo evoluciona todo, y a lo mejor, dentro de unos meses…, pero claro que sí, claro que te quiero, de corazón te lo digo, te quiero…»; todas las palabras que dije y todas las evasivas que puse sobre la mesa dieron igual, porque Marisa vio en mis ojos la lumbre de la duda, y eso le dolió más que una negativa, más que un subterfugio, más que cualquier otra cosa le hubiera dolido en la vida. No obstante, escondió su dolor debajo de una sonrisa que le costó un mundo y

dijo que lo comprendía, que no me preocupara, que ya habría tiempo de hablar de eso. Y que ella, claro, también me quería. Con locura.

Y era verdad.

—Nunca me podrás perdonar que huyera de Madrid, ¿no es cierto? —me preguntó ella al cabo de unos minutos de silencio, con un hilo de voz en el que ya no pudo esconder el dolor—. Que te dejara solo, que nos refugiáramos en Burgos, que escapara de la guerra, que no viviera todos sus horrores.

—No digas eso, Marisa. Eso no tiene nada que ver.

—Ninguno de nosotros quiso la guerra, Eduardo. Nadie la quiso, por el amor de Dios. Ni tú ni yo, ni mi padre ni tu madre, ni la inmensa mayoría de los españoles. Nadie. ¡Nadie, Eduardo! —Se limpió una lágrima subrepticia—. La guerra nos fue impuesta, mi amor, nos obligaron a ella, nos llevaron a ella quienes no supieron gobernar y consintieron el crimen y el caos y quienes no supieron o no quisieron cambiar ese gobierno con otra cosa que no fueran armas y bombas. Y los demás, la inmensa mayoría de los españoles, tú, yo, nuestros amigos, nuestras familias, nos vimos arrastrados a esa guerra que ninguno de nosotros queríamos. Eso fue lo que pasó, Eduardo. Y que yo me viera obligada a huir de Madrid porque mi padre estaba seguro de que iba a ser asesinado si se quedaba no es otra cosa sino una consecuencia más de esa guerra que ninguno quisimos. Pero la vida, por una vez, nos da una segunda oportunidad, y qué pocas veces la da, Eduardo, qué pocas veces. No permitas, no permitamos, que pase de largo.

Yo no supe qué decir, sentía la emoción anudándome la garganta. Tuve ganas de abrazarla, pero no me atreví, no allí, en ese café donde varios parroquianos nos miraban, advertidos tal vez por la tensión de nuestros rostros o de nuestros cuerpos. Marisa, después de un rato de silencio interminable, dijo que estaba cansada. Salimos del café, buscando cada uno palabras que no hallamos. Nos despedimos con un beso y una mirada que se desanudó enseguida. Ella cogió hacia arriba la calle de Alcalá, yo la tomé en sentido opuesto. Cuando no llevábamos andados ni diez pasos en direcciones contrarias, ambos, como si hubiese sonado un

gong, nos giramos al mismo tiempo, sonreímos con la levedad de las sonrisas tristes, nos dijimos adiós con la mano, compusimos en los labios un te quiero y un hasta mañana sin palabras, «Hasta mañana, amor, te quiero», «Hasta mañana, amor, te quiero tanto».

Y seguimos andando, cada uno camino a nuestra casa, sabiendo los dos que otro trocito de vida se nos había roto para siempre.

Pero nos queda mucha vida por delante, musité en silencio.

Al rato, mientras llegaba a la Puerta del Sol, a la altura del hotel de París, justo cuando la iluminación eléctrica hacía resplandecer su imponente fachada, me dije que lo que había ocurrido entre Marisa y yo no era sino una metáfora de la guerra, un ejemplo más de lo mucho que España se tambaleaba sobre el recuerdo imborrable de un millón de muertos.

24

«¿… San Judas Tadeo o qué?»

—¿Está usted muy atareado en lo que resta de mañana, cabo?

—Sí, como siempre, pero nada que no pueda posponer, mi coronel. Dígame qué necesita.

—Que vaya a estas señas. —Y me entregó una pequeña cartulina doblada—. Pregunte usted por el teniente coronel Fernández Cubero. De mi parte. Le está esperando.

—A sus órdenes. —Y desplegué el papelito que el juez instructor me había entregado, que resultó ser su tarjeta de visita. Solo figuraba en ella, además del nombre y cargo del juez, una dirección escrita a mano en su reverso: «Calle Marqués de la Ensenada, 1». Allí tenían sus sedes, caí en la cuenta de inmediato, el Tribunal Supremo y la Auditoría de Guerra. También se hallaban allí las dependencias del Colegio de abogados de Madrid. ¿Qué se le habría perdido al coronel en ese sitio? ¿Para qué me enviaba a ese lugar? Volví a doblar la esquela y contemplé intrigado al militar—. ¿Puedo saber qué he de hacer allí?

—He recomendado su nombramiento como teniente auditor, cabo.

El juez Santapola pronunció esas palabras sin un preámbulo, sin previo aviso y sin mirarme siquiera, sin dar importancia a lo que decía, como si simplemente hubiese hablado del tiempo o me hubiese preguntado la hora, cobijada su mirada en el respaldo del asiento del chófer. Ambos viajábamos en el coche oficial del juez instructor, el viejo Ford negro que cada día traqueteaba más; íbamos a tomar en ese momento la calle de Alfonso XII, que antes, durante la República, se había llamado de la Reforma Agraria y que ahora recuperaba su antigua denominación. Veníamos de

Yeserías; era, jamás lo podré olvidar, una mañana muy temprano de febrero de 1941, nublada y que amenazaba tormenta. En esos días, la vida continuaba en Madrid ajena a todo, como si el coronel Santapola no hubiese abierto la boca: los habituales ajetreos en los alrededores de los edificios de la Comercial de Hierros, la Tabacalera, la Panificadora Española; aguadoras que vendían agua en botijos; vendedores de pipas y altramuces; afiladores de cuchillos que pregonaban su presencia con el tañido de sus chiflos sobre la bicicleta; paragüeros y lañadores que restauraban cacharros de loza y de metal; teleros que vendían sus telas a crédito; en la «jardinera» de un tranvía, una pareja se besaba apasionadamente, confiando en que la altura la protegiera de los ojos inquisidores de los policías de la Brigada de Costumbres…

—Perdone usted, mi coronel. ¿Cómo dice?

—Lo ha oído usted perfectamente, cabo.

—Sí, pero… —Apenas me salían palabras—. Eso no es posible, mi coronel.

—En noviembre pasado —explicó el juez, con el tono de voz de quien le ofrece a otro un pitillo, o como si recitara la tabla del tres—, el Colegio de abogados de Madrid presentó un informe, bastante crítico, sobre el funcionamiento de la justicia militar. Y ese informe va a traer consecuencias, todos lo damos por sentado. Se van a producir destituciones, nuevos nombramientos, se van a promulgar nuevas leyes y decretos, en fin…, lo de siempre, ya se lo puede usted figurar. Sí, el informe es muy duro. Por supuesto, dicen sus redactores que parten de una proclamación de su fe… sin fisuras, dicen, ejem…, me río yo de la fe de la Falange, que es la que domina el Colegio de abogados hoy en día…, en la justicia del Caudillo como pilar básico del Movimiento Nacional. Lo típico. Pero la verdad es que después critican duramente nuestra justicia, la justicia militar: la masificación de los consejos de guerra, el hecho de que el acusado no pueda elegir a su abogado, las defensas de decenas de procesados por un solo defensor… Bueno, ya sabe, cosas de falangistas, que no aprenden. Recuerdan incluso, haciendo un atrevido paralelismo, lo que hicieron los rojos cuando crearon durante la Guerra Civil el equipo de defensores del Frente Popular,

para privar a las personas afectas a la causa nacional de todas sus defensas y garantías procesales. Y afirman que no podemos caer en las mismas barbaridades que comunistas y anarquistas. También mencionan que, mientras todos los fiscales son licenciados en Derecho, buena parte de los defensores no lo son. En fin… —Meneó la cabeza mientras encendía uno de sus insufribles puros habanos, y continuó después de una larga calada que llenó el coche de humo—: Lo de mejorar las garantías procesales de los inculpados va a caer en saco roto, con toda seguridad; pero, en lo que hace a la capacitación y pericia de los defensores, se quieren poner medios. Y desde el ministerio se ha dado orden de reclutar más abogados como tenientes auditores y aumentar la plantilla de jurídicos militares licenciados en Derecho, capacitados, con suficientes conocimientos como para dispensar una defensa digna. Y lo malo es que es verdad, hay por ahí cada teniente auditor… —Nueva calada que casi me hizo toser; abrí con disimulo un dedo la ventanilla para que entrara un poco de aire—. Se nos han pedido recomendaciones a jueces y togados. Y, mire por dónde, he pensado en usted. Tampoco ha sido difícil, a la vista de los zangolotinos que tiene por compañeros. He creído que es un desperdicio para la patria que siga como auxiliar de justicia, cuando usted está preparado de sobra para ejercer como defensor igual o mejor que cualquiera de los que ya lo hacen. Lo hará bien, seguro, se le nota. No crea que no he advertido que, de vez en cuando, ha intentado ayudar usted a los presos. Sí, sí, no hace falta que lo niegue. Sé que suprimía usted algunas frases de las declaraciones, palabras que se podían malinterpretar y que usted modificaba dándoles un sentido unívoco; que intentaba aliviar algunas manifestaciones y demás, e incluso en más de una ocasión añadió una excusa de su propia cosecha. Y me he dicho que sería usted un buen defensor. Así que he sugerido su nombre.

Había escuchado al coronel con la vista al frente, intentando asimilar poco a poco esas palabras que parecían no querer penetrar en mi entendimiento. Recuerdo perfectamente que había un mendigo a la altura de un cruce, lleno de llagas, y que un coche, un Citroën C4, casi lo atropella. Mi cabeza era, como había escrito

Galdós, un «mar donde el pensamiento navega a su antojo sin llegar jamás a ninguna orilla». Cuando Santapola dejó de hablar, giré los ojos hacia el juez, estupefacto. No supe qué decir, expresé lo primero que se me vino a la mente. Y lo primero que se me vino a la mente fueron mi propio consejo de guerra y mi condena por delito de auxilio a la rebelión.

—Mi coronel, ¿sabe usted que yo…?

—¿Que fue condenado? ¿Que estuvo en Porlier?… —me interrumpió Santapola—. Sabe que sí. Lo sé perfectamente, no hace falta que me diga nada más. Todo eso de lo que usted me va a hablar es ya agua pasada. Así que ahórreselo. Corren nuevos tiempos, cabo. O no sé si debiera llamarle ya teniente.

—Pero, mi coronel… —Seguía sin mirarme, fumando su puro y contemplando Madrid a través del cristal de la ventanilla—. ¿Y eso, todo aquello que pasó, no es óbice para…?

—No, no, en absoluto, no lo es. Ya se lo he dicho. Sus antecedentes han sido examinados escrupulosamente, se han vuelto a revisar las actas de su juicio, los informes que allí constaban. Y no hay problema de ningún tipo. No pesan sobre usted delitos de sangre, tuvo la mala suerte de servir en el ejército rojo con su quinta y de ser nombrado para el dichoso boletín de su batallón. No es tan grave, ¿no? —A buenas horas, me dije—. Ya está todo hablado y acordado. Solo tiene que ir a ver al teniente coronel Fernández Cubero, él le dirá todo cuanto precisa saber. Lo hará bien, no se preocupe.

Una sospecha se me vino entonces a la cabeza.

—Mi coronel, ¿le puedo preguntar si ha intervenido alguien en este nombramiento?

—Sí.

—¿Y puedo saber quién?

—Sí.

—¿Quién?

—Yo.

—Ah, usted…

—Sí.

—¿Solo usted?

Ahora sí, el juez Santapola giró el cuello y me contempló fijamente.

—Claro, ¿por qué?

—Por nada, mi coronel. Por nada. Y muchas gracias.

Llegamos a General Castaños sin que entre nosotros cruzáramos una palabra más. Ni yo sabía qué decir ni él, por lo que se veía, tenía nada más que decirme. Fui a pie hasta Marqués de la Ensenada, apenas cinco minutos andando cogiendo la calle Génova. Había, como cada día, flores frescas en el portal del número 24, donde había nacido José Antonio, el Ausente. En la esquina, una castañera vendía todavía castañas en su fogarín. Tres ancianas enlutadas, con devocionarios en las manos, irían a la misa de media mañana en la iglesia de Santa Bárbara. Caminaba atónito, sin saber muy bien cómo reaccionar, sumido en un limbo en el que la euforia se debatía con la duda y la desconfianza —«A lo mejor por fin puedo ejercer como abogado, por fin, por fin», «Pero que no se les ocurra pedirme algo que no esté dispuesto a hacer, eso ni pensarlo, esta vez no me voy a plegar»—. Así llegué adonde el juez Santapola me había indicado, a Marqués de la Ensenada, 1. El teniente coronel Fernández Cubero, achaparrado, de talla media y con gruesas gafas, me tuvo casi tres cuartos de hora esperando en la antesala de su despacho de la segunda plaza del palacio de las Salesas. Una secretaria pizpireta, que apenas si me quitaba ojo, vestida con el uniforme de la Sección Femenina, se pintaba las uñas de las manos.

—¿Eduardo Peña Velázquez? —me preguntó de sopetón nada más recibirme, mirando unos papeles que tenía entre las manos, sin un saludo y sin ofrecerme asiento.

—Para servirle, mi teniente coronel.

—Está usted ejerciendo como auxiliar de justicia en el juzgado militar permanente número 5, ¿es así?

—Sí, señor.

—Es usted abogado, licenciado por la Complutense, si lo que pone aquí —y golpeó con un índice puntiagudo el expediente que estaba examinando, que debía de ser el mío, y con un tono de voz que parecía que, más que hablando de mi titulación, estuviese

acusándome de pertenecer a la masonería— es verdad.

—Sí, señor. Así es. Me licencié en noviembre del treinta y uno.

—El coronel don Juan Santapola, juez instructor del juzgado donde usted trabaja como auxiliar, ha sugerido su nombre para que pase a formar parte de la jurisdicción castrense como teniente auditor y miembro de la sección de defensores militares.

—Eso tengo entendido, señor.

—Y su sugerencia ha sido aceptada.

—Sí, señor.

—Estamos muy necesitados de abogados que sirvan en la justicia militar, ya ve.

—Ya.

—¿Alguna pregunta que hacer? ¿Alguna duda? ¿Alguna objeción?

—Pues… no…, supongo que no. Claro que no.

—Tampoco le hubiese servido para nada. ¿Está usted al día de la legislación militar, y en especial del Código de Justicia Militar?

—Bueno…, sí… Creo… Llevo casi un año sirviendo en el juzgado, mi teniente coronel, y no es poco lo que he podido aprender. He trabajado con formularios, especialmente con los de don Rafael Díaz-Llanos Lecuona, sus *Leyes penales militares*, pero he tenido que utilizar con asiduidad el Código de Justicia Militar. He diligenciado cientos de expedientes y conozco el proceso y sus trámites. He asistido al coronel Santapola en decenas de declaraciones e indagatorias. No creo pecar de inmodestia si le digo que no me desenvuelvo mal. Anteriormente me dedicaba al derecho civil y al mercantil, sobre todo.

—Esas paparruchas no le van a servir de nada aquí —aseveró tajante el teniente coronel, poniéndose de pie—. Así que procure imponerse de nuestras leyes, y lo antes posible. Ha sido usted muy afortunado. Con sus antecedentes… En fin… Cuando la necesidad aprieta… Dicen que la ley es poderosa, pero más poderosa es la necesidad. Le aconsejo dedique sus primeros días a presenciar consejos de guerra y a empaparse de su mecánica. Y estudie, estudie. Mi secretaria le entregará ahora los impresos que ha de

firmar. Trabajará usted en el mismo juzgado donde actualmente sirve, aunque dependerá directamente de la Auditoría de Guerra. —Me miró con ojos fruncidos y disconformes—. Y procure que la patria no se arrepienta de su misericordia y generosidad. Buenos días.

Salí del palacio de las Salesas siendo teniente auditor del Cuerpo Jurídico Militar de Franco, con dos estrellas en los galones y ganando a partir de entonces cuatrocientas setenta y cinco pesetas al mes. No era lo que el padre de Marisa me había ofrecido, por supuesto, ni mucho menos, pero no estaba nada pero que nada mal. De todas formas, lo que más me asombró fue que nadie en ese lugar, en ningún momento, ni el teniente coronel ni su secretaria, ni siquiera antes el juez Santapola, me hubiese preguntado mi parecer sobre lo que se me proponía, si aceptaba el cargo o no. Más allá de ese lacónico «¿Alguna objeción?» del teniente coronel, nadie se había molestado en recabar mi consentimiento. Que de cualquier manera lo habría prestado, lógicamente, pues, aun en la confusión que tenía instalada en la cabeza, era consciente de que el cambio era a mejor, a mucho mejor. «Firme usted aquí, por favor. —Y sonrisa insinuante de la secretaria y caída de párpados—. Eso es, ahí, justo ahí, y aquí también, y aquí y aquí, enhorabuena, y si quiere usted algo más de mí, no tiene más que decírmelo, salgo de aquí a las tres, ¿sabe?». Era así y no había más que hablar. Y es que la España de estos años, por más que el Colegio de abogados, como el juez Santapola me había contado, hubiese criticado la justicia militar del régimen, seguramente porque los falangistas que dominaban el colegio tenían que hacerse notar después de que el sistema implantado fuera poco a poco engullendo a la Falange, no era en demasía dado a pedir pareceres ni tolerante con las disensiones.

De preso en Porlier a teniente auditor, y es que esta puñetera vida es un cachondeo, me iba diciendo mientras caminaba de regreso al juzgado, mecido por una sensación difusa, ambigua, pues tan pronto me dejaba llevar por el júbilo como me sumía en una tenue melancolía acorde con ese día gris y lluvioso del febrero madrileño.

* * *

Aquellas nuevas, mi nombramiento como defensor militar, que al fin a mí me indujeron a un estado de ánimo gozoso por primera vez en muchos meses, cuando no años, provocaron diversas reacciones.

Ese mismo día, antes incluso de regresar a casa, en cuanto salí de trabajar, un poco antes de mi hora, me dirigí al juzgado militar número 22, en el número 3 de la plaza Mayor, cerca de la antigua Casa de la Carnicería. Pensé en anunciarme y entrar —«Eduardo Peña Velázquez, teniente auditor del Cuerpo Jurídico Militar»—, y observar la reacción del capitán Querol, del teniente Poveda y de aquellos otros que habían sido testigos de mi detención el día en que acudí allí a interesarme por Ventura León. Pero me dije que no merecía la pena. Quería disfrutar del momento, de mi ascenso y de las nuevas perspectivas que se abrían ante mí, de la alegría y la ilusión que esas perspectivas me provocaban, y compartirlas solamente con quienes sabía que iban a vivirlas como suyas: Marisa, Roberto Calero, mi madre… y el teniente Palomares. Que era, sin duda alguna, uno de los artífices de lo que me había pasado, aunque únicamente fuera por el apoyo y el cariño que me había mostrado en momentos muy difíciles.

Aguardé a las afueras del juzgado hasta que lo vi salir. Lo hacía solo, sin ninguno de sus colegas, lo que no me sorprendió en absoluto. Me acerqué raudo a él.

—¡Teniente Palomares!

Se detuvo en seco, como sobresaltado. Me dio un pujo de ternura contemplar de nuevo su aspecto infantil, su pelo pajizo, su tez pálida mordisqueada por el acné, sus ojos claros, su gesto asustadizo. Me dieron ganas de abrazarlo. Hacía tiempo que no lo veía, desde aquel encuentro casual en la plaza del Carmen. Mi trabajo como cabo auxiliar y el suyo como teniente auditor no nos habían hecho coincidir. Pero estaba igual que entonces.

—¿Peña? —dijo, sorprendido al verme, y de uniforme—. ¿Eduardo Peña? Pero ¿qué hace usted por aquí? —Y señalando mi guerrera, preguntó—: ¿Y eso?

—¿Hace un vermú, teniente?

—¿Un vermú? ¿Con usted? ¡Pues claro!

Nos sentamos en uno de los bares de los soportales de la plaza Mayor, y mientras aguardábamos a que nos trajeran los dos vermús y los dos pinchos de tortilla que habíamos pedido, le recordé a Palomares la sugerencia que me hizo cuando nos encontramos, le referí que la casualidad nos da muchas veces lo que jamás se nos habría ocurrido pedir, le conté mi reclutamiento como cabo auxiliar, mi destino en el juzgado militar permanente del palacio de las Salesas, mi trabajo allí, lo que hacía y dejaba de hacer.

—¿Conoce usted al coronel Santapola? —le pregunté.

Llegó en ese instante el camarero con la comanda y aguardamos a que la dejara sobre el velador.

—¿El juez instructor? Sí, he coincidido un par de veces con él —respondió, tras sorber su licor—. Es quien sirve el juzgado donde me dice usted que le han destinado, ¿verdad?

—Así es.

Y le referí entonces cómo el coronel Santapola me había propuesto para el cargo de teniente auditor y mi entrevista de esa misma mañana con el teniente coronel Fernández Cubero.

—Así que ya ve. Ahora, por lo que parece, teniente, somos colegas.

El rostro de Palomares, mientras le contaba las nuevas, había sido un lienzo en el que se habían plasmado sensaciones diversas: asombro, sorpresa, incredulidad. Y, sobre todo, y al cabo, una inmensa alegría.

—No sabe usted cómo me alegro, Peña. De verdad que sí —me aseguró—. Ya le dije que era un contradiós que alguien como usted, con sus conocimientos, su oficio y, sobre todo, su buena disposición hacia la justicia y todo lo que esta conlleva, estuviera desaprovechado. Le juro por mi santa madre que no me pierdo su primer consejo de guerra.

—Y hay algo más que me gustaría decirle, teniente —aduje—. Aunque, a todo esto, ¿sabe usted que no conozco su nombre de pila?

—¿Mi nombre de pila? Ah… Bueno. José Luis. Así me llamo.

Lo de José Luis es por mi tío, que se llama así. Además, es un nombre muy común por allá, por Salamanca —dijo, con un pelín de nostalgia—. José Luis Palomares Atienza.

—Pues bien, José Luis, hay algo, en efecto, que quería decirle. O que debería haberle dicho hace tiempo ya. —Sorbí el vermú, menos amargo que aquel de Embassy—. Todo se reduce a una palabra: gracias.

—Por Dios, Eduardo, no tiene que dármelas. Hice mi trabajo como defensor, eso es todo. Si es a eso a lo que se refiere.

—Mire, Palomares… José Luis. Usted y yo somos abogados. Somos, además, y lo digo sin temor a equivocarme, pues creo que algo ya lo conozco, de los que de verdad aman la abogacía, de los que la concebimos como una misión y no como una forma de ganarse la vida. De los que pensamos que el abogado es para el cliente y no el cliente para el abogado. Y de los que amamos la ley y la justicia. Usted y yo sabemos, Palomares, que en mi sentencia tuvieron poco que ver su labor como defensor, su actuación en el consejo de guerra, su informe final. Usted y yo sabemos que, en mi condena, tan liviana, tuvieron más peso…, en fin…, otras cosas. No es eso lo que quiero agradecerle. O no solo eso. Lo que de verdad quiero agradecerle es su solidaridad, su afecto, la preocupación que mostró por mí en sus constantes visitas a Porlier, su voluntad de darme ánimo en todo momento. En aquellos días en prisión, en aquellos meses, si no me derrumbé, fue en buena parte gracias a usted. Porque usted me trajo esperanza. Y porque, más que eso, usted me demostró que, a pesar de lo que estaba pasando en España, a pesar de lo que *está* pasando en España, más allá de aquellos muros de Porlier había personas que aún creían en la justicia, que aún creían en el derecho y que aún creían que para un abogado, infinitamente más importante que sus honorarios, lo realmente relevante es su cliente, sus venturas y desventuras, su destino. Gracias, por tanto, José Luis.

Palomares se quedó sin saber qué decir, mirándome fijamente con los ojos húmedos.

—Ja… jamás na… nadie —repuso al fin, cuando la emoción, que le había hecho recuperar el tartamudeo, se lo permitió— me

ha… había hablado así, Eduardo.

—Y a todo esto, ¿no crees que es hora ya de que nos -tuteemos?

—¡Pu… pues claro que sí!

Estuvimos unos minutos más hablando acerca del trabajo de teniente auditor, de las dificultades con que la defensa se topaba en los procesos sumarísimos, de la necesidad de que hubiera alguien que abogara por los presos rojos, por terribles que fueran sus crímenes, que en algunos casos lo eran. Hasta que en un campanario cercano sonaron los cuartos de las tres de la tarde.

—Tengo que irme. Me ha alegrado una barbaridad verte, José Luis —dije, poniéndome en pie—. Pero antes hay una cosa que me gustaría hacer.

—¿Una cosa? —inquirió, poniéndose también en pie—. ¿Qué?

—Darte un abrazo, coño.

Y allí, en plena plaza Mayor, nos dimos un abrazo que se prolongó durante casi un minuto. Supongo que ese abrazo entre dos militares de uniforme causaría la sorpresa de más de uno en la plaza, atestada a aquellas horas. Pero ni a él ni a mí nos importó.

Cuando nos fuimos, los pinchos de tortilla quedaron intactos sobre el velador del bar, mudos testigos de un momento que recordaré siempre. Cuando dos hombres hablan a corazón abierto como Palomares y yo lo hicimos en aquellos breves minutos, la comida es un invitado que sobra.

* * *

Marisa se alegró, lógicamente. Pensaba que era una cosa buena, y todo lo bueno que me ocurriera a mí era bueno para ella, eso me dijo. Y estoy seguro de que lo dijo de corazón. Sin embargo, la alegría de Marisa ya no era la alegría desbordante de aquella niña de antes de la guerra —«Mira la cara de Poncia cuando ha visto que me has besado, ¡se ha puesto más fea que nunca!»—, ni de la mujer que vino de Burgos pensando que se abría un mundo nuevo, lleno de dichas, ante ella, el mundo de los vencedores, y se encontró con que, junto al Madrid de la victoria, aún convivían los

fantasmas del pasado, figuras mortecinas, presencias espectrales, edificios calcinados, ojos llenos de miedo, el dolor a flor de piel, que hablaban de lo cercano del abismo. Y que el Eduardo Peña que ella recordaba ya no era el Eduardo Peña de ahora. Ya no, ya no era esa alegría de entonces. Ahora, la alegría de Marisa era una alegría contenida, amortiguada, chirriante, como si los muelles que antes la impulsaban se hubieran oxidado con la herrumbre de la realidad y de las decepciones. Muelles que cada día se enmohecían un poquito más cuando era consciente de que ella no podía compartir con sus amigas —Beatriz Argüelles, de la calle Lagasca; Laurita Ribera, de la calle Ayala, la hija del concejal…— los planes de los que ellas sí le hablaban, los ojos rebosantes de gozo y de ilusión: «Pues mi boda será en los Jerónimos y la oficiará el obispo don Leopoldo», «Pues mi novio, el sobrino de don Alberto, el alcalde, me ha pedido matrimonio, ¿por qué pones esa cara, Marisa, no te alegras?», «Pues claro que sí, Laura, lo que pasa es estoy un poco constipada hoy, ¿sabes?».

—Me alegro por ti, Eduardo —me dijo cuando, esa misma tarde de febrero, le hice saber mi nombramiento como teniente auditor. Se lo había contado con indudable alegría, como si ya mi espíritu se hubiese decantado hacia un lado de la romana. Y ella se dio cuenta de esa llamita de esperanza que alumbraba mi rostro—. Y espero que tú también estés contento, que me parece que sí, por cómo te veo. Por lo menos, y aunque sea en juicios militares, podrás ejercer tu profesión, tu oficio de abogado. Y eso es algo bueno, Eduardo, no sabes cuánto me alegro por ti.

—Dentro de las cosas que me han pasado en los últimos tiempos —y entonces vi un brillo de ilusión en sus ojos y me di cuenta de que lo que ella estaría esperando era que yo dijera que, entre esas cosas, lo mejor que me había pasado era precisamente ella, reencontrármela, tenerla de nuevo a mi lado, pero mi discurso caminó por otros derroteros—, esta no es la peor, está claro. No te voy a decir que me llene de felicidad, pero creo que al menos podré sentirme útil, hacer algo bueno. Estar todo el día sentado en ese juzgado delante de una máquina de escribir redactando providencias, o acompañar a las cárceles al juez para tomar

declaración a los presos, me estaba embruteciendo. Ahora creo que, como defensor, aunque no sea lo mío, sabes que nunca fui muy ducho en derecho penal, podré sentir que hago algo de provecho, que puedo ayudar a la gente, esa es precisamente la función del abogado, aquello que me enseñaron, aquello por lo que estudié. Así que sí, que estoy contento, mejor que antes, Marisa. Y que ahora tengo cierta ilusión por el porvenir. Y voy a intentar ser útil como abogado defensor de los presos, si me dejan, lo que está por ver. Hoy, Marisa, vas a permitir que tu novio te invite a cenar. ¿Qué te parece si, en cuanto deje de llover, vamos y cogemos una mesa en el Savoy? ¿Te apetece?

—Por supuesto que, sí, Eduardo, me encantaría. Y me alegro de que estés contento y de que te guste lo que a partir de ahora vas a hacer, de verdad que no sabes cuánto me alegro. Lo que te pido es que seas prudente. Defender a esos…

Y dejó ahí la frase, cuando vio la adustez de mi gesto al oírla.

—A esos ¿qué, Marisa? Te recuerdo que, si te refieres a los presos, yo fui uno de ellos.

—No, por Dios. Lo que quería decir es que has de ser prudente, profesional, ¿no?

—Pues sí, tú lo has dicho, profesional. Tengo muy claro que la justicia se defiende con la razón, y sé que la razón se compone de verdades que hay que decir y verdades que hay que callar. ¿A eso te refieres?

—Bueno, no sé… Cómo eres, Eduardo, hijo. Lo que quiero decir es si no te causará problemas tener que defender —y me di cuenta de que, a medida que iba haciendo su planteamiento, Marisa ya se estaba arrepintiendo de hacerlo, lo vi en sus ojos— a gente que ha hecho cosas terribles, a milicianos que mataron a gente inocente, a tanto bárbaro que derramó tantísima sangre… ¿No te…? —Y ahí sí, reparó en mi gesto, más decepcionado que contrariado, y dejó esa segunda pregunta en el aire.

Medité la respuesta. Quería que fuese serena, calma.

—Sabes cuánto me gusta leer a Shakespeare, Marisa. Lo sabes, ¿verdad? —Ella asintió, algo perpleja, o contrita—. Me siento reflejado en la mayoría de los pensamientos suyos, aunque pueda

haber algunos con los que no esté de acuerdo. En una de sus obras, no recuerdo en cuál, dejó escrito que la clemencia que perdona a los criminales es una clemencia asesina. Y es cierto. —Le acaricié la mano, estábamos sentados bajo una pérgola de la Castellana, protegiéndonos de la lluvia, que había arreciado—. Hay crímenes que no se pueden perdonar. Pero ¿sabes cuál es el problema? —Ella negó con la cabeza; me miraba muy atenta, pero temerosa de adónde nos iba a llevar esa conversación—. Que se está juzgando a gente por crímenes que no lo son. Como a mí. Recuerdas por qué me condenaron, ¿verdad? Por dirigir un boletín de guerra, por publicar en él lo que me ordenaban que publicara, por servir con mi quinta en el ejército de la República. No podemos seguir así, Marisa. La guerra no se va a acabar hasta que acaben las represalias, hasta que no se deje de juzgar a gente que jamás empuñó un fusil, que nunca participó en una *saca*, a gente que no tiene las manos manchadas de sangre. Y en estos meses he visto que lo que se hace muchas veces en los juzgados militares no es justicia, sino venganza. Una venganza que no distingue entre hechos ni entre personas, sino que las considera a todas iguales en función de una sola circunstancia: haber militado en el bando derrotado. A mí, sin ir más lejos…

—A ti te indultaron, Eduardo.

—Y a muchos otros desde entonces, pero ¿sabes por qué?, no para reparar una injusticia, no porque fuéramos inocentes, que lo éramos, sino porque no hay cárceles bastantes para encerrar a tanta gente. Y en mi caso, además, por la inestimable ayuda de tu padre, que de verdad que agradecí y agradezco. —Advertí que me estaba acalorando, intenté calmarme—. Hace ya casi dos años que Franco entró en Madrid, Marisa, y todavía parece que fuera fue ayer, casi nada ha cambiado, creo que lo único que se pretende es perpetuar el espíritu de la guerra y me temo que las generaciones futuras, nuestros hijos, a lo mejor, ¿por qué no?, porque yo te quiero, Marisa —y era verdad—, sigan viviendo en este ambiente de odio, de revancha, de no poder olvidar lo que ha pasado. Sí, quiero ser profesional. Hacer mi trabajo bien. Pero sin dejar de lado que es necesario el olvido, o por lo menos el perdón, porque,

sin perdón y sin coserse las heridas, España va a desangrarse, Marisa, va a seguir siempre dividida en dos bandos que lo que quieren es destruirse mutuamente y con ello destruir a este país nuestro. No se puede construir el futuro desde el rencor y la intemperancia, ¿sabes? De verdad. No se puede. No se puede construir un país desde el recuerdo permanente de lo que ya pasó, de una contienda fratricida, desde el ánimo de desquite; es preciso la reconciliación, poner un punto y final definitivo a la Guerra Civil y comenzar a edificar la paz. Y ojalá yo pueda contribuir en ese esfuerzo. Eso es ser profesional, créeme. Y ese es mi trabajo. No meter a pobres diablos en la cárcel ni llevarlos entre buenas palabras al paredón. Sino buscar la paz. Porque la paz, por mucho que oigamos hablar de ella, todavía no ha llegado, Marisa.

* * *

—¿En serio? No me jodas… —Roberto Calero pronunció estas cinco palabras, más sarcástico que otra cosa, cuando le comuniqué la noticia. Había superado la depuración en el colegio de abogados y estaba más tranquilo, más resignado con su vida, aunque había en él un punto de amarga ironía que antes no tenía, como si todo lo que había pasado desde el final de la guerra (la pérdida de su empleo en el bufete Del Pino, su *degradación* a ayudante de gestor, trabajo en el que aún seguía, y ganando una miseria, su expediente de depuración, su incapacidad para ejercer la abogacía, a pesar de haber salido airoso del expediente) le hubiese agriado el ánimo. Como tenía ahora más libertad para entrar y salir del juzgado, había telefoneado a Calero a la gestoría para desayunar con él en el Pombo y darle la noticia de mi designación como teniente auditor—. Pues ¿sabes lo que te digo, Eduardo? Que, aunque no te vea yo a ti mucho en plan defensor militar, defendiendo a rojos y bolcheviques y con ese uniforme que llevas y demás, me alegro un montón por ti.

—Pues gracias, hombre, pensé que ibas a darme el pésame.

—Me alegro por ti porque por fin vas a dejar de estar en medio.

—¿En medio? Ahora sí que me has pillado. No tengo ni puñetera idea de qué me estás hablando, Roberto.

—La tienes, la tienes. Que sí, hombre, pues claro que la tienes. Que llevas toda la vida estando en medio, joder. Es decir, que no eres ni nieve ni fuego, ni blanco ni negro, ni rojo ni facha, ni chicha ni limoná. ¿Me entiendes ya, capullo? Y que a lo mejor ahora tienes la oportunidad de mojarte, de hacer algo importante en la vida, de dejar de ser un témpano de hielo, de dejar de observar la vida en vez de vivirla. De ser un coñazo. A eso me refiero. Que a lo mejor este nuevo trabajo tuyo acaba con tu introspección, con tu manía de verlo todo desde lejos, y que con un poco de suerte te conviertes en alguien de carne y hueso. Pero, aparte de eso, me alegro de verdad por ti, qué coño. Y por tu madre, que sé que las estabais pasando canutas. ¿Y sabes qué te digo? Que igual hasta puedes enchufarme, cabrón. No creo que me cayera a mí mal ese uniforme y esa gorra de plato, ya hasta me gusta, fíjate. Y las pesetas que me has dicho que vas a ganar al mes, jodido. ¡Tendrás potra! No, si al final voy a pensar que eres un tío con suerte y todo. Venga, enhorabuena de verdad y dame un abrazo, pedazo de capullo.

* * *

Mi madre se volvió loca de felicidad con mi nombramiento. En cuanto se lo comuniqué, me di cuenta de que, aunque intentó contener esa alegría, lo que el cuerpo le pedía era colgarse de mi cuello y bañarme a besos. Vi que sentía que la vida, a su edad, a su vejez, se le enderezaba, después de tan torcida como se le había puesto. Pero era consciente de que a mí no me iban esas efusiones y se contuvo. También, pues me había parido y algo me conocía, en cuanto me vio y le di las nuevas —«Me han nombrado teniente auditor, sí, ya no soy auxiliar, ahora soy como una especie de abogado defensor de los presos sujetos a la jurisdicción militar, bueno, como una especie no, soy abogado defensor, con todas las letras»—, y divisó el brillo de mis ojos, supo que esa noticia había sido un soplo de aire fresco

en mi vida, un chorrito de aire puro, por más que el dique con que yo solía refrenar mis emociones siguiera ahí, sólido, macizo, encallando lo que en verdad sentía. Pero ella supo ver, detrás de ese dique, que estaba ilusionado y contento.

—¡Dios mío! ¡Gracias a Dios y a San Ginés bendito! No sabes cuánto me alegro, hijo. Por ti, claro, por ti sobre todo, por supuesto, y por Marisa también, pobrecita, pero también por toda esa pobre gente a la que vas a defender, que seguro que lo haces estupendamente, que te vuelcas con ellos y pones todo tu corazón y toda tu alma en la defensa de esos pobres presos. Y tú, que tan bien sabes por lo que estarán pasando… Estoy muy orgullosa de ti, Eduardo.

La contención de mi madre poco a poco se fue difuminando como azucarillo en el café. Su felicidad aumentaba al mismo tiempo que la duración de los días, que con la llegada de la primavera se fueron alargando, azules y cálidos. Todas las tardes, cuando regresaba a casa, me recibía con una sonrisa de oreja a oreja que la rejuvenecía, me preguntaba por cómo me había ido el día, «¿A quién has salvado hoy, hijo?, ¿te han felicitado los generales?, y a lo mejor hasta te hacen juez el día menos pensado, por qué no»; y, como si en su cartilla de racionamiento los cupones se hubiesen multiplicado por arte de birlibirloque, me preparaba platos sabrosos y suculentos, hoy cocido madrileño, «pero cocido de verdad, con sus tres vuelcos, y no los garbanzos amarillentos y aguados de antes, y mañana callos rojos y sabrosos, con sus tripas y sus morros», oreja a la plancha el de más allá, hasta un besugo al horno con patatas me sirvió un domingo de esa primavera en la que Europa seguía desangrándose y en Madrid se conmemoraba la gesta del Cuartel de la Montaña.

Tanto se fue difuminando esa contención de mi madre que, al poco, toda la vecindad supo de mis nuevos galones y mi recién estrenado cargo de teniente auditor. Con lo poco que me gustaba ser centro de la atención de nadie, tuve que soportar enhorabuenas y cordiales apretones de mano de los vecinos, «No sabe usted cómo me alegro, don Eduardo, todo un honor tener un vecino como jurídico de nuestro glorioso ejército»; miradas esquinadas de otros,

como Armando Peñalosa, el del primero izquierda, que a pesar de la victoria de los suyos seguía tan avinagrado como siempre, «No comprendo cómo este, que estuvo preso por rojo, cobra ahora de los militares de Franco»; un abrazo interminable de José Parera y los elogios y carantoñas de las ancianas amigas de mi madre que los domingos por la tarde habían adquirido la costumbre de jugar a la brisca, copita de jerez, rosquillas de San Isidro y buñuelos de viento, en casa de cada una por riguroso turno.

Poco después, tuve la impresión de que mi madre pensaba que, en vez del cargo de teniente auditor, me había sido concedida una canonjía o la facultad omnímoda de acabar con todas las desventuras. Y las conversaciones entre nosotros alcanzaban a veces el cariz de la lectura de un devocionario, una letanía de peticiones imposibles de atender.

«Hoy me he encontrado en la camisería de Montera a Adoración Martínez, ¿te acuerdas de ella?, no, ¡quia!, cómo te vas a acordar de Dori, si eras muy chiquitito entonces y ella se mudó hace años. Bueno, el caso es que me ha contado la pobre mujer que a su nieto, que solo tiene diecinueve años y trabaja como mozo en un almacén de la calle O'Donnell, un guardia le ha multado con treinta pesetas por besar a su novia por la calle, ¿te lo puedes creer?, y me he dicho que a lo mejor tú, Eduardo, podrías…, no sé, tal vez, ¿no?…».

Había veces que aquellas peticiones me ponían de mal humor, pero no podía negarme que, en el fondo, me hacía feliz que mi madre estuviese de nuevo orgullosa de mí.

Y creo que ella se daba cuenta, pues me insistía una vez y otra a pesar de mis malas caras.

«¿A que no sabes quién ha venido a verme hoy?, pues nada más y nada menos que Manuela, la hija de Aurora Picón, hacía siglos que no sabía nada de ella, ¿caes en quién te digo?, ¡ay, sí, hijo, sí!, la mujer de Gabino, el zapatero, cuántas veces fuimos tú y yo a ponerte medias suelas, hombre… Pues resulta que a su marido lo han detenido por pegarse con otro en una tasca de no sé dónde, y me ha dicho que tú podrías interceder ante el juez, y yo pienso que no te costaría nada, ¿verdad que no?, son buenas personas esa

gente, ¿te acuerdas?…».

«¡Pero, madre, por Dios, ¿quién piensas que soy?, ¿San Judas Tadeo o qué?! Para, madre, para, por favor…».

«¿Un poquito más de cocido, hijo? Y piénsate, piénsate lo que te digo. Porque recuerda, ya sabes que jamás es perdido el bien que se hace».

* * *

Cuando me llegó el nombramiento, no llevaba ni un año trabajando como auxiliar en el juzgado militar permanente número 5 de la calle del General Castaños. Pensaba que no era tiempo suficiente como para levantar filias ni fobias. Durante esos meses había intentado realizar mi trabajo lo mejor que sabía, discretamente, sin querer hacerme notar, siempre prudente y cauteloso, como yo era. La única desviación que me permitía era ayudar subrepticiamente a algunos presos en sus declaraciones. Todo lo demás era reserva y cautela. Éramos seis los auxiliares del juzgado y salíamos a desayunar en dos tandas de tres, no siempre los mismos, y eran esos momentos, los del desayuno en la cantina de al lado, los pocos que compartía con mis compañeros de profesión, pues durante el resto del tiempo cada uno iba a sus asuntos. Mientras tomábamos el café y el bocadillo, jamás hablábamos de lo que hacíamos y veíamos en el juzgado. Solíamos hablar de fútbol, «¡El Atlético Aviación derrota al Oviedo y conquista la liga!», «Pero ¿cómo se le ocurre a la Federación llevar a Quincoces de suplente para el partido contra Portugal?», deporte que a mí me interesaba bien poco, por no decir nada; de toros, «Qué soberbia estocada la de Rafaelillo», «Pues Noain tampoco le fue a la zaga», de los que no sabía ni mu, nunca mejor dicho; o de la guerra en Europa, «Los alemanes han entrado en Bulgaria, ¿sabéis?», «¡Los aviones de Hitler han bombardeado Liverpool!», y yo estaba harto de guerras. Más allá de esos momentos, mi relación con mis compañeros de trabajo en el juzgado militar había sido escasa. Pese a ello, fui felicitado por todos y todos se alegraron de mi ascenso, tal vez porque suponía una portilla de esperanza para

ellos mismos. Todos, salvo el sargento Valiente, que murmuró entre dientes palabras como advenedizo, trepa e intruso, «Habrase visto, si hasta dicen que fue rojo, a saber lo que busca este con todo esto y la que nos puede liar, no habrá que perderle ojo, lo que yo os diga».

Después, tiempo después, llegó a mis oídos que el sargento Valiente se vanagloriaba ante quien quisiera oírlo del ojo clínico que tenía y de cómo todo lo que había pasado le había dado, «y de qué forma, mi comandante», absolutamente toda la razón.

25

El juicio del coronel Pérez

Durante los primeros días como teniente auditor no tuve excesivo trabajo. Fueron, las de aquellas primeras semanas, muchas horas muertas, mañanas de estudio del Código de Justicia Militar, trámites irrelevantes, todos de escasa trascendencia y enjundia. Llegué a pensar que todavía no confiaban en mí. Pregunté, y se me dijo que tuviese paciencia, que por qué tenía tanta prisa.

—¿No sabe usted, teniente, que la impaciencia es vicio del demonio? —me respondió el comandante Salmerón, el secretario judicial, cuando una mañana, fastidiado por tanta falta de trabajo, le inquirí acerca de por qué no se me encomendaban asuntos—. Ya tendrá usted tiempo de empacharse de sumarios hasta que le entren ganas de vomitar.

No quedé contento con la explicación del comandante cojitranco y me atreví a plantear la cuestión a la superioridad a través del juez Santapola. Desde la Auditoría de Guerra me aseguraron que se me encomendarían los nuevos procesos incoados cuando llegase el turno de que el defensor interviniera, y ese momento, como ya había vivido en mis carnes, era cuando el procedimiento estaba bien avanzado. Así que hice caso al teniente coronel Fernández Cubero y dediqué los primeros días a presenciar consejos de guerra, para ir familiarizándome con mis nuevos cometidos. Y lo que vi fue como un chorro de agua helada sobre aquella pequeña hoguera, esa fogata donde ardían algunas ramitas de aliento, alguna yesca de esperanza, un mucho de ilusión, que había compartido con Palomares y que Marisa había visto en mis ojos cuando le hablé de mi nombramiento como defensor militar. Porque todo lo que vi fue un puro desafuero.

Pero peleé por no desanimarme. Me dije que tendría que acostumbrarme, hacerme el cuerpo a las arbitrariedades, aprender a navegar en ese mar de aguas sucias y revueltas, ese océano donde la palabra «abogacía» era un islote perdido entre un revoltijo de algas. Y, sobre todo, esperar a que me llegase la oportunidad de ser útil, de contribuir con mi esfuerzo y mi dedicación a la defensa de aquellos que, por lo que vi y presencié, apenas si tenían defensa. Me acordé entonces de una frase que me dijo mi abuelo, recién acabada la carrera de Derecho: «¿Tú sabes, Eduardo, en qué se parecen las leyes y las salchichas? Pues en que es mejor no saber cómo están hechas. Pero una vez que están promulgadas las primeras y guisadas las segundas, hay que cumplir las unas y disfrutar de las otras. Y no hay que darle más vueltas, ¿entiendes, hijo?».

De entre todos los juicios que presencié, uno de los que más me llamó la atención fue el del coronel Pérez. Fue uno de los primeros a los que asistí y el que me dio la auténtica medida de la justicia castrense de la que ya formaba parte. He dicho que me llamó la atención y tal vez no sea correcta la expresión; más bien, lo que hizo fue reafirmarme en lo que ya sabía: que la justicia militar tenía poco de justicia y que iban a hacer falta muchos esfuerzos, y muchos riesgos también, para intentar que aquello de alguna manera cambiara en la medida de mis posibilidades, que, lo sabía, no eran muchas, sino todo lo contrario. Pero tenía la firme intención de esforzarme al máximo en cuanto pudiera; lo que estaba por ver era si yo, más allá de esa intención, estaba dispuesto en verdad a asumir esos riesgos. Algo dentro de mí me decía que tal vez sí. Y al mismo tiempo me preguntaba en silencio: «¿Tanto has cambiado, Peña?». O mejor: «¿Tanto estás dispuesto a cambiar?». Me dije que con los abogados pasaba como con los barcos: en puerto están resguardados y seguros, pero los barcos fueron construidos no para permanecer en el atraque, sino para navegar a mar abierto. Pues con los abogados ocurría igual: no están para pasarse la vida en la oscuridad de un bufete, sino para pelear por sus clientes a la luz del día. Recordé aquella burbuja de rebeldía que me gateó por las entrañas cuando recibí el

llamamiento del departamento de quintas para enrolarme como cabo auxiliar y me pregunté si alguna vez esa burbuja arrasaría mis diques interiores y saldría a la superficie. No sé por qué, me dije que estaba más cerca de hacerlo. Que al menos ya había superado la barrera del esófago, lo que no había logrado aquella primera vez. Y es que juicios como el del coronel Pérez podían hacer que las burbujas de la indignación se convirtieran en un abrir y cerrar de ojos en burbujas de rebeldía que explotaran en mitad de los labios, superados todos los obstáculos.

El juicio del coronel Pérez. Estuve en muchos otros, pero en esos otros ocurrió lo que esperaba, peticiones fiscales altísimas para políticos que habían ocupado cargos más o menos relevantes en las estructuras de la República, milicianos con las manos manchadas de sangre acusados de crímenes salvajes, sindicalistas de la UGT o de la CNT, activistas del Socorro Rojo… Y todos con el mismo denominador común: pruebas escasas, trámites rápidos, discursos contundentes de los fiscales, defensas tan endebles como papel de fumar, sentencias con condenas tan duras como yunques. Sin embargo, el proceso al coronel Pérez fue diferente, fue una demostración inequívoca de lo inflexible de la justicia militar de quienes habían ganado la guerra. En julio de 1936, ese coronel era jefe del Estado Mayor de la primera división del ejército y había estado en permanente contacto con el general Mola en la preparación del golpe militar en la capital. Así quedó acreditado con el testimonio de otros militares de mayor y menor graduación que relataron sin ambages cómo el coronel Pérez era uno de los dirigentes de los conjurados madrileños y cómo estaba dispuesto a alzarse en armas contra la República. Fracasada la asonada en Madrid, Pérez fue detenido y sometido a proceso ante un tribunal republicano en noviembre del treinta y seis, del que salió absuelto por falta de pruebas: él, en todo momento, sostuvo que había permanecido leal a la República, y algunos militares afines a Azaña habían hablado en su favor. Tras su absolución, no se reintegró a su puesto y permaneció oculto en Madrid el resto de la guerra. Durante el proceso se demostró que había dirigido a un grupo de falangistas clandestinos que habían trabajado a favor de Franco

como saboteadores y quintacolumnistas. Muchos notables dirigentes franquistas testificaron a su favor, incluido el general Muñoz Grandes, que poco después partiría para Rusia al frente de la División Azul. Todos ellos hablaron de la abnegación del coronel Pérez, de cómo puso en riesgo su vida una y mil veces durante el tiempo que permaneció emboscado en Madrid, de cómo facilitó importante información acerca de las tropas, planes y pertrechos republicanos a Asencio, a Delgado Serrano y a otros militares de Franco en sus ataques sobre la capital, y a los generales Yagüe y Muñoz Castellanos durante la ofensiva final. Pese a ello, fue condenado a una pena de seis meses y un día de prisión por delito de dejación de sus deberes como militar. El motivo: que, tras ser absuelto en su primer juicio por el tribunal republicano, había celebrado su absolución al final de ese consejo de guerra gritando: «¡Viva la República!».

Me acordé del comandante de artillería Ricardo Satrústegui y del coronel Sánchez del Hoyo, mis antiguos compañeros en Porlier, que habían pasado trago similar.

«¿Dónde me he metido?», pensé, sobrecogido, cuando conocí la sentencia condenatoria del coronel Pérez. «Pues donde ya sabías, Peña, cojones», me respondí a mí mismo. Me consolé con aquella frase de Sócrates: «El que no quiera vivir sino entre justos, viva en el desierto».

Yo no pretendía vivir en ningún páramo desolado, pero iba a tener que tragar mucha bilis para convivir con todo aquello, para formar parte de todo aquello sin hacer nada, sin intentar cambiar, aunque fuera mínimamente, o aunque solo fuera para mi conciencia, el estado de las cosas. Y, pese a que siempre había sido un timorato, una voz interior me decía que ahora no iba a tener tantas tragaderas. Como Ícaro, como tantos hombres, hasta ese momento de mi vida había querido acercarme al sol sin quemarme las alas. Algo dentro de mí me decía que era el momento de saber cuánto era capaz de calentar el sol y cuánto de ignífugas eran mis alas. Pensé que todo en el mundo, en la vida, no era sino transformación, y que, si quería de verdad sentirme abogado en esos momentos cruciales de la historia de España, iba a tener que

transformarme y poner sobre la mesa, para jugármelo a cara o cruz, el más acendrado de los instintos del hombre, que es el de la propia conservación. Tenía la voluntad. Lo que no sabía era si iba a tener los suficientes arrestos.

—Pues no ha sido el único, el del coronel Pérez —me comentó el teniente Palomares, con quien me veía frecuentemente y con quien había hecho buenas migas, algo cercano a la amistad, cuando le manifesté estar desmoralizado, si no escandalizado, por esa condena—. Han sido otros muchos los militares que, habiéndose visto obligados a permanecer en Madrid durante la guerra y que, pese a ello, colaboraron con las tropas de Franco saboteando a los republicanos o pasando información a nuestras tropas, están siendo condenados por haber seguido sirviendo en el ejército rojo. Y te hablo por experiencia propia, pues eso que te cuento le ocurrió al comandante Albarrán Ordóñez, a quien me tocó defender. Dos años de cárcel le pusieron al infeliz, a pesar de que había sido condenado a muerte por los republicanos después de intentar pasarse a las tropas nacionales en el verano del treinta y seis. La pena le fue conmutada por la República por la de prisión, y así estuvo, preso, hasta la liberación de Madrid. Fue sometido a consejo de guerra y absuelto, pero su causa fue remitida por el auditor de guerra al Consejo Supremo de Justicia Militar porque no estaba de acuerdo con el veredicto. Y el Consejo dictó una nueva sentencia condenatoria; en ella le recordaba al infortunado quintacolumnista que todo oficial de carrera «tenía el deber de llevar al sacrificio su vida antes que prestar servicio a los enemigos de la patria». Y al trullo. Así están las cosas, ya ves. Es decir, suicidio entonces o condena ahora, o algo por el estilo. Y si estás pensando en que podrás cambiar las tornas, déjame que te diga que ni se te ocurra, Peña: tú y yo no somos más que humildes peones en esta partida de ajedrez que se ha montado y que nadie sabe cómo va a terminar.

Hacía unos meses, le habría dado la razón a Palomares sin dudar un momento.

Ahora no estaba en absoluto tan seguro. Hay que amar la vida, por supuesto, pero también cumplir con la obligación.

26

«¡Pero si estos tres infelices no han matado a nadie!»

Los primeros sumarios no me llegaron hasta bien entrado marzo del cuarenta y uno. A partir de entonces comencé un período frenético de trabajo: estudio de autos de imputación, visitas a presos, de nuevo impregnándome de los hedores acres de Porlier, de Yeserías, de Ventas, de Quiñones, de Carabanchel, de la Maternal; búsqueda de pruebas que pudieran bien exculparlos o bien atenuar su responsabilidad. Recordando las palabras de Palomares, era consciente de que mi solo esfuerzo no iba a cambiar el estado de las cosas, pero sí quería al menos hacer bien mi labor. Si era abogado, era para abogar; si era defensor, era para defender. No me iba a conformar con ser un títere en la pantomima. Y a eso me iba a dedicar. Procurando, es cierto, no cruzar líneas que me supusieran la perdición, pero, al mismo tiempo, intentando no concitar el desprecio de mis defendidos, como tantos otros defensores militares concitaban, y bien que yo lo sabía por lo que había vivido en Porlier. Sí, iba a esforzarme por poder mirarme al espejo cada mañana sin avergonzarme. Eso lo tuve claro desde el primer día. Como claro tenía que la ley más fundamental del hombre es buscar la paz, y que el mejor camino para buscar la paz es buscar la justicia. Y lo iba a hacer. Por una vez en mi vida, estaba decidido, sin resquicio a la duda. Aunque tuviera que moverme dentro del estrecho margen que el Código de Justicia Militar permitía a los defensores castrenses. Aunque me acarreara problemas, ya veríamos cuáles.

Sí, estaba decidido.

Todos cambiamos, aunque no seamos conscientes de ello. Y no se puede pretender cambiar el mundo sin antes cambiarse uno mismo. «Sabemos lo que somos, pero no en lo que podemos convertirnos». También lo dijo Shakespeare. Yo sentí cierta prevención al pensar en qué podía convertirme, adónde podían conducirme esos propósitos míos. Pero lo hice, cambié.

Llegó al fin mi primer sumario, y lo abrí con la ilusión de un novicio. Tuve que defender a tres soldados rasos del ejército republicano llamados Manuel Albarracín Prieto, Rómulo Alcántara Cid y Juan Izquierdo Luján. Habían sido acusados del asesinato de un soldado de su misma compañía llamado Jesús Mínguez Oliva. Todos ellos habían servido como tropa en la tercera compañía de la 42.ª Brigada Mixta del comandante Esteban Rovira, que se había destacado en la defensa de la zona del Parque Lineal del Manzanares durante la batalla de Madrid, en el año treinta y siete. Los tres acusados, Albarracín, Alcántara e Izquierdo, le habían comunicado al teniente de su unidad que el soldado Mínguez les había revelado su decisión de desertar hacia las líneas franquistas. El soldado Mínguez fue fusilado esa misma noche por desertor, y el fiscal acusaba de su asesinato a los tres soldados denunciantes.

Cuando leí el escrito de cargos del capitán auditor que ejercía de fiscal en el proceso y en el que se pedía la pena de muerte para los tres acusados, aquella ilusión primeriza se me desbarató y se me cayó el alma a los pies. Pero ¿cómo puede ser? ¡Pero si estos tres infelices no han matado a nadie! ¡Además, la deserción en tiempo de guerra es un delito penado en el Código de Justicia Militar con la pena capital! ¡Lo que estos desgraciados hicieron fue denunciar un delito y, si no lo hubieran hecho, podrían haber sido fusilados ellos por encubrimiento! ¿Cómo diantres se les puede acusar ahora de asesinato?

El juicio se celebró un miércoles 16 de abril de 1941 ante el consejo de guerra permanente número 3 del palacio de las Salesas.

La acusación se basaba exclusivamente en el testimonio de un cabo de la 42.ª Brigada Mixta del ejército republicano, en la que habían servido los acusados. Su nombre era Agapito Marchena. Yo, por mi parte, no había conseguido que nadie testificara en favor de

los presos. Solicité de la auditoría de guerra el paradero de los restantes miembros de su pelotón, para ver si entre ellos conseguía localizar a algún soldado que declarase en favor de mis defendidos. Mi petición ni siquiera fue respondida.

El tal Marchena, que venía aherrojado desde la prisión del Dueso, declaró a preguntas del fiscal que, en efecto, una mañana, sería por junio o julio del treinta y siete, los tres reos, Albarracín, Alcántara e Izquierdo, se habían presentado ante el teniente de la compañía, un leonés apellidado Hernández, y le habían dado cuenta de que el soldado Mínguez, que servía en el mismo pelotón que ellos, les había comunicado que esa noche se proponía pasarse a las filas enemigas y los había animado a unirse a él en el intento, «que hace dos meses que no nos pagan la soldada, no hay tabaco ni café, el pan es más negro que el alma de Judas y la carne ya viene podrida, mientras que los fascistas nos gritan desde las trincheras que comen pan blanco y ternera día sí y otro también, y esta guerra es una mierda y por lo menos que si morimos que sea de un balazo y no de hambre». El teniente Hernández y el comisario de la brigada interrogaron a Mínguez, que negó los hechos, pero, dado el testimonio de Albarracín, Alcántara e Izquierdo, fue fusilado esa misma tarde.

—¿Qué habría hecho usted si se hubiese hallado en la piel de los tres acusados, cabo Marchena? —interrogué al testigo cuando llegó mi turno.

—El testigo ya no es cabo ni nada —me interrumpió el presidente del tribunal, con una sonrisa exquisita—, así que diríjase a él por su apellido o como le plazca, pero no por un grado que no tiene, pues sirvió en un ejército ilegítimo y criminal.

—Lo que usted diga, señor. —Y proseguí, asintiendo con la cabeza. Los nervios eran como garrapatas recorriendo cada una de mis células. Yo, que me había dedicado al derecho civil y mercantil, donde primaban los procedimientos escritos, ni siquiera recordaba la última vez que había hablado ante un tribunal. Continué, con la voz lo más firme que esos nervios me permitieron —: Respóndame: ¿habría denunciado también al desertor o habría callado y corrido el riesgo de ser fusilado con él por encubridor?

—Mire usted, señor —respondió el testigo, haciendo sonar las esposas al moverse nervioso en el estrado—, yo estoy en el Dueso desde el mes de diciembre del treinta y nueve, hace ya año y pico, ¿sabe usted?, y cumplo una condena de veinte años por rebelión, que a saber si la voy a poder cumplir y no la palmo antes, que no sabe usted el frío que hace allí, así que yo ya tengo lo mío y no necesito que me endosen lo de nadie más, ¿me entiende?

—Esa no es respuesta —aduje—. Ha de responder usted a lo que le he preguntado.

—Yo creo que el testigo ya ha respondido, teniente —me advirtió el presidente.

—Con todos los respetos, señor, no lo ha hecho. Le he formulado una pregunta muy clara y precisa, si el testigo habría actuado igual que los acusados, y no me ha respondido en absoluto.

—No es procedente. Además, desertar de un ejército criminal e ilegítimo, no sé yo…

—¡Señor presidente! —Y sentí que los nervios poco a poco se me iban apaciguando, como si la irritación que comenzaba a invadirme fuera el mejor antídoto contra ellos.

—Otra pregunta, teniente —me ordenó con un gesto de la mano en el que latía el desprecio, desdibujada su sonrisa exquisita.

Cerré los ojos e intenté calmarme, contener aquella irritación, que, por mucho que me apaciguara los nervios, podía provocar la de los jueces. Era mi primer consejo de guerra. No era cuestión de perder los papeles al primer envite.

—Como usted diga, señor. —Y me dirigí de nuevo al cabo Marchena—: ¿Formaron los acusados en el pelotón de fusilamiento del soldado Mínguez?

—¿Cómo? ¡Qué va! No, señor. Supongo que, siendo los denunciantes, no procedía. O yo qué sé.

—¿Le dieron el tiro de gracia?

—No, claro que no. El pobre Mínguez quedó frito enseguida, no hizo falta rematarlo.

—¿Intervinieron estos hombres de alguna manera —y señalé a los acusados, que me miraban con cierta curiosidad, como si no

hubiesen esperado que alguien abogara por ellos en ese tribunal y con esa desenvoltura; en los ojos del soldado Alcántara creí ver destellar un relumbre de esperanza— en la muerte del soldado Mínguez? ¿Dispararon contra él? ¿Lo atacaron? ¿De cualquier otra forma atentaron contra su vida, contra su integridad?

—No, no… Claro que no… Bueno, usted sabe, ¿no?… La denuncia y ya está.

—Y denunciar al desertor es obligación de todo militar, ¿no es cierto?

—Pues… supongo… Yo qué sé…

—¿Lo habría denunciado usted si hubiese sabido de su intención de desertar? Al soldado Mínguez, me refiero…

—Pues…

Pero el presidente no le dio tiempo a responder.

—Creo que esa pregunta ya la formuló usted antes, teniente —me advirtió—. Y también le manifesté mi parecer. Nos quedan siete consejos más esta mañana, y más de ochenta reclusos a quienes juzgar. Así que, por favor, no se repita usted y no nos haga perder el tiempo. Otra pregunta.

—Creo que…

—Otra pregunta.

—Pero, señor, el testigo no…

—¡Otra pregunta!

—Señoría…

El presidente del tribunal, un teniente coronel auditor apellidado Manrique, célebre por su intemperancia, blandió su mazo y golpeó violentamente el soporte de madera.

—¿Va a ser necesario que se lo repita por cuarta vez, teniente? —Me contempló deletéreamente; estuvo en silencio, observándome como el cazador a la presa, durante unos segundos larguísimos, y luego me ordenó, esta vez con la voz calmada, pero más formidable que si hubiese gritado—: Teniente, otra pregunta…

Me di cuenta de que iba a ser inútil quejarme, insistir, protestar. Decidí que no me convenía ganarme un enemigo tan imponente en mi primer consejo de guerra y quedar marcado para los siguientes. Además, era consciente de que mi pertinacia podría

ir en perjuicio de mis defendidos, con quienes era más fácil cobrarse cualquier deuda que yo hubiese dejado. Había hecho cuanto había podido.

—Nada más, señoría. —Me volví y le dije al testigo, por pura inercia, pues poco tenía que agradecerle—: Gracias, señor Marchena.

—Tampoco es preciso que llame señor al testigo, abogado —señaló el teniente coronel Manrique, con desdén, sin mirarme—. Ya sabe quién es, está condenado por rojo y rebelde.

—Lo que usted diga, señoría.

—El fiscal entiende que el hecho perseguido —inició su alocución el capitán auditor— es constitutivo del delito de asesinato en la persona de Jesús Mínguez Oliva, soldado de tropa, vilmente asesinado por los rojos cuando intentaba, en loable afán, pasar a engrosar las tropas gloriosas del ejército de España. Los acusados, Manuel Albarracín Prieto, Rómulo Alcántara Cid y Juan Izquierdo Luján, puestos de común acuerdo, trataron de impedir su gesta dando cuenta de su propósito a la superioridad y provocando su fusilamiento. No podrán ampararse en que intentaban evitar su deserción, pues no es tal cosa abandonar las filas de una tropa criminal e ilegítima, como anteriormente el señor presidente de este consejo ha hecho ver. De dicho delito, según la resultancia de autos, aparecen como únicos responsables en concepto de autores los acusados, pues sabido es que la causa de la causa es causa del mal causado. Y procede, como reos del delito definido de asesinato sin atenuantes, su condena a la pena capital, accesorias y costas.

—La defensa.

Me puse en pie. Organicé mis papeles para ganar tiempo. Contemplé a los acusados, que me observaban como el enfermo moribundo al médico que ha descubierto un remedio milagroso. Separé de ellos la vista de inmediato, de pura vergüenza. Carraspeé. Observé al presidente, que en ese instante estaba, o fingía estar, atareado con otro sumario. Los otros dos miembros del tribunal, un comandante y un capitán de acusada miopía, me contemplaban con gesto suspicaz el uno, con ademán aburrido el otro.

—Con la venia del tribunal. La justicia, para ser tal, ha de ser justa —comencé mi discurso, que había estado preparando durante muchas horas de la noche anterior—, con independencia de cómo se apellide, si civil, si canónica, si militar… La justicia…

—No hace falta que levante usted la voz, teniente —me amonestó el presidente, con displicencia; estaba seguro de que no había alzado el tono, pero no intenté rebatirlo—, y tampoco hace falta que nos ilustre acerca de qué es la justicia, lo sabemos muy bien.

«Tan bien como yo el mecanismo de una central eléctrica».

—La justicia —persistí, sin dar voz, por supuesto, a ese último pensamiento—, para ser tal, ha de ser para todos, para los vencedores y también para los vencidos. Sobre todo, para los vencidos. —Observé cómo el capitán miope mudaba su gesto aburrido y fruncía detrás de sus gruesas gafas los ojos y después susurraba algo al presidente, que me miró con cierto retintín, meneó la cabeza y sonrió con suficiencia—. La justicia…

—Teniente, es la última vez que se lo digo —insistió Manrique, asiendo el mazo—, deje de sermonearnos acerca de la justicia y vaya al grano.

Dudé durante un brevísimo segundo, pensé en cómo continuar, las palabras de mi discurso medio memorizado se me habían desordenado en la cabeza. Y entonces me vinieron a la mente, sin que yo lo pretendiera, aquellas palabras que le había dicho a mi madre meses atrás: «Pensé en padre, y me dije que era tan cobarde como él. Y me dije también que no estaba dispuesto a serlo. Y que estaba harto de sortear a la vida, de pasar siempre de largo. Y me fui a buscar a Ventura León. Lo demás ya lo sabes». Respiré con fuerza. Y sin darme tiempo a reflexionar, pues de haberlo hecho posiblemente habría capitulado, me armé de valor, de ese valor que tanto había escaseado en mí. Pero me lo había jurado: nunca más daría ocasión a que en los ojos de mi madre luciera aquel centelleo oscuro de decepción. Aunque no estuviera en esa estancia de las Salesas. Bastaba con que yo fuera consciente de mi rendición, a la que no estaba dispuesto. «Todo cambia, nada es».

—Intento defender a mis clientes, señor presidente, que tienen derecho a una defensa digna, pues así lo establece el Código de Justicia Militar y las leyes del Estado. Permítame recordarle respetuosamente que, según uno y otras, el abogado defensor es el encargado de alegar en pro de su defendido cuanto pueda contribuir a demostrar su inocencia o atenuar su culpa. Y eso intento hacer, si su señoría me lo permite.

Manrique tardó unos instantes en recuperarse de la sorpresa. Se inclinó hacia delante, ambas manos sobre la mesa. Pude ver sus uñas delicadas.

—Y yo me permito recordarle, teniente, no solo que es usted un subordinado y debe guardar las debidas formas en este tribunal, sino lo que dice el artículo 582 del Código de Justicia Militar: que si el presidente del consejo de guerra advirtiera en la defensa algo irrespetuoso o impropio del acto, mandará suspenderlo y despejará la sala. ¿Quiere usted que lo haga y que entonces nos veamos las caras?

—Yo solo quiero defender a estas tres personas, señor.

—Parece, teniente, que no sabe usted muy bien dónde y para qué se halla. Esas tres personas, como usted las llama, son soldados rojos que a saber a cuántos soldados leales dieron muerte. Y ahora, continúe, continúe, y procure no agotar mi paciencia.

Tomé aire. Intenté sosegar el temblor de mis piernas. La derecha, la herida, me punzaba como si tuviera al rojo vivo la antigua cicatriz.

—Con su venia. —Tragué saliva y proseguí—: La justicia solo es tal si es igual para vencedores y vencidos. —Y el teniente coronel auditor hizo un ademán de hartura, como si renunciara a seguir discutiendo con ese teniente cretino, como el maestro se rinde ante el niño lerdo—. Y así ha de ser incluso, o con mayor razón, si son los primeros quienes la imparten. Y si los vencedores lo que hacen, en vez de impartir justicia, es esparcir entre los vencidos semillas de rencor y de odio, de rencor y de odio será la cosecha. —El capitán miope se echó hacia delante en el estrado, apoyando los codos en la mesa, como sin creerse lo que estaba oyendo—. La justicia…

—¡Teniente! —me interrumpió una vez más el presidente, que parecía a punto de explotar—. No sé qué pretende conseguir, ni si es consciente del peligroso camino que ha emprendido. No recuerdo haberle visto antes por aquí. ¿Es su primer consejo de guerra?

—Sí, señor. Pero…

—Pues procure cambiar de estrategia si no quiere que sea el último.

Decidí que ya había tensado suficientemente la cuerda y que continuar por esa senda no iba a reportarles beneficio alguno a mis tres defendidos. Ya había dicho lo que tenía que decir, no habría centelleos oscuros de decepción en los ojos de mi madre si estuviese allí, entre el público, oyendo a su hijo. Y también Clara, la miliciana, ¿qué habrá sido de ella?, estaría orgullosa de mí si me hubiese oído, quise pensar. Me acordaba de ella muchísimas veces, no con la intensidad de antes, es verdad, pero no la había olvidado ni mucho menos. Hablé del delito de asesinato que se imputaba a los tres acusados, afirmé que ese delito consistía en dar muerte a otra persona por propia mano y que Manuel Albarracín Prieto, Rómulo Alcántara Cid y Juan Izquierdo Luján no habían dado muerte a nadie. Expuse que el delito de deserción estaba penado en la ley militar española desde la noche de los tiempos, y que su castigo era la muerte por fusilamiento sumarísimo si era cometido en tiempo de guerra. Indiqué que los tres acusados habían cumplido con su deber al denunciar la comisión de un delito y que no podían ser condenados por ello. Y hablé de que en el ejército vencedor se habían observado conductas iguales y no se había condenado a nadie.

—El día 3 de octubre de 1936, señorías, el soldado Francisco Villegas fue denunciado por dos de sus compañeros de armas por haberles animado a desertar antes de la ofensiva republicana sobre Oviedo. Fue fusilado. El día 14 de noviembre, con ocasión del contraataque del ejército rojo en Villaverde, el recluta del ejército nacional Clemente Morales desertó, pero fue apresado por tres soldados de su pelotón cuando por accidente cayó en una zanja durante su huida. Fue fusilado. El 8 de abril de 1937, durante los

bombardeos republicanos sobre Valladolid, el cabo Eulogio Trapero desertó, siendo aprehendido pocas horas después, al haber sido denunciada su fuga por el sargento de su compañía. Fue fusilado. Así podría seguir durante la mañana entera, señorías, todo lo que digo obra en los archivos militares de la Auditoría de Guerra, lo pueden comprobar sus señorías si sienten curiosidad. Y nadie ha sido procesado, y mucho menos condenado, por denunciar o apresar a los desertores. Tampoco mis clientes deben ser condenados por una conducta que en el momento en que se llevó a cabo no era delito. No hay delito sin ley, no hay delito sin tipo, es un principio básico de nuestro derecho. Y no se puede juzgar a las personas en función de que ganaran o perdieran la guerra.

Manuel Albarracín Prieto, Rómulo Alcántara Cid y Juan Izquierdo Luján fueron condenados a la pena capital según sentencia que me fue notificada al siguiente día. Y con la prevención de que no debería hacérsela saber a mis defendidos, pues el código establecía que a los penados a muerte no se les notificaría la sentencia hasta que estuviesen en capilla.

—Pienso recurrir —dije, abatido, devastado, al teniente Palomares esa misma mañana, en cuanto conocí el veredicto—. Esa sentencia es un disparate, una atrocidad, no hay derecho. Pienso recurrir.

—Y yo pienso viajar a la Luna, pero sé que no lo puedo hacer.

—¿Qué coño dices, Palomares?

—Pues está claro, Peña. Que las sentencias de los consejos de guerra dictadas en procedimientos sumarísimos no pueden ser recurridas.

—Pero ¿cómo va a ser eso? Algo sé ya de lo que tengo entre manos, Palomares, no me jodas. El Código de Justicia Militar, su artículo 678, establece que…

—Pero ¿tú a qué te dedicabas cuando estuviste de auxiliar de justicia, hombre de Dios? ¿Viste alguna vez un recurso contra una sentencia sumarísima? —Chasqueó los labios y puso su mano en mi antebrazo. La retiró enseguida, como avergonzado, y sorbió el café malísimo con que nos envenenábamos en la cantina de al lado—.

Estamos con una guerra recién terminada, Eduardo, hombre, a ver cuándo te enteras. Y sus consecuencias aún se dejan sentir en todo. En todo, ¿me oyes? El general jefe del Alto Tribunal de Justicia Militar dictó una orden el 21 de noviembre de 1936, que aún sigue vigente, con la que estableció que no es posible recurrir las sentencias recaídas en los procesos sumarísimos, y todos los procedimientos que tramitamos lo son. Las sentencias solo pueden ser revisadas por la propia autoridad militar si no está conforme con el fallo del consejo de guerra y, como te puedes suponer, eso únicamente ocurre con las sentencias absolutorias. Así que más te vale irte acostumbrando a la realidad en que vivimos, amigo mío. Y no dejes que estas cosas te afecten más de la cuenta, Peña, haz caso de lo que te digo si no quieres acabar mal.

27

Una merienda en el café Gijón

«No dejes que estas cosas te afecten más de la cuenta», me había aconsejado el teniente Palomares. Pero a mí sí que me afectaban, y cuánto. Mientras otros defensores acogían con estoicismo, indiferencia o resignación, cuando no con regocijo, sentencias tan injustas y tan irracionales como la de esos tres soldados republicanos, para mí eran como puñaladas en el alma. Sentía la impotencia como uñaradas en el corazón y, cuanto más impotente me sentía, más me rebelaba y más ganas tenía de hacer mi trabajo lo mejor que pudiera sin dejarme amilanar. No era cuestión de política, ni de ideologías, ni de rojos ni de azules, ni de nacionales y republicanos, en absoluto; era cuestión únicamente de abogacía. Lo había dicho Voltaire y así nos lo enseñaron en la Facultad de Derecho: podré no estar de acuerdo con lo que dices, pero defenderé con mi vida tu derecho a expresarlo. Pues era igual: yo podía no estar de acuerdo, o sentir repugnancia, y en muchas ocasiones la sentí, por hechos atroces cometidos por quienes tenía que defender, pero, a pesar de ello, tenía que darles la mejor defensa posible, porque esa era la misión y la obligación del abogado. Si hay justicia en un pueblo, ha de ser para todos, y no para unos pocos. Y el derecho a ser defendido en juicio es tan prístino como el derecho a ser y existir. Lo que se había hecho con Albarracín, Alcántara e Izquierdo era injusto, era una aplicación inicua de la ley. No era ese el derecho que mi abuelo me había enseñado a amar. No era esa la justicia que me habían inculcado en la universidad profesores tan insignes como Jiménez de Asúa, Sánchez-Román o García Valdecasas, que, más allá de la ideología de cada uno, me hicieron ver que, al igual que no puede haber paz

sin ley, no puede haber ley sin justicia, y que ambas no son la misma cosa; que si no hay justicia, muere la sociedad, muere la razón, muere la libertad y muere el futuro; que la justicia sin compasión es pura crueldad… Yo intentaba consolarme pensando que la frustración no nace de no conseguir algo, sino de no intentar conseguirlo, y más me afanaba cada día en brindar a mis presos la mejor defensa posible. Así pensaba en ellos, «mis presos», como algo mío, como algo cuya vida y cuyo futuro dependían en buena medida de mí, tal vez porque yo, cuando estuve en Porlier, así había visto al teniente Palomares cuando me visitaba, mucho más de lo que la necesidad procesal le exigía, estaba seguro de ello. Palomares, en esos tiempos de Porlier, había sido mi única esperanza. Yo no iba a ser menos para mis presos. Entre otras cosas porque, allí, en esas causas, en esos consejos de guerra, había encontrado la verdadera misión de la abogacía, tan alejada de los contratos, las quiebras, los asuntos de derecho mercantil en los que hasta hacía tan poco me había desenvuelto.

Cuánto podía cambiar una persona. Cuánto podían cambiar las circunstancias a un hombre. Y es que, me dije, las personas cambian cuando se las priva de sus sustentos morales.

* * *

También Marisa estaba cambiando. Su anterior serenidad, su alegría amortiguada, se iba poco a poco tornando impaciencia.

—Me importa un… me importa un pimiento lo que le pasara a ese comandante republicano, Eduardo.

Fruncí los ojos y le dediqué una mirada sigilosa, sorprendido por la interrupción, por el exabrupto. Le había estado hablando de los juicios de esa mañana, en los que había tenido que defender a once presos, entre ellos a un comandante del ejército rojo apellidado Lorente a quien se había juzgado por delito de rebelión. Estábamos en el café Gijón, en Recoletos, que durante la guerra había estado prácticamente cerrado, sirviendo solo modestos almuerzos, y que ahora parecía recuperar poco a poco su antiguo esplendor. Estábamos sentados ante un velador en la zona de

entrada, lejos de la ruidosa tertulia literaria que periódicamente se reunía en el local y que congregaba a reconocidos filósofos y escritores como Eugenio D'Ors, Jardiel Poncela y otros. A pesar de que eran célebres las broncas y discusiones que, entre cafés y copas de ajenjo, mantenían los literatos durante sus tertulias, para nosotros, según tácito acuerdo, era un lugar cómodo y neutral, a medio camino entre el cosmopolitismo del Embassy y el ambiente más pintoresco del café Levante o el de Platerías. Era un día de bien avanzado junio del cuarenta y uno, poco después de que Alemania lanzara una ofensiva por sorpresa contra Rusia, su anterior aliada. También por esas fechas se había puesto fin, al menos por el momento, a la primera crisis del Gobierno de Franco, cuando los monárquicos y un sector del ejército solicitaron del Caudillo que limitase el poder de Serrano Suñer, que pretendía concentrar en la Falange toda la potestad del Estado. Franco había cedido a las presiones y accedido a introducir en el Gobierno a militares como Galarza y Carrero Blanco, y destituido de sus cargos a notables falangistas como Dionisio Ridruejo y Antonio Tovar. -Serrano Suñer, a quien todos conocían como el «cuñadísimo», amagó con dimitir, al igual que Girón. Cuando leí en la prensa todos esos vaivenes gubernamentales, me acordé de las palabras del coronel Santapola cuando, al mismo tiempo que me comunicaba que me había propuesto como teniente auditor, había criticado ácidamente a la Falange. Un anciano vendía en el café décimos de lotería del sorteo extraordinario del alzamiento.

—¿He dicho algo que te haya molestado, Marisa? —le pregunté.

—Ese es el problema, Eduardo, que no me dices nada, que no hablamos —lo había dicho avanzando su mano sobre la tapa de mármol de la mesa y acariciando la mía, como para quitar hierro a su comentario, que tenía mucho de destemplanza.

—Estamos hablando —repuse—. Llevamos haciéndolo toda la tarde.

Marisa retiró su mano y se tomó su tiempo para sorber la tacita de café que había pedido. Los rayos de un sol inmisericorde arañaban los cristales del Gijón.

—No estamos hablando, estás hablando tú, y siempre de tus juicios, de tus consejos de guerra, de tus presos… —Meneó la cabeza, más triste que airada; le vi hacer esfuerzos por que no se le quebrara la voz—. Hace ya dos años, más o menos, que regresé a Madrid, Eduardo —prosiguió, ahora ya más calmada, dejando con delicadeza la tacita sobre el mármol y después de limpiarse elegantemente los labios con la servilleta de hilo—. Y desde hace meses, de lo único que te oigo hablar es de tus dichosos juicios y de tus malditos presos. Sí, sí, ya sé —añadió, interrumpiendo la protesta que iba a brotar tímidamente de mis labios—, son tus presos, *tus presos* —repitió, con retintín—, tienes que defenderlos, el derecho a la defensa, a un juicio justo y todo eso. Me lo sé de memoria, me lo has dicho muchas veces, no hace falta que me lo repitas. —Suspiró. Yo no dije nada, preferí dejar que se desahogara. Lo que no sale con lágrimas, sale con palabras—. Y no te lo reprocho, de verdad que no. Comprendo que es tu trabajo, sé cómo te sientes, por lo que pasaste cuando…, en fin, ya sabes…, y entiendo que quieras que esos… que esos hombres tengan una defensa apropiada en sus juicios. Te admiro por eso, de verdad. Pero hay más cosas aparte de tus sumarios, tus presos y tus consejos de guerra, Eduardo. Hay vida más allá de todas esas cosas. Y estoy yo. Y me siento sola, me siento muy sola últimamente.

Hizo un mohín exquisito para evitar que el llanto se le desbordara, que me colmó de ternura. Si había experimentado algún deseo de refutar su explicación, se me pasó de inmediato. Marisa se secó una lágrima con la yema del dedo. Tuve ganas de abrazarla.

—¿Sabes qué te digo, Marisa? —argüí, después de unos instantes de silencio, y ahora fui yo quien deslizó la mano por la tapa de mármol, extrañamente caliente, y acaricié la suya. Ella me contempló, tal vez temiendo unos argumentos dolorosos—. Que llevas razón. Que llevas toda la razón. Soy un estúpido. Es verdad que estoy contento con mi trabajo, con lo que hago, con la ayuda que puedo prestar a quienes son sometidos a consejos de guerra por delitos que tal vez no hayan cometido. Y admito que puedo estar un poco obsesionado con todo eso. Pero es verdad lo que

dices: hay vida más allá de mis juicios y mis presos, y tú te mereces una vida, te mereces ser feliz, te mereces que te quiera y cuide de ti.

—Una idea se me había venido de pronto a la cabeza. Tal vez de pronto no, posiblemente llevaba días o semanas amasándola. Pero permanecía oculta, latente, bajo la superficie del intelecto, como el agua bajo el aceite. Pero, en ese instante, allí, en el bullicio del Gijón, esa idea se consolidó en mi cabeza y nadó hasta la superficie. No la medité, cosa extraña en mí, y me decidí sin dudarlo, enseguida—. Marisa, ¿puedo hacerte una pregunta?

—¿Una pregunta? Sí, claro, dime, pero…

—¿Te quieres casar conmigo?

Abrió muchísimo los ojos, que se llenaron de lágrimas de inmediato, y clavó su mirada clara en los míos. Entreabrió los labios, golosos y húmedos, pero los volvió a cerrar en un santiamén. Dos lágrimas gruesas como guisantes se le derramaron por las mejillas.

—Eduardo… —acertó a murmurar al cabo.

—¿Me vas a hacer que te lo pida de rodillas? —bromeé—. Mira cómo está de serrín el suelo del café, me voy a poner perdidos los pantalones, Marisa. Eso sí, no me he acordado de traerte nada. ¿Un anillo es lo que pega en estos casos? Pero te lo digo de corazón: ¿te quieres casar conmigo?

—Sí, sí, sí… —recitó ella, con la voz tomada, como una letanía monocorde—. ¡Claro que sí, Eduardo!

—¿Tu padre…?

—¡Me da igual lo que mi padre opine! ¡Sí, sí, quiero, quiero, Eduardo!

Y se echó a llorar en silencio. Se cubrió la cara con las manos para disimular su llanto y no llamar la atención de la concurrencia del Gijón. Al poco, me dijo que necesitaba ir al baño. La contemplé mientras caminaba hacia la *toilette*, su cuerpo de perfecta estructura, el balanceo de sus caderas, las costuras de sus medias perfectamente alineadas sobre la esbelta pantorrilla. Reparé en cómo otros hombres en el café la admiraban. Y me dije una vez más que era un tipo con suerte. Que, al menos en eso, era un tipo

con suerte.

Cuando Marisa regresó del aseo, ya sosegada, aunque con los ojos un tanto enrojecidos, hablamos sobre la intempestiva petición de matrimonio, sobre lo que ambos sentíamos y pensábamos, sobre fechas de la boda, «No más tarde del verano del año que viene, Eduardo, ¿me lo prometes?, cumplo veintinueve de aquí a nada, ¡no quiero casarme siendo un carcamal!», de la iglesia donde se celebraría la ceremonia, «A mamá le encantaría que fuera en los Jerónimos, pero si tu madre prefiere San Ginés, por mí no hay más que hablar», y recuperé en esos instantes a la joven ingenua y bellísima, llena de vida y de ilusión, a la que había conocido en una librería de viejo de la Carrera de San Jerónimo hacía ya… ¡más de diez años!

—¡Me estás dejando atrás en todo, cabrón! —me había espetado Calero cuando, días después, le participé las nuevas—. Pues que ni se te ocurra decirle ni mu de la boda a Claudita cuando nos veamos de aquí a nada —Claudita era la hija del gestor con quien trabajaba, con quien Roberto llevaba unas semanas saliendo y a quien yo había prometido conocer en breve—, que es muy capaz la jodida de querer llevarme al altar, y yo soy muy joven y estoy muy tieso como para pensar en casarme. Y, además, ya sabes que a mí no me gustan las mujeres casadas.

Le di también la noticia al teniente Palomares, con ocasión de una cena a la que lo invité en Casa Alberto. También acudió Marisa, a quien el teniente no veía desde mi consejo de guerra, cuando tuvo que reunirse con ella para preparar su declaración. Palomares, achispado por el famoso vermú de grifo de la taberna, se ofreció a regalarme el traje de novio en la Sastrería Vargas, una de las mejores de Madrid, «o en la que a ti se te antoje, que la ocasión lo merece».

—Aunque tal vez —añadió, irreconocible, desenvuelto, sin rastro de tartamudez—, tal como están las cosas, se te ocurre, Peña, casarte de uniforme, en cuyo caso estoy dispuesto a pagarte tres noches en el Gran Hotel de mi tierra, de Salamanca, ¿la conocéis?, ¿no?, pues no sé a qué diablos esperáis, chicos, y entonces vais a conocer hoteles con clase —Marisa y yo nos

guiñamos un ojo con disimulo, recordando nuestros encuentros en el hotel Florida— y probar un cabrito al horno para chuparse los dedos, lo que yo os diga. Porque, aun con esta escasez que sufrimos, deben quedar cabritos en Salamanca, ¿no?

* * *

Mi madre, cuando se lo dije, se echó a llorar, y tardé unos buenos minutos en conseguir que su llanto amainara. Supongo que debió de pensar en mi padre, en su propia boda y en cómo había finalizado todo. Pero, en cuanto el llanto cedió, me cosió a preguntas sobre los detalles y hasta buscó en un baúl polvoriento una mantilla blanca, «porque yo seré la madrina, ¿no, Eduardo?, y dile a Marisa que nada de San Ginés, vosotros os casáis en los Jerónimos, que allí sí que ofician bodas con clase».

No me arrepentí de mi decisión. Cualquier duda que tiempo atrás pudiera haber tenido sobre mi relación con Marisa se había disipado en los últimos meses. Tal vez fuese otra consecuencia de los cambios que se estaban produciendo en mí. El amor es una persona que se encuentra a mitad del camino y con quien se está dispuesto a recorrer la otra mitad. Yo sabía que Marisa me quería y estaba seguro de que yo también la quería, de que yo también la iba a querer durante el trayecto que nos restara hasta el final de ese camino.

* * *

Pero la vida seguía. Dejé que Marisa se encargara de todos los pormenores de una boda que todavía veía lejana —aunque ya me había llevado a visitar un piso en la calle Hermosilla por cuyo alquiler solicitaban doscientas cincuenta pesetas al mes, «Con tu sueldo y lo que la tienda me deja, vamos sobrados, Eduardo», que apalabramos—, y continué con mis juicios y mis trajines.

La vida seguía. Serrano Suñer, poco después de la noticia de la invasión de Rusia por parte de la Alemania de Hitler, proclamaba: «Rusia es culpable. Culpable de nuestra Guerra Civil. El exterminio de Rusia es exigencia de la historia y del porvenir de

Europa». En los locales de Auxilio Social se tramitaban las «fichas religiosas», en las que constaban los antecedentes políticos, el cumplimiento de los preceptos eclesiales y el estado civil. En septiembre de ese año cuarenta y uno se creaba el Instituto Nacional de Industria para el «desenvolvimiento de nuestra autarquía económica». En cada emisión cinematográfica era constante la figura de Franco, presentándolo en familia, de cacería, asistiendo a eventos religiosos. «Pan, fútbol y toros» era el lema para distraer el hambre y la enfermedad. Franco, en una de esas emisiones del noticiero, afirmaba que «el Estado falangista no puede descuidar en modo alguno el deporte». Y, mientras tanto, cada día llegaban en los trenes más inmigrantes desde los campos de toda España para malvivir en la capital, se reivindicaba Gibraltar, se indicaba a los comerciantes que podían poner la imagen del Caudillo en sus escaparates, pero «sin mezclarlo, en manera alguna, con objetos industriales para su venta»; se continuaba con el «día del plato único», en el que solo se servía un plato de comida y que era de obligado cumplimiento; se inventó el yogur sin leche, la ropa de paja, se sustituía la gasolina por gasógeno y en las calles, en las tiendas, en los ultramarinos, había más consignas que habichuelas.

De aquel tiempo recuerdo el consejo de guerra a Gertrudis Vicente, una viuda de sesenta y un años, vecina de Chamberí, calle Covarrubias, 9. Tuve que defenderla ante el consejo de guerra permanente número 7, cuyo presidente era un coronel de Caballería de mejor trato que el teniente coronel Manrique, pero igual de inmisericorde en sus resoluciones. Gertrudis, cojitranca y achacosa, que estaba afiliada al PSOE, se había jactado durante una verbena de haber participado en una *saca* de presos derechistas y había asegurado, entre chotis y chotis, entre aguardiente y aguardiente, que le costaba conciliar el sueño después de haber propinado el tiro de gracia a tres fascistas. Resultó que el hijo de uno de los vecinos que estaba en la verbena, llamado Manuel Cáceres, había sido detenido en diciembre del treinta y nueve acusado de pertenecer al Sindicato del Pan y de haber intervenido durante la guerra en la confiscación de bienes a

quienes se consideraban financiadores del alzamiento, terratenientes, capitalistas, empresarios, «que bien que se lo han llevado durante toda la vida los muy hijos de la gran puta y ahora vamos a acabar con todos ellos y a dar al pueblo lo que es del pueblo», y que, con una petición de pena de treinta años de cárcel, había empezado a *cantar* contra todo aquel a quien alcanzara su memoria para intentar rebajar la condena. Una de las víctimas de sus delaciones fue precisamente Gertrudis Vicente: «Esa mujer dijo que había propinado el tiro de gracia a tres derechistas, o falangistas, no sé, pero lo dijo, yo mismo lo escuché con estas orejas mías».

A pesar de que Gertrudis había sido detenida en enero del cuarenta, su consejo de guerra no se pudo celebrar hasta finales de julio del cuarenta y uno, pues la pobre mujer, entre sus achaques y la mala vida de la cárcel de Quiñones, donde estaba recluida, se pasó más tiempo en la enfermería que en su celda, en un tris de ser enjuiciada en el más allá, y hasta esa fecha no estuvo en condiciones de ser sometida a juicio.

Gertrudis, la voz fina como un mondadientes, los pellejos colgando de su cuerpo como racimos de uvas pasas, los huesos asomando en cada una de sus articulaciones, reconoció haber dicho aquello de lo que se le acusaba en la dichosa verbena de Chamberí, entre manolos, chisperos, majas, manolas, chupitos de anís, pero que fue por presumir delante de un vecino que la rondaba, que se llamaba Paco, «no recuerdo el apellido», viudo como ella, que era de la CNT, y bien plantado a pesar de sus años, que murió de una apoplejía poco antes del final de la guerra y a quien pensó que le podrían atraer esos camelos que la viuda contaba, «porque yo también sé cómo defender a la República, Paquito, pero qué relindo que eres, y sé que te gustan las mujeres hechas y derechas, ¿a que sí, guapetón? Pues aquí tienes a una, que rematé a tres facciosos, ¿sabes?». Pero que todo era una pura patraña, y que ella nunca había matado a nadie, «Válgame Dios bendito, y por Dios lo juro, y que sepan sus ilustrísimas que yo, si bien soy del PSOE porque mi familia siempre fue del PSOE, aunque no sé ni tanto así de política, también soy muy creyente, mire

usted, y sería incapaz de tomar el nombre de Dios en vano».

El único testigo que depuso contra la viuda Gertrudis fue el tal Manuel Cáceres, rubicundo, chato, malencarado, o porque nació así o por la mala vida que la vida le había dado, quien, tartamudeando y más avergonzado que otra cosa, ratificó su declaración prestada en el sumario, aunque aclaró: «Pero yo realmente no sé si lo que Gertrudis dijo era verdad, yo solamente sé lo que oí, pero lo que es ver, yo no vi nada, eso sí que sí».

—¿Y a quién remató la acusada, Manuel? —le pregunté al testigo.

—Ah, pues ni idea, mire usted, de eso no tengo ni pajolera idea.

—¿Así que no sabe usted el nombre de esas tres personas a las que Gertrudis dijo haber dado el tiro de gracia?

—Ni idea, ya le digo.

—¿Y usted cree que Gertrudis es capaz de…?

—Lo que el testigo crea no nos interesa, teniente. Así que… otra pregunta.

Batallé como un jabato en el consejo de guerra. Hablé de la falta de pruebas, de los testigos de referencia, de su inhabilidad como prueba de cargo, «¿A quién mató mi cliente?, ¿cómo se puede condenar a nadie sin saber ni siquiera los nombres de los muertos?»; de las explicaciones creíbles de la viuda, de los vecinos de Chamberí que habían testificado a su favor, «¡Por Dios!, ¿Gertrudis?, ande usted, ¡cómo va a matar Gertrudis a nadie!, ¡eso que dijo fue una chiquillada!, todos sabíamos que no era verdad». Sudé a chorros en esa mañana calurosa de julio, dije que nadie podía ser condenado sin que la acusación fuese probada, hablé, hablé y hablé, pero todo fue para nada, todo fue en vano, como el nombre de Dios que de aquella forma la viuda Vicente no tomaba.

Gertrudis Vicente fue condenada.

La sentencia fue taxativa: la acusada demostró siempre su exaltado izquierdismo y carácter violento y se jactaba ante sus convecinos de haber dado muerte a varias personas de derechas. ¿Qué más daba que no se supieran sus nombres?

Fue sentenciada a morir ante el pelotón de fusilamiento.

28

Los ferroviarios del tren de la muerte

Marisa, ilusionada como nunca, preparaba nuestra boda, que fijamos para el sábado 25 de julio de 1942, en la iglesia de los Jerónimos. Roberto Calero se chuflaba de mí cada vez que nos veíamos: «Yo te veo a ti tan casado como a la Cibeles vestida de manola, ¿qué quieres que te diga, Edu?». Y mi madre parecía haber rejuvenecido diez años con la noticia y ya soñaba con un nieto: «Sería como un regalo en mi vejez, Eduardo, le tienes que decir a Marisa que no hay que tardar en tener hijos, además ya ella no es una niña, ¿no?». Yo, mientras tanto, tomaba distancia de esos ajetreos y continuaba peleando en cada consejo de guerra. Fue en todos los que intervine que me dejé el alma. Tanto, que pensaba que mi alma ya no estaba en mi cuerpo, sino en una fría sala de justicia del palacio de las Salesas, como un mueble más, como un banco más de los que allí había, como un desconchón más de la pared. Contendía, argumentaba, recababa pruebas, testimonios, informes, hablaba con curas, «Usted sabe, padre, que ese hombre no es mala gente, que hizo mucho bien en el barrio, y si usted pudiera escribirme unas letras, igual lo salvaba del pelotón al desventurado, ¿no es la caridad una de las virtudes capitales, páter?», «Ah, vale, sí, teologales, claro, lo que usted diga, padre, la caridad es una virtud teologal, eso es…, pero es igual de importante, ¿no?». Suplicaba, exhortaba, me desgañitaba, recibía las reprimendas de los jueces, las iras de los fiscales, el desprecio de algunos de mis compañeros defensores, la admiración de los otros, de los menos.

Me daba igual. El desdén y el halago. Sobre todo, estaba satisfecho conmigo mismo. Volvía a sentirme útil. Volvía a sentirme abogado. Ya no temía ver en la mirada de mi madre, ni en la de nadie, ni siquiera en la que el espejo me devolviera, un centelleo oscuro de decepción.

Para principios de septiembre del cuarenta y uno fue señalado el juicio a cuatro ferroviarios jiennenses acusados de haber participado en los asesinatos de «los trenes de la muerte» de Jaén en agosto del treinta y seis.

Los días 11 y 12 de agosto de ese año, dos trenes con presos derechistas salieron de la estación de Espeluy con dirección a Madrid, para desde allí ser trasladados a la penitenciaría de Alcalá de Henares, dada la masificación de los penales de la provincia de los olivares y dado que sus vidas allí corrían peligro, pues cada día se concentraba ante las puertas de las cárceles de Jaén y de Úbeda, donde estaban, una turba de milicianos sedienta de sangre. El primer tren, el del día 11 de agosto, llegó a Madrid, a la estación del Mediodía, sin más novedades que los gritos y las amenazas que los presos recibieron en cada estación donde el tren se detenía. Pero allí, en esa estación, once de los cautivos, los más relevantes, entre ellos dos diputados del Partido Agrario, dos curas y dos monjas, fueron sacados del tren y asesinados contra una tapia cercana. El segundo tren, el del 12 de agosto, donde viajaban los cuatro ferroviarios acusados, salió de Jaén con doscientos cuarenta y cinco presos escoltados por cincuenta guardias civiles. Cuando llegaba a la estación de Santa Catalina-Vallecas, fue interceptado por un grupo de milicianos anarquistas que hizo que el convoy se detuviera, desengancharon la locomotora e instalaron tres ametralladoras a la altura de El Pozo del Tío Raimundo. Los guardias civiles, que habían sido amenazados por los milicianos con darles muerte al mismo tiempo que a los presos si se inmiscuían, pidieron instrucciones a Madrid, a la Dirección General de Seguridad, desde donde se les ordenó retirarse, «No queremos ver la imagen de guardias civiles tiroteándose con las milicias, la Guardia Civil no se enfrenta al pueblo español». De los doscientos cuarenta y cinco presos, ciento noventa y tres fueron ametrallados,

asesinados a sangre fría. Los cuatro ferroviarios habían sido detenidos en Jaén tras una larga investigación judicial y trasladados a Madrid para ser sometidos a consejo de guerra.

Me entrevisté con ellos en Yeserías. Allí me aseguraron que, en efecto, viajaban en ese tren de la muerte, como operarios ferroviarios que eran, pero que ni participaron en la masacre ni la propiciaron ni la animaron ni la consintieron. Puesto que habían sido detenidos en Jaén, donde la defensa podría conseguir más pruebas e informes acerca de sus vidas y conducta, presenté cuestión de competencia territorial, por entender que los tribunales competentes eran los de Jaén. A la vista de mi excepción, la causa pasó al Consejo Supremo de Justicia Militar, que desestimó la cuestión con palabras muy duras hacia el defensor que la había promovido. Pero no cedí. Perseveré y formulé nueva cuestión de competencia por entender que los hechos debían ser enjuiciados por la justicia ordinaria, ya que los acusados no eran militares; el Consejo respondió recordando «al obtuso teniente auditor que promueve esta insensata cuestión lo dispuesto en el artículo 8 del bando de estado de guerra de 18 de julio de 1936 promulgado por el glorioso Caudillo, teniente auditor a quien se abrirá expediente por si su actuación pudiera vulnerar lo dispuesto en el Código de Justicia Militar».

Y sí, se me abrió expediente y fui sancionado con suspensión de sueldo durante tres meses; solamente de sueldo y no de empleo, porque no estaba la justicia militar como para dejar ociosos a defensores que tan necesarios eran para que su colosal maquinaria pudiese seguir su curso ineluctable.

En el consejo de guerra contra los cuatro ferroviarios, mi alma, o lo que me quedaba de ella, volvió a partírseme, como si fuera una naranja, en gajos que rodaron por las losas de aquella sala inconmovible.

—¿Cuántas personas viajaban en el tren? —preguntó el fiscal a uno de los testigos de la acusación, un fraile mercedario que había sobrevivido de milagro a la matanza y a la reclusión en Conde de Toreno.

—Veníamos casi trescientos detenidos, no sé el número

exacto, estrujados en los vagones —contestó. Tenía que detenerse cada dos por tres, ganado por la emoción—. Cerca ya de Madrid, en Villaverde, se apoderaron del tren los milicianos, a pesar de los cincuenta guardias civiles encargados de nuestra custodia, y allí mismo comenzaron los fusilamientos, el más feroz e inhumano que los tiempos hayan visto, en grupos de veinticinco, sin indagar en nuestras personas ni en nuestros delitos. Hubo padres que fueron obligados a presenciar la muerte de sus hijos e hijos que tuvieron que ver cómo sus padres eran fusilados. —Cerró los ojos y estuvo unos segundos en silencio. Continuó, cuando se recuperó—: El obispo de Jaén, el excelentísimo y reverendísimo don Manuel Basulto, cayó de rodillas, exclamando: «Perdona, Señor, mis pecados y perdona también a mis asesinos». Y así murió, en olor de santidad.

—Viajaba también en el tren la hermana del señor obispo, ¿verdad?

—Sí, así es. Doña Teresa Basulto.

—¿Qué ocurrió con ella?

—Pues, cuando iba a ser fusilada, exclamó, entre lloros: «Esto es una infamia, yo solo soy una pobre mujer».

—¿Qué le respondieron?

—Uno de los milicianos le dijo, entre risas: «No te apures, que a ti te matará una mujer». Y acto seguido, una miliciana desgreñada y sucia, llamada Josefa Coso, y a la que llamaban la Pecosa, se adelantó y le descerrajó un tiro en la cara allí mismo, a sangre fría.

—¿Y cómo es que usted sobrevivió, padre? —preguntó el fiscal.

—Intercesión divina, capitán. Cuando solo quedábamos con vida unos cuarenta, uno de los milicianos, un joven llamado Leocadio, no sé sus apellidos, se adelantó del grupo y, encarándose con el jefe de milicias, le dijo que él respondía con su vida de todos los que quedábamos. Y, no sé cómo, el jefe, no sé qué vería en los ojos de ese joven, que hasta entre los demonios hay ángeles, decidió parar los fusilamientos, aunque no sin decirle antes: «¡Ay de ti, si me engañas! Llevad a estos a Vallecas y que demuestren su

inocencia». A mí me llevaron a Conde de Toreno, y allí estuve hasta el final de la guerra. Ni me enjuiciaron ni me condenaron. Tengo conocimientos de enfermería y era muy necesario allí, en la prisión, según me dieron a entender.

—Lo que ha contado usted, padre, es horrible, lamento por lo que tuvo que pasar —comencé mi turno de interrogatorio—. Ahora bien, padre, he de preguntarle: ¿llegó a ver usted a los acusados en el tren?

—Sí, señor, los vi.

—¿Dónde?

—En el tren, claro. Con los demás.

Por Dios. Lo iba a tener difícil. Había un encono profundo en los ojos del fray, impropios de sus apenas treinta años. No estaba dispuesto a colaborar ni tanto así con la defensa. Me dije que su estancia en prisión tenía que haber sido muy dura. Recordé aquel refrán: «Con un fraile, no puede nadie; con dos, ni Dios; y con una comunidad, ni la Santísima Trinidad». Yo tendría que poder.

—Sí, padre, en el tren, claro. Pero ¿en qué parte del tren?

—Bueno, yo los vi cuando nos detuvimos en Vallecas. Entonces los vi.

—Sí, padre, pero ¿en qué parte del tren? ¿Iban en los vagones con los presos? ¿Los vio usted allí? ¿Iban con los milicianos?

—No —contestó, no sin cierta desgana.

—¿Dónde, entonces?

—En la locomotora.

—¿Qué hacían?

—Bueno, pues… trabajar, supongo.

—¿Llevaban armas?

—Tres de ellos llevaban palas.

—¿Cómo dice usted?

—Palas, para el carbón.

—Ah, ya. Entonces, ¿no portaban pistolas, fusiles, escopetas…?

—No, yo no vi más armas que esas palas.

—Y con esas palas alimentaban de carbón la caldera…

—Supongo.

—Los presos fueron fusilados con ametralladoras, ¿no es cierto?

—Sí. Yo vi cómo los fusilaban de veinticinco en veinticinco, por Jesús bendito y que los haya acogido en su gloria a esos pobres hombres y mujeres.

—Y los aquí acusados no las llevaban, ¿no es verdad?

—¿El qué?

—Ametralladoras. O pistolas, o lo que fuera.

—Es verdad.

—Entonces, estos hombres no participaron en las muertes de quienes viajaban en el tren…

—Estaban allí, eso es lo que le puedo decir. Jamás olvidaré los rostros de ninguno de esos milicianos.

—Mis defendidos no eran milicianos.

—Estaban allí.

—Pero no dispararon, ¿no? No mataron a nadie.

—No. Pero estaban allí.

—Sí, estaban allí, pero no dispararon, por Dios.

—No.

—No hay más preguntas, señoría.

El fiscal solicitó repreguntar.

—¿Había entre ustedes, entre los presos que viajaban en los trenes de la muerte, personas que se habían significado por haber apoyado el glorioso alzamiento nacional?

—No, señor. Todos los que viajábamos en esos trenes no teníamos más culpa que la de ser católicos y de derechas. Si es que eso es culpa, señor. Ningún otro pecado se nos atribuía, ninguno.

—¿Intentaron los acusados de alguna forma impedir el linchamiento, la horrenda matanza que se llevó a cabo?

—No, señor. No que yo sepa.

—¿No intervinieron?

—No.

—¿No hicieron nada cuando comenzaron las ejecuciones?

—No.

—Nada más, coronel.

—¿Podrían los acusados, aunque hubiesen querido —salté

como un resorte de mi asiento—, haber evitado lo que allí ocurrió? ¿Podrían haberse enfrentado sin riesgo de sus vidas a los cientos de milicianos que…?

—¡Teniente! —me interrumpió el presidente—. ¡No tiene usted la palabra! ¡Cállese! ¡Y siéntese!

—Pero, señor, el fiscal ha contrainterrogado. ¡Yo tengo derecho a…!

—¡Usted no tiene derecho a nada! ¡Y no levante la voz a este tribunal! ¡El contrainterrogatorio de la defensa no procede, no está previsto en la ley! ¡Así que cállese y siéntese! Tiene la palabra el fiscal para informe.

—El asesinato no consiste solo en empuñar un arma y disparar, no, señor —expuso el capitán que ejercía la acusación pública, voz ronca de fumador, sudoroso, de expresión exaltada—. El crimen puede tener un autor inmediato y un autor mediato. Este último es el que comete el delito sirviéndose de otro como instrumento. Existen también los cooperadores, los cómplices, quienes de una u otra forma contribuyen al hecho delictivo. La omisión del bien no es menos reprensible que la comisión del mal. Y eso es lo que han hecho los acusados, todos ellos militantes de un sindicato rojo además: son tan responsables del asesinato de quienes sucumbieron en esos trenes de la muerte como quienes dispararon sus fusiles a sangre fría contra españoles indefensos. ¡Eran ellos quienes manejaban el tren! ¡Fueron ellos quienes lo detuvieron para que subieran los rojos asesinos! ¡Estaban allí, no hicieron nada, colaboraron, deben ser condenados!

—El testigo que ha depuesto en este consejo de guerra, el fray mercedario —comencé mi informe, intentando que mi tono calmado fuera un contrapunto a la exacerbación del fiscal; también procuré, y me costó, que en mi voz no palpitara el sarcasmo—, nos ha dicho que hasta entre los demonios hay ángeles. Y lleva razón, muchísima razón. Porque es precisamente entre los demonios cuando los ángeles se nos revelan. Se refería el testigo con esta expresión a un miliciano, del que nada sabemos, llamado Leocadio, según nos ha dicho, que intervino para evitar la muerte de al menos cuarenta de los presos que viajaban en el tren. Y yo les

pregunto, señorías, integrantes del tribunal: si ese miliciano hubiese sido detenido y preso, si estuviese hoy ante ustedes sentado en el banquillo de los acusados, ¿también el fiscal habría pedido para él la pena de muerte? ¿También habría solicitado que fuera conducido al paredón? Según su teoría, y aunque evitara el asesinato de esas cuatro decenas de españoles indefensos, estuvo presente cuando los demás murieron. Y, por repetir sus propias palabras, «estaba allí, no hizo nada, colaboró, debe ser condenado». También les pregunto: ¿sería eso justo? ¿Sería lícito condenarlo por haber tardado unos minutos en vencer a su miedo? Déjenme que yo les responda. Sería injusto, sería inmisericorde, sería inicuo. No sería justicia si tal cosa se hiciera. Pues lo mismo ocurre con mis defendidos. Eran ferroviarios, hacían su trabajo, tuvieron que detener el tren cuando los milicianos lo asaltaron. Nada podrían haber hecho, aunque hubiesen querido, por evitar la muerte de tanto inocente. ¿Tuvieron miedo? Nadie lo duda. ¿Estaban aterrados? Créanme si les digo que sí. ¿Se sintieron incapaces de detener la matanza? Con toda seguridad. Pero ¿podrían haber hecho otra cosa que lo que hicieron? No, rotundamente no. Nadie está obligado a ser héroe. No al menos sin poner en juego su propia vida, sin arriesgarse a ser también ametrallado por los milicianos. ¿Conocen ustedes a algún héroe que no esté muerto? ¿Es exigible el sacrificio inútil de la propia vida? No le demos la razón a Quevedo cuando dijo que ningún vencido tiene justicia si lo ha de juzgar su vencedor.

No hubo condena a muerte, que era lo que el fiscal pedía. Los cuatro ferroviarios fueron condenados a diez años de prisión.

—No sé por qué tienes esa cara —me comentó Palomares cuando se me notificó la sentencia—. Les has ahorrado el paredón. Estuve en el juicio e hiciste un trabajo brillante. No tienes motivos para estar tan disgustado como te veo.

—Claro que no, Palomares —repuse, sin poder ocultar mi rabia y mi decepción—. Contentísimo. Debo estar contentísimo, ¿no? Diez años pudriéndose en la cárcel por el terrible delito de alimentar la caldera de un tren a paletadas. Para morirse de la alegría, Palomares, cojones.

29

El abogado de rojos

No siempre la justicia de Franco fue así de inclemente y de desproporcionada. En algunas ocasiones, mi trabajo se vio premiado con absoluciones. Apenas en cinco o seis casos de los muchos, decenas, cientos, que tramité, varios al día, seis días a la semana. Y de esos cinco o seis que finalizaron con sentencias absolutorias, dos de ellos fueron revisados por la Auditoría de Guerra que, no conforme con esos pronunciamientos, las reestudiaron y, en dos de los casos, las mutaron por resoluciones que llevaron aparejadas penas de cárcel.

El premio que las sentencias no me dieron sí me lo dieron muchos presos. Lo supe una mañana de junio, cuando el juez Santapola, mi antiguo valedor, me citó en su despacho del juzgado militar permanente de la calle del General Castaños.

—Buenos días, mi coronel. Me alegro de verle de nuevo. ¿Cómo está usted?

—Siéntese, teniente.

Como acostumbraba, la mirada del juez era huidiza, hoy estaba clavada en un lugar detrás de mí, un mapamundi tal vez, que colgaba en un marco de caña al lado de la puerta en su despacho.

—¿Sabe usted una cosa, teniente? —me preguntó, ahora la mirada de sus ojos grises y acuosos se transportó a un lugar a mi derecha. Tuve que contenerme para no girarme y ver lo que contemplaba.

—¿Sí, mi coronel?

—Sabía que esto iba a pasar —afirmó, y por un momento su mirada se deslizó sobre mi rostro, rápida, resbaladiza, y bajó

después hacia los papeles que atestaban su mesa—. Estaba seguro y, a pesar de todo, le propuse para el cargo.

—No sé si le entiendo, mi coronel —argüí, algo confuso. Y receloso, quizá.

—Creo que me entiende perfectamente. —Se atusó el bigotillo canoso con la mano derecha. Después, tomó un fajo de papeles, alineó aquellos cuyos bordes sobresalían hasta componer un mazo casi perfecto que alcanzaría el medio palmo de grosor y, poniendo su mano sobre el fajo, continuó—: Sus actuaciones en los juicios están produciendo reacciones, Peña, reacciones diversas. Por un lado, en la Auditoría de Guerra me han preguntado las razones de mi recomendación para que lo nombraran auditor, pues, según se me ha dicho, su comportamiento en los procesos está dejando mucho que desear. Se dice que pone usted demasiado… digamos ardor, en la defensa. Y por otro lado… —y señaló el mazo de folios —, ¿sabe usted qué son todos estos papeles?

—Ni idea, señor.

—Instancias de presos en cárceles madrileñas pidiendo que sea usted quien los defienda.

Permanecí mudo del asombro. Sabía, por mis visitas a las prisiones, que mi trabajo, el empeño que ponía en cada consejo de guerra, mis esfuerzos por conseguir pruebas que ampararan a mis clientes, mi dedicación, el interés que mostraba por sus vidas y hechos, «Ese abogado tuyo sí que tiene huevos, que se ha llevado casi dos horas contigo, y no el mío, el muy cabrón, que me ha despachado en dos minutos», eran apreciados por los presos y en más de una ocasión había tenido que contener las lágrimas cuando un condenado a muerte me daba las gracias por mis desvelos. Pero aquello…

—No tenía ni idea.

—¿Y sabe usted cómo le llaman allí, en Ventas, en Yeserías, en la Maternal, en Conde de Toreno…? —me preguntó, en su tono neutro—. ¿Sabe cómo se refieren a usted?

—No… No, señor.

—El abogado de rojos. O el abogado de los rojos. No sé. Pero algo así. Así le llaman.

Sentí que el rubor me teñía el rostro y sentí mi pecho inundado por un sentimiento que era hijo mestizo de la vergüenza y del orgullo. Pero me quedé en silencio, sin saber qué decir.

—Y todo esto está causando cierto malestar en la Auditoría de Guerra, como se puede suponer. —Dejó a un lado el fajo de cartas, procurando que no se desordenaran—. Estas instancias no serán atendidas, por supuesto, no olvide que estamos hablando de procesos sumarísimos, y ya sabe usted que el procesado no tiene derecho a elegir defensor. Y, además, ¿qué ocurriría si lo hiciéramos? Sería el caos, claro. Pero todo lo que altere el normal curso de…

—De las condenas.

—… de la justicia es perturbador, no es bueno en los momentos que vivimos —prosiguió Santapola, impertérrito, sin manifestar reproche por mi interrupción y mi ironía—. De ahí el malestar que hay por su comportamiento. Pero… —Dudó durante un momento, mas pareció alcanzar una decisión —. Voy a decirle algo, teniente. A mí también hay cosas que no me gustan en todo esto. —Y ahora me miró a los ojos durante un instante brevísimo; después volvió a refugiar la mirada en cualquier parte—. He leído las actas de algunos de sus juicios y los resúmenes de algunos de sus informes, de sus alegatos finales, y hay cosas que usted dice con las que puedo estar plenamente de acuerdo: la necesidad de ser compasivos, observar la virtud de la misericordia, llevar a la práctica aquello que dijo nuestro Caudillo acerca de que nadie que no tuviese las manos manchadas de sangre tendría nada que temer, todo eso. Pero no olvide que acabamos de salir de una guerra y, muchas veces, tan necesaria como la compasión es la severidad, el rigor, garantizarnos que lo que aconteció en España no volverá a suceder. Y ya sabe usted aquello de que la letra con sangre entra…

—¿Puedo hablar, mi coronel?

—Para eso lo he hecho llamar, teniente.

—No se trata ya de compasión ni de misericordia, señor, o no solo de eso, que también. Se trata de justicia. Se está fusilando a gente que no mató a nadie, gente que, por lo que hizo o dejó de

hacer en un minuto durante la guerra, va a pagar con su vida. ¿Ha podido usted leer las actas del juicio de Gertrudis Vicente? —Y el juez negó con la cabeza y volvió a atusarse el bigotillo—. Esa mujer, una viuda anciana, presumió durante una verbena de haber dado el tiro de gracia a tres personas de derechas. No fue más que eso, un vano alarde, una petulancia, una tontería que dijo para llamar la atención de un vecino a quien pretendía. No había ninguna prueba de que eso que dijo fuera verdad, y ella lo negó. Ni una prueba, mi coronel. Ni siquiera se ha llegado a saber el nombre de esas personas a quienes se dice que ajustició. No había nada, más que unas palabras desafortunadas durante una verbena de Chamberí. Pues ha pagado con su vida por ellas. Ha sido fusilada por el asesinato de no se sabe quién. ¿Se lo puede usted creer? ¿Es eso justicia, mi coronel? ¿Cómo se puede condenar a alguien por matar a no se sabe quién? Y frente a cosas como esas, veo que los defensores militares se limitan a acudir a fórmulas manidas, a tramitar los sumarios rutinariamente, a suplicar clemencia en la mayor parte de las veces cuando lo que debieran hacer es clamar justicia y exigir que se imparta. Pudiera comprender que, tras la guerra, la severidad fuese la norma, pero ya han pasado más de dos años desde que la guerra acabó, mi coronel. Ya no es tiempo de más revancha. Es el tiempo de la justicia. No soy mejor que nadie, ni el más valiente ni el más osado, se lo aseguro, más bien siempre he sido lo contrario, pero si he sido nombrado defensor militar, es para eso precisamente, para defender, para exigir que se aplique la ley, para pelear por quienes se sientan en el banquillo de los acusados. Y no para ser un figurante en una tragicomedia que las más de las veces suele tener un final dramático. Usted me nombró, señor, o sugirió mi nombramiento. No me pida que haga otra cosa que lo que hago. Antes que pedirme eso, que no se lo voy a conceder, respetuosamente se lo digo, destitúyame, o haga que me destituyan, regréseme a la mesa de los auxiliares, o despídanme o hagan lo que quieran. Pero mientras tanto, mi coronel, voy a seguir siendo abogado.

El juez Santapola se puso en pie. Yo, algo trémulo, sin saber

adónde me iban a conducir esas palabras que me habían nacido de un pozo de frustración e impotencia, hice lo propio.

—¿Le puedo hacer una pregunta, teniente?

—Por supuesto, señor.

—Solo para usted y para mí. Lo que me responda no saldrá jamás de estas cuatro paredes, se lo juro por Dios. Pero tengo que saberlo.

—Por supuesto, señor.

No tenía ni idea de hasta qué punto podía confiar en Santapola. A esas alturas de mi vida, la desconfianza era como una verruga en la piel, algo que iba a estar conmigo durante toda mi existencia.

El coronel dudó un segundo. Me miró de refilón, de la forma sinuosa en que solía mirar.

—¿Es usted…? —Dudó de nuevo. Tomó aire—. ¿Es usted comunista?

Tuve que ahogar una carcajada a pesar de la tensión del momento.

—¿Yo, comunista? Por Dios, mi coronel. En absoluto. Me aterran los comunistas. Conocí a algunos comisarios políticos cuando estuve en el ejército. Hablan de libertad, pero lo único que buscan es la uniformidad de las ideas, la opresión del pensamiento, fomentan el odio. Yo creo en la libertad del individuo, mi coronel. Y nada que se base en el odio puede ser bueno.

Santapola suspiró. «Menos mal», parecía decir su suspiro.

—Y… ¿anarquista?

—«Bendito sea el caos, es síntoma de libertad». Eso dicen los anarquistas. Y yo detesto el caos, señor. Creo en la ley y el orden.

—Bien, bien… —Nuevo levantamiento y bajada inmediata de párpados—. Entonces, teniente…, ¿qué es usted?

«¿Qué soy yo?». Buena pregunta, si la pudiera responder. Opté por decir lo primero que se me vino a la mente.

—Abogado, mi coronel, simplemente eso. Abogado. Nada más. Y nada menos.

Santapola sonrió. Volvió a mirarme de refilón. Y asintió con lentitud. Carraspeó brevemente para continuar hablando.

—Le he dicho, teniente —dijo el juez—, lo que me han pedido que le diga. La conversación oficial se acaba aquí. —Su mirada, poco a poco, fue escalando desde la mesa hasta mis ojos y allí se detuvo durante un tiempo que, para el coronel, tuvo que ser infinito—. Y ahora escúcheme. Soy jurista antes que militar. Las ametralladoras han callado, los aviones de combate ya no surcan nuestros cielos, las trincheras están desiertas, las bombas ya no explotan en Madrid, pero la guerra no ha terminado. Hagamos que acabe, teniente. Hagamos que acabe de una puñetera vez. Tiene usted razón. Hay que procurar la paz y la reconciliación, hay que buscar el perdón y no la venganza. Si no, las generaciones venideras nos lo van a reprochar porque la sangre no hace fértiles los campos, sino que los agosta y los reseca. Esto que le voy a decir negaré haberlo dicho, pero escúcheme bien: siga dejándose el alma en los juicios y siga clamando por esas palabras tan hermosas, paz, reconciliación, misericordia. Siga siendo el abogado de rojos. Eso es lo que cualquier defensor militar debiera ser en estos días. Aunque le vengan problemas, porque ¿qué es esta vida sin problemas? Ojalá yo le pueda ayudar cuando le vengan y sean de la magnitud que usted y yo sabemos que serán. Ojalá. Pero no lo sé. Pese a ello, si vuelvo a verle, me gustaría seguir viendo en usted esa mirada clara y alta, como clara y alta es su conciencia. Que Dios le bendiga, hijo.

* * *

Cuando salí de la calle del General Castaños, las palabras del juez Santapola retumbaban en mis oídos, aturdiéndome. Por encima de todas ellas había cuatro que tronaban con especial intensidad: el abogado de rojos. Y me dije que era un hermoso título, «Qué te parece, madre; qué te parece, Clara, decidme que no es precioso, para llevarlo prendido en la solapa».

30

«Siempre te gustó burlarte de mí»

Fue el día 7 de octubre de 1941, martes. El día, lo recordaría siempre, en que en los periódicos relataban los cruentos enfrentamientos en Europa Central. También el día en que el *ABC* anunciaba en portada que un intento de ruptura de las tropas soviéticas en el frente de San Petersburgo había sido rechazado con grandes pérdidas; el día en que Pilar Primo de Rivera, delegada nacional de la Sección Femenina, volaba hacia Berlín; el día en que los vecinos de Chamberí, Centro y Hospital celebraron un masivo suministro de patatas, que podrían retirar mediante su cartilla de racionamiento y previo corte del cupón número 5; el día en que Madrid amaneció bajo una manta de calor tórrido impropio de ese mes de octubre, como si el veranillo de San Miguel expirara con bocanadas abrasadoras. El aire espeso, la humedad pegajosa, las nubes tupidas que desprendían bochorno a quintales hacían que el ambiente de la cárcel de Ventas fuese irrespirable.

Ese día fue.

Allí estaba yo, en la cárcel de Ventas, la mayor cárcel de mujeres de Madrid, visitando a las presas a las que tendría que defender en los próximos días, en las próximas semanas. El calor allí era insoportable, pese a lo temprano de la hora. Casi impedía hablar, pues taponaba la garganta.

—¿No puede usted abrir esa ventana, mujer? Es que el calor que hace aquí no se puede aguantar.

—Lo siento, teniente, imposible —repuso la funcionaria—, el alcaide no lo permite.

—Pues bien está la cosa.

—Qué le vamos a hacer. Yo también paso lo mío, no se vaya

usted a creer.

Sudaba a chorros. Acababa de entrevistarme con una presa llamada Eulalia Román, a la que el fiscal pedía una pena de ocho años de prisión por delito de auxilio a la rebelión por haber albergado, desde el final de la guerra hasta principios de ese año cuarenta y uno, a dos rojos en la buhardilla de su vivienda de Almagro. Su marido, que estaba también preso en Porlier, había militado en el Partido Sindicalista de Ángel Pestaña, lo cual agravaba sus cargos.

—Pero es que yo no tengo nada que ver con mi marido —me había asegurado minutos antes—, yo nunca fui de ese partido… Pero bueno, quien con niños se acuesta, en fin, ya sabe usted… Pero que de verdad que yo no sabía nada de esos dos rojos de la buhardilla, de verdad que eso fue cosa de mi marido, y con que uno de los dos pague, ya está bueno lo bueno, ¿no?…

La mujer, que no tendría más de treinta y cinco o treinta y seis años, que era guapa a pesar de las privaciones de la prisión, más que interesarse por su caso únicamente me había preguntado por la suerte de sus hijos, dos chiquillos de menos de diez años que habían quedado desamparados, «Y como mis niños acaben en la inclusa, yo me mato, yo es que me mato, mire usted. Tengo una hermana en Torrelodones, pero no sé cómo ponerme en contacto con ella y no sé si ella sabrá por lo que estamos pasando, que seguro que no; se llama Trinidad, Trinidad Román, ¿usted no podría intentar hablar con ella y ver si se puede hacer cargo de mis niños?, porque como se los lleven *pa* la inclusa, se lo juro por lo que usted más quiera, yo es que me mato». Intenté tranquilizar a la mujer, pronuncié unas palabras que le llevaran algo de calma, de sosiego, «Venga, mujer, tranquila, que seguro que algo podremos hacer»; le aseguré que me desviviría por ayudarla, le pedí datos para localizar a su hermana Trinidad en Torrelodones, «Lo último que sé de ella es que estaba viva después de la guerra; es alta, como yo, pero más rubiasca, y un pelín más joven, dos años menos que yo tiene, y sé que vivía en el centro del pueblo, en una calle que se llamaba… ¡ay, que no me acuerdo de cómo se llamaba esa calle!, pero sí me acuerdo de que su casa estaba al lado de una

tienda de ultramarinos llamada El Arca de Noé».

Estuve tomando notas de la entrevista con Eulalia Román mientras aguardaba a que la funcionaria de prisiones hiciese pasar a mi siguiente defendida. Cuando acabé con esas notas, y como tardaban en traerla, abrí el expediente de la próxima que tendría que llegar por el locutorio. Su nombre era Génesis. «Vaya nombrecito», pensé. «Qué curioso, una presa roja, y Génesis». Génesis Castillejo Manzanedo era el nombre completo. Vaya. Mientras esperaba, estuve revisando su expediente. Había estado afiliada a la CNT, participó en las escaramuzas de El Espinar, en Segovia, contra las fuerzas nacionales el 18 de julio de 1936, después apareció en Madrid, participó en los combates de Ciudad Universitaria y se integró luego en una célula de milicianos dirigida por Nicolás Mulet, famosos por su crueldad, responsables de varias *sacas* de presos falangistas y de derechas, curas y monjas, antiguos dirigentes políticos de la CEDA, empresarios… La apodaban la Leona de Mulet. Había sido detenida en febrero de este año cuarenta y uno en una corrala de Lavapiés, en la calle Ministriles Chica. Se la responsabilizaba de al menos veintiún asesinatos y eran también veintiuna las penas de muerte que pedía para ella el fiscal.

Vaya con Génesis Castillejo, vaya.

Sentí que la puerta del locutorio se abría, que rechinaban unos hierros, oí unos pasos adentrándose en el lóbrego lugar, pero no levanté la cabeza al principio, estaba atareado subrayando con el bolígrafo de baquelita que Marisa me había regalado —«Un teniente auditor como tú debe tener un buen bolígrafo con el que escribir, y como sé que no te gustan demasiado las plumas…»— un párrafo donde figuraban los nombres de aquellos a quienes, según se acusaba, Génesis Castillejo había dado muerte, las fechas y los sitios.

De pronto, sin saber muy bien por qué al principio, dejé de escribir. Así, de repente, brusca, abruptamente. Luego, me di cuenta de que, por encima del olor de ese locutorio de Ventas, de ese olor de óxido, de decrepitud, de muerte, de miedo, de sudor y heces, estaba percibiendo un aroma que encendía remotas alertas

en mi cerebro. Un olor agradable. No era un olor de colonia, de perfume, no, en absoluto. Era un olor diferente, de carne, de piel, un aroma que agitaba un recuerdo difuso que, como el agua en la acequia, buscaba en mi cabeza un resquicio por donde escaparse y aparecer nítido y visible. Pero no pude identificarlo. No al menos de forma consciente, aunque tal vez de forma inconsciente sí, porque sentí miedo de levantar la cabeza, sentí como una especie de pánico, o de mareo, de comprobar quién estaba frente a mí, al otro lado de los barrotes, y por unos instantes, como si fuera la del juez Santapola, mi mirada permaneció hundida en los papeles, escarbando en su textura de hilo, escondiéndose de ese aroma, de ese olor de piel y carne, de esa presencia que percibía quieta al otro lado de la reja.

Y entonces, ya no podía más, sin pensarlo, levanté la cabeza.

Me costó enfocar la mirada, como si el movimiento súbito me la hubiese enturbiado.

Al fin se me aclaró.

Y la vi.

La vi.

No podía ser.

Sentí que la saliva se me solidificaba en la lengua, que el aire se espesaba en mis pulmones, que los músculos se me aflojaban y perdían su tensión, que se entumecían, que los ojos volvían a enturbiárseme.

No podía ser.

Pero sí.

La vi.

Estaba allí.

Era ella.

Dios mío, Dios mío, Dios mío…

Era ella.

Clara.

Era ella.

Clara.

La miliciana.

* * *

Era ella. Sin duda. Estaba más delgada, mucho más delgada, su piel era más cetrina, sus ojos oscuros ya no tenían el brillo risueño de antaño, en ellos solo había dolor, dolor mecido en la sorpresa ahora, en una sorpresa inmensa, colosal, la misma que debía de aparecer en mis ojos. Sus pestañas ya no eran negras y largas como pistilos de hibisco. En sus labios ya no había una expresión de malicia, sino de tristeza. Sus carnes ya no eran las carnes prietas de entonces. ¿Cuánto tiempo había pasado desde…? ¿Cuánto tiempo hacía?, ¿tres años?, ¿tanto?, ¿tan poco?… Estaba diferente, muy diferente, ya su cabello negro no existía ni se deshilachaba en hebras de luz bajo la gorra, ahora estaba rapado griseando su cráneo, pero era ella, sin duda, era ella, ¿cómo iba a equivocarme con ella?, era Clara, la miliciana, presa, allí, en Ventas.

¡Dios!

Era ella.

Me quedé aturdido, como una estatua, muy abiertos los ojos, mirándola, sin saber qué decir. Ella, de pie al otro lado de la reja, tampoco dijo nada. Me contemplaba también atónita, aunque ya en su mirada no se amancebaban la provocación y la displicencia, ya solo había sufrimiento. Algo debió de percibir la guardiana que la trajo al locutorio, una corriente eléctrica, una efervescencia magmática entre nosotros, porque murmuró unas palabras ininteligibles y nos dejó a solas. La puerta de hierro sonó como un gong a mis espaldas, un gong que convocara a esa habitación fosca los recuerdos adormecidos, las caricias perdidas, los besos urgentes, a presencias inanimadas que ya simplemente eran fantasmas, espectros, habitantes silentes de las umbrías praderas del pasado.

—Clara —dije al fin, en un hilo la voz.

Me puse en pie.

Ella sonrió, una sonrisa triste, mínima, pero que le iluminó el rostro antes de disiparse en un rictus fugaz de sus labios.

—Clara —repetí, aterido, pese al calor terrible del día y del sitio—. Clara, ¿eres tú? ¿De verdad? No puede ser.

—Pues sí, sí, soy yo.

—Clara.

—Eduardo, mi pequeño fascista.

Su voz tampoco era la de antes, era más dulce, o más rendida quizá, derrotada.

«Qué haces aquí, pero cómo es posible, por qué, cómo, desde cuándo, tú eres la Leona de Mulet…». Fueron preguntas que borbotaron en mi cerebro como torrenteras de agua subterráneas que no encontraban hueco para salir al exterior en la tierra apelmazada. Bajé la mirada aturdida a su expediente y leí el nombre que lo encabezaba.

—¿Tú eres…? ¿Tú eres Génesis Castillejo?

Ella asintió, y entonces reparé en que se encontraba todavía de pie, al otro lado de los hierros.

—Pero siéntate, siéntate, por favor, ahí, ahí, siéntate. —Y le señalé la silla herrumbrosa con las lascas de la madera otrora blanca saltadas por todos sitios. Ella se sentó con un gesto de cansancio. Yo también lo hice.

Nos miramos.

—Estás igual —dijo ella, con esa voz suya de derrota.

—No digas eso. —Y me apercibí de que la mía era temblorosa como las carnes de una novia—. El tiempo ha pasado para todos. ¿Cómo voy a estar igual? No digas eso… —Meneé suavemente la cabeza, incrédulo aún—. Clara, ¿de verdad eres tú?… ¿Cuántos años hace ya desde que…?

Y dejé ahí la pregunta, sin saber cómo acabarla. ¿Desde que me dejaste? ¿Desde que te fuiste? ¿Desde que huiste? ¿Qué hiciste con tu vida, Clara? ¿Por qué estás aquí? Me daba miedo abrir de nuevo el expediente, cerciorarme de los cargos, entrar en los detalles, leer ese apodo terrible de la Leona de Mulet, recordar lo poco que había leído desde que esa mañana me entregaran el sumario del que pude extraer las notas que antes había examinado.

—Más de tres, creo —respondió ella, contestando mi pregunta inacabada—. Más de tres años desde que nos vimos por última vez. Fue en agosto del treinta y ocho, ¿verdad?

Se acordaba.

—Sí, fue en agosto del treinta y ocho cuando dejaste de venir por el bufete —corroboré yo—. Más de tres años ya. Pero… ¿cómo estás? ¿Desde cuándo estás aquí? ¿Qué ha pasado? ¿Qué hiciste desde entonces?

Ella sonrió de nuevo, aquella sonrisa tenue y exánime.

—Sí, estás igual, Eduardo. Lo quieres saber todo, y todo a la vez. El tiempo no te ha cambiado tanto. A pesar de… —y señaló mi uniforme, mis galones de teniente, el emblema del Cuerpo Jurídico Militar—. ¿Y todo eso?

Yo quise decir: soy yo, soy el mismo, ¿te acuerdas?, el de siempre, soy yo, soy Eduardo.

—Soy… —dije, sin embargo—… soy teniente auditor. Defensor militar. Bueno… Ya ves.

—Sabía que eras un fascista, no me equivocaba, ya ves tú —pero dijo estas palabras, que en otros momentos me habrían sonado duras, inclementes, con una tremenda dulzura, con una risa hermosa, no como la que yo le recordaba, pero hermosa, latiendo en cada una de las sílabas, con una ternura infinita.

—Te burlas de mí.

—Sí.

—Siempre te gustó burlarte de mí.

—¿Cómo tienes la pierna?

—Ah, la pierna, bueno, pues… —¡También se acordaba de mi pierna herida, no lo había olvidado!— igual…, un poquito mejor tal vez. La verdad es que ya no pienso mucho en ella.

—Me alegro.

—Y tú ¿cómo estás, Clara?

—Ya habrás visto —y señaló con un dedo de uñas mordidas mis papeles— que no me llamo Clara. Ahora ya sabes mi nombre.

—Génesis.

—Raro, ¿verdad? Mi madre me lo puso por la suya, por mi abuela. Y desde entonces he tenido que pechar con el nombrecito de marras. Ni se te ocurra llamarme Génesis. —Y volvió a sonreír, con mayor amplitud y claridad esta vez. Era como si, al mirarme con esa luz en los ojos, me dijera: «Esta mañana, en estos breves minutos, ya he sonreído, mi pequeño fascista, más que en el último

año, las cosas que sabes sacar de mí»—. Y si me llamas Gene o algo así, salto esta reja y te mato.

Reí. Con tristeza, pero reí.

—¿Cómo he de llamarte entonces? ¿Clara?

—Clara está bien.

—Pues te llamaré Clara, como entonces.

—Nada hay igual que entonces, mi pequeño fascista. —Y señaló con un gesto impreciso y con tristeza la habitación tétrica, los barrotes, las paredes descalichadas, su propia tristeza, su propia desesperación—. Nada es igual que antes, la vida que conocimos ya no existe.

—No digas eso. —Y es que no sabía qué otra cosa decir.

—Entonces, ¿tú vas a ser mi abogado?

—Creo… creo que sí.

—Así pues, no me lo puedo creer, ¿tú eres a quien aquí llaman el abogado de rojos?

—¿Cómo?

—Pues eso. Que así te llaman. Me dijeron que era el abogado de rojos quien me iba a defender, que había tenido mucha suerte. Y ahora resulta que… —Meneó la cabeza, se frotó ambos ojos con las palmas de las manos, me miró de nuevo y sonrió—. Y todas te quieren a ti. Todas ruegan por que seas tú quien las defienda. El abogado de rojos. Tú. Qué gracia.

—Clara, yo…, uf…, no sé, verás, resulta que… En serio, no sé por qué me llaman así.

Lo sabía, claro, pero era como si, ante ella, me diera pudor reconocerlo. Qué absurdo.

—¿Pues quieres saber qué se cuenta por aquí de ti? Dicen que te dejas el corazón en la defensa de los presos, que peleas por ellos de verdad, que no te conformas, que no te arrugas. Lo último que podía suponer era que ese abogado del que tanto se habla fueras a ser…, en fin, que no me lo puedo creer, vaya, que mi pequeño fascista se haya convertido en un abogado de rojos. Las cosas de la vida, ¿no?

—Clara…

—¿Cómo has llegado hasta aquí, Eduardo?

Y le conté todo lo que había pasado desde agosto del treinta y ocho, desde el día en que ella se había escapado de mi vida después de entregárseme por última vez y de una forma que jamás podría olvidar. Le hablé de Ventura León, del centelleo de decepción en los ojos de mi madre, de Porlier, de mi juicio y de mi condena, del indulto…

—Ya ves, mi niño, mi pequeño fascista —me interrumpió ella—, que hay veces en que hasta los demonios se visten con trajes de humanidad, ¿te das cuentas?

—Me recuerdas a un fray mercedario, Clara.

—¿A un cura? ¿Yo? —preguntó ella, fingiendo espanto, y sin dejar de mirarme, una luz de sonrisa en la mirada, los ojos clavadísimos en mí.

Le conté, no sé por qué, muy por encima, el juicio de los ferroviarios del tren de la muerte y lo que había dicho el testigo, ese joven fraile mercedario: que hasta entre los demonios hay ángeles.

—Bueno, lo que tú digas, pero a mí no me compares con un cura, ni se te ocurra.

—Muy bien, Clara. El caso es que sí, que me liberaron, y aquí estoy.

Le hablé también de mi tentativa de recuperar el bufete, la abogacía, «Es que yo no sé hacer otra cosa, ¿qué podría hacer si no?, por eso estoy aquí», de cómo fui reclutado para ocupar el puesto de auxiliar en el juzgado militar, de cómo el juez Santapola me había recomendado para ser teniente auditor, de cómo había acabado siendo…

—¿Cómo decías que me llamaban?… Bueno la verdad es que el juez ya me lo había dicho, pero no sé si había acabado de creérmelo. Y me da no sé qué —hablaba con la torpeza de un niño, y con su aturrullamiento, también los ojos clavadísimos en los de ella—, uf, eso de… el abogado de rojos… Joder, el abogado de rojos. De verdad, qué vergüenza me da, no lo sabes muy bien. Y quién me lo iba a decir. Pero, bueno, lo que hago es porque debo hacerlo, Clara, y me da igual cómo me llamen. Alguien tiene que defender en condiciones a quienes no tienen ni condiciones para

ser defendidos. O algo así, pero… ¿me entiendes?

Ella me dijo que sí, qué otra cosa podía decirme, y me habló de su derrota, de la muerte de sus sueños, de que había perdido la guerra. La funcionaria llamó a la puerta, me preguntó si me quedaba mucho, y le dije que sí, que ese sumario me iba a llevar más tiempo del habitual. Se encogió de hombros, extrañada, pero algo debió de notar en mi voz y en mi ademán, que se marchó sin más réplica y ya no volvió a molestarnos por un tiempo.

—Háblame de ti, Clara —le pedí cuando la puerta de nuevo se cerró—. Cuéntame qué ha sido de ti, por qué estás presa, bueno, algo sé, algo he leído, pero debo saberlo por ti. ¿Qué hiciste cuando acabó la guerra?

Ella sonrió con una tristeza infinita.

—Cuando terminó la guerra… —susurró, con la mirada oscurecida, extraviada ahora quizá—. Estaba con Jesús. Con Jesús, ¿sabes? Pero no se parecía en nada a ti. Ni a Andrés.

—¿Jesús? ¿Andrés? —inquirí, y me sorprendió que no me doliera que hubiese estado con otros, con ese Jesús, fuera quien fuese, con ese Andrés, fuese quien fuera. Lo importante era que estaba allí, viva, y que yo iba a defenderla. Tal vez, a intentar devolverle un poquito de lo mucho que, sin ella saberlo, ella me había dado a mí—. ¿Quiénes eran, Clara? ¿Otros milicianos?

—Sí, sí, eso es. Pero Jesús no se parecía en nada a ti.

Y pareció querer dejar ahí el relato de su historia. Le insistí, y ella, con esa mirada abandonada y la voz muy suave, muy dulce, no como yo la recordaba, bravía e impetuosa, me contó que, tras la capitulación de Madrid, ella y ese tal Jesús se habían escondido en un sótano de La Latina, en la plaza de la Cebada, junto al mercado de abastos, hasta que tuvieron que huir de allí y refugiarse en una corrala de Lavapiés, en la calle Ministriles Chica. La habitación de la corrala era propiedad de la hija de un comunista fusilado a finales del treinta y nueve y se la había cedido gratuitamente. Y aunque todos les aconsejaron que debían vivir separados, alejarse el uno del otro, que los dos juntos, dos rojos buscados por participar en *sacas*, por asesinos de presos, podían llamar mucho la atención, ni Jesús ni ella consintieron en separarse.

—Ya no estaba dispuesta a más pérdidas, ¿sabes, mi pequeño fascista?

Ambos —prosiguió— sabían que su tiempo cabía en un reloj de arena. Jesús llevaba días diciéndole que alguien lo estaba siguiendo cuando cada tarde salía a la calle, a buscar comida. «Eso decía, que iba a buscar comida, pero yo sabía que no era verdad». La comida ya se la traía los días pares la hija del comunista fusilado, y los impares, Sebastiana, la vecina del primero, cuyo marido, trotskista y dirigente en Madrid del POUM, que había conseguido escapar a las purgas de Negrín y había servido en la decimocuarta división, la de Cipriano Mera, había sido fusilado al final de la guerra y alimentaba hacia los franquistas tanto odio como la propia Clara, cuyo odio hacia Franco, hacia los fascistas, hacia el mundo, era inabarcable, nadie podía sentir un odio igual. Eso me contó.

—Sí, Jesús no salía a la calle cada tarde a buscar comida, no. Salía porque necesitaba respirar el aire de Madrid, sentir cómo la brisa acariciaba su piel curtida por años de sol y de campo, sentir que era libre como lo había sido en la campiña de Jerez, donde trabajaba como vendimiador para las bodegas de allí, por más que supiera que la libertad no se esconde en sótanos ni en corralas, ¿verdad que no?, y que había muerto para siempre cuando Besteiro, Casado y los demás maricones hijoputas traicionaron a la República y la entregaron en bandeja a los facciosos capitulando en Madrid.

Y fue entonces cuando, por vez primera, en esa forma de hablar, en su voz, ahora sí, bravía e impetuosa, descubrí a la Clara que yo recordaba. Lo que no recordaba de ella era el tono mate de los ojos, la mirada como desorientada.

—Yo le decía que, con tanta salida, iba a conseguir matarse, matarnos, matarnos a los dos, de tanto ir y venir. Pero la verdad era que yo tampoco podía soportar ese encierro, y hacía cuanto podía para escapar de él, aun sabiendo que no había escapatoria, que hasta ese encierro asfixiante se iba a acabar tarde o temprano. Soñaba despierta que estaba de vuelta en El Espinar, con Andrés…

—¿Quién es Andrés, Clara? —la interrumpí.

—… respirando libertad en su huerto —continuó ella, como si no hubiese oído mi pregunta—, o correteando por los caminos del Arcipreste, o vagando por la sierra recogiendo setas de cardo, níscalos o pedos de lobo. O en las barricadas de Ciudad Universitaria, esquivando balas fascistas y escupiendo ráfagas de ametralladora, inhalando humo y exhalando fuego. O de camino al cementerio en una noche lunada en pos de presos fascistas que murmuraban tedeums y padrenuestros. ¿Te escandalizas, Eduardo? Pues sí, así era. Y me asomaba a la ventana por las noches y, cuando Jesús dormía, bajaba al patio, me sentaba en el suelo, protegida por la oscuridad espesa, olía las damas de noche en el verano, el aroma de la escarcha en invierno, y pensaba en todo cuanto había perdido, en todo cuanto habría de perder, la libertad, la vida, y también a Jesús, como también te perdí a ti hace ya tanto tiempo.

—Háblame de Jesús, Clara. ¿Está vivo?

Me relató que Jesús Nieves era un anarquista andaluz que había huido a Portugal tras la toma de Jerez por los sublevados al mando del comandante de Caballería Salvador Arizón, y que se había visto forzado a regresar a España cuando el régimen de Salazar comenzó a deportar prófugos republicanos y a entregarlos a Franco. Pudo haber huido a Brasil, pero dijo que no, que su lugar estaba en España, combatiendo el fascismo. Había conseguido llegar en octubre del treinta y seis a Ciudad Real, y allí se había enrolado en la 2.ª Brigada Mixta, la de los ferroviarios ciudadrealeños, y combatido en Ciudad Universitaria. Poco después, su brigada fue renombrada como la 101.ª Brigada Mixta y participó en los combates del Jarama, Brunete, Quijorna, Belchite y Teruel. Cuando iban a ser evacuados a Castellón, se conoció la toma de la ciudad de la Plana, y Nieves se refugió en Madrid, donde le cogió el final de la guerra y la derrota. Clara lo había conocido cuando se incorporó, en noviembre del treinta y ocho, al comando de Nicolás Mulet, en el que ella militaba.

—¿Y sabes cómo me llamaban? La Leona de Mulet.

—Sí, lo he leído en el sumario, Clara.

—Fíjate, mi pequeño fascista, tú, abogado de rojos; yo, la

Leona de Mulet, presa en esta cárcel inmunda. Qué rara es la vida, ¿verdad? Cuántas vueltas da. En fin, eso es todo. Vinieron por nosotros un mediodía de febrero de este año. Y yo me rendí. Dejé que me apresaran. No hice nada, ¿sabes? Me rendí. Yo sabía lo que había pasado, no había que ser muy lista para saberlo. Alguien, días atrás, habría dado el soplo, «Hay unos rojos escondidos en una corrala de Lavapiés, son unos rojos peligrosos, de los que estáis buscando, id a por ellos». A lo mejor hasta fue uno de los nuestros el delator, un antiguo anarquista, un comunista emboscado, buscando la redención, quién sabe. Los policías del SIMP habían organizado un dispositivo para identificarnos y, cuando por fin tuvieron la certeza, cayeron sobre nosotros. Y yo me rendí.

—¿Qué fue de Jesús?

—También se rindió, claro. ¿Qué iba a hacer, cuando vio que yo me rendía? Ahora, el pobre estará sufriendo en silencio las palizas y los interrogatorios, si es que está vivo, sabe Dios.

—¿Dios, Clara?

Y sonrió, de nuevo ahora con algo de luz en su sonrisa.

—Sí —dijo—, a ti también te gustó siempre burlarte de mí.

—Tenemos poco tiempo ya. Deberíamos hablar de tu defensa, Clara.

—¿De mi defensa? Pero ¿de verdad crees que yo tengo defensa?… No seas ingenuo… La mitad de los españoles hemos perdido la guerra, mi pequeño fascista. Y ahora ¿qué?, ¿partimos España por la mitad?, ¿condenamos a la mitad de los españoles? —Sonrió con amargura, fue a extender una mano para introducirla entre los barrotes, pero se arrepintió. También hablaba con la rapidez y el desorden de quien piensa que el tiempo se le acaba—. Pero es igual, lo mío no tiene remedio, ya sabes de qué me acusan, supongo que ya habrás leído esos papeles, y además es verdad, no te vayas a jugar esos galones tuyos, ese uniforme, qué bien te queda, por mí, de verdad que no, tú y yo sabemos lo que me espera, no pienses que puedes cambiarlo, lo que hice lo hice y ya está, yo lo único que quiero es que esta sorpresa de hoy no sea un espejismo, quién me iba a decir que te iba a ver aquí hoy al otro lado de las rejas, mi abogado, el abogado de rojos, tú, ¿qué más

puedo pedir?, ¿qué más puedo esperar?, pues eso, que vengas a verme, que hablemos de vez en cuando, saber que ahí afuera hay alguien, pero no pienses que hay esperanzas, no las hay, yo ya estoy condenada, yo ya estoy muerta, ya solo me quedas tú, Eduardo, mi pequeño fascista, ¿qué hiciste de tu sombrero?, ¿aún llevas un pañuelo blanco en el bolsillo?, no me hagas llorar, por favor, no me hagas llorar, no me hagas llorar, no quiero llorar. —Y estaba llorando, ella, la miliciana, la inquebrantable, la Leona de Mulet, estaba llorando—. Mi pequeño fascista… Que me gusta llamarte así.

—Lo siento, teniente, tiene que irse ya —irrumpió la guardiana en el locutorio.

—Aún no he acabado, tengo que…

—Es la hora de la comida, vuelva usted mañana si quiere, pero ahora tiene que irse.

La vi marcharse, sumisa, mansa. Pensé, con el mismo desorden con el que ella había hablado: «Lo que era y lo que ahora es, qué han hecho con ella, qué ha hecho la vida con ella, derrotada». Y recordé entonces, mientras la veía abandonar el locutorio, acompañada por la guardiana que me miraba como sin entender por qué ese teniente auditor tenía ese gesto de congoja, de pena, aquellas tardes en el bufete, aquellos encuentros tórridos, ¿qué fue aquello?, ¿qué fue lo que hubo entre nosotros?, ojalá pudiera saberlo, y ahora estaba allí ella, marchándose hacia los laberintos oscuros de Ventas, y yo allí, en el locutorio, con mis papeles, con mi bolígrafo de baquelita que Marisa me había regalado, preguntándome qué era aquello, qué estaba pasando, qué era la vida, qué era España, qué era yo.

31

«¿Y tú crees que me podrán matar veintiuna veces?»

Desde aquella mañana, acudí cada día a la cárcel de Ventas. No me importaron ni las suspicacias de las guardianas ni sus ojos en los que destellaban el recelo y la extrañeza. Que un teniente auditor del Cuerpo Jurídico Militar fuese todos los días a prisión a visitar a la misma interna causaba desconfianza, originaba preguntas: «¿Qué hace aquí cada día este hombre?, ¿por qué siempre con la misma?, ¿no piensas que deberíamos dar parte?»… Pero no me importaba. Y cada día me presentaba allí, puntual como un clavo, impasible ante las miradas esquinadas y las sospechas. Iba por la mañana cuando no tenía consejos de guerra, por la tarde cuando sí los tenía. Y cuando el alcaide se presentó en una ocasión en el locutorio a preguntar por la razón de esas visitas continuas, diarias, «Entenderá usted que esto no es en absoluto normal», recité imperturbable, como si imitara al teniente Palomares, el artículo 378 del Código de Justicia Militar: «El defensor podrá comunicarse con su defendido siempre que lo crea necesario, y practicar, en el desempeño de su misión, cuantas gestiones legales estime convenientes, salvo pedir el indulto». ¿La razón de esta última prohibición? Nadie la sabía.

—Tenemos que hablar de los hechos que se te imputan, Clara. Ya no podemos demorarlo más.

Era mi cuarta o quinta visita y ella todavía no había consentido en hablarme de los delitos de que el fiscal la acusaba, era como si quisiera evitar la realidad de los hechos por los que estaba allí, en Ventas, o como si no quisiera afrontarlos porque, de

hacerlo, de mirarlos cara a cara, se vería obligada a enfrentar su propio pasado, que yo suponía, y temía, aterrador, o tal vez porque se vería forzada a encarar el futuro que la aguardaba, que sabía oscuro como la brea, también aterrador. Hasta entonces habíamos hablado de lo que cada uno había hecho a partir de agosto del treinta y ocho, pero de nada importante. Huyendo de todo lo importante. Habíamos conversado de cosas que, ante la enormidad del drama que se situaba delante de nosotros como un muro inaccesible, eran nimias, intranscendentes, de cómo era la corrala de Lavapiés donde fue detenida, de los guisos que le llevaba la hija del comunista y que tanto echaba de menos, del helado que ella comió en la heladería de la calle… «¿Qué calle era?, no me acuerdo, o nunca lo supe, porque yo soy de Segovia, ¿sabes?, y en las calles de Madrid siempre me liaba, pero recuerdo que era de chocolate y nata, estaba buenísimo, nunca nada me supo así, tus labios tal vez, no te me ruborices, qué tonto eres». Y yo le había hablado de cosas también sin importancia, de doña Tina y del susto que se llevó cuando ella apareció el primer día por el bufete, o de la cara de Roberto Calero cuando la vio salir un día del despacho y luego me vio asfixiado, recién salido del orgasmo… Únicamente de cosas así, irrelevantes, siempre en voz baja, «¿Te figuras que alguien nos oye?, ¡hasta oídos del mismísimo Franco llegaría este escándalo!», y al mismo tiempo tan relevantes, pues nos hacían escapar de la realidad tenebrosa en que nos hallábamos: ella presa; yo, su defensor, y veintiuna peticiones fiscales de condena a muerte sobrevolando nuestras palabras. Un día, ella me preguntó por Jesús Nieves, «¿Sabes algo de él?», yo le dije que no y prometí interesarme; y cuando yo le volví a preguntar por Andrés, ella solo me dijo que sus ojos eran clavados a los míos, y que por eso quiso conocerme, estar conmigo, «Sí, por Andrés, porque tú me lo recordaste cuando te vi, cuando te paramos, cuando te pedimos los papeles, muerto de miedo, ¿recuerdas?, ¡cómo me recordaste a Andrés —eso me dijo—, aunque tú follabas mejor, corazón». Así escapábamos del futuro tétrico que aguardaba. El eco de veintiuna peticiones fiscales de condena a muerte llenando cada rincón del locutorio de Ventas.

Hasta que yo le volví a hacer esa advertencia, ese recordatorio de que ya era hora de pinchar el globo de los sueños y descender a la realidad, dura y mate:

—Tenemos que hablar de los hechos que se te imputan, Clara.

—No.

—No tenemos mucho tiempo, mujer, necesito poder preparar tu defensa, buscar pruebas, intentar desmontar los cargos de que se te acusa, atenuarlos al menos.

—No.

—Clara…

—Háblame de ti, Eduardo, ¿tienes novia? Dime cómo es. ¿La quieres?

—Clara, por Dios. El consejo de guerra puede ser en cualquier momento. Estoy apurando los plazos, pero no sé cuánto más podré hacerlo. Necesito que me expliques qué pasó, si hiciste lo que se te imputa, el porqué, preciso que me des nombres de gente que pueda hablar en tu favor, necesito pergeñar una defensa, son veintiuna penas de muerte las que se te piden, Clara. ¡Veintiuna penas de muerte!

—¿Y tú crees que me podrán matar veintiuna veces?

Y una sonrisa afligida de ambos.

—Yo nada más creo que tienes que tomarte esto en serio, Clara. Es tu vida la que está en juego y…

—No.

—No ¿qué?

—Que no es mi vida la que está en juego, claro que no, tonto. Mi vida ya acabó, Eduardo, yo estoy muerta, aunque a ti te parezca que sigo viva, aunque respire, aunque hable, aunque llore —y estaba a punto de hacerlo—, yo ya estoy muerta, no hay nada que puedas hacer por mí. Únicamente lo que haces, hablarme, contarme de ti, conseguir que al menos una hora cada día sea luminosa, que tenga algo por lo que levantarme del catre, permitir que te vea, que evoque de nuevo el sabor de tus labios, más sabrosos que aquel helado de chocolate y nata, ¡cómo me recuerdas a Andrés!, traerme a Ventas todos los recuerdos hermosos que asocio a ti, hablarme de tu vida, de Madrid, de todo

lo que perdí.

—No estoy dispuesto a rendirme sin luchar, Clara, tienes que meterte eso en la cabeza.

—Qué testarudo, mi pequeño fascista.

—Vamos con la primera muerte de que se te acusa, venga, intenta ayudarme. Pedro Arroyo, sesenta y un años, dirigente de…

—No me acuerdo. —Y ahora ella, esa mujer terrible, la Leona de Mulet, tenía el gesto de una niña enfurruñada, el ceño fruncido, los brazos cruzados sobre el pecho, la mirada desafiante, pero tan endeble como la de una adolescente enfadada con su madre—. No sé quién es.

—Me tienes que ayudar, Clara, por lo que más quieras. No va contigo rendirte sin pelear.

—Ya lo hice, en la corrala, ¿recuerdas?

—Esto es distinto, Clara… Pedro Arroyo Santandreu era un dirigente de Acción Popular en el distrito de Chamartín. Fue detenido en julio del treinta y seis, después del alzamiento, y encarcelado en Yeserías. Se te acusa de que, en la noche del 9 de noviembre de ese año, la célula de Mulet, y tú entre ellos, lo sacasteis de la cárcel, lo condujisteis al cementerio de la Almudena y allí lo ejecutasteis junto a una tapia. De dos tiros. ¿Lo recuerdas? ¿Qué puedes decirme sobre ese hombre y esos hechos, Clara?

—Nada.

—Clara…

—No me acuerdo.

—Tienes que ayudarme, por el amor de Dios.

—¿Y cómo, si no me acuerdo?

—¿Disparaste contra él? Eso no se olvida, Clara…

—¡Ya te he dicho que no me acuerdo!

—Está bien, te hablaré de otro. Una mujer en este caso. Antonia Tirado Bernal…

—Nunca maté a ninguna mujer —dijo, subiendo la voz, más enfurruñada aún.

—Bueno, pues ya es algo. ¿Qué más puedes contarme de esos hechos? Ocurrieron en octubre del treinta y seis, en Chamartín.

—No me acuerdo de nada de eso.

—Está bien. Vamos con otro. Argimiro…

—Tampoco me acuerdo.

—Pero si aún no te he dicho quién es.

—Me da igual, no me acuerdo.

—Argimiro Clavijo García, cura, cincuenta y nueve años, miembro de la Congregación de la Misión, lo descubristeis refugiado en un piso del barrio de Salamanca, en la calle Lagasca, el 1 de diciembre del treinta y seis, y allí mismo fue ejecutado de un tiro en la cabeza. Dicen que tú estabas allí, que eras uno de los integrantes de la milicia que lo detuvo y lo mató. ¿Qué puedes contarme?

—Fue Nicolás quien le pegó el tiro, Nicolás Mulet.

—Entonces, ¿te acuerdas?

—No.

—Pero si me acabas de decir que fue Nicolás…

—No quiero seguir hablando de esto.

—Pero tenemos que hablar de esto, Clara, de esto y de todos y cada uno de los crímenes de que se te acusa. Sin saber qué pasó, si es verdad o si es mentira, si tú estabas allí esos días o si no, si interviniste voluntariamente en esos episodios o si fuiste forzada, si te limitaste a mirar sin intervenir…, yo qué sé, todo eso tengo que saberlo, no puedo defenderte desde la ignorancia. Ayúdame, te lo ruego. Ayúdame.

—Pero si es que no me acuerdo…

—Vamos a probar con otro: Luciano Méndez López, sesenta y cuatro años, cura también…

—Cállate.

—No voy a callarme, Clara.

—¡Cállate, cállate, cállate! —Y ahora sí, el llanto se le derramó en una catarata incontenible, ese llanto que llevaba minutos conteniendo, o a lo mejor horas, o días, o meses, o años, o toda la vida, o sabría Dios desde cuándo, en esos ojos suyos que ya no eran chispeantes como antes, brillantes como yo los recordaba, que ya no eran los ojos rebosantes de picardía de aquella mujer que se me entregaba en la penumbra del bufete, pero que seguían siendo profundos y tristes, profundos y hermosos. Llorando,

derramando lágrimas como las flores se derraman sobre la ladera. Mientras lloraba, se había llevado ambas manos a los oídos, tapándoselos, en otro ademán infantil que hizo brotar en mí un torrente de emoción—. Cállate, cállate, te lo ruego, ¿no te das cuenta? Contemplar lo que entonces pasó, lo que entonces se hizo, con ojos de hoy no tiene sentido, es injusto, jamás nos vais a comprender, ni tú ni nadie. ¿O es que ellos no hicieron lo mismo en las zonas que ocuparon? ¿Qué pasó en Badajoz, y en Navarra, y en…? —Se limpió las lágrimas con sus nudillos huesosos—. No tiene sentido, de verdad que no, déjame, Eduardo, te lo suplico. Cállate. Vamos a hablar de cosas bonitas. No vale de nada que recordemos aquello. Pasó y pasó, y ya está. Y no me pueden matar por eso porque yo ya estoy muerta.

—Clara…

—Que sí, que yo ya estoy muerta, de verdad. Yo ya estoy muerta y no me pueden hacer nada, y menos veintiuna veces, ¿verdad que no se puede matar a nadie veintiuna veces?, estoy fuera de su alcance, pasemos el tiempo que me quede hablando de otras cosas, de ti, de lo que haces, de tu futuro, porque tú sí tienes un futuro, no lo desperdicies conmigo. —Eso repetía una vez y otra, desordenadamente, y no había forma de sacarla de esa salmodia.

—Clara, ayúdame…

—Nada de lo que digas, nada de lo que hagas en el juicio podrá salvarme, lo sabes, ¿verdad? Mi pequeño, mi querido, mi adorable fascista. Entonces, ¿a qué perder el poco tiempo que nos queda…?

Sí, no había forma.

Clara, Génesis Castillejo, la miliciana terrible, la Leona de Mulet, se cerraba como una almeja en su concha en su realidad tergiversada.

* * *

Todo aquello, el reencuentro con Clara, tener que defenderla en su consejo de guerra, saber que tenía su vida en mis manos como

antes tuve su carne, me afectó de una forma de la que ni yo mismo fui consciente.

Nunca me había sentido parte del cuerpo de defensores militares. Excepción hecha de Palomares, y tal vez del coronel Santapola, con quien compartía un café de vez en cuando en sitios alejados de las Salesas, nunca tuve amigos entre ellos. Saludaba con una respetuosa inclinación de cabeza a compañeros y mandos y, todo lo más, como ellos hacían, con un hermético «buenos días» cuando me cruzaba con alguien que me sonara. Al principio, creo que no levanté simpatías ni antipatías excesivas entre el resto de mis colegas, si acaso curiosidad por saber cómo un abogado que había estado preso podía haberse convertido en teniente auditor del Cuerpo Jurídico Militar. Pero a medida que mis actuaciones en los consejos de guerra fueron cada vez más comentadas y criticadas; cuando el sobrenombre del abogado de rojos se bisbisaba en juzgados y cárceles, entre los defensores y los jueces castrenses, como quien mentaba a la bicha; y cuando mis interrogatorios y mis informes dejaban en evidencia a quienes —que eran la mayoría— se destacaban en los juicios por su desidia y su indolencia, pasé a ser prácticamente un apestado entre mis iguales y, mucho más todavía, entre mis superiores. No tenía, por tanto, en ese ámbito de los juzgados militares, a casi nadie con quien compartir mis cuitas y de quien recabar consejo. Cuando ya mascaba desesperación, acudí, cómo no, al teniente Palomares. Le hablé de Clara, de lo que había pasado entre nosotros y de su situación en la cárcel de Ventas.

—Uf, uf, uf… ¡vaya enredo, compañero! —resopló Palomares cuando acabé mi relato, y después de un estallido de silencio con el que ni siquiera pudo el ambiente disonante del bar donde nos habíamos citado, en plena calle Génova, pues a él, a diferencia de Santapola, y no se lo reprochaba, no le importaba que lo viesen conmigo. Nos hallábamos ya en pleno mes de noviembre, gris y frío. Era el tiempo en que, según la prensa madrileña, el ejército alemán avanzaba inexorablemente por las estepas rusas; echaban en el Rialto *Un alto en el camino*, y *Los mosqueteros del rey* en el cine Alba; el tiempo del Fósforo Ferrero, que «activa la nutrición

fosforada y restablece el estado general del organismo», y del Barachol contra la sarna que hacía estragos entre los pobres; de las medias de seda de Sederías Carretas; el de hacer balance de los efectos de la ley contra logreros y acaparadores; el tiempo en que el general Moscardó, el héroe del alcázar toledano, viajaba a Rusia a entregar a los voluntarios de la División Azul un espléndido y generoso donativo de Franco.

—¿Te has planteado renunciar a la defensa de esa mujer, Eduardo? —me preguntó luego Palomares, con un gesto de preocupación en el semblante pecoso—. El artículo 59 del Código de Justicia Militar establece que…

—Quieto ahí, Palomares —interrumpí su monserga, que amenazaba con relatarme de corrido el contenido del dichoso artículo, fuera cual fuese—, no estoy dispuesto a renunciar a su defensa, eso ni lo sueñes. Voy a hacer todo lo que pueda por ella, porque, si no lo hago yo, no lo va a hacer nadie. Lo que he venido es a pedirte consejo sobre cómo hacerlo, no a que me convenzas para que la deje en la estacada.

—Ya sabes los crímenes de los que se le acusa. Son horrendos, Eduardo.

—Tú lo has dicho, Palomares: «de los que se le acusa». Pero hasta que no se prueben, ella es inocente de los cargos. Eso debieras saberlo tú mejor que nadie.

—Sí, ya, ya… Pero el problema es, Eduardo, que, por lo que te he entendido, ella los admite, reconoce que son verdad…

—No, ella no quiere hablar de esos hechos, que es muy diferente, pero no los admite.

—El que calla otorga, amigo.

—No seas cerril, Palomares. Ella está trastornada, y no sé si lo ha estado siempre. Hay algo oscuro en su historia, algo que ella no quiere revelar. Algo que, de yo saberlo, tal vez podría ayudarla en su defensa. Pero ¿cómo coño la convenzo para que se abra conmigo?

—¿Me estás hablando de trastorno mental transitorio o algo así?

—No lo sé, no sé si lo que hizo, y que conste que tampoco sé

lo que hizo, lo llevó a cabo siendo consciente de lo que hacía. Mas sospecho que sí, te repito que hay algo oscuro en ella, algo que la cambió para siempre. Posiblemente, la defensa del trastorno sea la única posible, la única que la puede salvar de las veintiuna penas de muerte que le solicitan. Pero ¿cómo pruebo esa circunstancia? ¿Cómo lo hago, Palomares?

—Puedes solicitar que un psiquiatra la vea y la diagnostique, Eduardo. No es fácil, pero hay algunos precedentes. Podrías hablar también con Santapola.

—Lo haré. Y dime cuáles son esos precedentes, y me pongo manos a la obra.

—Pues conozco el caso de un capitán de artillería del ejército rojo que…

—¿Y cómo se llamaba ese capitán…?

* * *

—Oye, Calero, tú que desde siempre te has dedicado al derecho penal, necesito que me hables de la prueba pericial médica, psiquiátrica en concreto, y que me digas si conoces a algún perito de confianza que, por unos pocos duros, sea capaz de entrar en Ventas si le consigo el permiso y elaborar la pericia. ¿Qué me dices?

—¿Que qué te digo, Edu, corazón mío? —me preguntó a su vez Roberto, meneando la cabeza, como el adulto harto de las patochadas de un muchacho—. ¿Una pericial médica en un consejo de guerra? Pero ¿cuándo se ha visto tal derroche de humanidad en la justicia militar? ¿Me puedes decir en qué cojones andas metido, Edu, carajo?

Si con alguien tenía confianza en este mundo, era con él, con Roberto Calero. Tomé un sorbito del café del Pombo, que seguía siendo achicoria y era ahora incluso peor que en tiempos de la República, y contemplé su rostro expectante, sus ojos francos.

—¿Te acuerdas de aquella miliciana que en una ocasión viste salir del bufete? —me decidí—. Te estoy hablando del treinta y siete más o menos, de finales del treinta y siete o principios el

treinta y ocho, todo lo más.

—¿Aquel monumento? ¿Aquella individua de armas tomar, y nunca mejor dicho? ¿Aquella comunista o anarquista que te estabas follando? Hay cosas que no se pueden olvidar, Edu, hijo. Y bien cabrón que fuiste entonces, que te cerraste en banda y no me contaste ni tanto así. ¿A qué viene eso ahora?

—Está presa en Ventas, Roberto. Y yo soy su defensor. Y como no tengo otra forma de defenderla, estoy pensando en alegar trastorno mental, Palomares me ha contado que algún precedente hay, y necesito un perito, como te digo.

—Bueno…, a ver, déjame que haga memoria. Entonces, en los buenos tiempos del bufete de don Antonio del Pino, utilizábamos para esos menesteres a un médico que entonces era prestigioso, debo tener su nombre por alguna parte… ¡Ay, ¿cómo se llamaba, coño?!… Me estoy haciendo mayor, joder, Edu, se me olvidan las cosas. Es lo que decía Proust, que a cierta edad…

—Al grano, Roberto, por Dios.

—¡Herminio! ¡Herminio Guzmán! ¡Eso era! Y tenía su gabinete en la calle del Príncipe, cerca del Gallo Negro. ¿Quieres que nos peguemos un salto y ver si ese matasanos aún sigue por allí? Si me ve a mí, con la de duros que le aparejamos en tiempos de don Antonio, seguro que no te niega nada. Y por el camino hablamos de qué me llevo yo de todo esto, ¿hace?…

* * *

Marisa, en las pocas ocasiones en que quedamos, enseguida fue consciente de que ese proceso me estaba afectando más que ningún otro. «¿Qué son esos consejos de guerra que te tienen tan raro, Eduardo? Pareces otro», había comentado ella. Eran días en los que estuve huraño, esquivo, constantemente abstraído, buscando cada día una excusa para regresar a casa cuanto antes y embeberme en los apuntes que había tomado durante el poco tiempo que me habían permitido consultar los sumarios.

—Es solo una presa más, Marisa, una pobre desgraciada a quien le piden veintiuna penas de muerte, ¿cómo quieres que esté?

—No estaba preparado para compartir con Marisa mi historia con Clara; no ahora, al menos, tiempo habría después, me justifiqué—. Y, además, se comenta por los juzgados que me van a expedientar de nuevo, o algo peor tal vez, que es mucho el celo que pongo, eso dicen, en la defensa de los rojos. Eso es lo que me ocurre, y ya está, no es otra cosa, no te preocupes, ya se me pasará.

—¿No deberías ser un poco más comedido en tus alegatos, Eduardo? Si dicen que pones un celo excesivo…

—¿Y qué quieres que haga? Soy abogado. Soy teniente - auditor del Cuerpo Jurídico Militar, ¿no? ¿Qué debo hacer, pues? Defender a mis clientes, Marisa, y no otra cosa. Y cuando se habla de defender a otros, y cuando se habla de justicia, ningún celo es excesivo.

* * *

Para defenderla, tuve que tomar otros recovecos. Cada vez que iba a Ventas a ver a otras presas, cuando ya habíamos acabado con sus casos, las interrogaba acerca de ella, indagaba, escudriñaba, preguntaba por Clara, aunque allí no la conocieran por ese nombre.

—¿La que acaba de salir de aquí, del locutorio? Pero esa no se llama Clara. Se llama Gina, aquí todas la conocemos así, Gina, muchacho.

Aunque ese último vocablo lo pronunció con un acento peculiar, algo así como *mushasho*.

—¿Gina? —pregunté, escondiendo una sonrisa al escuchar ese acento musical, indiano—. Igual se confunde usted. Su nombre real es Génesis, Génesis Castillejo, y…

—*Pos* ahora me explico que no quisiera que la llamáramos así, la pobrecita. Vaya mierda de nombre. ¿Génesis, dice *usté?* Pero qué nombre es ese. ¿No es un nombre de la Biblia o algo *asín?* No, no, aquí todas la conocemos como Gina, ya le digo.

Justa García, andaluza de Sevilla, huida a Madrid después de la toma de su ciudad por Queipo de Llano, estaba presa, acusada de llevar a cabo actividades comunistas en el Madrid de la

posguerra, por aplicación de la Ley sobre la Represión de la Masonería y del Comunismo promulgada el día 1 de marzo de 1940. Era una mujerona de pechos enormes con los que no habían podido ni los ranchos miserables de Ventas.

—Gina… —Qué poco sabía de ella, ni el nombre por el que los demás la conocían, Gina—. Así que la llaman Gina. ¿Es usted amiga de ella, Justa? —le pregunté—. ¿Podría contarme algo acerca de… no sé, de su vida, de si hizo lo que hizo, del porqué…? En fin, cualquier cosa que pueda ayudarme. Ella se niega a hablarme de aquellos días.

—¿Y eso?

—No lo sé. Quizá no quiere afrontar su pasado. O seguramente no quiere afrontar su futuro. No lo sé. Ella es así. Y el caso es que no consigo que se me abra.

—Es *usté* su defensor, ¿verdad?

—Sí.

—Ah, *pos* entonces se lo contaría si lo supiera, pero la verdad es que la *mushasha* no es muy dada a la cháchara, a hablar sobre ella, sobre lo que le pasó, en eso lleva *usté* razón. Y yo apenas si la veo por el patio, yo estoy en la tercera galería izquierda y ella está un poquito más lejos. Eso sí, sé que era de la célula del anarquista Mulet durante la guerra, y… —Dudó, frunciendo sus grandes ojos marrones—. Aunque, ahora que *usté* lo dice…

—¿Sí, Justa? —la animé.

—Pues no sé, pero… verá *usté*. Yo, antes de que me trajeran aquí, estuve en la Maternal de San Isidro, le estaba dando el pecho a mi hijo Paquito, ya no, ya está mayorcito el chaval y está con su abuela, hasta que a mí me saquen de aquí, que está por ver que me saquen, pero, en fin, no quiero aburrirlo, *mushasho*. El caso es que hará unos tres meses me trasladaron aquí, a Ventas. Me peleé con una funcionaria de la Maternal, la Veneno la llaman, una hijaputa de las buenas, ya se puede *usté* suponer por el nombrecito. Y el caso es que allí, en la Maternal, había una presa que también había estado con Nicolás Mulet durante la guerra. Me acuerdo de que estaba preñada hasta los ojos la chiquilla.

—¿Y se acuerda usted de su nombre, Justa?

—Le decían la Máuser, por lo rápido que hablaba. Y sí, me acuerdo de su nombre, Crista Lafuente. Anarquista y con ese nombre, ¿cómo no me iba a acordar? —Y esbozó una sonrisa que dejó al descubierto una mella oscura—. Ahora que caigo, fíjese *usté* qué curioso: una, Génesis; la otra, Crista. Y anarquistas y ateas las dos. Y es que *endeluego* que el mundo está como una *shiva, mushasho.*

* * *

Crista Lafuente, conocida como la Máuser, era una mujer de unos treinta y pocos años, debió de haber sido guapa antes de entrar en prisión y de haber parido, pero ahora, después de casi un año en la Maternal y de un mal parto de un ochomesino que apenas si lloriqueaba en un canasto a su lado en el locutorio de la cárcel, estaba tan desmejorada como hierba sin riego, amarilleada, palidecida, de carnes enjutas e impropias de su edad, pellejosas.

—¿Quién eres tú? —Brava, a pesar de toda su decrepitud, y con la mirada encendida, y escupiendo las sílabas más que pronunciándolas, como si quisiera que nadie olvidase su apodo, la Máuser, la que disparaba palabras como si fueran balas—. ¿Qué coño quieres de mí? No te conozco. Tú no me defiendes. Así que dime qué quieres, y rapidito, o si no, puerta, pero ya, ya, ¿me oyes?…

—Mi nombre es Eduardo Peña, Crista, soy teniente auditor. Soy el defensor de Clara…, quiero decir, de Génesis Castillejo, creo que también la conocéis como Gina, me han dicho que formaba parte contigo del grupo de Nicolás Mulet, estaban allí Jesús Nieves y otros, no conozco sus nombres, ¿sabes de quién te hablo?

—¿Clara? ¿Por qué la llama usted Clara? —Ahora, no sé por qué, dejó de tutearme. Frunció los ojos ya de por sí arrugados y se encogió de hombros—. Bueno, la verdad es que es igual, no sé de quién me habla, de mí no va a sacar ni media palabra. ¿Con quién piensa que está hablando, cojones? ¿Usted se cree que soy tonta o qué?

—No, no, no. No vayas a pensar que…

—Creo que no tengo nada que hablar contigo. —Y ahora el ustedeo fue sustituido de nuevo por un tuteo despectivo—. No me fío ni un pelo, ¿me entiendes, chaval? Esa cara tuya, tan arreglado, tan modoso, tan guapito… Típico de ellos, que piensan que todas somos gilipollas. Pero te aseguro que a mí no me la das.

—No, no, por Dios, no pienses eso. Te lo aseguro, Crista, soy su defensor, el de Gina. Y vengo aquí a verte buscando solo lo mejor para ella, no vayas a pensar cosas que no son. La llamo Clara porque… porque… Bueno, es una historia muy larga, tal vez otro día te la pueda contar, o ahora si quieres, la conocí durante la guerra, aquí en Madrid, y yo, pero… yo solo quiero ayudarla, de verdad, créete lo que te digo. Quiero poder defenderla, únicamente eso, poder defenderla, Crista, le piden veintiuna penas de muerte. ¡Veintiuna penas de muerte!

—Y, claro, no tenéis suficientes pruebas y quieres que yo… ¡Que no, hombre, que no, que no me lo trago! Ni tanto así. Así que vete al carajo, cabrón. —Todo pronunciado rápida pero suavemente, como si me dijera que no quería ir al cine conmigo—. Pero ¿qué te crees, con esa carita guapa? No soy ni una tonta ni una chivata, ¿te enteras?

—¿Te he dicho mi nombre? —pregunté.

—¿Y qué cojones me importa a mí tu nombre?

—Creo que sí, pero te lo repito. Eduardo Peña. Así me llamo. Tal vez has oído hablar de mí. Me conocen como el abogado de rojos, a lo mejor ahora mi nombre te suena, quizá ahora te dice algo. —Y el rubor tiñó mi rostro como el verano la carne de las granadas—. No, en serio, no es que yo piense que me lo merezca, no es eso, ese apelativo, digo, pero sí, es así como me llaman, el abogado de rojos, y es porque siempre voy por derecho con mis clientes, con los presos a quienes me toca defender. Y eso es así hayan hecho lo que hayan hecho, ¿me comprendes? —Respiré, intenté sonreír, temí que lo que apareciera en mis labios fuera más una mueca que una sonrisa—. Lo que quiero decirte es que lo que intento es hacer mi trabajo lo mejor posible, defender a mis clientes con toda mi alma, solamente eso, nada más. Y entre mis clientes está Clara, bueno, Gina, Génesis, Génesis Castillejo. La

Leona de Mulet, así la conocíais, ¿verdad? A lo mejor te suena mi nombre ahora y te atreves a confiar un poquito en mí. Te lo digo una vez más: yo solamente quiero defenderla en condiciones, conseguir pruebas que puedan evitarle el pelotón de fusilamiento, nada más, te juro que nada más y que no te engaño. Y tengo una prisa enorme, Crista, pues el consejo de guerra puede ser en cualquier momento. Estoy desesperado, la verdad.

—¿El abogado de rojos…? ¿Es usted…? —regresó al ustedeo, lo que ahora concebí como una buena señal.

—Ya te lo he dicho, así me llaman, el abogado de rojos, ya ves. No es de mi gusto, pero sí.

—¿Cómo me dijo que se llamaba usted?

—Eduardo. Eduardo Peña.

La desconfianza se fue clareando en el rostro avejentado de la presa como el café con la leche. Sin embargo, aún quedaban nubes negras en aquella cara estragada.

—No sé…

—De verdad. Te juro que solo quiero lo mejor para Gina.

Crista Lafuente cruzó los brazos sobre sus pechos, mustios, consumidos después de una guerra, de una prisión, de una derrota, de un parto apresurado, de muchos potajes aguados y algarrobas y berzas, y clavó su mirada en mis ojos. Pareció calibrarme, como el relojero la maquinaria del reloj, o como el médico el tictac del corazón del paciente, y luego cerró los ojos. Los abrió de nuevo enseguida, con una decisión relumbrando en ellos.

—Venga usted mañana. O cuando coño pueda. Yo voy a estar aquí, no se preocupe, no me voy a ir, ojalá pudiera. Y ya veremos.

* * *

—Sufrió lo que ninguna mujer, ninguna niña, debiera sufrir jamás.

Crista Lafuente había llegado al locutorio de la Maternal de San Isidro, donde estaba recluida junto con su niño grisáceo, con la desconfianza disipada por completo en su mirada. Alguien debía de haber hablado con ella dentro de los muros de la cárcel. «¿Peña?, ¿Eduardo Peña?, ¿un teniente joven, guapetón, el pelo castaño,

ojos tímidos, buena estatura, algo así como un animalito perdido a quien te dan ganas de acariciar? Pues sí, ese es, el abogado de rojos, así le llaman, buena gente, todo el mundo lo dice, la Carmela jura que le quitó al menos diez años de condena, ojalá me hubiese tocado a mí como defensor, y no al tonto que me tocó, que va a conseguir que me muera aquí, puedes confiar en él, Crista, y a lo mejor puede ayudar a Gina, aunque me temo que a Gina ya no hay quien la ayude, pero bueno, intentémoslo, ¿vale?». Y apareció en el locutorio de la Maternal en esa mañana de noviembre, neblinosa, qué temprano era, con el gesto de que, aunque fuera cierto que a Gina, la hermosa y aguerrida Gina, la terrible y desgraciada Gina, ya nadie podría ayudarla, en verdad había que intentarlo. Y dispuesta a confiar en ese abogado joven y agradable de quien el día anterior había barruntado perversidades. Lo vi en sus ojos en cuanto traspasó la puerta del locutorio.

—La conocí en agosto del treinta y seis —relató, mientras agarraba el pulgar escuálido de su hijo ochomesino, que ni para llorar parecía tener fuerzas, sentado en un carrito de madera descascarillada junto a ella, tras las rejas del locutorio, con la vista perdida en un punto ignoto más allá de este mundo—, poco después de que llegara a Madrid. La veía en las reuniones que hacían los anarquistas extranjeros que ya vivían aquí antes de la guerra, los que estaban dispuestos a morir por la libertad y la República, antes de que llegaran los brigadistas de tantos países, y no hicimos malas migas. Después la perdí de vista, supe que estaba con un brigadista americano, no me acuerdo de su nombre, ¿Estanislao tal vez?, no qué va, Estanislao no, era un nombre inglés, pero algo así me suena, empezaba con la e seguro. Bueno, es igual. El caso es que la perdí de vista. —Se volvió para acariciar a su hijo, que había proferido un sonido, un quejido tal vez, o una llamada de atención, como significando que aún estaba vivo—. Luego, tiempo después, se unió a nosotros, al grupo de Nicolás, de Nicolás Mulet. ¿Qué quiere usted saber en concreto?

—¿Por qué me has dicho eso de que sufrió lo que una niña no debiera sufrir jamás?

Cerró los ojos, pareció agarrar con más fuerza el dedito de su

hijo, porque este se quejó con cierto nervio.

—Su padre la violó cuando tenía…, no sé…, nueve o diez años. U once, cosa así. El caso es que la violó, muchas veces, durante muchos años, y que eso cambió por completo la vida de Gina.

Cerré los ojos. Estremecido. No tuve arrestos ni fuerzas para decir nada.

Crista prosiguió su relato y me refirió lo poco que Clara, Gina, Génesis Castillejo, le había contado una noche en que, volviendo de una *saca*, se habían emborrachado en una taberna de Princesa, posiblemente porque eran incapaces de conservar sobrias en sus retinas la imagen del curita joven bendiciéndolas antes de que Rogelio Puga, el lugarteniente de Nicolás Mulet, le descerrajara un tiro en la frente.

—Consiguió escapar de las garras de su padre una noche. Una noche de octubre, creo que me dijo. O madrugada ya. O incluso al amanecer, no recuerdo. Cuando ya era mayorcita. Me relató que había decidido huir harta ya de tanto escarnio, temiendo que ese hombre horrible la pudiera dejar embarazada, y antes de que su padre la matara o siguiera haciendo barbaridades con ella. Lo primero si hablaba y lo segundo si no lo hacía. Me contó que, cuando su padre había salido tras ella, persiguiéndola, la había defendido el hijo de un leñador melojero de El Espinar. Sí, Gina vivía en ese pueblo, no en Segovia capital. Por lo visto, El Espinar es un pueblito chiquitín cerca de la serranía. Y la defendió ese joven de allí, que se enfrentó a su padre y consiguió, no sé cómo, que no le volviera a poner la mano encima. Ay, no recuerdo cómo se llamaba ese jovenzuelo que se atrevió a enfrentarse al cabrón de su padre…

—¿Andrés, tal vez?

—Ay, sí, me suena el nombre de Andrés, pero no podría jurárselo. Uf, qué mala soy con los nombres… El caso es que luego, algún tiempo después, se fue con él y con él luchó cuando el motín de los facciosos, hasta que lo mataron, unos guardias civiles fueron, eso me dijo ella. A Andrés. Y después se vino a Madrid.

—Los cargos contra ella son muy graves, Crista, ¿te importa

que hablemos de ellos? —Y ella dijo que no, que qué más daba, que ella ya estaba condenada también y ya nada podía perjudicarla, condenada a muerte, aunque no la ejecutarían hasta que su hijo ochomesino muriera o viviera y pudiera ser dado a alguien. Le fui desgranando, con tanta rapidez como ella desgranaba sílabas porque no quería que tanta hediondez salpicara a ese bebé famélico que parecía luchar en silencio por su vida, los hechos por los que el fiscal acusaba a Clara; bueno, a Gina, o Génesis, es igual—. ¿Son ciertos estos hechos, Crista?

Ella soltó la mano, el dedito de su hijo, que cayó lánguido sobre el brazo de madera del carro de bebé. Meditó luego, muy pausadamente, como si estuviera ensalivando las palabras que iba a pronunciar, esta vez no de la forma atropellada en que solía, sino despacio, húmedas, de saliva y de lágrimas.

—Nunca vi a Gina matar a nadie. En las trincheras, no sé. Pero por gusto, en una *saca*, jamás. —Tragó la saliva con fuerza, y también las lágrimas—. A las mujeres derechistas a las que sacamos de Ventas o de Alcalá de Henares, a los curitas, a los jóvenes, jamás les hizo daño, nunca. Ella no. Presumía, se jactaba de lo que iba a hacerles, les gritaba, los insultaba, los maldecía, «Putos facciosos, que queréis acabar con el mundo y con los pobres, viva la República, gritad conmigo, viva la libertad, abajo el fascio»; se volvía loca, perdía los papeles, como histérica, cosas así, hacía como que disparaba, hacía que se cagaran patas abajo, que lloraran y suplicaran. Eso sí, y alguna bofetada tal vez, puede ser, éramos tantos, ¿cómo distinguir los insultos, los gritos de unos y de otros? ¿Pero matar por gusto? ¿Disfrutar matando? No, no, no. Eso no. Nunca. Ella no. Ella era… No sé cómo explicarlo. Le decían la Leona de Mulet, era brava, arisca, le daba a la furia igual que al aguardiente cuando se terciaba, no dejaba que nadie que ella no quisiese le pusiera un dedo encima, pero, en el fondo, era una niña, una niña débil, una niña atormentada, y estoy segura de que fue por aquello que le pasó con su padre en El Espinar, allí en Segovia, cuando era tan chica. Mire usted…

—¿Sí, Crista? —la alenté, cuando vi que la presa dudaba.

—Lo que le he dicho antes no es totalmente cierto, hay algo

que usted debe saber. —Chascó los labios—. A ver cómo se lo explico… Disparó a dos personas, a dos presos, delante de mí.

El silencio se hizo entre nosotros tan tupido como un terciopelo mientras la mujer elegía las palabras con que continuar su relato.

—En esos dos momentos estuve yo presente —prosiguió—. No sabría decirle las fechas ni los nombres de esos dos hombres a quienes les pegó un tiro en los huevos.

—¿En los… en los huevos?

—Sí, justamente así. En los mismísimos. Y oí lo que gritaba mientras disparaba.

Me dio pánico preguntar, no sabía qué cantidad de miedos y de miserias podría caer sobre mí con esa explicación. Me limité a mirar a Crista Lafuente, tenía las pestañas pegadas a los párpados como con cola.

—«Muérete, cabrón, papá».

Se le despegaron las pestañas y cerró los ojos. Y, a pesar de ellos, a pesar de esa oscuridad tenue de sus párpados cerrados, pude ver en ellos un poquito de luz.

—«Muérete, cabrón, papá» —continuó Crista—. Eso dijo en esas dos ocasiones, mientras disparaba su pistolón. Con una voz que jamás olvidaré, pues, pese a que no era alto su tono, yo estaba su lado, podía oírla, no muchos más podían, a lo mejor solamente yo, no sé, nunca oí latir tanta furia, tanta rabia, tanto asco en una voz humana. Ni tanto trastorno, tanto desequilibrio, tanta conmoción. «Muérete, cabrón, papá». Eso repetía. Una vez y otra. «Muérete, cabrón, papá». Y después de disparar, mientras el pobre diablo se retorcía en el suelo con los huevos hechos papilla y antes de que Mulet o Puga o cualquier otro les diera el tiro de gracia, la vi correr hacia la tapia, o hacia los árboles, y la vi vomitar, vomitar bilis, vomitar pena, vomitar recuerdos angustiados de los que, a pesar del vómito, no conseguía desprenderse.

Calló, como esperando una pregunta mía que no le llegó. Yo, al otro lado de la reja, estaba trémulo, incapaz de articular palabra.

—Eso es todo —concluyó, exhausta, y volvió a agarrar el dedito lánguido de su bebé exánime.

—¿Eso es todo?

—¿Sí?

—¿Nada más?

—¿Qué más quiere usted?

—¿Me estás diciendo, Crista, que cuando ella, Clara, Gina, Génesis Castillejo, disparó a esos pobres presos, estaba en realidad disparando a su padre?

—Eso pienso yo. Eran los dos, los dos presos a quienes disparó en los huevos, hombres mayores, de sesenta años o así, y una vez me describió a su padre, yo juraría que los rasgos de esos dos infelices podrían haberle evocado a los de ese cabrón pervertido que, a pesar de haberla engendrado, abusó de ella. Sí, eso pienso yo. Que en realidad estaba disparando a su padre. —Y repitió—: «Muérete, cabrón, papá, muérete». —Y me miró—. ¿Verdad?

—¿Podrías identificar a esas personas, a esos dos hombres contra los que ella disparó? ¿Sus nombres? ¿Describírmelos?

—¿Para qué?

—La acusan de veintiún asesinatos. No sé si dejarlos en únicamente dos podrá ayudarla, pero al menos debería intentarlo, ¿no crees?

—Ella no los mató. Fueron otros quienes los ejecutaron.

—No te entiendo.

—No murieron del tiro en los huevos. Un tiro así no mata a nadie. Por eso le dije antes que ella jamás había matado. Fueron Nicolás y Rogelio quienes les dieron el tiro de gracia. Si no, podrían haber sobrevivido.

—Aun así. ¿Te acuerdas de sus nombres?

—No sé. Nunca supe sus nombres. Está todo muy oscuro en mi memoria, no sé…

—¿Podrías describírmelos? Tengo los datos de las víctimas, de las personas a las que se dice que Gina mató o ayudó a matar. Y a lo mejor…

—Bueno, sí, a lo mejor así sí.

* * *

—Háblame de tu padre, Clara. O Gina, si lo prefieres.

Ella me contempló como si le hubiese dado una bofetada. Al principio, dudé si ese ademán suyo fue por mentarle su apodo o por nombrar a su padre, aunque la pregunta que ella me hizo a continuación enseguida me sacó de la duda.

—¿Qué coño sabes tú de mi padre? —me espetó, con una voz dura como el hierro. Esa sí era la voz que yo le recordaba.

—¿Quieres que te hable del mío?

—No. Quiero que te calles.

—El mío nos abandonó, a mi madre y a mí, cuando yo tenía once años, Clara. Prefiero seguir llamándote así, si no te molesta. Lo de Gina…, no sé, como que no, ¿te importa? No he vuelto a verlo desde entonces, a mi padre, y de eso hace ya…, uf, fue en marzo del diecinueve, pues… hace ya veintidós años. ¿Tú sabes lo que es para un niño de once años perder de esa forma a su padre? Si se hubiese muerto, todo habría sido más fácil. Total, todos hemos de morir un día u otro. Y que los padres se mueran es ley de vida. Pero ¿te imaginas lo que siente un niño que piensa que su padre se ha ido porque no lo quiere? Porque, de quererlo, ¿cómo iba un padre a abandonar de esa manera a su hijo? Como un tiesto, como una perra chica, como algo que no vale nada. Pues así me sentía yo, Clara. Como algo sin valor, como un ser tan despreciable que ni su propio padre lo quería. Y no te quiero contar lo que sufrí entonces. Cada mes, desde que se fue, nos llegaba un giro, unos puñados de pesetas, con los que pudimos ir viviendo, con la ayuda además de mi abuelo, el padre de mi padre, abogado también, como él y como yo, que, cuando supo que su hijo Gervasio había huido dejando atrás a su único hijo y a su mujer, dijo que ya solo tenía un hijo, mi tío Juan de Dios, que el otro, el mayor, había muerto por lo que había hecho. Yo, sin embargo, sabía que estaba vivo, lejos de nosotros, con otra mujer quizá, con otros hijos, limpiando su conciencia con ese giro mensual, y saber que estaba vivo solamente hacía acrecentar mi dolor. Yo también, como tú, Clara, o Gina, como quieras, he pensado muchas veces, y hasta lo he dicho cuando nadie me oía: «Muérete, cabrón, papá. Muérete». Así todo habría sido más fácil.

Me callé porque estaba seguro de que, de seguir hablando, la voz se me rompería como un huevo estrellado contra el pico de la sartén. Y porque vi cómo un ramalazo, más de espanto que de dolor, anubarraba el rostro aún hermoso de la miliciana.

—Cállate —volvió a ordenarme, tomada la voz por la amargura como si fuera un resfriado.

—Muérete, cabrón, papá —insistí, igualmente gripada la voz —. Yo también, como tú, Clara, lo he pensado, lo he murmurado muchas veces. Tú lo gritaste en aquellas dos ocasiones en que les pegaste un tiro en los huevos a dos presos derechistas. ¿Quieres hablarme de ellos?

—¿Por qué no puedes ser como los otros?

—¿Como los otros?

—Sí, como los demás defensores —explicó, llevándose una mano a la cabeza, como si fuera a rascarse su pelo rapado, y devolviéndolo al regazo después—. Todas lo cuentan aquí: vienen, hacen dos preguntas y se van. Y se olvidan. A otra cosa. Y después, en los juicios, dicen que son como pasmarotes, ni hablan ni protestan, se dejan llevar. Saben que nada de lo que digan o hagan va a cambiar el resultado de ese juicio. ¿Por qué tú no puedes ser como ellos, Eduardo? ¿Por qué no te conformas, si sabes que lo que va a pasar es inevitable? ¿Por qué no me dejas tranquila? ¿Por qué no te callas? ¿Por qué coño no me dejas en paz?

—¿Quieres rendirte sin pelear, Clara?

—Yo solo quiero que me dejes en paz.

En paz. Ojalá pudiera yo, Clara, darte esa paz que necesitas.

—Lo siento —fue lo que dije—, pero, con tu ayuda o sin ella, voy a pelear hasta que ya no me queden fuerzas.

32

«¿Ha anotado usted bien las palabras del defensor?»

El consejo de guerra de la miliciana Génesis Castillejo Manzanedo, alias Gina, alias la Leona de Mulet, y también conocida, aunque solamente para mí, su defensor militar, como Clara, tuvo lugar el día 11 de diciembre de 1941 ante el consejo de guerra permanente número 4 del palacio de las Salesas.

Era un miércoles de un frío helador. El invierno había tomado Madrid como un ejército invisible e invencible. Un miércoles en el que en el mundo aún resonaba el estruendo de las bombas arrojadas por los japoneses contra Pearl Harbor unos días antes. Un miércoles en el que, mientras en la sala de vistas de ese consejo de guerra permanente se decidía sobre la vida y la muerte de más de treinta personas, el Caudillo de España presidía el Consejo Nacional de la Falange Española Tradicionalista y de las JONS, y pronunciaba un discurso, brillantísimo, dijeron todos, en el que habló de la gloria de España, de que quería una nación con pulso y una juventud con inquietudes, de que nadie podía torcer el camino que España había emprendido, de que España ofrecía al mundo el ejemplo de un pueblo unido, dispuesto a defender su independencia y sus derechos. Y dijo también que «ha acabado victoriosamente nuestra guerra, pero no acabó con ello nuestra lucha, porque a la batalla militar sucede la batalla política, la de desarraigar las causas de nuestra decadencia, la de educar y disciplinar a un pueblo en principios de solidaridad nacional, devolviendo a todos los españoles, como en frase feliz decía José Antonio, el orgullo de serlo».

—… Génesis Castillejo Manzanedo, quien encarnando todo el mal, toda la depravación, toda la vileza de las hordas rojas que a punto estuvieron de hundir a España en el caos y la perdición, dio muerte, de propia mano, con premeditación, alevosía y nocturnidad, a veintiún buenos españoles indefensos, que ningún mal habían cometido, que ningún delito habían perpetrado, más allá de servir lealmente a la patria y verter por ella su sangre preciosa. —La voz del secretario relator del consejo de guerra permanente número 4 recitaba las palabras del escrito de acusación del fiscal togado con énfasis, como si estuviese leyendo el más épico, el más heroico de los poemas—. Esos veintiún buenos españoles eran Pedro Arroyo Santandreu, sesenta y un años, casado, padre de tres hijos, abuelo de dos niños, dirigente de Acción Popular en el distrito de Chamartín, asesinado a sangre fría de un tiro en la nuca a las tres horas y cuarenta y ocho minutos del día 9 de noviembre de 1936, en el cementerio del Este, por un grupo de anarquistas comandados por Nicolás Mulet y entre los que se hallaba la acusada Génesis Castillejo Manzanedo, que lo habían sacado de la cárcel de Porlier, donde estaba preso. Antonia Tirado Bernal, de cincuenta y un años de edad, viuda de guardia civil, dama de la Acción Católica, cinco hijos, fue sacada de la prisión de Ventas, donde estaba encarcelada debido a su militancia cristiana, en la madrugada del día 14 de octubre de 1936, y asesinada a sangre fría en un descampado cercano a Chamartín por un grupo de anarquistas comandados por Nicolás Mulet y entre los que se hallaba la acusada Génesis Castillejo Manzanedo. Argimiro Clavijo García, sacerdote, cincuenta y nueve años de edad, miembro de la Congregación de la Misión, fue descubierto escondido en el altillo de un piso del barrio de Salamanca el día 1 de diciembre de 1936, y allí mismo fue asesinado a sangre fría, a las diecinueve y cincuenta y cinco horas, sin juicio ni defensa, por un grupo de anarquistas comandados por Nicolás Mulet y entre los que se hallaba la acusada Génesis Castillejo Manzanedo…

Dejé de oír la voz campanuda del secretario del tribunal. Ya había leído decenas de veces el escrito de acusación del fiscal y casi me lo sabía de memoria. Clavé la mirada en Clara, que tenía la

vista fija en una ventana de la sala como si allí, detrás de los cristales sucios, pudiera descubrir las respuestas a todas sus preguntas, o como si a través de ellos pudiera escapar su mirada y liberar hasta el exterior a su alma, a su cuerpo, a toda ella, hacia el mundo que afuera palpitaba, hacia la vida, hacia la libertad. Sentía una lástima inmensa. Lástima por ella, por mí mismo, por todo lo que nos había tocado vivir, y dejé de contemplarla porque pensé que mi mirada, rebosante de una pena tan afilada como una uña, la podía arrancar de su embeleso, podía dañarla, la podía arañar. Cuando regresé mi atención a la voz del secretario, este estaba dando lectura, ahora con una voz menos enfática, a mi escrito de defensa:

—… y concurre la circunstancia eximente de enajenación mental establecida en el artículo 8 del Código Penal ordinario, por lo que procede la libre absolución de la acusada, que deberá recibir el tratamiento médico, de internamiento o ambulatorio, que se determine. Subsidiariamente, concurre la circunstancia atenuante establecida en el artículo 9.1 de dicho texto legal, al estar incompleta la eximente anteriormente manifestada, por lo que procede imponer a mi defendida la pena de cinco años de prisión menor, accesorias y costas, si las hubiere. En cuanto a responsabilidad civil…

De nuevo, dejé de escuchar la voz del secretario del consejo y, de reojo, contemplé otra vez a Clara. Seguía con la mirada perdida a la derecha del gran estrado tras el que se sentaban los tres miembros del tribunal, un coronel de Artillería y dos capitanes del Ejército de Tierra, pero un frunce de enfado cruzaba su frente. Se había opuesto con todas sus fuerzas a la estrategia de defensa que le había explicado en Ventas.

—Es la única forma de salvarte, Clara —le había explicado—. Hiciste lo que hiciste y hay que afrontarlo. Cuando disparaste a aquellos dos hombres que te recordaron a tu padre, no eras tú entonces, se te fue la cabeza, se te representó en aquellos instantes lo que el monstruo de tu padre te hizo, estabas enajenada.

—No pienso consentir que me hagas pasar por loca, ¿te enteras? —protestó ella, de nuevo el ademán y la voz de niña

díscola—, no pienso tolerarlo. Diré que no quiero que me defiendas, te echaré, me tendrán que nombrar a otro auditor, así que ya sabes. Tú mismo.

—Clara, Clara, por Dios, ¿en qué mundo vives?, estamos ante la justicia militar, ¿piensas de verdad que se puede cambiar de defensa como quien cambia de gorra? Venga, mujer, hazme caso, confía en mí.

—No, no, no y mil veces no. No estoy loca, ¿me oyes? ¡No estoy loca! Y el loco lo serás tú si lo dices.

—No digo que lo estés, Clara, solo digo que pasaste por… por un episodio de trastorno mental transitorio, así es como se llama, y es la única forma de salvarte, y ni siquiera sé si así podré lograrlo, pero déjame intentarlo al menos. Es tu vida, Clara, ¡tu vida!

Repetimos esa discusión un día tras otro hasta que ella, al fin, se rindió.

—Haz lo que te salga de los huevos, joder. Sé que no va a servir de nada, pero no puedo pasar el tiempo que me resta contigo discutiendo. Así que haz lo que quieras, Eduardo, sí, haz lo que quieras, pero ahora deja de hablarme de médicos y de locura, de trastornos y enajenaciones, háblame de la vida ahí afuera, de qué están haciendo los fascistas en Madrid, ¿qué películas ponen ahora en los cines?, ¿cómo va la guerra en Europa?, ¿tú crees que si derrotan a Hitler las democracias, acabarán con Franco?… Haz lo que quieras, di que estaba loca, lo que te plazca, lo que te salga de los huevos, pero háblame, háblame, no dejes de hablarme, háblame, mi pequeño fascista.

—¿Jura por Dios decir verdad de cuanto supiere y fuere preguntado?

La voz marcial del presidente del tribunal hizo que saliera de mi arrobo. No me había dado cuenta de que el primero de los testigos del fiscal había entrado en la sala, paticojo y engrilletado, con cardenales que ya amarilleaban en su frente arrugada, posiblemente producto de antiguos interrogatorios o de una pelea en prisión. Era un hombre que tuvo que ser apuesto, de buena estatura, mejillas mal rasuradas, el cabello jaspeado de un color indefinible, a medio camino entre el rubio y el ceniza, algo

semítica la nariz. Todo en él, pese a su historia y sus antecedentes, destilaba un aire cándido. A pesar del estado en que se hallaba, lo envidié. O sentí un poco de celos, tal vez. Sabía quién era, sabía qué había sido para Clara.

—No reconozco a este tribunal. —Su voz era recia, de haber gritado mucho en la vida, de haber discutido mucho también—. No reconozco más justicia que la del pueblo.

—Le advierto que el falso testimonio está castigado con penas de cárcel. Proceda, señor fiscal togado.

—Con su venia. ¿Cuál es su nombre?

—No reconozco a este tribunal. No reconozco más justicia que la del pueblo.

—Le advierto que puede ser acusado de un delito de obstrucción a la justicia. Sabemos su nombre: Se llama usted Jesús Nieves Alarcón, natural de Jerez de la Frontera…

—Jesús, mi pobre Jesús.

La voz de Clara, aunque no había sonado ni mucho menos alta, brotó de sus labios con tales ecos que acalló la del fiscal. Este se la quedó mirando, sorprendido, nadie se atrevía a interrumpir al fiscal en sus preguntas. En el rostro pétreo de Jesús Nieves pareció que algunas de sus arrugas se convertían en grietas.

—La acusada debe permanecer en silencio —la amonestó el presidente—. Dado que manifestó que se acoge a su derecho a no declarar, y a la vista de los argumentos de su defensa sobre su estado mental, debe permanecer callada. Teniente, cuide de que su defendida obedezca las órdenes.

—Jesús, mi pobre Jesús, ¿qué te han hecho?

—Clara, por favor…

—Mi pobre Jesús.

—¿Es cierto —retomó el fiscal su interrogatorio, mientras yo le rogaba a Clara al oído que intentara calmarse y guardara silencio, que no nos indispusiera desde el principio con los jueces— que formaba usted parte de la célula anarquista de Nicolás Mulet junto con la acusada aquí presente, Génesis Castillejo Manzanedo, también conocida como la Leona de Mulet?

—No reconozco a este tribunal. No reconozco más justicia que

la del pueblo.

—¿Ni siquiera nos va a decir si conoce a la acusada? ¿No es cierto que vivían ustedes juntos en una corrala de Lavapiés, en la calle Ministriles Chica?

—No reconozco a este tribunal. No reconozco más justicia que la del pueblo.

—Bah, es inútil. Hago ver a la sala que el testigo ya declaró en la instrucción y que ratificó los cargos de la acusación. Solicito se deduzca contra él testimonio por delito de obstrucción a la justicia. No hay más preguntas.

—¿La defensa desea preguntar? Teniendo en cuenta la actitud del testigo, supongo que no será necesario, ¿no, teniente? Nos va a regalar la misma cantinela, entiendo…

—La defensa desea preguntar.

—Como prefiera —admitió el presidente, con un gesto de fastidio—. Proceda, teniente.

—Jesús, soy el defensor de la acusada, de Génesis Castillejo, a la que conocíais como Gina.

—No reconozco a este tribunal. No reconozco más justicia que la del pueblo.

—Soy su defensor —insistí, con un matiz de súplica en la voz —. El fiscal pide para ella la pena de muerte. Veintiuna penas de muerte.

—No reconozco a este tribunal —repitió, inconmovible, por más que aquellas grietas de su rostro pétreo se estuviesen tornando anchas hendiduras—. No reconozco más justicia que la del pueblo.

—Vivisteis juntos, Gina, así la llamabais, ¿verdad?, y tú. Creo que fuisteis pareja durante casi dos años y medio. No me puedo creer que no sientas nada por ella, que no quieras ayudarla. Ella no mató a nadie, Jesús.

—No reconozco a este tribunal. —Pero ahora su voz se había reblandecido como migas de pan húmedas—. No reconozco más justicia que la del pueblo.

—Es inútil, teniente —intervino el presidente—. No tenemos toda la mañana y nos está haciendo usted perder un tiempo que no tenemos. Todavía hay más de treinta acusados que esperan turno

esta mañana. Ya ha visto usted la actitud cerril del testigo, no va a decir palabra, se empeña en…

—¡Gina no mató a nadie! —estalló Jesús Nieves, por cuyas mejillas se deslizaban ahora dos lágrimas finísimas. El coronel presidente del tribunal levantó el mazo para restablecer el orden, pero lo dejó en el aire ante la torrentera de la voz del testigo—. ¡Ella es incapaz de matar a nadie! ¡¿Qué es lo que queréis?! ¡¿Acabar con todos nosotros?! ¡¿A cuántos habéis matado ya?! ¡A mí me matareis en cualquier momento, estoy condenado a muerte, pero dejadla a ella en paz! ¡Nunca mató a nadie! ¡¿Me oís?! ¡Ella nunca mató a nadie! —Fijó su mirada ahora en la miliciana, que lo contemplaba con un ademán de ternura en los labios, resplandecientes de lágrimas los ojos—. Su único pecado es el odio —prosiguió Jesús Nieves, más apaciguada ahora la voz, enronquecida por el tono anterior y el sufrimiento—. El odio que le inculcaron cuando era una niña tan solo, cuando su padre abusó de ella, y de ese odio no ha podido desprenderse desde entonces. ¡Dejadla en paz! ¡Dejadla en paz!… Dejadla en paz… —Y su voz ruda se fue acallando como el eco en el valle, rompiéndose—. No reconozco a este tribunal. No reconozco más justicia que la del pueblo… No reconozco a este…

—¡Sargento, haga que el testigo abandone el estrado! ¡Que se lo lleven! ¡De inmediato! ¡Ya!

—A sus órdenes, mi coronel.

Mientras se llevaban a Jesús Nieves, Clara, sin dejar de mirarlo, musitaba de forma tal que solo yo, sentado a su lado, podía oírla: «Jesús, mi Jesús, ¿qué te han hecho?, ¿por qué no me hiciste caso?, ¿por qué tenías que salir día sí y otro también de la corrala? Allí dentro jamás nos habrían encontrado, hasta que hubiésemos podido huir, buscar otro sitio, Valencia, el mar… Aunque ¿merece la pena huir eternamente…? Jesús, mi pobre Jesús, siempre buscando ser libre como lo fuiste en la campiña jerezana».

Desfilaron después por el sitial de los testigos Rogelio Puga, alias el Vallecano, un madrileño de Vallecas que había sido el lugarteniente de Nicolás Mulet y que, pese a las muchas sentencias

de muerte que se habían dictado contra él, no había sido todavía fusilado porque la justicia militar se había dado cuenta, después de que se ejecutara apresuradamente a Mulet y a tantos otros en el treinta y nueve, de la conveniencia de mantener vivos a algunos de los rojos capturados para que pudieran testificar contra sus antiguos camaradas; Luis Albertín, alias el Catalán, también llamado el Manco, pues le faltaba el brazo izquierdo, componente asimismo de la célula anarquista de Mulet; y José Sobrino, natural de Almarza de Cameros, a quien le faltaba la oreja derecha y lucía una enorme cicatriz que le cruzaba la cabeza, afiliado a Acción Agraria Riojana, uno de los partidos coaligados en la CEDA, y que trabajaba para Tomás Ortiz de Solórzano, diputado derechista por Logroño en las tres legislaturas republicanas. Puga, al igual que Jesús Nieves, se negó a declarar, desafiante. Se encaró con el presidente del consejo de guerra, «Usted no me representa, usted solo representa al Estado tiránico, al fascio opresor, no reconozco a este tribunal, no reconozco más justicia que la del pueblo, ¡ni Dios ni amo!, ¡viva el anarquismo libertario!, ¡viva la anarquía y la solidaridad!», y tuvo que ser sacado de la sala a rastras. Albertín, de ánimo más quebradizo, reconoció que había formado parte de la célula de Mulet, que la acusada también la había integrado y que, «en efecto, ¿qué quiere que le diga?», habían llevado a cabo *sacas* de presos derechistas en el otoño del treinta y seis y a lo mejor también después, pero por órdenes de Nicolás Mulet, «y no era posible, señor fiscal, discutir esas órdenes si uno no quería acabar en la cuneta con un tiro en la sien, pero le juro por mi madre que yo nunca he matado a nadie, nunca jamás, por todos mis muertos, yo no, ¡nunca!».

—¿Vio usted a la acusada disparar contra personas indefensas? —lo interrogó el fiscal togado, satisfecho de que por fin alguien respondiera sus preguntas.

—¿Se refiere usted a ella, a Gina?

—A la acusada, ¿a quién va a ser? Génesis Castillejo Manzanedo. La conoce, ¿verdad?

—Bueno, de Gina yo no puedo hablar, porque allí, cuando las *sacas*, en los cementerios o en los despoblados, estaba todo muy

oscuro, a saber quién disparaba. Yo no sé si ella sí o si ella no, yo nunca la vi pegar un tiro, eso es verdad, pero le juro por mi madre que el que nunca disparé fui yo, yo me limitaba a estar allí, cumplía órdenes y sanseacabó.

—Pero usted ha sido condenado como autor de un delito de rebelión militar y de veintiocho asesinatos, ¿no es cierto?

—Bueno, sí, pero aún estoy vivo, ¿no?, y donde hay vida hay esperanza, porque yo no maté a nadie, señor fiscal, se lo juro por mi madre.

—¿Se ratifica usted en que jamás vio disparar a la acusada? —le pregunté yo.

—Eso he dicho, sí.

José Sobrino, el cuarto y último testigo de la acusación, blanco como el albayalde y enjuto como una tagarnina, relató que el inicio de la guerra lo cogió en Madrid, donde servía como asistente del diputado logroñés Ortiz de Solórzano; que no pudo regresar a Logroño dado que La Rioja entera quedó bajo dominio nacional y no era posible el desplazamiento desde la capital; que cuando empezó el terror rojo, halló refugio en el piso de unos amigos, simpatizantes de la CEDA, en la calle Alfonso XII, y que, cuando ese sitio comenzó a no ser seguro, intentó trasladarse a otro escondrijo, en Príncipe de Vergara, que durante la guerra tenía el curioso nombre de calle del Dieciocho de Julio y que ahora se llamaba del General Mola; pero que fue apresado durante el traslado, torturado —«¿Ven ustedes la cicatriz que me quedó? (dijo, señalándose la cara marcada), y también perdí casi toda la oreja derecha»— en una checa y recluido después en la Modelo; que una madrugada de agosto del treinta y seis, un grupo de milicianos llegó a la prisión, eligieron a ocho presos y se los llevaron, sin que nunca más se volviera a saber de ellos.

—¿Pudo usted ver a ese grupo de milicianos? —preguntó el fiscal togado.

—Sí, señor.

—¿Cómo pudo verlos?

—Yo dormía en una de las celdas de la primera planta de la tercera nave, junto a otros seis presos más, a pesar de que las

celdas eran individuales. Llegaron tres milicianos, dos hombres y una mujer, dando gritos, despertándonos a voces y a patadas. Otros fueron a otras celdas, eran muchos. Uno de ellos nos preguntó: «¿Quién de vosotros es Melquiades, Melquiades Álvarez?».

—El jefe del Partido Republicano Liberal Demócrata —aclaró el fiscal.

—Sí, señor.

—¿Y qué ocurrió luego?

—Pues que les dijimos que Melquiades Álvarez no estaba allí, que nunca había estado en esa celda con nosotros y que, además, según se rumoreaba en la prisión, lo habían *sacado* dos noches antes, junto con Julio Ruiz de Alda, el piloto del *Plus Ultra*, y con Fernando Primo de Rivera, el hermano de José Antonio, entre otros, a los que ya jamás volvimos a ver.

—¿Qué hicieron entonces?

—Se fueron. Al parecer, *sacaron* a tres presos de la segunda nave, pero no supe sus nombres.

—Si volviera a ver a esos milicianos, ¿los reconocería?

—Sin duda.

Y entonces el fiscal, con un gesto histriónico, señaló a la miliciana, que seguía con la mirada perdida en las alturas de la sala.

—¿Era esta la mujer que entró esa noche en su celda?

—Ella era, no tengo ninguna duda.

—No hay más preguntas.

—La defensa.

—Con su venia, señor presidente. Señor Sobrino, ¿vio usted con sus propios ojos causar daño o mal a persona alguna a la acusada?

—La vi entrar en la celda buscando a presos a quien matar, ¿le parece a usted poco tal cosa?

—Pero, aparte de eso, ¿la vio usted golpear, disparar o de cualquier otra forma causar daño a persona alguna?

—No.

—No hay más preguntas.

La defensa solamente disponía de un testigo: Crista Lafuente,

conocida como la Máuser. Llegó brava, como ella era, y habló en voz alta y sin titubeos, aunque con la misma velocidad de siempre, disparando las palabras como balas. Refirió lo mismo que me había contado en la Maternal: que había formado parte de la célula de Mulet, en la que también estaba Génesis Castillejo, a quienes todos conocían como Gina; que tanto la una como la otra habían estado en cárceles buscando presos derechistas junto con Nicolás Mulet, Rogelio Puga el Vallecano y los otros, pero que la acusada jamás había matado a nadie. Y lo repitió casi con las mismas palabras que había usado aquel día en la Maternal:

—Gina era lanzada, parecía que su sangre se envenenaba a medida que pasaban los días, y el veneno que la emponzoñaba era el odio. Por lo que le había pasado a ella siendo niña, estoy segura. Ella era de las que presumía ante los camaradas y ante los presos. Se jactaba de lo que iba a hacerles, les gritaba, los insultaba, pero jamás puso la mano encima sobre ninguno ni ejecutó a nadie. Ella no. Ella era… No sé cómo explicarlo. Le decían, le decíamos, la Leona de Mulet, era brava, arisca, le daba a la furia igual que al aguardiente cuando se terciaba, no dejaba que nadie que ella no quisiera le pusiese la mano encima, pero en el fondo era una niña, una niña débil, una niña atormentada, y estoy segura de que fue por aquello que le pasó con su padre.

—¿Puede contarnos a qué se refiere?

—Gina fue violada por su padre cuando era una cría, nueve o diez años, o algo más, no lo sé con exactitud. Eso la cambió por completo. La enloqueció de odio, porque también de odio se puede uno enloquecer. El monstruo de su padre, además del semen, le inoculó el veneno, el odio, y ese odio fue nublando sus sentidos poquito a poco. Y hubo veces, dos ocasiones, en que ese odio hizo que perdiera la cabeza.

—¿Le contó cómo la violaba su padre?

—El cómo no, pero sí el cuándo.

—¿Y cuándo era?

—Casi todas las noches.

—Pero no era más que una niña, por Dios.

—Sí, y él era su padre. Pero ese es el mundo que tenemos,

señor. Y ese es el papel de la mujer en ese mundo, que se enteren.

Hice una pausa, para comprobar el efecto que las palabras de Crista causaban en el tribunal. Los dos vocales seguían dedicados a leer sus papeles que tenían sobre la mesa. El presidente, sin embargo, coronel de Artillería, miraba en ese instante a Clara, aunque su mirada me resultó inescrutable. No podría decir si era de conmiseración o de simple curiosidad.

—¿Cómo pudo la acusada librarse de su padre?

—Tenía unos quince o dieciséis años, según me contó. Un joven de El Espinar, en Segovia, la ayudó y consiguió escapar de él. Consiguió escapar de su padre, pero no de lo que él le había hecho, de cómo la había dejado señalada. Como le he dicho, todo lo que pasó después estuvo marcado por esos años de tortura. Una niña, una niñita de nueve o diez años, violada día tras día por su propio padre. ¿Ustedes se pueden imaginar, siquiera imaginar, lo que eso pudo causar en la mente de esa niña?

—¿Puede referirnos qué ocurrió, Crista?

Y entonces, ante el pasmo de la sala, narró lo que ya me había contado en la Maternal: cómo había disparado en la entrepierna a dos presos de unos sesenta años, ambos de similares rasgos y complexión, y cómo, tras dispararles, había susurrado una vez y otra: «Muérete, cabrón, papá, muérete, cabrón, papá».

Hice una pausa, para que las palabras de Crista calaran en el tribunal. Miré a Gina, a Clara, que contemplaba a su antigua amiga con un gesto que estaba a mitad de camino entre el cariño y la recriminación.

—¿Murieron esos presos a consecuencia de los disparos de la acusada?

—No, después Mulet y Puga les dieron el tiro de gracia.

—¿Estaba en sus cabales la acusada cuando observó tal comportamiento?

—La testigo no es médico, teniente.

—No hay más preguntas, señoría.

—Señor fiscal.

—Así que reconoce usted que la acusada disparó a dos presos inocentes e indefensos.

—Sí, pero no era ella.

—¿Cómo que no era ella?

—Que estaba trastornada en esos instantes, quiero decir.

—¿Es usted médico?

—No, claro que no, pero sí vi su mirada y oí lo que decía: «Muérete, cabrón, papá». Y no hace falta ser médico para ver cuándo alguien pierde la cabeza. Había confundido a esos dos hombres con su padre, creía que era a este a quien estaba disparando. ¿No es eso de estar trastornada? Pues si no lo es, no sé yo qué será el desvarío.

—¿Reconoce usted que la acusada participó en las *sacas* de presos y que estuvo presente cuando fueron ejecutados?

—Sí, pero ella no ejecutó a nadie.

—No hay más preguntas.

—Si hemos acabado con las pruebas, es el turno de…

—Falta la prueba pericial propuesta por la defensa, señor —intervine, poniéndome en pie.

—¿Una prueba pericial? A ver, a ver. —El coronel consultó los legajos, frunció el ceño, me miró e hizo un gesto de impotencia luego, alzando los hombros—. Pues sí, propuso usted una prueba pericial. Y le fue admitida. —Frunció los labios, como sorprendido—. Vamos con ella, por tanto, qué le vamos a hacer.

Herminio Guzmán, más que médico, parecía un mendigo. Vestía un traje negro andrajoso, una camisa que alguna vez fue blanca con cuellos y puños a punto de deshacerse y una corbata también negra y estrecha llena de brillos. Mientras el hombrecillo subía al estrado y prestaba el juramento ritual, recordé con un escalofrío los riesgos corridos para que Guzmán pudiese entrar en Ventas, en donde jamás se había visto a un perito traspasar sus umbrales, a visitar a Clara. Los escritos presentados ante la Auditoría de Guerra, con cita de precedentes, la intercesión del juez Santapola… Esperaba, no obstante, aunque sin gran confianza, que la prueba sirviese para algo, era posiblemente mi única baza, aunque tampoco la miliciana había colaborado en exceso con Herminio Guzmán. «Se niega a hablar de lo que ocurrió en El Espinar, abogado, tampoco quiere hablar de su padre, es como si

en su cabeza aquellos recuerdos estuviesen encerrados en una cueva oscura de la que no pueden o no quieren salir». «Entonces, doctor, ¿no ha podido alcanzar usted ninguna conclusión? ¿Está mi cliente en verdad enferma?». «Necesito más tiempo, señor Peña, ¿podrá usted conseguir que regrese a verla?, porque en verdad aprecio rasgos que me hacen pensar en una enfermedad mental, pero necesitaría más tiempo, aunque ya atisbo una sintomatología clara».

—Tiene usted la palabra, teniente.

—Con su venia. Diga el perito su nombre, apellidos y titulación.

—Mi nombre es Herminio Guzmán Benítez —manifestó el médico; su voz era rasposa pero agradable, transmitía serenidad y confianza—, soy doctor en medicina por la Universidad de Salamanca con la especialidad de psiquiatría y miembro del Ilustre Colegio de Médicos de Madrid.

—¿Ha podido usted reconocer a la acusada?

—Sí, he podido visitarla durante nueve horas en el último mes.

—¿Padece la acusada alguna enfermedad mental, doctor?

—A mi leal saber y entender, sí, abogado.

—¿Podría usted precisar su diagnóstico?

—A mi modo de ver, esta mujer —y señaló a Clara, que ahora contemplaba al médico con cierto interés— padece una neurosis traumática.

Clara, al oír el diagnóstico, movió la cabeza, negando, y la bajó luego, como si se desentendiera a partir de entonces de todo aquello.

—¿Podría usted ser más explícito, doctor?

—La neurosis traumática es un estado mental que sobreviene tras una gran conmoción, que puede ser desde un accidente de coche o de tren, por ejemplo, hasta una agresión física con riesgo de muerte o de gran padecimiento anímico. La acusada sufrió en su juventud un episodio violento que no ha querido precisar en mis visitas, pero que, conjeturo, pudo ser perfectamente una agresión sexual en el ámbito familiar. De hecho, se niega a hablar de su

padre, a quien parece haber borrado de su memoria. Fenomenológicamente, la neurosis es un cuadro semejante a la histeria, dado que presenta abundantes síntomas motores, pero, a diferencia de la histeria, en la neurosis traumática interviene un padecimiento subjetivo que puede, en casos extremos, provocar la destrucción mayor de las operaciones anímicas y que puede provocar el delirio.

—Una persona afectada de neurosis traumática, ¿es consciente de sus actos? ¿Es responsable de ellos?

—En la mayor parte del tiempo, sí. Ahora bien, en situaciones de gran padecimiento o de gran tensión, en las que la angustia desemboca en ofuscación y alucinaciones, el paciente puede verse conducido a un estado de enajenación total.

—Doctor, usted no ha podido escuchar el relato que hace unos instantes ha ofrecido la testigo Crista Lafuente acerca del comportamiento de la acusada en los momentos en que se produjeron los hechos por lo que ha resultado procesada, pero, en esencia, ha sido el mismo relato que usted conoce por mi boca. ¿Diría usted que cuando la acusada Génesis Castillejo disparó a dos personas en su entrepierna diciendo al mismo tiempo «Muérete, cabrón, papá, muérete, cabrón, papá», se hallaba en sus cabales?

—No, a mi leal saber y entender. Se hallaba en ese momento privada de sus facultades intelectivas y volitivas debido al estado exacerbado de su neurosis traumática.

—¿Quiere eso decir que se hallaba enajenada?

—Así es.

—¿Cree usted que confundió con su padre a esos dos pobres hombres a quienes disparó?

—No tengo ninguna duda.

—¿No era responsable de sus actos, pues?

—No, no lo era.

—No hay más preguntas.

—Turno de la fiscalía.

—Con su venia, señor presidente. Señor Guzmán, ha dicho usted que es miembro del Ilustre Colegio de Médicos de Madrid. ¿Es así?

—Sí.

—¿Le consta a usted que a partir del día 22 de abril de 1939 el Colegio de médicos de Madrid procedió a revisar la actuación durante la guerra de sus colegiados?

—Ejem…, sí.

—¿Le consta, señor Guzmán, que una de la causas de la depuración fue el haber servido positivamente a la obra revolucionaria, marxista, judaica y anarquizante, en cualquiera de los sectores de la sociedad española, antes o después del Movimiento Nacional y, de un modo preferente, el haber realizado actos aprovechando su condición de médicos y en perjuicio de sus compañeros o de sus enfermos?

—Pues… sí.

—¿Se siguió contra usted expediente de depuración, señor Guzmán?

—Bueno, sí, pero…

—¿Es cierto o no es cierto?

—Sí, pero fue por pertenecer a la UGT desde el año veintiocho.

—¿Y no es más cierto que, junto con otros colegas madrileños, firmó usted una carta el día 2 de agosto de 1936, dirigida al presidente del Comité Central de la Cruz Roja, en la que, entre otras cosas, decía lo siguiente? —Y leyó textualmente de un folio que colocó cerca de sus ojos miopes—: «Fácilmente se alcanza la evidente necesidad de que las fuerzas del Frente Popular se apoderen de los mandos y el control de la Cruz Roja, como de las demás organizaciones del Estado, para asegurar su eficacia en impedir en absoluto todo retorno a la benevolencia no agradecida de los pasados años de la República».

—Bien, es cierto, pero ya le digo que no creo yo que eso tenga mucho que ver con mi capacidad diagnóstica y…

—¿Y no es igualmente cierto, señor Guzmán, que en junio de 1939 el Colegio de médicos decretó que usted no podía ser médico en la provincia de Madrid durante dos años?

—Sí, es cierto.

—No hay más preguntas, señoría.

—¡Pero ya he sido rehabilitado y puedo…!

—¡Señor Guzmán! —ordenó el presidente del consejo de guerra—, abandone usted el estrado. Puede salir de la sala. —Intenté protestar, pero una mirada de advertencia del coronel me lo impidió. Luego aguardó en completo silencio, blandiendo el mazo, hasta que el médico, humillado, con su traje haraposo y sus andares cansados, salió del tribunal. Maldije sin palabras a Calero, que me lo había recomendado, maldije en silencio a Guzmán por no haberme contado lo de su expediente de depuración, aunque, me dije al cabo, la culpa había sido mía, porque ¿quién, habiendo estado en Madrid durante la guerra, no había sido depurado? Yo y pocos más, supuse. Debería haberlo sabido, haberlo previsto—. Señor fiscal, tiene usted la palabra para informe.

—El fiscal entiende que los hechos perseguidos son constitutivos de veintiún delitos de asesinato, de los que es responsable la acusada, conforme a nuestro escrito de acusación. Y hago hincapié en que la acusada, por boca de sus propios testigos, ya que ella no ha declarado en esta vista por decisión propia, se ha reconocido responsable de haber disparado a quemarropa contra dos hombres, pretextando haber visto en ellos a su padre, de quien sostiene haber sido víctima en antigua y no probada afrenta. Vanos, hueros, cuando no ridículos, son los intentos de la defensa de presentarnos como una enferma a quien no es más que una alimaña, un ser abyecto, capaz de disparar a personas indefensas e inocentes, y más cuando…

Cerré los ojos, intentando bloquear mi cerebro a esas palabras, intentando contenerme, intentando que no me hicieran sumergirme en un pozo de desesperación, de impotencia. Era consciente de que mi única esperanza en ese juicio, la prueba pericial médica, había quedado desbaratada. Y aunque continué escuchando la soflama del fiscal, más exaltada a cada momento que transcurría, hablando de atrocidades, de guerra y de victoria, sobre todo de victoria, traté de que sus palabras no penetraran hasta el fondo de mi ánimo. Qué verdad era lo que hacía tantos años, siglos, había dicho el gran jurista Cicerón: la victoria es por naturaleza insolente y arrogante. Cuando, me dije, debería ser

misericordiosa y compasiva. Miré a Clara, que continuaba absorta, algo más pálida ahora, pero aparentemente ajena a todo cuanto en aquella sala pasaba. Y me costó reconocer en ella a aquella miliciana que una tarde lluviosa de octubre del treinta y siete apareció por mi despacho, aterrorizando a doña Tina, que me contaba en esos instantes sus penalidades con los dos comunistas de Navalcarnero a quienes había alquilado su piso. A aquella mujer que había cambiado mi vida tal vez para siempre.

—Es el turno de la defensa… ¿Teniente?

Levanté la cabeza, cogido por sorpresa. ¿Ya había acabado el fiscal togado? ¿Ya tenía yo que informar?

—Con su venia.

Me puse en pie despacio, carraspeé más para ganar tiempo que para aclararme la voz e intenté poner en orden mis ideas. Comencé hablando de las pruebas practicadas en el juicio, analizándolas una por una y sosteniendo que no se había acreditado que la acusada Génesis Castillejo participara en los veintiún asesinatos de los que el fiscal la acusaba, poniendo sobre la mesa cuantos conocimientos había adquirido en los últimos meses sobre autoría y participación en el hecho delictivo. Hablé luego de los dos episodios en los que la defensa había reconocido la participación activa de su cliente, manteniendo que fueron movidos por la neurosis traumática que el perito Guzmán había afirmado que la acusada sufría, justificando la aplicación de la circunstancia eximente de trastorno mental transitorio o, subsidiariamente, su consideración como atenuante, citando todas las normas y leyes promulgadas al respecto, desde la Real Orden de 26 de enero de 1865, dictada durante el reinado de Isabel II, en base a la cual el Tribunal Supremo de Guerra y Marina había dictado un total de cuatro artículos que sentaban las normas a seguir para la declaración de demencia de los acusados por la jurisdicción de guerra, hasta la Real Orden de 18 de agosto de 1884, que aprobaba el Reglamento de Hospitales Militares. Hice una pausa para tomar aire cuando concluí mis argumentos técnicos. Miré el reloj, había estado hablando casi media hora, algo desacostumbrado en un alegato de la defensa en un consejo de

guerra sumarísimo. Miré a los jueces y vi un rictus de impaciencia en ellos.

—¿Ha terminado, teniente?

—No es el momento de la crueldad que el fiscal togado ha mostrado en su alegato —continué, con la voz medio rota, sin hacer caso de la pregunta del presidente del tribunal, rebosante de hartazgo—, ni tampoco es el momento de la represalia. Hace ya más de dos años que la guerra acabó. —Extendí ambas manos y con las palmas abiertas y hacia arriba señalé el estrado donde los dos vocales y el presidente del consejo se sentaban—. He ahí la imagen de la victoria. —Hice luego idéntico ademán en dirección a Clara—. Y he aquí la imagen de la derrota. Y después de más de dos años y medio desde que el ejército triunfante entrase en Madrid, la paz sigue sin llegar. Y no nos damos cuenta de que la paz, con todo lo que la paz conlleva, reconciliación, humanidad, clemencia, es mucho más hermosa que la victoria. —Cerré los ojos, los volví a abrir, respiré con fuerza, me apresuré a tomar la palabra antes de que el presidente, que había hecho un gesto de incomodidad y llevado la mano al mazo, me la arrebatara—. En todos los incendios arden árboles, todos los granizos asolan sembradíos, todos los terremotos derriban casas, todas las crecidas destruyen diques. Y una vez que el incendio se apaga, una vez que la tormenta pasa, una vez que los seísmos se calman, una vez que el mar vuelve a sus cauces, ¿qué haremos? ¿Derribar los árboles que aún quedan en pie en la tierra quemada? ¿Arrancar los brotes que resistieron al granizo? ¿Asolar las casas que quedaron intactas tras el terremoto? ¿Demoler los bloques de piedra que quedaron incólumes tras la marejada? No, claro que no. Procuraremos que en esos árboles dañados vuelvan a crecer hojas verdes, que sigan dando sombra, que los brotes se conviertan en espigas, que las casas sigan dando refugio, que las piedras sigan conteniendo a las furias del mar. Entonces, ¿por qué no hacemos lo mismo tras la guerra? Porque eso es precisamente la paz, y no vestir a la justicia con el traje del desagravio.

—Teniente, está usted pisando terreno peligroso —me amonestó el coronel.

—¿Tienen ustedes hijos? —pregunté, en voz alta, ritualmente, sin hacer caso de la advertencia del juez y sin dirigirme a nadie en especial, aunque abarcando con mi mirada a toda la sala, que me escuchaba en un silencio pávido—. Yo no. Pero, si alguna vez los tengo, lo primero que les enseñaré será a perdonar, a no volver la vista atrás para desempolvar viejos odios, para desenterrar antiguos cadáveres, a procurar la paz, porque la paz también es perdón, indulgencia y compasión. Algún día, España dirá basta, España dirá que no se puede vivir en el fango perpetuo de la guerra, que es necesario escapar de la sombra de esa contienda que ensombrece nuestras vidas. Y dirá que hay un futuro diferente, un futuro en el que será posible la convivencia sin rencores, un futuro en el que no habrá ni vencedores ni vencidos. Un futuro en el que no habrá dos Españas, sino una sola, y para todos. Yo les pregunto: ¿por qué no comenzar a construir ese futuro desde ahora mismo?, ¿por qué no enterrar definitivamente las trincheras?, ¿por qué no acabar ya con las represalias y con las amarguras?, ¿por qué no hacer que la paz llegue de una vez por todas a este país nuestro que se desangra?, ¿es que acaso no hemos sufrido ya bastante?… Todos sabemos que sí. Al igual que sabemos que tienen razón quienes dicen que lo que ha pasado en España no se puede olvidar, es cierto. Pero si no se debe olvidar, es para que no se repita, y no para levantar nuevas pasiones y venganzas, para avivar de nuevo los rescoldos del rencor y el odio.

Hice otra pausa, necesitaba el aire como el agua en el desierto, sabía cuánto había puesto en juego, temí que la palabra me fuese arrebatada, temí más cosas, pero no quise pensar en ellas. Pese a ello, el silencio siguió reinando en la sala, en algunos casos porque la ira y la conmoción por mi osadía no dejaron hablar a los miembros del tribunal; en otros, porque mi discurso había dejado sin aliento a quienes lo habían escuchado. Miré de soslayo a Clara que, ahora sí, me contemplaba fijamente, con una sonrisa titilando en sus ojos y en sus labios, una sonrisa donde había más orgullo que esperanza.

—El fiscal pide para mi defendida veintiuna penas de muerte —proseguí, agotado, no tanto por el cansancio como por el miedo

a las consecuencias de lo que estaba diciendo—. He dado suficientes argumentos, técnicos y jurídicos, para que no se la condene a muerte, pero, sin embargo, ahí sigue la petición de la acusación, incólume, inamovible: que muera veintiuna veces, si es que ello fuera posible. No obstante, ¿a quién sirve que Génesis Castillejo muera? ¿Qué daño infligido podrá su muerte aliviar? ¿Qué quebranto podrá reparar? Porque daños y quebrantos los hubo en todas partes, a un lado y a otro de las trincheras. Y por los crímenes de los que a ella se le acusa ya han pagado otros: ya fue ejecutado Nicolás Mulet, lo será en breve Rogelio Puga, Crista Lafuente y a saber cuántos más. Hemos acreditado que Génesis Castillejo hizo lo que hizo, herir a dos personas, debido a la enfermedad que sufre, una neurosis traumática que arrastra desde que, siendo una niña inocente, fue violada por su propio padre. Lo ha dicho un médico, un especialista que, cierto es, fue depurado por su colegio. Pero ¿eso le quita valor a lo que ha dicho? No, en absoluto. Y lo que ha dicho es claro y no ha sido controvertido por ninguna otra pericia: la acusada no era dueña de sus actos cuando efectuó esos disparos de que he hablado. Por tanto, no es responsable, no debe ser condenada. —Hice una nueva pausa, abrí los brazos, como si en ellos pudiera abarcar la comprensión del tribunal que sabía que no iba a serme concedida. Señalé a Clara luego—. ¿No ha sufrido ya bastante? ¿No hemos sufrido ya todos bastante? ¿No nos damos cuenta de que, en vez de aliviar daños, lo que se hará, en caso de condenar a esta mujer a muerte, será excitar el odio, intensificar los rencores, propiciar el desquite, hoy o mañana? —Respiré con fuerza—. Hace ya más de dos años y medio que acabó la guerra, les decía antes. Y ahora les digo: ¿no es hora ya de parar? ¿Cómo puede hablarse de victoria si estamos ante una guerra que nunca acaba? No se puede vencer en una guerra inacabada. No, nada ganamos, y nada gana España si damos muerte a esta mujer. —Y señalé otra vez a Clara, que me miraba como cautivada—. Nada en absoluto. Absuélvanla, se lo ruego, sean misericordiosos, y será entonces cuando todos podamos decir que hemos empezado a construir la paz.

Regresé a mi asiento, exhausto, arrastrando la mirada por el

suelo, sin atreverme a mirar al tribunal ni al fiscal, cuya ira percibí enrareciendo el aire cuando pasé por delante de su mesa. En la sala reinaba un silencio tumulario que, al cabo, fue interrumpido por la voz colérica del coronel que presidía el consejo de guerra.

—¿Ha anotado usted bien las palabras del defensor? —preguntó, dirigiéndose al secretario relator del consejo, que asintió sin decir palabra—. Perfecto, porque —y ahora se dirigió a mí— esas palabras suyas le van a traer consecuencias, se lo aseguro, teniente. El consejo de guerra del proceso sumarísimo 21.456 queda visto para sentencia. Llévense a la acusada. Damos comienzo ahora al consejo de guerra del proceso sumarísimo 16.489, que pasen los once acusados.

33

«¡Que esto duele mucho, padre, que esto duele mucho!»

Los días que transcurrieron desde el consejo de guerra hasta el dictado de la sentencia fueron interminables. La esperaba al día siguiente del consejo, pero se demoraba. Extrañamente, se demoraba. Eso me alimentaba tanta esperanza como impaciencia. Seguía acudiendo cada día a Ventas, donde Clara se negaba a hablar de su juicio y solo me pedía que le hablara de Madrid. Un día, cuando ya no sabía qué contarle, le pregunté por qué la llamaban Gina.

—Me puso ese nombre de Gina un brigadista americano —me contó ella, rebosantes los ojos de nostalgia, rebosantes los míos de algo que no eran celos, sino tan solo lástima— el mismo día en que nos conocimos. Él se me había quedado mirando cuando coincidimos en un local de la CNT por la mañana, y por la noche ya estábamos juntos. No te molesta, ¿verdad, mi pequeño fascista?

Y yo le dije que no, con un nudo en la garganta, y ella me habló de aquel brigadista americano.

—Ethan Coleman se llamaba, rubio como el trigo de Kansas, veintidós años y toda la vida por delante, segada de mala manera defendiendo a la República española en plena batalla del Jarama, en un pequeño monte, una simple loma, un vulgar altozano, ridículo lugar para morir en él, para que tanta vida quedara enterrada allí, ese tosco otero que tenía un nombre que a Ethan, fuerte como los robles de América, le habría resultado impronunciable, El Pingarrón. ¿Te lo puedes creer, Eduardo? ¡El Pingarrón! Y fue él quien me dijo que no podía llamarme por mi

nombre verdadero, que no le salía, y decidió llamarme Gina, y a partir de ahí todo el mundo me llamó de esa forma.

—Es bonito —aseguré yo.

—Sí, es bonito. Él me lo puso. Ethan. «Te llamaré Gina, mi bella muchacha española, ¿te gusta? ¡Gina…! —me dijo él—. Como Gina, la marquesa de Sanseverina, fascinante como tú, la de *La cartuja de Parma*, me encanta Stendhal, ¿y a ti?». Y yo le dije que sí, que me gustaba Stendhal, que me gustaba muchísimo Stendhal, cómo no me iba a gustar, aunque no tenía ni puñetera idea de quién fuera ese tal Stendhal, pero qué más daba. ¿Tú sabes quién es Stendhal, mi pequeño fascista? Seguro que sí. Qué listo eres. Qué bien hablaste en mi juicio. Lástima que sea para nada, porque lo sabes, ¿verdad? Todo va a ser para nada.

Así era Clara, con esa inocencia que toda su culpa no podía borrar.

Otro día le pregunté por qué había dejado de acudir al bufete a partir de mediados del treinta y ocho, y una sombra de dolor oscureció sus facciones.

—No quiero hacerte daño, Eduardo —me contestó, trémula la voz—. Y tampoco quiero mentirte. Menos ahora, cuando tan poco tiempo nos queda.

—¿Por qué hablas así, Clara?

—¿Te acuerdas de la última vez que nos vimos, mi pequeño fascista?

—¿Cómo lo iba a olvidar, Clara?

—Recuerdo que te pedí que nunca me olvidaras, aunque nunca jamás volvieras a verme, ¿te acuerdas?

—Y nunca te he olvidado.

—Estaba preñada de ti, Eduardo.

Fue como un mazazo enorme en mitad de la cabeza. Y entonces ella continuó, sin mirarme, la voz monocorde, pero llena de dolor, como si vomitara un recuerdo que se le estaba convirtiendo en pus en el alma.

Y me contó que al día siguiente de dejarme, al día siguiente de esa última vez que estuvimos juntos, según tenía previsto, acudió al sanatorio de milicias de Chamberí, el antiguo hospital de

Maudes, que había sido incautado por las milicias populares al comienzo de la guerra, y allí se desprendió —«Abre las piernas, así, así, un poquito más, ahora este tubo, ¿te duele?, y ahora la jeringa, es un poquito grande, pero no te va a molestar, ya está, ¿lo ves?, ya está»— de la simiente convertida en feto que yo, Eduardo Peña, su pequeño fascista, sin saberlo, había implantado dentro de ella y que amenazaba con transformarse, de ella permitirlo, en un nuevo ser humano destinado a convertirse en un pelele en las garras del mundo. De ese mundo que no iba a cambiar, que iba a seguir como estaba. No, como estaba no, peor todavía, porque «Franco iba a ganar la guerra, los facciosos iban a derrotar a la República, Castellón cayó en junio, el Pirineo aragonés también, el frente de Teruel se resquebrajaba, la ofensiva del Ebro era un contraataque desesperado, todo iba a acabar en cualquier momento, y yo no estaba dispuesta a que un hijo mío viviera bajo las zarpas del fascismo. Tampoco estaba preparada para ser madre, la República me necesitaba sin mermas, y un embarazo lo era, para seguir contribuyendo a la defensa de Madrid, acabar con los quintacolumnistas, dar matarile a los presos que, desde sus celdas, continuaban llamando a la rebelión y a la resistencia a los valores republicanos dentro de la ciudad, y aunque no lo hicieran me cagaría en sus muertos igual, ellos se lo habían buscado, nadie les había obligado a ser fascistas y que arrearan con lo que les viniera».

—Y por eso dejé de ir a verte, ya lo sabes.

—Un hijo mío, Clara… Y lo… lo…

—Un hijo que no tenía sitio en este mundo, Eduardo. Como no lo había para ti ni para mí. Júrame que jamás hablarás con nadie de ese hijo que no nació. Que nunca hablaremos de él mientras yo siga viva. Y ahora cuéntame de Madrid, de España. Dime si es verdad lo que se rumorea por aquí. Que en el norte, en Asturias y por ahí, en el sur de Francia, aún hay focos de resistencia. Que no todo está perdido. —Estaba llorando a lágrima viva—. Dime que es verdad, dime que es verdad, Eduardo, amor mío, mi pequeño fascista… Dime que es verdad…

Y le dije que sí. Que era verdad. Y que jamás contaría a nadie

lo que ella me había revelado ese día. Y yo mismo intenté olvidar lo que me contó, aunque durante mucho tiempo, en mi cabeza, seguían resonando esas palabras que le dije: «Un hijo mío, un hijo mío…».

* * *

Por las tardes, veía a Marisa, quien, sabiendo que estaba pasando por unos momentos delicados, aunque sin saber exactamente a qué se debían, no me atosigó con preguntas. Solo me indicó, una tarde ventosa en la que la lluvia había dado un respiro y nos permitió pasear:

—Si quieres contarme algo, Eduardo, sabes que me tienes aquí. Para lo que quieras. Y sin reproches.

Porque ella sabía que había secretos en mi vida, como, he de suponer, los habría en las de todos. También en la de ella. «Pequeña virtud es guardar silencio sobre algunas cosas; mas hablar de lo que debiera callarse es culpa grave», había dejado escrito el poeta. Y ella tenía la suficiente inteligencia para saber que aún no era llegado el momento de preguntarme por esas cosas que yo callaba.

—Tal vez otro día, Marisa. Sí, otro día te hablaré de lo que ha ocurrido esta última semana, del juicio que he tenido, de lo duro que es afrontar una pena de muerte que sé que se va a dictar contra alguien que tal vez no sea culpable del todo.

—¿Se puede no ser culpable del todo, Eduardo? —me preguntó ella, apretándome la mano—. ¿Y se puede no ser inocente del todo?

—Tal vez no para la justicia, Marisa. Pero sí para la conciencia y la moral, de eso no tengas ninguna duda. También en la inocencia y en la culpabilidad hay matices, como en todo en la vida.

La sentencia del consejo de guerra contra Génesis Castillejo, alias Gina, alias la Leona de Mulet, también conocida como Clara, aunque solo para mí, su defensor militar, fue dictada el martes siguiente, seis días después del juicio. Extrañamente tarde, pero

igualmente inmisericorde. Fue de inmediato ratificada por la Auditoría de Guerra y notificada simultáneamente, y con expresión de su firmeza, a la defensa y a la acusada, que ya había sido puesta en capilla:

> *En Madrid, a 17 de diciembre de 1941. Reunido el consejo de guerra llamado a fallar el proceso formado contra la acusada Génesis Castillejo Manzanedo, en procedimiento sumarísimo número 21.456, seguido por delitos de asesinato con agravantes, habiéndose hecho relación por el juez instructor del resultado de autos; presente la acusada, oídas la defensa y acusación fiscal, el consejo declara que los hechos perseguidos constituyen veintiún delitos consumados de asesinato, que de los mismos es responsable la acusada Génesis Castillejo Manzanedo en concepto de autora, y en su virtud se le condena a la pena capital, accesoria de inhabilitación, responsabilidad civil de veinte mil pesetas para las familias de cada una de las víctimas y costas, sin abono del tiempo de prisión provisional, mandando que la pena impuesta se ejecute de inmediato, mediante fusilamiento y a la mayor brevedad, dado el carácter execrable de los hechos que motivan la condena, una vez confirmada la presente por la superioridad…*

En cuanto supe de la sentencia, no perdí ni un segundo en analizar sus pormenores. ¿Para qué? No había ni resultandos de hecho que desmenuzar ni fundamentos jurídicos que examinar ni cuestiones técnicas que dilucidar. Allí no había ningún alarde legal. Había simplemente la voluntad de condenar. Y sin posibilidad de recurso. Clara no era inocente, yo era consciente de eso en el fondo de mi corazón de jurista, pero… La justicia tiene que ser algo más que la aplicación implacable de la letra de la ley, pensé. La injusticia, aunque siempre sea mala, es execrable cuando se comete contra una mujer desventurada y atormentada como era ella, Clara, Gina, Génesis Castillejo, una niña violada durante años por su propio padre. ¿Era culpable? Sí, probablemente sí, no me lo podía negar. Pero ¿merecía morir? Nadie merece morir a manos de quienes tienen la posibilidad de ser clementes. Y ella menos que nadie. Me hundí, pero intenté salir del pozo en que la sentencia me sumió diciéndome que no tenía nada que reprocharme. La habrían condenado pasara lo que hubiese pasado en el juicio, aunque el mismísimo San Pedro hubiera bajado del cielo a interceder por

ella. Pensé en lo frágil que era la vida humana, que solo dependía de una firma en un papel. Pero tampoco tenía tiempo para esas disquisiciones ni para ninguna otra. Ni siquiera para lamentarme o enojarme. Sabía que todo se iba a precipitar. Esas letras, aunque resguardadas en fórmulas legales, únicamente destilaban odio, y sabía que el odio solía exigir prisas. Corrí a la cárcel de Ventas como si esta ardiese en llamas y en mis manos estuviese la última agua del mundo.

* * *

La capilla de la cárcel de Ventas se hallaba a escasos metros de la sala de identificación, que era el lugar donde los jueces notificaban a las presas las sentencias y les hacían firmar el correspondiente «enterado». Cuando llegué a la prisión no eran ni las seis de la tarde. Sin embargo, no fue hasta después de las siete que se me permitió acceder a la capilla, y si pude hacerlo, fue porque amenacé a todos cuantos pretendieron obstaculizar mi acceso y con todo cuanto se me ocurrió para que me permitieran verme con ella.

—Sigo siendo el defensor de esa mujer, y el Código de Justicia Militar me permite comunicarme con mis defendidos cada vez que lo considere necesario, y ahora lo es, ahora es necesario, más que nunca.

—Esa presa ya está en capilla, ha sido condenada, no sé qué hace usted aquí, debiera irse, teniente.

—No. Mo me voy a ir, ni lo sueñe. Llame usted al alcaide, o al Caudillo si le place, pero de aquí no me voy hasta que no me permitan verla, y no se le ocurra a usted ponerme la mano encima si no quiere tener mañana mismo una denuncia por atentado.

Al final, tras una hora larga de discusiones, me dejaron pasar. Estaba entonces la luz del lubricán cubriendo con un manto malva a Madrid.

La capilla era un espacio pequeño y oscuro, sin ventanas ni luz exterior. Una bombilla casi cegada por el polvo arrojaba una luz enfermiza y débil que apenas si podía con las sombras. Cuando logré que mis ojos se acostumbraran a la penumbra, vi a Clara

sentada en un rincón, en una silla de madera que cojeaba, bajo un crucifijo envuelto en la tiniebla en el que refulgía el paño blanco de pureza. Al lado del crucifijo logré entrever un retrato de Francisco Franco. Al fondo, dos guardianas, en cuyos rostros vislumbré una misericordia que no había leído en ninguna de las letras de la sentencia del tribunal, vigilaban a la presa. Y, sentados alrededor de esta, distinguí tres figuras vestidas con ropajes espesos, un sacerdote y dos monjas con el hábito blanco de las hermanas del Buen Pastor.

—¿Quiénes son ustedes? —pregunté, con rudeza en la voz—. ¿Qué hacen aquí?

Una de las figuras se levantó. Era un hombre de notable estatura. Las dos sores permanecieron sentadas, escondidos sus rostros por las telas profusas. El único movimiento era el de sus dedos, que desgranaban despaciosamente las cuentas de sus rosarios.

—Soy el padre Honorio, hijo —dijo el hombre, modulada la voz por muchas homilías, cuya sotana no ocultaba sus caderas y notable barriga—, capellán de Ventas. Estoy aquí para prestar socorro espiritual a esta pobre muchacha en estas horas tan tristes y para procurar la salvación de su alma. Acabo de llegar. ¿Quién eres tú, hijo?

—Eduardo Peña, teniente auditor. Soy el defensor de Cla… de Génesis Castillejo. ¿Quiénes son esas mujeres?

—La hermana sor María de los Ángeles del Santísimo Sacramento —respondió, señalando con un gesto laxo a la monja sentada más cerca— es una de las nueve hermanas que atienden a las presas en esta cárcel de Ventas. La acompaña una hermana novicia. Están aquí para rezar conmigo y porque siempre es bueno que las mujeres estén con mujeres, ¿me entiendes?

—Quiero que me dejen solo con mi cliente.

—¿Cómo dices? —preguntó el cura, confundido—. En estos momentos…

—En estos momentos quiero estar solo con ella.

—Eso no es posible —dijo una de las guardianas; su voz mujeril desentonaba con su cuerpo andrógino—. Solo no puede

estar usted con ella, lo siento mucho. Nosotras debemos estar presentes en todo momento y…, en fin…, los soldados —y dudó, como si en sus labios esas palabras supuraran sus consecuencias— están a punto de llegar.

—¡Ay, ay, Gina, Gina! —exclamó la segunda de las guardias—. ¡Esa dichosa CNT, mira dónde te ha traído!

—No te preocupes, Juana, estoy bien —declaró la miliciana, con una voz cogida con alfileres.

—Esta mujer —insistió el sacerdote— necesita el consuelo de la religión, nuestra presencia aquí es…

—Mire usted, padre —lo interrumpí, sin preocuparme de si mis maneras eran buenas o malas. La prisa no suele ser adecuada compañera de la urbanidad—, le agradezco sus preocupaciones, pero le insisto: le ruego que nos dejen solos, usted y esas hermanas. Y le aseguro que si mi cliente necesita en algún momento un consuelo espiritual que usted le pueda proporcionar, le haré llamar de inmediato.

—¿Es eso lo que quieres, hija? —se dirigió ahora el cura a Clara.

Ella levantó la mirada, la fijó en el cura, y fue entonces cuando me apercibí de que apenas si pestañeaba. Había una luz en sus ojos que parecía esclarecer las tinieblas de aquella aciaga capilla. En sus labios, mientras contemplaba fijamente al sacerdote, se posó un gesto parecido a una sonrisa efímera y alzó los hombros imperceptiblemente.

—Sí —dijo—. Eso es lo que quiero. Y vosotras, Juana, Inés, ¿no podríais…?

—Ya sabes que no, Gina —respondió la mayor de las funcionarias—, tenemos que estar aquí. Aunque, mira, lo que sí podemos hacer es irnos a un rincón, lo más lejos posible, y así… ¿me entiendes, Gina?

—Gracias, Juana.

—Y ahora, padre…

Aguardé a que el cura y las dos monjas abandonaran a regañadientes el oratorio y a que las dos guardianas se emboscaran en un rincón. Cogí una de las sillas que las religiosas habían dejado

libres y la acerqué a Clara. Me acomodé como pude en la frágil silla frente a ella, le tomé las manos. La vi tranquila, apaciguada. Busqué palabras en mi cerebro acostumbrado a usar el verbo, pero ¿qué se le dice a una mujer que está a punto de morir?

—Clara, yo…

Ella apretó mis manos.

—Ya lo sabes, ¿no?

—Sí, lo sé, Clara, por supuesto que sí, pero…

—No me mires de esa forma. Tampoco es tan grave, ¿no? La muerte…, en fin, suena así como que muy mal, muy… no sé, muy grave, muy definitivo, pero es algo que siempre estamos esperando, ¿verdad? La vida es muy corta y antes de que nos demos cuenta nos llega, la muerte, ya ves.

La muerte. Esa palabra rotunda y trágica resonó en mi cabeza como una pelota rebotando en las paredes de mi cerebro. «¿Cuántas muertes más serán necesarias para que nos demos cuenta de que nada se consigue matando? Con lo fácil que sería ahora, en España, implantar de verdad y definitivamente la paz».

—Me he acordado hoy de mi madre, Eduardo. Tampoco la quiero, ella pudo haber evitado lo que pasó, lo que mi padre me hacía —era la primera vez que hablaba de ello, yo la escuchaba estremecido—, porque ella sabía lo que pasaba cada noche en mi alcoba de niña. Pero en fin… He recordado antes sus palabras. Mi madre decía —continuó Clara, y ahora sus ojos tenían un brillo soñador, como si estuviese en otro lugar, o mirando algo diferente a las paredes húmedas y mal encaladas de la capilla de Ventas; hablábamos en voz muy baja, para que las funcionarias, arrinconadas voluntariamente, no nos pudieran oír— que lo malo no es morir, sino temer a la muerte. Y yo… ¿sabes qué?, no le tengo miedo. De verdad que no. Estoy tranquila, te lo juro. Y pienso que… Pero… pero ¿qué te pasa? ¡Ay, mi pequeño fascista!… ¿Estás llorando? ¿Por qué lloras, Eduardo?

Tragué saliva con todas mis fuerzas, intenté secar de un manotazo las lágrimas rebeldes de la comisura de los ojos.

—No sé qué hacer ni qué decirte —respondí, pretendiendo esbozar una sonrisa que se me apagó enseguida, aun antes de nacer

posiblemente. Las lágrimas, ajenas a aquel manotazo, recorrían mis mejillas y se me introducían en la boca mientras hablaba, saladas y espesas—. Me siento impotente…, inútil.

—No tienes que hacer nada, ni decirme nada. —Y apretó mis dedos con más fuerza—. Ya has hecho tanto… Solo quiero que me prometas una cosa.

—Lo que tú quieras.

—Que estarás conmigo hasta el final. Que no me dejarás morir sola.

—Pero, Clara, ¿cómo puedes pensar que…? Pues claro que estaré contigo hasta… en todo momento, no te voy a dejar sola ni un instante, por supuesto que no.

—¿Tú crees que me dolerá?

—¿Qué?

—Los tiros, las balas. ¿Me dolerán? Será una muerte rápida, ¿verdad, Eduardo?

—Ojalá pudiera yo cambiarme por ti, Clara. No lo dudaría ni un momento.

Mis lágrimas arreciaron, queda y silenciosamente, pero incontenibles. También ella lloraba, también calladamente. Me imaginé las balas de plomo horadando esa carne firme, esa carne capaz de dar todavía tanto placer y tanta vida, esa carne que había acogido, aunque solo fuera durante días, un hijo mío, y la furia me encendió el llanto. Era verdad: si hubiese podido cambiarme por ella ante el pelotón, lo habría hecho sin dudar ni un solo segundo.

Estuvimos hablando, callando y llorando durante muchos minutos. A las nueve le sirvieron la cena, un filete fino y nervudo con patatas aceitosas, la comida especial de los condenados a muerte, que Clara ni siquiera probó. Poco después, el capellán de la cárcel hizo un nuevo intento de llevar sus alivios espirituales a la mujer, que fueron rechazados con palabras tan suaves como rotundas.

—¿No se da usted cuenta de que solo él —y me señalaba— puede traerme consuelo? ¿No se da usted cuenta de que yo no puedo recibir alivio de quien lleva en la sotana bordados el yugo y las flechas? Por favor, señor, me queda muy poco tiempo, no me lo

robe, se lo ruego, váyase.

Y el cura se marchó, seguido por las dos monjas silentes, no sin antes dirigirme una mirada de sospecha.

—¿A qué hora crees que será, Eduardo? ¿Cuándo vendrán a por mí?

Eran casi las once de la noche cuando Clara me hizo esa pregunta. Sabía que los fusilamientos solían llevarse a cabo a la medianoche o en la madrugada. Todo era, pues, cuestión de horas, de minutos. Me pregunté qué pasaría por la cabeza de una persona sana al sentir la muerte tan inmediata, y me dije que lo más cruel de la muerte no era la muerte en sí misma, el que todo acabara, el que todo nos sea arrebatado, sino sus vísperas. Saber su momento exacto.

—No pienses en eso, Clara. No podemos descartar que ocurra algo a última hora, que se decida tu indulto, no sé, que te conmuten la pena, no podemos perder la esperanza.

—¿Qué crees que hay después de la muerte, Eduardo? ¿Crees de verdad que hay otra vida?

—No lo sé, Clara, no lo sé, pero si la hay, y si hay justicia en ella, esa otra vida tuya habrá de estar llena de cosas hermosas, de felicidad, de dicha, porque tú ya has sufrido bastante en esta vida.

A las doce en punto llegó el médico de la cárcel, que ofreció inyectar a la presa una dosis de morfina, que ella rehusó.

—No, no, no… No quiero que me duerman ni que me atonten. Quiero ver venir a la muerte, quiero recibirla de frente y bien despierta. ¡Oh, Eduardo, no puedo más! Diles que lo hagan ya, no puedo seguir esperando, viendo cómo el tiempo transcurre tan despacio, en este sinvivir. ¿A qué esperan? ¿A qué esperan estos malnacidos? ¡Quiero acabar ya con todo! ¡Diles que lo hagan ya, diles que lo hagan ya, te lo suplico!

El alcaide de Ventas y el subdirector, acompañados por dos funcionarias, bajaron a la capilla poco después. Comprobaron que todo estaba dispuesto y se marcharon.

—¿Me olvidarás, Eduardo? ¿O te acordarás de mí cuando muera?

—¿Cómo puedes preguntarme eso, Clara? ¡Nunca te olvidé, a

pesar de los años que pasaron! ¡Jamás podría olvidarte, aunque quisiera!

Y era verdad. Por años que transcurrieran, había cosas de la historia de ambos que jamás podría olvidar.

—No quiero morir. No quiero morir todavía, Eduardo.

La abracé para evitar que se derrumbara. Me daban igual las miradas asombradas de las guardianas. Busqué desesperadamente palabras que me fueron esquivas como insectos. Me repetí para mí lo que había pensado nada más llegar a la capilla: ¿qué se le puede decir a una persona que clama por no morir cuando la muerte es inmediata e inevitable? ¿Qué se le puede decir a una persona joven que reclama una muerte tempestiva? Fue en ese preciso instante cuando oímos los chirridos de los camiones y, poco después, los broncos sonidos de las botas de los soldados acercándose a la capilla de Ventas. El llanto de Clara se convirtió en un estremecimiento convulso.

—¡No quiero morir! ¡No quiero morir! ¡No los dejes! ¡No dejes que me lleven, Eduardo! ¡No dejes que me maten! —Y se agarraba a mí con desesperación—. ¡No quiero morir!

Ni mis brazos podían evitar sus sacudidas crispadas y temblorosas. Miré el reloj y vi que era la una en punto de la madrugada. Seis soldados con un capitán al frente irrumpieron en la estancia.

—Es la hora —dijo el oficial.

—Denos un segundo —rogué.

—¿Teniente auditor? ¿Qué hace usted aquí?

—Soy el abogado de esta mujer. Denos un segundo —insistí, mirando de frente los ojos extrañados del capitán, que dio un par de pasos atrás.

—Un minuto, no más. No podemos demorarnos, teniente, está todo preparado.

—Clara, Clara, óyeme. —Y la separé de mí, buscando sus ojos, empapados en lágrimas. Yo lloraba sordamente. Ella se me agarraba como el niño al pecho de la madre—. Clara, óyeme, óyeme, te lo suplico. Tienes que ser fuerte. No puedes dejar que te vean así. Tienes que ser fuerte. Ya verás como todo pasa enseguida.

Yo estaré a tu lado, no pienses en nada, solo en lo que has sido y en lo que eres, nadie podrá arrebatarte eso.

—Bien, es suficiente —ordenó el capitán, haciendo una seña a dos soldados, que se acercaron a la miliciana. Pareció como si un peso enorme se hubiese abatido sobre ella, pues dejó caer hombros y pestañas y todo en su cuerpo rezumó derrota y resignación.

Los soldados ataron las manos de Clara y la pusieron en pie, sosteniéndola por los brazos, pues amenazaba con caerse. En ese instante, entraron de nuevo en la capilla el cura y las dos monjas del Buen Pastor, que no se resistían a llevar a cabo sus funciones, revestido con una estola el primero, desgranando las cuentas de los rosarios las segundas.

—Señor Jesucristo, en tus manos pongo a esta mujer —recitaba el capellán mientras bendecía a la presa haciendo con sus manos la señal de la cruz—, que pronto dejará este mundo. Acógela en tu hogar eterno, perdona todos sus pecados para que pueda contemplarte cara a cara y disfrutar por siempre de tu amor. Virgen María, ángeles y santos, salid a su encuentro cuando…

—¡Dile que se calle, Eduardo, dile que se calle!

—¡Cállese, hombre, por Dios! ¿No se da cuenta usted de que…?

—¡Silencio! —rugió el capitán, y dirigiéndose a mí—: No es normal que esté usted aquí, teniente. Y… y de esta manera. Debería usted marcharse.

—Soy el defensor de esta mujer. Y voy a estar con ella hasta el final.

—No va a ser agradable, pero como usted quiera. Vamos.

Llegamos a las afueras de la prisión, donde un camión militar, un Chevrolet 1937, aguardaba. Al menos dos docenas de soldados se acomodaban en la caja, adonde hicieron subir a la miliciana. Y al menos otros quince o veinte soldados más, junto a varios falangistas, contenían a un grupo de familiares de presos que se agolpaban en las inmediaciones. Nadie sabía cuándo iba a ser fusilada su madre, su hija o su hermana, pero, por si acaso, cada madrugada acudían a la prisión de Ventas para ver si podían cruzar una última mirada, unas últimas palabras, con sus seres

queridos. Hoy, por lo que se veía, solo a Génesis Castillejo le había llegado el turno de morir. Y a ella no la esperaba nadie.

—¿Está usted seguro de que quiere ver esto, teniente?

—Sí.

—Pues venga conmigo.

Subí junto con el capitán a la parte de atrás de un auto, un Lancia en el que emprendimos la marcha, que abrían dos motocicletas italianas Gilera. La noche era fría, pero sin nubes ni lluvia, estrellada, y el aire era limpio y la luna lucía trágica y redonda en el cielo negro. Era una noche para gozar, para amar y no para morir.

—¿Adónde vamos?

—Al cementerio del Este, aquí al lado, llegaremos enseguida.

Tardamos menos de cinco minutos en llegar junto a las tapias del camposanto, donde ya esperaban otros vehículos militares cuyos faros iluminaban el lugar. Hicieron descender a Clara de la caja del camión y, cuando pudo ver dónde se encontraba, una vez dejó de ser deslumbrada por los faros de los autos y camiones, se derrumbó, cayó al suelo como si un rayo la hubiese alcanzado. Intenté acudir en su ayuda, pero un par de soldados me lo impidió, cruzando ante mí sus fusiles.

—Dejadme, soy su defensor.

—Teniente —me indicó el capitán—, ya no puede hacer usted nada por ella. No estorbe, se lo ruego. Bastante he hecho con permitirle que nos acompañe.

Condujeron a Clara hasta la tapia del cementerio, donde otras siete personas, cinco hombres y dos mujeres, llegados desde otras prisiones madrileñas, aguardaban el momento de su ejecución. La incorporaron a la fila de condenados, junto a las otras dos mujeres. Obligaron a todos los condenados a darse la vuelta, a ponerse de cara a la tapia. Mientras tanto, otro capitán daba las instrucciones para formar el pelotón. Fue entonces cuando yo, que tenía la vista clavada en Clara, a la que la otra condenada ayudaba a sostenerse en pie, me apercibí de que uno de los presos, un hombre achaparrado con una boina de paño, forcejeaba con un soldado.

—¿Y me vais a matar por la espalda, cabrones? —gritaba el

hombre, mientras se debatía—. ¡De frente, dejadme que me ponga de frente! ¡Que yo vea bien vuestras caras y cómo matáis a un inocente!

El forcejeo cesó cuando el soldado propinó un culatazo en la cabeza del hombre, que cayó al suelo como un fardo. Otros dos soldados se apresuraron a ponerlo en pie, contra la tapia, de espaldas al pelotón, derramado como un desprendimiento. Se oían llantos de mujer y frases sueltas, protestas tal vez, o súplicas, que desde la distancia no pude entender.

De pronto, un silencio sepulcral se hizo en el lugar cuando se oyeron los chasquidos de los fusiles al ser amartillados por los soldados que formaban el pelotón. Durante al menos un minuto, pareció que el mundo se hubiese detenido. La voz potente de un cura quebró ese silencio fantasmal.

—¡Oh, Dios, creador y redentor de todos los hombres, concede a las almas de tus siervos la redención de todos sus pecados para que, por las humildes súplicas de la Iglesia, alcancen el perdón que siempre han deseado! ¡Por Nuestro Señor Jesucristo, amén!

—Amén —se oyó rubricar a varios soldados.

Después, muy brevemente, un capitán auditor leyó los fallos de las sentencias de los condenados.

—¡Ya vendrán quienes vengarán nuestra muerte! —se oyó decir a uno de los convictos.

—¡Pues yo quiero morir mirándoos a la cara, hijos de puta! —dijo otro, girándose y enfrentando a los soldados que empuñaban los fusiles.

—¡Pelotón, un paso al frente! —ordenó el capitán que mandaba a los soldados, alzando el sable—. ¡Preparados!

—¡Viva la República!

—¡Muchachos —gritó otro de los presos, dirigiéndose a los soldados, muchos de ellos jovenzuelos imberbes en cuyos brazos los fusiles temblaban—, vais a matar a unos pobres proletarios!

—¡Apunten!

—¡No, no quiero morir!

—¡Viva la República! ¡Viva el comunismo libertario!

—¡Fuego!

El sonido de las descargas atronó formidable en la noche de Madrid. Su eco pareció escalar las tapias del cementerio y rebotar contra las tumbas. Sin embargo, ya fuera por impericia o porque la impresión del momento había afectado sobremanera sus pulsos, la puntería de los soldados fue pésima: de los ocho condenados que se alineaban contra la tapia del camposanto, dos aún seguían de pie y otros tres aullaban de dolor revolcándose por la tierra. Había visto que Clara, antes de oír los disparos, había caído al suelo, desmayada tal vez, y una bala, que en otras circunstancias posiblemente le habría atinado en la pantorrilla en el mejor de los casos, explotó contra su nuca, provocando una cascada de sangre y sesos que tiñó de rojo la tapia enjalbegada. Y quedó tendida sobre la tierra como una muñeca desmadejada. Inanimada, exánime. Abrí los labios para gritar, pero de mi boca no salió sonido alguno. Estuve a punto de echar a correr hacia ella, pero el brazo del capitán que me había traído me detuvo.

—Conténgase, teniente. Ya todo es inútil. Y esto no ha acabado todavía.

Sentí cómo las lágrimas se mezclaban con el sudor, que me empapaba el uniforme, a pesar del frío. Un mareo súbito estuvo a punto de hacer que perdiera el equilibrio. Creí hallarme en otra dimensión, o en un mundo infernal, asistiendo a un espectáculo espectral, inhumano.

—¡Apunten!

La voz de capitán se mezcló con los aullidos de dolor de algunos de los reos, que se retorcían heridos sobre la hierba.

—¡Fuego!

Y de nuevo las descargas, implacables, atronadoras, inmisericordes. De los dos reos que aún quedaban en pie, uno se derrumbó, herido de muerte. Al segundo, los disparos lo hirieron en las piernas, y quedó arrodillado, gritando.

—¡Padre, que no me tiren más! —chillaba—. ¡Que no me tiren más! ¡Que esto duele mucho, padre, que esto duele mucho!

—¡Apunten! ¡Fuego!

Tras la tercera descarga, todos los cuerpos quedaron

inmóviles, tendidos sobre la hierba, desparramados. El capitán que mandaba el pelotón envainó el sable, desenfundó la pistola, se acercó a la tapia y, uno por uno, fue rematando con el tiro de gracia en la cabeza a los caídos. También disparó sobre Clara, a pesar de que ya era cadáver. Vi cómo su cuerpo botaba tras el disparo.

El cura se acercó luego para rezar junto a los cuerpos inertes. Se oyó a uno de los soldados que había formado en el pelotón de fusilamiento vomitar ruidosamente junto a un árbol.

Después, solo quedó muerte y silencio.

* * *

No me permitieron acercarme a su cadáver. Tampoco insistí: no quería recordar su cuerpo lleno de sangre y de balazos, quería recordarla como ella era, vital, brava, pura porfía. Varios operarios del cementerio cargaron los cadáveres en un carro para enterrarlos, anónimos e ignotos, en una fosa común. Me daba igual adónde la llevaran, ella siempre estaría dentro de mí, en mi memoria y en mi corazón. El cuerpo no es más que polvo que debe reposar en el polvo, y el polvo es igual en todas partes.

—¿Quiere que lo lleve? —me ofreció el capitán.

—No, gracias, volveré andando.

—Venga conmigo, teniente, no sea estúpido. No es día ni hora para andar solo por Madrid. Y hace frío. Venga, suba.

Accedí. Estaba exhausto, me temblaba hasta la última de las células, sentía la boca tan seca como si hubiese comido tierra.

—¿Dónde quiere que lo deje?

—Vivo en la calle del Arenal. Si me deja en la Puerta del Sol, me viene bien. O donde le venga mejor.

—Claro. ¿Quiere que antes paremos en algún sitio y tomemos algo? ¿Un coñac o algo más fuerte? Le sentará bien.

—No, gracias.

—¿Ha sido su primera vez? —me preguntó el capitán cuando circulábamos por la calle O‘Donnell.

—¿Mi primera vez?

—La ejecución, el pelotón de fusilamiento, ya sabe…

Asentí, mirando dificultosamente por la ventanilla del Lancia. Madrid, a esas horas, estaba desierto, dormido, ajeno al drama que se había vivido en sus entrañas. La frialdad de la noche empañaba los cristales del auto.

—¿Quién era ella? La mujer…

Giré la cabeza y enfrenté la mirada del capitán. Vi que solo había interés en ella, y que era limpia, franca.

—¿Le puedo hacer una pregunta, capitán? —Y ante el silencio del soldado, proseguí—: ¿Cómo puede usted acostumbrarse a esto? ¿Cómo puede usted dormir hoy después de lo que hemos vivido?

El oficial miró a su vez por la ventanilla de su lado mientras se encogía de hombros.

—A todo se acostumbra uno, teniente. Los tiempos que corren… Nos dan órdenes y hay que cumplirlas. De nada me vale hacerme preguntas. Ya ve usted, ¿para qué? —Sacó un paquete de tabaco y me ofreció uno, que rehusé. Extrajo un cigarrillo y lo encendió. Aspiró y espiró el humo con serenidad—. ¿Y usted?… Sí, ya sé, era el defensor de esa mujer, pero… no me diga que era solamente eso…

—Bueno… Qué más da. Era… una vieja amiga. Sí. Una vieja amiga.

—Ya. ¿Qué hizo?

—Perder la guerra, capitán. ¿Le parece poco?

Quedamos en silencio, contemplando ambos las calles silenciosas de Madrid, la calle de Alcalá, la plaza de la Independencia, la noche que en otros momentos habría sido propicia a la charla y que hoy era árida e inclemente.

—Qué desperdicio —comenté en voz baja, como para mí mismo, cuando ya nos acercábamos a la Puerta del Sol.

—¿Cómo dice, teniente?

—Tantas vidas humanas desperdiciadas, tanta muerte, capitán, y… ¿en nombre de qué? ¿De la victoria? ¿De la paz?… Me preguntaba… ¿No piensa usted que ya es momento de parar?

El oficial volvió a encender un cigarrillo. Tardó unos segundos en contestar.

—La guerra, teniente —contestó al fin—, solo acaba para quienes la pierden. Solo los muertos disfrutan del final de la guerra. Así que no se entristezca, su amiga ya está en paz. En cambio, a nosotros, me temo, aún nos queda mucha guerra por librar, tanta como tumbas queden vacías esperando el cadáver cuyo nombre llevan en sus lápidas.

34

«… todo eso era ella»

—¿Llegaste alguna vez a quererla?

Al fin, había tenido que hablarle a Marisa de Clara, la miliciana.

Había llegado el momento de desnudar secretos.

Nuestra relación era ahora… ¿Cómo definirla?… Sosegada, serena, agradable, teníamos la ilusión puesta en el día de nuestra boda, para la que ya faltaba cada vez menos, apenas unos meses una vez que diéramos la bienvenida a 1942. Y estábamos seguros de que, una vez casados, seríamos capaces de alcanzar la felicidad, esa felicidad que acariciábamos cada día y que la guerra asoló. Estábamos a gusto el uno con el otro, los problemas que la huida de Marisa de Madrid durante la guerra habían provocado en nuestra relación y los que su padre, de vez en cuando, como un nubarrón aislado y negro que descargara una lluvia intempestiva, nos deparaba, ya habían quedado atrás. Éramos capaces de afrontar cualquier dificultad que se nos interpusiera. Éramos, a ojos de todos, una pareja más de las muchas que se dejaban ver en la ciudad, un par de jóvenes que sonreían, que de vez en cuando caminaban cogidos del brazo, que disfrutaban cuanto se podía disfrutar en Madrid en aquellos tiempos. Nos veíamos casi todas las noches, cuando Marisa cerraba la tienda de moda que había abierto en la calle Villanueva, casi en la esquina con Velázquez, cerca del hotel Wellington —que durante la guerra había sido el cuartel de mando del general Miaja— y a unos pasos del Frontón Recoletos. Paseábamos mucho, a pesar del frío de esos días en que Madrid se preparaba para celebrar la Navidad. Diciembre ya reinaba en el calendario y Madrid se disponía, a pesar de las

penurias, a celebrar la fiesta durante tanto tiempo prohibida. Algunos escaparates se adornaban con coronas de laurel y pequeños portalitos. Muchas familias, en sus casas, ideaban las figuras del belén de la más variopinta manera: trozos de madera se vestían con trapitos y barbas de algodón, coronas de cartón, montañas de papel, casitas de cartulina y el río con un cristal sobre el que ponían figurillas de papel a las que daban forma de patos, gallinas, corderos…; se hacían caballitos para los Reyes Magos con patatas a las que clavaban palillos a modo de patas, se alfombraba de hierba verde la tapa de la cómoda más alta de la casa para allí colocar el nacimiento.

Nos gustaba pasear al frío de Madrid y contemplar esos preparativos. Era como si necesitáramos que el frío abriera nuestros poros y purificara nuestra piel: yo, de la humedad pegajosa de los juzgados y del ambiente pútrido de las cárceles; ella, de la atmósfera opresiva de su casa. Íbamos también mucho al cine, al menos dos veces por semana. Recuerdo que ese día, o el anterior, habíamos visto *La fiera de mi niña*, con Cary Grant y Katharine Hepburn, en el cine Callao. También acudíamos, aunque menos, al teatro, porque lo que se daba era sobre todo comedia fácil; la última obra que habíamos visto fue *Celedonio se divierte*, de Francisco Prada e Ignacio Iquino, y protagonizada por López Somoza, en el teatro Fontalba; de ella había dejado escrito un crítico del *Arriba*, que la había calificado como «hedionda estupidez», que «obras como esta son para que rían toda clase de *Celedonios*. Siguen siendo un obstáculo enorme para la depuración del gusto del público». Solíamos cenar en cafés y restaurantes, sobre todo en estos últimos, en Casa Botín, en Los Galayos, en Lhardy de vez en cuando, cuando el presupuesto alcanzaba… Una vez fuimos a Horcher, pero estaba lleno de oficiales alemanes y ya no volvimos. De los cafés clásicos cada vez quedaban menos en Madrid —Franco los consideraba «nidos de rojos»—, y cada vez proliferaban más las cafeterías americanas. Hablábamos de todo, aunque yo, desde aquel día en que me pidió que no le hablara más de ellos, rara vez le contaba a Marisa mis problemas en los juzgados y mis juicios; ella, a cambio, no me mencionaba las

discusiones con su padre por causa de nuestro noviazgo y nuestra decisión de casarnos. Discusiones de las que todo indicaba que había salido victoriosa.

Nos hallábamos sentados en un café, un sábado, pocos días después de aquella noche infausta en el cementerio del Este. Aunque durante los días previos al juicio apenas si nos habíamos visto, Marisa, en las pocas ocasiones en que quedamos, enseguida fue consciente de que ese proceso me estaba afectando más que ningún otro, pero no quiso presionarme ni preguntarme el motivo de mis preocupaciones. Sin embargo, esa tarde, Marisa me había visto derrumbarme, me había visto tragarme las lágrimas como si fueran granos de sal, mientras paseábamos por Recoletos. Yo le quité importancia a esas lágrimas apenas contenidas.

—Es la presión que llevo encima, Marisa, saber que de uno dependen las vidas de otras personas, no es nada fácil, es una carga demasiado pesada, es eso, no es otra cosa, te lo aseguro. —Ella no dijo nada, me apretó más fuerte la mano y seguimos caminando—. También creo que me van a expedientar de nuevo, Marisa —le confesé.

—¿Y qué te puede pasar?

—Creo que me van a suspender otra vez de sueldo. De sueldo nada más. Según me ha dicho el juez Santapola, no solo no pueden prescindir de defensores, sino que hay quien en las alturas piensa que no es malo que un teniente auditor, aunque sea uno nada más, ponga empeño en defender a los rojos. Saben que no van a servir para nada, esos empeños, claro. Así que…

—No te preocupes, saldremos adelante.

—Claro.

—¿Y es por eso que andas tan cabizbajo, Eduardo?

—Ya ves.

—Bueno, pero ten cuidado a partir de ahora. Bien sabes que la paciencia de los militares no es un bien inagotable.

—Lo sé, pero voy a seguir como hasta hoy, Marisa. No estaría en paz conmigo mismo si ahora me dejara amilanar por un maldito expediente. Voy a seguir defendiendo a mis presos con todas mis energías. Palomares, ahí donde lo ves, aunque me sigue regañando,

está dando pasitos adelante, a lo mejor sin que él mismo se dé cuenta, y es más firme en sus exposiciones, no se arredra ante los jueces. También sé que hay un par o tres de defensores que son competentes. Y pronto seremos más. Diez, quince, veinte, cien…, quién sabe. Y a lo mejor, algún día, todo esto, Marisa, se acaba, y por fin podemos decir que se ha hecho la paz.

Ese propósito me dio fuerzas, pero luego, poco después, sentados en el café de la plaza de Santa Ana, pensando en que, si la paz llegaba, iba a ser tarde para Clara, había vuelto a derrumbarme y se lo había contado todo, como quien vomitaba bilis. Tenía que hacerlo, necesitaba hacerlo. Si en verdad me iba a casar con ella, tenía que hablarle de Clara e impedir que su recuerdo se pudriese en mi alma y se convirtiera en pus. Y que ese pus infestara todo lo bueno que había entre nosotros. Le había hablado de aquella mañana de octubre de 1937, de mi encuentro con el piquete anarquista mientras deambulaba por la Gran Vía leyendo *El Liberal*, de la visita de ella después al bufete, mientras despachaba con doña Tina, y de lo que ocurrió cuando la anciana se hubo ido. Y de lo que ocurrió muchos otros días, muchas otras mañanas, muchas otras tardes, hasta que un día de agosto del año treinta y ocho Clara dejó de buenas a primeras de acudir a nuestras citas furtivas. No entré en detalles de nuestros encuentros, claro. Tampoco le mencioné su embarazo, eso era algo de lo que yo mismo quería olvidarme, era un dolor insoportable, saber que había segado una vida que yo mismo había contribuido a crear. Sí le conté cómo me la había encontrado después, presa en la cárcel de Ventas. Aunque ella no me lo pidió, intenté justificar mi relación con la miliciana con palabras que a ambos se nos antojaron triviales, tan inconsistentes como el humo de un cigarrillo. «Tú no estabas, Marisa, te habías ido, no sabía nada de ti y pensaba que te había perdido para siempre, que esa maldita guerra no iba a acabar nunca, que ya no volvería a verte». Y fue entonces cuando ella, Marisa, intentando mantener la compostura, queriendo ocultar el dolor que aquella confesión le había causado, y no porque hubiese habido otra mujer, sino porque intuyó la importancia en mi vida de esa mujer, rogando para que su voz

sonara firme, me hizo, a bocajarro, como un disparo, como si fuera la Máuser, aquella interpelación:

—¿Llegaste alguna vez a quererla?

Apuré mi café, buscando tiempo para responder a esa pregunta que yo mismo me había hecho decenas de veces sin hallar respuesta. Porque… ¿querer? ¿Qué es en verdad querer? Shakespeare, de quien tanto había leído, había dejado escrito que el amor no prospera en corazones que se amedrentan de las sombras. ¿Y qué había sido, sino sombra, pura sombra, lo mío con Clara, Gina, Génesis? Ni su nombre real había sabido hasta que no leí su expediente en el locutorio de Ventas. Y Galdós, mi otro escritor favorito, había dicho que el verdadero amor, el sólido y durable, nace del trato. Y entre aquella miliciana y yo el trato había sido fuego, pero no agua que fluye; había sido explosión, pero no intimidad.

No. No me era fácil expresar con palabras ni lo que Clara había significado en mi vida ni lo que era vivir en una ciudad sitiada y en guerra como Madrid en aquellos años.

—En la guerra, Marisa, en aquellos tiempos, todo era pura incertidumbre. —Y me acordé de las palabras que Charo Velarde me había dicho cuando fui a verla intempestivamente después de salir de Porlier—. Cuando te acostabas por la noche, no sabías si a la mañana siguiente ibas a seguir viviendo o si una bomba iba a convertir en escombros tu alcoba, tu casa. Cuando andabas por la calle, no sabías si una bala perdida iba a acabar con tu vida. Cuando amanecías, no sabías lo que te iba a deparar el día, si la oportunidad de seguir viviendo un día más o la destrucción en cualquiera de sus formas: una esquirla de metralla, un bombardeo, un bloque que se derrumbaba, una denuncia, un piquete anarquista… Todo era zozobra, inseguridad. Estaba solo, además. Figúrate tú entonces lo que supuso tener a alguien que era capaz de darte todo aquello que anhelabas: una cierta certeza, calidez, fuego, sentirte vivo. ¡Sentirte vivo, Marisa! Eso era lo que queríamos en Madrid durante la guerra. Y tú no estabas. Si tú hubieras estado… —Guardé silencio durante unos instantes. Me embebí en recuerdos de Clara en aquellos días tórridos—. Y eso era

lo que ella consiguió: que me sintiera vivo, tener un aliciente para seguir viviendo, más allá de la rutina de la casa y del bufete, sin ningún puerto concreto hacia el que remar. Pero ¿quererla? ¿Quererla en el sentido que tú y yo damos a esa palabra? —Clavé mis ojos en los ojos claros de Marisa, con toda la profundidad que pude, para que ella supiera que le estaba diciendo la verdad y la viera en el fondo de mis pupilas—. No, seguramente no. Lo que yo sentía por Clara no era amor. Era otra cosa, Marisa. Era, no te me enfades, deseo, necesidad, ansias de tener junto a mí a otro ser humano, de palpar su entrega, de sentirlo fundirse conmigo. Pero… pero nada más. Te lo aseguro: nada más. O, al menos, no tuvimos tiempo para que hubiera algo más. De haberlo habido, no sé… Para qué pensar en eso, ya no tiene importancia. Y luego, cuando la encontré presa, fue como ver hecho ruinas el edificio que te había cobijado. Fue como ver marchitarse el árbol que te había dado sombra y refugio. Fue como oír la súplica de quien había atendido todos tus ruegos. Y supe que tenía que darlo todo por ella. Y eso hice. O, al menos, eso intenté hacer. Aunque, ya ves, no ha servido para mucho.

—¿Cómo era, Eduardo? Ella, Génesis, o Clara, como tú la llamabas. La miliciana.

Sonreí con cierta tristeza.

—Era todo lo contrario que yo. Era todo lo contrario que nosotros. Era perdición y al mismo tiempo certidumbre. Era maldad y al mismo tiempo una bondad infinita. Era bravura y al mismo tiempo una debilidad sin límites. —Me sentí la boca seca, me llevé a los labios la taza de café, pero solo hallé posos amargos —. Ella era el odio que anidaba en sus entrañas por la agresión de que había sido objeto de manos de su propio padre, ella era la maldad que ese monstruo le había inoculado. Pero también era buena, yo estoy convencido de que jamás hizo daño a nadie pudiendo evitarlo. Todo eso era ella, una pura contradicción. Y, además, ella era aquello en lo que la guerra convirtió a tantos españoles: extremo e intolerancia, fanatismo y violencia. Y de estos los ha habido, aún los hay, en un bando y en otro. El problema, Marisa, es que, en vez de intentar rescatar cuanto de bueno hay en

esas personas, que lo hay, para a partir de ahí cimentar la reconciliación de España, pensamos que son alimañas a las que hay que dar primero caza y luego muerte. Y de esta forma estamos consiguiendo que la guerra jamás acabe. —Hice una pausa. Todo en mí rezumaba dolor—. Ella era —concluí— como España, como esta tierra nuestra, grandeza y miseria al mismo tiempo, nobleza y ruindad, gloria y ruina… Todo eso era ella, Marisa.

Epílogo

—Vaya susto que me he llevado hoy, Eduardo.

El teniente Palomares apareció por mi cubículo en el juzgado una mañana de enero del cuarenta y dos.

—¿Qué ocurre?

—Pues que me acaban de mandar la nueva remesa de sumarios y por unos instantes me he temido lo peor.

—¿Lo peor?

—Sí, lo peor.

—Pues como no te expliques…

—Ya sabes que desde hace algún tiempo se viene rumoreando que desde la Auditoría de Guerra te va a llegar la apertura de un nuevo expediente disciplinario, cuando no la denuncia por sabe Dios qué delito. En fin, que el tema está en boca de todos y dicen que los altos jefes ya han perdido la paciencia contigo. Y es que te lo he dicho muchas veces, joder, Eduardo, que está bien que intentes defender a tus presos con uñas y dientes, que pelees como un jabato en los consejos de guerra y todo eso, yo también intento hacerlo, y cada vez más, pero resulta que lo que tú haces es buscar las cosquillas a los jefes y te la estás jugando. Eso del abogado de rojos y toda la parafernalia, ya me entiendes, y a saber dónde va a acabar la cosa…

—Ve al grano, Palomares. Y para tu información, ya conozco lo del expediente disciplinario. Santapola me lo ha adelantado. También me ha dicho que todo quedará en suspensión de sueldo y nada más. Como la otra vez. Así que no tienes por qué preocuparte.

—Yo tampoco quiero que te preocupes, pero lo de la suspensión de empleo era antes. Ahora se rumorea la apertura de un procedimiento penal, Eduardo.

—Me da igual. Que hagan lo que quieran. ¿Qué era lo que ibas a decirme?

—Perdona. Lo que te decía es que esta mañana me ha llegado el auto de apertura de un proceso contra un tal Peña, por delito de auxilio a la rebelión, y por un momento, fíjate qué susto, he pensado que podrías ser tú, Eduardo, ya ves, pero no, qué va, era otro Peña. Al fin y al cabo, tu apellido es bastante corrientito, ¿no?

—¿Quién?

* * *

En el locutorio de la cárcel de Atocha, donde el olor a zotal lo invadía todo, hacía un frío insoportable que brotaba del suelo de cemento, como si bajo él se hallase un mar helado. Pese al frío, yo estaba acalorado, pero mis manos temblaban de la misma forma que cuando, dos días antes, había oído al teniente Palomares citar el nombre y el apellido del preso cuya defensa le había sido encomendada. Agarraba con fuerza el bolígrafo de baquelita que Marisa me había regalado como si, más que un instrumento para escribir, fuese un cayado en el que sostenerme y con el que controlar mis temblores. Me tuve que contener, y poner en ello toda mi voluntad y empeño, para no salir corriendo y escapar de ese locutorio y del encuentro que debía afrontar. «No tiene sentido huir, Eduardo —me decía, mientras aguardaba a que me trajeran al preso al que estaba esperando—, contrólate, coño. Tienes que enfrentarte a quien va a aparecer por detrás de las rejas en cualquier momento, es la única manera que tienes de enfrentarte a tu pasado, del que posiblemente también pueda depender tu futuro». Así que, en un supremo esfuerzo de voluntad, permanecí sentado en aquella silla que también, como todo allí, olía a zotal.

Oí que al otro lado del locutorio rechinaban los cerrojos.

Crac, cric, crac, crac…

Los temblores se me agudizaron y a punto estuve de quebrar la baquelita de fuerte que agarraba el bolígrafo.

Crac, cric, crac, crac…

Vi que la puerta del locutorio, al otro lado de la reja, se abría

y que por el hueco aparecía la cabeza calva de un funcionario de prisiones que me miraba con curiosidad y, tras el escrutinio, leía un papel que llevaba en las manos.

—¿Teniente Eduardo Peña?

—Sí.

El guardia se encogió de hombros, como queriendo amansar su extrañeza, que era al mismo tiempo diversión. Entró en el locutorio, se hizo a un lado y mantuvo la puerta metálica abierta para que entrara el preso al que escoltaba.

—Gervasio Peña. Qué casualidad, ¿no? —anunció. Y se fue después, cerrando la puerta a sus espaldas, con una sonrisa malévola en los labios.

Fijé la mirada en el preso.

Allí estaba.

No quedaba en él ni uno solo de los trazos que conformaban el dibujo difuso de su recuerdo. Su cabello, que entonces era negro y terso y que peinaba hacia atrás con brillantina, había desaparecido casi por completo, y solo le quedaba, alrededor del cráneo lleno de manchas pardas, una aureola estrecha de cabello ralo y gris. El brillo de sus ojos oscuros, que en aquellos años era orgulloso y altivo, se había apagado como una hoguera bajo la lluvia y ahora parecían dos bolas pequeñas y mates, agobiadas por los párpados, que se desparramaban sobre ellas. Hasta su altura parecía haber menguado, y el hombre alto y poderoso que yo conservaba en mi memoria de niño se había convertido en un anciano en el que el peso del dolor era más fuerte que el de los años.

¿Qué edad tendría? Hice cálculos. Hacía más o menos veintidós años que se había marchado. Entonces… sí. Sesenta y pocos. Tendría sesenta y pocos. Y, a pesar de eso, cómo estaba. Qué viejo se lo veía.

Sin embargo, no había duda, era él.

Ahí estaba.

Después de tantos años.

Mi padre.

* * *

—Te habría reconocido aunque no hubiera oído tu nombre en labios del guardia, Eduardo.

Tampoco su voz era la que recordaba. Aquella voz clara y potente, de abogado acostumbrado a hablar en el foro, ¿qué había sido de ella? Ahora era una voz cascada, como si las cuerdas vocales hubiesen perdido su timbre, su tersura.

—¿Cómo estás? —Se había sentado con esfuerzo en la silla al otro lado de la reja. Vestía una camisa celeste vieja y roñosa bajo un chaquetón con forro de lana y unos pantalones de tela gruesa que ni aun así le aliviarían del frío de la prisión—. Gracias por venir a verme. ¿Cómo… cómo has sabido de mí, hijo?

Lo miré muy fijamente. Muy serenamente. Deseé no sentirme como me sentía. Habría querido que la rabia me hiciera hervir la saliva. Habría deseado que la furia me nublara los ojos. «¿Cómo te atreves a llamarme así, hijo, si fuiste capaz de abandonarme cuando no era más que un crío?». Sin embargo, ahora me sentía extrañamente tranquilo, aquellos temblores habían desaparecido, no experimentaba ni cólera ni furia, únicamente un raro sentimiento que se aproximaba, y mucho más de lo que yo habría querido, a la compasión.

—Bien —respondí a la primera pregunta de mi padre, con la voz neutra.

—Tu madre, ¿cómo está?

—Bien.

—Entiendo que estés enfadado conmigo, hijo…

—No deberías llamarme hijo, renunciaste a eso cuando te fuiste.

Y un ramalazo de dolor traspasó su mirada ensombrecida.

—Sí, lo entiendo, lo entiendo perfectamente. Entiendo que estés disgustado, que estés furioso, yo…

—No estoy ni una cosa ni la otra. Ya te he dicho que estoy bien.

—De acuerdo, de acuerdo, Eduardo, está bien. ¿Cómo… cómo has sabido de mí?

—Trabajo como jurídico militar —dije, señalándome con un gesto impreciso el uniforme—. Un compañero auditor me habló de que se había encontrado con nuestro apellido en un expediente y pensó que se trataba de mí. Es una larga historia. Luego supe que ese proceso se refería a ti.

—Lo siento… No sabes cuánto lo siento.

—¿Y qué es lo que sientes, si puede saberse? ¿Estar aquí? ¿Habernos abandonado?

—Todo, hijo, todo. Dicen que la vida nos da oportunidades. Pero lo que no nos permite es volver atrás.

—¿Lo harías si pudieras?

—No seas cruel, Eduardo.

—¿Cruel, yo? Ya.

Un silencio de melaza invadió aquel locutorio de Atocha.

—Entonces, supongo que habrás podido leer el sumario —lo rompió él, mi padre. Cuánto me costaba pensar en él con ese nombre, referirme a él con ese nombre: padre—. Sabrás que…

—Algo sé, pero prefiero que me lo cuentes tú.

Le hice un ademán para que lo hiciera, animándole a hablar. Yo tomé asiento en la silla que me correspondía al otro lado de la reja y crucé los brazos sobre el pecho.

—Bueno, no hay mucho que contar —me explicó—. He estado todo este tiempo en Alcalá de Henares, desde donde, hasta que pude, os mandaba cada mes un giro para que no pasarais apuros. Era lo menos que podía hacer, ¿no? —Y observó con un gesto de dolor mi ademán de desprecio. Pero siguió hablando, fijos sus ojos cansados en mis ojos cáusticos—. Luego, tras el estallido de la guerra, con el decreto de 23 de agosto de 1936, fui nombrado juez de uno de los tribunales especiales que se crearon para perseguir los delitos cometidos con el alzamiento. No abundaban los juristas en Alcalá, puedes suponértelo, y me tocó a mí. Me limité a hacer mi trabajo lo mejor que pude, hasta el final de la guerra, cuando todo se vino abajo. He estado escondido hasta hace unas semanas, en que fui detenido cuando pretendía huir hacia el este. Ahora me acusan de auxilio a la rebelión y no sé de cuántas cosas más. Simplemente por haber sido juez en un tribunal

republicano. Y no sé qué va a ser de mí, Eduardo. Apenas si me quedan fuerzas.

—¿Por qué?

—Por qué ¿qué, hijo?

—¿Por qué te fuiste? ¿Por qué nos abandonaste? —Y ahora aquel sentimiento de conmiseración fue poco a poco sustituido por un dolor amortiguado—. Yo tenía tan solo once años. ¡Once años, por Dios!, y tú… tú eras mi padre. Y te fuiste. De la noche a la mañana. ¿Sabes lo que eso significa para un niño?

De la boca del preso brotó un quejido lastimero. Fue entonces cuando advertí que apenas si le quedaban dientes.

—Eduardo, yo…

—Dímelo. Ten la hombría de decírmelo. Me merezco por lo menos eso.

El anciano se llevó ambas manos a la cara, para enjugarse el sudor y las dos pequeñas lágrimas que habían brotado de sus ojos enrojecidos. Me miró luego.

—Jamás me olvidé de ti.

—Eso que dices no vale de nada, padre.

Y esa palabra retumbó en mi cerebro como el badajo golpeando el bronce rudo de la campana.

Padre.

—Pero es verdad, hijo, créeme. Jamás me olvidé de ti. Durante el primer año, había muchos sábados o domingos que venía desde Alcalá para verte, a escondidas, mientras jugabas en la calle, o cuando ibas con tu madre a misa. Pero era un daño absurdo, el que me hacía a mí mismo y el que podría hacerte a ti si me veías. Y dejé de venir. —Movió la cabeza con angustia, intentando alejar los recuerdos—. Fue solamente que pensé que de nada te valdría saber de mí, que harías mejor en olvidarme, que estarías mejor en mi ausencia y no teniéndote que enfrentar cada día a mi presencia ocasional, esporádica, si reanudábamos el contacto. Fue únicamente eso, de verdad. Pero raro era el día que no pensaba en ti, te lo juro.

—¿Por qué?

—¿Para qué quieres saber más, Eduardo? ¿No es bastante con

lo que te he dicho?

—¿Por qué te fuiste? —insistí, inexorable—. ¿Por qué nos abandonaste? ¿Tan poco era yo para ti?

Mi padre volvió a llevarse las manos temblorosas a la cara, habló a través de ellas, su voz sonaba ronca y húmeda.

—Tú eras muy pequeño y tu madre y yo procuramos que no te enteraras de nada —reveló—. Pero la vida en casa era un infierno, hijo. Tu madre es una buena mujer, pero ella y yo jamás nos entendimos. En los últimos tiempos no hablábamos: discutíamos, y nos costaba la vida no estallar en reproches del uno a la otra, de la otra al uno, cuando tú estabas delante. Decidí irme cuando una noche, mientras tú dormías, me vi con la mano alzada, dispuesto a pegarle. —Bajó las manos y mostró su rostro ajado y sus ojos rojos—. No valía la pena seguir así. Y había además otra mujer. Tenía familia en Alcalá y allí nos fuimos, a comenzar de nuevo, aquella noche de mayo del diecinueve. Y allí he estado desde entonces. Lo demás ya lo sabes.

—¿Qué ha sido de esa otra mujer?

—Murió. Poco después de comenzar la guerra. Tifus.

—¿Has tenido otros hijos con ella?

—No, Eduardo, no. No tuvimos hijos.

—Ya.

—No sabes cómo lo siento. Todo lo que ha pasado. Lo que yo…

—Ya lo has dicho.

—Es la verdad.

—Y tus giros mensuales… ¿Te bastaba con ellos para perdonarte?

—¿Qué otra cosa podía hacer? Al menos, sabía que con ellos podríais ir tirando. Tu madre otra cosa no, pero mirada para los dineros siempre fue.

—¿No te dabas cuenta de que esos giros lo que hacían era recordarnos cada mes tu ausencia? ¿No te dabas cuenta de que con esos giros lo que hacías era decirnos que estabas vivo, pero que querías seguir lejos de nosotros? ¿No te dabas cuenta de que saber que estabas vivo y lejos solamente hacía acrecentar mi dolor?

—No sé qué decir, de verdad.

—Es igual, no digas nada.

—¿Podrás algún día, hijo, perdonarme?

Levanté la mirada, turbios los ojos.

«¿Perdonarte, padre?».

No había en el mundo ni una persona, militar, miliciano o criminal común, que hubiese infligido a nadie daño similar al que mi padre me había infligido a mí. Eso pensaba yo. Había sido un daño atroz, pues atroz es el daño que se hace a un niño. Un daño que había marcado toda mi vida, un daño que había hecho que cada día, desde entonces, amaneciera chorreando amargura. Un daño que me había convertido en el hombre que era: taciturno, esquivo, desconfiado, cobarde, hasta que un día me dije que tenía que dejar de ser un cobarde como mi padre. ¿Cómo era posible el perdón?

Eso era lo que el alma me pedía decirle.

Eso era lo que el alma me pedía gritarle.

Eso era lo que a punto estuvo de brotar de mis labios.

Sin embargo, me vi en esos instantes en los muchos consejos de guerra en los que había intervenido, hablando de indulgencia, de piedad, de reconciliación. Resonaron en la memoria las palabras que allí había dicho, cuando clamaba por la paz, por una paz verdadera en la que el perdón y la misericordia pudieran cubrir con un manto de clemencia los horrores de la guerra. Recordé lo que le había dicho a Marisa, cuando le había asegurado que «es necesario el olvido, o por lo menos el perdón, porque, sin perdón y sin coserse las heridas, España va a desangrarse, Marisa, va a seguir siempre dividida en dos bandos que lo que quieren es destruirse mutuamente y con ello destruir a este país nuestro. No se puede construir el futuro desde el rencor y la intemperancia». ¿De qué me iban a servir todas esas palabras si yo mismo era incapaz de olvidar y de perdonar? ¿De qué iban a servir mis esfuerzos en pro de la paz si, cuando me tocaba ser indulgente, era el rencor lo que me podía? ¿Y para qué? No se puede reescribir la historia. Reflexioné y me dije, además, que quién era yo para juzgar las debilidades de nadie, débil como yo mismo era, que

cómo iba a pretender que mi trabajo como defensor de presos diera frutos, por mínimos que fuesen, si, cuando se me ofrecía la posibilidad de ser misericordioso, me mostraba inclemente. Y que a qué sumidero arrojaría las palabras que cada día decía en los consejos de guerra, esas palabras que hablaban de compasión y de olvido, de reconciliación y de concordia.

Se lo debía a Clara, la miliciana, a su memoria.

Se lo debía a España.

Se lo debía a Palomares, a Calero, a Santapola, a Marisa, a todos aquellos que creían en mí.

Me lo debía a mí mismo.

Y no dije aquello que había estado a punto de brotar de mis labios.

Sino todo lo contrario.

A pesar de que no había dolor como el mío.

—¿Quién soy yo para no perdonarte?

Eso fue lo que dije.

Jerez, 1 de septiembre de 2023

El abogado de rojos
Juan Pedro Cosano

Espasa, sello editorial
de Editorial Planeta, S.A
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

Primera edición en libro electrónico (epub): enero de 2024

ISBN: 978-84-670-7243-3 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta